

CARTAS EDIFICANTES

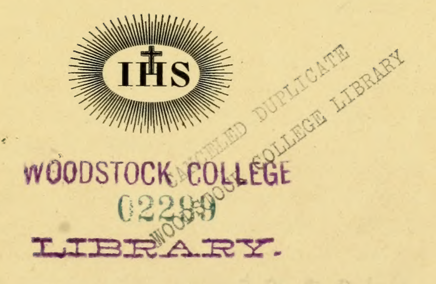
CARTAS EDIFICANTES

DE LA

ASISTENCIA DE ESPAÑA

AÑO 1910

Número 1



BURGOS
TIPOGRAFÍA «EL CASTELLANO»
BENITO GUTIÉRREZ, I
1911

ARAGÓN

VALENCIA

PATRONATO DE LA JUVENTUD OBRERA

Carta del P. Juan Sallaberry al P. Antonino Oráa.

Valencia, Marzo 21 de 1910.

Mi amado en Cristo Padre: Una de las obras católicas más sólidas, más bien organizadas y de más esperanzas, en esta ciudad, es sin duda, «El Patronato de la Juventud Obrera de Valencia». Su alma y director es el P. Narciso Basté, S. J.

Celebran los actos de piedad en la iglesia de San Miguel. Asisten cada domingo á misa unos 900 jóvenes obreros. Los que no faltan nunca serán unos 500. Los demás ó faltan muy pocas veces, ó asisten más ó menos, según su salud y ocupaciones.

Lo más edificante es que todos ó casi todos comulgan cada ocho ó quince días. ¿De dónde se sacan confesores para tanta gente moza?—Este es uno de los rasgos más bonitos de la organización, disciplina y orden del Patronato.—Los sábados, al concluir la jornada, y el domingo, antes de ir á misa, se reparten á la desbandada por todos los confesonarios de Valencia. Puede que no haya confesor que no confiese á alguno ó varios del Patronato entre el sábado y domingo: pero ninguno muchos, porque jamás se apelotonan. Y de ahí que, sin cargar á nadie, se confiesen todos una ó varias veces al mes. ¡Y si viera cómo se enmiendan esas pobres criaturas! ¡Cuánto aman su obra! ¡Hay en-

tre ellos verdadero espíritu de cuerpo! ¡Aman lo suyo, porque es suyo, y porque les cuesta su dinero!

Empieza la misa á las siete y media en punto cada domingo, exclusiva para ellos solos. Cinco minutos antes no se ve un alma ni en la plaza de enfrente, ni por las calles vecinas. A las siete y media afluyen todos de todas partes, como una gran bandada de pájaros, y llenan de repente la iglesia.

Al recibir la tarjeta de V. R., para responder *ad rem* y no *al aire*, quise presenciar los diferentes actos del Patronato. Lo primero fué decirles misa y darles, en ella, la comunión. Al entrar en la sacristía para revestirme no había en todo el templo una docena de personas. Creí, para mis adentros, que iba á ser aquello un verdadero fracaso. Al salir al altar estaba de bote en bote.

Tienen su especie de orfeón. Durante el santo sacrificio cantan mucho y muy bien, rezan sus oraciones en común. Se nota una quietud y compostura exterior admirables, é *indignas* de tanta blusa. Tienen sus decuriones, sus jefes de órdenes, sus maestros y demás que responden del buen comportamiento: pero, en realidad de verdad, están solos, y si no se oye una mosca es porque les da la *real gana* de conducirse bien: pues allí, en la práctica, nadie se cuida del vecino. Concluída la misa rezan una estación al Santísimo, y el P. Basté les hace una plática de diez ó quince minutos.

Al salir acredita cada cual su asistencia, y nadie duda de que ha oído misa entera: pues, al llegar al Evangelio, se toma nota de los que van entrando, y á éstos ya no se les admite la cédula, ó mejor dicho, para no reñir se la toman y luego la rasgan. Se ha tomado este temperamento, porque así, al menos, oyen la plática, y no se van del Patronato, por una cosa en la cual no tienen, á lo mejor, ninguna culpa, y suelen muchas veces oir allí mismo la misa de ocho. Por lo demás, los que llegan tarde, sólo suelen ser tres ó cuatro cada domingo.

Concluída la misa, tienen todos derecho á pasar el día en un gran parque, propiedad del Patronato, en las afueras de la ciudad, al otro lado del Turia, que sólo distará de San Miguel unos diez minutos. Suelen pasarse el día allí de 500 á 600 cada domingo y día festivo.

El parque está muy bien situado, en lugar sano y elevado. Hay una gran avenida de árboles, un magnífico baño de natación con plano inclinado por una banda, un bote de dos remos y todas las ilusiones y comodidades de un lago artificial. No es cuadrado, pero todas sus orillas son limpias y rectas. Agréguese á esto una cancha de pelota y

otra de *Fut-Bol*, columpios á discreción, gimnasia y toda clase de juegos menudos, así sedentarios como activos, una sala de pláticas, un salón de actos abandonado, una capilla abandonada también, un largo corredor abierto por Levante, todo lleno de mapas y figuras geométricas pintadas en la pared, una multitud inmensa de jardincillos, distribuídos por todo el parque, unos cerrados y otros abiertos, unos con flores y otros con hortalizas, unos con árboles y otros sin nada, unos con garitas ó casas y otros sin ellas, según el gusto del consumidor: añádase á todo esto un batallón de 500 ó 600 jóvenes que desarrollan allí toda clase de aficiones, sin que nadie les vaya á la mano, sino es para hacer justicia ó para hacer las paces en caso de litigio ó desavenencia: y se tendrá una idea cabal de lo que es el parque del Patronato en un domingo ó día festivo.

Jóvenes hay que se sientan en su garita y ahí se pasan el día *en su casa*, sin que nadie les diga una palabra, ni ellos se ocupen de nadie. La gran *bandada* de columpiantes parece desde afuera una caterva de monos campando á su sabor por los árboles. El *Fut-Bol*, la pelota, los jardineros, los jugadores, los traviesos ofrecen á la vista un cuadro encantador y animadísimo. Nadie les molesta, ni les dice oste ni moste, aunque nunca faltan obreros casados y de seso, y maestros del Patronato que vigilen por todas partes, sin que ellos se den por aludidos ni siquiera remotamente, por más que reconozcan su autoridad, puesto que á ellos acuden en sus azares y cuitas.

A eso de las tres de la tarde llega el P. Basté al parque. Tocan la campana y, en un santiamén, aparecen estandartes por todas partes, y chicos que corren en todas direcciones en busca de sus respectivas insignias. En un abrir y cerrar de ojos queda armado el catecismo al aire libre. Los mayores, en número de unos 200 ó 250, entran en la sala de plática, donde se les hace una instrucción doctrinal. Al cabo de media hora ó tres cuartos ya campan otra vez por sus respetos...., y hasta la noche.

De siete á ocho de la tarde función de teatro en el Portal de Valldigna, todos los domingos y fiestas del año, á no ser los de Cuaresma y Pascua, y algún acontecimiento notable, como la Inmaculada, San José, en que la cambian por una velada literaria. El año pasado por los Héroes de la Independencia celebraron dos veladas.

Cuentan para esto con dos compañías de teatro: la una de 27, la otra de 40 sujetos. A estos los maneja un obrero, humilde sí, pero de gran talento, prudencia y dotes de gobierno, por nombre Miguel Ri-

poll. Si no está el P. Basté, dice el Presidente una cosa, y nadie hace caso: habla Ripoll y todos callan. Por solo que él lo diga, ya les parece lo más justo y razonable. Tiene, ante todo, el dón de contentar á todos y hacer lo que á él le parece.

Como cualidades para pertenecer á las Compañías de teatro, se requiere, lo primero, ser congregante fervoroso; y lo segundo, ser muy obediente. Los de las Compañías pagan sus cuotas voluntarias para los gastos de su sección, para sus merendolas, fiestas, etc. Declaman y representan con una soltura pasmosa. Los he visto y oído.

Para el *Fut-Bol*, hay la Sección Gimnástica, poderosa, de más de 40 sujetos. Da gusto verlos cómo arman sus partidos, cómo reclaman justicia ante la autoridad competente, cómo apelan en sus querellas al Padre, etc. Tienen de vez en cuando sus grandes partidas en que invitan por tarjeta al público. Hoy, 21 de Marzo, jugaron uno con el Colegio de San José, y ganó éste.

No les falta su rondalla y su banda de música.

Para las escuelas diurnas, cuentan con un maestro y un ayudante pagados por el Patronato. Los niños que á ellas asisten son de 10 á 11 años de edad. Las escuelas nocturnas para los mayores están regentadas por cinco maestros y un ayudante. En estas se les enseña toda clase de dibujo: mecánico, lineal, figura, adorno, tallistas, modelos al natural, etc. Hay además una sección de modelado en barro. En todos los ramos han salido maestros muy buenos. Las escuelas del Patronato están muy acreditadas, y han llegado á sobreponerse á veces á las oficiales.

Va agregado al Patronato un Economato en que despachan pan y arroz, y algunos otros artículos por valor de unas 60 pesetas diarias, que montan á unas 22.000 pesetas al año. Ahora el P. Basté está negociando, el que las Conferencias de San Vicente le tomen los bonos de pan y arroz. Ganarían ellas mucho en economía, y el Economato en vida. Por de pronto el Economato está á prueba. Si va muy en auge le perdonarán la vida. De lo contrario, dice el P. Basté: «Yo seré el primero en matarlo». Tiene vida propia, y es probable que la siga teniendo.

Para dar unidad á todas estas obras ha fundado el P. Basté, dentro del Patronato, la Congregación de Nuestra Señora de los Angeles y San Luis. Para todo lo que sea subir y significar algo en el Patronato, es menester pertenecer á la Congregación, pagar una cuota de 15 céntimos cada mes. Muchos pagan una cuota voluntaria de 5 céntimos

cada semana, además de la anterior. No faltan quienes por su pobreza, no pueden pagar, ni una ni otra. Suelen pagar estas cuotas al salir de misa los domingos.

En la hoja adjunta intitulada «Cédula estadística», verá V. R. con cuanta minuciosidad toman los datos del congregante: nombre, padres, nacimiento, confirmación, Sagrada Comunión, ingreso al Patronato, y la Congregación, estado, profesión, grado, habitación, oficio, obras de celo, etc., etc. Todas estas formalidades atan más de lo que uno puede figurarse.

Están los asociados divididos por decurias. Cada decurión debe dar cuenta de lo que ocurra extraordinario, en especial: 1.º si algún congregante se ha mudado de casa; 2.º si hay algún enfermo; 3.º si no puede cumplir sus deberes de congregante. Le remito algunos ejemplares de estos informes, para que V. R. los avalore en su justo precio. Cada decuria tiene su número; cada número su casilla en la Secretaría. El Secretario, Mariano Gimeno, y el P. Basté, que no hacen otra cosa, de la mañana á la noche, sino atender á los negocios del Patronato, no dejan pasar sin atender ninguno de estos informes. A Gimeno le pagan; y se está en la Secretaría todo el día: (de 8 á 12 y de 3 á 9 de la noche).

Tienen, de vez en cuando, sus expediciones campestres. Suelen ir á ellas de 50 á 100 congregantes. Han de ser muy escogidos y pagar un real: el Patronato pone otro real por cabeza, y á razón de *media peseta por cubierto* se zampan un buen arroz á la valenciana, y andando.

Los que deseen tomar parte en la expedición deben presentar una *hoja de méritos* en que hagan constar su asistencia, pago de cuotas, trabajos de celo, servicios gratuitos prestados á la Congregación. Joaquín Grozzón, que le adjunto de modelo, alega como méritos, el ayudar gratis á poner sillas, cantar y hacer de infantillo, estar al corriente de sus cuotas y haber asistido todos los domingos. Una junta examina la hoja y da sentencia en favor ó en contra del pretendiente; y luego se le admite ó no. Una vez admitido se le pasa la hojita de las «Prescripciones que todo expedicionario deberá guardar: 1.ª no separarse del grupo; 2.ª respetar al jefe; 3.ª tratar bien á todos los compañeros; 4.ª no ponerse en peligro; 5.ª no valerse de la ocasión para obrar mal á escondidas». En ella se le indica el día de la expedición, el número del grupo á que ha de pertenecer y el jefe del grupo.

Cada grupo se compone de cinco expedicionarios: un jefe y cuatro

subalternos. A cada jefe se entrega un ejemplar del «Reglamento para los jefes de grupo en las expediciones campestres». Llevan además una hoja impresa en que acepta el cargo y se compromete, bajo su firma, á desempeñarlo bien; y da cuenta al fin de la expedición de la conducta de sus cuatro subordinados. Le remito varios ejemplares de estos curiosos informes.

Para los enfermos y achacosos hay lo que llaman «Colonias de Vacaciones». Debe cada uno alegar sus méritos. Luego lo hacen ver por el médico: éste da la calificación de salud con un número que oscila entre 1 y 20. Hecho esto, la Junta de la Congregación da su nota de méritos.

Al llegar á la Colonia los pesan á todos: al salir los vuelven á pesar.

Tengo sobre la mesa las listas de las tandas del año pasado, y se las pudiera copiar con nombres y apellidos, y con los diversos pesos á la entrada y á la salida. Al fin de una de estas listas, hay una nota del Secretario que dice: «Aumento en kilogramos 66. Resumen: 13 alumnos en diez días aumentaron 32,5 kgs., que corresponden 2,5 kilogramos de aumento á cada uno.—11 alumnos en veinte días aumentaron 33 kgs., que corresponde á cada uno 3 kgs. de aumento».

He querido poner la nota del Secretario, para que V. R. se forme idea de la exacción con que procede el Patronato, cuán bien tomados tiene todos los cabos, y cuán bien maneja su complicada maquinaria.

El gran enemigo del Patronato ¡quien lo pensara! son... los cinematógrafos, que abundan en Valencia, *malos y baratos*. «El cine, me decía el P. Basté, me arrebata los niños. Estoy aterrado. Pienso seriamente en instalar uno, pero me sale muy caro, así comprado como alquilado. ¡No sé qué hacer!».

Si alguno cae enfermo, se le pasa una pensión y botica y médico; no tanto por lo que paga, cuanto por su conducta, necesidad y mérito. Hay entre estos jóvenes muchos hijos de republicanos muy malos. Sus mismos padres se admiran de que á sus hijos les dé por ir á la iglesia. ¡Cuánto puede la caridad y la buena maña!

Et haec dictu sufficiant. Podrá V. R. decir que no le he contestado pronto, pero no que no le he contestado.

Suyo,

JUAN SALLABERRY, S. J.



GANDÍA

PRINCIPIOS Y ORGANIZACIÓN DEL COLEGIO APOSTÓLICO EN EL PALACIO DEL SANTO DUQUE

Carta del P. Sebastián Casademont al P. Juan M. Solá.

Gandía 20 de Enero de 1910.

Muy amado en Cto. P. Solá: Ya que es tan del gusto de V. R. que se recojan y escriban datos de los hechos edificantes que ocurren en el ejercicio de los ministerios de nuestros Padres, creo haré cosa grata á Nuestro Señor, y muy del gusto de V. R., apuntando algunas cosas sobre la pequeña clase de latín que tenemos en esta casa de San Francisco de Borja, para algunos jovencitos pobres que desean abrazar el estado eclesiástico ó religioso y para quienes es de grande alivio el poder estudiar en ésta los tres cursos de latín.

OCASIÓN Y PRINCIPIO DE NUESTRA ESCUELA

En el año de 1904 había en la Congregación de los Medianos un chico, tan adornado de buenas disposiciones intelectuales y morales para el sacerdocio, como falto de recursos para los estudios. Sintiéndose con vocación y reconociendo la imposibilidad de corresponder á ella, acudió en demanda de ayuda al R. P. Rector Jaime Sansa, muy conocido en Gandía por la bondad de su corazón y por su ardiente

deseo de ayudar en lo que pudiese á los necesitados. Creyó el buen Padre y no se equivocó, hacer un gran favor al chico, si podía arreglar las cosas de manera que sin salir de Gandía pudiese cursar los tres años de latín. Así lo reconoció el chico y lo confesó el padre del mismo.

Llamóme, pues, un día el P. Rector y me preguntó si, sin perjuicio de la clase de Sagrada Escritura y de las tres Congregaciones de jóvenes y de la Escuela Nocturna, podría yo dar algunas lecciones de latín á nuestro jovencito, de modo que ganase los cursos oficiales del Seminario.

Como por una parte siempre he creído ser cosa de mucha gloria de Dios el formar jóvenes sólidamente cristianos, y más si aspiran al sacerdocio, y por otra me eran bien conocidas las cualidades del pretendiente, respondí que por mi parte no había inconveniente en aceptar aquella nueva ocupación, antes bien esperaba que sería para mucha gloria de Dios.

Pocos días, mejor dicho, pocas horas, estuvo solo nuestro latinista; pronto pidieron y alcanzaron juntársele otro y otro y otro hasta 8; unos para continuar después la carrera ó en alguna Orden Religiosa, ó en Valencia; otros para que se les dispusiera y probara su aptitud para nuestra Compañía, y con este mismo objeto han ido entrando varios otros, habiéndose reunido para los cinco cursos que cuenta de existencia esta clase los alumnos siguientes: para el curso de 1904-1905, 8; para el de 1905-1906, 8, habiéndose retirado 4 y admitido otros 4 nuevos; para el de 1906-1907, 16, habiéndose retirado 1 y admitido 9; para el de 1907-1908, 16, habiéndose retirado 7 y admitido otros tantos; para el de 1908-1909, 22, habiéndose retirado 6 y admitido 12; para el presente de 1909-1910, 21, habiéndose retirado 9 y admitido 8.

De los 27 retirados en los cinco años anteriores, unos han pasado al Seminario de Valencia, no faltando entre ellos varios con las mejores notas; otros han dejado los estudios, por creer que así convenía para su bien, otros han entrado en alguna religión y una docenita en nuestra Compañía, y dado el buen espíritu que entre ellos reina es mucho de esperar que la gran mayoría se la quede siempre para sí nuestro Santo Padre Francisco de Borja, que bajo su protección los tiene cobijados.

Me fundo para esta afirmación, ante todo, en el buen espíritu que reina entre ellos, pues en muchas cosas se parecen bastante á nuestros

hermanos novicios. Vea para ello V. R. esa especie de reglamento, por el cual hasta el presente van gobernándose, si bien es verdad que los avisos y pláticas particulares son lo que más les aprovecha y ayuda, pues todas las semanas se les dice algo en particular.

IDEA DEL REGLAMENTO

I. El fin para que les tiene en esta su casa San Francisco de Borja, es no solamente para que estudien y sepan perfectamente el latín, sino también, y más principalmente, para que se formen jóvenes sólidamente piadosos.

II. Por este motivo, ante todo y sobre todo, procuren tener un corazón muy puro y muy limpio y que ame mucho y muy de veras á Dios Nuestro Señor, procurando darle en todas las cosas el mayor gusto que les sea posible.

III. Hagan todos con mucha puntualidad, atención y reverencia los ejercicios piadosos, procurando suplirlos en otro rato, si por algún caso no pudiesen tenerlos en la hora de costumbre.

IV. Confiesen todos cada semana con el examen, dolor y propósito convenientes, en cuanto sea posible con un mismo confesor, á quien traten con mucha confianza y claridad, no teniéndole cosa cerrada, para que con mayor interés y cuidado pueda guiarles en el camino del cielo.

V. Con el consejo de su confesor comulguen con la mayor frecuencia que les sea posible. La hora de comulgar será al final de la misa de seis y media; los días festivos comulgarán en la misa de la Congregación. Si alguno no pudiese oir misa ó comulgar con los demás, dé de ello aviso.

VI. Los ejercicios piadosos ordinarios de todos los días serán: ofrecer obras, media horita de meditación, misa y comunión, rosario, lectura espiritual. examen por la noche y varias visitas al Santísimo entre día. Los extraordinarios serán: un día de retiro al mes; y los Ejercicios del Santo Padre Ignacio por espacio de una semana cada año. Todo esto sin excluir los ejercicios ordinarios y comunes á los demás congregantes.

VII. Al comenzar el estudio, al ir á clase, en las tentaciones y en general al emprender cualquiera obra ó al experimentar cualquiera contrariedad, acudan á Nuestro Señor ó á la Santísima Virgen pidiendo auxilio ú ofreciendo lo que van á hacer ó padecer, procurando en todas sus obras dar al Señor el mayor gusto y gloria posible.

VIII. Obedezcan con la mayor prontitud posible al toque de la campana y á la voz de cualquiera Superior y del Bedel, dejando por acabar cualquiera letra, ó palabra ó cosa suya comenzada, por acudir á lo que Nuestro Señor les llama y darle gusto con su obediencia.

IX. Guarden sumo silencio no hablando ni haciendo ruido fuera de los tiempos expresamente señalados por la distribución para recreo. Las salas de estudio y la escuela nocturna nunca son sitios de recreo, si no se dice expresamente lo contrario. En el patio y en el huertecillo solamente se puede hablar en los tiempos de recreo.

X. Al entrar en casa y al salir de ella no vayan precipitados, ni den golpes con las puertas; no molesten al H. Portero, antes obedézcanle en todo lo que puedan; no se acerquen á la portería, si no es por necesidad ú obediencia.

XI. Al salir para su casa han de ir juntos y en filas hasta la portería, como también al ir á las visitas del Santísimo, en las cuales se colocarán cerca del comulgatorio, levantándose todos cuando lo haga el Bedel, no antes ni después.

XII. Ninguno tocará á otro, aunque sea jugando, á no ser que tengan para ello permiso.

XIII. Por las calles vayan con modestia y recogimiento en el mirar y en el andar, sin volver ligeramente la cabeza á una parte ni á otra, ni alzar mucho los ojos, antes llévenlos naturalmente bajos.

XIV. Las manos, si no se hallan ocupadas, ténganse en modo modesto y quieto.

XV. No se molesten unos á otros, ni se digan apodos, ni usen de chanzas que puedan molestar á otros; antes procuren quererse bien, aunque sin singularidades, ayudándose en lo que puedan, tratándose con modestia y caridad, y procurando darse gusto en todo lo que sea posible.

XVI. Ninguno hable de faltas de otro, principalmente con personas de fuera; tampoco hablarán de las cosas de los estudiantes con los que no lo sean.

XVII. Aunque es muy conveniente que el primero en descubrir su falta al Superior sea el mismo que la cometió, están todos obligados á manifestar las faltas de los demás, que sean de alguna gravedad, al Superior, aunque no se las pregunten, haciéndolo solamente para el mayor bien del que faltó y mayor gloria de Dios Nuestro Señor.

XVIII. Habiendo entrado en casa, no salgan de ella sin permiso, y avisando al Bedel á dónde van.

XIX. Fuera de las horas señaladas para comer, no coman ni beban sin permiso.

XX. Ninguno tocará cosa alguna del puesto de otro sin permiso; tampoco darán sin él ni recibirán cosa alguna.

XXI. No se tenga ni lea papel ni libro alguno, aunque sea piadoso, sin permiso y mostrándolo antes á su Superior.

XXII. Sepan todos que cuando estudian ó están en clase, es voluntad de Nuestro Señor que hagan cuanto puedan por adelantar en el estudio; por lo cual conviene mucho pedirlo al Señor y estar muy atentos y no perder un momento de estudio.

He aquí una idea de su reglamento.

LOS AVISOS DEL SÁBADO

Los sábados, en lugar de la lectura espiritual, se reunen todos los estudiantes y rezado el «*actiones nostras*», á cada uno voy preguntando qué faltas haya notado en los demás (sin nombrar á nadie por supuesto), durante la semana que acaba de pasar. En esta ocasión, como en los ejercicios de culpas, puede apreciarse cuán linces son los chicos para ver las faltas ajenas; allí sale todo: rarísima vez me dejan algo que añadir al catálogo que ellos saben hacer.

Dicho por cada uno lo que ha notado, hago yo el resumen, añadiendo, si algo por maravilla se les ha escapado, y señalando las faltas en cuya extirpación hay que trabajar principalmente en la semana siguiente.

Termina el acto con una breve plática ó exhortación; el conjunto suele durar cosa de media hora.

EJERCICIO DE CULPAS

En las vísperas de algunas fiestas principales suelen tener los estudiantes ejercicio de culpas. Nótese que este devoto ejercicio comenzó á tenerse hace dos años, á petición de los mismos, por haberme oído decir que los novicios lo tenían y después de explicarles en qué consistía.

Llegado, pues, el día, algunas veces le digo al Bedel por la mañana que avise que en lugar de lectura habrá ejercicio de culpas. Hasta hoy lo mismo ha sido dar el aviso, que presentarse tantos para pedir que se les dejara salir, que nunca he podido satisfacer á todos los que lo habían pedido.

Otras veces sin dar previo aviso, llegada la hora de lectura, les he dicho: «En obsequio á la Virgen ó á San José, etc., hoy tendremos ejercicio de culpas». En ambos casos es cosa de ver y oír cómo se explican y cómo no dejan cosa por decir al que está en medio arrodilladito, con las manos juntitas, los ojos bajos y las mejillas como un par de amapolas. Parece que hayan aprendido de nuestros hermanos novicios á cantar las verdades con gran caridad y no menos claridad.

Después que han dicho todos lo que se les ha ofrecido, entro yo, y resumo y comento, añado y aprieto, conforme creo que lo pide el bien de todos y según lo que sufre la virtud del penitente. Las faltas de obediencia, de atención y reverencia en los ejercicios piadosos, de caridad y de inmortificación del genio, siempre y á todos cuestan caras, conforme al caudal de virtud de cada uno. Doy por supuesto que en este ejercicio los que aspiran á ser de la Compañía y los que más se distinguen por su virtud, son los más privilegiados en..... ser apretados.

Después del sermoncito, el interesado recibe la penitencia, que suele ser una visita al buen Jesús, besa el suelo y cede el puesto á otro.

LOS PUNTOS

Los niños que aquí recibimos son por regla general pobrecitos; por este motivo se hace cuanto es posible para ayudar su pobreza. Para esto sirven los *puntos*, y además para estimular su aplicación y buena conducta. Los *puntos* son *vales* impresos; con ellos compran el papel, plumas, tintas, lápices y otros objetos necesarios para el estudio, y aun les sirven para resarcir faltas y evitar penitencias. Danse los puntos por lecciones bien sabidas, composiciones bien hechas, por la puntualidad en cumplir la distribución, y por otras semejantes muestras de aplicación ó buena conducta exterior.

Hay además puntos *malos;* éstos no son vales ni se regalan; éstos se pagan y no por el *municipio* á los particulares, sino por los particulares al municipio; ¿por qué causas?: por hablar, por poco que sea, fuera de tiempo ó lugar, por tocarse sin permiso, por decirse apodos, por llegar tarde á alguna distribución, por faltas en la composición, por hallárseles algún papel en el suelo, correspondiente á su puesto, en la salita de estudio, etc., etc.

Son muy apreciados los puntos buenos, por doble motivo: lo primero y principal, porque son un testimonio muy positivo de aplicación

y buena conducta; lo segundo, por su valor comercial para comprar lo que se necesita.

LOS ESTUDIANTES Y LA ESCUELA NOCTURNA Y LA IMPRENTA

De los estudiantes algunos suele haber mayorcitos ya y de presencia y traza bastante para ayudarnos en la Escuela Nocturna; éstos pasan una horita todas las noches enseñando en la sección que se les señala.

Otros no sirven tanto para esto, por ser pequeñitos, pero éstos suelen servirme muy bien para la imprenta de la Congregación, que imprime *La Juventud,* sobre todo si por ser muy jovencitos, tienen que esperar algunos años para entrar en el noviciado, pues en este caso durante medio año pasan algunos ratos perdidos y alguno que otro de recreo como aprendices en la imprenta, y luego como oficiales emplean en ella estos mismos ratos y algo del tiempo que los otros ocupan en la Escuela Nocturna.

Por supuesto que la imprenta es para los impresores oficina de silencio, que se guarda con mucho rigor.

EJERCICIOS PIADOSOS

Los ejercicios piadosos que suelen tener en común y ordinariamente nuestros estudiantes, son:

1.º Ofrecimiento de obras á primera hora, según se contiene en el «Manual del Cristiano» de nuestros Padres de Madrid.

2.º Media horita de meditación, leyendo los puntos el Bedel y escuchándolos los demás.

3.º Inmediatamente después de la meditación, misa, en la que suelen comulgar todos los días con las manos juntas delante del pecho, como nuestros hermanos.

4.º Rosario, cuidando el Bedel, si alguno no lo reza convenientemente, de hacérselo rezar en tiempo de recreo.

5.º Unos 25 minutos de lectura espiritual, con el mismo cuidado por parte del Bedel.

6.º Examen de conciencia por la noche, leyendo el Bedel los puntos y oraciones del mismo.

7.º Varias visitas al Santísimo durante el día.

8.º Los actos ordinarios de la Congregación, tanto por la mañana como por la tarde.

EJERCICIOS PIADOSOS EXTRAORDINARIOS

1.º Ejercicios de Nuestro Santo Padre Ignacio por espacio de una semana enterita. Estos Ejercicios tienen varios actos, como son: 1.º cuatro meditaciones diarias, que suelen terminar con cantos de misión; 2.º plática á las once; 3.º dos medias horas de lectura espiritual; 4.º rezo semitonado del oficio de la Inmaculada; 5.º un cuarto de hora diario de examen práctico; 6.º ejercicio del *Vía Crucis* con canto; 7.º preparación para la buena muerte; 8.º rosario, visitas al Santísimo, examen general, etc.

2.º Los ejercicios de culpas en las vísperas de fiestas principales, de que ya he hablado antes.

3.º Los avisos de admonitores para la fiesta de la Purísima ó de Reyes. Al aproximarse la fiesta, cada estudiantico hace un catálogo de las faltas que ha notado en cada uno de sus compañeros y me lo entrega sin poner su nombre: leo estos catálogos que me sirven para conocer más á unos y á otros, y los entrego á los interesados con los oportunos comentarios. De este catálogo hace cada uno su resumen, para conservarlo y poder luego comparar.

4.º Las *Pacomias*. En las fiestas principales y días de campo suelen tener algún rato de *Pacomia*. Para esto se lee algún capitulito de algún libro sustancioso; á ratos se pára el lector y van haciéndose los comentarios y aplicaciones prácticas á que da lugar lo que se ha leído. Otras veces se cuenta la historia de la fiesta ó misterio que se celebra y luego cada uno dice sobre ella lo que se le ofrece. Por Navidad suele tenerse la *Pacomia* junto al Nacimiento.

5.º Visitas al aire libre. Como está Gandía tan rodeada de pueblecitos, por poco que se suba algún monte descubre la vista muchos de ellos, sobresaliendo en los mismos las hermosas y erguidas torres de los campanarios que traen á la memoria de quien los mira la presencia del buen Jesús en el Sagrario, tal vez en aquellos momentos solo, muy solo y desamparado. Esta idea convida espontáneamente á trasladarse en espíritu á los pies del Salvador, para agradecerle su tan mal correspondido amor y compañía. Para ello repártense los niños, los pueblos, éste se encarga de uno, aquel de otro, otro de otro, todos de alguno; dada la señal cantan todos á una, con tono grave y devoto, el «Altísi-

mo Señor», «*Pange lingua*», ú otras letrillas y motetes propios del Santísimo Sacramento, con lo cual se conserva y estimula no poco el fervor.

PAELLAS

Consiste la *paella* valenciana en arroz cocido en sartén, con más ó menos acompañamiento, conforme al gusto y posibilidad del que la hace. Entre los estudiantes, *paella* es sinónimo de día de campo. En efecto, llegado el día para la paella señalado, y á la hora más tempranita que la estación permite, salen de casa después de ofrecer obras, oir misa y comulgar, dirigiéndose al lugar determinado. La meditación, si no se ha hecho en casa, se hace por el camino.

Para las paellas, lo mismo que para los paseos ordinarios, salen de casa en grupitos de tres ó cuatro, como se les distribuye, hasta llegar á sitio poco frecuentado, donde se juntan. Para los paseos y días de campo, así que llegan á lugar retirado tienen orden expreso de andar siempre juntitos, de modo que siempre se les pueda ver y oir, sin perjuicio de que en llegando á casa se pregunte á los de más confianza si han visto ú oído durante el campo ó el paseo algo que no conviniese. El recoger y fregar los platos sucios, etc., corresponde á los que mejor suelen portarse, principalmente si desean ser de los nuestros.

En los días de paseo suele rezarse el rosario paseando; lo mismo que en los días de campo ó paseo muy largo, y en éstos últimos suele también tenerse la lectura espiritual comentada, y con aplicaciones, á la sombra de algún árbol.

OBSEQUIOS

Para el mes de San José, mes de María y del Sagrado Corazón de Jesús, tienen los estudianticos una cajita-cepillo en el altar de su salita de estudio. En él suelen todos depositar todas las mañanitas escrito algún obsequio, principalmente de mortificacioncitas del genio, que tengan que hacer durante el día.

Para celebrar la fiesta de algún profesor ó superior, suelen también hacer sus listitas consistentes en misas, comuniones, rosarios, motificaciones del genio, visitas al Santísimo, ratos de estudio, recreo ó clase bien empleados, algunos cilicios, etc., etc.

Hasta el curso pasado había estado yo solo para el cuidado de estos estudianticos; mas, como creciese el número y no pudiese yo multiplicarme, dispuso el Señor que enviasen los Superiores á esta Santa Casa al H. Francisco Muedra para la clase de *anfibios*, y para que al mismo tiempo me ayudase en la formación de los estudianticos, como lo hace á maravilla. En el curso pasado y en el presente enseña él primer año, corriendo los otros dos cursos por mi cuenta.

Muchos casos y hechos particulares muy edificantes podría contar á V. R. de estos chicos; mas déjolos para otra carta, pues la presente ya pasa los límites de tal.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo á mí y á estos chiquitos.

De V. R. siervo y hermano en Cto.,

SEBASTIÁN CASADEMONT, S. J.

EL SANATORIO DE FONTILLES

Cartas del P. Juan M. Solá al P. Luis M. Ortiz.

CARTA PRIMERA

Fontilles 19 de Mayo de 1910.

Muy amado en Cto. P. Ortíz: Hora es ya de continuar la historia del Sanatorio de Fontilles que empecé á contarle á V. en 1905, á la sazón que estaba V. al frente de las CARTAS EDIFICANTES. No la proseguí luego, fuera de mis no interrumpidas tareas, á causa principalmente de que hasta el año pasado no se pudo inaugurar esta famosa Leprosería de San Francisco de Borja. Hoy que ya funciona, gracias á Dios, parece llegado el momento de satisfacer en algo la curiosidad de V.

Para informarme de todo por mis ojos, vine de intento ayer tarde á esta deliciosa mansión, donde mi inesperada visita coincidía casi con la del cometa Halley, cuyo paso por Fontilles también esperaban estos pobres lazarinos. En vano, porque se escondió toda la noche tras un espeso cortinaje de pardas nubes, sin duda para que no le viesen tantos curiosos.

Dos años hacía que no venía yo por acá, y Fontilles y el Lazareto, eran para mi una cosa nueva. ¡Qué mudanza en ese espacio de tiempo! El primero que quiso Dios me saliese al encuentro fué el P. Faura, quien, después de veintitantos años de enseñar á los nuestros las Ciencias Naturales y Exactas en el Colegio Máximo de Tortosa, pidió y obtuvo la merced de pasar el resto de sus días en este Sanatorio. Vi luego al H. González, que ha recabado de los Superiores la misma gracia, y sirve á Dios en los leprosos, de carpintero, herrero, lampista, panadero, electricista, albañil, farmacéutico y otros muchos oficios y menesteres. Al asomarme desde nuestro pabellón al de los enfermos, vi á la venerable matrona D.ª Mercedes Sanjulián, sentada en un cajón de pasas, haciendo hilas y cosiendo vendas junto á la misma puerta del magnífico pabellón, y en el atrio de él á otra viuda, Isabel, la de Oliva, sentada también en un pobre escabelillo y remendando y repasando ropa limpia. Allí vino inmediatamente para saludarme la solícita Superiora, Sor Julia del Milagro, y con tan buena compañía vi y saludé á Sor Encarnación que andaba con los enfermos, á Sor Generosa en la cocina, á Sor Elidia en el lavadero con otras mujeres, á Sor Otilia en la ropería y á la pobrecita Sor Rosa que padece de algunos años acá el mal de San Lázaro con una resignación que encanta. «¿Quién, pregunté á la Madre, es aquel señor de barba rala, levita corta, descubierta la cabeza, que sale y entra del pabellón?—Es el practicante D. Felipe Ramos, que hace tres días tomó posesión de su empleo. Natural de la provincia de Zamora, hace seis años vivía en Asturias, leyó el artículo *Viaje de cascabeles* del P. Vilariño, y al notar allí que una señora (D.ª Mercedes) hacía las curas y vendaba las llagas, creyó que podría prestar él mejor servicio. Y aquí le tiene V. Veremos lo que da de sí. Parece muy buen señor. No tiene más inconveniente que la sordera».

Al poco rato viene el Administrador, D. Celestino Mengual, Secretario y barbero de Benichembla, joven discreto y enamorado de los pobres.

—¿Cuántos leprosos hay?, le pregunto.

—Veintiseis.

—¿Y leprosas?

—Ocho. ¡Si supiera V. cuántas peticiones hay! Pero ¿con qué vamos á mantenerlos?

—¿Qué médico los visita?

—D. Manuel Esteve, por ahora. Eslo de Parcent. Según el reglamento ha de venir tres veces por semana, pero solo viene los martes y los viernes. Le damos mil pesetas al año y se le trae y lleva en el vehículo del Sanatorio. Por las *Notas clínicas* que imprime en la revista de Fontilles, podrá V. echar de ver sus procedimientos en la curación de nuestros enfermos.

—¿Y estos se pasean libremente por estas serranías?

—Hay que ir con mucho tiento. Los domingos se les deja recorrer toda la finca, pero los demás días no es posible. Los trabajadores de Murla, Orba y Lagnar se han negado rotundamente á poner los pies en Fontilles si han de ver lazarinos por estas trochas y vericuetos.

—¿El valle de Fontilles es ya todo del Sanatorio?

—Puede decirse que todo. ¿Ve V. aquel campito de habas, el otro de habichuelas, unas cepas en otro ribazo? Pues esto y unos pocos algarrobos que hay allí, es lo único que nos falta adquirir por falta de dinero.

—¿Dónde está el ganado de cuarenta y tantas cabezas que pastoreaban por estos riscos y quebradas los hijos del Sr. Chimo?

Es el Sr. Chimo (Joaquín) el guarda-bosques de Fontilles. Hombre leal como pocos. Va siempre con su escopeta al hombro, y para dar muestras de su vigilancia, dispara de cuando en cuando algún tiro en el silencio de la noche, para ahuyentar á las zorras que abundan por estas soledades. En esto nos salió al encuentro el mismo Chimo en persona, le pregunto por el rebaño, por los pastores, por el Fontillero (perro fidelísimo que antaño nos acompañaba).

—El Fontillero, me dijo no sin pesadumbre, lo mató de un tiro cierto trabajador porque, después de acariciar á los enfermos, hacía lo mismo con los sanos, el ganado lo vendimos, fuera de ocho á diez ovejas, y los muchachos el uno á la escuela y el otro á la labor.

Y con esto se despidió de nosotros á tiempo que se oyó un estampido pavoroso que retumbó en toda la extensión del valle desde el Castellet al Caballo Verde. Era un barreno de los que trabajaban en la mina ó excavaciones, hechas para sacar y conducir las aguas. Allí estaba, de ingeniero y director de las obras, el intrépido y valiente Padre Faura, y allí me encaminé, para verlas antes que anocheciese. Vi,

en efecto, una galería subterránea de unos 40 metros, que se dilataba de norte á sud por la falda del pinar, y á la mitad otra hacia levante, lo cual se remataba en una hermosa cueva artificial ó depósito, que se ha de cerrar con una puerta de hierro. El origen de esta mina (Dios quiera bendecirla y que luego se hincha de caudalosas aguas) ha sido, que viniendo á estas regiones el catedrático de Agricultura y Geología de Madrid D. Francisco García, inventor de un aparato para descubrir las corrientes subterráneas, se le invitó á venir á Fontilles. Aplicó su telidroscopio y luego sus péndulos ó plomada á diversos parajes de la montaña y afirmando categóricamente: «Aquí hay agua á tres metros, allí una corriente á cinco, acá otra más somera», los dejó á todos llenos de esperanzas. No todas se han logrado, por desgracia. Cúlpese, antes que á la ciencia, á los malos años de general sequía.

Cabalmente entonces la lluvia empezó á chispear, lo cual, unido á las sombras de la noche que se iban extendiendo desde las cumbres de la Solana y Benimaurell, nos obligó á guarecernos en nuestro pabellón y descansar de las fatigas de aquella jornada. Al cerrar el ventanillo de mi estancia, miré los pabellones de los leprosos y les eché una bendición con toda la mano, pidiendo al cielo me los guardase aquella noche. ¡Pobrecillos, me decía; pero dichosos ellos, si al fin se salvan.

No los olvide tampoco V. en sus OO. y SS.

Siervo en Cto.,

JUAN M. SOLÁ, S. J.

CARTA SEGUNDA

Fontilles 20 de Mayo de 1910.

Muy amado en Cto. P. Ortíz: Los *moritos* y jilgueros, que por acá trinan de un modo especial, me han despertado antes que el H. González. El día se presenta lluvioso y favorece mis intentos de no salir de mi pabellón, enfrascado en el archivo y papeles de Fontilles. ¡Qué historia ésta, Padre mío! ¡Es la historia de la caridad! Solo quiero recordar aquí la de cinco años á esta parte, pues lo anterior lo llevo expuesto, aunque muy á la ligera, en mi primera serie de epístolas. Aun en esta solo tocaré lo más culminante y de mayor edificación.

Ya recordará V. aquella campaña inesperada y hostil que agostó en flor (así parecía al menos) las más risueñas esperanzas. Un médico mal aconsejado, que debía tanto á la Compañía de Jesús mientras estuvo en Manila, fué el instrumento del sectarismo para hundir el Sanatorio. Aquella tempestad fué bravísima y conmovió toda la Marina. A causa de ella hubo que interrumpir las obras. Pero esta interrupción entró de lleno en las trazas de la Providencia, por manera que el Secretario de la Junta de Gobierno pudo decir en la junta general de Patronos celebrada en el salón de la Sociedad Económica de Amigos del País el día 30 de Diciembre de 1905:

«La última vez que tuvimos el gusto de reunirnos, no sabíamos cómo lamentar la inconcebible y absurda campaña, iniciada con tanto apasionamiento y llevada á cabo con verdadero furor contra el Sanatorio de Fontilles: es más, no acabábamos de entender cómo Dios podía permitir tan desastrosa derrota en el momento preciso en que creíamos tocar con la mano la victoria. ¿Y ahora, señores Patronos, no lo véis todo con indecible claridad? ¡Ah! sin aquella absurda y desastrosa campaña estaríamos hoy comprometidos: vuestro celo, vuestro desprendimiento y vuestra caridad nos hubiese llevado á emprender y realizar en breve una obra para la que ya estábamos reuniendo elementos; grandiosa, colosal, si queréis, titánica, pero inútil: ¿Sabéis por qué? Porque, entonces, esto es, antes de iniciarse la referida campaña, para atender, asistir y aliviar á los enfermos de lepra era de absoluta necesidad una colonia tal cual la habíamos proyectado; y ahora partiendo del supuesto de que la lepra se puede curar radicalmente, un modesto hospital basta y sobra para llenar debidamente el referido objeto».

El fundamento de esperar la Junta de Gobierno que la lepra se cura de raiz, la manifestaba á la sazón en esta forma:

«Porque habéis de saber, señores Patronos, que tenemos indicios ciertos, y en breve esperamos tener pruebas seguras (porque están para partir tres pobres leprosos enviados por la Junta de Gobierno á la Argelia Francesa con el fin de comprobar el hecho) de que la lepra se puede curar de una manera radical, y siendo así ya no sirve el grandioso proyecto dibujado por nuestro arquitecto, ni son necesarios aquellos grandes y hermosos pabellones, ni hay que pensar en fabulosas rentas... sino que un modesto edificio y una renta relativamente pequeña para acudir á las necesidades de los enfermos más pobres, serán más que suficientes para remediar el mal».

Así hablaba á fines del 1905 la Junta de Gobierno. La Providencia la veo yo en que la parada de las obras vino en realidad de perlas, porque se habían agotado los caudales y se necesitaba tiempo y propaganda para allegarlos de nuevo. Pero cuanto á la esperanza de curar de raíz y extinguir en sus guaridas íntimas el bacilo de Hanssen, ya es otro cuento.

El hecho fué así. Sabedores acá de que en Argel había una tal Madame Pinnelli que curaba la lepra, se le escribió de oficio, rogándole se sirviera contestar á las siguientes proposiciones:

«*Primera:* En beneficio de la humanidad enferma, por el bien de nuestros semejantes y por amor de Dios, ¿quiere V. indicarnos la manera de curar esta dolencia, para salvar la vida á estos 2.000 desdichados leprosos que existen en nuestra región?

»*Segunda:* Dado caso que tenga V. inconveniente en dar á conocer el procedimiento de que se vale para la curación de la lepra, ¿querría V. indicarnos las medicinas para aplicarlas á nuestros enfermos, prometiéndole de la manera más solemne guardar el secreto?

»*Tercera:* Cuando el Sanatorio esté funcionando, ¿tendría V. inconveniente en venir á esta región á ponerse al frente de la cura de nuestros leprosos pobres, sin perjuicio de continuar V. por su cuenta la curación de los leprosos acomodados, que son muchos, y podrían proporcionarle grandes rendimientos?...»

La contestación fué muy intencionada. Después de dar gracias por las revistas de *La Lepra* y por la soberbia obra *Caridad Heróica,* que se le remitió, decía la señora:

«La idea de un Sanatorio instalado sobre los modelos modernos para los leprosos desgraciados es excelente, en efecto, para impedir la propagación de este azote; pero creo también que poder curar á estos desgraciados sería hasta mejor y más económico que conservarlos toda su vida enfermos é inútiles y hasta perjudiciales á sus semejantes.

»Después de varias curaciones que he efectuado yo, creo que esta afección es perfectamente curable, puesto que yo los tengo curados desde hace largo tiempo y *sin que ninguna pústula haya reaparecido* (en largos años).

»Yo no puedo indicar á V. los medios que empleo para curar esa dolencia, porque considero que debo legar á mis hijos este método; y en cuanto á los medicamentos no los puedo dar por la misma razón.

»Sin embargo, si el Comité de VV. quisiera ponerme al frente del Sanatorio que VV. fundan, yo iría con sumo gusto á cuidar á esos

pobres enfermos, porque soy muy feliz cuando puedo salvar á uno de ellos.

»Inútil es decir que en este caso se me aseguraría una asignación fija, igual á la que yo abandonaría aquí, porque tengo familia y no puedo dejar lo cierto por lo dudoso.

»Para cerciorarse VV. de la eficacia de mi tratamiento, podrían ustedes enviarme dos ó tres leprosos, que yo cuidaría gratuitamente por amor al prójimo y para dar á VV. toda seguridad».

En realidad de verdad, la carta era halagüeña. La Junta del Sanatorio escogió tres leprosos, uno de la huerta de Valencia, otro de Pedroguer y el tercero de Laguar, entre los que parecían más difíciles de curar, y previamente retratados y reconocidos por los doctores especialistas D. Manuel Zuriaga, D. Mauro Guillén y D. Enrique Slocker, para que en su día pudieran informar á la Junta de la certeza de la curación, se les mandó al Africa con dos religiosas franciscanas de la Tercera Orden que los asistiesen y cuidasen, las cuales fueron con mucho gozo y por amor de Dios.

A los tres meses escasos regresaron de Argel los tres enfermos con tan marcada mejoría, que produjeron general admiración, mereciendo de notables médicos informes favorables. Los leprosos no sabían cómo dar gracias á Dios y á sus bienhechores y uno de ellos, en señal de gratitud, donó 600 pesetas para el Sanatorio.

Visto tan inopinado suceso, se reunió una Asamblea general de Patronos el 16 de Junio de 1906 en el Palacio Arzobispal de Valencia, presidiéndola el mismo Prelado D. Victoriano Guisasola, á que asistieron muchos médicos, y después de una discusión muy animada, se tomó por unanimidad este acuerdo:

«Que vista la conveniencia de aprovechar los servicios de la señora en cuestión, si no para la curación radical, para el alivio de los pobres leprosos, no pudiéndose esto realizar sin recursos extraordinarios, la Asamblea autorizaba á la Junta de Gobierno para emitir 1.000 acciones de 50 pesetas y para nombrar las comisiones que fueran del caso, con el fin de disponer y terminar cuanto antes las obras más indispensables del Sanatorio: concertar las condiciones con M. Pinnelli; recabar alguna subvención de los Poderes Públicos y redactar el reglamento porque hubiese de regirse el Sanatorio.

El día 1.º de Julio, cinco días después de celebrada la Asamblea, ya se habían nombrado las comisiones. Para gestionar la venida de M. Pinnelli, fueron designados los Sres. D. Rafael Rodríguez de Cepe-

da, D. Leopoldo Trénor, D. Máximo Gastaldí, director de *La Lepra,* y el gran leprólogo español D. Manuel Zuriaga. Para entender en las obras y régimen del Sanatorio, D. Juan Bautista Escrivá, cura Arcipreste de Alcoy, los médicos D. Faustino Barberá, D. Jaime González Castellano y D. Mauro Guillén, con el arquitecto de Foncilla D. Manuel Peris y el secretario D. Joaquín Ballester. Para procurar subvenciones de los Poderes Públicos, el conde de Monternés, D. Rafael Rodríguez de Cepeda, D. Rafael Alapont y D. Leopoldo Trénor.

Dejemos á las otras comisiones que trabajen por su cuenta y veamos lo que hizo la de M. Pinnelli.

Los doctores Zuriaga, Guillén y Slocker, examinados los leprosos que volvieron de Africa, dijeron en su dictamen que los tres enfermos habían experimentado *un beneficio positivo y considerable en la inseguridad de que por el tiempo puedan aparecer nuevas lesiones leprosas.*

La Junta de Sanidad de Valencia, convocada por el Gobernador, acordó desde luego atender cuidadosamente al aislamiento de los leprosos y á su curación, y que se pidiesen á M. Pinnelli los documentos que acreditasen haber cursado la Medicina. Contestó la señora que presentaría un título de médica expedido en Francia; pero como éste no tiene valor para poder ejercer en España, se convino en que la Pinnelli ejecutaría su procedimiento curativo bajo la inmediata dirección de competentes médicos y en calidad de practicante.

El horizonte se iba encapotando. Vino la Pinnelli, pero con mal agüero. El primero que se reveló contra el dictamen de la Junta de Sanidad, fué nada menos que uno de los fundadores de Fontilles, el médico Sr. González Castellano. En 8 de Agosto de 1906 escribió una larga carta á *El Mercantil Valenciano,* diciendo que «el cacareado remedio de la doctora francesa, por más que intente encubrirlo con el velo del secreto, es conocido de todos los que están enterados de la historia de la lepra, pues á juzgar por los vestigios que deja en la superficie cutánea y por los datos suministrados por los mismos enfermos, emplea los cáusticos potenciales, el masaje á beneficio de los vendajes y los lavados antisépticos... Antes de aceptar un tratamiento, añadía, debemos apreciar sus ventajas é inconvenientes, porque la verdadera terapéutica consiste *en saber lo que se hace y por qué se hace.* El asunto de que se trata *más tiene de comercial que de científico,* y así no podemos aconsejar á la Junta que acepte las proposiciones de M. Pinnelli, sin faltar á los más rudimentarios principios de la medicina, y sin inferir una humillación á la clase médica... Si esta señora posee

el remedio infalible de la lepra, debe acudir á la censura científica, que siempre tiene abiertas sus puertas á todo progreso...»

Los papeles diarios, ó mejor dicho, los médicos por medio de ellos, iban á la greña. *La Correspondencia, El Correo*, y sobre todo *El Mercantil*, batían de contínuo la medicación pinnellina. «Dos hechos hay, decía *El Correo*, que la moral médica no puede admitir; el otorgar premio para ejercer la dirección científica de una leprosería á quien no manifiesta desde el primer instante las garantías académicas necesarias y el tolerar la administración de un recurso *secreto*. Y ni aun con cien títulos, ni con apariencias de curación, es admisible por médico alguno tolerar á su lado, ni aun como *practicante*, á quien aplica una sustancia por vía de *medicamento*, negándose á descubrir el *secreto*. Eso es consentir un acto de *curanderismo*, y la clase médica debe negarse á todo acto que de cerca ó de lejos sea un consentimiento. Nos parece, pues, que dicha Junta (de Sanidad) no ha obrado bien... ¡Lástima es que una obra tan necesaria y tan loable, como la Leprosería de Fontilles, se haga digna de tales censuras!»

Por su parte atizaba el fuego *El Mercantil*. «Ha sido una ligereza imperdonable, decía, el acuerdo de la Junta de Sanidad, que implica una humillación para los médicos españoles, y sobre todo para los valencianos... La Sra. Pinnelli irá á Fontilles, no curará á ningún leproso, cobrará crecidos honorarios; y á la vuelta de pocos años, después de haber gastado un dineral, cuando la Junta provincial ,se convenza de que el tan cacareado tratamiento es ineficaz, porque solo produce una mejoría ficticia, acabará por donde debió comenzar; esto es, encargar á un médico de reconocida autoridad la dirección y el cuidado de los pobres atacados del terrible mal. Lo hecho ahora por la Junta de Sanidad no tiene nombre y no deben aguantarlo los médicos valencianos».

Se equivocó este papel. La Pinnelli, como vamos á ver, no fué á Fontilles, ni cobró una peseta más, ni la Junta provincial designó médico, ni señaló estipendio para el facultativo de Fontilles.

Al día siguiente afirmaba bajo su firma *El Correo* que ya la Pinnelli había tomado posesión de la dirección científica de la Leprosería de Fontilles, y exclamaba horrorizado: «Eso es monstruoso; nos parece imposible creer que la clase médica, la Academia, el Colegio y el Instituto se hagan cómplices, con su censurable pasividad actual, de tamaño desafuero». ¡Oh, cuánta solicitud por los leprosos!

Y luego encarándose con la primera autoridad civil, le decía: «Se-

ñor Gobernador: ya ve V. S. hasta donde llega aquí el intrusismo, y puesto que por otros se olvida el deber de velar por el prestigio médico, deber y medios tiene V. S. para poner coto á tanta gente maleante como por aquí ejerce la curandería y para impedir que en Fontilles se enarbole el pabellón del charlatanismo con visos de legalidad».

Luego se pone á aminorar las curaciones de dicha *soi dirant* médica, y de uno de los tres leprosos afirma autorizadamente que «su curación local y estética era más aparente y pasajera de lo que al principio se dijo, *pues siguen,* añade, *con la anestesia, manchas eritematosas é infartos cutáneos.* A un pobre leproso de Alcacialí le pidió días atrás 1.000 duros por su curación local. ¡Fontilles es Jauja!.. Señor Gobernador, en V. S. confiamos».

Otro día (el 15 de Agosto de 1906), asienta que «Mme. Pinnelli es ya directora de Fontilles, tiene un sueldo cuantioso, contrata con enfermos su tratamiento, tendrá quizá un médico resignado á presenciar la aplicación de un *secreto* que por nada descubre, y todo con la tolerancia de la clase médica».

Mientras tanto seguía la Junta concertando los tratos con la doctora, sin atender á los gozquecillos de la prensa, y la Pinnelli se comprometió á venir al Sanatorio para continuar sus ensayos por espacio de tres meses, bajo la inspección facultativa, mediante la retribución de 600 pesetas por enfermo, siendo de su cuenta los medicamentos, y del Patronazgo los enseres y demás que se necesitase para el caso.

La campaña, empero, arreciaba. La Pinnelli se defendió en *La Voz de Valencia, (El Mercantil* se negó á estampar la vindicación). El Gobernador impuso al alcalde de un pueblo de la provincia 500 pesetas de multa por haber permitido á la Pinnelli ejercer la medicina, y la denunció ante la Delegación de Hacienda por haber cobrado 1.000 reales á un cliente, á quien obligó á vender una casita.

Como se ve, el Gobernador era gobernado por la prensa, la cual exigía de él, demás de esto, que advirtiese á los alcaldes de la huerta de Gandía no se dejasen engañar por la curandera Pinnelli, que dentro de poco iba á descargar sobre aquella comarca. Ignoro si lo hizo, pero sí sé que la doctora escribió una carta á la prensa, en que hacía estas dos manifestaciones:

«La primera. Por amor á la ciencia, más que á los ochavos, si la Junta del Sanatorio me lo permite, invito al eminente leprólogo Dr. González Castellano á que en Fontilles y empleando esos caústicos que él conoce y el tratamiento interno que dice desconozco yo, se en-

cargue de una docena de leprosos el mismo día que yo me encargue de otros tantos, y él en un año y yo en tres meses procedamos á su tratamiento, sometiendo los resultados á médicos competentes que elija la Facultad de Medicina. Queda, pues, invitado el Dr. González Castellano para curar con hechos y no con remitidos mi curanderismo y su ciencia; y

»La segunda. Está V. equivocado al afirmar que *trabajo solo por los ochavos*, puesto que para probar la eficacia de mi método ofrecí á la Junta del Sanatorio curar gratis tres enfermos, como así lo hice..... ¿Acaso, Sr. Director, por ser mi título francés he de estar trabajando gratis toda la vida?»

Cuanto á lo de ser nombrada ya Directora de Fontilles, confiesa y dice: «Nada de eso; lo que hay es que, siguiendo el consejo de la ciencia, la Junta del Sanatorio quiere que amplíe los experimentos practicados en Argel, en 30 ó 40 enfermos más, para visto el resultado estudiar la forma de hacer extensivo el beneficio á los numerosos leprosos de esta región».

Se vindica, finalmente, del no descubrir el secreto con el ejemplo del eminente Benring que guardó varios años el secreto de su método contra la tuberculosis, sin ser tachado de curandero por esta causa.

El reto era formidable. El Dr. González Castellano contestó que no lo aceptaba: «en primer lugar porque no es fácil encontrar seres humanos que se presten á ser asados en vida, (alude á los cáusticos de la Pinnelli); y en segundo lugar, porque con la medicación simplemente sintomática de la afamada especialista sólo se obtienen curaciones efímeras..... y no debe ser admitida como remedio seguro de la lepra». Así escribía en la *Voz de Valencia* de 5 de Septiembre.

Realmente la señora anduvo poco discreta en ponerse á curar por Valencia y sus contornos sin precaución de ninguna clase. Alarmáronse las gentes, el juzgado la requirió y no queriendo comparecer ni ella ni el moro que la acompañaba, ordenó el juez por primera providencia que el moro ingresara en la Carcel Modelo, conducido allí por una pareja de guardias, en el momento que caía una lluvia torrencial. El 4 de Septiembre compareció finalmente la Pinnelli ante el juzgado, donde exhibió sus títulos profesionales, que, según parece, era verdadero título de doctora, aunque podía entenderse de esos títulos de enfermera que se otorgan en los hospitales clínicos franceses. El juez se contentó con imponerle una multa, y ella inmediatamente se encaminó á Alicante, en cuyo puerto se embarcó para Argelia. ¡Buen viaje!

Y aquí acaba, mi querido Padre, la historia de la Pinnelli, y con ella mi enfadosa epístola. Lo que no se acabará por ahora es la lepra, y por tanto la necesidad de un Fontilles que si no cura de raiz, aliviará siquiera á los pacientes. Dios lo haga, como puede.

Commendo me.....

Siervo en Cristo,

JUAN M. SOLÁ, S. J.

CARTA TERCERA

Fontilles 21 de Mayo de 1910.

Muy amado en Cto. P. Ortíz: Está de Dios que Fontilles sea blanco y terreno de perpetua contradicción. Lo digo porque, ida la Pinnelli, piedra de escándalo en la pasada refriega, no se fué ni desapareció la malquerencia y oposición de muchos á este Sanatorio. En artículos y cartas de periódicos, en folletos y hojas volantes, en mitines y asambleas populares se excitaba el ánimo del vulgo, á resistir á la apertura que veían cercana, de la benéfica institución.

¿Cómo y de dónde se armaba esa guerra en cosa tan evidente y manifiesta? Vertiendo las especies más peregrinas. Unas veces hacían ver al pueblo que el Sanatorio de Fontilles era una quinta de recreo que, so color de leprosería, levantaban los jesuítas con dinero de unos y otros para su esparcimiento y regalo, donde pudiesen pasar los meses del estío respirando el ambiente de la sierra, saturado con los aromas del pino, del tomillo y del romero, y refrescado con las brisas y mareas blandas del Mediterráneo.

Este rumor sólo pudo prevalecer en algunas cabezas hasta el día en que vieron por sus ojos que se trataba de llevar leprosos á Fontilles. Pero, he aquí entonces otra especie más extraña, y que hizo fortuna. El Sanatorio de Fontilles, decían, es una empresa mercantil para explotar á los ricos y hacer con ellos, so capa y color de caridad, un pingüe negocio. Y formaban á este intento sus cuentas galanas de miles y miles que nos íbamos á embolsar. Versión descabellada que

corrió la misma suerte que la anterior, aunque costó más tiempo desvanecerla. Decía uno de esos oradores tribunicios á la turba que le rodeaba: «Aquí está Fontilles (y trazaba en el suelo un bosquejo de esta finca con el palo). ¿Sabéis, pues, lo que van á hacer los jesuítas? Apoderarse de toda la Marina en esta forma: pondrán á los infelices leprosos en la raya de la finca ya adquirida, y dirán al dueño de la próxima: «Véndanos V. esa finca». Y no habrá más remedio que vendérsela, so pena de contaminarse con la lepra; y por el mismo estilo irán adquiriendo otro campo y otro campo, como lo van haciendo por desgracia».

Desbaratadas tales fantasías, acudían al argumento de los números. «En Fontilles, decían, se juntarán miles y miles de leprosos, los que les cuadre á los jesuítas menos los nuestros; un día les faltará el pan, otro la carne, en fin no tendrán que comer. Entonces una inundación de leprosos, mayor y más temible que la de los ríos cuando se desbordan y asolan la campiña, invadirá nuestras casas y aldeas y sobrevendrá la ruina del país. ¡Vosotros, pueblos de la Marina, ¿consentiréis tamaña injusticia y calamidad?» (No, no, fuera el Sanatorio!)

Si la índole de los oyentes ó lectores lo sufría, apelaban á la razón poderosa del triunfo del clericalismo. «Yo, soy humanitario, quiero Sanatorio, decían entonces, pero no lo quiero clerical». Replicóle uno: «En vuestras manos está el no consentir que una obra tan grande y necesaria de salubridad pública degenere en clerical. En el Patronazgo que se ha fundado para llevarla á cabo, no se pide la partida de bautismo para ser Patrono: cualquiera, moro, judío ó librepensador, puede serlo soltando 1.000 pesetas. Júntense VV. muchos humanitarios, háganse Patronos y apodérense de la obra, para que no se la lleve el clericalismo». Y mi hombre no tuvo que contestar al argumento de las 1.000 pesetas.

Más intencionados fueron el folleto *La Leprosería nacional: Criterio científico contrario á su instalación en Fontilles*, escrito por el adalid de esta campaña, y médico de Ondara, D. Pedro Ruano Llopis, y «*El Sanatorio de Fontiles: A la opinión*», que es un manifiesto ó solicitud dirigido al país y al Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, firmado por algunos vecinos de Denia y Pego. El mismo Sr. Ruano anunció con mucho bombo que iba á dar unas conferencias científicas en Alicante contra la apertura de Fontilles, y en efecto las dió tan desastradamente que apenas tuvo allí oyentes, ni después lectores en la prensa. Con todo no cejaba un punto en su tenaz porfía. Todos se ma-

ravillaban de los gastos que hacía en viajes, propagandas, impresos, ni acertaban á explicarse de dónde sacaba un pobre médico de Ondara esos caudales, sino es suponiéndole instrumento de algún político, enemigo del jesuitismo, ó de varios usureros que rabian al ver que menguan sus granjerías desde que se han fundado por aquí varias instituciones sociales.

La contestación á esa pregunta, era á veces el silencio y á veces la oportuna réplica. En *La Medicina Valenciana,* en la *Revista Médica,* en *La Salud Pública,* en *La Lepra,* puede V. ver la oportuna y bien razonada refutación de todos los sofismas. En Madrid, la excelente *Revista Española de Dermatología,* publicó á la sazón el artículo «Un caso de leprofobia colectiva». Léalo V. porque es cosa sabrosísima y de mucho jugo en pocos renglones. Aun lo es más, si cabe, el de don Ramón Gómez Ferrer en *La Medicina Valenciana,* que refuta á los firmantes de «Fontilles: A la opinión» por otra vía, haciendo ver la total ignorancia y las mil contradicciones en que incurren, pues de las premisas que asientan van sacando estas conclusiones: 1.ª Que la lepra es contagiosa. 2.ª Que la lepra no es contagiosa. 3.ª Que el contagio se debe solo á la cohabitación ú otro contacto directo. 4.ª Que no es menester tal contacto, pues las aguas, vestidos, aire, alimentos, moscas, pulgas, etc., son sus constantes vehículos. 5.ª Que no cabe creer en el contagio pues no está probado. Y 6.ª Que la falta de prueba no es prueba negativa de que el contagio exista»... En fin un laberinto. Y terminan con una última conclusión «en la que se declaran francamente enemigos de la Leprosería, y decir que recurrirán, para impedir su implantación, *á cuantos recursos les ofrezca su derecho*».

¿Qué recursos fueron éstos?

La Junta de Gobierno acordó en 27 de Agosto de 1906 nombrar una comisión técnica, compuesta de todos los señores médicos que hasta aquella fecha se habían señalado por su amor y servicios en favor del Sanatorio, para que entendiese en todo lo referente á la parte científica ó higiénica de Fontilles. Reunidos ellos el 31 de Octubre de 1906 en el Instituto Médico Valenciano, constituyeron una Junta, quedando de Presidente D. Vicente Carsí, Secretario D. Joaquín Aguilar, vocales D. Jaime González Castellano, D. Mauro Guillen, D. Ramón Alapont, D. Faustino Barberá y D. Manuel Zuriaga.

La comisión visitó Fontilles, lo estudió y finalmente dió su dictamen, en calidad de *Junta facultativa y médica.* En general es laudatorio de Fontilles y su publicación causó excelente efecto.

Los adversarios, con todo, no cejaban en su propósito. Era menester un apoyo aun más autorizado.

El ministro de la Gobernación, Sr. Lacierva, telegrafiaba el 11 de Septiembre de 1907 al Gobernador de Valencia. «Sírvase V. S. solicitar con toda urgencia del Presidente de esa Real Academia de Medicina el nombramiento de un académico médico para que forme parte de una Comisión que se reunirá el día 13 en Alicante, bajo la presidencia del Inspector General de Sanidad para informar acerca de las condiciones higiénicas de los Sanatorios de Fontilles».

El nombramiento recayó en el Dr. Faustino Barberá. Oigamos de sus labios lo restante, tomado de la *Revista Valenciana de Ciencias Médicas.*

«En la estación de Venta la Encina, donde llegué á las dos y media de la madrugada, esperé á nuestro muy distinguido compañero el Dr. Bejarano, que venía en el correo de Madrid-Alicante, y juntos llegamos á esta última población sobre las ocho de la mañana.

»En la estación nos esperaba el Gobernador civil, y á la morada de éste nos trasladamos.

»... sin más que tomar el desayuno, se puso al habla telegráfica con los distritos de Pego y de Denia para avisar á los respectivos Subdelegados de Medicina, á las autoridades locales y á las personas que pudieran tener interés en la visita.

»Al mismo tiempo, haciendo uso de las facultades conferidas por el Ministro, convocó la Junta provincial de Sanidad para aquella misma tarde.

»A dicha reunión acudió el Presidente de la Diputación Provincial D. José Servera Cardena, Alcalde de la ciudad D. Luis Mauricio Jorro, Delegado de Hacienda D. Luis Genis Echaluce, Director del Hospital militar D. Fausto Domínguez Cortelles, el conocido médico de Alicante y Secretario de dicha Junta D. Esteban Sánchez Santana, arquitecto provincial D. Francisco Fajardo Guardiola y otros vocales que acudieron presurosos á compartir, con los mencionados señores, el entusiasmo y celo por los intereses de la salud pública».

Después de hablar de las diligencias que hizo el Gobernador de Alicante para que la expedición á Fontilles se hiciese con rapidez y comodidad, habla del resultado de la reunión vespertina y de la *Comisión inspectora*, la cual quedó contituída por D. Eloy Bejarano, Presidente; por el Gobernador civil de la provincia, D. Pedro Pascual Ojesto y Unagón; por el diputado provincial del distrito de Pego, D. Al-

fredo Pastor Mengual; por el Subdelegado de Medicina de Pego, Don Fernando García Mengual; por el Subdelegado de Medicina de Denia, D. Agustín Gómez Porta; por el arquitecto provincial, D. Francisco Fajardo; por D. Faustino Barberá, como representante de la Real de Valencia, y por el Alcalde de Alicante, designado secretario de la Comisión, como médico que es, D. Luis Mauricio Jorro.

»A las cinco de la madrugada salía el automóvil de Alicante. Nuestro *chauffeur* avanzó lentamente, y con avisos de bocina fué pidiendo vía libre por el paseo del muelle, y por debajo de la histórica fortaleza nos llevó á la carretera de Villajoyosa-Altea, la misma que termina de Silla en la de Cazas del Campillo.

»A las dos y media llegamos á Pego, y era sábado 14 de Septiembre del año de gracia de 1907... Era ya anochecido cuando llegamos á Fontilles... Sin desempolvar, entramos en funciones, y requerido nuestro Presidente por algunos vecinos de Beniarbeig, Ondara, Vergel, Orba, Sagra, Lagnar, Murla, Benichembla, Rafol de Sanet y Benimelí que, al no ser partidarios del Sanatorio, venían á protestar, los reunió en local á propósito y dirigió á la comisión que los representaba sentida alocución para dilucidar las siguientes proposiciones: 1.ª ¿Es humano abandonar hoy á los leprosos? 2.ª ¿Es aceptable la creación de sanatorios para los leprosos? y 3.ª ¿Es admisible Fontilles como sitio de elección para instalar la leprosería regional?

»En el desarrollo de cada una de estas proposiciones estuvo muy elocuente al par que muy sencillo... Con gran copia de datos demostró cómo la medicina sociológica admite sin rebozo la primera y segunda de aquellas proposiciones; y respecto de la tercera advirtió que la Comisión, haciéndose intérprete de los deseos del Gobierno de Su Majestad, procuraría estudiar las condiciones higiénicas y de moralidad del proyecto, y que tras de maduro estudio, procuraría informar al Sr. Ministro de la Gobernación».

Por el hilo de esta relación del Sr. Barberá habrá sacado Rdo. Padre, el ovillo de los *recursos* de que nos habló el Sr. Ruano, que es el que capitaneaba la hueste enemiga en el valle de Fontilles, durante esa visita memorable del ilustre Inspector general de Sanidad. Ruano fué, en efecto, el que convocó á su gente, la llevó el sábado á Fontilles, salió al encuentro á la Comisión oficial inspectora, la secuestró, por así decirlo, desde que dió con ella á la mitad de la carretera de Fontilles, y la acosaba sin cesar sin dejarlos á sol ni á sombra. El Sr. Inspector general estuvo con él atentísimo. Le consintió entrar con los

suyos en el salón y allí que expusiese todos sus reparos. Estos fueron la proximidad de los pueblos, la contagiosidad por el aire y por el agua, la futura depreciación de las cosechas.

«Mañana, contestó el Sr. Bejarano, veremos eso de la proximidad de los pueblos, porque aun estando cerca puede este paraje hallarse aislado: aquí al entrar se distingue un valle cercado de montes. Lo del aire, hasta que los hombres no vuelen, tampoco ofrece peligro, pues harto sabe el Sr. Ruano que la lepra no se comunica por el aire. Cuanto al agua, ignoro si hay por aquí algún río ó barranco; pero V. lo sabe Sr. Ruano, que no hay microbicida más poderoso que el sol. El movimiento mecánico de las aguas y la filtración continua influyen para que en las grandes y populosas ciudades beban el agua de sus ríos, como París y Londres las del Sena y del Támesis, ni se puede mentar un solo caso de una persona que se haya picado de lepra por beber de un río ó acequia en que se haya lavado ropa de un leproso. La depreciación de las cosechas no hay que nombrarla. Toda fruta de población sana es preferida en todas partes á la que procede de puntos donde hay cólera, peste, enfermedades infecciosas. Tengo cartas de exportadores que piden se abra el Sanatorio. Para las personas sanas no hay mejor preservativo que el aislamiento de las enfermas.

»Sr. Ruano, he leído su folleto de V. Las conclusiones de V. y las del Instituto Médico Valenciano se parecen como una gota á otra gota, solo que V. quiere un sanatorio en cada pueblo. Este proyecto de V. no es práctico. Sírvase V. decirme ¿cuántos sanatorios locales, que reunan las condiciones convenientes, ha construído V. en los pueblos donde ha estado?—Ninguno.—V. ni nadie. ¿Y no será bueno tener un Sanatorio regional, hágalo quien lo haga? Nunca podremos negar el nombre de beneméritos de la patria á los que con su dinero ó trabajo hayan cooperado á una obra meritísima de carácter social é higiénico. ¡Ah! si todas las personas pudientes de España (voy citando sus palabras textuales) conociesen bien la manera de emplear el dinero, atendiendo á las necesidades de la vida moderna en este orden, y ejercitasen la caridad en forma práctica y conveniente, otra sería la suerte de nuestra nación! Miren VV., añadió, es mi manía, es mi preocupación constante: deploro en el alma que falte apoyo á instituciones tan hermosas que de consuno reclaman la sociedad desvalida y la higiene pública.

»Lo que aquí se hace no lo sé, es de noche, lo veremos mañana. Pero vengo admirado desde Madrid pensando que en esta región haya

surgido la caridad en forma tan atractiva y tan á la moderna. Ignoro de quién sea la propiedad, si estará en condiciones de abrirse ó no este Sanatorio; pero sí puedo asegurar que en esta hermosa tierra hay corazones grandes y generosos, hombres de abnegación y sacrificio, espíritus que desean el bien, personas cultas que conocen el verdadero progreso.

»Hoy que tanto se blasona de democracia, de proteger al obrero, de limitar el trabajo, de amparar al huérfano, recoger al anciano, cuidar al loco, corregir á la joven extraviada, albergar á las trabajadoras, auxiliar á la que está en cinta, dar la mano al niño sin nodriza ó desamparado en la vía pública, ¿nada se hará por el conflicto leproso? Señor Ruano, hay que hacer algo, y nosotros, los médicos, estamos en primer lugar obligados á ello.

»Es una vergüenza para las provincias de Valencia y Alicante tener unos 400 leprosos en corralizas y cobertizos, y que ni siquiera por instinto de conservación se procure el aislamiento de los lazarinos. Tanta incuria, Sr. Ruano, no se puede tolerar en nuestra época.—Es que los labradores...—En estos asuntos no convienen apasionamientos, Sr. Ruano. Ni es razón eficaz que unos labradores opinen así. Otros opinarán en sentido contrario. No son ellos los llamados á dirimir este pleito; por algo tiene el Estado la función tutelar sobre sus administrados. La Comisión que envía el Gobierno por conducto del Ministro de la Gobernación, dictaminará en conciencia, pero no quiere hacerlo con presión de ningún género. Sépalo el Sr. Ruano, la Comisión quiere obrar con entera libertad».

Con esta entereza habló el Sr. Bejarano. No había entre los manifestantes ni un médico de la Marina, ni un ingeniero, arquitecto, abogado, farmacéutico, sacerdote, militar, veterinario ó maestro de escuela. El Sr. Ruano no pudo allegar más que gente ignorante para dar la última batalla.

Oída la santa misa (era domingo) en la capilla provisional, la Comisión giró la visita al pabellón de enfermos, á las fuentes, á la meseta central del valle. Aquí fué donde el impertérrito Sr. Ruano se presentó con nueva tropa que pudo recoger aquella noche, insistiendo en lo de la depreciación de los frutos. Contestóle el Inspector general, terciando en el debate el Sr. Ojesto con esta saeta enherbolada que dirigió al Sr. Ruano: «Pero ¡si ni V. mismo cree en esas razones!» Como soltase la especie el Sr. Ruano de que no eran tantos los leprosos, y que en Parcent, por ejemplo, solo había dos, contestóle muy á punto el Subdele-

gado de Medicina del distrito de Pego, Sr. García: «Se equivoca usted, aquí traigo la estadística, son nueve, yo mismo los he visto». Replica que ya cuidan los municipios. Pero le tapa la boca el Sr. Barberá con esta preguntita: «Fuera de Gata y Pedreguer que han construído unos miserables lazaretos, cíteme V. un solo ayuntamiento que haya hecho algo».

Ruano y Pérez Pastor presentaron las comisiones de Ondara, Beniarbeig y Orba, cuyas necias reclamaciones oyeron con visible enfado los Sres. Ojesto y Bejarano. Y con mueras al Sanatorio y vivas á Ruano y Pérez Pastor, jefes de los republicanos del distrito, se retiró la tumultuaria muchedumbre. Los buenos tenían orden de no dar ni un viva, ni un muera.

Terminada la inspección se reunió en sesión toda la Junta con el vicepresidente del Patronazgo, D. Joaquín Ballester, á quien, en representación del mismo Patronazgo lo interpelan acerca del propósito que han tenido los Patronos en solicitar del Gobierno la inspección técnica, recursos de que dispone el Patronazgo para asegurar la institución, condiciones á que ha de sujetarse la admisión de enfermos, clases y procedencia de éstos. Contestó el Sr. Ballester que como la construcción del Sanatorio había tomado cierto aspecto de cuestión social que podía afectar al orden público y ante el temor de continuar las obras y hacer mayores gastos que pudieran después resultar estériles, por esto había solicitado el Patronazgo la intervención de los Poderes Públicos y la opinión de técnicos oficiales, y para recibir, en medio de tantas contrariedades, algún estímulo por parte del Gobierno, si es que su obra lo merece. Así fué contestando á todas las preguntas. Extendióse el acta, donde, entre otros acuerdos, consta: «que no procedía emitir informe definitivo hasta conocer con toda amplitud los propósitos del Patronazgo sobre los diversos puntos que la Comisión había estimado conveniente someter á consulta del mismo; que la localidad donde se está edificando el Sanatorio de Fontilles reune por su situación, altura, aislamiento natural y factores climatológicos que le rodean, cuantas condiciones pueden exigirse para esta clase de establecimientos benéficos; que el pabellón edificado es de buena construcción y reune condiciones higiénicas, pudiendo ser utilizado desde luego en caso de urgencia; pero que la Comisión considera preferible que las demás edificaciones se ajusten á un criterio individualista más bien que colectivo, huyendo de salas grandes, aunque estén limpias y ventiladas, como la del pabellón hoy construído; que la apertura del

Sanatorio debe subordinarse á la terminación de las edificaciones, con las necesarias obras de saneamiento del terreno, evacuación de inmundicias, canalización de aguas potables é instalación del necesario servicio de desinfección de ropas y personas, así como de la adoptación de medidas de aislamiento con los pueblos vecinos; que es necesario establecer para el gran número de leprosos que acusan las estadísticas demográfico-sanitarias de Alicante y Valencia diversas leproserías de carácter regional; y que el Sanatorio-Leprosería de Fontilles no debe de tener en ningún caso otro carácter que el de provincial ó regional.

El 26 del mismo mes de Septiembre la Junta de Patronazgo dió, en una extensa memoria, cumplida contestación al cuestionario de la Comisión inspectora acerca de sus propósitos, medios de vida, distribución de plazas entre pobres y pensionistas, etc., etc.; y el 23 de Diciembre del mismo año remitió á la Inspección general de Sanidad interior un programa de las obras de saneamiento é higienización del Sanatorio de Fontilles, abarcando todas las cuestiones de este género que le fueron sometidas por la Comisión inspectora, enviando copia impresa á cada uno de los Vocales de la misma, mereciendo la aprobación de todos ellos, con ligeras modificaciones de que se dió conomiento á la Junta de Patronazgo, para que las tuviese presentes al ejecutar en Fontilles las obras oportunas.

Vino el año de 1908, en que se trabajó de veras en Fontilles, por manera que el día 3 de Septiembre el Subdelegado de Medicina é Inspector municipal de Sanidad de Denia, vocal de la Comisión oficial inspectora, envió á la de Madrid un informe diciendo que «están ejecutadas todas las obras de mejora y saneamiento propuestas por el Patronazgo y aceptadas por la Comisión inspectora, considerando que pueden desde luego admitirse enfermos de lepra sin peligro alguno para la salud pública».

El mismo día el arquitecto director de las obras del Sanatorio de Fontilles, por conducto del Gobernador civil de Valencia, confirmó con amplios detalles la terminación de las obras y la llegada á aquel puerto de la estufa de desinfección y de los aparatos de irrigación que se acababan de adquirir.

¿Qué faltaba, pues, para que se diese la Real Orden apetecida? ¡Ah! que lo diga el P. Ferrís, que tuvo que ir á la corte y apretando á unos y á otros, por fin se vió con el Sr. Lacierva.

—¿Qué quiere el P. Ferrís?

—Tres cosas: que autorice á la Junta del Sanatorio para abrirlo desde luego, que nos dé facultad de instalar otros donde y como convenga, y que el Gobierno nos ayude con alguna subvención.

—Concedido lo primero, otorgado lo segundo; cuanto á lo tercero...

Según esto, salió la Real Orden el 7 de Septiembre de 1908, la cual tras los resultandos que resumen la historia de Fontilles, concluye con estas cláusulas:

«S. M. el Rey (q. D. g.) se ha servido disponer:

»1.º Que se autorice á la Junta de Gobierno del Patronazgo de San Francisco de Borja para abrir al servicio público el Sanatorio-Leprosería de Fontilles, tan pronto se instalen convenientemente los servicios de desinfección.

»2.º Que se signifique á dicha Junta en nombre de S. M. la satisfacción con que ha visto sus constantes desvelos en beneficio de los infelices leprosos y el propósito que el Gobierno abriga de favorecer, cuando sea posible dentro de las disposiciones vigentes, la multiplicación de obras semejantes á la que con tanta caridad, perseverancia y celo acaba de realizar el Patronazgo de San Francisco de Borja.

»De Real Orden lo digo á V. S. para su conocimiento y efectos oportunos.

»Lo que traslado á V. S. para los fines expresados.

»Dios guarde á V. S. muchos años.

»Madrid 7 Septiembre de 1908.

»El Subsecretario interino

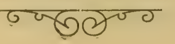
»*Sr. Presidente de la Junta de Gobierno del Patronazgo de San Francisco de Borja.—Gandía*».

Ya tenemos, por consiguiente, Sanatorio. ¿Cuándo se abrirá? He aquí lo que dejo para otras cartas. Por ahora creo que á V. R. y á mí nos basta con lo escrito.

Roguemos á Dios y á su Santísima Madre no suscite el demonio nuevas dificultades al triunfo definitivo de la caridad. Señor, apiadaos de los pobrecitos leprosos

Suyo affmo. en Cto.

Juan M. Solá, S. J.



RESIDENCIA DE MALLORCA

ACCIÓN SOCIAL DE LA CONGREGACIÓN MARIANA

LAS TRES SECCIONES MAYORES

ASOCIACION DE SEGLARES CATOLICOS.—PATRONATO OBRERO

EL ATENEO

Carta del P. Guillermo Vives al P. Juan María Solá.

Palma de Mallorca, 10 de Febrero de 1910.

Muy amado en Cto. Padre: Todo mi afan, desde que la Santa Obediencia me encargó la dirección de los «Seglares Católicos», ha sido el de restituir á esta respetable Congregación al prístino fervor é importancia social que obtuvo en Palma en los tiempos ya lejanos de San Alonso Rodríguez y San Pedro Claver; pues de ella se ha dicho con encomio, que era el «refugio de toda obra de piedad y que de ella se esperaba la reforma de la caballería y de mucha gente de Mallorca». (Historia de Montesión ms. p. 49). Ojalá que muy en breve se pueda también afirmar, que la Congregación Mariana de Seglares Católicos de Palma, imbuída en las luminosas enseñanzas pontificias y adaptándose á las circunstancias de los tiempos, como lo ha hecho siempre la Iglesia Católica, trabaje esforzadamente en el siglo XX en restaurar todas las cosas en Cristo.

Para ello, procuro ante todo que estén en su vigor las prácticas todas de las Congregaciones Marianas.

Prácticas mensuales.—El primer domingo de cada mes (si no se avisa lo contrario) por la tarde hay reunión general en la capilla de las

Reliquias de Montesión, para tratar de la marcha de la Congregación, conocerse mutuamente, animarse á trabajar en las obras de propaganda y enfervorizarse con el ejemplo de los demás.

El tercer domingo, por la mañana, tienen los Congregantes comunión general á las siete y media. Esta comunión de solos hombres es de los espectáculos más hermosos de la piedad palmesana. Por la tarde hay, en la misma iglesia de Montesión, exposición de S. D. M., rosario, plática sobre los deberes de los Seglares Católicos y reserva solemne. Estos actos sirven como de retiro mensual para renovar los sentimientos y propósitos hechos en tiempo de Ejercicios.

Funciones anuales.—La Congregación de Seglares Católicos asiste á la procesión del *Corpus* de la Catedral Basílica, y á la del Corazón de Jesús de Montesión; celebra las fiestas de la Inmaculada y del Patrocinio de San José. Durante la semana de Pasión, hace los Ejercicios de San Ignacio, en Montesión.

Bendición apostólica é indulgencia plenaria.—Además de las muchas gracias é indulgencias plenarias y parciales concedidas por los Sumos Pontífices á los Seglares Católicos, por estar agregados á la Congregación Primo Primaria de Roma, Su Santidad el Papa León XIII, con fecha 23 Abril de 1894, á ruegos del Director R. P. Luis Boadera, S. J., concedió á los que entonces estaban inscritos en la Congregación y á los que con el tiempo ingresaren en ella, la Bendición apostólica é indulgencia plenaria en el artículo de la muerte.

Esperanzas fundadas.—Estas prácticas mensuales y anuales, religiosamente cumplidas y acompañadas de la estricta observancia de los deberes de familia y de la profesión á que estamos dedicados, forman una generación de hombres que son el encanto de la Iglesia y de la sociedad y constituyen una esperanza cierta para lo porvenir de nuestra Congregación. De esa falange bendita de hombres que comulgan con frecuencia, que oran, que saben sacrificarse y obedecer á los superiores y cumplir sus deberes sociales, deben salir los hombres estrenuos, llamados al campo de la acción católica social, que es uno de los apostolados más fecundos del siglo XX.

Triple expansión.—Cuando se presentó á las Cortes el proyecto de Administración local, que admite el voto corporativo, pensaron los católicos españoles que sería utilísimo el revisar los estatutos de las Asociaciones piadosas, adaptándolos á las necesidades sociales y legales de los tiempos presentes. Movida nuestra Congregación por el ejemplo de otras asociaciones del continente y sobre todo por las palabras del

Vicario de Jesucristo que dice: «La acción es lo que exigen los tiempos actuales... (Primera Encíclica de Pío X).—Tengan todos presente que ante el peligro de la Religión y del bien público, á nadie es lícito permanecer ocioso. (Carta de Pío X al Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, 20 de Febrero de 1906).—Menester es que todo buen católico contribuya con su labor diaria al triunfo de la paz. Paz, trabajo y religión son las tres estrellas de felicidad humana. (Pío X en un discurso á los cuerpos armados)». Se ha dado prisa nuestra Congregación en dividir el personal en tres grandes secciones mayores, que á manera de tres grandes ramas brotan del robusto tronco de la Congregación.

Asociación de Seglares Católicos para cuidar de la defensa de los intereses religiosos, morales y materiales, formada por los propietarios, empleados, comerciantes y en general por los padres de familia.

Patronato Obrero para trabajar en la cuestión obrera, sindicando á los obreros y patronos, para mejorarlos material y moralmente y atendiendo con solicitud paternal á los jóvenes que constituyen la esperanza de mañana.

El Ateneo.—Constituído por hombres de carrera y de estudio, para atender á la difusión de la verdad y á la destrucción del error, propagando la instrucción cívica, religiosa y artística, siempre con criterio católico.

PRIMERA SECCIÓN MAYOR

Asociación de Seglares Católicos.—Esta sección mayor ya tiene sus estatutos aprobados por las autoridades eclesiásticas y civil y goza de vida jurídica.

Con la cuota mensual de esta sección se sostienen las secciones, que más adelante explicaré, formadas por los individuos que voluntariamente se presten á los trabajos que ellas exigen.

Sección Josefina ó de culto.—Se forma el núcleo de esta sección con los seglares que lleven el nombre de José. Pueden pertenecer también á este grupo los devotos de San José. Su objeto es acrecentar el culto y devoción al gran Patriarca, Patrón secundario de nuestra Congregación, y cuidar de los demás actos del culto y de las fiestas religiosas que haga nuestra Congregación.

Atiende á la lámpara de la capilla, para que no falta aceite, y á las velas del altar, para que ardan los miércoles de cada semana y los días 19 de cada mes.

Celebra la Novena de San José y los Siete Domingos.

Viáticos y entierros.—La idea de asistir á los viáticos y entierros de los congregantes, de una manera cristiana, como lo hacían las antiguas Congregaciones (puede verse leyendo sus estatutos), ha llegado á ser una realidad consoladora. Las únicas dificultades, con que se ha tropezado, han sido las que ha dictado el respeto humano; pero gracias á Dios, unos 60 ó 70 seglares católicos que pisotean dicho respeto humano, han dado sus nombres y se han comprometido á asistir á los viáticos y entierros, como era costumbre inmemorial en las Congregaciones antiguas, llevando una vela en la mano y la medalla sobre el pecho. Más aún, se ha bordado una bandera, para que guiados por ella asistan en corporación á los entierros los congregantes, dotados del verdadero espíritu de la caridad.

Este acto de misericordia y caridad cristiana ha sido muy aplaudido por los católicos de esta ciudad.

Se piensa también en que los enfermos de la Congregación sean visitados por sus compañeros durante la enfermedad y, si los recursos lo permiten, que en sus necesidades y apuros sean socorridos con alguna limosna.

La cera, que se distribuye, se paga de los fondos de la Congregación y con las limosnas de los protectores.

Cárceles y Hospitales.—Nos contentamos por ahora con acudir todos los meses, para repartir entre ellos regalillos y objetos de propaganda, conversando un rato con ellos para calmar sus penas y acabando con una plática sencilla, que suele hacerles el P. Director.

Visita extraordinaria.—El lunes 11 de Enero, á las cuatro de la tarde, un nutrido número de la Asociación de Seglares Católicos salió de la residencia dirigiéndose á la Cárcel, para obsequiar á los pobres encarcelados con un *extraordinario*, costeado por la Congregación Mariana.

Dicha Comisión se componía del P. Director de la Asociación, acompañado del P. Sellas, como también de los Sres. Marqués de Vivot, Notario D. Mateo Jaume, Comandante de Artillería D. Rafael Isasi, del Capitán D. Jaime de Oleza, del Secretario de Instrucción pública D. Salvador M.ª Bover, del Coronel de Ingenieros retirado D. Angel Rosell, y otros varios.

Llegados á la cárcel visitamos el Gabinete antropométrico, oyendo una detallada descripción hecha por su Director.

Una vez reunidos al toque de corneta los presos para tomar el rancho en el patio del establecimiento, bajaron también á él los seño

res de la Comisión de Seglares para servirles el obsequio de que era principal objeto la visita, quienes con sus propias manos les repartieron tortas, puros y vino, como también hojas de propaganda. Esta visita se extendió igualmente á las mujeres, que moran en departamento separado.

Para recuerdo de un acto tan edificante y consolador se sacaron varias fotografías, donde aparecen confundidos los que lloran y los que consuelan, los que gozan de libertad y los que no la tienen, apareciendo todos como verdaderos hermanos animados de la caridad cristiana.

De este acto de caridad tomé pie para las consideraciones que les hice en la plática que tuvo lugar acto seguido en la capilla del establecimiento.

Los jefes y empleados del establecimiento nos suplicaron que repitiésemos tan provechosas visitas á los pobres encarcelados.

Biblioteca popular. Para aumentar la afición á la lectura de buenas obras, para contrarrestar los efectos deletéreos de las malas, para proveer de armas defensivas y ofensivas á los apóstoles del bien y de la verdad, se ha formado una Biblioteca popular.

A ella pueden acudir los congregantes, para consultar, leer ó llevarse á sus casas las obras que deseen, ateniéndose siempre al reglamento de la Biblioteca.

Sin ningún dispendio, los pobres pueden utilizar los libros de nuestra Biblioteca, para instruirse en muchas cosas, durante las horas de descanso ó en los días de fiesta.

Tenemos muchas obras de piedad, de propaganda católica, de apologética, de historia, de ciencias y de letras y una sección de revistas católicas.

Los libros de la Biblioteca están también á disposición de todos los socios del Patronato y del Ateneo.

Se piensa en pedir al Estado una biblioteca, para poder propagar entre el pueblo la sana instrucción.

Varios escritores nos han ofrecido un ejemplar de sus obras.

Salón de lectura.—Para empezar hemos alquilado un modesto piso para que sirva de salón de lectura y á la vez de redacción de nuestro Boletín.

Nuestro Boletín.—¿No tienen en nuestros días todas las asociaciones su Boletín, donde constan los adelantos de los asociados, y por medio del cual se comunica á todos cierta corriente mútua de ideales y proyectos, que forman como el alma de la asociación?

El nuestro, que lleva el nombre de *El Seglar Católico*, contiene nuestra historia y nuestro archivo, donde quedan consignados los hechos de los congregantes celosos de la gloria de Dios, los nombres de los que ingresan en nuestras filas, los nombres de los que descansaron en el Señor, después de una vida ejemplar, los nombres de nuestros protectores; en él quedan para edificación de nuestros sucesores las reseñas de las fiestas promovidas por los amantes de la Congregación de Seglares Católicos. Se reparte un ejemplar cada mes á todos los asociados y protectores, á todos los jóvenes del Patronato para que lo lean sus familias, á todas las asociaciones de la isla y á muchas Congregaciones del continente.

Sirve este Boletín para juntar en unidad de pensamiento y de voluntad á los Seglares Católicos, y para comunicar á los congregantes ausentes las resoluciones, planes y marcha de la Congregación en sus tres secciones mayores.

Unión y no fusión.—Avanzando nuestra Asociación por el campo católico en busca de trabajo, se ha encontrado con un hermano, el «Centro de Defensa Social», que tiene idénticos ideales á los nuestros, por lo que se refiere á la defensa del orden social; se han saludado á fuer de soldados de una misma causa y después de una sabrosa entrevista, en que se han comunicado sus respectivos proyectos, han exclamado á una: no marchemos, en adelante, cada uno por su lado, unámonos para andar paralelamente como dos compañías de un mismo general; que en la unión está la fuerza. El resultado fué nombrar ambas asociaciones de Seglares Católicos y Centro de Defensa Social una comisión para que estudie en una reunión semanal estos asuntos:

1.º Enterarse de la cuestión social, valiéndose principalmente de las enseñanzas pontificias y documentos episcopales.

2.º Ver que se puede hacer en Palma y en nuestra isla, referente á cuestiones sociales.

3.º Estudiar la manera de unir las fuerzas católicas de nuestra región.

4.º Ponernos en contacto con las entidades de acción católica del continente.

Federación de las Asociaciones católicas de Mallorca.—De todos los asuntos tratados el más importante es sin duda el de la Federación. En la circular que sigue, está contenido cuanto pudiera decir para ponderar lo trascendental de la obra:

«Muy señor mío: En Noviembre de 1905, La Congregación de

Seglares Católicos de Palma, ansiosa de llevar á la práctica la idea por muchos buenos católicos anhelada, de federar las numerosísimas asociaciones católicas de Mallorca; levantó la bandera de la Religión para agruparlas en torno de ella y unirlas con los lazos del amor y caridad cristiana, para trabajar juntos, á las órdenes de nuestros superiores jerárquicos, y animarlos mútuamente en las empresas de la gloria de Dios y defensa de nuestros legítimos derechos.

»La ocasión de combatirse en aquel entonces el proyecto de Ley de Asociaciones, en mal hora presentado á las Cortes, fué propicia para que con entusiasmo acudieran de todos los pueblos de la Isla hasta 180 asociaciones, ofreciendo su adhesión y apoyo.

»Pasó el peligro, y todo volvió al profundo y perjudicial letargo en que desgraciadamente hemos vivido.

»Pero la Congregación de Seglares Católicos, respondiendo á las órdenes y consejos de Nuestro Santo Padre, y comprendiendo que para defenderse no hay que esperar ser atacado directa y personalmente, sino que hay que prepararse para la defensa al mismo tiempo y con las mismas armas que se prepara el enemigo para combatirnos, si no queremos exponernos á perecer; se organizó primero como asociación de acción social legalmente constituída, se unió después con el Centro de Defensa Social, para trabajar é influir en la acción social, procurando infiltrar en todas las esferas el espíritu cristiano que tanto se pugna por desterrar.

»Y para completar la obra, ambas asociaciones, con la venia de nuestro ilustrísimo Prelado, aspiran á constituir la Federación de todas las Asociaciones Católicas de Mallorca, no para un momento, no sólo para un asunto determinado de protesta ó petición, sino una federación sólida, organizada con arreglo á unas bases que tenemos el gusto de acompañarle, y de las cuales ofrecemos cuantas explicaciones se sirvan interesarnos.

»Conociendo el celo y entusiasmo que por la causa de nuestra Religión y en la defensa del orden social demuestra siempre la Asociación de su digna Presidencia, no dudamos podremos contarla entre el número de las adheridas para formar la *Federación de las Asociaciones Católicas de Mallorca,* en bien de la Religión y de la Patria y en especial provecho de nuestra querida Isla.

»Palma 20 de Enero de 1909.—*El Presidente de los Seglares Católicos,* José de España y Truyols.—*El Presidente del Centro de Defensa Social,* Gabriel Massanet y Verd.»

A la *Solidaridad Católica*, de que se hace mención en el principio de la precedente circular, dedicó el Rdo. D. Miguel Costa el himno, que comienza:

Germans: per Deu y per la patria terra
alsem, units, els abatuts penons...
Si avansa el mal amb invasora guerra
units pe'l bé, ja formarem legions!

No puedo dejar de copiar aquí, del *Diario de Mallorca*, aquel acto devotísimo, que fué como el despertar de nuestra Congregación; me refiero al *voto de la Asunción*, en nuestra Santa Catedral Basílica.

Dice así:

«*Un Voto* y *un aniversario.*—Pocas veces se ve en nuestra ciudad una manifestación más espontánea y más importante que la que se vió ayer. La Asociación de Seglares Católicos, establecida en la iglesia de PP. Jesuítas, animada por las exhortaciones de los PP. Vives y Casas durante los días de Ejercicios espirituales practicados en la semana anterior, ha salido á la calle en compacta agrupación, bandera levantada, y se ha dirigido á nuestra Santa Catedral Basílica para pronunciar el voto de defender y profesar la Asunción de la Santísima Virgen, en cuerpo y alma, á los cielos, á fin de que esta creencia universal, jamás interrumpida, llegue á ser definida verdad de fe. Reunidos todos los caballeros en la iglesia de Montesión, siguiendo al pendón que llevaba D. Joaquín Gual de Torrella, Presidente de la Solidaridad Católica de Mallorca, se han encaminado por las calles de Montesión, Call, plaza de Santa Eulalia, Cort y calle de Palacio á la Catedral, en cuya puerta mayor les esperaba una comisión del Cabildo, formada por los M. I. Sres. D. Bartolomé Pascual y D. Mateo Rotger, acompañados de los presbíteros D. Guillermo Oliver y D. Guillermo Roca. Formados, han entrado y se han colocado en los bancos que de antemano estaban desocupados, todos presididos por la Junta Directiva y el P. Gillermo Vives, Director de la Congregación, quien tiene á su derecha al Sr. Marqués de Vivot, y á su izquierda al expresidente de la Diputación provincial D. Pedro Sampol. El pendón se ha colocado en el presbiterio. Entre tanto ha entrado el Ilmo. Sr. Obispo con el Cabildo para asistir á los divinos oficios, en los cuales el P. Alcover ha predicado sobre el misterio del día un elocuente sermón, enlazando la materia con la ceremonia que iba á tener lugar después de la misa, que cantaba el M. I. Sr. Chantre D. Matías Company. El acto

resultó imponente. Retirado del altar el celebrante, ha sido ocupado por el Prelado, Cabildo y Clero. Todos los caballeros, en número crecidísimo, han subido al vasto presbiterio y arrodillados han prestado el solemne voto, leído en voz robusta y alta por el P. Director, quien luego ha entregado el elegante pergamino que lo contenía en manos del Sr. Obispo. El acto ha sido conmovedor y toda la gente que había asistido al oficio y la que estaba oyendo misa fué testigo de la demostración de fe dada por esa falange de fervientes católicos.

»Por providencia especial, esta fecha constituye el XXV aniversario de la Ordenación sacerdotal del Ilmo. Sr. Obispo. Este suceso ha decidido á los caballeros, después de la ceremonia, á ir al palacio episcopal. Allí le han felicitado y todos han desfilado besándole reverentes el anillo pastoral. El estandarte de la Congregación, sostenido por el Sr. Gual de Torrella, estuvo todo el tiempo del besamanos al lado del Sr. Obispo. El ejemplo de la numerosa Congregación de Seglares Católicos seguramente será fecundante semilla de regeneración católica y moverá á muchos que todavía se avergüenzan de confesar en público á Jesucristo.

»Nuestra más cordial enhorabuena á la ínclita Compañía de Jesús por el activo apostolado que ejerce en nuestra Isla, y cuya acción se ve en la juventud que se congregó el 8 del año pasado y en los caballeros que se han agrupado ayer en torno de aquél á quien puso el Espíritu Santo para regir esta iglesia renacida y desarrollada al calor fecundante del glorioso misterio de la Asunción de María en cuerpo y alma á los cielos».

SEGUNDA SECCIÓN MAYOR

El Patronato Obrero.—El ver abandonada los días festivos á gran parte de la juventud, el ver que de día en día los padres cuidan menos de sus hijos, el ver que las malas compañías y los espectáculos públicos inmorales extienden con furor diabólico sus redes esclavizadoras sobre los inexpertos jóvenes, el considerar las funestas consecuencias que este abandono ha de producir en la sociedad de mañana, formada por los niños de hoy, y el contemplar los bienes que podríamos acarrear á esta juventud si la tomásemos á nuestro cuidado para morigerarla, nos ha decidido á entregarnos en cuerpo y alma á su mejoramiento moral y material, no pensando ni un momento en las fatigas y desconsuelos que tamaña empresa nos ha de proporcionar.

Apertura del Patronato.—El día 12 de Mayo de 1907, segundo domingo, se abrieron las puertas del Patronato, y desde entonces se ha visto muy á las claras la protección que ha dispensado el cielo á esta obra de regeneración social, porque parece milagro lo que se ha logrado en tan poco tiempo y con los escasos medios de que disponemos.

Un grupo de hombres decididos acuden todos los domingos al Patronato para vigilar é instruir á los jóvenes. Todas las semanas tienen una junta ó reunión presidida por el P. Director, donde se trata de los medios de perfeccionar y llevar adelante la obra comenzada.

Se han verificado con estos jóvenes: romerías, jiras, procesiones, sorteos, visitas á las autoridades, á los protectores y ensayos de actos literarios; formando una vistosa comparsa, alegraron los jóvenes con sus cantos y villancicos las calles de Palma durante los días de Navidad.

Todos los domingos se reunen por la mañana en el Patronato para asistir todos juntos al santo sacrificio de la misa en la iglesia del Seminario, donde oyen la divina palabra de labios del Sr. Rector D. Miguel Maura. Por la tarde vuelven al Patronato y en él tienen el tiempo dividido en tres partes: 1.ª juegos libres; 2.ª rosario, cánticos, avisos y plática; 3.ª ejercicios militares. Al marchar á sus casas se llevan todos abundantes hojas de propaganda. Muchos domingos, ya sea por la mañana, ya sea por la tarde, dan los jóvenes un paseo por la ciudad formados militarmente y marchando al son de tambor y corneta, guiados por la bandera española.

Relación de algunas fiestas del Patronato.—Excursión á Bellver. Con mucha zozobra estuvimos, hasta el momento de la partida, por razón del tiempo. Chubascos, vientos y hoscos nubarrones que encapotaban el cielo acrecentaban á cada momento el temor de que se malograse la codiciada expedición; mas el Señor lo dispuso de manera que todo sirvió para el mayor éxito.

A las tres y cuarto pasaba la juvenil comitiva por el centro de la ciudad á los acordes marciales de la música de la Misericordia, arrastrando muchedumbre de curiosos. A las tres y media aparecía hermosa nuestra bandera al frente de muchos jóvenes sobre el glacis de Santa Catalina, cuyo arrabal se conmovió de regocijo al ver en sus calles los apuestos jóvenes del Patronato con sus terribles mausers al hombro.

Como el año pasado, en son alegre empezóse el rezo del rosario;

y si bien es verdad que no todo era devoción en las huestes, también lo es que muchos se esforzaban en rezarlo como se debe, recordando, como se les había referido, que por aquellos caminos iba caminando San Alonso con el rosario en la mano.

Con la sombra de las nubes y el riego de la lluvia estaban los caminos deliciosos; sin polvo y sin sol llegamos á la entrada del bosque, donde nos esperaban numerosos grupos sentados sobre las aromáticas plantas.

De todos lados del monte acudían los fieles á la capillita, y los pelotones del Patronato, subiendo por el serpenteado camino, llegaron á la plaza del templo guiados por la bandera y á los acordes animosos y alegres de la banda de música.

Nos recibieron con exquisita caballerosidad el dignísimo Sr. Administrador del Real Patrimonio y Seglar Católico, D. Enrique Sureda, acompañado de su bondadosa familia y del Sr. Capellán.

Arreglados los jóvenes del Patronato frente al templo, en semicírculo, rodeados de abigarrada muchedumbre, empecé mi razonamiento, exponiendo los motivos que todos tenemos para venerar aquel lugar.

«Aquí bajó la Virgen como bajó en Lourdes y Zaragoza, quedando estas rocas y esas malezas y este bosque consagrados con la visita de la Reina de los cielos y tierra.

»Por estos senderos anduvo un Santo, San Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, y en esta tierra dejaría estampadas sus huellas y en estas piedras caerían las gotas de sudor de su frente venerable, cuando la Virgen bajó de la gloria, á enjugárselo.

»Recuerdos de la tradición vagan por este bosque, tantas veces visitado por las familias de Palma, que acudían á celebrar sus *pancaritats,* llenos de poesía y de regocijo en los meses de primavera engalanados con odoríficas y gayas flores.

»El Castillo de Bellver fué visitado varias veces por el Santo, y en él se celebraba con asistencia de muchos devotos la fiesta de San Marcos, titular de la capilla.

»Cuenta Jovellanos que en su tiempo visitaban muchas familias este lugar de la aparición de la Virgen, para implorar la protección de San Alonso. ¿Por qué, pues, no hemos de seguir esta costumbre de nuestros padres, ahora que el mónstruo del cólera aparece en el horizonte de Europa con ademán de invadir nuestra patria?

»¡Acuérdese Mallorca en los momentos de peligro que Dios le dió á Alonso por protector y abogado!

»Agradecimiento muy sincero debéis tener, jóvenes del Patronato, á los Seglares Católicos y á los protectores del Patronato por estos días de expansión que os proporcionan con sus recursos y limosnas. Si estos escasean, no podremos continuar nuestra obra importantísima de reforma social, tendremos que despedirnos de vosotros, no podremos haceros el bien que nos sugiere nuestro corazón.

»Si Palma ayuda con sus limosnas, entonces tendréis campos donde jugar, juegos variados con que entreteneros, escuelas donde instruiros, mutualidad y ahorros para vuestra ayuda, y meriendas y excursiones como ésta, que os animen á ser mejores.

»Esta obra es de todos, nosotros contribuímos con nuestro esfuerzo personal, vosotros ayudad con la módica suscripción semanal de 0'10 de peseta.

»¡Jóvenes amados, á tal punto hemos llegado que los vecinos de Palma dan con gusto 10 céntimos semanales por tener unos días de fiesta callejera, oyendo música y viendo unos boleros; y dan con disgusto 10 céntimos para vuestra educación y expansiones legítimas y para que vaya adelante la obra redentora del Patronato Obrero!»

Terminé dando vivas al Corazón de Jesús, á la Virgen de Bellver, á San Alonso, á España, al Real Patrimonio, á los Seglares Católicos, al Patronato, que fueron contestados con entusiasmo.

La merienda, con el fin de ganar tiempo se repartió en el camino que lleva al Castillo, para que durante la refección pudiesen visitar el secular palacio de Bellver, cuyos puentes estuvieron abiertos aquella tarde á todos los que acompañaron al Patronato, gracias á la autorización concedida oportunamente por D. Enrique Sureda, que costeó el pan de la merienda.

El Castillo de Bellver que rodeado de pinares se asienta majestuoso sobre el delicioso monte, vió en un momento su patio, sus corredores, sus torres y terrazas llenos de la bulliciosa juventud que lo tomaron como por asalto. ¡Qué bullicio! aquello parecía un árbol de inmensa copa, en cuyas ramas chirriaba una inmensa bandada de gorriones.

La noche con su oscuridad los hizo bajar á la plaza de la capilla, donde se organizaban los músicos y las luces de acetileno, que nos habían de alumbrar en el camino.

Fantástico desfile presentó el Patronato al bajar por la tortuosa carretera que atraviesa el espeso pinar. ¡Nunca olvidarán aquellos jóvenes aquellas luces de acetileno que como brillantes estrellas se movían entre las sombras del bosque, aquellas músicas que resonaban en

los ecos cercanos, aquella bandera española que herida por la luz, ondeaba sobre aquellas cabezas y sobre aquellos fusiles!

Nacimientos.—Se estimula á los niños para que en sus propias casas arreglen un *Nacimiento,* siguiendo la tradicional costumbre de nuestros mayores, y una comisión pasa á visitarlos.

¡Qué regocijo causa en la ciudad de Palma, durante las fiestas de Navidad, el oir por sus calles y los barrios el canto alegre de villancicos pastoriles, ahora que todos los cantares antiguos van desapareciendo, sustituídos en mal hora por los frívolos *couplets!* Llevando farolillos de color en la mano y al són de panderetas, pitos y castañuelas, una numerosa comparsa de niños del Patronato recorre la ciudad entrando en algunas casas conocidas, avisadas de antemano. Visitan, como es natural, las primeras autoridades de la provincia y por todas partes esparcen las alegrías santas de Navidad.

Se ha introducido, y por cierto con buen resultado, el representar la adoración de los Santos Reyes. Al aire libre y asistiendo numeroso pueblo, los mayores del Patronato dieron por primera vez, en los anchos patios de San Francisco, la función popular de los Reyes, tan conocida en los suburbios de esta capital. Todos merecieron mil plácemes por su destreza.

Catecismo.—Así que creí llegada la ocasión de emprender la enseñanza del Catecismo, secundando los deseos del Pontífice, lo propuse á los niños, y ellos por emulación se dieron tan de lleno á su destino, que era una bendición de Dios lo que contemplaban nuestros ojos.

Lo característico de esta enseñanza es, que los jóvenes estudian el Catecismo en sus casas, tomando así parte activa toda la familia, para que su hijo sea agraciado con alguna de las bandas honoríficas arregladas á este efecto. Llamó la atención que los mayores llevasen en esto la delantera, ostentando todos con noble y patente satisfacción sus bandas de seda, cuando salía el Patronato en corporación por las calles de la ciudad.

En estos trabajos se empleaban los esfuerzos y energías de los hombres que han tomado á su cargo esta sección importantísima, morando interinamente en el ruinoso edificio del convento de San Francisco, cuando se me ocurrió tomar la pluma para escribir una serie de proyectos que habían de ser como el complemento de la obra del Patronato. Hélos aquí:

«*Proyectos.*—Cuando nuestros ojos contemplan aquellos 200 ó 300 jóvenes formando grupos alegres en los patios del Patronato; cuando

vemos que á una voz de mando todos cumplen como buenos, lo que se les indica, ya sea rezo ya sea canto ó juego, ¡cómo bullen en nuestra cabeza los proyectos, cómo saltan de entusiasmo nuestros corazones, al ver el fruto inmenso que podríamos lograr de esta juventud obrera que nos sigue y nos ama. Ese Patronato, nos decimos, podría convertirse en troquel para formar buenos ciudadanos y buenos católicos, si todos los que pueden nos ayudasen y cooperasen con sus riquezas y concurso personal, sacrificando cada semana en aras de la Patria y de la Religión unos céntimos de peseta y unas horas de tiempo.

»Una Conferencia de caridad. ¡Cuánto bien podría obtener una conferencia como las de San Vicente, ocupada en atender solamente á la Congregación de los Seglares y á los jóvenes del Patronato, visitando, aconsejando, consolando y socorriendo á los pobres y á los enfermos, asistiendo á los viáticos y entierros y procurando sufragios para sus almas!

»Cajas de Ahorro y Mutualidad. ¿Qué útil sería acostumbrar á esta juventud al ahorro enseñándoles á utilizar lo que ganan, á no malgastar en placeres ilícitos lo que alcanzan con el sudor de su rostro, indicándoles los medios que hay para hacer frente á las desgracias y enfermedades como son la mutualidad y el ahorro?

»Campos de juego. ¿No sería de una trascendencia suma para la moralidad pública y privada el tener todos los días de fiesta á estos centenares de jóvenes alejados de los peligros mundanos, reuniéndolos en espaciosos patios ó campos de juego, para que pasasen el tiempo, entretenidos en variados *sporst*, que podrían presenciar los propios padres de los jóvenes?

»Salones y clases. ¿No sería posible construir junto á estos patios de juego una serie de salones ó clases llenos de luz y de aire puro á donde acudir después del juego para oir explicaciones de cultura general; v. g., urbanidad, canto, escritura, artes, geografía, religión, medios para resolver las objeciones de los incrédulos, refutaciones de las ideas perversas; en una palabra, aprender de caballeros eruditos y fervientes y experimentados católicos todo lo que debe saber un obrero católico en el siglo XX? Estas clases durante la semana podrían servir para escuelas nocturnas y diurnas y para academias de los obreros de mayor edad.

»Cocina económica. Poco costaría levantar al lado de estas clases unas oficinas para bolsa del trabajo, para secretariado y aun para una cocina económica para los obreros del Patronato que, trabajando en Palma, no tienen quien les prepare la comida.

»Museos populares. En estas clases y salones ¿no sería fácil establecer modestas y económicas vitrinas para museos y colecciones de instrumentos de agricultura, zoología, mineralogía, etc., que podrían recorrer las familias los días de fiesta, mientras sus hijos jugarían en los patios ó campos de juego? Este sería un medio fácil de instruir al pueblo.

»Proyecto final. Junto á estas clases de instrucción y á estos campos de juego vendría de perlas levantar un grandioso salón de espectáculos donde poder convocar á los jóvenes del Patronato con sus familias. En aquel salón había de educarse al pueblo, en él había de resonar la voz de los oradores católicos para ennoblecer á las muchedumbres con ideas redentoras, en él se había de saborear en los conciertos música escogida; en él se había de orientar al pueblo para que pudiese atravesar el mar turbulento de la vida sin estrellarse en los escollos; en él como en un troquel se había de modelar y formar al hombre de carácter, al obrero cristiano, al ciudadano laborioso, al soldado de la Patria, al hijo de la Iglesia.

»Ya ve V. nuestros ensayos y nuestros proyectos. Etc.»

Don espléndido.—Una familia que leyó algunos de los párrafos anteriores en un folleto titulado «Ensayos y Proyectos», entusiasmada por nuestra empresa y por amor á Dios y á los pobrecitos, nos ha regalado para la obra del Patronato unos 2.400 metros cuadrados en el ensanche vecino á la carretera de Manacor. Si todos los amantes del pueblo siguiesen el ejemplo de esa católica familia cediéndonos el valor de 1 ó 10 ó 100 metros de terreno, muy en breve podríamos ver realizados nuestros proyectos.

Respecto al acto de colocar la primera piedra del Patronato, copio de la *Gaceta de Mallorca:*

«Desde antes de las cinco notábase la afluencia de gente á la plaza de San Francisco, donde debía organizarse la procesión cívica, mientras que en los patios del exconvento iban reuniéndose los individuos del Patronato y los muchísimos niños que forman el batallón infantil. Era de ver la alegría y el entusiasmo que reflejaban los juveniles semblantes y la satisfacción con que los diminutos soldados ostentaban sus condecoraciones y ramos floridos en las manos.

»Poco antes de salir á la calle dirigióles el P. Vives la palabra, para hacerles algunas advertencias propias del caso, y después de rezadas algunas preces y cantando el himno del Patronato, música del presbítero D. José Cañellas, salió el batallón á la calle á tambor ba-

tiente, seguido de la banda de la Misericordia, encaminándose todos á la plaza de San Francisco donde definitivamente se organizó la comitiva.

»Juzgamos demás el consignar que una gran concurrencia se agrupaba en la calle y en todos los balcones, celebrando la gente la marcialidad de los muchachos y teniendo todos frases laudatorias para la fiesta que iba á celebrarse.

»Abría la marcha el automóvil del Sr. Marqués de Vivot, y en él iban algunos de los niños fundadores del Patronato, enarbolando uno de ellos la bandera española.

»Seguían luego nueve muchachos llevando otros tantos cartelones adornados con guirnaldas de flores, y en los que se leían los principales proyectos cuya realización se propone el Patronato. Leíanse, entre otras, las siguientes inscripciones: MUSEOS POPULARES, CAMPOS DE JUEGO, COCINAS ECONÓMICAS, CONFERENCIA DE CARIDAD, SALÓN DE ESPECTÁCULOS, MERENDERO, CAJAS DE AHORRO Y MUTUALIDAD.

»Iba luego la banda de cornetas y tambores del Patronato, y la bandera del mismo, en la que, sobre los colores nacionales, resalta el nombre de Jesús.

»Seguían después en correcta formación las compañías del batallón infantil y luego, sobre unas parihuelas artísticamente adornadas, era llevada por cuatro muchachos la primera piedra que se colocó en el lugar de las obras.

»Figuraban seguidamente en la comitiva los representantes de los diferentes oficios gremiales, llevando lazos blancos con las iniciales de los oficios á que pertenecían, figurando entre ellos los manteros, zapateros, esparteros, sombrereros, herreros, escultores, impresores, curtidores, encuadernadores, dependientes, sastres, cocheros, barberos, confiteros, albañiles, hojalateros, etc.

»Seguía otro automóvil, el del Sr. Gual de Torrella, convertido en artística carroza. Sobre un pedestal cubierto con la bandera española, que cubría también gran parte del automóvil, descollaba en la parte posterior una imagen del glorioso Patriarca San José llevando de la mano al Divino Niño. De la estatua pendían 10 cintas que eran llevadas por otros tantos muchachos. El pedestal estaba adornado con hermosas coronas de flores naturales, guirnaldas de mirto y profusión de flores completaban el adorno del coche que, en conjunto, presentaba un brillante golpe de vista.

»Detrás del automóvil iba la Junta del Patronato y luego la banda de música de la Misericordia.

»En los solares del Patronato. Los solares en que debe levantarse el nuevo edificio, y que miden 2.500 metros cuadrados, generosamente donados á la Congregación de Seglares Católicos por D. Estanislao Aguiló y Hermanos, hállanse situados en el Ensanche y punto denominado *el Colomeret* en las inmediaciones de la que fué puerta de San Antonio.

»A la entrada habíase levantado un hermoso arco de mirto con la inscripción «PATRONATO OBRERO»; todo el circuito aparecía rodeado de postes pintados con los colores nacionales, rematados por vistosos gallardetes y unidos entre sí por una ancha franja de tela también de los colores de la bandera nacional.

»En el centro veíase una cabria que había de utilizarse para la colocación de la primera piedra, después de bendecida; á un lado una mesa con recado de escribir y á los lados una larga hilera de sillas para los invitados. Estos fueron acudiendo antes de que llegase la procesión cívica. Entre las personas que allí vimos, estaban el Ilmo. Señor Obispo, acompañado de los M. I. Sres. Vicario General y Chantre Sr. Compañy; Excmo. Sr. Gobernador Civil; Excmo. Sr. Alcalde de Palma; Coronel del Estado Mayor, en representación del General Gobernador; D. Pedro Molero, representando al Sr. Comandante de Marina; el Presidente y el Magistrado de la Audiencia; una comisión del Instituto General y Técnico; otra de la Escuela de Comercio; los Diputados provinciales Sres. Massanet, Aguiló y Pascual; D. A. Morey, en representación del Círculo de Bellas Artes; una comisión de la Cruz Roja; los Jueces Municipales; el Administrador del Real Patrimonio; el Director de la Sucursal del Banco de España; representaciones de la mayor parte de las Ordenes religiosas establecidas en Palma, las de Mercedarios, Agustinos, Franciscanos y Capuchinos; las de los Sagrados Corazones, Oratorio y Casa Misión; Clero Castrense y otros muchos Sres. Sacerdotes.

»Toda la selecta concurrencia ocupaba el recinto en donde ha de levantarse el nuevo edificio al penetrar en él la procesión cívica, á los alegres acordes de la banda de música.

»Una vez llegada la comitiva, el Ilmo. Sr. Obispo procedió á la bendición de la primera piedra, en la que se veía un hueco para colocar en él el acta y demás documentos.

»Firmaron el acta, escrita en pergamino, entre otros señores, los siguientes: Ilmo. Sr. Obispo, Sr. Gobernador civil, Sr. Presidente de la Audiencia, Sr. Alcalde de Palma, R. P. Cuadras, R. P. Vives (Director

del Patronato), Sr. Marqués de Vivot y D. José López (presidente del Patronato).

»Acto seguido colocóse el acta en una caja de plomo juntamente con algunos números de los periódicos *La Almudaina, La Última Hora, El Diario de Palma* y *Gaceta de Mallorca*, que son los que se han ocupado en la obra del Patronato Obrero, el catálogo de la Congregación de Seglares y varios ejemplares del manifiesto publicado por la Junta del Patronato.

»Sujetóse luego la piedra á la pequeña cabria y el Ilmo. Sr. Obispo la hizo descender hasta el fondo del hoyo, previamente abierto, mientras los concurrentes prorrumpían en aplausos y los alegres acordes de la música llenaban el aire: fueron unos instantes verdaderamente solemnes.

»Todos los niños del Patronato desfilaron ante la piedra cubriéndola de flores; aquellas flores encerraban un simbolismo muy consolador: era una promesa de los opimos frutos que, con el divino auxilio, prométese el Patronato.

»Puso digno término á la hermosa fiesta el R. P. Vives, dirigiendo la palabra á la numerosa concurrencia y pronunciando un vibrante discurso, desde un automóvil.

»Dijo, refiriéndose á los palmesanos, que el Patronato ofrecía aquel campo á sus hijos para que allí encontraran solaz y educación: que desde aquel momento podían considerarlo suyo, y que los únicos derechos que se reservaba al Patronato eran: el de regarlo con su sudor y el de practicar allí obras de caridad.

»La juventud obrera, continuó el P. Vives, se hunde en un mar de miserias, y nosotros le daremos la mano; iremos donde nos guíe el Ángel de la Caridad. Aquí se han de formar buenos ciudadanos.

»Hace notar que en Palma hay edificios para todo, hasta para los peces; para todo, menos para los obreros.

»Nosotros nada podemos, añade el orador, pero confiamos en la cooperacion de todos.

»Recuerda los grandes sucesos que han tenido lugar en este año en que se verifica la colocación de la primera piedra; como también la fecha del cumpleaños de S. M. el Rey, con la que coincide.

»Terminó su discurso el orador dando vivas á S. S. el Papa, á Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII, á España, á las Autoridades y al Patronato, que fueron calurosamente contestados.

»El Sr. Alcalde dió un viva al P. Vives, y un miembro de la Junta

del Patronato uno al Sr. Obispo, que fueron repetidos con estusiasmo.

»Finalmente, el P. Vives propuso expedir dos telegramas: uno á S. S. el Papa y otro á S. M. el Rey D. Alfonso XIII, brindándose el Sr. Gobernador á darles curso.

»La selecta y numerosa concurrencia abandonó el local gratamente impresionada y haciendo grandes elogios del Patronato. A los niños del batallón infantil se les sirvió luego una merienda».

La suscripción popular.—El medio de llevar adelante lo proyectado y de secundar las iniciativas espléndidas, es abrir una suscripción popular, para que el Patronato Obrero sea obra de todos los ciudadanos de Palma. Para dicho objeto se repartió profusamente una invitación, pidiendo á todos los palmesanos el tributo semanal de 10 céntimos de peseta.

¿Cómo ha respondido la ciudad á nuestra invitación? No se puede contestar á esta pregunta, puesto que todavía no han salido las comisiones por los barrios de Palma á tomar nota de las suscripciones. Un poco más de un barrio se ha recorrido y á la verdad el resultado no ha sido desconsolador.

Los nombres de los suscriptores para las obras del edificio y solar del Patronato saldrán todos los meses en las cubiertas de nuestro boletín *El Seglar Católico*, para que sirvan de ejemplo á los demás.

Creemos que esta suscripción módica, y al alcance de casi todas las familias, ha de ser el medio que bendecirá Dios para lograr nosotros ver realizados los hermosos proyectos en bien de la juventud obrera.

Lucha desigual.—Mientras no tengamos el Patronato con los campos de recreo y de juego y provistos de los esparcimientos que más gustan á los niños; ellos, que gozan los días de fiesta de omnímoda libertad, naturalmente han de acudir á donde más atractivo encuentren. Esto es un hecho. No podemos ahora nosotros por falta de recursos competir con estos centros de Palma que están abiertos brindando á toda clase de gente, con todo género de espectáculos por una *perra chica*, centros que son escuela de todos los vicios y pasiones y que preparan una raza decadente destituída de todo ideal noble y generoso.

Comunión mensual.—Se ha conseguido, que un grupo de jóvenes cada mes acompañe á los Seglares Católicos en la Comunión mensual que se tiene en Montesión.

Estos jóvenes no se avergüenzan de acercarse al altar á recibir la Sagrada Comunión, habiéndoles precedido con el ejemplo los Segla-

res Católicos; así no tienen que luchar con el respeto humano, que es lo que más los detiene y arredra en el cumplimiento de los deberes religiosos.

Para alentarlos más y más, algunas personas entusiastas de la obra del Patronato les han pagado varias veces el desayuno á los jóvenes que han acudido á la Comunión.

Escuela Nocturna.—Por iniciativa del Presidente de la Junta directiva del Patronato, D. José López, se dió principio á la Escuela Nocturna para obreros el día de Santa Teresa de Jesús. El objeto que nos propusimos fué demostrar con obras que hacemos algo para los hijos del obrero.

Es un ejemplo elocuentísimo el que dan los obreros que prestan su apoyo personal á ese Centro, cuando precisamente necesitan el ocio para descansar de los rudos trabajos del taller.

Ahorro y Mutualidad.—Ya se ha empezado á trabajar en estas dos secciones, poseyendo la sección de «Mutualidad» unos estatutos muy bien estudiados; puesto todo bajo la égida del Sagrado Corazón de Jesús, centro de la verdadera caridad.

Primera Comunión.—Muchos jóvenes han acudido á nosotros para que los preparemos para su primera Comunión. Cuarenta tenemos en lista. El Patronato, por ser el primer año que toma á su cargo este dulce trabajo, hará un esfuerzo para que dichos jóvenes se acuerden de tan dichoso día.

Los hombres obreros.—No sería completa la obra del Patronato sino extendiese su influencia hacia los obreros. Los niños pasan á ser jóvenes y los jóvenes llegan á ser hombres. El Patronato ha sido el ángel tutelar del niño, el compañero del jóven y debe ser el amigo del obrero hasta la salida de este valle de lágrimas.

Uniones profesionales.—Estas uniones vienen á sustituir los gremios antiguos destruídos por la Revolución, y son, como enseña el eminente sociólogo Tonniolo, asociaciones autónomas y permanentes, formadas por los individuos que ejerzan una misma profesión ó profesiones afines, con el fin de representar, proteger y favorecer los múltiples intereses materiales y morales de su clase, en sus relaciones con los de las otras clases de la sociedad.

Estas orientaciones he predicado y sigo predicando á los obreros y están persuadidos que con los socialistas no van á ninguna parte y que el único remedio á sus males es la doctrina de la Iglesia, que les encarga asociarse con los buenos.

Tres clases de socios hay en el Patronato:

1.ª *Obreros,* que se inscriben sólo para disfrutar de sus beneficios, sin satisfacer cuota alguna.

2.ª *Activos*, los que satisfacen cuota, prestan su concurso personal y gozan de sus beneficios.

3.ª *Protectores*, los que contribuyen á su sostenimiento con donativos.

TERCERA SECCIÓN MAYOR

El Ateneo.—Ya hace bastante tiempo que deseaba ver establecido en nuestra Congregación el Ateneo.

De nuestro boletín *Solidaridad Católica,* núm. 5, tomo lo que sigue:

«Buen número de hombres hay en nuestra Congregación capaces de hablar en público, delante de un concurso numeroso; pues ¿á qué estar retraídos y no utilizar para la causa de la Religión y de la Patria ese dón precioso de la palabra, recibido de nuestro buen Dios? Hasta aquí los oradores populares se han valido de la elocuencia, como medio eficacísimo para socavar el grandioso edificio de la verdad, en el terreno de la historia, del dogma, de la filosofía, de la sociología, de la crítica; todo ha sido batido y destrozado por la piqueta de la calumnia, de la mentira, de la malicia volteriana ó liberal; y allí están por los suelos los monumentos morales, los caracteres y figuras genuinamente españolas, que la Providencia, en siglos de glorioso florecimiento, hizo aparecer sobre el pedestal de nuestra patria, para que la tierra toda admirase y contemplase con asombro de cuánto es capaz el genio ibero, animado de los grandes sentimientos de la Religión y de la Patria.

»¿Por qué pues no formamos con estos oradores de juicio recto y de corazón cristiano una sección que tenga por objeto el reconstituir lo derribado, el restaurar lo gastado, el hermosear lo afeado, vulgarizando con disertaciones cortas y razonadas, lo que en defensa de la verdad han ido acaudalando los muchos sabios que militan en nuestro campo de Jerusalén, frente al campo de Babilonia?»

Cuatro ensayos hemos tenido para la fundación de este Ateneo: 1.º Las conferencias que se daban en las reuniones del primer domingo de mes; 2.º la serie de conferencias que con tan buen resultado se están dando en el Patronato; 3.º las reuniones, tenidas en algunos pue-

blos de la isla, como La Puebla, Inca y otros, donde algunos Seglares Católicos hicieron discursos; y 4.° los discursos al aire libre pronunciados en el campo del *Colomeret*.

¡Bien ve V. R. el apoyo que podría prestar á los pueblos en sus fiestas una columna volante de oradores católicos!

Esta sección mayor del Ateneo está llamada á hacer mucho bien, pues ella debe preceder con su luz á la aparición de cualquier obra que haya de figurar en el extenso campo social que cultivamos; las conferencias han de persuadir á los hombres á que tomen con calor nuestros proyectos; las conferencias han de marcar la ruta á los que trabajan en la acción católica social; las conferencias, como nubes bienhechoras, han de regar la simiente fecunda de las ideas para que den sazonados frutos.

Al Ateneo pertenece de lleno fomentar y enardecer el amor de nuestros corazones á los monumentos venerandos de nuestra patria, recuerdos carísimos de las generaciones pasadas. Si el pueblo no conoce el origen, la historia, los hechos gloriosos que á los monumentos están vinculados, ¿cómo los ha de respetar y tener en mucho? ¡Cuántas veces se ha entusiasmado mi alma con solo pensar en una clase de espectáculos populares, nuevos en la forma, pero muy antiguos en el fondo! Lo que hace el padre ó el abuelo con el nietecito bullicioso, que le refiere muy por menudo las tradiciones antiquísimas de aquella cruz, de aquel árbol, de aquel pozo, de aquel cuadro, de aquella imagen, de aquella fiesta de su pueblo, esto quisiera que hicieran los miembros del Ateneo, reuniendo al pueblo, Patronato, Seglares Católicos, al pie de los monumentos patrios esparcidos por nuestra ciudad y campiña, y les explicasen su historia, evocando las tradiciones que encierran, para que las gentes los conservasen á manera de joyas, rodeándolos de amor y veneración profundísima.

Pueden los hombres pertenecer al Ateneo, sin necesidad de ser Seglares Católicos; basta que den su nombre y la cuota mensual que crean conveniente, tomando en sus trabajos la parte que deseen.

Aquí tiene, P. Solá, cuáles son nuestros proyectos, y lo que de ellos llevamos ya realizado.

No resta sino que me ayude V. R. á encomendarlo á Dios.

Siervo en Cristo,

GUILLERMO VIVES, S. J.



ISLA DE MENORCA

MISIONES Y EJERCICIOS
DADOS POR LOS PP. ALCOVER Y SELLAS

Cartas del P. Miguel Alcover al P. Juan María Solá.

PRIMERA CARTA

Muy amado en Cristo Padre: En nuestra ida á Menorca hay una nota muy simpática, que deseo conozca V. R. Es la misión ó Ejercicios á los buenos vecinos de Alayor.

Es Alayor un pueblo muy lindo, blanco como una paloma. El día 5 de Febrero último, entramos en él el P. Sellas y yo, acompañados del Sr. Cura Párroco y Coadjutores, de nutridísima representación de la Sección adoradora con su Director y Presidente diocesanos, y de numeroso pueblo.

Después de lanzar al aire entusiastas vivas á Jesús Sacramentado y de besarnos afectuosamente las manos y dándonos la bienvenida, nos encaminamos, por las calles más céntricas, á la iglesia, donde, rezada la estación mayor y hecha la plática de costumbre, los convoqué á todos para la noche. Y todos vinieron, gracias á Dios.

Pasamos unos días atareadísimos. Por la mañana á las cuatro y media ejercicio para todo el pueblo, á las diez plática á las señoras, á las once misión para los niños, á las seis y media de la tarde plática doctrinal y sermón. Durante los actos cantaba varios motetes la Capilla de Adoradores.

El Sr. Obispo delegó en su nombre á D. Jaime Serra, Canónigo de la Catedral de Menorca, para que le representase. El fué quien dió la

Sagrada Comunión, que recibieron de su mano 544 fieles. La bendición papal la dió un misionero.

El remate más digno fué la procesión de las diez y media. Presidióla el M. I. Sr. D. Jaime Serra, asistió el Magnífico Ayuntamiento, (que este título tiene), el clero parroquial, el Presidente diocesano, las banderas tarsicianas y de la Adoración nocturna de Mahón, que ondeaban graciosamente al lado de las de Alayor, y grandísima concurrencia de devotos. Llevaban el palio las personas de más viso de aquella villa. La blancura de los edificios, las hermosas colgaduras de casi todas las casas, el sol que brillaba en su cenit, los acordes de la música, los himnos de la muchedumbre que iba cantando, durante todo el trayecto, el trisagio, las ondas aromáticas del incienso, la reverencia con que contemplaban los vecinos el paso triunfador del Rey de reyes, todo ese conjunto, animado por el Espíritu de Dios que moraba en aquellas almas, como se puede piadosamente creer, formaban un cuadro sublime, majestuoso, arrobador.

Llegados á la iglesia, el P. Sellas, hondamente conmovido, despidió á la gente, emplazándoles á todos para continuar fiesta tan bella en la Iglesia triunfante.

Retirada la guardia y rezadas las preces de costumbre, diéronse vivas á Jesús Sacramentado y leyóse el siguiente telegrama del Señor Obispo: «Grandemente complacido del brillante y devoto resultado de los Ejercicios, bendigo á todos afectuosísimamente». Vivas entusiastas al Sr. Obispo resonaron por largo rato en las bóvedas del templo.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo.

Siervo en Cto.,

MIGUEL ALCOVER, S. J.

SEGUNDA CARTA

MISIONES EN FORNÉLLS Y FERRERÍAS

Muy amado en Cto. Padre: Voy á darle cuenta de otra excursión á la vecina isla de Menorca, que podrá servir de algún consuelo y edificación en el Señor.

Los pueblos evangelizados han sido esta vez Fornélls y Ferrerías.

En Fornélls salieron á recibirme las autoridades y numeroso gentío con el turno de Adoradores de San Tarsicio, que es el que me llamó. El celoso Sr. Económo (después Rector de San Clemente) D. Miguel Janer, me saludó en nombre de Fornélls, y una jovencita tarsiciana declamó un discursito muy apropiado. Di las gracias y les invité á todos á comenzar aquella misma noche (era lunes) los Santos Ejercicios.

Tenía diariamente tres actos, á las cinco y media de la mañana, á las once para niños y niñas, y á las ocho de la noche. La concurrencia siempre numerosa. Dirigían el canto las adoradoras acompañadas al armonio por el maestro de capilla.

Lo más culminante fué la procesión con el Santísimo y la comunión general.

La primera casi es imposible describirla. Ya sabrá V. R. que Fornélls es todo un pueblo de pescadores. Pues, cantado el trisagio delante de S. D. M., se organizó la procesión más devota que puede imaginar V. R. Yo llevaba la Custodia bajo palio, delante los fieles con sus cirios, detrás las autoridades y el Sr. Presidente diocesano. Recorrimos la calle Mayor, y al llegar á la gran plaza de Alfonso XIII, fueron colocándose todos en las barcas pescadoras preparadas al efecto, y en la barca del Sr. Alcalde entré yo llevando á S. D. M. Conmigo entró el clero con la cruz parroquial y las banderas eucarísticas de Mercadal y de Fornélls. En la barca contigua iba el armonio y la sección de canto, que interpretaba selectos motetes, mientras la simpática escuadra, formada por unas 20 barcas, se dirigía en dos hileras y en correcta formación, hacia la parte central del puerto.

Una vez allí y enfilando la mar viva, se colocaron las barcas en columna de honor y formando semicírculo en torno de S. D. M., y desde la proa de la barca presidencial, hablé á aquel auditorio, recordándoles que nuestro divino Jesús también alentaba á los apóstoles en medio de las aguas del mar de Tiberiades, y pidiendo su protección y bendiciones para aquel pueblo. Se la di afectísimamente con el Santísimo. Estaban allí todos los vecinos: una mitad formando en la procesión dentro del mar, la otra mitad arrodillados en la playa.

Regresando las barcas al puerto de partida, seguimos con el mismo orden por la calle del Mar hasta dar en la iglesia, donde se entonó solemne *Te Deum*.

El jueves por la mañana terminé los Santos Ejercicios con la misa de comunión general. Cerróse el acto con la bendición papal y aclama-

ciones á Jesús Sacramentado, á San Tarsicio y al pueblo de Fornélls.

En Ferrerías salió á recibirnos la sección eucarística en pleno con sus dos banderas, formando una vistosa comitiva. Nos encaminamos á la iglesia, donde, rezada la estación mayor, subí al púlpito para dar las gracias por aquel tan brillante recibimiento y anunciar los actos que debían celebrarse.

Hubo, como en Fornélls, tres actos, pero el primero era á las cuatro de la madrugada. Todos concurridísimos. El fruto, según era de esperar, muy copioso: distribuí en la comunión general 346 formas.

En la misa mayor del domingo los prediqué del Santísimo Rosario. La función de la tarde dejará memoria. Lleno el templo y expuesto S. D. M. se cantó el trisagio, subí por última vez al púlpito, para inculcarles la comunión frecuente; y he aquí que cuando ponía término á mi peroración, el repique de las campanas anuncia la llegada del Sr. Obispo, que se dignó con su presencia dar testimonio de especial cariño al pueblo de Ferrerías.

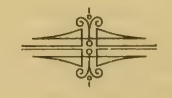
Dispónese la procesión, en que unas 500 personas acompañan al Rey de cielos y tierra en su paso triunfal. Llevábale en sus sagradas manos S. E. Sostenían las varas del palio los Sres. Concejales, y presidían el Alcalde y las comisiones de los Consejos diocesano y directivo. La sección de canto lo hizo á maravilla. También ondeaban aquí las dos banderas de Mahón, por haber concurrido una comisión del Consejo diocesano y de los Tarsicios mahoneses.

De regreso en la iglesia se entonó el *Te Deum*, y el Sr. Obispo dió la bendición papal. Acabó de caldear los ánimos con sus marchas la banda de Ferrerías, que había acompañado á S. D. M.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

Siervo en Cto.,

MIGUEL ALCOVER, S. J.



CASTILLA

LA CORUÑA

MINISTERIOS APOSTÓLICOS DE LOS PP. VICENTE Y VÁZQUEZ GUERRA

POR LAS DIÓCESIS DE LUGO, MONDOÑEDO, SANTIAGO Y TUY

EJERCICIOS AL CLERO Y OTROS MINISTERIOS

DESDE EL 1.º DE JULIO HASTA EL 20 DE AGOSTO

Llegados á Lugo el 30 de Junio, comenzamos el 1.º de Julio la primera tanda de Ejercicios al clero de Lugo y el 14 la segunda, habiendo asistido entre ambas unos 270 sacerdotes.

Durante las dos tandas el P. Vicente dió Ejercicios á las Agustinas y á las Siervas de Jesús, y el P. Vázquez á las Hermanitas.

Nada de especial ocurrió, en estos Ejercicios, si ya no es que aprovechando el Excmo. Sr. Obispo D. Benito Múrua y López, preconizado Arzobispo de Burgos, la ocasión de tener reunido á gran parte del clero, quiso al final de cada tanda despedirse de todos con sentidísima plática, en que derramaron lágrimas los agradecidos sacerdotes, que nunca conocían mejor el cariño que debían á su celoso Prelado, que cuando estaban próximos á perderle.

Nosotros en verdad, los llamados Misioneros Gallegos, perdemos en la marcha del Prelado, á nuestro más insigne bienhechor y cariñoso padre.

Desde su llegada á Lugo se conoció la predilección que por nos-

otros tenía. Su Palacio estaba abierto para nosotros; siempre cama y mesa aguardaban á los misioneros. Durante su permanencia en la diócesis no sólo los Padres de la Compañía habían de dar Ejercicios al clero y seminaristas, mas quería que la bina de Misioneros Gallegos fuera la encargada de ellos.

Vez hubo, que llegando mojados los PP. Santos y Conde á Lugo, no sólo en Palacio se les albergó, mas sus mismas sotanas quiso el Prelado les sirvieran, mientras secaban las de los Padres.

Todos los años encomendaba él algunas misiones á los Padres, y trataba con nosotros con tanta intimidad, que sorprendía á todos. No había facultad conmunicable que no la ofreciera á los misioneros; y vez hubo que le dijo al P. Vicente: «Si V. ve que se debe hacer algún matrimonio y que se resiste el Párroco, case V. mismo ó delegue en mi nombre en quien quiera».

Sirva esta ocasión para manifestarle nuestro agradecimiento, que como hijos de la Compañía no podemos menos de significar á tan insigne bienhechor. «Una de las cosas, dijo al P. Vicente el Sr. Múrua, que me movieron á aceptar á Burgos, es que allí tengo dos casas magnas de VV.....»

Terminadas las tandas de Ejercicios al clero y las de religiosas, fuimos el 20 á la Coruña, pues el P. Vicente estaba encargado de la novena del Santo Padre en nuestra iglesia. Estaban en obra en la misma iglesia y el tiempo no es muy acomodado para novenas; pues las familias de la población suelen ir á las quintas de veraneo, y las de los bañitas no han llegado aún.

El 1.º de Agosto salió el P. Vicente á Lugo para dar Ejercicios á los HH. Maristas, que se habían reunido de las cinco casas que tienen en Galicia, para tener su quinario de Ejercicios. Hiciéronlos á su modo, con muchos cánticos, etc., y como era de esperar salieron de ellos muy fervorosos.

El 12 salió de nuevo el P. Vicente para Moreda á predicar el solemne triduo en honra de la Asunción de la Santísima Virgen, triduo que se convierte en misión; chica, sí, mas es preciso predicar al aire libre, pues no hay iglesia que baste para ello.

El P. Vázquez mientras tanto había dado Ejercicios á unas religiosas, y ayudaba no poco á confesar á las famosas caravanas de montañeses y montañesas que acuden durante el mes de Agosto á los baños de la Coruña, en la afluencia y con los ánimos que otras veces hemos apuntado.

Todo este tiempo de baños es un prolongado jubileo, y el trabajo del confesonario es enorme.

MISIÓN DE ROCA (PARGA)

(*Provincia de Lugo.—Diócesis de Mondoñedo*).

AGOSTO 20 AL 28.

Dos hermanos de nuestro P. Paderne, S. J., que viven solteros y patriarcalmente en su casa solariega de Roca, Ayuntamiento de Trasparga, fueron los que pidieron la misión, que comenzamos á nuestra llegada de la Coruña por el correo del 20 de Agosto.

Vióse desde luego, dado lo pobre del terreno, lo despoblado del contorno y lo *tumbón* de algunos Párrocos limítrofes, que la misión había de ser chica, al menos en número: así es que el primer día cupieron bien, por la tarde, en la reducida iglesia parroquial.

Pusimos, sin embargo, nuestro púlpito en el mejor sitio que se halló, despoblado de árboles, pues no hay uno para remedio, y tan aireado y amplio, que no había miedo á asfixias.

Puede decirse que es país de perpetuas neblinas; y aun en el mes en que estábamos corría un gris á las mañanitas y al ponerse el sol, que cortaba la cara.

Fué aquello calentándose, y al ver alzado el altar y todo dispuesto, se animaron los miedosos, la curiosidad sirvió de acicate y se reunió al fin un auditorio respetable, cual no habían visto nunca por aquellos contornos.

Era tal y tan loco el ventarrón de los cuatro últimos días, que á duras penas se podía decir misa, y eso que nuestra impermeable tienda de campaña, abriga como las paredes más consistentes.

Para que se vea la necesidad de celebrar al aire libre en estas misiones, alguna vez nos refirieron los mismos sacerdotes que, en la misión que en Parga dieron los Pasionistas el año anterior, hubo palos en la misma iglesia, desmayos á porrillo; y un saderdote nos refirió que, queriendo salir entre los apretones, cuando llegó á la puerta se encontró desgarrada toda la sotana. Es increíble la precipitación y empu-

jones de estas gentes, aunque tengan buena voluntad y aun mucho respeto al P. Misionero. Por más que nuestros comulgatorios son susceptibles de que se coloquen á la vez cómodamente 200 personas, aún hay que avisar y hasta enfadarse *(irascimini)* si se quiere que haya orden. Como nosotros damos la comunión casi siempre cuatro sacerdotes á la vez en los días de grandes concursos, todos van haciendose lenguas del método y buena disposición.

Nuestras comuniones en Roca serían unas 9.500, y era de ver cómo aquellos campesinos, que aún tenían sus *majas* (trillas) por hacer, venían temprano á la misión, confesaban y comulgaban cuanto antes, y, oída una *misiña,* volaban á casa para trabajar desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde, y volver al ejercicio de la misión de la tarde.

Había, pues, que madrugar mucho; desde antes de las cuatro había que estar en el campo, mas todo se podía hacer, dada la necesidad del caso y lo muy bien dispuestos que los penitentes venían al confesonario. Se contó alguna gracia especial con el agua de San Ignacio, hubo sinceras reconciliaciones entre enemistades de largos años, y nuestros dos ancianos célibes estaban chochos, al ver lo muchísimo que Dios bendecía su sacrificio.

Vivimos en casa de los que nos habían llamado á la misión y participamos de aquella vida de verdad cristiana y patriarcal, en que la sinceridad y la abundancia suple todo cuanto de melindre hay en las ciudades.

El P. Vicente tuvo que ir á Lugo, el mismo día que terminamos, á predicar el sermón de San Agustín, y volvió inmediatamente uniéndose al P. Vázquez en la Coruña, para salir al día siguiente á la nueva misión, que nos esperaba.

Los generosos Paderne, quisieron perpetuar el recuerdo de su misión, no sólo colocando la cruz de costumbre en la iglesia, mas edificando un alto crucero de piedra en el mismo sitio donde estuvo el altar en el campo; y como el sitio ya es de suyo elevado, se ve perfectamente desde el tren; y recuerda á las gentes, su famosa misión.

MISIÓN DE MEIRAS

(Provincia de la Coruña.—Diócesis de Santiago).

30 DE AGOSTO AL 8 DE SEPTIEMBRE

La historiada y aristocrática misión de Meiras dió principio el 30 de Agosto, con no muy buenos augurios que, gracias á Dios, resultaron falsos.

Hacía nada menos que 10 años que estaba en proyecto, y mangoneaban en ella algunas mujeres, buenas sí, mas caprichosas, que admitían y desechaban misioneros, y formaban binas á su talante.

El P. Vicente no quiso condescender, hasta que las cosas fueran por sus trámites y rigiera no el capricho, mas la razón y Dios. Quería Dios probar que la obediencia sin trapacerías bendeciría la misión, y así aconteció.

Mereció el nombre de aristocrática, porque veraneaba parte de la aristocracia coruñesa por aquel hermosísimo país, y concurrió toda á la misión; más aún, de entre el señorío de esta aristocracia formamos el nutrido coro de cantoras que, en unión con las paisanas, cantaban acordemente los entusiastas cantos de la misión, que tanto contribuyen á la conmoción general.

Era de ver al frente de todas á la fecunda escritora Sra. Pardo Bazán con sus dos hijas, y entre las cantoras á la Vizcondesa de Fefiñanes, á las hijas del Conde de Fontao y otra variedad de hijas de ricos propietarios, senadores, diputados, etc.

Como está tan próxima á la Coruña esta parroquia, susurraron al principio que había de haber alborotos, máxime producidos por las sociedades obreras, que lo invaden todo. Mas, gracias al Señor, no hubo ni el menor desorden; y aun un domingo, en que acudió mucha morralla de curiosos, como les impresionó muy bien todo el aparato, disposición, etc., estuvieron hasta recogidos inclusive.

El campo muy bueno, aunque algo pequeño para los dos ó tres días en que el concurso fué mayor; pero muy acústico, y apto para sentarse. En nuestra especie de presbiterio, que formamos alrededor del púlpito y altar, hubo que hacer muchísimos asientos para colocar sentados á todos los de distinción, que como hemos dicho eran numerosos; y en honor de la verdad hay que confesar que, cuando se tocó á recoger el fruto en confesiones y comuniones, y en el dar ejemplo

de recogimiento, etc., se portaron los aristocráticos. La famosa Doña Emilia Pardo Bazán, los Condes de San Román, etc., etc., todos se confesaron en el campo, y aun comulgaron tres ó cuatro días seguidos.

Ayudaron bien los sacerdotes, máxime los dos jóvenes de la parroquia y la *colegiata* de capellanes de señoritos; pues sabido es que, estos señores títulos que vienen al veraneo, traen casi todos su capellán, que dice misa á placer de los amos. Hemos de agradecer que tres de esos amos espontáneamente enviaron á sus capellanes, para que se pusieran á nuestra disposición en todo. El bien que se hizo, y el fruto que se recogió, dicho se está que fué inmenso.

Las comuniones serían unas 8.500, y gracias que hubo la precaución de llevar las hostias desde la Coruña, pues de otro modo hubiéramos andado muy mal.

Vivimos en la preciosísima casa del Párroco, verdaderamente encantadora, desde cuyo mirador se descubre toda la ría de Sada.

Para que se vea lo que son estas gentes, referiremos que, desde mediada la misión, notamos la presencia de un sujeto que se fijaba muchísimo en todo y preguntaba y hablaba con los fieles. A los dos días se presentó al P. Vicente y le pidió una misión para su parroquia; pues hacía tres años había ofrecido darla, y á cuantas misiones había en los contornos iba á observar cómo eran los misioneros, y qué tal era la misión. Y añadía: «*Inda non vi misión, tan bela como esta:* y así quiero vayan VV. á dar la mía».

Fundamos las Hijas de María en la parroquia, reanimamos cuanto se pudo y supo á aquellas gentes, que estaban docilísimas para todo; y aceptando el automóvil que galantemente nos ofreció el Conde de San Román, fuimos en él á la Coruña de vuelta de nuestra misión, para emprender el camino hacia la que de nuevo nos esperaba.

MISIÓN DE CANGAS DE FOZ

(*Provincia de Lugo.—Diócesis de Mondoñedo*).

SEPTIEMBRE 10 AL 19.

El 9 tomamos el tren en la Coruña, en Boamonde el automóvil, y llegamos á dormir á Mondoñedo, de donde en coche particular salimos la mañanita del 10 para Cangas.

Habiendo el Prelado visitado la parroquia de Cangas hacía meses, la vió tan necesitada, que creyó necesario aplicar el extraordinario medio de la misión.

Ciertamente los escándalos magnos y abandono pleno de quien debía haber cuidado de ella, y aun los de algunos vecinos, habían helado de tal modo á aquellas gentes que necesitaban de gracias extraordinarias.

Aunque acudieron varias parroquias vecinas, como Cangas está en una lengua de tierra, y por lo tanto retirada, era difícil el que acudieran muchas.

Vinieron también algunos penitenciarios, que dieron ejemplo y ayudaron; y gracias al Señor se fué calentando la gente de modo que al quinto día el pueblo estaba desconocido. El tiempo no ayudó mucho: tres días hubo que predicar en la espaciosa iglesia, pero no les vino mal, pues necesitaban de mucho recogimiento y el campo de la misión era poco *ascético*.

Está la iglesia y casa parroquial pegando al mar, y chocan las olas con los peñascos en que se eleva la iglesia; y está tan extraviada del pueblo, ó mejor de los lugares que componen la parroquia, que es también esto causa de que se animen poco á acudir á ella

Emigran muchos de la provincia á América; y aunque está muy bien situada entre Foz y Vivero, es no muy rica. Debió ser fundada hace bastantes siglos, pues se conservan ciertos indicios de grande antigüedad.

Tiene al presente la parroquia un joven y piadoso Económo, quien de seguro conservará la piedad encendida en la misión, y para auxiliarle se fundó la Congregación de Hijas de María, que empezó con mucha pujanza, y se reanimó la del Sagrado Corazón, pues estaba totalmente decaída.

Fueron las comuniones unas 7.000 y solo sabemos de 2 que se quedaron sin confesar. Algunos hicieron la primera confesión y comunión de 18 y más años para arriba. Hace aquí muchísima falta el catecismo para instruir á aquellas pobres gentes, no malas, mas abandonadas, como ovejas sin pastor hacía años.

El buen Ecónomo quedó tan agradecido, y sigue tan entusiasmado con la misión, que no acaba de bendecir al Señor. En carta escrita un mes después de la misión, repite que aquella parroquia es otra, pues tiene muchas comuniones diarias, y más comuniones dominicales; que se llena el templo los domingos, y que los ejercicios del Sa-

grado Corazón y la Inmaculada son concurridos, y van en aumento los socios. *¡Laus Deo!*

Quedó un escándalo magno, que prometió quitarse; mas es muy de temer que siga, y por cierto á causa de un consejo pésimo.

Era un infeliz, que habiendo tenido un hijo de una mujer soltera, se fué á América y allí trabó relaciones y se casó canónicamente con otra. Salióle ésta muy mala, y yendo á pedir consejo, le contestó su consejero que este mal le había sucedido porque dejó la primera mujer. Volvió de América, se unió con la primera, y vive con ella y con el hijo, hoy mozo de bastantes años.

Se le desengañó diciendo que estaba amancebado, y que el matrimonio con la otra era válido; prometió arreglar su negocio y separarse; pero mucho hay que desconfiar, si no es que el Señor lo arregla de otro modo.

Se bendijo el agua de San Ignacio, y como la hermosa carretera se prestaba á ello, lucieron en grande las procesiones, y atrajo todo aquel aparato más gente de lo que pensábamos.

Agradecidos al Señor, que de tal modo nos había favorecido con la empresa, salimos de Cangas en coche para Mondoñedo y Lugo, pues nos esperaban los Ejercicios de los seminaristas.

EJERCICIOS A LOS SEMINARISTAS DE LUGO

SEPTIEMBRE 22 AL 1.º DE OCTUBRE

Nos había encomendado el Sr. Obispo por el veraneo los Ejercicios á los seminaristas; y aunque para cuando comenzamos era ya Arzobispo de Burgos, comenzamos nuestra tarea según costumbre.

Nada de especial ocurrió durante este ministerio, pues los seminaristas de Lugo están acostumbrados á nosotros, y nosotros á ellos; y aunque estábamos en interregno de mando y elección de Vicario Capitular, como ésta se hizo pacíficamente y no hubo mudanza ninguna, nuestros ejercitantes siguieron como siempre.

MISIÓN DE MESÍA

(Provincia de la Coruña.—Diócesis de Santiago).

OCTUBRE 2 AL 10.

A las diez y media de la mañana del 2 de Octubre, llegábamos en el automóvil de la Coruña á la mitad del camino de Coruña á Santiago, ó sea al paradero del Mesón del Viento; allí, después de esperar algo, nos vinieron á buscar con buenas caballerías, y llegamos á eso de la una á la parroquia de Mesía.

El terreno, aunque montañoso, es apto para misiones; y como esta era tan deseada y el buen Párroco había tomado todos los medios para que resultara bien, se vió desde luego que había de ser de las buenas buenas.

Algo distante estaba el campo, pues la procesión tardaba en llegar desde la iglesia más de un cuarto de hora; pero todo se podía perdonar, incluso el pésimo camino, á trueque de hallarse con un campo magnífico, formando hermoso declive cubierto de césped para sentarse, y tan amplio que aún cabía doble número de gente y eso que hubo mucha.

Desde el segundo día se vió ya que aquellos montañeses tenían arraigadas creencias, y que la labor del confesonario había de ser morrocotuda.

El Párroco de Mesía era Arcipreste del contorno, y como coincidió la Visita Pastoral del Auxiliar del Sr. Cardenal de Santiago, los Párrocos tenían que dividirse entre la misión y la asistencia al Prelado; otros, tenían que preparar sus libros é iglesias parroquiales; es decir, que con una multitud buena, nos hallábamos sin confesores.

Venían desde muy lejos con su *compango* (merienda) en los pañuelos, resueltos á no marcharse hasta haber confesado y comulgado, y estaban ternes al lado del confesor; y por cierto, aunque eran muchos, se llegaban sin grandes apretones.

La misión se pudo tener siempre en el campo, por más que algún día llovió de gana y los caminos estaban intransitables. Mas ¿qué hacer? Armarse de zuecos y de paraguas, y andando.

Como muchos no habían visto nuestras misiones, todo les causaba novedad agradable y se disputaban luego en las casas quién vendría á la misión. Hacía muy buena falta, pues son rudos y dados á *meiguerías* ó brujerías.

Viven muy frugalmente; crían hermosos ganados, que llevan á las ferias; y como tienen maestro y maestra en la parroquia y, gracias á Dios, los actuales son buenos, se conservan en la fe bastante bien.

Pasaron de 18.000 las comuniones, y varios días hubo que estar más de 14 y 15 horas confesando al aire libre, pues como se indicó acudieron pocos confesores.

Gracias á Dios, nadie se quedó sin confesión, y pocos fueron los que quedaron sin confesar el día que lo solicitaban: es verdad que para nosotros no había momento libre. Aun al ir y volver del campo había que ir escuchando á los que querían consultar algún asunto.

Ya se podía dar por bien empleado este exceso de trabajo, al ver cómo se aprovechaban de todo cuanto se les decía, y lo dóciles que se manifestaban á cualquiera insinuación.

Aunque se reunió tanta juventud, y raras son las romerías en que no tengan palos y tiros; en nuestra misión, no hubo rastro de eso: y si algo hubo que hacer era tocar la campanilla fuerte alguna vez, porque las lágrimas y lamentos no dejaban continuar el sermón.

A la bendición del agua de San Ignacio, que se hizo dos veces, acudió tanta gente que formaban un hermoso panorama á los lados del río, preparados todos con sus variadísimos cacharros, pellejos, botas, etc., etc., para coger el agua tan pronto como se bendijera.

Acudió también mucha gente el día que celebramos la función de difuntos, que suele ser el último, y se impusieron varios miles de escapularios, sobre todo de la Inmaculada Concepción.

Nuestras cinco estampas, es decir, la del Sagrado Corazón, de la Inmaculada, de San José, de San Ignacio, y de San Javier, se han vendido tantas, lo mismo en esta que en las otras misiones, que pasan ya de 100.000 las vendidas solo este año. Les recomendamos ahora una preciosa medalla que representa al Santísimo Sacramento por un lado y por el reverso á la Inmaculada Concepción; medalla de aluminio, que cuesta 5 céntimos, y solo un tendero nos ha dicho que ha vendido más de 20.000 en el espacio de pocos meses.

Montados en nuestras buenas caballerías, y guiados por los acompañantes, salimos á Ordenes, donde cogimos el automóvil, que nos llevó á Santiago, camino de nuestra próxima misión.

MISIÓN DE BAYONA (DE TUY)

(Provincia de Pontevedra.—Diócesis de Tuy).

OCTUBRE 11 AL 21.

Aguardábannos impacientes unas buenas señoras, que solicitaban la misión en esta hermosa villa, y tenían ciertamente razón, pues la necesidad era muy grande.

Habían dado hacía años los PP. Santos y Conde misión en Bayona; mas por desgracia los años transcurridos, lejos de conservar el fruto, lo habían destruído todo, y la indiferencia y escándalos estaban á la órden del día. Las causas principales son muchas, y no la menor el mal ejemplo de los que acuden á veranear á tan hermosa región, los cuales por desgracia dejan bastante que desear, por más de que algunos son prácticos cristianos.

Tiene Bayona una iglesia, antigua colegiata, muy amplia y muy buena, y el actual Abad (Párroco) se ha dado con mucho esmero al adorno material de su iglesia, dejándola tan hermosa que no tiene nada que envidiar á algunas catedrales.

Aunque la iglesia era tan capaz, y aun tienen otra muy buena dedicada á Santa Liberata, que dicen era de esta villa, no bastaba la iglesia para el auditorio, y sobre todo había que dar alguna novedad á la predicación, é ir al campo ó magnífico atrio, donde dispusimos el púlpito. Sólo dos días predicamos dentro de la iglesia por la lluvia, mas aun entonces nuestro auditorio prefería la misión al aire libre.

Estaba la gente muy fría y de fuera no venían procesiones, ya por la pereza de los Párrocos, ya también por la distancia de algunos pueblos; así que era preciso procurar el calor encendiendo fuego dentro.

Además de los ordinarios ejercicios se anunciaron conferencias para los hombres instruídos, etc.; y fué el reclamo para que en la masa de aquellos pescadores entrara el movimiento, y quedaran pescados tanto ellos como los señoritos que con ellos iban.

El método actual que aquellos marinos siguen en la pesca, estoy casi por decir que es anticristiano: tienen que salir al mar precisamente cuando se celebran los cultos eclesiásticos, y hay que andar bregando con las traineras y traineros para que vayan á la iglesia y oigan misa.

Los sermones, cánticos, conferencias, procesiones con los chiqui-

llos (que son innumerables y listos) calentaron de tal modo la villa, que del sexto día para adelante, aun las mismas señoras piadosas que promovieron todo, y cuidado que eran exigentes, estaban chochas y lloraban de contento.

Se despertó ese celo, señal inequívoca de que están realmente movidos, que hace que ellos mismos busquen á los rezagados, ó se valgan de las amistades para persuadirlos. Era cosa de alabar á Dios el oir cómo ellas señalaban con el dedo á los abandonados, ó decían: «Ya se confesó fulano». «Padre, vaya luego, que espera el otro, que hace tantos años...» etc., etc.

Gracias al Señor, creemos que quedaron muy pocos sin aprovecharse, quizá sólo media docena; y los buenos quedaron muy confortados y todos resueltos á cooperar con el Párroco para que se conserve el fruto.

Las congregaciones recibieron nueva vida, sobre todo las Hijas de María que en gran número se alistaron. Y como las *doctrinas dominicales* para adultos se reanudaron, después de haber estado suprimidas, quedamos muy esperanzados de que el fruto perseverará, si bien convendría una vuelta de cuando en cuando, pues peligro lo hay grande.

MISIÓN DE SANTA EULALIA DE LICÍN

(Provincia y Diócesis de Lugo).

NOVIEMBRE 4 AL 12.

Acabada la misión de Bayona, y habiendo pasado por nuestro Colegio de La Guardia, el P. Vicente fué á Villafranca del Vierzo á dar Ejercicios á las monjas de la Anunciada y el P. Vázquez pasó á la Coruña.

Aprovechó el P. Vicente la ocasión de los Ejercicios en Villafranca para predicar un quinario durante la novena de Ánimas en la parroquia; pues dada la gran necesidad que hay en aquella población justo es se aproveche todo medio de enfervorizarlos.

Terminada esta tarea, el 4 de Noviembre nos reunimos en Monforte y en un cochecito particular llegamos á Escairón, y de allí á pie á Licín, donde nos esperaba la gente, y abrimos la misión.

Quiso Dios bendecirnos durante ella; pero es una temeridad dar en Noviembre misiones generales en Galicia, no solo por el miedo á las lluvias, mas porque son los días tan cortos, que no dan tiempo para nada, y, si se quiere madrugar, el hielo y la escarcha, como sucedió en Licín, exponen á cualquiera peripecia.

Sitio en verdad muy céntrico para misiones es el que ocupa Licín; y á esto y á lo bueno que estuvo el tiempo, hay que atribuir mucho del concurso que tuvimos.

El campo era muy hermoso y capaz, y solo el camino era tan malo, que gracias á que tomó por su cuenta los dos primeros días el P. Vicente á unos cuantos mozos y los dirigió en la tarea de cubrirlo de cascajo; de lo contrario, hubiera sido intransitable.

El día que más cruces parroquiales se juntaron fueron 14, y de agradecer es al clero del contorno su puntualidad en auxiliarnos para confesar, pues así pudimos acudir á todo sin grandes apuros.

Helaba de gana, y había que levantarse para las cuatro de la mañanita: cuando á las ocho íbamos al campo, parecía que había nevado por la grande escarcha que, al salir el sol y derretirla, formaba los últimos días verdadero fango.

No hay para qué repetir, que como los días son en aquel tiempo tan cortos, había que estar en el púlpito para las dos y media de la tarde, poco después de la comida, y claro está que la exposición á cualquier fracaso era inminente. Dios tiene una providencia especial con los misioneros, y así no tuvimos nada que lamentar. Había que comenzar tan pronto, porque es necesario evitar que la gente ande de noche fuera de casa, y en tal estación para las cinco y media es noche ya en estos países.

Como había algo que sufrir, Dios bendijo muy de lleno la santa misión; y cosa especial, habiendo día en que se juntaban más de 200 pollinos que habían traído á sus amos á la misión, no fué cosa notable la bulla que metieron, ni hubo entorpecimiento ninguno.

La bendición del agua de San Ignacio dió bastante que hacer, por no haber río ó sitio amplio donde cogerla; y aunque se bendijeron tres fuentes públicas, las agotaron, las estropearon y rompieron no sé cuantas botellas, cacharros, etc., por quererla todos coger. Hubo que volver á bendecir otro día las tres fuentes, y con esto se aquietaron. Dieron cuenta de algún prodigio obrado con el agua bendita, sobre todo el caso de un tumor grande sobre el ojo derecho, que se resolvió inmediatamente.

Pasaron de 19.000 las comuniones en el campo de la misión, á las que hay que agregar las de los que comulgaron en sus parroquias en la novena de ánimas, que suele ser, como ellos dicen, el *preceptillo*, pues casi nadie deja de comulgar con tal ocasión.

Teníamos que coger á las doce el tren en Monforte, y nos pesó bastante esta priesa; pues tuvimos que salir de Licín á las diez de la mañana, dejando aún gente en el campo. No había remedio, estábamos comprometidos, y había que cumplir los otros compromisos.

Nuestra estancia en Licín fué de mucha trascendencia, aun para el orden civil; pues como andan por acá las solidaridades y partidos, hubo que poner las cosas en claro, hablar con los sacerdotes, que andaban sin rumbo y desunidos, y es de esperar, como todos convinieron, resulte ahora todo en gran bien del contorno.

Hiciéronse en la misión unos 12 casamientos bien necesitados de arreglo, hubo reconciliaciones de grande edificación, y vueltas de pecadores á Dios muy edificantes y consoladoras.

MINISTERIOS VARIOS EN NOVIEMBRE Y DICIEMBRE

Apuradamente llegamos á Monforte para coger el tren: el P. Vicente tomó el de Pontevedra y el P. Vázquez el de la Coruña.

Aguardaba al P. Vicente en Pontevedra la Congregación de Hijas de María para hacer los santos Ejercicios y disponerse de ese modo á la novena de la Inmaculada. Bastante decaída estaba la Congregación por haber fundado los PP. Franciscanos, instalados este año en Pontevedra, su Congregación de *Antonianos;* pues como admiten á las jóvenes hasta los 20 años, claro es que á la novedad y á los cánticos, acudieron muchas jóvenes de las apuntadas como Hijas de María.

Delicada era la tarea de darles Ejercicios, para no poner *altar contra altar*, así como para no ahondar más la división, que ya existe entre el clero secular y los frailes, con ocasión de derechos, etc.

Molestó ciertamente el que en el día y función más solemne de los Ejercicios, á la mismita hora, inventaran un Calvario solemnísimo cantado en su iglesia: «la mejor práctica piadosa (dijeron en la prensa) que existe». Seguimos nuestros Ejercicios y gracias á Dios, tan entusias-

madas estaban las Hijas de María y adictas á su Congregación, que nadie faltó; pues no hay que contar á tres ó cuatro (no fueron más) de esas beatas que dicen «que la Virgen no se enfada porque la dejen á ella por San Antonio». *(Sic.)*

Terminados estos Ejercicios en Pontevedra fué el P. Vicente á Piñeira á predicar un triduo á las Congregaciones del Sagrado Corazón de Jesús y de la Inmaculada, instaladas en Noviembre del pasado año, inaugurando de paso las nuevas imágenes del Sagrado Corazón de Jesús y de San Ignacio, colocadas en el nuevo altar llamado el «Trono del Sagrado Corazón en Taboada».

Da gusto el trabajar en esta parroquia de Piñeira: se llena inmediatamente la iglesia, y no queda un alma sin confesar; están tan dóciles al Padre, que basta una insinuación para ser atendido; es ciertamente un *cogollito* bueno, bueno entre *eriales*, como son algunas vecinas parroquias. Tienen un párroco, que les entiende muy bien y que se entiende muy bien con Dios; pues es bueno y celoso.

De paso el último día fué el P. Vicente á Chantada á la solemne repartición de premios de la Escuela Dominical, fundada el pasado año.

Merecen aquellas señoritas Directoras se las aliente, pues tienen todos los domingos unas 200 rapazotas de la villa y las aldeas limítrofes, y las 16 señoritas de la villa les enseñan muy bien; tanto, que á alguna aldeana de 30 años le han enseñado á leer con una perfección que admira.

Se repartieron los premios de pañuelos, mantones, rosarios, etc., y por último terminó el Padre con un discursito sobre el cuidado de la Iglesia en ilustrar á los pobres. Acudió lo más granado de la villa, y no asistió toda ella, porque no había local para más.

Llegábase con esto el día 30 de Noviembre, en que había que empezar en Betanzos la novena de la Inmaculada. Con un frío terrible, tres horas montado á caballo, y 12 *encajonado* en un coche sin cristales (de seis de la tarde á seis de la mañanita), llegó el Padre á Lugo, y saliendo en el mixto, llegó por fin á Betanzos donde empezó su novena.

Está Betanzos perdidísima, sobre todo en los hombres; pues no

llegan á una docena de los que se llaman caballeros, que oigan misa y cumplan con Pascua.

Tambien el año pasado les predicó el P. Vicente la novena; fruto de ella y otras predicaciones fué retirarse muchas jóvenes de peligrosos amoríos, de ir á representar á teatrucos con jóvenes llamados luises ó tontainas, y dejarse de escotados y paseos escandalosos.

Rugieron los señoritos, y nada menos que los guiones de la llamada *congregacion de luisistas:* sobre todo porque el Padre dijo en una plática especial á las Hijas de María «que con jóvenes que no oían misa y no se confesaban, al menos por Cuaresma, no quisiesen relaciones; y que, por regla general, la juventud que no tenía creencias, estaba podrida de vicios».

Hay que añadir á esta causa del descontento de la *docena* de señoritos ineducados, y ya ineducables, otra causa que explica también lo sucedido en esta novena.

Cierto P. Dominico, á quien el Sr. Cardenal había dado licencias «*donec in eodem ordine permaneas*», vino á predicar á Betanzos dos años consecutivos; el primero como religioso, y el segundo exclaustrado. Avisando el Superior de los Dominicos de la Coruña al Prelado de cómo el dicho predicador ya no era de la Orden, el Cardenal le retiró las licencias, mejor dicho, declaró que no las tenía; y corrido el ex-religioso tuvo que salir de Betanzos. Tenía admiradores en la ciudad, máxime á dos caballeros; y éstos, sin saber de donde venía el golpe, lo echaron al P. Vicente, y estaban indispuestos contra él. Agréguese que los famosos Concepcionistas de que se habló el año pasado, se resintieron porque se les dijo «que los devotos sinceros de María Inmaculada estaban obligados á tener fe inmaculada, prácticas religiosas inmaculadas, á ser la legión de María Santísima vencedora de todo error é impiedad».

No creía el P. Vicente, que los señoritos de Betanzos estuvieran así indispuestos; y como con tanta instancia pidieron las Hijas de María la novena, aceptó la encomienda y el 1.º de Diciembre se tuvo el primer sermón en la magnífica iglesia de San Francisco, donde está instalada la Congregación. Sorprendióle agradablemente el ver casi llena la iglesia, y sobre todo muchos hombres; no advirtió variación especial, y así terminado todo, salió de la iglesia en compañía del capellán de las Agustinas.

Cuando estaban á unos veinte pasos de la iglesia, los mozalbetes, en número de una docena, y por cierto los señoritos de 14 á 20 años,

con pitos que habían comprado al efecto, pitaron unos momentos y como el P. Vicente y su compañero seguían el camino imperturbables, cuando ya estaban lejos gritaron: «¡Fuera!» y aun «¡Muera!». Dicen (el Padre no lo oyó) que gritaron también «¡Muera el clero! ¡abajo la religión!».

Indignóse de tal modo el pueblo contra los señoritos aquellos, que *post factum*, había motivo de alegrarse por la pitada; pues los corrieron en grande, los zurraron á algunos en sus casas, y acosado el alcalde por las reclamaciones de la gente, pasó un besalamano á los papás de aquellos *bebés*, amenazándoles seriamente si el desorden se repetía. Como son rapaces descreídos, é hijos de tales padres, más que arrepentirse, rabiaron como díscolos y amenazaron repetir; mas no se atrevieron á emprender nuevas hazañas.

Para que se vea cómo está Betanzos, cuéntase que en la misión que allí dieron los PP. Santos y Conde, después de una conferencia del P. Conde á los hombres, uno de los más conspicuos decía públicamente: «Si es verdad lo que el Padre dice, y así lo creo yo, todo cuanto yo tengo y la mayor parte de los ricos de Betanzos *es robado*. Si se contentaran con que restituyera 10 ó 12.000 reales yo me confesaría; mas como eso no me lo admitirán no me confieso, y si alguno de mis camaradas se confiesa, lo hará mal».

El resultado de la *pitada* fué, que desde aquella noche la iglesia se llenaba más de gente; y hombres, que hacía 20 y más años no habían puesto los pies en el templo ni aun para asistir á funerales, iban á oir, y á cuidar, decían, de sus hijos.

Desgraciadamente, por entonces al menos, aquellos grandes peces no cayeron en la red, y fueron sólo *auditores legis*. Solamente se aprovecharon muy bien las Hijas de María, ingresando unas 30 nuevas, y teniendo su comunión general numerosa el día 8, en que los Concepcionistas hicieron el gasto.

El 9 salió el Padre para Souto á preparar con un triduo al pueblo para instalar en él las Hijas de María, presentándose unas 60 para ser admitidas y comulgando al final del triduo unas 300 personas. La iglesia era incapaz para los oyentes, y tenían algunos que retirarse por las grandes lluvias que impedían quedarse fuera. La parroquia no tiene más que 100 vecinos.

El 13 á la mañana volvió el Padre á la Coruña, entrando aquella misma noche en los santos Ejercicios de año.

Terminados estos, salió para Puentecaldelas, donde el anciano Párroco le reclamaba con instancia para terminar el año con un quinario al Sagrado Corazón y á la Inmaculada, en que gracias al Señor se confesaron muchos de la parroquia, y se arregló un asunto que convenía en gran manera al bien de las almas.

Acabado el quinario el día 30, salió luego el Padre para la Coruña á fin de pasar el último día de año en la Residencia.

La Coruña 1.º de Enero de 1910.



VALLADOLID

FRUTO ESPIRITUAL Y UN IMPORTANTE ACTO LITERARIO EN EL COLEGIO

Carta del H. Francisco Oar al H. Arámburu.

Valladolid 31 de Marzo de 1910.

Carísimo en Cristo H. Arámburu: Empiezo por decirle que los 66 individuos que actualmente forman la división de las delicias de V., se han convertido en custodias vivas donde mora todos los días real y verdaderamente Jesús Sacramentado. No recuerdo cuál fué la última cifra de comuniones que le envié. Desde el principio de curso hasta fin de Marzo han sido las de la 2.ª división 8.375. En este último mes comulgaron todos los alumnos todos los días, fuera de alguno que otro enfermo que la dejó alguna vez, y tres que la dejaron el día de campo. Ha pasado Marzo y hasta hoy las comuniones siguen siendo generales.

El fruto es admirable y para alabar á Dios. Una atmósfera de pureza que trasciende á cielo; filial confianza con los Superiores todos; docilidad no desmentida para poner en práctica cuanto se les mande; edificante piedad y compostura en los ejercicios espirituales, sobre todo en la capilla.

Así no es extraño que nazcan espontáneamente en ellos anhelos de vida religiosa. Cinco han manifestado ya deseo de entrar en la

Compañía, y nada me extrañaría que antes de terminar el curso lo manifestasen por lo menos otros tres. Pluguiera al Señor que todos estos deseos fueran eficaces y se realizaran, si ha de ser para su mayor gloria. Muchos son los peligros que han de cercar estas tiernas aspiraciones. Entretanto, por lo menos, la providencia amorosísima de Dios se vale de estos deseos de perfección y sueños de vida santa, para borrar en la fantasía y corazón de estos niños imágenes y deseos de vida mezquina.

¡Si ni aun parece que saben trampear! Cómo me acuerdo de aquellas escenas de hace dos años; de aquel cuidado con que mirábamos á las puertas de salida del patio, por si á alguien le parecía estrecho el sitio de recreo. Ahora á nadie ocurre semejante cosa. Les basta la felicidad de que gozan.

El P. Espiritual es el confesor único de la división. Al comenzar la Cuaresma se les invitó á acudir á un confesor extraordinario, y ninguno lo hizo.

Al volver de sus casas por Navidad, en tres días se les pasó la murria y entraron en el carril como si tal cosa.

Los días de vacación extraordinaria han sido abundantes y recibidos con gran alegría.

Los carnavales felicísimos con las funciones religiosas de costumbre.

Las solemnidades de Semana Santa sumamente devotas: el ejercicio de las Siete Palabras en la capilla del Colegio, muy concurrido. El descorrer del velo el Sábado Santo impresionó tanto á los medianos y pequeños, sobre todo por volver á ver la imagen del Niño Jesús, que no se hicieron cargo de la palmada para levantarse al Gloria, y hubo necesidad de llamarles la atención.

La academia del martes de Pascua hará época. La decoración del salón artística, variada, pero sobria.

Bajo el dosel, la preciosísima imagen de la capilla. El fondo azul sembrado por flores blancas de lis, del jardín manual del artista P. Ascunce. Al rededor de la imagen, pero oculto detrás de los cortinones, un arco de bombillas que la iluminaba con esplendidez. A los pies de María la bandera española envolviendo el pedestal con artístico desaliño. A uno y otro lado de la bandera cañones de madera forrados de papel color metal. En la pared á los lados del dosel y en las paredes laterales, panoplias coronadas por cascos guerreros. En los cuadros de las molduras, sobre fondo amarillo y encarnado, los nombres de las

principales batallas del Riff, en letras de oro. Sobre el suelo trípodes formados con lanzas provistas de banderolas, cornetas, tambores, monturas, aparatos heliográficos.....

Del concurso, principalmente de oficiales á media gala, y de los declamadores supongo á V. enterado. Algunos pudieran figurar con nombre entre los retóricos de Burgos.

Salude á todos, y rueguen para que nuestra felicidad sea completa.

FRANCISCO OAR, S. J.

Carta del P. Andrés de Ascondo al mismo Hermano.

Valladolid 31 de Marzo de 1910.

Muy amado en Cristo, H. Arámburu: Justo es enterarle á V. de lo más saliente que por aquí ocurre.

Lo que ha tenido una resonancia maravillosa, ha sido el «Homenaje literario al Ejército español», en el pasado martes. Hoy ó mañana recibirá V. el *Diario Regional*, donde se relata con alguna extensión y bastantes detalles, el gran acto literario; pero todo lo que allí lea resulta pálido en comparación de la realidad.

Oiga estos pormenores. Una hora antes de empezar el acto, estaban completamente llenos el salón y el vestíbulo; 6 tranvías estuvieron mucho tiempo detenidos por la aglomeración de gente, y todos cuantos llegaron después de las cuatro y media, quedaron sin ver ni oir nada.

La avalancha de gente á esta hora nos arrolló á los que estábamos designados para acomodarla, é inútiles resultaron todas nuestras insinuaciones, todos nuestros mandatos de imperio para imponer el orden debido. Trabajo le costó al P. Rector entrar con el Sr. Capitán General, el Sr. Arzobispo y el Sr. Gobernador Civil, viéndose obligado á dar un grito de «¡Paso á las autoridades!». Más de uno y de cinco tuve que dar yo, al llegar el Sr. Alcalde y las divisiones del Colegio: «¡Paso, señores, al Sr. Alcalde!; ¡paso á los alumnos del Colegio!», etc... No sé cómo no me estrujaron; para algo nos ha de servir el ser ligeros de

carnes. Jamás se ha visto en el Colegio de San José concurso tan imponente. Los militares, iban de gala; las autoridades, de uniforme; y la gente toda, elegantísima. Lo más culto y distinguido se juntó en el Colegio el tercer día de Pascua. Los cuatro ó cinco municipales que había á la entrada decían: «Esto no lo hemos visto nunca».

No pudieron entrar, por imposibilidad material, la hija de Maura, la hija de D. Alejandro Pidal, muchos señores de la alta aristocracia vallisoletana, ni muchas familias de los colegiales, ni algunos jefes de alta graduación, etc., etc...; en una palabra, unas 500 á 600 personas tuvieron que volver con el sentimiento de no ver nada.

Lo que sucedió dentro no lo sé, porque también á mí me tocó estar fuera; sólo pude atisbar algo en la segunda parte á uno de nuestros colegiales, que estuvo como ni imaginarse puede V., á la altura de nuestros más flamantes retóricos; á cada estrofa respondía una ovación delirante, y una serie de comentarios de los militares: «¡Qué versos! ¡qué bien lo hace! ¡qué entusiasmado está el niño!»

Los militares no acaban de expresar su satisfacción por el acto literario. Vea V. lo que ocurrió con el Capitán General y nuestro P. Rector. «Excmo. Sr., le dijo éste antes de comenzar, para evitarle un compromiso, aquí no se acostumbra hablar al terminar estos actos». El Capitán General, le contesta: «¡Qué no!... pues yo hablaré en nombre del Ejército...» Y habló efectivamente en estilo cortado y seco: á lo militar. Dió las gracias á los colegiales y profesores del Colegio por el hermoso y patriótico acto realizado, manifestando que daría cuenta de él al Ministro de la Guerra para que lo hiciese llegar á conocimiento del Rey. Después, con toda la frescura del mundo, se vuelve al P. Rector y le dice: «¡Qué tal he estado!—Pues ha estado S. E. valiente, militar y oportuno.—Me alegro que me lo diga V..... Nada, nada, P. Rector, este acto literario hay que imprimirlo».

Se han sacado, hoy, algunas fotografías del salón, que estaba primorosamente adornado con trofeos militares de artillería, caballería é infantería, y desde una columna, envuelta en una bandera española, presidía la que es Capitana de nuestros Ejércitos y Madre nuestra amantísima, la Inmaculada Concepción, que estaba encantadora, dulce y atractiva.

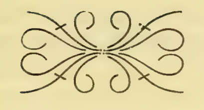
Y se acabó la cuerda. Ahora sólo falta que nosotros no seamos tan lerdos que, ganando tanto el Colegio y los colegiales, quedemos atrasados en la perfección, en el conocimiento y amor de Nuestro Señor Jesucristo y en toda la vida espiritual.

Á fin de que esto no suceda, bueno será que mútuamente nos encomendemos al Señor para que su santísima voluntad sintamos siempre y perfectamente la cumplamos.

Infimo s. en Cto. Jesús,

ANDRÉS DE ASCONDO, S. J.

P. D. El Mayordomo Mayor de Palacio escribió agradeciendo los programas, en nombre de S. M., y ayer remitió un oficio el Capitán General, diciendo que S. M. le significaba haber visto con agrado la comunicación en que le daba cuenta del acto.



PALENCIA

ALGUNAS MISIONES DURANTE LA CUARESMA

Cartas del P. Rafael Carmona al H. Félix Pulgar.

Palencia, Marzo 28 de 1910.

Amadísimo en Cto. H. Félix: Ya que no le felicité como otros años el día de su santo, quiero aprovechar estas pocas horas que me quedan de Residencia, para cumplir con V. y ponerle al corriente de mis trabajos de Padre Tercerón durante la Cuaresma.

Acabo de llegar de Villarramiel y mañana, Dios mediante, saldré para Orduña y Manresa.

Al día siguiente de llegar á Palencia ya tenía sobre mi mesa un papelito que decía: «P. Carmona: Por lo pronto dará dos misiones con los PP. Obeso y Conde, predicará en Palencia las conferencias á los caballeros, y la Semana Santa ya veremos dónde».

La primera misión era en Baltanás, cabeza de partido. Avisó mi compañero el P. Obeso al Párroco D. Daniel Heredia, sacerdote muy celoso, Arcipreste más antiguo de la diócesis, de gran prestigio entre los demás sacerdotes, y muy querido y respetado de todos sus feligreses. Inmediatamente se presentó aquí. «En el pueblo, nos dijo, no hay ni carlistas, ni integristas, ni católicos independientes. Todos son ó republicanos ó liberales y algunos conservadores. Y los periódicos que entran son *El Liberal*, *El Imparcial*, etc. Los jóvenes son muy independientes, tenemos que prescindir por completo de ellos. De los hom-

bres poco se puede esperar, de las jóvenes y mujeres bastante».

Con estos datos y otros por el estilo, que nos dieron algunos palentinos, emprendimos la marcha el domingo 13 de Febrero. Llegamos á la estación de Torquemada y ya nos esperaba un Coadjutor de Baltanás con el coche de D. Félix Jubete, que ha tenido un hijo en nuestro Colegio de Valladolid. Lo primero que nos dijo el buen cura fué: «Mal día para hacer la entrada y mala hora. Los mozos han tenido sorteo y están alborotados». Retrasamos el viaje, y á las cinco y media llegamos al pueblo. En la ermita de San Pedro nos esperaba el clero, las autoridades, señoras del Apostolado é Hijas de María con sus estandartes, los niños de las escuelas y un grupo numeroso de mujeres, pero pocos hombres.

Y ¿los mozos? Ni uno. Estaban recogiditos en el teatro del pueblo; y al pasar cerca la procesión y oir ellos los cantos, algunos se animaron á salir y desde una esquina lejana nos contemplaron. ¿Qué se dijeron? No lo sé. Es lo cierto, que concluído el primer ejercicio de la misión, en la hermosa y amplia iglesia de San Millán, apenas nos habíamos retirado á la casa del Párroco á rezar cuando vimos á un grupo de mozos, que decían: «Échala, chico, échala... Pronto...» Enseguida comienza uno á tocar con un acordeón la Marsellesa y los demás á acompañarle con las manos y con los pies, pero con un brío y un entusiasmo extraordinario. Por si acaso no la habíamos oído la repitieron dos veces debajo de nuestras ventanas, y al fin se fueron tarareando el célebre himno hasta que se perdieron á lo lejos.

Nosotros principiamos lo mejor que Dios nos dió á entender los actos de la misión. Formamos un coro de cerca de 200 cantoras, que atraía bastante gente.

El tercer día fué tal la concurrencia de hombres al ejercicio de la noche, que el Sr. Juez creyó prudente llamar á la Guardia Civil y estar él mismo en el coro con ellos por si ocurría algo. Lo mismo hizo las noches siguientes. En el sermón del Juicio final era imposible dar un paso en la iglesia y eso que es bastante capaz. La gente estaba muy movida. De pronto se cae un hombre desmayado, y al notar las mujeres el movimiento de los hombres, comienzan á levantarse á prisa, á gritar y á querer salir. Los niños y niñas á llorar. Imposible que me oyesen. Pedí una campanilla y después de un toque prolongado exclamé con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Silencio! cállense las mujeres y siéntense; que el hombre que se ha puesto enfermo ya está fuera». Obedecieron; pero toda la chiquillería seguía llorando. «O callan, les

dije, ó no vuelven más». Y con esto concluyó sin novedad aquel alboroto.

Uno de los maestros escribió una larga relación, que envió á los periódicos de la capital. De ella es lo que sigue:

«El jueves recibieron la comunión los niños y niñas con sus maestros y maestras. A las diez se organizó una procesión entusiasta, á la ermita de Nuestra Señora de Revilla. Iban más de 600 entre niños y niñas, todos con sus banderitas. Seguía el Niño Jesús llevado en preciosas andas por 4 niños. La preciosa estatua de la Inmaculada llevada por las Hijas de María y más de 200 jóvenes y un gentío inmenso. En el trayecto cantaron las Hijas de María con mucha afinación el *Laudate pueri,* al que contestaban los 600 niños con el *Bendice*. El aspecto era grandemente fantástico, sencillamente encantador. En la ermita declamaron varias niñas algunas poesías á la Virgen y siete niños un diálogo titulado «*Los chicos de Baltanás*». Con vivas entusiastas á Cristo Rey, á España Católica, al Papa, etc., comenzó el regreso de la procesión, repitiéndose en la plaza, llena de gente por ser día de mercado, los vivas atronadores. Ya en la iglesia después de leída la consagración de los niños, el P. Carmona les hizo prometer ser buenos y obedientes. Se concluyó entonando el himno á Cristo Rey».

Hasta aquí el cronista de la misión.

La comunión de las jóvenes fué muy numerosa y muy devota. Hay un grupo de Hijas de María, educadas con las monjas de la Enseñanza, de Valladolid, que honran á sus maestras.

El pueblo iba correspondiendo cada vez más á la gracia: al pedirles públicamente el Sr. Párroco, delante del Santísimo, perdón de las faltas que en los 32 años de sus servicios en Baltanás había cometido; más con lágrimas que con voces, le respondió todo el pueblo un *sí* conmovedor.

La comunión general fué extraordinaria. Más de 400 hombres ocupaban una calle de bancos en la nave central. A los lados en esta misma nave central mujeres. En la nave del Evangelio los jóvenes, niños y demás hombres: y en la de la Epístola las jóvenes y niñas y mujeres, que no cabían en la nave central. Salió muy ordenada.

A pesar de que la mañana estaba muy fría y lluviosa y las calles llenas de lodo, á las once estaban otra vez reunidas todas las jóvenes en la iglesia. El resultado fué, que se apuntasen más de 60 en la Congregación de las Hijas de María, que las funciones mensuales se celebren en la capilla del convento de las Siervas y el que prome-

tiesen no ir á los bailes de salón, sino á lo sumo al de la plaza pública delante del Ayuntamiento y de las personas honradas, que suelen estar paseando.

Y cedo otra vez la palabra al célebre cronista de Baltanás.

«No obstante haber deslucido la función de despedida la fría llovizna de la tarde, el entusiasmo fué delirante y verdaderamente digno de un pueblo culto y eminentemente religioso. A las dos y media de la tarde ofrecía la iglesia un aspecto grandioso: aquella multitud de fieles que la llenaban, entusiasmaba el alma de tal modo, que hacía retirar la vista de la tierra para pensar en el cielo. Terminados el rosario, diálogo de los niños, poesías de despedida, y una hermosa arenga del P. Obeso, que declamó un niño, subió por última vez al púlpito el incansable P. Carmona. Dió las gracias al pueblo y autoridades por lo bien que habían correspondido á la santa misión y después, con tino sin igual, nos expuso el camino que debe seguir Baltanás para ser un pueblo modelo por su religión y cultura. Terminó su simpática y afectuosa despedida con varios vivas, que fueron contestados con lágrimas y entusiasmo delirante.

»Aunque la lluvia seguía, la calle de San Millán estaba tan apiñada de gente para despedir á sus misioneros, que era imposible dar un paso. Cuando aparecieron en el atrio, el pueblo les tributó una ovación entusiasta, que no cesó un momento hasta que los perdió de vista. Los acompañaron hasta Torquemada, en representación del pueblo, el Sr. Párroco, el Juez de Instrucción, y el Síndico del Ayuntamiento.

»Por lo que llevamos reseñado, prosigue el cronista, sin gran esfuerzo se puede colegir los abundantes frutos de la misión. En efecto, desde el jueves por la tarde que confesaron las jóvenes, puede decirse que los cinco confesores hánse visto obligados á pedir permiso á los penitentes para dejar algunos momentos el confesonario. Muy pocos son los que han quedado sin recibir los Sacramentos, hasta los enfermos quisieron ganar las indulgencias de la misión. 2.800 comuniones se repartieron en los cuatro días. Y si esto no probase el fruto de la misión, lo probaría por sí solo aquella alegría espiritual, reveladora del estado del alma, que se notaba el domingo en los vecinos de Baltanás».

Hasta aquí el cronista.

Dos semanas después recibí la siguiente carta del Párroco:

«Baltanás, 5 de Marzo de 1910.

»R. P. Rafael Carmona, S. J.

»Mi distinguido amigo: Cuando ésta llegue á esa Residencia ya estará V. en ella descansando de la misión de Baños.

»Aquí, gracias á Dios, se conoce el fruto de la misión en la iglesia y en la calle; en aquella por la concurrencia y compostura y en ésta por la formalidad de los jóvenes. Hasta la fecha no he oído una blasfemia, ni una canción inmoral, ni de mala significación política. Parece mentira. No lo esperaba de los jóvenes, de suyo bulliciosos, traviesos é ineducados. Si así continuase, podríamos decir que *Baltanás* era un pueblo modelo; no el *Satanás* por todos censurado y hasta temido. ¡Benditas misiones y benditos los misioneros, que han obrado tal transformación, difícil de creer no viéndolo! Dios nos ilumine á todos, Párroco y feligreses, y nos fortalezca con su gracia para seguir y avanzar en el camino que VV., en nombre de Dios, nos han señalado.

»El domingo llevamos en procesión á la ermita de Revilla al Niño Jesús y á la Inmaculada; las jóvenes cantaron con entusiasmo en el trayecto y en el Santuario lo que V. las enseñó; las niñas de los diálogos volvieron á repetirlos y se terminó con la salve del P. Obeso, que así la hemos bautizado.

»Las Hijas de María entusiasmadas con los misioneros, nombraron una comisión para que suplicase al Sr. Alcalde que fuese alguno de VV. el encargado de predicar los sermones de Semana Santa. Y una comisión de concejales estuvieron conmigo el martes á darme el encargo. Les dije, que ya estaban comprometidos para otros pueblos, que les predicaríamos los cuatro sacerdotes de aquí; pero no se convencen y creen que diciéndolo y queriéndolo yo vendrán VV.; así que se hace preciso que sin pérdida de correo me conteste V. si aceptan ó no. Hagan un sacrificio por aceptar y de todos modos escriba enseguida su resolución».

Esta carta del Sr. Párroco es sin duda un testimonio del buen efecto que hizo la misión.

Según el parecer del veterano misionero de Colombia y Castilla, P. Obeso, fué una misión de las buenas. Las mujeres el día de la comunión general no salían de su asombro al ver á tantos hombres, de los cuales bastantes hacía muchos años que no comulgaban. Decían

por el pueblo que mucha gente no había comulgado desde la misión que dieron, hace 15 años, los PP. Mendía y García (Ricardo). Los jóvenes estaban al fin como una malva.

Adios carísimo. En sus oraciones me encomiendo.

Suyo *in Domino,*

RAFAEL CARMONA, S. J.

Orduña, Marzo 29 de 1910.

Amadísimo en Cristo H. Pulgar: Hace poco más de media hora que llegué á Orduña, y ya he concluído con el objeto de mi venida.

El buen P. Santa Ana, tan fino y servicial como siempre, me ha traído ahora mismo papel y pluma y voy á proseguir el asunto de ayer.

Las misiones de Baltanás y de Baños eran las primeras que el Señor Obispo de Palencia quería se diesen en la Cuaresma. Sobre todo la de Baños por circunstancias bien desconsoladoras y por cierto de quienes menos se debía esperar. El P. Superior me había enterado de lo enredada que estaba la madeja y, para más conocimiento, me invitó el Sr. Obispo una tarde á salir de paseo con él. ¡Cielo santo! ¡Qué gracia de Dios se necesitaba para hacer algo de provecho! Confiados en la obediencia y en la gracia de Dios, salimos dos descendientes del Cid á batir aquella fortaleza. El veterano P. Conde y este pobre, novel en las misiones. Al parar el tren en Venta de Baños los primeros que se acercaron á la ventanilla del coche fueron los Guardias civiles de servicio. Uno de ellos me dijo al oído: «No hay que temer. El sargento ha ido hacia el pueblo y nosotros estaremos por el camino». Al día siguiente supimos que había corrido la voz de que no nos iban á dejar salir del tren.

En la misma estación de Venta de Baños nos esperaban el Sr. Arcipreste, los curas de Tariego y Venta de Baños y algunos de Ayuntamiento, con quienes en amigable conversación emprendimos la marcha hacia Baños, que dista un kilómetro de la estación.

Al poco rato oímos el repique de las campanas, y vimos á un grupo de niños y jóvenes y bastantes mujeres, que salían con el Párroco á recibirnos.

Concluído el primer ejercicio de misión nos hospedaron en una casa, en la cual ni entrar queríamos; pero después de varias consultas del Sr. Obispo, le pareció á él lo más prudente, y no hubo más remedio.

Estando acompañados de los sacerdotes y algunos de Ayuntamiento se nos presentó un joven abogado, Gerente, Redactor y no sé si Director del periódico liberal de Palencia *El Heraldo de Castilla*. Después de los saludos, «Por Dios, Padres, nos dijo, no hablen en este pueblo contra mi periódico. Sepan que tengo la hegemonía de este pueblo y en él se hace lo que yo mando». Le respondimos, que obraríamos con prudencia y que nosotros le suplicábamos nos ayudase en la misión. Al día siguiente aparecía en las columnas del *Heraldo* un artículo largo y rimbombante dando cuenta de la gran misión en Baños, de los célebres oradores jesuítas, de la fiesta solemne de apertura de la misión, y concluía diciendo: «A las felicitaciones del pueblo á tan ilustres misioneros, añadimos gustosos las nuestras y enviámosles desde las columnas de este periódico liberal-demócrata (no por liberal-demócrata, menos católico y sincero que los demás periódicos de la extrema derecha de la política española) la más cordial enhorabuena». ¡Echele V. guindas! ¿Qué dice á esto el H. Rivero? Pues hizo su efecto. Porque algunos de sus amigotes se acercaron desde aquel día á la iglesia, y los sacerdotes de los pueblos vecinos creyeron ver en este artículo el primer triunfo de la misión: así me lo dijo el Sr. Arcipreste.

Lo cierto fué que, aunque no por esta causa, al tercer día el entusiasmo del pueblo era muy grande; y desde nuestro cuarto oíamos en las casas á las mujeres cantar, mientras cosían en corro, los cánticos de la misión. Escribí inmediatamente una carta al Sr. Obispo diciéndole lo que pasaba y que nunca mejor para venir por vez primera á visitar él mismo al pueblo de Baños. Al subir al púlpito me entregaron el siguiente comunicado del Sr. Obispo, escrito aquel mismo día:

«El Obispo de Palencia al P. Rafael Carmona tiene gran satisfacción en decirle que, mañana jueves, Dios mediante, iré á ese pueblo para darle la bendición; pues parece no se opone á la gracia. ¡Sea Dios bendito! Aprovecho gustosa la ocasión para bendecirle y ofrecerle expresivo testimonio de afecto y distinguida consideración.

»Palencia 2 de Marzo de 1910».

Leí desde el púlpito este comunicado é invité á las autoridades, á los propietarios y principales del pueblo á una junta, que se había de

tener aquella misma noche, á las nueve y media, en casa de la madre del célebre abogado. En efecto, á esa hora no faltó sino el Secretario del pueblo, que por no entrar en la iglesia el día que se casó su hijo, estuvo mientras la boda paseando en el atrio. Les expuse el plan, que los dos misioneros habíamos redactado, factible en las pocas horas de que disponíamos. Propusieron ellos también sus proyectos y á las once de la noche quedaban aprobadas las siguientes conclusiones: 1.ª Que en el primer tren saliese un joven para Palencia, y al amanecer, antes de que fuesen al trabajo, reuniese á los músicos de la banda municipal. 2.ª Que mandase hacer 600 banderas españolas con este letrero: «VIVA JESÚS. EL PUEBLO DE BAÑOS». Y otras 600 blancas y azules con este lema: «VIVA MARÍA». 3.ª Que se imprimiesen 50 prospectos manuales, para entregar á los jefes que habían de presidir los diversos grupos; además 4 grandes letreros para los arcos de las calles. 4.ª Que comprase bombas y cohetes. 5.ª Que se pasasen invitaciones á las personas más principales de los pueblos inmediatos. 6.ª Que al amanecer se reuniesen los del pueblo para el adorno de las calles.

Pero y ¿quién pagaba tantos gastos? La misión era impuesta y aun teníamos orden del Sr. Obispo de pagar, si fuese menester, la comida. El joven abogado, dijo que todos los gastos corrían de su cuenta, como así lo hizo.

Mientras los niños tenían en la iglesia su comunión y su entusiasta procesión por las calles, los hombres y mozos trabajaban con afán en levantar arcos, y las jóvenes en hacer con flores artificiales, pañuelos de seda y mantones de Manila, dos hermosos palios y varios arcos de mano.

Jamás los ancianos de Baños habían visto en el pueblo tanto entusiasmo y tanto forastero como en la tarde del 3 de Marzo de 1910.

A las dos de la tarde el disparo de cohetes y bombas, el repique de las campanas y la música tocando un pasodoble, anunciaron que era la hora de organizar el recibimiento. Cada persona sabía el grupo en que debía ir, y dónde debía formarse su grupo. Así que en 20 minutos ya estaba todo en orden.

Abrían la marcha los guardas del campo á caballo con escopetas y tercerolas cruzadas.

Los niños de Baños, Venta de Baños, Tariego, Calabazanos y otros pueblos, dirigidos por cuatro maestros. Todos los niños, de cinco en fondo, con banderas.

El estandarte de las Hijas de María.

Las niñas de los pueblos dichos, también de cinco en fondo, con sus banderas y dirigidas por tres maestras y dos señoritas.

Las Hijas de María de todos los pueblos.

El estandarte del Apostolado y las socias.

Los jóvenes de Baños y pueblos vecinos.

Los jornaleros.

La Cofradía de Ánimas con su capitán, sargentos, cabo, tambora y socios.

Representaciones de los propietarios, industriales, Sociedad «Unión Recreativa» y empleados de la estación de Venta de Baños.

Cruz parroquial.

Arcos llevados por las Hijas de María.

Palios para el Prelado y sacerdotes.

El Ayuntamiento, Juez Municipal y Fiscal Municipal.

Inspectores de policía y Guardia Civil.

Banda de música.

Comenzó la marcha hacia la estación, haciendo alto en la carretera de Palencia, por donde debía llegar el Sr. Obispo.

Al bajar éste del coche se entonó el himno «Jesús es Rey» y cantando desfilaron ante S. Ilma. todos los niños. El joven abogado fué haciendo la presentación de las autoridades.

Ocupó el Sr. Obispo el puesto señalado, bajo precioso palio, y entre vivas, cánticos, cohetes y los himnos de la música llegamos á la Plaza de la Constitución, donde el abanderado de la Cofradía de las Ánimas revoloteó, como ellos dicen, la bandera al són de la tambora, presentando las lanzas-insignias el capitán, los sargentos y cabos. Acto que sólo se hace en circunstancias extraordinarias.

Después del rosario, saludó en nombre del pueblo un niño á Su Ilustrísima, y dos niñas recitaron un hermoso diálogo. Se tuvo el ejercicio de misión como de costumbre y, para terminar, el Sr. Obispo les dirigió la palabra y les dió su bendición. Con el mismo orden volvimos por el mismo camino á despedirle. Hay en el pueblo una ermita, dedicada á San Juan, fundación del Rey Recesvinto y declarada monumento nacional, y aunque el pueblo la había preparado para que el Sr. Obispo la viese, como estábamos en tiempo de misión le pareció mejor dejar la visita para otra ocasión, y así se hizo.

El Heraldo de Castilla, en su número del 4 de Marzo, dedicado casi exclusivamente á relatar el recibimiento al Prelado, hacía subir á 5.000 almas las que se habían hallado presentes. Pero yo indiqué á un

sacerdote que preguntase á los jefes de grupos cuánta gente llevaban y resultó que pasaban de 2.200. Note V. que el pueblo sólo tiene lo más 500 almas.

Y ¿el resultado de la misión? Pocos quedaron sin confesar en el pueblo; y si llegamos á estar un par de días más, varios hubieran acabado de rendirse. Una viuda muy pobre, que vivía con dos hijos, les dijo que fuesen á confesarse. El mayor de 24 años que, con su jornal, la alimentaba contestó: «Yo no me confieso, porque los que debían darme ejemplo no me lo dan». Se echó á llorar su madre y le respondió: «No quiero en mi casa á nadie que no se confiese. Así que mañana buscas donde vivir. Yo iré á trabajar ó á pedir una limosna para comer». Al día siguiente fué el hijo pequeño á la iglesia y encontró á su hermano arrodillado para confesarse. Y en efecto confesó y comulgó y lleno de gozo fué á entregar á su madre la cédula de comunión.

A pesar de ser el fruto inesperado, salimos del pueblo llenos de pena, pues la causa principal por la que se daba la misión quedaba sin arreglar; y lo que peor es, sin esperanza de arreglo. Dios se apiade del pueblo de Baños.

La despedida muy entusiasta. Después de la comunión general, el viernes á las diez de la mañana, nos acompañaron más de 200 personas y todos los niños y niñas hasta la capilla de Venta de Baños.

La entrada en la estación fué triunfante. Pasamos por medio del andén entonando todos con entusiasmo los cantos de misión. Yo iba gozando al oir, entre las máquinas y vagones, más de 400 voces que cantaban: «En casa del blasfemo, etc.»; «Pecador no te acuestes, etc.». Unos días antes, al ver á un sacerdote, un maquinista lanzó contra la Virgen una indecentísima blasfemia. El sacerdote, de mucho prestigio entre los de la estación, le reprendió suavemente. Entonces el maquinista le dió una contestación asquerosa. «Baje, canalla», le dijo el cura, que es de armas tomar; y empuñando un bastón de hierro que llevaba en la mano se dispuso á darle su merecido, como me decía al contármelo. Gracias á que el fogonero agarró al maquinista y éste no se bajó de la máquina, no hubo una desgracia. Pues, delante de aquellos maquinistas y fogoneros y empleados, de almas tan negras como suelen tener ordinariamente las manos y la cara, y tan poco ami-

gos de los curas, pasamos en triunfo. Todo Venta de Baños se dió cuenta de que la misión comenzaba y aun los más malos, que los hay, salieron de sus casas á vernos aunque no entraron en la iglesia.

Hay en Venta de Baños unos 100 vecinos. Son de todas las provincias de España y aun del extranjero. En lo civil dependen de Baños y en lo eclesiástico parte de Calabazanos y parte de Villa Muriel, aunque tienen capilla y sacerdote propio. Estaba tan descorazonado el pobre cura, que no podía más. «De 500 almas van á misa los domingos, me decía, 20 ó 30 personas. Se leen todos los periódicos del *trust* y otros de la misma calaña. A esto se añade, que hay dos asociaciones de teatro y baile, en donde las jóvenes de Baños y de los pueblos inmediatos pasan los domingos. El 12 de Diciembre del año pasado representaron el drama *Juan José*, que es un panegírico del amor libre».

Los Párrocos, por mandato del Sr. Obispo, hablaron en la iglesia para que no asistiesen los feligreses. Algunos de Venta de Baños, sabiendo esto, tuvieron la ocurrencia de enviar á la iglesia quienes copiasen lo que decía el Párroco, para llevarle á los tribunales si podían, aunque no lo hicieron, pero escribieron contra él en los periódicos.

Con estos datos y otros peores me decidí á visitar á todos los prohombres de la estación para ver si así se conseguía algo. En efecto, dos días antes de la misión, acompañado del Párroco y de otros dos sacerdotes muy conocidos de los de la estación, me personé en Venta de Baños. Y la primera visita fué al Jefe de la estación. Entramos en su sala y arreglamos con él las horas de los ejercicios de misión, para que pudiesen asistir los empleados. Por la mañana de diez á once era el único tiempo en que no había trenes. Y como á las nueve de la mañana era el relevo, podrían asistir algunos sacrificando la primera hora de sueño. Por la tarde de cinco á cinco y tres cuartos. Nos prometió enviar sus hijos. Quise visitar á otras personas, pero no sé si corrió la voz de que íbamos, lo cierto es que todas estaban de paseo. Sólo el dueño de la fonda de la estación, D. Emilio Giraud y su dignísima señora, D.ª Matilde Bensschet, cristianos prácticos y de mucha autoridad en la estación, nos prometieron asistir. Más aún: cerraban durante las horas de misión el restaurant y la fonda y hacían asistir á la misión á todos los camareros y camareras.

Ya ve, mi carísimo, si podíamos alegrarnos al ver la entrada tan triunfal en un pueblo tan frío. El pobre cura al ver tanta gente en la capilla, y oir los cantos, se emocionó tanto, que no pudo reprimir las

lágrimas en la misa. Despedimos á los de Baños, y animamos á los pocos que había de Venta de Baños, á que se aprovechasen. Pero no les volvimos á ver el pelo. Al siguiente ejercicio asistieron unas 40 personas y muy pocos niños. Por mal de mis pecados, el sábado llovió mucho; y como la capilla dista unos 100 metros de la estación ¿quién iba á hacer el sacrificio de embarrarse un poco por ir á la iglesia? Aquella mañana fué un desencanto. Como la escuela del pueblo es de la «Sociedad Recreativa», los maestros no se atrevieron ó no quisieron llevar á los niños, y así á aquella hora tenían escuela. Las mujeres serían unas 20, y 8 ó 10 los hombres que asistieron. Lo mismo sucedió el domingo. Los de la Sociedad inauguraron la escuela, y con ese motivo tuvieron por la mañana sus discursos, y por el mediodía su banquete, y por la tarde su baile. Y durante todo el día bombas y cohetes.

Viendo, pues, que no había bastante trabajo aun para mi compañero el P. Conde, á petición del Sr. Obispo, fuí el sábado por la tarde de extraordinario á las Claras de Calabazanos y por la noche á predicar á Tariego, pueblo cercano á la estación, de donde había asistido bastante gente á la misión de Baños y querían muchos confesarse. Después del sermón estuve confesando hasta las once de la noche y desde las cuatro de la mañana hasta las diez el día siguiente.

El lunes con muy pocos oyentes tuvimos los dos ejercicios de misión en Venta de Baños y confesamos á unos cuantos niños y niñas. Las personas mayores llegaron á 50. Pero como eran ó empleados ó camareras ó criadas de las cantinas, hubo que darles la comunión según se iban confesando; así que ni misa solemne de comunión pudimos tener. Aquellos días anduvo ocupado el Párroco en casar á dos primos carnales, que tenían 4 hijos. Así concluyó la célebre misión de Venta de Baños. Ni una alma nos acompañó al tren. Los Padres Dominicos dieron misión hace algunos años; y al ver como se presentaba, al día siguiente de comenzar, la dejaron por imposible.

Y con esto me despido de V. hasta que, mañana ó pasado, continúe, ya en Manresa.

Su antiguo amigo y ahora hermano en Cristo,

RAFAEL CARMONA, S. J.

Manresa, Abril 2 de 1910.

Amadísimo en Cristo H. Pulgar: Desde esta bendita Cueva, de tan gratos recuerdos para todos los hijos de la Compañía, y más si han hecho aquí la Tercera Probación, le envío las últimas noticias de mis primeros trabajos apostólicos.

Sanos y salvos, gracias á Dios, llegamos á nuestra Residencia de Palencia, á pesar de los deseos de una harpía de la estación que acostumbraba, al vernos pasar, saludarnos con esta jaculatoria: «¡Lástima de bombas!».

Para el 13 de Marzo estaban anunciadas las Conferencias Dogmático-Morales, que durante ocho días, por disposición del Ilmo. Sr. Obispo de Palencia, se suelen dar todos los años en San Francisco para hombres solos. Y este pobre novel tuvo que empezar el ataque. La primera noche me causó impresión desagradable el ver tan pocos hombres, pues no llegarían á 200. Después ya creció el auditorio. Algunas noches pasaron de 500. Por las mañanas, como sólo había dos Padres en la Residencia, pues los demás andaban fuera, solía estar en el confesonario hasta las ocho y media.

La comunión se tuvo al día siguiente de San José, que fué Domingo de Ramos. Comulgaron 400, y no hubo más porque el día anterior lo habían hecho ya varios en San Francisco y algunos en las parroquias para el cumplimiento pascual. Con esto me despedí de mis tareas en Palencia.

A los dos días salí para Villarramiel, pueblo famoso por sus fábricas de curtidos y uno de los principales de la provincia de Palencia, al cual suelen ir casi todos los años los nuestros á predicar la Semana Santa.

El Miércoles Santo por la tarde tuve el primer sermón de penitencia, con un auditorio de 1.500 almas. Al sermón del Mandato acudió un gentío inmenso. ¿Cómo me iba yo á imaginar lo que pasó, al ver tanta gente escuchando con tanta atención? El segundo sermón de penitencia estaba anunciado para el Jueves Santo á las siete de la tarde. Una hora antes estaba la iglesia casi llena y eso que era muy capaz. Dieron las siete y viendo que no iba el Ayuntamiento á buscarme para

ir á la iglesia, como es de rúbrica en aquel pueblo, me lancé yo sólo á la calle; pero apenas había andado veinte pasos, vi venir corriendo, blanco como la cera y todo emocionado, á uno de los cuatro sacerdotes del pueblo. «Por Dios, P. Carmona, me dijo poniendo sus manos sobre mis hombros, no vaya á la iglesia. Se acabó la Semana Santa». Y lo mismo repetían varias mujeres llorando. «¿Pero qué pasa? les pregunté.—El Párroco al fin de las tinieblas ha pegado á varios chicos, y el pueblo se ha alborotado contra él en la iglesia.—Y ¿por eso se van á terminar las funciones de Semana Santa?, no faltaba más»; les respondí.

Y sólo, á toda prisa, crucé la gran plaza del pueblo y me dirigí á la iglesia. Al llegar vi que aquello era imponente. Más de 900, entre hombres, jóvenes y chicos, cercaban las dos puertas de la iglesia. Unos pocos gritaban descompasadamente agitando las manos: «Justicia, justicia; que lo lleven atado al Ayuntamiento». En el interior de la iglesia era todavía mayor el tumulto, y eso delante del Monumento. Cuando llegué, el Alcalde con el Ayuntamiento y los Guardias civiles, que custodiaban las puertas, me dijeron que se suspendiese el ejercicio aquella noche, y que cuanto antes se despejase la iglesia; lo que se hizo con orden.

Y ¿el Párroco? Envuelto en una capa y calada una cachucha salió sin que le conociesen, por una puerta de la torre, y se fué á casa de uno que le acompañaba. Al poco rato, se corrió la voz que había salido del pueblo. Se cerró la iglesia, y con eso los grupos se retiraron.

Todos dijeron que aquel tumulto era una venganza de los liberales del pueblo. Pocos días antes, el día de San José, comulgaron más de 200 carlistas y después en su casino echaron los vivas que les pareció; rabiaron por esto de ira los liberales, que lo oyeron. Cuando vieron que el sacerdote había pegado al hijo de un liberal, desde su círculo se dirigieron á la iglesia. Gracias á Dios, que no se propasaron; pues como los carlistas estaban bien preparados, los liberales hubieran llevado la peor parte. Total: que por unos cachetes sin importancia, como dijeron los médicos, el pobre Párroco tuvo que estar dos días enteros sin salir de casa, además del disgusto soberano.

Al día siguiente, Viernes Santo, antes de amanecer oí tocar á vuelo una campana. Una campana tocada á vuelo en Viernes Santo, y después de los acontecimientos anteriores, me alegró extraordinariamente el corazón, pues me pareció que los demonios perturbadores de la paz en Villarramiel no podrían aguantar aquellos benditos ecos y

huirían. A las cinco de la mañana era el sermón de Pasión. Cuando fuí á la iglesia, me costó trabajo llegar á la sacristía por la aglomeración de gente. Me dijeron, que estaban casi todos los liberales esperando con ansia á ver lo que decía el Padre de lo ocurrido la noche anterior. Y ¿qué les dije? Ni mentarlo. Peroré con todo entusiasmo, y al fin, por si acaso creía alguno que se iban á omitir los ejercicios de costumbre en el pueblo, leí desde el púlpito la siguiente distribución:

«Terminado el sermón de Pasión, saldrá la procesión á la capilla de la Santa Cruz para buscar las insignias del *Vía Crucis*. Inmediatamente, solemne *Vía Crucis*. A las seis y tres cuartos, oficios en la iglesia de Santa María. A las ocho, en la parroquia de San Miguel. A las once, procesión á la Virgen de las Angustias. A las doce, las Siete Palabras leídas. A las tres, sermón de la Soledad. A las cinco, maitines. A las siete, sermón de Penitencia y á continuación la procesión del Santo Entierro hasta la capilla de la Virgen de las Angustias».

Todo se cumplió al pie de la letra. Lo más conmovedor fué el final de la procesión del Entierro. Llegados á la capilla de la Virgen de las Angustias entonó todo el pueblo un «¡Ay de mí!», que me enterneció. Es de tradición cantarle aquella noche y en la novena á la Virgen de las Angustias, que todos los años celebran con gran entusiasmo. La tienen mucha devoción y á ella atribuyen el que de tantos soldados como hay en el Riff, de Villarramiel no haya muerto ni uno. Todos ellos llevan al pecho la imagen de la Virgen de las Angustias.

El principal trabajo fué el de las confesiones. En los cinco días que estuve oí 430 y varios se quedaron sin confesar, porque el lunes de Pascua tuve que partir. En un coche particular me acompañaron hasta la Residencia el Alcalde y tres hacendados del pueblo.

En fin, que en esta mi primera campaña, he lanzado 32 sermones, 14 pláticas y he oído 1.890 confesiones.

Con esto me he retirado á los cuarteles de invierno, donde el General, P. Ricart, seguirá instruyéndome en las armas de nuestra milicia para gloria de Dios, y provecho espiritual de mi alma y las de los prójimos.

Adiós, carísimo H. Félix.

En sus oraciones mucho me encomiendo.

Siervo en Cristo,

RAFAEL CARMONA, S. J.



COLEGIO MÁXIMO DE OÑA

MITIN INFANTIL CONTRA LAS ESCUELAS LAICAS

Reseña publicada por EL CASTELLANO, diario católico de Burgos, el 7 de Mayo de 1910.

Por lo hermosísimo del acto, por lo que significa y encanta y enternece, y por la originalidad admirable de este *mítin de niños católicos*, damos hoy en lugar preferente, las siguientes líneas que nos envía nuestro corresponsal en Oña.

La casa que los Padres Jesuítas tienen en esta villa es un Colegio de estudios eclesiásticos, pero también un foco que irradia luz y calor de doctrina cristiana algunas leguas á la redonda.

Todos los domingos, en las primeras horas de la tarde, se ven salir por las puertas del Colegio varias binas de jóvenes religiosos, que se dirigen por diversos caminos á explicar la doctrina en los pueblos comarcanos. Allí son recibidos con los brazos abiertos, por chicos y grandes, como se recibe en todas partes, cuando se la conoce, á la caridad que sabe sacrificarse por los hijos de los pobres.

El curso catequístico termina todos los años el día de la Ascensión, y para dar solemnidad al acto se procura que de todos los pueblos concurran los niños de la doctrina á Oña, donde se les obsequia con un almuerzo.

Con grandísimo acierto, el R. P. Izquierdo, Director de los Catecis-

mos, escogió este día y esta ocasión para que los niños de todas las inmediaciones, con una bonita manifestación y un mítin infantil, unieran su inocente voz de protesta, al imponente coro de la protesta nacional.

Los católicos pueblos que habían enviado sus adhesiones de protesta al mítin de Burgos y las de sus pequeñuelos á la protesta escolar de Barcelona, acogieron la idea llenos de entusiasmo. Designáronse los chicos más despiertos, para llevar la voz de sus compañeros en el próximo mítin, y todos desearon apresurase su llegada el día de la Ascensión.

Quiso Dios Nuestro Señor enviarnos un sol esplendoroso que llenara de luz el simpático acto de protesta que iban á celebrar unos ángeles inocentes, contra los infernales maestros de la corrupcion y el ateismo.

Antes que los primeros rayos del sol, llegaban á Oña niños de pueblos que distan de esta villa más de una legua, como Cereceda y Condado. Algunos decían que se habían levantado poco después de media noche. Baste decir, para prueba del entusiasmo que en todos los pueblos reinaba, que á las seis y media pudo comenzar la misa en que recibieron al Señor la mayor parte de aquellos angelitos. El Reverendo P. Barbero, Director de los Estanislaos, les preparó con unos fervorines llenos de unción y sencillez.

Terminada la misa entraron alegres y bulliciosos en el precioso claustro gótico, que dejaba escapar por los calados de sus intercolumnios las alborozadas voces de los pequeñuelos, como la dorada jaula los trinos y gorjeos de las aves prisioneras.

Pero no estaban allí los niños presos, sino convidados, y después de tomar posiciones comenzaron á dar cuenta del abundante arroz que los Padres les servían. Allí nos presentaron algunos de los futuros oradores del mítin. Me llamó notablemente la atención uno, regordete, coloradote, vivaracho, que no daba paz á la mano ni á la lengua; cargaba la cuchara con suma habilidad, llevábala á la boca y seguía hablando sin el menor estorbo. «Si peroras como engulles—dije para mis adentros—gran tribuno tenemos». Y así resultó.

Eran ya las nueve y media de la mañana, hora señalada para el mítin, y todo el pueblo de Oña y muchos forasteros de los pueblos vecinos, más de 2.000 personas, esperaban la llegada de los oradores en la plaza que se extiende delante del Colegio.

Cierran dos de los lados de esta plaza, la fachada del Colegio, engalanada con colgaduras y la pared de la huerta de los Padres coronada, para la fiesta, de banderas y banderolas. De los otros dos de la

plaza no hay estorbo de consideración que impida ver los ásperos peñascales cubiertos de boj, que formaban por aquella parte un fondo hermosísimo al escenario.

Un cielo tan puro como las almas de aquellos inocentes oradores, de 10 á 12 años, que íbamos á escuchar se extendía sobre nuestras cabezas.

Un cohete dió principio á la fiesta y enseguida la banda comenzó á tocar un airoso pasodoble. Todas las miradas se clavaron en la puerta anchurosa que da paso á la huerta del Colegio. Abrióse ésta; y comenzó al compás de la música un precioso desfile.

Alzados en alto grandes cartelones, festoneados de papel rizado y adornados con banderolas, iban anunciando algunos de los pueblos que habían enviado sus pequeñuelos al mítin católico. Oña, Tamayo, Cereceda, Pino, Bentretea, Terminón, Salas, Penches, Tartalés, Cantabrana, Castellanos y Cornudilla, eran los nombres que se leían, y la insignia que iban siguiendo otros tantos grupos de niños. Pero sabemos que de otros diez pueblos hubo representantes infantiles.

Iban los manifestantes llenos de alegría, dando vuelta á la plaza en perfecta formación, y vinieron á colocarse con sus estandartes ante la fachada del Colegio. A mano derecha de esta se había colocado un dosel rojo salpicado de estrellas que remataba en una corona. Se alzaban, á uno y á otro lado del dosel, dos tribunas, y el medio estaba vacío esperando al verdadero presidente de la fiesta. Formando calle arrancaban de las tribunas los asientos preparados para las personas más conspicuas. De un lado el Sr. Arcipreste, Sr. Ecónomo de Oña, los Párrocos de los pueblos y varios PP. Jesuítas. Del otro, el señor Alcalde, Excmo. Ayuntamiento y señores Maestros. No faltaba más que el presidente para comenzar la fiesta.

A los lentos acordes de la banda comenzaron á desfilar los 50 soldados del batallón infantil de Oña, uniformados con blusita azulada corta, cinturón con placa al frente y vistoso ros. Arma al brazo y á paso lento venían haciendo la guardia al Sagrado Corazón.

Iba la santa imagen puesta sobre una carroza, la cual estaba engalanada con preciosas telas de gasas y flores y una bandera española que se alzaba á espaldas de la estatua veneranda. Llevaba la escolta el mismo uniforme que los soldaditos, sin más variante que tener cubierta la cabeza con una boina empenachada. Los de los lados levantaban en alto banderolas sujetas en lanzas, ó grandes rosetones combinados con hojas de palmera en el extremo de largas picas. Parvulitos, tomaban

de lindos canastillos las flores que esparcían al paso de la imagen, mientras otros conducían la carroza cuyas ruedas iban cuajadas de estrellas.

Al llegar los soldados frente al dosel, abrieron ancha calle y descubiertos y rodilla en tierra, honraron el paso de Nuestro Señor Jesucristo. Ya en su trono, y frente á las 2.000 personas el Divino Redentor, se dió principio al acto.

El señor Ecónomo de Oña leyó una carta del Excmo. Sr. Arzobispo de la Diócesis, en que enviaba su bendición á los organizadores del mítin, á los niños y asistentes al acto. Una salva de aplausos acogió las palabras del Prelado.

Comenzaron después aquellos Demóstenes de juguete: ninguno pasaría de los 12 años. Tuvieron notas variadísimas y simpáticas.

El orador de Oña, que fué el primero en ocupar la tribuna, juzgando con sumo acierto, que sus compañeros estaban tan enterados de la Doctrina, como ignorantes de lo que era una escuela laica, les expuso al primer golpe el objeto del acto:

«Nos hemos reunido hoy aquí, decía, para hablar contra las escuelas laicas, contra esas escuelas en que maestros muy malos enseñan á insultar al Papa y al Rey y á los pobres soldados que mueren en la guerra... ¡Qué infelices seríamos los hijos de los pobres si fuéramos á esas escuelas! Porque el pobre que tiene fe, sabe que su fin no está en este mundo. Pero si no cree en Dios, es más desgraciado que las aves del aire y que las fieras del monte, porque las aves y las fieras tienen cuanto necesitan para su comida y vestido, y él muchas veces no lo tiene».

Aún resonaban los aplausos cuando subió á la tribuna el simpático orador de Pino.

Con voz hermosa y grandísima soltura comenzó el chiquito á cantar un himno á la Doctrina Cristiana, de la que decía: «Pues si alguno quisiera arrancarnos este bien, ¿no es cierto que primero nos dejaríamos quitar la vida como los mártires? Si volvieran los moros, ¿no haríamos lo que nuestros abuelos, que durante 700 años defendieron su fe, sus hogares y su patria?».

Aún no estaba libre la tribuna y ya se había acercado á ella el cartelón que anunciaba los oradores de Cereceda, porque, efectivamente, fueron dos hermanitos los que se pusieron entonces á comunicar sus sentimientos delante del público, con la misma naturalidad y sencillez que si estuvieran á solas. «Yo he oído que en una escuela laica que hay

en España, castigan y pegan á los niños cuando rezan á Dios ó cuando pronuncian el santísimo nombre de Dios.—¿Y por qué no querrán, respondía el otro, que se les hable de Dios?—Porque son muy malos y le tienen miedo, como los ladrones tienen miedo á la Guardia Civil».

El niño que á continuación habló, en nombre de los escolares de Tamayo, comparando la suerte de los que se educan en las escuelas laicas con la de los que han aprendido la Doctrina, exclamaba: «Les enterrarán á aquellos pobrecitos cuando se mueran, como á perros, é irán al infierno, y nosotros iremos al cielo».

Tono más alto, que no dejaba de hacer gracia en boca de un niño, tomó el comisionado por los de Bentretea para representarles en el mítin. «Consideradlo bien, compañeros; se trata de cometer el crimen más horrendo que puede cometer una nación, se trata de matar nuestras almas apenas nacidas á la luz de la razón».

Escuchamos después un valiente discurso que declamaba cerrando los puñitos, echándose atrás en la tribuna con impertérrita fiereza, el tribuno de Terminón. Véase la muestra de tan enérgica arenga. «¿Por qué se difunden esas escuelas? Porque encuentran amparo en nuestras leyes de tolerancia y de libertad. ¿Y esas leyes donde se fraguan? Lo saben todos, en el Congreso. ¿Quién vota esas leyes? Nuestros diputados..... ¿Y quién elige esos diputados? Los elegís vosotros.....»

Se interrumpieron entonces los discursos con el himno escolar contra las escuelas laicas. Comienza lo que pudiéramos llamar la segunda parte.

Un chiquito fino, en nombre de la escuela de Salas, dió en el mítin una nota de delicadeza y ternura, que llegó á conmover á muchos de los presentes. «Yo no sé si tengo fuerzas más que para deciros una cosa: Cuando supieron mis padres que yo era el designado para levantar la voz en este grandioso mítin, en nombre del católico pueblo de Salas de Bureba, me cogieron entre sus brazos y yo sentí que me apretaban fuerte, muy fuerte, contra su corazón, y me decían los dos al oído una cosa que yo tan sólo pude entonces escuchar, pero se me quedó muy clavada en el pecho y os la quiero decir ahora á vosotros. Me decían que hablara alto, muy alto, para que me oyeran todos en la plaza de Oña; que dijera que ellos, antes quisieran verme sin vida que sin fe, y que todos, todos los vecinos de Salas pensaban como ellos».

Un minuto duraría el valiente discursito del de Penches que juraba, en nombre de sus compañeros, defender su fe hasta la muerte.

Otra vez se vieron ocupadas las dos tribunas por dos pequeños de

Oña que, en animado diálogo, protestaban contra las escuelas laicas.

Cuando á esta buena gente de los pueblos castellanos se les pregunta qué son escuelas laicas, no es raro que las definan: unas escuelas en que se enseña á no obedecer á los padres. Este fué el pensamiento desarrollado por el cicerón de Cantabrana en estilo sencillo y pintoresco. «Dicen en las escuelas laicas que no tenemos que hacer de nuestros padres más caso que de los afiladores que vienen á nuestros pueblos á afilar tijeras y navajas, ó de los gitanos que andan de una parte á otra robando burros y vendiendo cestos..... ¡Qué barbaridad! Yo había visto que hasta las crías de los perros tienen cariño á sus padres».

Es necesario poner aquí íntegra la maliciosa arenga que pronunció el inocente picaruelo venido á perorar del pueblo de Castellanos: «Señores: A mí, siempre me ha parecido mal, pero muy mal, el que á los niños no se nos permita hablar delante de personas mayores, pero ya que una vez se nos hace justicia, y se nos concede ese honor, voy á decir con libertad lo que siento.

»Señores: ¿Por qué á nosotros no se nos dá parte en el gobierno de la nación? ¿Por qué á lo menos no se nos permite tener un gobierno propio, independiente de las personas mayores? ¿No somos nosotros la porción más principal de la nación, y de la que depende la suerte futura de nuestra patria?

»Dirán que nosotros no tenemos capacidad para mirar por nuestro bien; pero decidme: ¿es mirar por nuestro bien, sobre todo, es mirar por el bien de nuestra alma, obligarnos, como quieren, á ir á las escuelas en que no se enseña la religión? Si no tenemos discernimiento bastante para elegir lo que nos conviene, ¿en qué seso cabe obligarnos á ir á la escuela en que se enseña la inmoralidad, el desprecio de Dios y de nuestros padres, el robo y el asesinato?

»Pues yo, en nombre del pueblo de Castellanos, al que tengo el honor de representar, y en nombre de nuestros padres, protesto contra esa ley, y quisiera tener una trompeta que hiciera oir en toda España este grito de protesta:

»¡Abajo la escuela sin Dios!

»¡Vivan las escuelas cristianas!»

Muchísima gracia nos hizo á todos la decisión con que en la última parte de su discurso se dirigía al señor alcalde el orador de Cornudilla.

«Sr. Alcalde de Oña, voy á pediros un favor, que estoy cierto que no me negaréis porque, además de seros grato, os lo pide el corazón de un niño. Habéis visto los sentimientos de todos los niños reunidos

en esta plaza. Pues hoy mismo escribid al Gobernador de Burgos y decidle que diga al Rey y al Gobierno, que no queremos las escuelas laicas y que las manden al infierno de donde han venido».

Una vez que los niños hubieron terminado, subió de nuevo el señor Ecónomo á la tribuna, y después de haber alabado el trabajo de los niños y felicitádoles por el acto hermosísimo que acababan de realizar, comparó con gran elocuencia este cuadro consolador con el tristísimo que en el mes de Julio pasado presentó la ciudad de Barcelona, presa de las fieras salidas de las escuelas sin Dios.

Dijo finalmente, que por imitar á los niños, terminaría con unos vivas, que, como los de aquellos, fueron calurosamente respondidos.

Acabado el acto, obsequiaron los niños de Oña á sus huéspedes con ejercicios militares admirablemente ejecutados.

CONGREGACION DE SAN ESTANISLAO PARA LOS NIÑOS DEL PUEBLO DE OÑA

Carta del H. Bonifacio Barbero al P. Morán.

Oña 10 de Octubre de 1910.

Mi amadísimo en Cristo P. Morán: En cumplimiento de la palabra empeñada, voy á contar á V. R. en esta carta algunas cosillas referentes á la Congregación de la Inmaculada y San Estanislao.

Al encargarme de esta Congregación los Superiores, en Julio de 1909, pasaban ya de 60 los congregantes, y entre ellos había 12 ó 15 que, diariamente, se alimentaban con el Pan de los Angeles.

Y ¿cuáles son las prácticas de piedad de estos niños? La distribución ordinaria es muy sencilla. Desde Octubre hasta Abril la misa de la Congregación se tiene á las siete, y en los seis meses restantes á las

seis y media. Los niños más diligentes y puntuales suelen venir todos los días un cuarto de hora antes de empezar la misa. Los que han de ayudar á misa se ponen entre tanto sus sotanas, con sus respectivos fajines y lindos roquetes. A una señal del P. Director entran todos en la iglesia y se colocan en la artística sillería gótica del lado de la Epístola.

La distribución de esta media hora es sumamente variada, para que no se cansen. Hasta el Evangelio hacen conmigo el examen de conciencia por los cinco puntos de Nuestro Santo Padre. A continuación van entrando en la sacristía los que quieren reconciliarse; y allí, durante todos los días del año, tienen á su disposición dos confesores fijos, que suelen ser Padres de 4.º año. Durante el ofertorio les leo algún ejemplo bonito, ó alguna de las hojitas populares que publica el P. Morell. Viene luego el cumplir con algunas devociones á la Virgen y á San Estanislao, seguidas de una breve plática del P. Director hasta la comunión. Antes de acercarse á la Sagrada Mesa repiten conmigo algunas jaculatorias, muy á propósito para avivar la fe y comulgar con devoción. Para dar gracias suelen rezar en voz alta lo mismo poco más ó menos que en nuestros Colegios. Después de salir en filas hasta la puerta de la iglesia, se pasa lista y se les da, ó rifa, de ordinario algún premio de los que me proporciona la casa, ó me regalan los bienhechores.

El número de comuniones varía según el tiempo. En invierno, á pesar del frío, como se hallan desocupados, acuden con más diligencia y puntualidad que en el verano. Por término medio suelen comulgar de 20 á 25 niños todos los días. Desde Julio de 1909 hasta Julio de este año 1910, ha habido de solos los Estanislaos 8.853 comuniones. Y por cierto que es un espectáculo edificante ver á estos pobrecitos niños acercarse de dos en dos con los ojos bajos y los brazos cruzados á las gradas del altar para recibir en sus pechos á Jesucristo Sacramentado.

Actualmente consta la Congregación de San Estanislao de 61 niños. Se halla dividida en dos secciones: una de los más pequeñitos, llamada Angélica, á la que pertenecen desde los 7 ú 8 años, en que hacen su primera comunión, hasta los 11; y otra sección llamada de los Mayores, en que están desde los 11 hasta los 16 años, en que pasan á la Congregación de San Luis.

Doce ó quince de los niños más ejemplares forman la sección de Desagravios, así llamada porque los que á ella pertenecen tienen el car-

go de desagraviar al Señor por las blasfemias y palabras feas, que se dicen en el pueblo. Cada uno de los congregantes de esta sección privilegiada se compromete á decir en voz alta, cuando oiga alguna blasfemia ó palabra impura: «Alabado sea Dios» ó «alabado sea el Santísimo Sacramento», y al día siguiente ofrece la comunión por este fin. Un día á la semana suelen dar cuenta de las blasfemias oídas, correspondientes á otras tantas comuniones propias, ofrecidas al Señor.

Para que los niños puedan formar parte de esta sección, es necesario que lo pidan y deseen de veras, y se distingan por su buena conducta dentro y fuera de la iglesia y que comulguen con el mayor fervor, recogimiento y frecuencia posible. Por mi cuenta corre el distinguirlos en todas las ocasiones, obsequiarlos cuanto puedo y guardar con ellos las mismas atenciones que con los de la Junta Directiva.

No puede figurarse V. R. el bien que están haciendo estas criaturas y la gloria que dan á Dios Nuestro Señor. No hay predicador que tanto reprenda y persiga al infeliz blasfemo como estos congregantes con sus jaculatorias. Y ¡qué insultos tienen que oir á veces los pobres niños al sacar la cara por la honra de Jesucristo! No crea, sin embargo, que el insultar y pegar los blasfemos á estas inocentes criaturas, por las jaculatorias con que reprenden sus pecados, es cosa frecuente. De ordinario dan la callada por respuesta. Alguna vez, atónitos ante tan cristiano lenguaje, se atreven á preguntar: «¿Por qué decís eso?» Y los niños responden: «Para que V. no blasfeme». Ni vaya á imaginarse por lo arriba expuesto que es cosa corriente el blasfemar en Oña. Para honra del pueblo, y alabanza de nuestros Padres, debo decirle que ya son muy pocas las blasfemias que se oyen á los naturales de esta villa. Los mismos niños me hacen notar que casi todas las blasfemias que hieren sus oídos salen de labios de los gitanos y carreteros que por aquí pasan.

Además de la misa y comunión diaria y las otras prácticas piadosas de los congregantes, de que al principio de la carta hablé, hacen algunos otras cosillas, que voy á indicarle brevemente. Los viernes, terminado el ofrecimiento de obras, hacemos todos el ejercicio de la buena muerte ante el altar del Santo Cristo. El cuarto domingo de cada mes tienen la comunión general, y durante la misa toca un Hermano Teólogo el armonium y los tiples cantan algunos motetes. Esto mismo se practica todos los primeros viernes, todo el mes de Mayo y en algunas novenas, como la de la Inmaculada y San Estanislao.

Para dar mayor solemnidad á la novena de comuniones de los

nueve primeros viernes de mes, que empieza en Octubre y termina en Junio, el Sr. Maestro me trae los jueves á las cuatro y media de la tarde á todos los niños de la escuela. Entran cantando en dos filas hasta llegar á los bancos. Colocado un devoto crucifijo entre dos velas sobre una mesa, les echo una plática sobre la confesión, que les sirve á la vez de examen de conciencia, terminando el acto con el «Perdón, oh Dios mío». Inmediatamente, y antes que se les evapore el dolor concebido por sus pecados, se empiezan á confesar con alguno de los seis ú ocho Padres de 4.º año que están al efecto en la sacristía.

También tienen vela delante del Santísimo por Carnaval, el Jueves Santo y el día del Corazón de Jesús. No poco halaga su amor propio el creer que los reclinatorios de nuestra Congregación con sus fundas azules, flecos y almohadones son los más elegantes de todos. Es de ver el deseo y afán con que chicos y grandes y á porfía procuran tener su media hora de oración delante de Jesús Sacramentado; si bien por ser tantos los amantes del Santísimo, no se les puede dar gusto á todos.

Excuso decir que en las grandes festividades, como San Estanislao, etc., se echa la casa por la ventana, se tiran cohetes, se repican de lo lindo las campanas, y se echa el resto en el adorno del altar, fervorines, sermón, motetes.....

—Y ¿cómo premia V. la asistencia y puntualidad á la misa diaria y demás actos de la Congregación? —Principalmente con tres ó cuatro distribuciones de premios, ó subastas, como aquí dicen, que tengo durante el año. Unos días antes de que lleguen estas fechas memorables les reparto á cada uno los puntos buenos que han ganado desde la última, y que suelen ser cuando más de 300 á 350. Dichos puntos se les entrega en pequeñas cartulinas ó vales de á 10, 50 y 100. En un lado del claustro gótico se improvisa una tienda abigarrada de blusas, boinas, alpargatas, cuadros, juguetes, estampas, etc., etc.; y con el papel moneda van comprando, ó mejor dicho, ofreciendo por el objeto sacado á pública subasta, quedando al fin dueño de él el mejor postor.

Suelen asistir al acto algunas familias de los niños y otras personas, y todo contribuye á dar esplendor á la fiesta.

El estímulo del premio y el verse tratados con cariño les hace saltar de la cama por las mañanitas para asistir con puntualidad al santo sacrificio. ¡Si viera V. R. cómo se anima uno á trabajar viendo y palpando el fruto que se hace con estos pobrecitos! ¡Cuánto me edifica, y á la vez me confunde, el verlos venir en invierno, á pesar de la obscu-

ridad y del frío que traspasa los huesos, envuelta la cara en el tapabocas, y despreciando impávidos la nieve, la lluvia y las heladas!

¿Qué mayor alabanza para muchos de estos niños que el poder decir de ellos con verdad que en el espacio de 14 meses han sido *constantes* en asistir á misa todos los días? Quien haya tratado un poco con los chicos y conozca su insconstancia y pereza, fácilmente se hará cargo del grande sacrificio que este dato supone. De uno en particular me acuerdo ahora que en tan largo espacio de tiempo tan solo 4 días ha dejado de comulgar. Una vez, porque sin darse cuenta bebió agua al levantarse; otra porque no le llamaron sus padres y él no se despertó; y las otras dos veces por estar enfermo de la garganta y no permitirle sus padres que se levantase. Pero al tercer día, queriéndole hacer tomar en ayunas no sé qué receta del médico, fué tanto lo que el fervoroso congregante suplicó é importunó á su madre, para que antes le dejase venir á misa y comulgar, prometiéndole después tomar la medicina, que al fin triunfó y pudo ver realizados sus piadosos deseos.

Algunas veces, al bajar á la antesacristía á las seis y cuarto, me encuentro con algún congregante que me dice: «Padre, ya he oído misa y comulgado; no puedo quedarme á la de la Congregación, porque tengo que ir en seguida al campo á trabajar».

Por lo que hace á las diversiones, durante una gran temporada, un Hermano teólogo tuvo á casi todos muy entretenidos, enseñándoles la instrucción militar. Después se exhibieron el día de Pascua de Resurrección en la plaza, ante las autoridades y todo el pueblo de Oña. A todos gustó extraordinariamente aquella gran parada infantil. El jueves de la Ascensión, con motivo del mítin de los niños contra las escuelas laicas, ante un numeroso público venido de 20 pueblos cercanos, y haciendo la guardia de honor al Corazón de Jesús que iba majestuoso en vistosísima carroza, volvieron de nuevo á repetir los ejercicios militares, que esta vez resultaron más bonitos y variados, contribuyendo no poco dicho entretenimiento á dar mayor realce y animación á la fiesta.

Por su parte el P. Rector se ha mostrado siempre muy espléndido y generoso en concederme lo que le pido. En los 14 meses me ha concedido tener cuatro meriendas con los congregantes, una dentro y tres fuera de casa.

No hay para qué decir la puntualidad con que todos asisten á estas distribuciones. La última vez pasaron una tarde sumamente animada y

entretenida, pues antes de la merienda tuvieron en Val-Moral varios partidos reñidísimos de valón.

No pocos teólogos me suelen preguntar de qué mina ó tesoro me vienen tantos recursos para las subastas y para comprar los muchos objetos que va adquiriendo la Congregación. A todos ellos podría yo contestar con aquella frase atribuída á un Hermano Coadjutor vascongado: «La bolsa de la *Proviensia* divina es *hondo*, muy hondo»..... Y así es la pura verdad; porque el Señor que viste de hermosura los lirios del campo, y cuida de los pajaritos del cielo, vela también, como Padre amorosísimo, por los niños de Oña, que valen incomparablemente más que todos los lirios y pájaros del mundo.

En esta bolsa tienen su origen las blusas y otros objetos, que con tanta caridad me envían de algunos Colegios, á los cuales tanto deben y tan agradecidos están los niños de Oña. De esta bolsa especialísima han brotado, como por ensalmo, las limosnas con que han favorecido á la Congregación algunos Padres de este Colegio. No los nombro por no herir su modestia.

Por todos ellos rezamos diariamente un padrenuestro, sin contar los centenares de misas y comuniones que voluntariamente ofrecen los congregantes, los cuales, como pobres, procuran pagar á sus bienhechores con la única moneda disponible; es decir, con la moneda de sus oraciones.

El otro día me dice al salir de misa un chiquitín: «Padre, ya he terminado de ofrecer los padrenuestros, misas y comuniones que prometí por los Padres que nos hicieron las últimas limosnas. Ahora ofrezco las comuniones por las intenciones de V.»

A pesar de ser tan niños y no estar acostumbrados á exhibirse ante el público, han tenido ya dos academias; la primera, privada, al Niño Dios el día de Inocentes, y pública la segunda el 8 de Septiembre en honor de su Excelsa Patrona la Virgen Inmaculada. Esta resultó muy solemne y gustó mucho á cuantos á ella asistieron. Ocuparon la presidencia las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, y en medio de todos el P. Ministro, en nombre y sustitución del P. Rector, que no pudo asistir. También nos honraron con su presencia varios Padres, muchos hombres del pueblo y muchísimas mujeres. Los programas que se imprimieron, eran elegantes y de muy buen gusto, y como decía un teólogo, los quisieran para sus concertaciones y demás actos públicos aun los mejores de nuestros Colegios. Siguióse, tras un discursito del P. Director, y por remate de la fiesta, la distribución de

premios; y la academia, en general, vino á ser un verdadero triunfo para los declamadores y cantores que en ella tomaron parte, así como para toda la Congregación de San Estanislao.

No vaya V. R. á imaginarse por lo dicho, que á estos niños no les faltan más que las alas para volar al cielo. Claro está que hacen de vez en cuando sus trastadas y sus travesuras. Pero ¿no es verdad que es cosa para alabar á Dios el ver, en un pueblo pequeño, asistir diariamente á la misa de 45 á 50 niños, y el que de éstos se acerquen por término medio 25 á la Sagrada Mesa, llegando al cabo del año las comuniones de solos los Estanislaos á unas 9.000? ¿No es verdad que en comparación de los pecados que evitan y de los sacrificios que se imponen estos niños, es muy significante y vale muy poco el trabajo que dan al Director de la Congregación y á los dos confesores?

A propósito de lo qne le acabo de contar á V. R., uno de esos niños que comulgan todos los días, que se confiesan dos veces por semana y tienen por hermanos á los ángeles del cielo, me decía no ha mucho un tanto contrariado: «Padre, ya casi se me han quitado las ganas de confesarme con tanta frecuencia.—¿Cómo así?—Porque el Padre me dice que no me puede dar la absolución, y solamente me echa la bendición».

En el tiempo que llevo al frente de la Congregación han salido de ella dos para la Escuela Apostólica de Javier, uno para el Centro de Carrión y otro para los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Bugedo.

He querido referir á V. R. tantas minuciosidades para que bendiga á Dios Nuestro Señor, que tan á manos llenas derrama sus tesoros y gracias espirituales sobre los tiernos corazones de estos niños. A Él sea la honra y gloria de todo.

No cansándole más, se encomienda en los SS. SS. y OO. de V. R. su affmo. hermano y siervo en Cristo Jesús,

BONIFACIO BARBERO, S. J.



COLEGIO DE GIJÓN

MISIONES EN ASTURIAS

DADAS POR LOS PP. SAUTU É IBARRECHEVEA

Cartas del P. Ibarrechevea al R. P. Provincial.

MISIÓN EN PAJARES

Rdo. y amado en Cristo Padre: Ayer, 29 de Agosto, se terminó felizmente la misión de Pajares, Cabezón y Llanos de 1.200 almas de población. Concurso por la mañana, unas 60 personas; por las tardes ó noches, el máximum unas 600, el término medio 300.

Comuniones sumadas serían como 1.100; confesiones hubo muy provechosas y consoladoras.

Aquella gente como ésta de Telledo, donde escribo, es muy respetuosa y sencilla, dócil y mansa, cariñosa y agradecida.

Entre estas altísimas montañas se conserva bien la fe, como también, aun relativamente á muchos pueblos de Navarra, la moralidad de las familias.

Nada digo de los gemidos, llantos y sollozos de la despedida.

MISIÓN EN TELLEDO

Rdo. y amado en Cristo Padre: La misión en Telledo, que se ha dado del 29 de Agosto al 5 de Septiembre, y á donde acudían Tuiza, Piñera y Jomezana, (población, 2.300 almas), ha salido también buena gracias á Dios.

Las faenas de recoger el pan, cuidar el ganado en el monte, hacer almadreñas, etc., algo mermó, y bastante, el concurso algunos días; pero gracias á Dios, los llamativos que tiene el P. Sautu en su sistema de misionar, fueron atrayendo la gente y entusiasmándola.

Las comuniones generales de los niños, los jóvenes, mujeres y hombres, especialmente la del domingo, fueron muy nutridas. Sumadas resultan unas 1.700 á 1.800.

La gente de Telledo y pueblos vecinos es muy sencilla, de carácter dócil y apacible, de mucha fe.

En tiempo menos apurado y más holgado hubiera resultado una misión de primera clase. Los pobres han hecho grandes sacrificios de andar largos y malos caminos, dejar labores muy urgentes, etc. En Navarra no sé si en circunstancias semejantes se hubieran portado mejor.

MISIÓN DE CAMPOMANES

Campomanes, pueblo de más de 900 almas, fué el centro de la misión, que se dió del 5 al 12 de Septiembre: á él acudían parte de Jomezana y los pueblos de Sotiello, Congostina, Puente de los Fienos, Parana, Erias y Casorvida, los cuales todos con Campomanes suman una población de unas 4.000 almas.

El domingo al sermón de apertura hubo de Campomanes un concurso bastante escaso. Al ejercicio principal acudieron 300 hombres y unas 500 mujeres.

El lunes, sólo 170 hombres y pocas más mujeres. Niños á su ejercicio más de 300.

El miércoles tuvimos más de 512 niños, y por la tarde, gracias á

la calavera, una inundación de gente, más mujeres que hombres: tal vez andarían cerca de los 2.000 los concurrentes.

Martes: unos 512 niños y por la tarde 300 hombres y 600 mujeres.

Jueves: comulgaron más de 300 niños; por la lluvia al ejercicio de las banderolas sólo pudieron venir unos 500; se les dió á todos un bollito de pan después de la comunión. Por la tarde, á causa del mal temporal, aunque estaba anunciada la disputa, sólo acudieron 260 hombres y unas 300 mujeres. Por esto se trasladó para el viernes.

El viernes comulgaron en la comunión general 300 jóvenes: por la tarde en la disputa se contaron 300 hombres y mujeres habría tal vez más de 600.

El sábado hubo unas 300 comuniones en Campomanes; el domingo tal vez llegarían á 1.000: la suma total de seguro que pasaría de 2.000 en toda la misión. En el ejercicio del perdón y en las despedidas hubo grandes llantos.

Se acercaron á Dios los que estaban alejados de Él

¡Lástima del mal tiempo y afanes de recolección y trabajos de minas y ferrocarril, que mermaron no poco la asistencia! En circunstancias más holgadas, se veía que aquella buena gente hubiera dado un resultado digno de las mejores misiones. Varios sermones tuvieron que oirlos recibiendo sobre sus cabezas un aguacero capaz de arredrar al más valiente.

MISIÓN EN BÁRZANA DE QUIRÓS

Quirós, Arciprestazgo, tiene 6.140 almas. El domingo no se contaron los hombres: el P. Sautu tuvo que bajar del púlpito á causa de un fuerte chubasco que, chocando en los paraguas, no dejaba oir lo que predicaba.

El lunes asistieron unos 200 niños á su ejercicio. Por la tarde unos 240 hombres, mujeres como 500 ó 600.

Martes: 300 niños; por la tarde creció algo el auditorio.

Miércoles: la calavera nos trajo unos 300 hombres, y mujeres unas 600 ó 700.

El jueves comulgaron 300 niños, en la procesión se contaron 528; lamentamos la ausencia de los 300 ó 400 que faltaban. Por la tarde

no creció el auditorio con respecto al miércoles. Dicen los Sres. Curas que por aquí hay gente muy fría, y que además les apura la recolección de la avellana y del pan *(escanda)*. El ferrocarril minero y las minas de carbón, han dejado un poco de mal por estos contornos.

La gente que acude, sale prendada del P. Sautu y sus cualidades extraordinarias. ¡Dios quiera que la buena fama vuele por todas partes, y como precursora, prepare los caminos á la gracia.

Viernes: comulgaron unas 300 jóvenes; por la tarde nos oyeron el sermón de disputa unos 300 hombres y 800 mujeres.

El sábado comulgaron unas 400 mujeres; en el sermón del perdón se contaron más de 400 hombres y menos mujeres que el viernes; hubo grandes gemidos en este ejercicio.

El domingo comulgaron unas 1.500 personas. En la despedida grandes llantos y gemidos, que ahogaban la voz del predicador.

Hubo buenas conversiones á Dios; parece que no pocos dejaron *El País*, el *Heraldo*, etc...; y al médico, propagandista de semejante prensa, le obligaron á tomar el montante, é irse á otra parte.

Misión como esta, dicen que por allí no se ha visto. ¡Lástima que la gente haya estado tan afanada en la recolección de la *escanda*, que casi se les pudría, y de la avellana. Esto y el mal tiempo de los primeros días nos mermó mucho el auditorio, el cual en mejores circunstancias, para ser decente, no había de bajar de unas 3.000 personas; y la suma de comuniones, que ahora no han llegado á las 3.000, hubiera sido por lo menos de 4.000 á 5.000. Hay que tener presente para esto que en Quirós figuran unas 6.140 almas, aunque de este número hay que restar los muchos que han emigrado para América.

Los primeros días era tan fuerte el temporal, que estuvimos para suspender la misión: los caminos largos y muy malos estaban de ordinario convertidos en ríos. Para colmo de calamidades, no teníamos iglesia capaz de contener 100 personas. El domingo, lunes y martes, en que llovió, no hubo más remedio que recibir el aguacero mientras se oía el sermón. Dios Nuestro Señor quiso que el martes se calmase la furia del temporal; pues ya estábamos determinados á retirarnos de Bárzana, dejando la misión para otro tiempo.

MISIONES EN RIOSA, POLA DE LENA Y PIÑERA DE MORCÍN

Rdo. y amado en Cristo P. Provincial: Después de haber evangelizado en seis pueblos á todos los que en aquellos centros se podían reunir, estamos desde ayer en este pueblo de Piñera, á donde acuden con avidez las parroquias de Pedrovella, Navares, Peñerudes, San Sebastián, San Esteban y Santa Eulalia de Morcín.

Esta buena gente ha comenzado bien, mejor que sus vecinos de Riosa, los cuales, el lunes, segundo día de misión, acudieron en tan corto número, que constando la población y la de Foz, su limítrofe, de unas 3.000 almas, por la mañana, en el ejercicio de los niños sólo contamos unos 45 *rapaciños*, y por la tarde en el ejercicio principal 35 hombres y unas 60 mujeres. En vista de esta desolación el P. Sautu en lugar de predicarles el sermón sobre el pecado, en breves palabras se despidió de aquellos pocos oyentes, diciéndoles que como aquella escasa asistencia era señal de que habíamos venido en malas circunstancias á Riosa, nos íbamos, no maldiciéndoles, sino prometiéndoles, que en otra mejor ocasión, si se esperaba mayor asistencia, volveríamos á visitarlos. Que ya confesábamos que al presente la urgente faena de recoger la avellana, los trabajos de minas y conducción de aguas, etc..., los traían demasiado ocupados; que en circunstancias más favorables la misión sería más provechosa.

Los Sres. Curas allí presentes, y aquel puñado de hombres y mujeres, que seguramente era de lo más escogido de Riosa y de Foz, no se aquietaron con esta promesa, sino que sintiendo vivamente la ignominia, que caería sobre ellos, si nosotros nos íbamos en aquella forma, instaron y rogaron todo lo posible que por compasión retrasásemos un día nuestra salida, para ver si el concurso aumentaba; que ellos se encargaban de meter fuego por todas partes.

Gracias al espolonazo se revolvió la gente, y fuimos teniendo los días siguientes un concurso bastante pasable, aunque no enteramente satisfactorio. Las comuniones del jueves, viernes, sábado y domingo me parece que fueron respectivamente 130, 230, 300 y unas 800; que sumadas con las que hubo en los pueblos, pasarían de unos 1.500. Resultado en absoluto bastante pobre, pero relativamente á las circunstancias en que se dió la misión, bastante bueno.

Es Riosa un concejo del cual dicen hay unos 300 hombres en Amé-

rica y otros 200 ó 300 trabajando en minas y otras ocupaciones semejantes. En la semana en que llegamos, estaban apurados en la muy atrasada recolección de la avellana, que por allí es la principal cosecha. La misión por otra parte tenía que ser de día: en circunstancias semejantes no sé si en otra parte hubiéramos obtenido resultado mejor. De Riosa, el día 26 de Septiembre pasamos á Pola de Lena, que con los pueblos limítrofes que acudían á la misión, componían una población de 6.000 almas. El P. Sautu los primeros días, por lo mismo que por sus ideas favorables y optimistas se había forjado demasiado buenas esperanzas, fué recibiendo no pocos desengaños, por los escasos concursos que teníamos á oir la divina palabra. A media semana, sin embargo, y gracias á los recursos que el Padre tiene, fué animándose la gente y juntándose concursos buenos.

En la comunión de los niños tuvimos 400, en la de los jóvenes 450, en la de las mujeres unas 800 y el domingo, sólo en Pola, unas 1.700: que sumadas con las de los pueblos formarían un total de 4.000.

Vamos advirtiendo desgraciadamente en todos estos pueblos que es imposible formar misiones nutridas de hombres; porque estos se encuentran esparcidos á buscar el pan por América, en minas, fábricas, etc., y menos mal que en Pola pudimos reunir en ejercicio aparte á los pobres mineros.

Esta misión de Piñera va bien gracias á Dios. De aquí el domingo vamos á Gijón á descansar algunos días. Hay fe por estos pueblos: ¡lástima grande el estrago que causan las dichosas minas, en que se recoge más carbón para el infierno que para la tierra.

Gijón 12 de Octubre.

Rdo. y amado en Cristo P. Provincial: Aquí nos tiene V. R. descansando de las fatigas de las 7 misiones rurales, que acabamos de dar sucesivamente en Pajares, Telledo, Campomanes, Bárzana de Quirós, Riosa, Pola de Lena y Piñera de Morcín.

Dadas las circunstancias de los caminos largos y malos, faenas de recolección, de minas, de pastoreo, etc., etc., los concursos han sido muy buenos, lo mismo que el número de comuniones. Han ido rindiéndose á Jesucristo corazones que hace años andaban huyendo de El.

Hay fe todavía en estas benditas montañas; sus moradores son piadosos, rezadores, y de genio manso, dócil y apacible. Los ferrocarriles, minas y periódicos, sin embargo, van haciendo no pocos estragos, introduciendo la blasfemia, indeferencia y demás calamidades. Como gran parte de los hombres están ocupados ya en su pastoreo de vacas, ovejas, ó en trabajos de ferrocarriles, minas, etc., y otra gran parte en América; los concursos se resienten notablemente de falta de hombres, hasta el punto de que cuando pasaban de 300 nos dábamos por muy contentos. En Riosa y Pola pudimos reunir aparte á los mineros: días hubo en que se juntaron de estos unos 400. Para ello en Pola tenían que hacer heróicos sacrificios; como el de levantarse á las tres y media de la mañana, para ir á la mina. Acabada la faena por la tarde, andaban dos horas de camino para la misión, y terminado el ejercicio volvían á sus casas, distantes para muchos por lo menos tres cuartos de hora. Dios Nuestro Señor tendrá contados aquellos pasos. No menos dignos de alabanza son tantos y tantos hombres de otros pueblos, que de legua y media, dos leguas y hasta tres de camino, venían á la santa misión ávidos de oir la palabra divina.

Nosotros en premio de subir tantas cuestas, andar tantos barrancos y lozadales no traemos más que sendos constipados, que no llegan á decentes. Hemos andado ya varias veces por alturas de unos 1.000 metros sobre el nivel del mar, y luego nos hundíamos en unos barrancos profundísimos, como los de Telledo, Bárzana y Riosa: tales barrancos, que ya los de la parte de Oviedo y Gijón, aunque tierra montañosa, nos parecen las llanuras de Castilla. El próximo domingo comenzaremos la nueva serie de misiones.

Para que V. R. esté más tranquilo, ha de saber que el P. Sautu se ha moderado en aquellos trabajos excesivos que se tomaba en sus bríos juveniles, como el darse grandes caminatas á pie, etc. Fácilmente aceptamos alguna caballería ó carruaje, cuando es preciso.

Se me olvidaba hacer resaltar una nota de las más edificantes de estos pobres asturianos, que varias veces han tenido fe y virtud para estarnos oyendo, mientras á torrentes caía la lluvia sobre sus cuerpos, mojados antes por copioso sudor.

MISIÓN DE NAVA

Rdo. P. Provincial: Para cumplir con la obligación de enterar á V. R. del fruto de nuestros ministerios; me ha ocurrido ir haciendo una crónica, en que brevemente vaya apuntando en los ratos perdidos del día las notas más salientes de nuestras misiones. Creo que esto me ahorrará el trabajo, ya para mí casi imposible, de ir escribiendo cartas como hasta ahora lo he hecho.

Después de descansar yo sólo una semana en Gijón, que el Padre Sautu ha empleado ejercitando á los colegiales, el 17 de Octubre hemos venido á esta villa de Nava, que cuenta con unas 5.000 almas, y á ella como centro acuden varios pueblos.

Al recibimiento, que ha sido á las diez de la mañana de hoy, sólo el P. Sautu se ha presentado. Por un descuido nos hemos apeado en Noreña, un kilómetro antes del Ferrocarril Cantábrico, y como no hubiese tiempo de trasladar á dicha estación las maletas, tuve que quedar yo á cuidarlas, mientras el Padre se adelantaba á abrir la misión. El tren de las dos y media me llevó hasta Nava á tiempo para tener el ejercicio principal. He encontrado al P. Sautu sumamente indignado y disgustado, porque habiendo él puesto más empeño que en ninguna parte por preparar esta misión, estaba ella por culpa de... menos preparada que ninguna. Me ha indicado entonces mismo que era necesario esta misma tarde pasar por las parroquias los dos misioneros, animando á los curas y á los feligreses. Pero en vista de la fuerte lluvia que sobrevino, y del constipado que me persigue, ha dispuesto ir él solo.

En el primer ejercicio ha habido 300 hombres y no sé si llegarían á doble número las mujeres. Como se ve escaso número, aun atendida sólo la población de Nava. ¡Terrible desengaño! ¡Nos habían dicho tanto y tan bueno de esta gente de Nava!

Día 18: En el ejercicio matutino ha habido un concurso pasable nada más; en la misión infantil unos 300 chicos; en el ejercicio principal, gracias á la actividad de los Párrocos del contorno, los hombres han llegado á cerca de 500, y las mujeres no andarían muy lejos de las 1.000.

Día 19: Al ejercicio matutino habría de 358 á 400 personas. El P. Sautu les ha dirigido una soflama, á fin de excitarlos á que metan fuego á Nava, que contra nuestras esperanzas anda fría y perezosa con

respecto á la misión. Niños hubo 680. Los hombres por la tarde se acercaban á 700, las mujeres no pasaban de 1.400.

Ya desde esta fecha se aseguró el éxito de la misión de Nava. 1.014 niños tuvieron el jueves una muy hermosa y entusiasta procesión; los pobrecitos, muy de mañana, en día muy malo y lluvioso, estuvieron muy puntuales á la hora citada para comulgar, viniendo muchos de una legua y de mayores distancias. Terminada la procesión y renovación de las promesas del bautismo, en la plaza y á la puerta del casino, donde estaban reunidos los prohombres anticlericales de Nava, más unos dos ó tres emisarios del periódico endiablado de Gijón *El Noroeste*, aquel ejército infantil, delirante de entusiasmo y ostentando sus flamantes banderolas, dió vivas y mueras, poniendo el grito en el cielo, á todo lo digno de morir ó vivir. Tan poca gracia hizo este entusiasmo de aquellos soldaditos de Cristo á los radicales y á los emisarios de *El Noroeste*, que al día siguiente vino este periódico contándonos que, aquellos soldadicos aburridos y cansados de la misión y de los PP. Misioneros no volvieron más!! ¡No sabían los de *El Noroeste* que el jueves dicho terminaba la misión infantil!

Ese mismo día ó el anterior se nos avisó secretamente que gente enviada de Gijón, conspirando con un puñado de radicales de la villa, quería armar algún alboroto durante el sermón de la tarde, que se tenía en la plaza. El Sr. Alcalde tomó sus precauciones, como nosotros también, para el caso en que se viese en el auditorio algún asomo de perturbación. Gracias á Dios no se atrevió nadie á chistar. Se terminó felizmente la misión: predicamos en ella con libertad evangélica, tronando y lanzando rayos y centellas contra la mala prensa, y nombrando especialmente *El Noroeste*, cuyos emisarios se hallaban presentes.

El concurso cada día fué creciendo, así como también el entusiasmo y afición á los misioneros y á la misión. La suma de comuniones creo que fué de 6.000 á 7.000. Nada digo de los llantos, gemidos y otras muestras de cariñoso afecto de la despedida.

En sus SS. SS. y OO. me encomiendo.

DANIEL IBARRECHEVEA, S. J.



BURGOS

EL PASO DE LOS PADRES PORTUGUESES
POR NUESTRO COLEGIO

Carta al P. Daniel Cuadrado, Superior del Colegio de Sagua.

Burgos 22 de Noviembre de 1910.

Muy amado en Cristo, P. Cuadrado: Ayer pasaron aquí el día con nosotros el R. P. Provincial de Portugal y varios Padres de la misma Provincia. Y aunque por los periódicos conocerá V. R. algo de lo que han tenido que sufrir en la expulsión, creo le será grato saber lo que ellos mismos nos contaron, y la tierna caridad con que aquí les procuramos obsequiar.

Ante todo, el que pasaran con nosotros el día fué debido á una fineza de nuestro R. P. Provincial; pues á varios Padres portugueses que por aquí pasaban los había ido ya deteniendo algunos días; y respecto de su Provincial, que llegaba á las cinco de la mañana con ánimo de salir á las diez, nuestro Provincial había dispuesto de antemano que no saliese hasta el día siguiente. Era, pues, su intención, y muy decidida, que aquí donde reside la primera autoridad de nuestra Provincia, recibiese la perseguida Provincia de Portugal una prueba de afecto de la Provincia de Castilla.

Y ya que de este afecto he empezado á hablar, puedo asegurarle

á V. R. que todos nuestros Superiores se han esmerado mucho, como era razón, en atender y obsequiar á los Padres desterrados, en cuanto las autoridades que tenemos lo han consentido. Yo mismo he escrito por orden de nuestro P. Provincial varias cartas, de cuatro recuerdo, encargando á los Superiores de nuestras casas que tratasen con toda caridad y agasajo á los Padres portugueses, y que les proporcionasen todo lo que les hiciera falta. Al P. Rector de Carrión le trasmití la orden de que, por unos días, pusiese á nuestros Hermanos Juniores en las camarillas de lo que fué Colegio, y dejasen sus aposentos á los Padres desterrados. Y sé que en todas partes se ha mostrado con obras, gracias á Dios, la caridad que tantas veces ponderamos de la Compañía, proveyéndoles gratuitamente de dinero, y de toda clase de ropa, de que venían muy necesitados.

He dicho «en cuanto las autoridades que tenemos lo han permitido», porque, como si fuera poco venir arrojados de su patria, perseguidos y despojados de todo, sin más delito que el haber servido á Dios, y haberse sacrificado por la salvación de los hombres; aquí, con todo descaro y públicamente, se ha puesto empeño en negarles hospitalidad. Al P. Rector del Seminario de Salamanca, donde se habían refugiado varios Padres, y donde el Ilmo. Sr. Obispo se había encargado ya de sustentarlos por su cuenta, le pasó aviso el gobernador, para que en seguida se marcharan. Al Colegio de Tudela pasaron este aviso antes de que llegara ningún Padre desterrado. Aun á Loyola transmitieron las mismas órdenes, apenas vieron que llegaban algunos extranjeros. A nosotros, como V. R. puede comprender, nos ha llegado al alma esta crueldad inconcebible de los que gobiernan nuestra patria, donde, quizá como en ninguna parte, se tolera y se admite á los socialistas, á los anarquitas y á la gente más perdida.

Viniendo, pues, al día de ayer, teníamos en casa, como he dicho, al R. P. Provincial de Portugal, á los PP. Nunes, Pinto y Frías, y á un joven de 18 años, estudiante hace poco en la Universidad de Coimbra, y postulante ahora de nuestra Compañía, para la misma Provincia de Portugal. Tanto en estos Padres, como en los que varias veces han pasado por aquí, desde que tuvo lugar la expulsión, es cosa que edifica muchísimo la grande tranquilidad con que llevan sus trabajos. Nadie, al verlos, diría que se han quedado sin patria, sin casas, hasta sin los papeles, en que cada cual iba coleccionando el fruto de sus estudios y de sus trabajos. No parecen ellos los mismos que acaban de pasar por graves peligros de la vida.

El P. Nunes, que hasta hace dos años había sido Maestro de novicios, y era actualmente Superior de la Residencia de Setúbal, tuvo que salir de casa llevando un copón con cerca de 1.000 Hostias que habían consagrado para el primer viernes de Octubre. Al verse en gran peligro, por los disparos que le hacían desde varios sitios, y temiendo por el copón que, grande como era y llevándole debajo de la ropa, á veces se le destapaba; se refugió en una casa donde, con dificultad y durante poco tiempo, le quisieron recibir. Salió después al campo, y oculto en un monte con dos HH. Coadjutores, fueron consumiendo en ayunas, durante varios días, las Sagradas Formas. Este Padre fué después apresado por los revolucionarios, y le llevaron á la cárcel, donde sufrió las penalidades que fácilmente se dejan entender.

El P. Pinto, á quien V. R. conoció estudiante de Teología en Oña, se libró de sus perseguidores y de los disparos que sobre él hacían, ocultándose en una garita de los empleados que cobran los consumos, en donde tan fácilmente le hubieran podido sorprender, y á nadie le ocurrió ir á buscarle.

El P. Frías, que se ordenó en Oña el mismo año que yo, tuvo que huir del Colegio de Campolide, donde era profesor, disfrazado con un traje que habían hecho excesivamente grande á un estudiante brasileño, el cual, se creyó muy honrado al entregárselo al Padre.

El joven universitario que venía con los Padres tenía también historia muy edificante. Había tomado el grado de bachiller en el Colegio de Campolide, hace año y medio, y quiso entrar en seguida en nuestra Compañía, pero su familia se opuso á que lo realizara. El entonces determinó estudiar en la Universidad de Coímbra hasta los 18 años, edad en que podía emanciparse, según las leyes de Portugal. Así lo hizo; pero he aquí que, cuando, después de haber pasado las vacaciones con su familia, se dirigía al noviciado, estalló la revolución, y fué testigo de los atropellos que con los Padres se cometían. No desistió de su propósito; antes resuelto á seguir á los Padres, donde quiera que fuesen, residió en Lisboa todo el tiempo que ellos estuvieron presos, proporcionándoles trajes y recursos, y sirviéndoles de mil maneras, hasta que saliendo ellos expulsados, salió él también voluntariamente de su patria, para ir al noviciado, que se establecerá en Holanda, donde piensa vestir nuestra sotana en la gran fiesta de la Inmaculada Concepción.

Y del R. P. Provincial ¿qué le diré? Es cierto que uno de los ministros de la república ha manifestado su sentimiento por no haber podi-

do prenderle, juntamente con el P. Socio y el director de *El Mensajero*, para hacerlos objeto especial de sus ultrajes. Pero fué sin duda providencia especialísima de Dios, que el P. Provincial viniese pronto libre á España, para que así pudiera recoger, ordenar y distribuir sus ovejas dispersadas. Tuvo, sin embargo, que atravesar graves peligros y dificultades, antes de salir de Portugal. El mismo nos contó cómo dirigiéndose á la estación del ferrocarril, el día siguiente á la proclamación de la república, cuando aún no había amanecido, hubo de volverse á la ciudad, por hallarse cortadas todas las líneas férreas, á fin de que los trenes no pudiesen circular. Como es persona muy conocida en Lisboa, se iba ya fijando en él la gente que pasaba por las calles, y no tuvo más remedio que refugiarse en el primer sitio que halló abierto. Era la casa de un sastre que tenía varios hijos, alguno de ellos republicano, y allí estuvo durante dos días, no sin peligro, con bastante incomodidad, y sin poder dormir, á causa de las chinches que le atormentaban el cuerpo, y más todavía de las penas que le torturaban el alma. Desde allí presenció el asalto al Colegio de Campolide, de donde él había salido poco antes, y la conducción á la cárcel de nuestros Padre y Hermanos del Colegio de Barro, que pasaron por la calle entre soldados y gritos de la plebe. Desde allí hizo también inútilmente varias gestiones para ponerse en sitio más seguro; hasta que por fin, un señor francés, que sólo le conocía de vista, sabiendo que se hallaba refugiado en aquella sastrería, presentóse á él y le dijo que en tales circunstancias tenía por la mayor honra el proteger á un Padre de la Compañía perseguida. Llevóle á su casa, le proporcionó traje con que disfrazarse, y le pagó el viaje hasta España, á donde llegó teniendo que atravesar otras dificultades.

Este P. Provincial nos mostró varios números de una revista ilustrada de Portugal, en donde aparecía la desvergüenza con que habían tratado á nuestros Padres en la cárcel. En fotograbados muy bien hechos, se veía al P. Instructor de Tercera Probación, á Padres Rectores, y otros Padres ancianos, llevando en el pecho el número que les correspondía, como presidarios, mientras los empleados de la cárcel les estaban midiendo con un compás el cráneo, y con otros instrumentos las orejas y otros miembros, como se hace con los grandes criminales. En las orlas que rodeaban estos grabados, habían puesto, al parecer como señales de ignominia, el JHS y las letras A. M. D. G. ¿Qué saben ellos la honra que se encierra en padecer ignominias por el nombre de Jesús y por la mayor gloria de Dios?

Y, sin embargo, todo es poco en comparación de los peligros en que se han visto algunos otros Padres y Hermanos. Por aquí pasó hace unos días el H. Moraes, á quien V. R. vió el verano, pues estuvo un mes en esta casa ayudando al P. Lecina en sus trabajos para el *Monumenta*. A este Hermano, como él nos refirió, en tres ocasiones distintas le dispararon varios tiros, y á poca distancia; anduvo perdido y sólo por el campo; le quitaron el dinero que llevaba; le apalearon fuertemente; llegaron á ponerle un cuchillo á la garganta; rehusaron recibirle en varias partes, etc., etc. Y en medio de todo esto ¿quién no admira y adora la providencia de Dios, que no permitió muriese de muerte violenta ninguno de la Compañía?

Mientras aquí estuvieron estos Padres, ya he indicado á V. R. que se trató de hacerles un obsequio afectuoso á nombre de nuestra Provincia. Nuestro P. Provincial quiso que, como las circunstancias eran tan extraordinarias, aun los Padres y profesores, saliendo de lo que se acostumbra en estos casos, les dijésemos algo en la academia que se les dedicó en el refectorio. Y efectivamente, lo hicimos con gusto, leyéndoles nuestras composiciones el P. Arrí, el P. Madariaga, el P. Federico González y el que esto escribe. Los Hermanos estudiantes les hicieron tantas composiciones, que, no pudiendo entonces recitarse todas, hubo que continuar el acto á media tarde. Se dijeron cosas muy tiernas y conmovedoras. Pero lo que á todos nos conmovió de veras, y á casi todos nos hizo verter lágrimas, fué el final de la academia. Levantóse después de uno de los cantos, y cuando nadie lo esperábamos, nuestro P. Provincial; y conmovido realmente como estaba, y mostrando esta conmoción verdadera en las palabras y en el tono de la voz, expresó, entre otras cosas muy oportunas que ya no recuerdo, estas ideas:

«Yo, Padre, dijo, no soy poeta. Pero quiero aprovechar esta ocasión, para manifestar, en nombre de toda la Provincia de Castilla, el más profundo afecto y admiración hacia la Provincia de Portugal, representada en Vuestra Reverencia.

«En las terribles circunstancias por que atraviesa la Compañía en Portugal, mucho tenemos que admirar y que aprender de nuestros Padres y de nuestros Hermanos. ¡Ni uno solo,—dijo mirando hacia la comunidad,—ni uno solo ha sido infiel á la vocación, á pesar de tantos peligros y dificultades! ¡Dichosos los que así aman á la Compañía! ¡Y dichoso el Provincial, que tales súbditos tiene!

»¡Ojalá que nosotros, como los hemos tenido en nuestras casas

breves días, los hubiéramos podido tener siempre! Nuestro deseo hubiera sido ofrecerles un asilo en su destierro, servirles de consuelo en sus aflicciones, y remediar todas sus necesidades.

»Pero ya que esto no nos es posible, yo le ruego á V. R. que, por lo menos ese Padre anciano, y esos dos Hermanos Coadjutores, de quienes me ha hablado esta mañana, se queden con nosotros. Que vayan á Loyola; y allí, donde hay tantas reliquias de la Compañía, estarán como en su puesto esas reliquias de la Provincia de Portugal.

»En fin, suplico á V. R. y á toda su Provincia, que en este tiempo de contrariedades y de sacrificios, en que tanto valen sus oraciones, no se olviden de encomendar á Dios la Provincia de Castilla, para que todos imitemos, cuando llegue el caso, el admirable ejemplo de fidelidad, que nos han dado».

Calló nuestro P. Provincial, y después de haberle manifestado todos con un prolongado aplauso que había interpretado nuestros sentimientos, se levantó el P. Provincial de Portugal, muy conmovido, y dijo con voz bastante insegura por los afectos que experimentaba:

«Me vais á dispensar si, en lengua extraña, y con la dificultad que es consiguiente, me atrevo á dirigiros la palabra. Pero no puedo menos de mostraros mi agradecimiento.

»Es verdad: como nos habéis dicho, nosotros estamos desterrados de nuestra patria. Pero, en rigor, no somos desterrados. En la Compañía, y en medio de vosotros, nos hallamos en nuestra patria, y en medio de nuestra familia. Bien nos lo habéis demostrado con vuestros obsequios, en que no sólo los estudiantes, sino los Padres, y el mismo Provincial, habéis tomado parte.

»Además habéis indicado en alguna composición que lo único que yo he sacado de mi patria ha sido un crucifijo. Es cierto. Y ahí tenéis otra nueva razón de que no estamos desterrados; pues estamos con Jesús. En una de las correcciones que se han hecho en el texto latino del libro de los Ejercicios, se dice que la Sagrada Familia, cuando salió de su patria, fué *quasi in exilium*, como al destierro. Y así fué; porque teniendo á Jesús, en cualquier sitio donde uno se halle, no puede llamarse desterrado. Eso, gracias á Dios, nos sucede á nosotros: vamos con Jesús. Y aunque salgamos de nuestra patria, no podemos llamarnos desterrados; vamos *quasi in exilium*, como al destierro.

»Así es que cuando, en alguna de las composiciones, uno de los Hermanos me decía: «*No llores, Padre, no llores*»; me estaba ocurriendo que más bien pudiera decirme: «*Llora, Padre, llora*». Porque

es cierto lo que he dicho al M. R. P. General en la carta que le escribí: «He contemplado *siccis oculis*, con ojos enjutos, todas las desgracias »que han venido sobre mi Provincia. No porque no las haya sentido en »lo más hondo del alma, sino porque Dios ha querido darme una an»chura de corazón que yo antes no tenía».

»Es verdad que también me ha servido de grandísimo consuelo la constancia, fidelidad y resignación de los Padres y Hermanos de la Compañía. A la verdad, tengo unos hijos que no merezco; pues ellos han sufrido por amor de Dios, lo que yo no he sido digno de sufrir.

»En fin, ya lo véis: las lágrimas que Dios no ha querido concederme al contemplar las desgracias de mi patria, me las concede al verme rodeado de obsequios en la Provincia de Castilla.

»Por todos esos obsequios pido al Señor, no que yo pueda atenderos y cuidaros en una desgracia semejante; sino que aparte de vosotros todo mal, y que os colme de todos los bienes».

Difícilmente se formará V. R., mi estimado Padre, una idea del efecto de estas palabras en aquellas circunstancias. Estoy seguro de que todos sacamos de aquel acto aumento de amor á nuestra vocación, estima de la caridad de nuestra Madre la Compañía, y grande aprecio de las persecuciones padecidas por amor de Dios.

El Padre anciano, de quien habló nuestro P. Provincial, es el Padre Bernardino Monteiro, que tiene 81 años, y era el Procurador de la Provincia. Ha pasado por aquí, en dirección á Loyola, después de empezada esta carta, y á todos nos ha dado mucha edificación. Siendo así que le habian obtenido permiso del gobierno revolucionario de Portugal, para quedarse en casa de un hermano suyo, donde ya permaneció varios días, él no ha cesado de instar por medio de cartas á su P. Provincial, hasta que le ha concedido salir de su patria, donde ya no existe la Compañía. «Allí estaba bien,—nos ha dicho él;—no me faltaba nada; pero no me he podido reir en todos los días que he vivido ausente de los Padres». En cambio aquí, bastaba mirar su rostro para sentir grande consuelo.

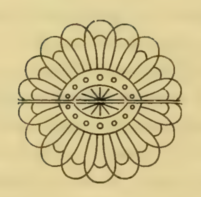
Quiero también indicarle antes de terminar que, tanto el Padre Provincial como los otros Padres portugueses, venían muy agradecidos á la grande caridad con que el Sr. Marqués de Comillas los ha tratado, en lo relativo al viaje que varios de ellos iban á emprender. Se ha interesado mucho por los que habían de trasladarse al Brasil en buques trasatlánticos, mandando suspender en diversos puntos el despacho de billetes, cuando supo venían los Padres; rebajándoles más

de la mitad del precio; y diciéndoles que si aun ésto no podían pagar, él lo arreglaría de otro modo.

Creo, mi estimado Padre, que es hora de acabar.

Salude en mi nombre á todos esos buenos Padres y Hermanos, y V. R. y ellos no se olviden de encomendar en SS. SS. y OO. al último de sus hermanos en Cristo,

GASPAR GONZÁLEZ, S. J.



TOLEDO

MADRID

RESIDENCIA DE ISABEL LA CATÓLICA

TANDAS DE EJERCICIOS Y MISIONES

Carta del P. Julián Curiel al H. Espinosa.

Muy amado en Cristo H. Espinosa: Voy á corresponder brevemente á los deseos de V. La mayor parte de este año he estado dando Ejercicios á sacerdotes. He dado 13 tandas en Sevilla, Villafranca, Madrid y Toledo. De todas ellas he quedado contento, porque me parecía que los sacerdotes sacaban mucho fruto.

En la primera tanda de Villafranca fué á Ejercicios un señor Canónigo, y los hizo como si fueran los últimos de su vida; ya era anciano y quería prepararse á la muerte. En efecto, á los tres días de terminados los Ejercicios murió; de modo que parece haber sido una inspiración de Dios.

Misiones di cuatro en la Cuaresma. Diéronse estas misiones, en la diócesis de Jaén, en Ibros, Baeza, Begíjar y Villagordo.

La de Ibros fué muy fructuosa, y el pueblo se entusiasmó tanto que, para darle gusto, tuvimos que hacer el último día una procesión con la Patrona, á pesar de estar lloviendo.

La de Baeza dejó mucho que desear, y sólo en el último día hubo algún entusiasmo, aunque el Sr. Obispo, que dió la Sagrada Comu-

nión, quedó contento; pues á pesar de la indiferencia que reinaba en la ciudad, hubo bastantes confesiones y comuniones.

La misión de Begíjar fué muy hermosa desde el principio, por la grande concurrencia á todos los actos de la misión. El fruto fué muy grande y quedaron bien establecidas y enfervorizadas las congregaciones del Corazón de Jesús é Hijas de María.

Por último, la misión de Villagordo, fué buena; aunque no ocurrió en ella cosa notable.

Otra misión he dado con el P. Picazo en el Pedroso, y si las mujeres correspondieron bastante bien, los hombres dejaron mucho que desear. Eran muy pocos los que asistían á la misión, y eso que las tabernas estaban llenas de ellos. Es mucho lo que tiene que sufrir el corazón del misionero al ver cómo la indiferencia y falta de fe se va apoderando de la mayor parte de los hombres.

En sus fervorosas oraciones mucho me encomiendo.

Siervo en Cristo Jesús,

JULIÁN CURIEL, S. J.

INSTITUTO CATÓLICO DE ARTES É INDUSTRIAS

EL CENTRO SOCIAL

Aunque ya dijimos algo de esta fundación, por ser muy incompletas aquellas noticias, nos ha parecido convenientísimo insistir más en declarar la naturaleza de esta obra, los modos de fomentarla, y algo sobre los resultados fructuosísimos que está dando ya desde sus mismos principios.

Es, pues, como dijimos, esta una sección de jóvenes y adultos que trabajan en beneficio de las clases populares.

En el orden espiritual, lo que se pretende es trabajar por la res-

tauración en Cristo de las clases populares, organizando gremios profesionales, que se procuren animar del espíritu profundamente cristiano de los tradicionales gremios, formados por la Iglesia en otros tiempos.

Persuadido este Centro de que la regeneración cristiana de los pueblos, por ser obra sobrenatural, es algo así como llevar hacia arriba las aguas de un río, que solo puede esperarse de la virtud sobrenatural del que todo lo puede, este Centro pone sus miras, principalmente, en hacer llegar á sus socios las regeneradoras influencias de los medios sobrenaturales dotados por Dios de virtud sobrenatural, para obrar este prodigio. Hacer orar al obrero, predicarle á menudo la palabra de Dios, y llevarle con la mayor frecuencia á los santos sacramentos; esas son las armas que el Centrc desea manejar y los medios en que pone toda su confianza.

En el orden material, desea el Centro prestar amparo á sus asociados en las desgracias de la vida. Nada les pide; pero les obliga á ahorrar al menos 30 céntimos semanales. Administrar estos ahorros de forma que, con ellos, puedan tener préstamos en caso de necesidad, comestibles buenos y económicos, y con sus ganancias satisfacer cuotas para poder, mediante la mutualidad, disfrutar de pensiones en caso de enfermedad, y falta de trabajo ó inutilidad para el mismo. Una *Bolsa del Trabajo* busca colocaciones á los obreros asociados, si lo han merecido con los buenos informes de ellos recibidos, con su puntual asistencia á las reuniones semanales de los gremios, y cumplimiento de todas sus obligaciones.

Para socorro de obreros sin trabajo tiene el Centro una sección de beneficencia, sostenida en parte con el beneficio que deja para esta obra el Economato, de que ya hablamos en las EDIFICANTES del número anterior, donde pueden hacer sus compras de comestibles las personas que deseen cooperar á ella, teniendo derecho á que sean preferidos en el socorro, los obreros sin trabajo que recomendaren, con tal que estos obreros sin trabajo, no soliciten ingresar en el Centro Social mientras no estén colocados, ó sean ya asociados.

Por lo que hace al Gremio de Caballeros, que es una de las partes del Centro Social, la manera de conocer los fines es atender á las bases de este mismo Gremio, que nos es imposible omitir:

Base 1.ª—El Gremio de Caballeros del Centro Social del Instituto Católico de Artes é Industrias, es una sección de dicho Centro, compuesta de las personas que pertenecen á él, y no son obreros, ni de profesiones análogas.

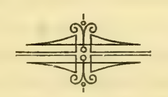
Base 2.ª—Este Gremio se propone: *1.º* Disponer para la acción católica el mayor número posible de elementos activos de los llamados clases directoras, estrechando entre ellos la unión de pensamientos y voluntades en el terreno de un franco y abierto antiliberalismo ajustado en todo á la doctrina del *Syllabus* de Pío IX y demás documentos públicos emanados de la Santa Sede. *2.º* Apoyar y proteger la formación y desarrollo de los otros Gremios del mismo Centro Social, en los cuales dicho Centro desea promover el espíritu genuinamente cristiano y español á lo antiguo de nuestros tradicionales gremios formados por la Iglesia en la edad media.

Base 3.ª—En orden á conseguir el primer fin: *1.º* No se admitirán en el Gremio elementos que por su propensión á las doctrinas y *prácticas* liberales ó católico-liberales puedan ser raíces de discordias entre los católicos, según las doctrinas de Pío IX en su Breve del 8 de Mayo de 1873 á los Círculos Católicos de Bélgica. *2.º* Todos los días de reunión se leerá algún pasaje de la Sagrada Escritura, ó algún documento pontificio de aquellos que más especialmente den luz sobre los puntos en que el naturalismo reinante más fácil y generalmente enturbia y anubla en los católicos las sanas ideas, promoviendo entre ellos confusiones y discordias. *3.º* Organizará conferencias públicas mensuales sobre los mismos puntos, insistiendo especialmente en vulgarizar los modelos de acción para el restablecimiento del reino de Dios, que la Sagrada Escritura nos ofrece, y los ejemplos de los grandes santos como San Gregorio y San Anselmo, que Su Santidad Pío X quiere que tomemos como normas del género de restauración en Cristo á que debemos aspirar, y de los medios de prudencia sobrenatural, que para ello debemos seguir. *4.º* Siendo de tanta utilidad los Ejercicios espirituales hechos en casas de retiro para esclarecer y arraigar en el alma los sanos principios prácticos sobrenaturales que deben dirigir la vida cristiana, y más aún la del propagandista, el Gremio promoverá y organizará tandas mensuales de Ejercicios espirituales, de tres ó de cinco días, viviendo en casas religiosas que para ello reunan condiciones. *5.º* Siendo de tanta eficacia las manifestaciones externas y públicas de nuestras ideas y sentimientos para propagarlas y arraigarlas, el Gremio promoverá una comunión general de hombres todos los meses en la misma iglesia, con la significación y cáracter de dar exterior y público testimonio de que queremos y aspiramos á hacer reinar á Jesucristo y á su Iglesia, no sólo en las conciencias y en el terreno privado, sino también en las costumbres públicas, en las leyes, en los municipios,

diputaciones y naciones, pues es Rey de reyes y Señor de los que dominan y mandan.

Base 4.ª—En orden á conseguir lo segundo: *1.º* Este Gremio organizará una *Bolsa del Trabajo*, con el fin no solo de dar trabajo y colocación á los agremiados que los soliciten, sino de buscar para nuestros aprendices talleres donde se les permita cumplir con libertad los días de fiesta sus deberes religiosos, y donde sus sentimientos cristianos y moralidad no sufran menoscabo, como también colocar en los puestos de más influencia á los agremiados más celosos de nuestra obra. *2.º* Organizar activa propaganda, para atraer á los gremios del Centro el mayor número posible de elementos honrados y buenos, inteligentes y trabajadores. *3.º* Procurar con celo y actividad unir á las pequeñas economías de los socios obreros, las de más valor de los socios de este Gremio, formando de todas un capital común en la Caja de Ahorros, para negociar en la Cooperativa de consumo, y otras industrias que se establezcan, á fin dar utilidades al capital, y, á ser posible, ocupación y colocación estable al mayor número de obreros en las dichas industrias. *4.º* En los trabajos y colocación que los socios de este Gremio pueden ofrecer, buscarán siempre con preferencia á los asociados de este Centro.

Base 5.ª—Aunque el enemigo acude con preferencia á la lucha en el terreno de la política, para apoderarse del poder, ó ejercer sobre él influencia, batiendo rudamente desde allí á la Iglesia, y consiguientemente nada urge tanto como acudir á la defensa en el mismo terreno; con todo, por razones especiales, este Gremio, como tal, no tomará en estas luchas otra parte que la de esclarecer las inteligencias acerca de la doctrina y deseos de la Iglesia en esta materia. El elegir candidatos y táctica, formar organismos electorales, etc., es ajeno á este Gremio.



GRANADA

LAS ESCUELAS NOCTURNAS DEL NOVICIADO

CURSO DE 1909-1910

Estas escuelas que se abrieron hace tres años, con el fin de atraer los obreros á las prácticas de nuestra santa Religión y educarlos cristianamente, han ido contínuamente prosperando. En el año presente han llegado á asistir por las noches hasta 285 obreros, muchísimos hombres. Vamos á referir algunos casos edificantes de los ocurridos en estas escuelas.

Habiendo presentado un joven á sus compañeros de trabajo las *Hojas sueltas* de propaganda, que con frecuencia se les reparten; uno de estos, furibundo republicano y célebre entre los de la cáscara amarga por sus sobresalientes dotes, que le granjearon ser cabecilla en ciertas huelgas, las leía con cierto aprecio por parecerle bien escritas, mas sin dejar por eso de arrojar por su boca, cuanto se suele decir contra los Jesuítas, á quienes solo conocía por lo que había oído y leído en los periódicos impíos. Invitado por el joven á asistir á nuestras clases, le pareció que se le hacía un insulto, pues prefería cualquier cosa antes que *alternar* con los Jesuítas; y añadió que, de ir, iría solo, sin ser llevado de nadie. En estas circunstancias se le ocurrió estudiar personalmente á los Jesuítas, para lo que no tenía más que aprovechar la ocasión que se le presentaba, asistiendo como uno de tantos á nuestras clases.

Aparece, pues, una noche en la Secretaría; se toma su nombre, domicilio, etc., y se le destina á la clase primaria de los hombres adelantados. La unción de que estaban llenas las palabras con que fué recibido, y pronunciadas, tal vez, sin particular reflexión del Padre que las decía, sino por la santa costumbre adquirida, le causaron grata impresión. El P. Rubio, que era su maestro, conociendo algo en su nuevo discípulo, lo coloca en un banco, separado de los demás, se sienta á su lado, y en voz baja, después de grata conversación, le pregunta: «¿Qué sabe de Catecismo...?—A mí, responde, ninguna falta me hace saber Catecismo... y otras cosas por el estilo...—¿Tú crees en Dios?—Absolutamente en nada.—¿En tu alma?—Tampoco.—¿Entonces tampoco debes creer en tu padre...?—Tampoco; un grato recuerdo conservo de él, y nada más, porque dejó de existir el día que lo enterré». Fueron alternando así las preguntas y respuestas; desde luego cayeron todas las verdades eternas sobre aquella piedra que Dios iba á convertir en hijo de Abrahán. (Es de notar que preguntado después de su conversión, si realmente, cuando esto decía, era verdad que no creía; respondió, que creía tanto ó más que ahora, pero que hablaba así porque así lo hacen todos los de la especie).

Pasaron varias noches, y el hombre no faltaba. Era siempre recibido con el mismo amor: estudiaba á los Jesuítas, y sólo veía en ellos bondad, cariño y solicitud por el bien del obrero. Acabadas las clases se iba y su cabeza era un mar de encontradas ideas. Él, que los 30 años de vida que llevaba, había vivido sujeto á los desenfrenos de la milicia, á los desórdenes de las tabernas, y sobre todo, (y es lo que más le dolía y hería su noble corazón), había estado vendido á los farsantes, que con engaños y mentidas promesas se proclaman amigos del pueblo, á quienes había servido en elecciones y alborotos, rompiendo urnas y fingiendo votos, para recibir en pago puñaladas y garrotazos después de buenas palabras, en vez de buenos puestos y dinero. La lucha era cada vez más terrible; oía las verdades eternas de nuestra Santa Religión, y para abrazarlas tenía que romper con toda su vida pasada, sus amigos, su república, su socialismo y anarquismo, y tenía que renunciar tal vez, tal vez, á la vida; porque sus antiguos amigos le habían de perseguir, se había de quedar sin jornal, y finalmente tenía que tener por honra, lo que antes tenía por deshonra, es á saber: el confesar y comulgar. Por otra parte la verdad le convencía, y ya no veía en los Jesuítas, sino á los padres del obrero, porque los había estudiado, aunque le salió la lección del revés. Final-

mente triunfó la gracia y, como á los tres meses, se confesó y comulgó. Y desde entonces comienza la gran historia de Fernando, cuyo nombre es tiempo ya de que se conozca.

Sucedió que por entonces se quedó sin trabajo, y por lo tanto sin jornal. Mas, porque no pensásemos que al convertirse buscaba en nosotros apoyo, calló su necesidad por largo tiempo; y cuán amarga circunstancia sea ésta para un padre de familia que vive del trabajo del día, fácilmente se comprende. Y conviene reparar en que, cuando vivía en medio de las agitaciones revolucionarias, él no buscaba trabajo, se lo iban á ofrecer á su casa, se lo buscaban, y el salario era abundante; mas ahora, tiene que buscarlo, sin encontrarlo muchas veces, pasando así las penas que lleva consigo la miseria. Mas, ante todo, él reconoce y experimenta la amorosa Providencia del Señor, que nunca le falta; y con menos salario viste á su mujer y á sus hijos mejor que cuando tenía más dinero, y sobre todo reina la paz en su casa, patrimonio de la justicia.

A él le gusta la lucha, pues es valiente de veras. Detesta, sin que nadie se lo haya enseñado, á los que son católicos sólo en su casa y en la sacristía; conoce las circunstancias del obrero granadino, que son lamentables, pues, como él dice, para encontrar trabajo, tienen que hacer alarde de impíos, sobre todo los del gremio de albañil: quisiera él contrarrestar esta corriente, y, como no encuentra compañeros de su calibre, se mete solo entre sus antiguos amigos; éstos le aprecian, y reconocen haber perdido en él una buena prenda, y así tratan de ganarlo, ofreciéndole buenos puestos y uno de los primeros cargos de una sociedad anticatólica que hay en Granada. Disputan con él; le dicen que se ha vendido á los Jesuítas; que lo hemos comprado para hacer propaganda, etc.; él los refuta como puede, y no lo hace mal; y cuando hay algún atrevido que se arroja á tocarle, como lo ha habido, se impone con energía, para hacer ver, como él dice, que no por ser católico deja uno de ser hombre: «Disputad cuanto queráis, les dice, y yo os responderé; pero al primero que me toque le doy un tiro».

Anda armado, porque no ha faltado quien ha salido al camino para matarlo, en venganza de haberse revolcado sin querer, en el suelo, al terrible impulso de un bofetón recibido de la mano de nuestro Fernando, cuando se burlaba de la fe, remedando los actos de piedad que se practican en el Patronato, como es el santo rosario; siempre lleva consigo esta arma santísima; y cuando en el trabajo apunta algún extremo de él por el borde del bolsillo, donde lo lleva prendido, res-

ponde á las mofas de sus compañeros, que no se avergüenza, que es la herramienta con que trabaja y el arma con que lucha.

Sería nunca acabar, si nos propusiésemos narrar todos los hechos de este hombre: baste lo dicho para darle á conocer, y pidamos á Dios persevere constante.

Una de las cosas que él siente grandemente, es la falta de instrucción en que se encuentra, para poder rebatir las dificultades y perversas ideas de sus contrarios; por lo cual tiene hambre de devorar los buenos escritos, para poder, como él dice, pronunciar discursos, para argumentar y confundir con la abundancia de doctrina la ignorancia de tantos charlatanes.

Un día trabajando sobre una pared de unos 4 metros de altura cayó sobre un cubo de hierro, rompió el cubo y él no se hizo nada: «La cruz, que llevaba conmigo, dice él, me ha librado de un desastre».

Es de advertir, que su mujer cosía muy bien en las costuras de las ropas, medallas, etc.; él las sentía, pero como no iba á descoserla, para quitarlas, tenía que conformarse.

¡Cuántas confesiones y comuniones ha habido de hombres y de jóvenes de 18 á 20 años que lo han hecho por primera vez! Esto sin contar las de menor edad, por ser cosa corriente. En el curso de 1908-1909, se acercan á 100 las primeras comuniones; y en los días solemnes, como la Inmaculada, primero de año, San José, etc., oscilaban las comuniones entre 60 y 120. El día de clausura de las clases comulgaron 140. Además casi todos los domingos no han faltado algunas comuniones, y á veces bastantes como 20 ó 30. Hay algunos, tanto hombres como niños, que lo hacen con frecuencia; y es de notar que, sino fuera por este Patronato, probablemente casi todas esas comuniones se reducirían á cero.

Dicho está por lo tanto que se influye de una manera eficaz en las costumbres de estos pobrecitos, porque se les infunde temor de Dios casi sin pensarlo ellos, y con la enseñanza diaria del Catecismo, podemos sacarlos de la ignorancia religiosa en que se hallan sumidos. Es lástima ver cómo se presentan de ordinario sin saber siquiera las primeras oraciones; por donde se ve también el descuido de los padres de familia. Y no sólo se nota abandono, sino también positiva desgana

de aprender el Catecismo. Muchos ponen su conato en aprender á leer y escribir y algo de cuentas, como dicen; y en lográndolo se largan y desaparecen, como sino nos hubiéramos conocido.

Otro de los medios con que se fomenta la piedad, es procurando que asistan á misa los días festivos en la capilla del Patronato, para lo que se les da un vale de cinco centimos. En la misa se les platica sobre el Evangelio ó el Catecismo. Los vales los guardan con cuidado, pues aunándolos con los de un céntimo, que reciben cada noche, y con alguno de 25 ó 50 céntimos, y hasta de una peseta, que hayan ganado en los certámenes de Catecismo, logran reunir buena cantidad de céntimos, con que se hacen acreedores á buenos premios, los cuales se reparten dos veces: en Navidades y fin de curso. Los premios suelen ser prendas de vestir: cortes de chaqueta, pantalones, cortes de camisa, fajas, calcetines, camisetas, gorras, pañuelos, bufandas, etc.

No ha dejado de producir también buenos resultados una misión que se les procura dar por la Cuaresma, solamente en el tiempo que durarían las clases, para que no tengan excusas. Añádanse á esto las dos Congregaciones, la de San José, para hombres, y la de San Luis, para niños, que contribuyen no poco para avivar la fe. Además los días festivos, se les ha proporcionado un atractivo bastante eficaz, para evitar muchas ofensas de Dios, en algunos juegos inocentes, como el balón, bolos, lotería, etc., amenizados no pocas veces con agradables meriendas.

Hasta ahora en tres ocasiones han tenido representaciones ó juguetes cómicos, por los que tienen bastante entusiasmo. Suele ser por el tiempo de Navidades, el de Carnaval y el mes de Mayo al cerrarse las clases. Para esto dispone el Patronato de un hermoso salón formado por una bóveda donde caben más de 800 obreros. Allí se les ha arreglado un decente escenario con tres decoraciones. Estos andaluces tienen mucha gracia y sal, como es sabido, y así con pocos ensayos y casi dejándolos sólos han representado con muy buen éxito. En Navidad suelen tener dos representaciones.

El curso de 1908 á 1909 asistieron el primer día 600 obreros. Las circunstancias no podían ser más favorables; se habían repartido muchas invitaciones; acudieron hasta de algunos pueblos circunvecinos, y claro está que los padres, los tíos, los hermanos y los amigos de nuestros obreros fueron los primeros en acudir. Aprovechando tan buena coyuntura les habló un Padre, y luego un congregante de San Luis: en estas circunstancias llegó el Excmo. Sr. Arzobispo y también él

dirigió la palabra á sus obreros. Esta fué la función primera; la segunda que se tuvo el 1.º de Enero fué mucho más concurrida: llegaron á 800 obreros; después de terminada la representación les habló otro Padre y todos se retiraron contentos, después de distribuídos los premios. En el Carnaval fué tanto lo que gustó la representación que al segundo día pidió el público se repitiera un acto del día anterior, por lo mucho que les había complacido.

Vamos ya á terminar brevemente esta narración con algunos casos edificantes.

Uno de los Padres tenía en su clase un joven muy revoltoso; no sabía cómo sujetarlo, hasta que una noche dice el joven al Padre: «Padre, déjeme sentarme en su mesa». La petición era atrevida; pero el Padre le dijo: «Si te sientas en mi mesa, tienes que ser muy formal; pues ¿qué dirían los demás al verte tan inquieto en mi mesa...?» Lo prometió; y el Padre, le puso la condición de que le escribiera una carta como á un amigo, con mucha confianza, contándole los secretos de su corazón. Se puso nuestro joven á escribir, y he aquí, que deja escritos sus pecados todos en el papel. Encarnado como un tomate, entrega al Padre su carta, añadiéndole que se acusaba de todo lo demás que no se acordaba. Después de la clase recibió la absolucion. Fué admirable é ingeniosa bondad del Señor; pues se fué reconciliado con Dios, para no volver más al Patronato, porque ya no pudo hacerlo en adelante, aunque quiso.

El mismo Padre había trabajado con otro joven, hábilmente, para que se confesara, pero no logró nada; hasta que Dios se encargó de hacerlo, á pesar de la resistencia que monstraba; pues le envió una buena enfermedad, con la que fué á dar en el Hospital. Viéndose muy mal y acordándose de lo que el Padre le había dicho para convertirlo, le mandó llamar. Este le visitó tres veces, y en ellas se confesó y comulgó.

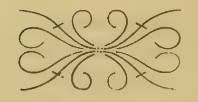
Otro de los grandes bienes que se siguen del Patronato es, que nos van en primer lugar conociendo los que, antes de tratarnos, tal vez, nos tenían por unos seres por lo menos inútiles, si no ofensivos y perjudiciales á sus derechos, como muchos dicen. Al conocimiento por medio de nuestro trato se sigue el cariño, y en muchos tan sincero

amor, que dan á Dios gracias por el día en que toparon, como dicen, con nosotros.

Iba un Padre por la calle, con dos bultos en las manos, para dar una misión en un pueblo. Encontróse con dos discípulos suyos: «Padre, ¿á dónde vá V?—A tal parte.—Pues nosotros le acompañamos, porque vamos al taller por el mismo camino». Después de resistir el Padre un poco le tomaron los bultos. Al entrar por la Gran Vía, una de las principales calles de la ciudad, notó el Padre que uno de los dos tenía vergüenza: le pidió el bulto. El otro compañero también lo notó y se lo echó en cara. En efecto, el cobarde se separó, y se fué por otra calle. Siguieron sólos los dos atravesando lo principal de la ciudad y recibiendo el Padre la prueba de gratitud de su discípulo.

Sirva este caso para manifestarnos el estado de esta gente, que se avergüenza hasta de saludar á los sacerdotes, porque ya ni siquiera tienen idea de su misión sagrada en este mundo; por eso contamos como caso edificante que, un joven del pueblo, prevenido ya de antemano con los beneficios recibidos, se ofrezca á prestarnos alguna atención.

No cesemos, por tanto, de suplicar al Señor que una obra tan dificil y tan provechosa como esta, prospere de día en día para su mayor honra y gloria.



RESIDENCIA DE GRANADA

FIESTA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PROCESIÓN CON EL SANTÍSIMO

EN LA IGLESIA DEL SAGRADO CORAZÓN

Desde mucho antes de las cinco de la tarde fueron llegando á nuestra iglesia todos los invitados para concurrir á la solemne procesión que, por primera vez, se iba á celebrar en Granada con pompa y grandiosidad.

La iglesia, los atrios y el patio de la Residencia, eran insuficientes para contener á los fieles, muchos de los cuales tuvieron que incorporarse desde la calle en el lugar previamente designado en la comitiva. A la puerta del templo se apiñaba enorme multitud, apenas contenida por las fuerzas de orden público, que pugnaban por dejar expedito el paso á la procesión.

A las seis, hora anunciada para la salida, era imposible aproximarse al templo; millares de almas esperaban la salida de la procesión; la Gran Vía presentaba un aspecto indescriptible. Los amplios andenes de la anchurosa calle estaban ocupados por la muchedumbre; y todos los balcones, adornados con hermosas colgaduras, aparecían completamente llenos de gente.

El Venerable Prelado, tuvo que entrar en la iglesia por la puerta

de la Residencia, y esto costándole gran trabajo, pues era dificilísimo abrirse paso por entre la multitud.

En el interior del templo era imposible organizar las asociaciones, y gracias a las acertadas medidas tomadas oportunamente pudo moverse aquella masa humana que se estrujaba materialmente, sin poder siquiera ponerse en marcha. Comenzóse con el *Tantum ergo* y se colocó el Santísimo en la Custodia, que fué conducida en hombros por varios sacerdotes.

ORDEN DE LA PROCESIÓN

Abrían la marcha un cabo, cuatro números de la Guardia Municipal de Caballería y dos del Cuerpo de Seguridad.

Seguía luego la banda de música del Hospicio, cruz alzada y ciriales y las asociaciones siguientes: Corte de María, con su estandarte; Escuelas dominicales de niñas, con estandarte, de los diferentes Colegios, de San Estanislao, Divina Pastora, San José, Corazón de Jesús, Nuestra Señora del Rosario, Nuestra Señora de las Angustias, Santísima Trinidad, y Purísima; Hijas de María de San Ildefonso, con su estandarte, presidida por el Sr. Cura Párroco; Talleres de Santa Rita; Hijas de María de la Magdalena, con estandartes presididas por su Director; Hijas de María de la iglesia del Sagrado Corazón, con estandarte; Nuestra Señora del Perpétuo Socorro y San Alfonso María de Ligorio, de la iglesia de San Juan de los Reyes, con estandarte; Asociaciones del Sagrado Corazón de Jesús; Buena Muerte; Madres Cristianas; Sagrado Corazón; Corazón de Jesús de San Juan de Dios, con estandarte; Banda de música de las Escuelas del Ave-María; dos individuos de la Cruz Roja; Centro Obrero del Ave-María del Triunfo, y estandarte, presidido por D. Pedro Manjón; Congregaciones de San Estanislao de Kostka y San Luis Gonzaga; Adoración Nocturna, con bandera del turno de los Tarsicios y de la Sección; la banda de música de Obreros Polvoristas del Fargue; Hermandad del Santísimo con su estandarte; comisiones militares; la Real Maestranza, representada por 8 ó 9 señores de Granada.

Precedía á la Custodia la Cruz arzobispal é inmediatamente después iba el palio y el Sr. Arzobispo. Seguía el Ayuntamiento con sus maceros y 9 ó 10 concejales. La presidencia la formaban el Sr. Gobernador, el Alcalde y el primer Teniente Alcalde; los jefes de seguridad

cerraban la comitiva, el de Policía, el de la Guardia Municipal, la banda de música del regimiento de Córdoba, y la Guardia Municipal de Caballería; iba además en la comitiva, que era numerosísima, lo más escogido de Granada en todos los órdenes.

Para dar una idea del considerable número de personas que formaban la procesión, bastará consignar que, cuando la Custodia salía del templo, ya regresaba el principio de la procesión por la calle de los Reyes Católicos, lo cual supone que ocupaba la procesión más de un kilómetro de longitud y, según cálculo aproximado de la distancia, se puede asegurar que iban acompañando al Santísimo unas 4.000 personas en las filas.

Cuando apareció la Custodia en la puerta del templo, el momento fué solemnísimo; las bandas reunidas tocaban la Marcha Real, volteaban las campanas, y desde las torres de la Residencia y otros edificios cercanos se dispararon multitud de cohetes y palmas reales. La Custodia, á la que daban guardia de honor las fuerzas de la Benemérita, estaba perfectamente adornada.

En cuatro puntos hizo estación el Santísimo. Al llegar á la Audiencia penetró en el vestíbulo del antiguo edificio, donde aguardaban á S. D. M., vestidos de toga, el Presidente de la Audiencia y 12 magistrados; el Fiscal de S. M. y cuatro abogados fiscales; tres procuradores; el secretario de la Audiencia con ocho secretarios de sala; el decano del Colegio de Abogados con 10 colegiados; los ugieres de uniforme é infinidad de señoras. Los abogados formaban dos largas filas, hasta el altar levantado en el arco central de la escalinata con una riqueza y arte deslumbradores. Lo mismo este altar que los demás eran verdaderamente un derroche de riqueza y de luz; altar hubo que estuvo iluminado hasta las once de la noche.

Serían cerca de las nueve de la noche, cuando se recogió la procesión, pasando la Custodia por la Gran Vía entre varias filas de fieles que se quedaron alumbrando en la calle, por no ser posible penetrar en el templo; las músicas y los cohetes atronaban el espacio; las bengalas encendidas en los balcones, daban un aspecto hermosísimo á aquella calle, completamente llena de gente, siendo ya bien entrada la noche.

Los vivas al Santísimo, al Sagrado Corazón, á España, y á Granada se repetían incesantemente, y todo el mundo pugnaba inútilmente por penetrar en el templo, donde un Padre nuestro, con breves y sentidas frases, felicitó al pueblo granadino, al Prelado, á las asociaciones,

á las autoridades, y á todos los que habían contribuído á realzar, con su presencia, el acto solemne que aquella tarde había tenido lugar en honor del Santísimo. Los vivas á la Eucaristía, al Sagrado Corazón y á España se repitieron con delirante entusiasmo dentro de la iglesia.

TANDAS DE EJERCICIOS, CONGREGACIONES CÍRCULOS CATÓLICOS DEL AVE-MARÍA LA BUENA PRENSA

Carta del P. Luis Milagro.

Mi carísimo en Cristo H. Espinosa: Es difícil que pueda corresponder á las atenciones de su finísima caridad para conmigo; con todo haré lo posible por cumplir aquello á que de tiempos atrás estoy obligado.

Aparte de la continua asistencia al confesonario, que en Granada suele ser muy concurrido, mis ocupaciones se han reducido á algunos Ejercicios espirituales, y á lo que hemos trabajado los congregantes y yo en los Círculos Católicos de Obreros del Ave-María, y en el palenque de la prensa periodística.

Comenzando por los Ejercicios espirituales, tres veces los di en la Residencia de las Esclavas, con asistencia de unas 30 señoras en cada una de las veces; las cuales señoras, como de ordinario son piadosas, sacan mucho fruto de estos días de retiro.

De más consuelo y fruto fueron los que ayudando yo al P. Pedro Ruiz, dimos en la iglesia de la Residencia en los días del 20 al 28 de Marzo. El P. Ruiz tenía las pláticas y yo las meditaciones. Era gran consuelo ver la iglesia materialmente llena de señoras de todas clases,

escuchando con una atención grandísima, y en número de 1.000, según el cálculo más aproximado. En las confesiones se vió el fruto que siempre se saca de estos días, que parece tiene Dios especial empeño en mostrar cuán verdadero es el retrato que nos dejó de sus bondades en la parábola del Hijo Pródigo. Si se atiende que ya en Febrero dieron Ejercicios á señoras los PP. Agustinos, y que en las escuelas y en el Servicio Doméstico ya los habían dado el P. Orti y el P. Superior de nuestra Residencia á unas 400 señoras y señoritas de lo más escogido de la población, se podrá formar idea de lo que suponen los Ejercicios á señoras en Granada.

También di Ejercicios en el Colegio de MM. del Sagrado Corazón á unas 40 colegialas, todas las cuales se aprovecharon mucho. En casas religiosas di Ejercicios en el Convento del Angel; triduos de renovación á las religiosas del Servicio Doméstico, y á las Esclavas; y además un retiro de seis días á las religiosas Capuchinas, las cuales como no suelen hacer Ejercicios con los nuestros, reciben nuestras palabras con una devoción y agradecimiento extraordinarios. Tantos años habían pasado y me hablaban con gran cariño de los memorables Ejercicios que les dió en varios tiempos el P. Martínez; de los que hace también bastantes años les dió el P. Pagasartundúa, y hasta de un día de retiro dirigido por el P. Hitos. Y repetían el consabido dicho: «Pasteles de pastelería, y Ejercicios de la Compañía».

En la Congregación de la Buena Muerte, de la que he sido indigno Director, nada tengo que decir, sino que fué llevando su vida regular, creciendo en unas 50 el número de asociadas, en 3 ó 4 el de caballeros, y que cuando ya estábamos dando organización especial á los coros de las señoras, y se trató en junta de caballeros algún medio para que aumentase la Congregación entre los hombres, plugo al Señor ponerla en mejores manos, que realcen y mejor los consabidos planes.

Vamos á la Congregación. En sí misma, siguió su vida ordinaria de misa, rosario y plática cada uno de los domingos del año, habiéndose celebrado con algún esplendor las fiestas de la Inmaculada, seisena y día de San Luis Gonzaga. Estas funciones se celebraron en la iglesia con exposición de S. D. M., orquesta y escogidos oradores de la Cartuja.

También resultaron muy bien los Ejercicios espirituales de los congregantes que, en número de 126 y repartidos en tres tandas, hicieron en Cartuja. Se repartieron invitaciones impresas con un mes de anticipación al día en que comenzaba la primera tanda, y con todo este tiempo fué fácil hacer las combinaciones que, entre estudiantes, suelen resultar difíciles. Para no ser gravosos en Cartuja, y quitar á los jóvenes la ocasión de quedarse con el dinero que en sus casas les suelen dar para que ayuden á los gastos de manutención, se les dijo que, sin exigir nada la Congregación, cada uno podía entregar la limosna que quisiera á un congregante, que se señalaba; que de estas limosnas se haría cargo la Junta Directiva, para dar una limosna al P. Rector, y que á la familia de cada congregante se le pasaría un recibo: de esta manera se hizo y resultó muy bien.

Esta fué la vida ordinaria de la Congregación de San Luis, pues la de San Estanislao no merece especial mención, sino es el aumento de 50 congregantes: esto es cosa de cada año. Pero había en la Congregación una porción de jóvenes animosos y decididos á trabajar en toda buena empresa. Una ocasión faltaba, para comenzar, y vino á proporcionarla una carta de D. Pedro Manjón, pidiendo la cooperación de algunos congregantes en el Centro Dominical de Obreros Católicos del Ave-María. El 4 de Octubre se inauguró la Congregación. El día 11 leí la referida carta, y dije que la obra á que nos invitaban era muy del agrado de Dios, y que á las tres de la tarde iría al Centro de Obreros del Ave-María con los que quisieran acompañarme. Cinco congregantes me esperaban para dicha hora en la portería, y nos dirigimos al Círculo. No es para describir el entusiasmo con que fuimos recibidos, y los saludos oficiales que de una y otra parte nos dirigimos. Como P. Director presenté á los congregantes, y terminada la reunión de obreros nos constituímos en junta, y se nombraron los diferentes cargos de sección.

Fué aumentando como hasta 12 el número de la misma, y se comenzó á trabajar en la Caja de Ahorros, en la Cooperativa de consumo, en la restauración de los telones de teatro del Círculo, en la biblioteca, y en lo demás que ocurre en estas obras. Los trabajos en la Cooperativa fueron los más famosos, porque puestos á tenderos y al-

macenistas unos jóvenes que en su casa no movían un palo, puede V. figurarse cuál sería aquel noviciado. Un congregante me vino lleno de apuros, porque en un descuido se había dejado abierto el grifo del aceite y se había derramado por valor de unas 2 pesetas: «Aquí las traigo; tómelas V., me dijo, y que me pongan en otra cosa, pues se enfadó D. Demetrio, y no quiero que me regañen más». Y sería cosa de nunca acabar, pues, como ya sabemos el carácter de estos jóvenes, había que hacerse cargo de estas y otras peripecias, y darles ánimo para que no desfallecieran.

Pasados tres meses de noviciado, era de ver el garbo y gracia de estos nuevos tenderos; pues como los andaluces derraman la sal á puñados (aunque alguno conozco yo bastante desgraciadico), iba resultando aquello cada día mejor.

Pero éramos ya muchos elementos para trabajar, y había que extenderse á fundar otro nuevo Centro. Esta fundación se hizo en Enero de 1909 bajo la presidencia del Pbro. D. Salvador Prados. En un hermoso local que tiene para sus Escuelas el Sr. Manjón en el barrio llamado «Las Vistillas» debajo de las arboledas de la Alhambra, rodeado de vistosos cármenes, y en medio de una hermosa huerta, allí está el local del nuevo Centro de Obreros. Asistió á la inauguración el Señor D. Andrés Manjón, que nos dirigió su autorizada palabra; un congregante expuso á los obreros el objeto con que se les convocaba, y hablamos cuantos en aquella obra poníamos nuestro granito de arena, cada uno diciendo la cooperación que ofrecía, y quedaron inscritos 54 obreros, y la obra en marcha.

Llegó el tiempo de Cuaresma y ayudado de los Pbros. D. Pedro Manjón y D. Salvador Prados, como doctrineros en las respectivas Parroquias, dimos dos misiones para los obreros y sus familias en las iglesias de San Ildefonso y de San Cecilio. La de San Ildefonso, como viene celebrándose desde hace 6 años y cada vez más concurrida, resultó una misión en toda forma. Y no sólo fué para los obreros del Centro, sino que muchas señoras de Granada considerando cosa sublime para sus cocheros y criados los Ejercicios, que con elocuencia tan arrebatadora dirigía nuestro P. Solá á los caballeros en nuestra iglesia, los enviaron á nuestra misión. Uno de ellos, sin duda que era la primera misión que oía, quedó muy descontento de la conducta que el padre del Pródigo tuvo con su hijo. «Lo que debía haber hecho, decía á su señora é hijas, era coger una vara y asentársela bien en las costillas». Y así otras cosas como estas decía, que costó buen tra-

bajo á sus caritativas dueñas hacerle entrar en la idea de la parábola.

La misión de San Cecilio, como primer año, fué más breve: del Domingo de Ramos, al día de Jueves Santo. En esta la asistencia fué más floja, pero la atención mucha, y los peces menos en número, pero algunos de mayor peso. Aunque en las dos cayeron buenos en la remanga. ¡Qué gran consuelo! El Sr. Cura de San Cecilio nos dijo: «que de 38 años que llevaba de Párroco era este el cumplimiento más formal que había visto.

Un incidente hubo en la misión de San Cecilio, y es que el sermón del miércoles no tuvo más que exordio, y éste pronunciado á duras penas: pues deseguida del avemaría, me indispuse de tal suerte en el mismo púlpito, que tuve que retirarme agarrado del brazo por dos obreros que me sostenían, y quedando las gentes penosamente impresionadas. Pero cuando á la noche siguiente me vieron tan jaque predicando el último sermón, que fué de la Pasión, todos me daban la enhorabuena por mi prodigioso restablecimiento.

Ibamos pues trabajando en nuestra obra, y los congregantes haciendose oradores como ya lo eran periodistas; y como todavía quedaba un sacerdote sin Centro propio, y se podían destinar algunos congregantes, se pensó en la fundación de un nuevo Centro, en medio del Albaicín, en la parroquia de San José. El local nos lo cedió gratuitamente la Excma. Sra. D.ª Mariana Tello, señora que hace muchas caridades en Granada; y el día del Patrocinio de San José quedó instalado el nuevo Centro. Este, por contar con menos medios materiales que los demás, ha tenido vida más raquítica; pero con los buenos ánimos de los congregantes, con perseverancia y algunos medios materiales que Dios enviará, creo se podrá formar un buen Centro. A mí me echaron la presidencia, y, cuando me vine por estas tierras, dejé 90 socios en lista, y unos 40 en efectivo.

Aquí están las rosas de nuestros trabajos en los Centros. ¿Y las espinas? Las tuvimos al principio en los mismos obreros, algunos de los cuales comenzaron por recelarse de los congregantes, pues no les entraba en la cabeza que «aquellos señoritos fuesen allá, sin más mira que la de hacerles bien». Los mismos congregantes con sus palabras y conducta lo dieron bien á entender, y aunque en la trastienda había que echar agua en algunos resquemores, manifestaron en esta prueba cuán por Dios lo hacían, y cómo al fin sabían poner debajo de sus pies los imprudentes dichos de los hombres.

De espinas, nada más. A no ser que pongamos entre ellas, nuestra

relativa facilidad en poner dineros en manos de los obreros para ciertos apuros, lo cual es siempre tan perjudicial, que lo aprendimos á costa de los fondos del Centro, del disgusto de algunos, y de la insolvencia de casi todos. Hasta que llegó un día en que se dijo: «Señores: de los fondos del Centro no se presta un céntimo. Se socorrerá al que lo necesite, pero los préstamos han de salir de la Caja de Ahorros». Y con esto se acabaron las envidias, y quedamos enseñados para adelante.

Vamos á la prensa. Tener Centros y no tener prensa, no está bien, decían los congregantes. 8.000 hojas que se repartieron á los pocos días del mítin del bloque radical, las cuales con expresión de números y de hechos, y en columnas confrontadas, pusieron de relieve lo que eran los radicales, y lo que los católicos daban á los pobres en Granada, fueron el impulso principal, para que comenzásemos á poner bases para la publicación de una hoja de propaganda. Treinta pesetas mensuales podían dar las Congregaciones Marianas. Con esto y con lo que se sacase de las suscripciones podían publicarse unas hojas del tamaño de las de Madrid, y como los redactores eran los mismos congregantes, teníamos la cuestión resuelta. *Pan y palos*, fué el título: tuvieron tanta aceptación que á los dos meses se dobló la tirada hasta 2.000 hojas. Merecieron la alabanza de la buena prensa, sobre todo de la francamente antiliberal, y así fuimos marchando.

El *pan* lo dábamos en la sana doctrina, y los *palos* á toda la gente mala, y á cuantos se echaban hacia la izquierda del camino. Algunos escocieron mucho, y nos quisieron derribar, tachándonos de imprudentes y atrevidos, pero llegaron á respetarnos.

Ibamos tan en viento en popa que una hojita parecía poco; y se pensó en algo más formal, y hasta en cambiar el nombre, pues á algunos les pareció que *Pan y palos* era cosa de socialistas. Se determinó que el título fuese *La Cruz y la Espada:* y que se publicaran dos ediciones: la hojita para los obreros, y las dos hojas de mayor tamaño para doctrina y anuncios de folletín. Alquilamos una casita para redacción, donde pusimos un conserje; y una especie de ágape, después de la bendición de la casa, que bendijo el P. Superior de la Residencia, fué el comienzo de esta segunda etapa.

Todo iba marchando á las mil maravillas, cuando por un suelto que publicamos sobre la apatía de los elementos católicos de Granada, resintióse grandemente la *Gaceta del Sur*. Escrito el artículo por los congregantes en propia defensa, les impidió el censor la publicación. «En propia defensa» se titulaba el artículo, y puesto el epígrafe, dejaron lo demás en blanco. Fué esto más elocuente que el mismo artículo impreso.

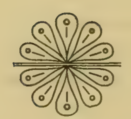
Así íbamos caminando con la cruz y batallando sin cejar un punto, cuando Dios Nuestro Señor tuvo á bien traerme á esta residencia de Toledo. Mientras estuve en esa hice el bien que pude; pida V. al Señor que trabaje lo mismo y más en todas partes. *La Cruz y la Espada* sigue, gracias al generoso esfuerzo de los jóvenes, aunque ahora van batallando solos por su cuenta y riesgo.

¿Está V. contento? Casi todo el trabajo de mesa del día de hoy, me llevó la escritura de esta carta. V. corte y que el Niño Jesús le bendiga, amén, amén.

Mis recuerdos á esos venerabilísimos PP. y HH.

De V. affmo. s. s. y siervo en Cristo,

LUIS MILAGRO, S. J.



PUERTO DE SANTA MARÍA

OBRAS DE CARIDAD
EN BENEFICIO DE LA CLASE OBRERA

Carta del P. Antonio Canales al H. Espinosa.

Muy querido en Cristo Hermano: Voy á pagarle una deuda; pues al invocar el título de la caridad ¿quién se resiste?

En cuanto á los obreros el año pasado hubo de esta región 13 tandas, de unos 26 individuos en cada una de ellas, que hicieron los Ejercicios en nuestra casa de campo y quedaron bien impresionados. Algunos de ellos hicieron entonces la primera comunión. Dicho se está que el negocio de confesiones y comuniones era absolutamente libre.

Poco contento debía andar el enemigo, cuando sus secuaces los socialistas andaban diciendo tantas lindezas de jesuítas, patronos y obreros ejercitantes; un caso desgraciado de un obrero, que vino enfermo y después murió, dió ocasión á un periódico socialista de esta localidad, titulado el *Sudor del Obrero*, para hablar de tal suerte y pintar con tales colores el suceso que nadie lo conocía. Allí se hablaba de *coacción*, y de *falsos jesuítas*..., etc., etc. La coacción consistía, en que los patronos les pagaban el jornal sin trabajar, y en que almas caritativas sufragaban los gastos necesarios, y no pequeños, para alimentar á tanta gente, y alimentarla bien. Por no haber tenido estos ingresos el presente año, no se ha podido *ejercer la misma coacción*. En cambio

han asistido á los Ejercicios, que en nuestra iglesia se dan á caballeros, solo por la noche durante la Cuaresma, con el fin de prepararlos al cumplimiento pascual.

Tienen los obreros un Centro Patronal, con una Sociedad de Socorros Mútuos para enfermos; se les exige el cumplimiento de los deberes de católico, que muchos cumplen, pero no deja de haber quienes en esto dejan algo que desear. En los momentos presentes piensa el Director en un expurgo. Avisos, visitas, lecturas buenas, conferencias, fácilmente se entiende el bien que hacen á esta pobre gente. que está sufriendo una descarga continua de metralla infernal.

Visitamos las escuelas de la población, para lo cual nos valimos de un individuo amigo de la Junta de Instrucción Pública, por cuyo medio se nos allanó el paso, y en poco tiempo se podrá hacer mucho bien á gran número de niños y niñas, según lo permiten las circunstancias que, fácilmente se comprende, no son las mismas para todas las escuelas.

Con respecto á la vida de las Congregaciones, aunque los hombres que comulgan en las comuniones generales son pocos, en cambio el *devoto femineo sexo* no desmiente su piedad. Por su medio llega nuestra acción hasta algunos que viven alejados de la Iglesia, y cuando les llega la hora fatal, estas son como el ángel de su guarda, que los pone al alcance del sacerdote.

En una Memoria leída el 6 de Abril en la Junta General de la Asociación de Señoras Auxiliadoras de Enfermos pobres, se da cuenta de los excelentes resultados obtenidos, por estas palabras: «Hemos salvado, piadosamente pensando, 46 almas, sin contar un número, mayor todavía, de los que han convalecido, pero habiendo recibido antes los santos sacramentos, y estando en vías de salvación». Entre otros casos se podrían referir los siguientes:

Vino un enfermo de gravedad al Puerto, y fué avisada una de nuestras socias; socorrió sus necesidades materiales que, con ser tantas, no eran tan grandes como las de su alma. El socialismo, y algo peor si cabe, habían envenenado aquella alma, dejándola en ese estado de abyección que produce la ignorancia, el despecho, y la desesperación, que, antes de intentar la conversión, hay que pedir luz al cielo para ver por dónde se puede acometer la empresa. El resultado fué satisfactorio: se instruyó cuanto pudo en las verdades de la religión, detestó las sectas que le habían engañado, explotado y extraviado, y recibió los santos sacramentos con mucho fervor. «Más de una vez. dijo al ver entrar á la señora, me parece que veo un ángel, cuando la veo

á V., por los buenos y grandes oficios que V. me ha prestado». Muerto ya, quedaba otro problema por resolver: el de su viuda, y un huerfanito, en una población extraña y sin medios de subsistencia. ¿Qué hacer? Se reunió para darles un modesto luto, y lo necesario para volver á su tierra, al lado de sus padres, que le sirvieran de apoyo y seguridad, pues se trataba de una mujer aún muy joven.

Un caso de la Medalla Milagrosa: Había una enferma muy opuesta á recibir á las señoras. Cinco días consecutivos fué rechazada la que había de ser instrumento de su conversión; al fin de los cuales, fué la señora hasta la cabecera de la enferma, y solamente suplicó que se dejara colocar la Medalla Milagrosa que le ofrecía. Aunque con gran indiferencia, accedió: pocos días después, mandó llamar á la señora, y le dijo que quería confesar. Se preparó y recibió todos los santos sacramentos, perseverando hasta el fin, devotísimo de la Santísima Virgen. Algunos casos más se podrían añadir; pero baste ver el siguiente resumen, en el cual es *cero* el número de *impenitentes:*

Enfermos acogidos	119
» fallecidos	46
Recibieron todos los santos sacramentos	39
» la Confesión y Extremaunción	13
» la Confesión	6
» Extremaunción	3
Impenitentes	0
Matrimonios hechos	5

La mayor parte de los enfermos, que han recuperado la salud, recibieron después en la iglesia los santos sacramentos. Estas señoras son las que enseñan la Doctrina á 350 ó 400 pobres, dirigidas por nosotros, y las que han enseñado á las niñas, en barrios apartados, y las que al por mayor las enseñan en los Colegios, como el de las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, Carmelitas, é Hijas de la Caridad. Por término medio se puede calcular que tienen de 200 á 300 niñas, cuya influencia llega á santificar la vida de muchos padres. Si á todo esto se agregan unos 400 ó 500 entre hombres y niños obreros de nuestras escuelas diurnas y nocturnas, se comprenderá fácilmente la labor no pequeña en que aquí se tiene puesta la mano, con el fin de educar este pueblo.

Además se han fundado á principios de este año dos escuelas catequistas, en los barrios extremos de la ciudad, para muchachas po-

bres de 10 años en adelante, que viven en la más completa ignorancia, por no haber estado nunca en la escuela y tener que ayudar á sus madres en el cuidado de la casa: también se han admitido jóvenes de 20 y 22 años. Se escogieron las horas, en que con más comodidad podían asistir todos sin faltar á sus ocupaciones. En el barrio de junto al río, la escuela, cuyo local han pagado personas piadosas, se ha tenido dos veces á la semana, y una en el barrio opuesto, que es casi todo de gitanos: el local para esta escuela fué cedido generosamente por un bienhechor del Colegio; han asistido por término medio á cada una de 30 á 40 muchachas. Cada escuela tenía al frente una señora de consideración como Directora, y las maestras eran jóvenes llenas de celo: les enseñaban á leer, contar y coser, y principalmente la doctrina cristiana: se les preparó para confesar y comulgar, y muchas lo hicieron por vez primera. Además de medallas y estampas y algunas telas para ejercitarse en coser, que les daban las mismas maestras, se repartieron al fin, entre las más constantes y mejores, varios premios, que consistían en cortes de vestido, pañuelos, delantales, etc.

En sus OO. mucho me encomiendo.

Siervo en Cristo Jesús,

ANTONIO CANALES, S. J.



SEVILLA

MINISTERIOS DEL P. NAVARRO

Carta del mismo Padre al P. Antonio Hernández.

Sevilla, 27 de Diciembre de 1909.

Amadísimo en Cristo P. Hernández: Cuando en Septiembre último me disponía, pasando por Granada, á darle á V. mi fraternal abrazo de despedida, me enteré de que ya se había ido V. *al otro mundo:* ¡lo sentí! ¡paciencia! Pues allá va esta cartita á contarle algunas cosillas de mis ocupaciones apostólicas.

Empecemos por Niebla, pueblo de 1.800 almas, de la provincia de Huelva; por ser población tan chica di yo sólo la misión, que fué de prueba.

Antecedentes: Cuentan de San Walabonzo, hijo de este pueblo, que al salir de su ciudad natal, sacudió el polvo de sus sandalias, á la vista de sus paisanos; tal fué entonces Niebla y por desgracia tal es ahora. Dijo el Sr. Cura ante mí y varios seglares de Valverde, que no había confesado á un hombre en casi 18 años. Yo he visto los libros de defunciones, y á penas encuentro un feligrés que haya muerto con los santos sacramentos; á lo más con la Extremaunción *sub conditione.* De misa, no hay que hablar; unas 60 personas en los días grandes. No se toma, por supuesto, ni una sola Bula en toda la población, que

es rica relativamente. Los amancebamientos, á la orden del día. Al principio creí que sería un pueblo indiferente, como tantos otros; pero no, es un pueblo de aluvión, como que con dificultad se encuentran 300 nieblenses, ó naturales de Niebla, inclusa la gente de color, que desde los tiempos de Colón reside aquí y que no quiere mezclarse con los blancos, á quienes superan en buena conducta; los demás pobladores de Niebla son cosmopolitas, atraídos por las minas de Rio-Tinto. Goza por supuesto Niebla de casinos *non sanctos* y hasta de capilla evangélica, cuyo pastor se ausentó poco antes de mi venida; por cierto que tenía yo determinado, como me lo indicó el P. Tarín, desafiarle á pública disputa en el instante mismo que se hubiese metido con los dogmas de la Iglesia, ó con la misión. Insinué mi propósito á varios hombres prudentes y me respondieron: 1.º que no vendría el tal pastor, pues dijo en la cabreriza que «él no quería nada con los jesuítas, cuya palabra tiene magia para trastornar á los pueblos y oscurecer el verdadero Evangelio»; y 2.º que en caso de venir, le retara en público porque era ignorantísimo: efectivamente no apareció durante la misión.

Estos son los antecedentes. Los *concomitantes* fueron el indiferentismo glacial; el pésimo tiempo que nos hizo, de suerte que no pude sacar ni una vez el rosario de aurora; la informalidad en los toques de las campanas, de manera que fué preciso constituirme en sereno, campanero, sacristán, sochantre, etc.; por último otras cosas, en personas más caracterizadas, que no son para escritas.

Ahora en particular sepa que la entrada y recibimiento fueron decentes y... gracias: vinieron las autoridades, pero tan á remolque, que hasta en la cara se les conocía; después prohibió el Alcalde la doctrina de los niños, porque... los cuatro días anteriores habían estado de fiesta con la cruz de Mayo, y ya perderían muchas clases; se logró que desistiera en parte de su mandato, y asistieron 92 niños y 134 niñas, que no es poco para una población tan abandonada como esta.

Consiguientes: Se trabajó cuanto se pudo, pero ¡valiente misión de Niebla y famosa niebla de Misión! A la misa de aurora venían unos 100 fieles. Con todo logré que el domingo llegaran á 472 personas mayores: ¡gran puñado son tres moscas!, sin embargo fué *res mirabilis*. A la procesión infantil acudieron 300 niños, la cual gustó mucho y arrancó algunos vivas, cantando al fin *espontáneamente* los niños la coplita:

«Padre misionero,
No se vaya usted,
Que el pueblo de Niebla,
Á Dios será fiel».

¡Ojalá hubiera sido verdad tanta belleza! Al ejercicio de la noche concurrían muchos más hombres que mujeres, unas 800 personas, y estaban con gran atención. Los sermones fueron terribles; mas el pueblo, lejos de disgustarse, decía á la salida estas ó semejantes frases: «Al Padre le sobra razón; porque vivimos á lo moro: ¡nos escuece lo que dice!» Las confesiones comenzaron con un rayito de esperanza: en la quinta noche estuve en el confesonario 3 horas con solos hombres; parece que iban cayendo por cuenta-gotas.

Dificultades especiales impidieron las funciones del Cementerio y del Perdón; en cambio la procesión para llevar la Sagrada Comunión á los impedidos fué solemnísima, aunque también por razones especiales la tuve yo que celebrar. ¡Hacía tantos años que no salía el Señor en público!

En esta ocasión gran número de fieles me acompañó cantando el santo rosario; el pueblo no solo llevó muy bien el acto, sino que teniendo que pasar la Divina Majestad por la plaza y el mercado, todo el mundo se calló, nos abrió paso, se arrodilló y aun no pocos se unieron á la comitiva, lo cual prueba que no toda la culpa es de los fieles. Al dar la bendición con el Santísimo, muchos prorrumpieron en este grito: «Quédese, Padre, con nosotros; que seremos buenos cristianos».

El fruto fué el siguiente: Constando Niebla de 1.800 almas, se acercaron á la comunión infantil, 70; á la de las Hijas de María, 115; á la de difuntos, 298; á las dos de adultos 800: total 1.280 comuniones. Se arreglaron además 17 amancebamientos; no fué posible fundar el Apostolado.

La despedida me conmovió mucho: á pesar de la tenaz lluvia, gran parte del pueblo me acompañó á las afueras, y hasta la estación unas 80 personas. ¡Qué exclamaciones, qué lágrimas! ¡Dios tenga piedad de la pobre Niebla!

Al día siguiente marché á Cáceres á predicar el dificilísimo novenario de la Santísima Trinidad. Comencé en bien malas condiciones atmosféricas y locales: *atmosféricas,* porque hacía un calor sevillano, y el vetusto templo en que se celebraba el novenario es reducido; *locales,* porque era tiempo de feria, y así el ruido de automóviles, co-

ches, diligencias, tartanas y carros era ensordecedor; el barullo y gritería, propios de feria; y como los sermones eran á las siete y media de la tarde, hora de la salida de los toros y del desfile, no es de extrañar que el auditorio se compusiese de dos centenares poco más ó menos de fieles cacereños. Terminada la feria, y merced á una horrísona tempestad que refrescó el aire, aumentó considerablemente la concurrencia de hombres y más aún de mujeres.

Desde luego juzgué que la novena sería por desgracia de poco fruto; pues, según me dijeron las Hermanitas de los Podres, aquí gustan mucho de sermones y luces, bombo y platillos, pero de confesión y comunión, cero. Y efectivamente se oyó decir, aun á gente piadosa, que «estando tan cerca la festividad del Sagrado Corazón, cómo se iba á comulgar en Cáceres el 16 y el 18 del mismo mes: *¡sería un escándalo!*». Con todo los cacereños se mostraron tan complacidos que, habiéndome dicho el Sr. Arcipreste y la Presidenta de la Asociación que fuera breve en los sermones, y tardando yo en los primeros días media hora justa, como acostumbro, vino la Junta á rogarme que me alargara un poco; concedíles tres cuartos de hora, y nada más.

Una cosa llamó poderosamente la atención á clero y fieles, y fué que durante todo el novenario les hablase de la Santísima Trinidad y de los atributos especiales de las divinas Personas, con la aplicación moral correspondiente á cada atributo; pues jamás los predicadores se habían atrevido, según me dijeron, á hablar del misterio en el novenario: *alius sic, alius vero sic; in omnibus Christus.*

Sea de ello lo que quiera, Cáceres, pasada la feria, se portó decentemente: la gente llegó hasta apiñarse en la iglesia, á pesar del calor, consolándome mucho el número creciente de hombres. Asistieron todas las noches casi todos los sacerdotes y los Padres Búfalos ó de la Preciosa Sangre, los cuales, viniendo á despedirse de mí el último día, me felicitaron por el fruto obtenido en *confesiones, utílimas y consolatriches*, según frase italiana del P. Superior. Dejóme esto extrañado, porque precisamente estaba yo bien descontento del fruto, como que solo confesé en la víspera de la Trinidad durante seis horas, y en el día de la fiesta, durante dos y media; puede ser que como los Padres Búfalos son casi exclusivamente los confesores de Cáceres, fueran á su iglesia los fieles que yo no pude confesar en la iglesia de San Juan.

El día sexto del novenario vino á mí una señora muy afligida, entregándome un prospecto que la acababan de dar en la calle; provenía su aflicción de que la hojita era á su juicio *cosa de magia* ó *espiritis-*

mo, y digna, por lo tanto, de que se leyera en el púlpito, á fin de extirpar las herejías y asegurar la paz entre los príncipes cristianos. El prospecto (que estaba escrito en portugués) decía así en nuestro romance: «Preliminar de la obra en que se demuestra que todo el que quiera, puede vivir 100 años; lo escribe un Illmo. Sr. portugués de edad de 70 años, que espera vivir 100 más, tan sano y robusto como ahora está. Cuesta 500 reis». Me eché á reir al leerlo, y consolé á la buena señora diciéndola que no temiese nada por la santa Fe católica, pues parecía broma de feria. Si tengo á mano los 500 reis, compro un ejemplar al P. Niutta.

De Cáceres partí primero á Fregenal y después á Madrid, para las novenas del Sagrado Corazón; las cuales se celebraron con laudable concurrencia y fruto, pero sin que ocurriera nada que de contar sea.

Habiendo descansado unos días en el Puerto, y hecho los santos Ejercicios anuales, fuí solo á Guadix para dar varias tandas de Ejercicios al clero, siendo la menos numerosa de 42 sacerdotes. No se habían dado aquí los santos Ejercicios lo menos en 12 años; y gracias á la bondad divina, á la protección de nuestro glorioso Padre San Ignacio, al firme propósito del Sr. Obispo (que presidió la primera tanda) y al buen deseo de todos, se hicieron con tanto silencio, atención y provecho espiritual, que era para alabar á Dios. ¡Qué confesiones más sinceras y edificantes! ¡qué sumisión! ¡qué anhelo de adelantar en la virtud! Quedó tan bien impresionado el Sr. Obispo que, en su nombre y en el del Clero, escribió al R. P. Provincial dándole gracias cordialísimas por el beneficio que había concedido á la diócesis, enviando un Padre Jesuíta para este ministerio; y muchísimos sacerdotes rogaron al Prelado que les permitiera renovar anualmente este santo retiro.

Entre los demás actos, la promesa hecha ante el Santísimo de no leer prensa alguna liberal y perseguirla á muerte, la renovación de los votos de Castidad y Obediencia, leída antes de recibir la Comunión de manos del Prelado, y la plática final del mismo, conmovieron á los ejercitantes hasta derramar lágrimas y no encontrar palabras con que mostrar su agradecimiento. ¡El Señor les conserve tan santos y sacerdotales propósitos!

De Guadix volví á Cáceres para la novena del Santo Rosario, y gracias á María Santísima, los fieles llenaron por completo la espaciosa iglesia de Santo Domingo. Tanto al Prelado de Coria y á los muchos sacerdotes que á diario asistían, como al pueblo, agradó en extremo que durante toda la novena se tratara del Rosario y de las aplicacio-

nes prácticas que de él se deducen para la vida de familia, la conducta privada y pública de los cristianos, etc... Varios sacerdotes, repetían que ellos mismos ignoraban lo que se explicó sobre esta devoción.

La comunión fué inusitada para Cáceres: sólo en mi misa se acercaron á recibir al Señor 578 personas, 80 de ellas hombres. Matamos en la novena 3 *Heraldos*. 8 *Imparciales* y 1 *País*, y dimos vida á 5 *Siglos*. 9 *Correos Españoles* y 4 *Noticieros Extremeños*. También se quitó una oración *supersticiosa* sobre la Preciosa Sangre, muy extendida por Cáceres y dañosa á las buenas costumbres. Quería el Prelado desterrarla y no sabía cómo; de acuerdo con él, y aprovechando el gran concurso de fieles al novenario, repetí lo que en una misión hice con gran fruto. Preparé bien las circunstancias y en medio del sermón saqué la hojita supersticiosa, la leí y comenté, mostrando su evidente falsedad y su error protestante; y después, con gran aparato, en nombre y con la autoridad del Prelado, la condené y la rompí, diciendo que la maldición de Dios caería sobre los transgresores, como aquellos pedacitos de papel caían sobre ellos. Causó efecto asombroso; la gente sacudía de sobre sí los papelitos, y al día siguiente ya tenían en su poder el Prelado y varios sacerdotes más de 500 hojitas rotas.

Desde Cáceres me dirigí á Madrid á predicar el triduo de desagravios, que se celebró en nuestra iglesia del Sagrado Corazón, por los infames sucesos de Barcelona. Hablé, según me lo habían indicado, sobre sus causas, á saber: 1.º la indiferencia y odio religioso; 2.º la mala prensa; 3.º las escuelas laicas; hice lo que pude con el mayor fervor y energía; y conforme manifestaron muchos fieles al P. Provincial y al P. Superior de la Residencia, el fruto no fué pequeño, en particular por lo que hace á los periódicos: ¡quiera el Señor que la horrible peste de la prensa liberal se vaya conociendo y evitando en nuestra patria!

Terminé en la corte el 11 de Octubre y vine el 12 á Pedroche (Córdoba) á dar los Ejercicios á la Comunidad de Franciscanas Concepcionistas y á predicar la novena del Divino Corazón.

Como este pueblo es tan cristiano, y la iglesia de las monjas no grande, hubiera V. visto á centenares de personas sentadas en los morrillos de la calle por no caber ni de pie en la iglesia, sacristía, cancel, etc., escuchando devotamente la palabra de Dios. ¡Cómo se sacrifica uno gustoso ante tanta piedad para con el Divino Corazón! Constando Pedroche de más de 2.000 almas, estuve largas horas en el confesonario, y en la misa de comunión general recibieron al Señor 900 fieles: ¡qué alegría!

Pero ya dice Nuestro Padre San Ignacio que en la consolación se prepare el ánimo para la desolación ventura, y ésta se presentó en forma de misión á F. de la Frontera, de pésima fama religiosa, y á donde fuí solo (por ser población de corto vecindario) el 30 de Octubre.

Llegué sin novedad *á bordo;* no crea V. que la palabra *á bordo* está puesta al buen tuntún, porque aún no sé de cierto si arribé por agua *en galera náutica,* ó por tierra *en galera acelerada:* ¡qué manera de llover! ¡y qué manera de guasearse la gente en las estaciones con los vendedores de *«agua fresquita, agua»!* ¡Mire V. que vender agua, cuando está lloviendo á mares! Se vé que en esta tierra andaluza el *tempus ridendi es in aeternum,* presente de indicativo.

El recibimiento de la misión, decente y respetuoso; las autoridades vinieron á ofrecérseme. El concurso al ejercicio de la noche, regular; más hombres que mujeres, y con mayor atención aquéllos que éstas. A la primera misa de aurora acudió poca gente; al Catecismo, unos 230 niños: aquí no se usa confesar y comulgar, ni siquiera los hermanos de la Hermandad del Santísimo. Se ha abolido *de hecho* la santa misa; en cambio abundan los amancebamientos, y los niños de 12, 20 y más meses sin bautizar. Se juega á los prohibidos como en Sevilla. ¿Querrá V. creer que bastantes niñas se confesaron *á escondidas,* y no han venido á comulgar por oponerse sus padres formalmente á ello? Las mujeres son peores que los hombres, provocadoras y descreídas hasta un punto inconcebible. Los hombres algo menos descreídos en teoría; prácticamente... maridos de sus mujeres.

Para que se forme una idea de los abusos que en materia religiosa reinan entre esta gente, bástenle estos dos botones: 1.º Era costumbre que siempre que salía en procesión la Santísima Virgen, la precediesen los mozos y las mozas agarrados de la mano y hablando entre sí lo que V. se puede imaginar: claro que en su origen debió ser cosa distinta, que después ha degenerado en tal corruptela. 2.º El día de difuntos, terminado en el cementerio el responso solemne al anochecer, se queda la gente joven á la puerta y aun dentro del cementerio, y ¡horror me causa el decirlo! allí se ponen á bailar.

Resolví oponerme á ambos abusos, aunque me costara la vida. Así, pues, en la procesión infantil (que gracias á Dios y á los señores maestros resultó muy lucida) saqué, como de costumbre, las imágenes del Niño Jesús y de la Santísima Virgen, pero en vez de ir los niños en dos filas, los puse en una sola y ocupando el centro. Al acercarse, pues, la primera pareja de jóvenes para colocarse ante la imagen de la

Virgen, encontraron el sitio ocupado; quisieron meterse fraudulentamente, pero con cara de pocos amigos les manifesté que en aquella procesión no iban ante la imagen de María más que los niños; los demás fieles ó se marchaban, ó se colocaban detrás del Sr. Cura, y que sobre esto *no había más que hablar*. Los jóvenes, aunque eran de los más pudientes de F. de la Frontera, se callaron y se fueron. Corrió pronto la voz, y las demás parejas que en el trayecto se acercaron, se lo tuvieron por dicho: no hubo, por el favor de la Virgen Santísima, profanación alguna.

En cuanto al segundo abuso, como el día de difuntos caía en la misión, determiné para evitarlo poner el ejercicio principal á la hora justa, siete de la noche, en que comenzaba el baile; además, de acuerdo con el Sr. Alcalde, que estuvo siempre de mi parte, dispuse como cosa mía y por estar en tiempo de misión (á fin de que ninguna autoridad diese en público la cara) dispuse, digo, que el sacristán, persona aquí de respeto, el sepulturero, hombre de armas tomar, y un alguacil decidido, bajaran al cementerio hacia las seis de la tarde, y se pusieran á la puerta, con orden expresa de permitir la entrada por grupitos pequeños, y *sucesivamente*, á todo el mundo que fuese á encender los farolitos ó velas que pendían ante las sepulturas; hecho lo cual, sin remedio, habían de salir del camposanto. La gente descreída protestó; mas viendo la actitud enérgica de mis tres mandatarios, se marcharon á bailar á un corral lejos del cementerio. Así se evitó aquella horrible profanación. ¿Parece mentira, eh?

A este mísero estado de la población se añadieron otras desagradables circunstancias: 1.ª que la torre de la iglesia es tan baja, que no se oyen las campanas en el pueblo, siéndome preciso salir por las calles á lo San Francisco Javier con una campanita en la mano cada vez que había un acto de misión; y 2.ª el tiempo malísimo que el Señor nos envió en su justicia, por lo cual ni un solo día pude sacar el rosario de la aurora: fué misión de prueba.

Con tales antecedentes el pobre Sr. Cura, el sacristán, el maestro y algunas otras personas que son buenísimas, se desalentaron y echaron al surco; yo les rogué que trabajáramos mucho, y oráramos más.

Se comenzó á animar la gente con la procesión de los niños, y con el triunfo del cementerio. Acudían al ejercicio de la noche en bastante número, concebimos algunas esperanzas, pero el mal estaba tan arraigado, que estas esperanzas eran burbujas, y se deshicieron. El fruto fué digno del pueblo, que tiene unas 1.600 almas: á la comunión in-

fantil acudieron 58 niños, á la de Hijas de María, 75; á la de Animas, 180; á las dos de adultos, 474: total de comuniones, 785; cosa inaudita en los fastos religiosos de F. de la Frontera.

Se bautizaron 5 niños ya grandecitos, se arreglaron 7 amancebamientos; pero sobre todo se logró cortar aquellos abusos que tal vez no se vuelvan á repetir: ¡siempre se obtiene algún bien de las misiones!

La despedida, fría como el tiempo, y triste como el mes de difuntos en que nos hallábamos. ¡Dios tenga misericordia de nosotros y de aquella población!

Terminada el 9 de Noviembre tan desconsoladora misión me llamaron á Madrid el 11 del mismo para dar un triduo de reparación por los sucesos de Barcelona en los 4 barrios extremos de la Corte, catequizados por la heróica Asociación de las Doctrinas. Se componía el triduo de santo rosario, brevísima plática doctrinal, cántico, sermón fuerte sobre los horribles desmanes y sacrilegios de Barcelona, considerados: 1.º en sí mismos, y 2.º en sus consecuencias para los pobres, los obreros y sus familias; todo ello autorizado con la lectura de periódicos anticlericales, cosa que les causó una impresión vivísima; por último se cantaba el «Perdón».

En general la asistencia, el silencio y la atención auguraban magnífico resultado; pero el diablo metió la pata, y las comuniones no correspondieron al número de oyentes. Fué el caso que los republicanos y socialistas, tan abundantes en los barrios extremos de Madrid, sabedores por sus hijos y mujeres de nuestro intento, resolvieron impedirlo á toda costa, y así esparcieron por doquier la calumnia de que «después de confesar obligaríamos á todos á firmar una carta-protesta aprobando la muerte de Ferrer y condenando á los autores de los atropellos de Barcelona». Estó aguó el entusiasmo, pues muchísimos hombres, temiendo algún desmán de parte de los malvados de Madrid, prohibieron á sus hijos y mujeres venir á comulgar; con todo, no se perdió el tiempo.

El primer triduo se dió en Vallehermoso, Doctrina de reciente fundación, asistieron 700, comulgaron 500; el segundo en Bellas Vistas, asistieron 1.600, comulgaron 800; el tercero en Vallecas, asistieron 1.400, comulgaron 940; y el cuarto en las Injurias, asistieron 2.300, comulgaron 1.700.

En la penosa y saludable tarea de las confesiones, tanto por la tarde como en las madrugadas, compartió conmigo todo el trabajo el Director de la Asociación, P. José María Pagasartundúa, el cual, aun-

que estaba algo indispuesto, despreció el tiempo lluvioso y el frío á 2 bajo cero, y se puso á la obra como un operario sano y robusto. Las señoras, heroínas del celo y actividad cristiana, iban delante como siempre, y como siempre firmes en la brecha: ¡Dios se lo premiará!

Acabados los 4 triduos el 27 de Noviembre, di con mis huesos el 28 en Belalcázar para predicar la novena de la Purísima.

Como en este pueblo había yo dado misión con gran fruto, el novenario fué una prolongación de ella; saqué el rosario de aurora al que asistieron á diario 1.600 personas; á la función de la noche, la iglesia en absoluto llena; ¡oh, los de Belalcázar hacen bien las cosas de Dios y de su Augusta Madre! Preparé unos coros de niños y niñas para la procesión, entusiasmándose con esto mi gente lo indecible. Y ¡consecuencia forzosa! eche V. horas y horas en el confesonario.

El día de la Purísima, á las cinco, solemne misa de aurora con tres cuartos de hora de comunión; á las ocho, misa de comunión general; recibieron el Pan de los Angeles 684 fieles, casi todos Hijas de María ó jóvenes solteras; á las diez, misa mayor con panegírico ante un lleno rebosante; á las cuatro de la tarde, procesión; 340 Hijas de María, todas con velas adornadas, formaban las filas; en el centro mis coros; niños y niñas con trajes de primera comunión cantaron las avemarías y coplitas admirablemente en las cuatro estaciones convenidas; las autoridades é inmenso gentío seguía el paso de la Señora: ¡claro! la procesión dejó bizcos á los buenos belalcazareños; á las siete, último ejercicio y despedida entre vivas y lágrimas. Con que... no aprovechamos mal el día, ¿verdad?

Tuve que partir á las tres de la madrugada para Sevilla, á predicar el octavario de la Virgen. ¿Querrá V. creer que aun á hora tan intempestiva vinieron á despedirme más de un centenar de personas? ¡Pobrecitos! ¡cómo se lo agradecí! ¡Viva Belalcázar!

Terminadas el 21 de Diciembre todas mis ocupaciones apostólicas, me retiré á pasar las Navidades á la Santa Cueva de Cádiz, mi nueva Residencia, donde cobraré fuerzas espirituales y corporales para empezar el 4 de Enero nuevamente las misiones por Manzanares, en la Mancha.

¿Que cuántos ministerios he tenido durante el año? Pues sólo he dado 8 misiones formales, 9 novenas-misiones, 6 tandas de Ejercicios; y, en fin, varios triduos, además de los sermones sueltos: total, 196 sermones y 246 pláticas. Lo suficiente (y gracias) para cumplir con nuestra obligación.

Y... se acabó. Con que... felices Pascuas, y felicísimo Año Nuevo. Que no se olvide V. en esa floreciente Provincia, de su antiguo compañero de fatigas chamartineras, como yo no le olvido en el Señor.

Infimo hermano y siervo en Cristo,

LUIS GONZAGA NAVARRO, S. J.

MUERTE EDIFICANTE
DEL P. FRANCISCO DE PAULA TARÍN

12 DE DICIEMBRE DE 1910

Para consuelo y edificación muestra esperamos que se escriba una extensa biografía del P. Francisco de Paula Tarín, quien, lleno del espíritu de la Compañía de Jesús, fué ardiente celador de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Entre tanto, publicamos ahora la relación de su santa muerte, ocurrida en la Residencia de Sevilla, el 12 de Diciembre de 1910. Tomamos esta relación de la *Revista Católica*, de Sevilla, escrita por el presbítero D. José Sebastián y Bandarán, á quien, por el amor que tenía al P. Tarín, se le concedió que le asistiese y ayudase en su muerte. Dice así:

Predicó su último sermón el P. Tarín en la Isla de San Fernando el 21 de Noviembre, festividad de la Presentación de Nuestra Señora, y regresó el mismo día á Sevilla, comenzando aquella noche en la Residencia los santos Ejercicios de San Ignacio á pesar del mal estado de su pierna derecha, toda llagada: no sabemos si tuvo el P. Tarín noticia de su muerte próxima; de todas maneras, providencia especial de Nuestro Señor es que su siervo se dispusiera á ella, renovando su fervor con los santos Ejercicios: él mismo dijo en sus últimos días,

que el 24 de Noviembre, festividad del enamorado de Jesús, San Juan de la Cruz, sintió una moción interna del Señor que le obligaba á consagrarse del todo á Él, á entregarse de nuevo á su servicio por completo y á poner en las divinas manos su vida sin reservarse nada: hízolo así el Padre y tomó á San Juan de la Cruz por modelo de amantes inflamados de Jesucristo.

Terminados el 29 por la noche los Ejercicios y empeorado el estado de su pierna, tuvo que resignarse á permanecer en Sevilla, sin salir á misiones para más propagar la gloria divina, como intentaba: causaba esto profunda pena á su celoso corazón y así lo manifestó varias veces á diferentes personas, entre otras á su hermano en religión el ínclito P. Moga.

No omitió, sin embargo, el celebrar la santa misa, y verdaderamente sin poder sostenerse continuó ofreciendo todos los días el santo sacrificio hasta el domingo 4 de Diciembre, último día en que pudo hacerlo.

Por mandato de los facultativos fué trasladado de aposento, y se le obligó á guardar cama, con gran repugnancia de su espíritu de penitencia que pedía «le dejasen morir debajo de una escalera», y como quien no había probado el lecho, como innumerables veces pude ver, durante su vida religiosa.

Comulgó con gran fervor los siguientes días; el de la Inmaculada Concepción de María Santísima, además de haber comulgado por la mañana, como se acentuase la gravedad, recibió el Santo Viático y la Extremaunción á las cuatro de la tarde: asistió á tan conmovedor acto toda la comunidad de la Residencia y casi toda la del Colegio del Inmaculado Corazón de María: antes de recibir á Nuestro Señor, pidió el venerable Padre, con humildad profundísima, perdón á sus Hermanos por las faltas y malos ejemplos de su vida, prorrumpiendo después en afectos subidísimos de amor á Jesús Sacramentado y á su Madre Inmaculada, que arrancaban lágrimas de todos los circunstantes.

No se saciaba, sin embargo, su corazón, á pesar del fuego de amor de Dios que en él ardía; y como poco después le preguntase cómo se hallaba, me respondió: «Frío, muy frío; debiera yo ahora estar ardiendo, consumiéndome en amor divino, lleno de amor á aquella Virgen Inmaculada de quien tomó carne Jesucristo mi bien; y soy tan tibio, que no sé arder en ese fuego». Embebiose más y más en el amor de este Señor y no quiso ya otra conversación que la espiritual, ni otro deseo que el de gozar del cielo.

Todo el siguiente día, 9 de Diciembre, empleólo en disponerse con afectos ardientes para dejar la tierra y moverse más á penitencia: «Me van faltando las fuerzas, me decía, esto vá concluyendo, hasta que llegue el momento último; *momentum a quo pendet aeternitas:* pide mucho por mí, encomiéndame en la santa misa y á la Virgen Santísima mi Madre bendita».

No olvidó, sin embargo, á sus amigos; y como con frecuencia le dijesen que en la portería había personas interesándose por su estado, el Padre con caridad inmensa, agradecía estas manifestaciones y levantaba su diestra bendiciéndolos desde el lecho.

Desde el siguiente día, sábado, no me separé ya de su lecho, verdadera cátedra, donde ha enseñado tanto, que es imposible encerrarlo, no en unas líneas, sino en un voluminoso libro. Como los anteriores todo el día pasólo el Padre en coloquios subidísimos con el Santo Crucifijo que sostenían sus manos. Tuvo este día pláticas llenas de fuego con los que teníamos la dicha santa de rodearle, y recuerdo entre otras una, que con todo el fuego de su corazón y la potente voz que empleaba en sus sermones, hizo aquella tarde.—Le recordábamos estar en sábado, día consagrado á Nuestra Señora, y dentro de la octava de su Concepción Purísima, y nos edificaba oirle expresarse en estos términos, que de orden superior apuntaba yo mientras los decía: «Madre mía, llévame ya al cielo; no mañana, ni esta madrugada, sino ahora mismo, enseguida. Inflama, Virgen Purísima, en tu amor y en el de tu Hijo mi frío corazón y haz que te ame como amaban Luis Gonzaga y Estanislao de Kostka. Siervos santos del Señor, encended mi alma»; y en latín correcto recitó las dos oraciones de San Luis y San Estanislao; y como la de este Santo terminase en aquellas palabras *in aeternam ingredi requiem festinemus,* prosiguió diciendo: «si, *festinemus,* con prontitud, Jesús mío, llévame á Tí; que mi corazón vuele á Vos, Señor, con más velocidad que la luz, y que el viento y la electricidad y demás agentes físicos; que ardiendo en amor divino como ardía el corazón de Estanislao de Kostka, aquella recámara de amor, vuele mi espíritu á Tí y libre de las ligaduras de la carne, sea tuyo en tiempo y eternidad».

Había pedido para consuelo de su alma que colocasen junto á su lecho un grabado representando á San Francisco Javier, agonizante en la isla de Sanchón, y continuamente levantaba los ojos al cuadro y sostenía dulcísimos coloquios con el santo, á quien tan exactamente había imitado. Cuando apartaba la vista del Santo Apóstol de las In-

dias, la fijaba en un cuadro pequeño de la Virgen Inmaculada de los Dolores y explayábase en sentimientos purísimos de amor á la Señora, sin cansarse un momento, á pesar de lo sostenido de su voz y de la tensión de su espíritu.

Pidióme á media noche, con grandes instancias, que no le abandonase; y contestándole yo que estuviese tranquilo que así lo haria, aunque no lo pidiera, encomendóme con su humildad el cuidado de su alma: «No tengo, me decía, más que un alma redimida con la sangre purísima de Cristo, y quiero que se salve»; decía esto sabiendo que el astuto enemigo de las almas querría á última hora asaltarla, ya que él en vida tantas veces había derrocado su poder, y pedía que con jaculatorias y oraciones consolase su espíritu.

Redobló el fervor á medida que se acercaba su fin, y en toda la noche no hizo sino repetir las aspiraciones que yo recitaba. Tenía especial consuelo en decir estas: «*Cor Jesu flagrans amore nostri, inflamma cor nostrum amore tui*»; ó esta otra:

«¡María, Madre de gracia,
Madre de misericordia,
no desampares mi alma,
hasta llevarla á la gloria!».

Con ardientes ansias repetía con el Apóstol: «*Cupio dissolvi et esse cum Christo*», y las conmovedoras estrofas: «*Recordare, Jesu pie, quod sum causa tuae viae, ne me perdas illa die*», y esta otra: «*Qui Mariam absolvisti et latronem exaudisti, mihi quoque spem dedisti*». Al amanecer deseó, como de costumbre, recibir á Nuestro Señor Sacramentado; tuve el consuelo de administrárselo, y era de ver el fervor con que se preparaba, recitando en alto el *Miserere*, y el *Domine non sum dignus*, dando gracias después con el inspirado himno *Te Deum*.

Agravóse en su estado el domingo, de manera que su fin no podría ya tardar: no decayó, sin embargo, la fortaleza de su alma, y como el anterior, transcurrió el día engolfado en santas meditaciones y coloquios, recibiendo consuelo especialísimo con el uso del agua bendita y pidiendo frecuentemente beber agua de San Ignacio, y de la Inmaculada de Lourdes.—Indicó al ya mencionado R. P. Juan Bautista Moga cuán dichoso sería muriendo al día siguiente, lunes 12, consagrado á la fiesta de la Inmaculada Virgen de Guadalupe, á quien profesaba

devoción tiernísima, y de cuya imagen pocos días antes había entregado un precioso grabado al mismo R. P. Moga, alabando las notas impresas en dicha estampa, originales de un Padre Teólogo de la Compañía de Jesús, residente en Murcia.

Crecióle mucho la calentura y disminuyó la expectoración, que en los días anteriores fué contínua, lo que hizo aumentar la angustia del pecho y la dificultad en respirar. No exhaló, sin embargo, la menor queja, contestando sonriente á los religiosos que de contínuo le visitaban: «Estoy muy bien, muy bien»; y urgióme de nuevo el cuidado de su alma y el cumplimiento de un espiritual contrato, como él decía, conmigo celebrado, mirándome con frecuencia y diciéndome: «Mi alma, mi alma; cuida de ella».

A las doce de la madrugada del lunes 12, recité *el Angelus,* á petición suya, y con fervor singular contestó al mismo; á las dos de la madrugada comenzó á empeorar, por lo que fué necesario darle una inyección que le reanimara, y repetirla á las cuatro. A pesar de lo grave de su estado, como le preguntásemos si deseaba recibir á Nuestro Señor, contestó con energía: «Ya lo creo, enseguida»; dióle el Señor el R. P. Carlos Martínez, S. J., y con una energía que admiraba al doctor que le asistía, respondía á las oraciones del Reverendo Padre, como poco antes había recitado conmigo las letanías lauretanas y el salmo «*In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum*», y poco después á la recomendación del alma, que con ternura admirable hacíale el R. P. Sánchez Prieto, S. J.

No cesó en toda la mañana de repetir las dichas jaculatorias, el *Anima Christi* y el *Suscipe Domine* de San Ignacio, incorporado en la cama y apoyado, ya en el H. Cánovas, S. J., que con caridad admirable le asistía, ya la mayor parte del tiempo en mi hombro izquierdo. A las diez en punto de la mañana comenzó la agonía, rodeado de casi todos los religiosos de la Casa, después de haber sido absuelto varias veces. Rezó con fervor singular el *Angelus* á las doce, reflejándose en lo dulce y tranquilo de su semblante la santa paz que inundaba su alma, y no cesando de estrechar mi mano para que le continuase repitiendo las piadosas aspiraciones que él con ternura proseguía.

Tenía colocado sobre el pecho un ejemplar de la «Bula de la definición dogmática del soberano misterio de la Inmaculada Concepción» y la estampa de la Reina Inmaculada de Guadalupe, dada por él, como dije, al R. P. Moga, y que éste Padre había traído para su santa muerte, y rodeado además de cruces, rosarios, medallas, etc., que los

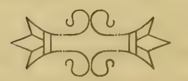
religiosos de la Compañía tocaban á sus manos para que los santificara con su contacto.

Llenos de dolor llorábamos los circunstantes viendo dejar la tierra á aquel apostólico varón, modelo de penitencia, ejemplarísimo religioso y alma enamorada de Jesús y su Madre Inmaculada, y presintiendo el vacío que dejaba... Redobló el fervor de su alma, y repitiendo su jaculatoria:

«¡María, Madre de gracia,
Madre de misericordia,
no desampares mi alma,
hasta llevarla á la gloria!»,

y rodeado de sus hermanos en religión y teniendo sus manos entre las del R. P. Agustín Lara y las mías, al dar la una de la tarde, plácidamente entró en el gozo del Señor el «Apóstol de nuestros tiempos» y Padre amadísimo de mi alma.

El pueblo sevillano, venerando su cadáver, pidiendo sus reliquias é invocando su intercesión, no hace más que repetir las palabras del salmo: «*Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus:* La muerte de los Santos es agradabilísima en la presencia del Señor».



MÉJICO

MISION EN CELAYA

DADA EN DIVERSAS IGLESAS POR OCHO PADRES DE LA COMPAÑÍA

Cartas del P. Juan M. Izaguirre al R. P. Provincial.

Celaya 16 de Septiembre.

Reverendo y amado en Cristo P. Provincial: La misión va viento en popa y con mucho entusiasmo. Las iglesias llenas.

Ayer tuvimos en el Carmen la comunión general de todos los niños y niñas. Pasaban de 1.200. Aquello era un bello y sublime desorden. Cantos, fervorines, coros de tal primor que sus oleajes y fugas, no han podido ser copiados aún por los músicos y artistas más inspirados. Creo que la naturaleza venció al arte. Con unas cuantas instantáneas, de seguro que el P. Carrasco tiene donde inspirarse para un cuadro grandioso del juicio universal. ¡Qué movimientos y variedad de tipos! Coronas, calzones rotos, banderas, camisas acribilladas, al lado de otros vestidos elegantes.

El abuelito les dijo la santa misa. Los directores de música y los oradores quedaron roncos. Todo alternaba, avisos, cantos, regaños, voz de mando, etc., etc.

Mi tocayo, P. Modesto, á ratos se levantaba del confesonario, descollando sobre aquel mar de cabecitas y cabezotas, y con tal solemni-

dad, (sin duda debida á su aplomo y venerable calva) que instintivamente me traía á la memoria el recuerdo de aquel personaje de la Eneida que, sacando la cabeza en medio del agitado mar, amenazaba con el «*Quos ego...*».

A las once tuvo lugar la renovación de las promesas del bautismo, con la bendición y consagración de los niños. El gentío, mucho mayor que el de la mañana. No cabían en el Carmen, y eso que el frailecito lego, sacristán del templo, me dijo que podía contener 7.000 personas, Por consiguiente huelgan los comentarios sobre los cantos, las harmonías, el orden, los discursos, interrogatorios, etc.

El domingo próximo tendremos, Dios mediante, la comunión general de la gente grande. A pesar de las fiestas pátrias, siguen llenas las iglesias. En la parroquia hubo esta mañana á las siete misa y *Te Deum* por la Patria. Vimos el desfile. Dos sombreros de copa, unos ocho ó diez bombines, precedidos y seguidos de un diluvio de pelados, y sombreros de paja.

22 de Septiembre.

La misión sigue cada vez con más entusiasmo. La concurrencia cada vez mayor. Las confesiones nos traen muy atareados. Los vicarios y demás gente arriman el hombro. Por otra parte, Dios nos alienta al trabajo. Desde las cuatro y media de la mañana, hasta las once de la noche estamos en jaque. Cada confesión nos hace palpar la mano de Dios y la bendición de Nuestra Madre Inmaculada. Estos últimos días hay también afluencia de los ranchos circunvecinos.

Los descarrilados que quieren entrar en la vereda del matrimonio cristiano son muchos; estos días pasaban ya de 100 los presentados. Ayer estaba el juzgado eclesiástico, el zaguán y la calle, repletos de pobrecitos, que aguardaban su turno. El abuelito no quiere hacer las proclamas en tres días seguidos de la misión; siguen, por consiguiente, los trámites canónicos en cuanto al tiempo. Trae esto algunos inconvenientes, pero no he querido insistir mucho.

La grandísima mayoría de nuestros oyentes, la compone el pueblo. Por lo cual, se están dando en la parroquia Ejercicios espirituales para señoras y señoritas, y en el templo de la Cruz para los caballeros. No

se les ha podido dar más de una distribución diaria, que consiste en el rosario, plática, y una meditación ó conferencia moral de verdades eternas. La tanda (cinco días) de las señoras y señoritas, la he encomendado á los PP. Cabrera y Bulnes que están algo más desahogados en San Agustín. Tienen su distribución á las diez de la mañana. En la de los caballeros, he tomado las pláticas, y los demás Padres van alternando en la conferencia moral, nombre con que se han bautizado los sermones de misión. En ambas tandas simultáneas, pasan de 150 en cada iglesia los concurrentes. Los caballeros tienen su ejercicio á las siete de la noche. El viernes próximo tendrán la comunión general en la parroquia.

Creo que no podremos terminar la santa misión, hasta el domingo. El P. Beiras, saldrá para Guadalajara el viernes: nos hará falta, pues trabaja muy bien y tiene arranque para misionero.

Desde ayer, al mediodía, está acá el Ilmo. Sr. Silva.

Morelia 27 de Septiembre.

Ayer domingo terminamos nuestra tarea. Esta mañana tomé el tren para Morelia, á donde llegué sin contratiempo á las once. Los Padres Bulnes, Modesto, Ortíz y Rómulo Díaz debieron salir para Méjico por el tren del mediodía. El P. Aldasoro, me dijo que quería quedarse dos ó tres días para dar la última mano á la fundación de su biblioteca. El P. Cabrera se quedó hasta el martes. Ese día debe salir para León, y desde allí á la hacienda de Monteleón.

El viernes 24 se concluyeron los Ejercicios de los caballeros, señoras y señoritas. Comulgaron en número de 350 á 400 en la parroquia, de manos del Sr. Cura, á quien gustó sobremanera esta determinación. Les dió también la bendición papal.

El último período de la misión, lo que tuvo de pesado, lo tuvo de provechoso. Cuando apenas podíamos con los de Celaya, nos vino una avalancha de gente de los ranchos. Habrá en la población unos 20 sacerdotes. Con tarjetas del Sr. Cura, con algunas invitaciones personales que á algunos les mandé de mi parte, no pudimos lograr que arrimaran el hombro al trabajo. Un P. Agustino en San Agustín, otro P. Mercedario en la Merced, dos PP. del Corazón de María en el Bea-

terio, un vicario á ratitos en la parroquia, fueron los únicos que nos ayudaron á llevar la carga. Entre los ocho misioneros despachamos unos 10.000 penitentes. Las comuniones ascendieron á unas 37.000, repartidas según datos que me dieron: en San Agustín 5.000; en el Carmen 8.000; en la parroquia 12.000; en la Merced, no llevaron la cuenta, pero los misioneros calcularon en unas 12.000. Tomando en cuenta las del Beaterio y las de la Tercera Orden, tal vez se podría poner un total de 40.000, y sin exageración.

Las despedidas muy patéticas, así en las respectivas iglesias como en el curato. Anoche, al darme el abrazo, lloraba el abuelito.

Piden residencia. Les contesté que lo pensaran bien y lo trataran despacio con V. R.

El domingo á las tres de la tarde reuní los socios del Apostolado; se llenó la parroquia. Procuré enfervorizarlos, ponderando la excelencia de la obra, y recomendándoles la lectura del *Mensajero.*

Había trabajo para unos 15 días más.

Ayer pasaban de 250 las presentaciones matrimoniales de gente descarrilada. Seguirán presentándose.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

Siervo en Cristo,

JUAN M. IZAGUIRRE, S. J.



GUADALAJARA

LA CONGREGACIÓN MARIANA

PROYECTOS DE NUEVAS OBRAS APOSTÓLICAS

Carta del P. Luciano Achiaga al H. Indalecio Dávila.

Guadalajara, Abril 28 de 1910.

Carísimo en Cristo H. Indalecio: A propósito de la Congregación, tengo que decirle para su consuelo, que ya nos vamos alentando: cuento con una asistencia media de 90 congregantes cada domingo y con 30 comuniones á lo menos en los mismos días de Congregación. Se ha establecido la sección del Catecismo y andamos organizando la comunión diaria en otra sección ya bastante numerosa.

El día 7 de Agosto, aniversario de la restauración ó restablecimiento de la Compañía, vamos á celebrar una peregrinación nacional de todas las Congregaciones Marianas á la Basílica del Tepeyac.

Es proyecto que partió de Guadalajara, fué aprobado por nuestro R. P. Provincial, acogido con entusiasmo por todas las Congregaciones de la República y finalmente aplaudido y bendecido por los Señores Arzobispos y Obispos de cuyas diócesis han de partir los peregrinos.

De los programas, que han de regir ese faustísimo acontecimiento, dice el Sr. Arzobispo de Guadalajara: «El programa piadoso y aun

literario que se desarrollará con ocasión de la peregrinación proyectada, está bien ordenado y es adecuado y selecto».

Dios mediante irán peregrinos á la Villa hasta de Mérida de Jucatán y de Durango. Hay mucho entusiasmo. En la reunión, de carácter familiar, se han de tratar puntos muy prácticos y de suma utilidad general para las Congregaciones Marianas establecidas en la nación mejicana. Pidan mucho á Dios por el feliz éxito.

Tengo en proyecto el formar una Biblioteca para las Profesoras Normalistas del Estado. De ellas tengo ya en una sociedad denominada mutualista, cosa de 80. Oyen una conferencia de Religión que les hago mensualmente, vienen á misa de comunión general los primeros domingos de cada mes, y las celadoras de los coros con todas las del consejo, se reunen el primer lunes del mes para organizar las ya conquistadas y ponerse de acuerdo en los medios de conquistar otras, lo que toman con empeño y con excelentes resultados. Espero en Dios que han de ir cayendo poco á poco hasta las de ideas más avanzadas.

Quieren mis congregantes marianos formar un Centro de Obreros con todas las formalidades legales y exigencias sociales.

¡Qué le parece de nuestro atrevimiento!... Si Dios lo quiere, con instrumentos tan despreciables hará grandes obras y por lo mismo más maravillosas. Siga pidiendo por esta su Congregación, y hágase un gran sabio y mayor santo para que venga á realizar lo que nosotros ideamos ó soñamos.

¿Preguntaba V. si le habían seguido de esta su Congregación algunos? Tenemos el gusto de contestar, que no ha muchos meses se fué al noviciado Jesús González Moreno, que se atrevió á arengar al pueblo desde la misma tribuna en que habían de proponer su candidatura los corralistas en el teatro, y en el mismo día en que los más famosos de sus oradores no lograron hacerse oir del pueblo tapatío.

Estoy muy contento con mis congregantes, y sobre todo tengo gente de pro, sacada ¿de dónde dirá V.? ¿Del Seminario? No; del Liceo, del mismísimo Liceo.

Adiós, carísimo Hermano. Encomiende mucho á Dios estas obras y á este pobre, que bien lo ha menester.

Siervo en Cristo,

L. ACHIAGA, S. J.

PEREGRINACIÓN NACIONAL

DE LAS CONGREGACIONES MARIANAS

Á LA BASÍLICA DEL TEPEYAC

Relación tomada de una hoja impresa en Méjico.

Aunque á grandes rasgos y con la brevedad que requieren las cortas dimensiones de hoja, vamos á reseñar una hermosa fiesta que, por su gran importancia social, merece ocupar la atención de los lectores. Nos referimos á la Peregrinación Nacional Mariana, que los jóvenes congregantes de María celebraron el día 7 del mes próximo pasado en la Basílica de Guadalupe.

INICIATIVA Y PREPARATIVOS

Guadalajara, fué la ciudad elegida por la Santísima Virgen Guadalupana para que naciera la luminosa idea de esta Peregrinación. Inspirada por el respetable P. Luciano Achiaga, S. J., Director de la Congregación Mariana de ese lugar, fué acogida con inusitado entusiasmo por los congregantes de la misma, quienes desde luego la dieron á conocer á sus hermanos de los diversos puntos de la República en donde existen Congregaciones iguales, teniendo la gran satisfacción de encontrar eco en todas ellas y ver acogida con aplauso tan noble idea.

Cedieron á la Congregación de esta capital el honor de arreglar lo conducente á su realización, tanto por la comodidad para el arreglo de la fiesta, por razón del lugar, cuanto por considerarla como su hermana mayor.

Nombrada por ésta una Junta organizadora, desplegaron los miembros que la formaron una gran actividad y con todo empeño y edificante entusiasmo consagraron sus energías para llevar á feliz término la obra que les fué encomendada.

No pocas, ni insignificantes dificultades se presentaron, como sucede en todas las obras que tienden á un buen fin, pero, puesta la espe-

ranza en Dios y alentados por el ardiente celo de su mayor gloria y el honor de su Santísima Madre, no perdonaron trabajos ni sudores, y con varonil energía lucharon hasta formalizar la hermosa y significativa fiesta.

LA PEREGRINACIÓN

No obstante la inclemencia del tiempo, pues aun esto pareció conspirar contra la realización de la idea, á las 5'45 de la mañana se reunieron las diversas Congregaciones que integraron la Peregrinación, en el kiosco de las flores de esta capital. Era para verse aquel bello conjunto de jóvenes escogidos, tanto por su clase, cuanto por su piedad, cómo manifestaban en su juvenil semblante la santa alegría que justamente inundaba sus marianos corazones. Por fin, se dió la orden de marcha y comenzó á desfilar ese numeroso y valiente ejército, que en su frente llevaba impresa la honrosa nota de congregantes de María. Cada uno de estos soldados valerosos llevaba en sus manos un ramillete de frescas flores, blancas y rojas, reposando en verde follaje. En él simbolizaban la pureza de sus conciencias lavadas ya en el Sacramento de la Penitencia, su ardiente amor á María y su esperanza firme de que con ambas llegarán á los pies de su Santísima Madre. Mas no es esto todo, sino que en su mente y con el corazón recorrieron en su peregrinación los santos y adorables misterios del rosario.

Un alegre y entusiasta repique en la Basílica anuncia la llegada de los peregrinos, y en medio de las curiosas miradas de muchísimos habitantes de la municipalidad empiezan á entrar al templo, procesionalmente y provistas de sus respectivos estandartes y distintivos, las 15 Congregaciones que integraron la Peregrinación, y que fueron: las dos de Guadalajara, iglesia de San Felipe é Instituto de San José; dos de Puebla, iglesia de la Compañía y Colegio Católico del Sagrado Corazón; Atotonilco el Alto, Orizaba, Jalapa, Zamora, Oaxaca, Toluca, Yucatán, Durango, Zacatecas, Instituto Científico de San Francisco de Borja y la de la iglesia de Santa Brígida de esta capital.

El espectáculo fué grandioso y conmovedor, á la vez que edificante y entusiasta, á tal grado, que el Excmo. Sr. Delegado Apostólico, Monseñor Ridolfi, quiso permanecer de pie en la puerta principal de la Basílica, durante media hora, para presenciar el desfile de tan distinguido cortejo. Fué recibida la Peregrinación por una comisión de la Congregación Mariana de Santa Brígida, la que se encargó de indicar

á sus hermanas los lugares que debían ocupar en el interior del templo. Recogidos los centenares de ramilletes fueron depositados al pie de la imágen Guadalupana.

Soberbio era el aspecto que presentaba el templo; á su belleza arquitectónica se unía el elegante y serio ornato. Tupidas guías florales cubrían la crujía y barandales de las escalinatas, en cuyos peldaños se colocaron jarrones de cristal con exquisitas flores. Abajo de cada arco de la nave central se destacaban grandes pedestales soportando artísticos macetones que sustentaban ramos de flores. Sobre la roja alfombra que cubría el piso, hacía contraste la negra vestidura de la concurrencia; y al centro del altar y en su áureo trono resplandecía más bella que nunca la portentosa imágen de Santa María de Guadalupe, que con su apacible semblante parecía manifestar la complacencia maternal que experimentaba al contemplar á sus pies innumerables hijos suyos que habían ido á ofrecerle su filial amor.

Edificante é imponente había sido lo anteriormente expuesto, pero llegó á su más alta grado cuando, á la hora de la Sagrada Comunión, que se dignó distribuir el Excmo. Sr. Delegado, con gran respeto y devoción se acercaron á la Mesa Eucarística aquellos fervorosos jóvenes, cuyo número ascendió á 650. El orden, compostura y fervor con que lo hicieron sólo son para narrarse por testigos presenciales.

Concluída la misa se dirigieron los peregrinos á la hospedería, donde tomaron un buen desayuno, preparado al efecto, y en cuya reunión reinó la más santa alegría y cordial fraternidad.

LA FUNCIÓN

Reunidas nuevamente las Congregaciones en la Basílica, la que ya se encontraba profusamente iluminada, dió principio á las nueve y media de la mañana la solemnísima función, á la que se dignó asistir nuestro Ilmo. Prelado el Sr. Arzobispo Dr. D. José Mora y del Río.

Durante la Tercia, cerca de 30 aspirantes recibieron la medalla de la Congregación y pasaron á engrosar las filas de ésta.

Siguió la misa solemne que celebró el R. P. Tomás Ipiña, S. J., asistido de los PP. Alfonso Villagrán y Amado Pardavé. La parte coral estuvo á cargo de la Sección Filarmónica de la Congregación Mariana de Santa Brígida y la orquesta fué la del Conservatorio Nacional, quienes desempeñaron magistralmente la misa de D. Hilarión Eslava. Ocupó la Cátedra Sagrada el R. P. Luciano Achiaga, S. J.,

quien con la elocuencia que le es característica predicó un entusiasta y fervoroso sermón que enardeció más los corazones de sus oyentes, haciéndoles palpitar con más fuerza en sus deseos de trabajar por la gloria de Dios y la santificación de las almas.

Un incidente deplorable hizo suprimir una parte del programa, y fué la relativa á la procesión solemne, debido á que la Compañía de tranvías no pudo proporcionar los trenes necesarios para el regreso á esta capital, sino limitando el tiempo hasta las 12 y 15 minutos de la tarde; por tanto, concluída la misa, se cantó el himno á San Luis Gonzaga y aquel grupo de jóvenes marianos, satisfechos de haber honrado á su Santa Madre, salieron victoriosos y llenos de júbilo de la Basílica, con la conciencia íntima de haber cumplido con un deber y prorrumpiendo en entusiastas vivas á la Santísima Virgen de Guadalupe, se dirigieron en trenes á esta capital.

EN EL INSTITUTO CIENTÍFICO

La Congregación Mariana establecida en Santa Brígida, quiso tener la grata satisfacción de obsequiar á sus hermanos foráneos con una modesta comida que se sirvió en este plantel y á la que se dignaron asistir el Excmo. Sr. Delegado y el Ilmo. Sr. Arzobispo de Méjico, quienes á su llegada fueron aclamados con repetidos vivas y nutridos aplausos. El comedor estaba vistosamente engalanado y durante la comida amenizó la reunión la conocida típica «Lerdo». Numerosos y sinceros bríndis se pronunciaron, cambiándose entre los congregantes de fuera y los de la capital, y en los cuales se pintaba no sólo el regocijo, sino el amor fraternal que estrechó más los lazos que como hermanos, aunque antes ausentes, ya los unían. Concluída la comida y después de algún tiempo de descanso siguió

LA REUNIÓN FAMILIAR

Tuvo lugar ésta en el salón de actos del mismo Instituto, el cual fué lujosamente decorado y adornado con refinado gusto artístico. En la plataforma central se colocó, en medio de un trofeo formado con alegorías de las ciencias y las artes, una valiosa pintura de la imágen Guadalupana, la que al descorrerse el telón fué saludada con alegres vivas y prolongados aplausos. Después de un número de música, el Prefecto de la Congregación de Santa Brígida dirigió un saludo y cor-

dial felicitación á los congregantes que formaron la Peregrinación y á continuación y en la tribuna libre, se desarrollaron con acierto y elocuencia los distintos temas que marcaba el programa y por congregantes de las diversas congregaciones, todos los cuales recibieron el merecido aplauso. Se leyó así mismo un autógrafo de S. S. el Papa, aprobando y bendiciendo la Peregrinación.

VELADA LÍRICO-DRAMÁTICA

Al día siguiente y en el mismo salón se verificó esta velada con que las Congregaciones Marianas de esta capital obsequiaron como término de la fiesta á sus hermanos foráneos, y la cual estuvo tan lucida cuanto concurrida.

—

SIGNIFICACIÓN DE ESTA HERMOSA FIESTA

Parecería un pegadizo mal zurcido en esta hoja la crónica anterior, si no fuera porque la fiesta que á grandes rasgos acabamos de reseñar, encierra en sí una gran significación, digna no sólo de aplauso y edificación, sino de bendición á Dios Nuestro Señor que permitió su realización en los tiempos de impiedad y materialismo porque desgraciadamente atravesamos.

En efecto, existe la errónea creencia de que la vida cristiana es propia solamente de los espíritus encogidos y de poco aliento para cualquier otra cosa que no sea rezar, y propia sólo de las mujeres y de los imbéciles; pero es precisamente lo contrario, pues el practicar los austeros deberes de la virtud y perfección, supone más virilidad y firmeza de corazón que dejarse llevar por los torpes apetitos de éste. Prueba inequívoca de ésto han dado los jóvenes peregrinos de las Congregaciones Marianas, pues con su fiesta mariana, han dado una prueba de su valor y espíritu esforzado, no avergonzándose, á los ojos del necio mundo, de manifestarse hijos de la Santísima Virgen María. Han demostrado que no son espíritus enclenques y corazones para poco, y que á la faz del mundo entero se honran en ostentar sobre sus pechos la noble insignia de congregantes de María. Dignos de aplauso son, en verdad, estos jóvenes valerosos que, pisoteando los respetos humanos,

han dado un mentís á los que tan tontamente se vanaglorían de que en los actuales tiempos ya se ha extinguido el sentimiento católico. Dignos de aplauso son hemos dicho, y es la verdad; porque, ¡cuántos jóvenes hay que sólo son católicos para sí mismos, en el hogar y no fuera! ¡cuántos temen obrar, temen reclamar y si se atreven á hacer alguna protesta, con qué timidez la hacen! Se preocupan por el triunfo de la verdad, pero no dan un paso para conseguirlo, pues se desconciertan no ya ante el martirio, ni ante la lucha, sino que bastan las risas y las zumbas, constituyéndose en parias que no merecen más que el desprecio. Los jóvenes congregantes se han presentado en público, dándole la cara, diciendo como San Pablo: *Civis romanus sum:* es decir, proclamando que de ninguna manera renuncian á su influjo público y social.

Mas no ha tenido únicamente la Peregrinación esta significación, ya de por sí de gran valor. No menos importante es la que concierne á los fines que en ella se propusieron sus miembros. En ella, procuraron no únicamente el honrar á la Santísima Virgen con actos de piedad, sino el congregarse para tratar de asuntos que interesan no sólo al bien particular sino á la sociedad entera, ó mejor dicho á nuestra Patria. Procurando unir sus comunes energías, alentándose con las glorias de las Congregaciones Marianas propusieron, en su sesión familiar, cuestiones verdaderamente de trascendencia, para ejercer su acción social en todas las formas posibles, ya con la propaganda verbal ó escrita, ya con la enseñanza á la clase obrera, ahora estableciendo patronatos de obreros, centros catequísticos y academias, en suma, animándose á trabajar por la verdad, para el bien propio y de nuestros semejantes y para la mayor gloria de Dios. Por tanto, resalta una vez más la gran significación que tuvo esta reunion de jóvenes marianos, que penetrados del espíritu de su Congregación, la que es foco de celo para el bien, tratan por medio de la unión de sostenerse unos á otros y mezclarse en el movimiento de las obras buenas, tomando parte en los patronatos, en academias, etc. Han comprendido que la Congregación no trata de hacer de los jóvenes que á ella pertenecen, miembros de la Iglesia ó sacristanes, como dicen algunos, ni apartarlos de la vida de familia, del movimiento social, para secuestrarlos en un rinconcillo. No, su fin es otro, es el de hacerlos hombres y no solamente hombres de buenas obras, sino también hombres de acción, y á este fin se congregaron, viniendo de distintas partes de la República.

Jóvenes mejicanos, si por ventura habéis leído atentamente estas

líneas, y no pertenecéis á estas benditísimas Congregaciones, no titubeéis en alistaros en ellas. Si tratáis de servir á Dios y amáis á María, os toca dar ejemplos del todo diferentes, como dice el P. Olivaint: «No volváis la cara, ni retrocedáis ante los peligros, ni ante los deberes; preparaos á honrar vuestra carrera con vuestros talentos y con vuestros principios, ejercitad en ella la legítima influencia que reclaman el bien, el honor y la verdad. Trabajad, haceos fuertes. Algo más que corazón es hoy día necesario; con la verdadera piedad, con la cordialidad cristiana, desarrollad todas vuestras energías para suministrar á la Patria y á la Iglesia una juventud selecta». Ya vuestros hermanos los congregantes han dado el primer paso, y felices serán si su ejemplo encuentra eco en vuestros corazones.

NUEVOS ACTOS DE LA CONGREGACIÓN DE GUADALAJARA

UNA FIESTA EN OBSEQUIO A LOS NIÑOS POBRES

Carta del P. Luciano Achiaga al H. Indalecio Dávila.

Guadalajara, 26 de Octubre de 1910.

Amadísimo en Cristo H. Indalecio: Como sé que le da gusto cualquier noticia referente á esta su Congregación, le quiero comunicar gráficamente una de las hazañas llevadas á cabo por la misma después de la famosa Peregrinación.

La hazaña fué reunir fondos y preparar una fiestecita para los ni-

ños pobres, con el objeto de secundar los deseos del Sr. Arzobispo y celebrar de esta suerte el Centenario de la Independencia.

El coste fué como de 1.000 duros, pero se deberían agregar más de 300 ó 400 de hechura de ropa; fué gratis por un centenar de señoritas que se ocuparon gustosas en confeccionar trajes para obreros, ó sea pantalón de pechera, que equivale á pantalón y chaleco con sus respectivos tirantes muy vistosos.

El programa de esta fiesta infantil fué el siguiente:

1) Consagración de los niños á la Santísima Virgen de Guadalupe.
2) Breve Academia poética.
3) Reparto de obsequios: dulces, juguetes y ropa á 1.000 niños pobres.
4) Recreación honesta de escogidas vistas cinematográficas.

El Sr. Arzobispo quedó sorprendido y sumamente complacido.

Suyo en Cristo,

LUCIANO ACHIAGA, S. J.



MÉJICO

RESIDENCIA I

MISIONES Y OTROS MINISTERIOS APOSTÓLICOS

Cartas del P. Modesto Izaguirre al R. P. Provincial.

Piaxtla, Distrito de Acatlán (Puebla), 18 de Febrero.

Muy amado en Cristo Padre: El viernes 4 de este mes, salimos de Guadalupe para Piaxtla con un calor tan excesivo, que temía con mucho fundamento nos convirtiéramos en chicharrones, pero he aquí que estamos buenos y sanos y con siete vidas como los gatos.

La recepción en Piaxtla fué de lo más frío, 10 ó 12 hombres á caballo, y unas cuantas viejas que encontramos ya al llegar á la iglesia; ni un arco, ni una flor, ni siquiera una musiquita de las que suelen tocar los muchachos. «Animo, nos dijimos, porque parece que ya hemos llegado al Polo Norte», aunque estábamos sudando la gota gorda y molidos de los caballos.

Comenzamos la misión con poca gente y á pesar del calor tan grande de la atmósfera, sus corazones estaban más fríos que el hielo. Esta gente es muy apática, muy fría, muy cachazuda y tienen una calma, que no morirán de cornada de burro.

Preparamos las baterías, pero bien cargadas; y como yo había oído

decir que los indios solían hacer fuego frotando un palo con otro, comenzamos á dar batacazos á derecha y á izquierda, verdades de á puño y comparaciones acomodadas á su muy escasa inteligencia y grande ignorancia, y aquí nos tiene V. R. que venían hombres y mujeres derramando lagrimotas como nueces á confesarse de todos sus pecados.

Aquí como en los pueblos anteriores solos dos hombres habían cumplido con la Iglesia el año pasado, y de las mujeres también muy pocas lo habían hecho; mientras tanto el enemigo no dejaba de sembrar la cizaña, y así las malas ideas tan favorables á la corrupción de costumbres que reina por aquí, iban haciendo mucha mella en las gentes.

Se han confesado varios de esos necios que se las echan de ilustrados, porque en el país de los ciegos, el tuerto es rey, y venían con grandes ínfulas á tener sus conferencias acerca de ciertos puntos que les habían enseñado los protestantes; pero haciéndoles ver la ridiculez, la necedad, y la ignorancia de las cosas más ordinarias que debieran entender, bajaban de tono y ya los tenía uno como mansísimos corderos, y por fin se confesaron. También se acercaron dos brujas, que tienen siempre en temor á esta pobre gente, pero al primer batacazo se les quitó toda la brujería y no les han quedado ganas de practicar tales engaños.

Las comuniones han llegado á 4.000, habiendo primeras comuniones de personas ya crecidas.

Hoy mismo salimos para Tecomatlán, Distrito de Acatlán, y todavía nos faltan que misionar Progreso y Chinantla y Tetguinzingo.

Tecomatlán 1 de Marzo.

Los misioneros rurales, el P. G. Ortíz y su seguro servidor, vamos caminando por las áridas regiones de las Mixtecas y hasta ahora nos ha tocado lo de Guatemala á Guatepeor, por el mucho abandono en que han estado estos pueblos, y como consecuencia lógica, dada la apatía de esta gente y el abandono, se hallan sumergidos en la más grande ignorancia y la más vil y baja corrupción.

El 18 de este mes salimos de Piaxtla para Tecomatlán á donde

acompañados por unos 100 hombres de á caballo hicimos la entrada triunfal á los acordes de la banda de música, siendo llevados por las calles principales, adornadas con muchísimos arcos y en medio de un bombardeo general de cámaras y cohetes.

Llegados á la iglesia fué nuestro turno el devolver el saludo descargando nuestras baterías, y el fuego ha sido tan rápido y la metralla de calibre tan poderoso, que al fin de cada sermón quedaba uno rendido.

La gente estaba muy atenta, pero era dificil adivinar si les hacía impresión alguna lo que oían, pues parecían esfinjes, la misma estolidez la misma apatía, el verdadero carácter indio hasta la perfección; mas aunque no derramaban lágrimas, venían después al confesonario muy compungidos y al preguntarles por qué no se confesaban, respondían: «Pues, Padrecito, de por sí no lo acostumbramos.—¿Y quieres que de por sí te lleven los diablos?—No, Padrecito, Dios no lo permita.—Pues si no te confiesas, te llevarán de por sí los diablos.—Pues entonces me confesaré».

Retórica y poesía y cuanto los floricultores en los sermones hacen para herir el viento y fomentar la vanidad en sí mismos y en los oyentes, serían en esta tierra buenos soporíficos; y así no hay por aquí otro método que el método rural: maldiciones que Dios descarga en la Sagrada Escritura contra algunas de las abominaciones, y acabar el periodo mixteco, «si haces esto te llevan los diablos». Y ahí tiene V. R. á muchos y á muchas, que no querían confesarse ni á la hora de la muerte, viniendo á confesarse con grandes lagrimotas.

Las comuniones fueron 1.749; es decir que muy pocos han comulgado dos veces. Los matrimonios han sido 24.

Lo más repugnante por aquí es que casi todos son pintos de todos los colores del arco iris; pero cuidándose, y sobre todo con la gracia de Dios, es de esperar que el mal no se pegue.

Chinantla 12 de Marzo

El día 1.º de este mes, salimos para un pueblo llamado Progreso, en donde esperábamos toda clase de vejaciones y sinsabores por lo

que habíamos oído decir de los habitantes de aquel lugar, y por las dificultades que se ponían contra la misión.

Unos días nos venía la noticia de que todo estaba arreglado, y otros días de que nada estaba preparado. En estas circunstancias nos pusimos firmes y les mandamos á decir que dijesen terminantemente si estaban preparados ó no, para recibir la misión: que si no estaba todo arreglado no iríamos, pues no éramos chiquillos con quienes se podía jugar. Esto les picó su amor propio y se pusieron á trabajar de veras; mas no estábamos todavía conformes y así mandamos dos días antes al Sr. Cura que fuese á enterarse, y si no estaba preparado todo les dijese terminantemente que no iríamos; y que si él á la vuelta nos decía que sí, sin estarlo, al llegar allí y ver que no habían hecho nada, daríamos vuelta á los caballos y nos iríamos á otra parte.

Vieron que los Padrecitos eran gente de malas pulgas y así el día 1.º de este mes llegamos á la población, toda engalanada con arcos triunfales. A la entrada nos vino á encontrar la autoridad con unos 100 hombres de á caballo, la banda de música y todo lo restante del pueblo, y de este modo hicimos nuestra entrada triunfal á despecho de algunos rabiosos jacobinos, y de algunos protestantes y de unos cuantos usureros, que por años habían tenido á este pueblo completamente tiranizado y embrutecido y le habían infundido ideas las más denigrantes contra el clero y la religión.

Todo esto nos dió más bríos, porque corazón cobarde no sirve ni para tapón de botella, y comenzamos la misión con un buen auditorio, y batacazo va y batacazo viene; y poniendo en ridículo á los contrincantes, sin mencionarlos, pero haciendo mención de sus hechos, quedaron completamente acobardados y no se metieron para nada con nosotros. El pueblo, al ver que nosotros no temíamos á nadie, cobraba valor, se entusiasmaba, y conocimos que la situación era nuestra y que la ciudadela estaba ya tomada por asalto.

Confesamos cosa de 500 personas, y entre ellas cayeron algunos de los que tanto se oponían, y que querían tener unas conferencias con el mejor de los dos. Sin embargo quedaron bastantes sin confesarse porque tenían gato encerrado.

Aquí, como en todas partes, hemos sufrido mucho con las chinches, mosquitos, jején, iguanas, ratones, alacranes, el calor excesivo, las comidas, y sobre todo con el agua que es muy salada; de manera que cuando no es la calentura, son los tortozones, y cuando no éstos es el gastritis ó un completo quebrantamiento de huesos. Mas nunca

falta el valor, aunque muchas veces hay que hacer de tripas corazón.

Al presente estamos en Chinantla y ya después de esta, que será la sexta misión, con las mismas dificultades partiremos, Dios mediante, á la última y la más díficil de Tehninzingo, población minada por el protestantismo, y tan caliente como las puertas del infierno. Mas los misioneros rurales, por la gracia de Dios, no se acobardan y están dispuestos á que les den de palos ó algún balazo; aunque cuando uno se pone como gallito para la pelea, por regla general, se acobardan, pues es gente que se envalentona con los cobardes y se acobarda con los valientes.

Ruegue V. R. por estos pobrecitos misioneros rurales, pues ya tres veces he sido muerto y hecho pedazos, según los periódicos protestantes, y puede ser que por último acierten, ya que tantas ganas tienen de que me muera.

Chinantla 24 de Marzo.

El día 10 del presente hicimos la entrada triunfal en esta población acompañados de unos 100 hombres de á caballo, y á la entrada del pueblo nos esperaban todas las autoridades, y las dos bandas de música y el pueblo entero, con ramos y flores y luces de diversos colores. Las calles estaban elegantemente adornadas con arcos llenos de flores y cortinas ó colgaduras en las ventanas, y en medio de los acordes de las bandas, los repiques de las campanas y el atronador estruendo de los camarazos y lluvia de cohetes, llegamos á la iglesia, en donde comenzamos la misión con un auditorio lleno de entusiasmo.

El entusiasmo ha ido creciendo cada día y la comunión de los niños fué muy solemne, comulgando en ella más de 300 niños y niñas.

De un pueblo llamado Ahuehuetitla venían más de 150 andando todos los días una legua de ida y otra de vuelta, y á pesar de que los amenazaban con la cárcel si no iban á la escuela, se huían todos por venir á la misión. Hablándole al Presidente Municipal, nos dijo que no nos diera cuidado, que no les pasaría nada, y así sucedió; antes por el contrario, el día de su primera comunión, al llegar á su pueblo los recibieron con la banda de música, repiques, cohetes y camarazos y todo el pueblo los acompañó á la iglesia, en donde coronados y coronadas

de rosas los entregaron á sus padres en medio del alborozo y regocijo de todo el pueblo.

Aquí las confesiones han pasado de 1.500, y no han faltado de los llamados descreídos ó liberales; que atemorizados por su propia conciencia se acercaron también al santo sacramento de la Penitencia. Como es costumbre entre los tales, querían tener una conferencia, para que se les resolviese las dudas, que por regla general, hecha la confesión, se les desvanecen por completo.

Toda esta parte de las Mixtecas ha estado muy abandonada, y por lo mismo hay aquí hasta mujeres que no se han confesado en bastantes años.

La misión se acabó el miércoles 24 por la mañana, con una comunión general por las benditas almas del Purgatorio, y comulgaron más de 500 personas.

León 28 de Mayo.

El 26 de este mes dimos fin y término á la misión-novenario de Irapuato, donde se me ha derramado la bilis más que en ninguna parte de la República, por ver que de 22 sacerdotes que hay en la población, ni uno aparecía á veces cuando se trataba de confesar á la gente, que acudía á montones, ávida de hacer las paces con Dios.

Todos los días era cuestión de andar tras ellos y de ponerse uno serio; mas no había otro remedio que hacerlo así, ya que no hacían caso al P. Cura, que siempre estaba prometiendo que todos vendrían y que ya les había enviado una circular al efecto.

Ya desde el primer día se vió un entusiasmo muy grande en todas la distribuciones, teniendo mi compañero el P. G. Ortíz y yo que predicar tres y cuatro veces al día.

Las conferencias á caballeros y señoras fueron muy concurridas, las cuales se redujeron á darles llana y sencillamente los Ejercicios de Nuestro Santo Padre, que los escuchaban con muchísima atención y entusiasmo. La concurrencia iba creciendo tanto cada día, que no cabía en las dos iglesias, en donde se daban estas conferencias, y en la que se tenían los ejercicios de la santa misión.

El P. G. Ortíz y yo tuvimos de 1.200 á 1.300 confesiones, y á

fuerza de molestar y no dejar en paz á los sacerdotes vinieron bastantes á ayudarnos. Según lo que nos dijo el Sr. Cura, se confesaron de 7.000 á 8.000 personas, y si nos hubieran ayudado más, estoy seguro que se hubieran confesado más de 12.000, porque todos los días se volvía la gente á montones á sus casas sin haberse podido confesar.

Los matrimonios hechos pasaron de 40, y hubieran pasado de 200 si se les hubiese facilitado la oportunidad de casarse.

Mucho hubiéramos deseado el continuar la misión por unos días más, pero de tal manera se le metió al Sr. Cura que había de ser un novenario, que creí inútil el seguir insistiendo en su continuación.

No puede V. R. imaginarse las dificultades que encontrábamos á cada paso por razón de las diferentes devociones que durante el día se practicaban en la iglesia y que naturalmente tenían que interrumpirse con los ejercicios de la misión; mas no había otro remedio sino servirse de eso mismo para que la misión no fuese un completo *fiasco*.

Me quemé tanto la sangre al ver la apatía de los sacerdotes, para prestarse á confesar á la gente, que dos días estuve con calenturas y bascas y echando bilis, de tal manera que el médico me ordenó un día de descanso, por que se temía que tenía infección intestinal. Mas al día siguiente ahí me tiene V. R. otra vez en la brecha; y ahora estoy tan fuerte y tan robusto como siempre, y dispuesto para ayudar á los Padres de esta Residencia de León, á donde llegué ayer tarde.

Varias comisiones vinieron en Irapuato á suplicarme que me quedase á predicarles el mes del Corazón de Jesús, y el Sr. Cura y varios sacerdotes también me lo suplicaron; pero les dije con toda la urbanidad posible, que lo sentía en el alma el no poderles complacer, puesto que ya hacía tiempo que estaba arreglado el que yo pasase á León, y no era posible dejar de cumplir lo prometido.

Todos, por la gracia de Dios, han quedado muy contentos y satisfechos, y cuando se trataba de poner órden en la iglesia, acerca de sus diferentes devociones, acudían los Sres. Curas á mí para que lo hiciese, pues ellos tenían miedo; tal vez por verme cara de vaqueta, creían que yo pudiera hacerlo, como efectivamente les ayudaba, y así no hubo desórden alguno.

El P. Ortíz, que trabajó como un héroe, partió ayer por la mañana para Morelia, aunque algo triste por tener que ir solo.

Ixtaczoquitlán 5 de Agosto.

El domingo 1.º de Agosto el P. Castillo y su servidor, que salimos de Orizaba en uno de los llamados tranvías que nos condujo á Escamelas, y allí á caballo cada uno en su rocinante, entramos en el pueblo Ixtaczoquitlán acompañados de una media docena de viejos y viejas que con ramilletes en las manos iban más tiesos que un huso.

Al entrar en el pueblo se presentó el Sr. Presidente de los indios con dos rosarios de flores y nos los colocó en el cuello; ya pintiparados y peripuestos con el elegante collar, y con un hermoso ramillete de flores, entramos en la iglesia y comenzamos la misión con un auditorio que parecía componerse de esfinjes.

Desde que llegamos ha estado lloviendo todos los días á torrentes; y si sigue así, es muy fácil que nos convirtamos en ranas ó peces; mas sea lo que fuere, esta pobre gente no deja de venir á todos los ejercicios de la misión, en medio de lluvias tan torrenciales, viviendo muchas de estas personas á dos y más leguas de distancia.

Ya llevaremos como unas 200 confesiones, y á este paso esperamos acabar aquí el domingo, para ir á dos ó tres haciendas, según el tiempo nos lo permita.

Esta gente es muy cachazuda; no morirá seguramente de un sofocón; y á pesar de insistir en que se apuren para venirse á confesar, lo toman con gran calma.

Hoy tuvimos la comunión de niños y niñas, cuyo número no pasó de 80.

Hoy, día 9 de Agosto, puedo decirle que toda la misión de Ixtaczoquitlán, considerando el mal tiempo que todos los días hemos tenido, ha estado bastante animada; pues la pobre gente venía hasta de tres leguas, en medio de lluvias torrenciales. y les llovía sobre mojado al volver á sus casas, sin que por esto se enfriasen ó entiviasen los ánimos.

Las confesiones han pasado de 500, todas ellas bien consoladoras, y todas muy dificultosas, á causa de la lengua castellana, que entendían á medias, y había que dar mil vueltas para que le comprendiesen á uno, y para que uno los llegase á entender. Mas la paciencia y la amabilidad con esta pobre gente, vence todas las dificultades.

En todos estos puntos no hay correo; pero todos los días va el

sirviente del P. Cura á Orizaba, para comprar lo que se necesita y traer las cartas.

Cuatlapam 17 de Agosto.

El lunes 9 del presente mes salimos montados en sendos caballos el P. Castillo y yo, y verdaderamente que parecíamos al famoso caballero de triste figura y su no menos famoso escudero Sancho Panza.

Como á media legua de Cuatlapam nos cogió un aguacero de padre y muy señor mío, que nos obligó á refugiarnos en una de las casas que estaba junto al camino; mas como la lluvia no tenía trazas de cesar en toda la noche, y la gente nos estaba aguardando para comenzar la misión, no hubo más remedio que hacer de tripas corazón y seguir el consejo del vizcaíno: «puesto en el burro, ciento ó ninguno», y así nos pusimos en marcha, refrescándonos á las mil maravillas.

Antes de llegar á la hacienda nos encontramos con varios grupos de gentes que nos estaban esperando, y sin tener miedo ni á la lluvia ni á los muchos charcos, se formaron en procesión y de este modo hicimos la entrada triunfal.

Mojados como estábamos dimos comienzo á la misión, sin temer de que se aguaran los esfuerzos de los misioneros rurales; y así fué, pues se confesaron más de 800 personas y se arreglaron 14 matrimonios.

La comunión de los niños fué bastante numerosa, pues comulgaron cerca de 200 entre niños y niñas.

Ahora estamos en la hacienda de Tuxpango, y aquí hallaremos más dificultades por razón de la lengua; mas se hará todo lo que se pueda.

De salud estamos admirablemente bien, yo le pedí mucho á Nuestro Santo Padre en la novena que me concediera la gracia de la curación del mal de estómago, que me había hecho sufrir tanto por todo un año, y prometí se publicase en el *Mensajero*, si es que le parecía á V. R.; el caso es que ya no he sufrido más, y que estoy á las mil maravillas.

Méjico 27 Octubre.

El día 10 del presente se dió comienzo á la misión en la parroquia de Regina, siendo los Padres misioneros recibidos por todas las asociaciones de la parroquia que con velas encendidas y sus diferentes insignias y estandartes, acompañaron á los Padres hasta el altar mayor, y después de cantada la salve y rezado el rosario, se predicó el sermón de introducción.

Desde el principio se notó mucho entusiasmo y mucha avidez por oir la divina palabra. Toda la iglesia estaba tan llena de gente, que casi todos los días tenían que irse muchas personas á sus casas tristes y desconsoladas por no poder entrar en ella. Los bancos ya estaban ocupados una hora antes de darse la primera señal para el ejercicio.

La comunión de los niños estuvo muy solemne, y comulgaron como unos 500 entre niños y niñas, entre estos había muchos limpiabotas y papeleros, cuyas casas sucias y ropas desgarradas fueron cambiando pronto: las casas con algún fuerte estropajo y barriles de agua y las malas ropas, ó conmemoración de ropas, con otras muy limpias que les regaló una señora; de manera que el día de la comunión ni ellos mismos se conocían.

El P. Gabriel Ortíz tomó tanto empeño, sobre todo en preparar á estos saboyanos, que se veía el gusto con que oían por vez primera todo lo que el Padre les decía; y al confesarse lo hacían tan sin rodeos, que se veía lo bien penetrados que estaban los pobrecitos de la grandeza del sacramento que iban á recibir. Dios quiera que no sea la primera y la ultima, porque esta pobre gente no tiene quien se interese por ellos.

Después nos dedicamos á preparar bien á la demás gente, y tuvimos el consuelo de que se repartiesen más de 7.000 comuniones; y como era gente que no frecuenta los sacramentos, serían pocas las personas que comulgarían dos veces.

Tuvimos también el gusto de ver cómo una docena de espiritistas renunciaron la secta y se volvieron al Señor perfectamente arrepentidos. También varias mujeres de mala nota, entre ellas dos dueñas de tales establecimientos, que los cerraron, y estaban resueltas á morirse de hambre antes que dar gusto al demonio de manera tan soez.

Los matrimonios que se hicieron pasaron de 60.

La misión terminó el 27 por la mañana con la comunión por las benditas almas del Purgatorio, y comulgaron más de 1.000 personas.

Hular del Suchiate 16 de Diciembre.

Aquí nos tiene V. R. con más bríos que un león y con muy buena salud, á pesar del excesivo calor que hace, y las dificultades que se encuentran por la grande ignorancia del pueblo, y las clases de alimentos, y la infinidad de ratas que á derecha é izquierda, arriba y abajo de los cuartos y en todos los puntos del compás tienen sus correrías y batallas campales, que lo tienen á uno casi toda la noche despierto.

El domingo 12 salimos de Tapachula para el Suchiate, y si no perecimos todos en el camino fué porque Nuestra Señora de Guadalupe nos salvó; pues de otra manera no se puede explicar, que se descarrilaran cuatro coches y arrastraran tras sí todos los durmientes por unos 100 metros; mas no pasó otra cosa que un gran susto.

A las doce del día llegamos á Mariscala, última estación de Méjico: aquí después de comer nos metimos en una carreta de bueyes, y con el cuerpo molido por los golpes del carro, llegamos al Suchiate en donde comenzamos la misión á las ocho de la noche.

La hacienda del Suchiate está situada entre dos ríos, y al poniente tiene por límite el Pacífico; la principal industria es el hule y el ganado, y la vegetación es de lo más exuberante; mas la gente es casi toda analfabeta, y en punto á religión ni siquiera saben que hay un Dios.

Los dos primeros días nos miraba la gente con cierto miedo y cierta desconfianza; y como nos habían dicho tanto de la barbarie y salvajismo de esta gente, no las teníamos todas con nosotros mismos, mas había que mostrar valor. No es tan fiero el león como lo pintan, y así luego vimos que si esta pobre gente era lo que parecía era debido más bien á ignorancia que á malicia. Con esto comenzamos el fuego graneado y casi todos han caído, habiéndose confesado como unas 200 personas y arregládose las 11 parejas que vivían en mal estado. Con esto ha quedado ahora bien el Suchiate.

Metapa 22 de Diciembre.

El sábado 18 del presente salimos del Suchiate, montados en briosos caballos, y en medio de un sol abrasador anduvimos las doce leguas que hay del Suchiate á Metapa.

Metapa es una población pequeña formada de los habitantes de Ayutla, antes territorio mejicano, y ahora de Guatemala; y como no quisieron ser súbditos de Estrada Cabrera, se pasaron de este lado del río, mas no quisieron venirse solos, sino que se trajeron consigo al Señor de las tres caídas, tan venerado en aquel santuario, á donde acuden peregrinos de todas partes de la República, juntándose á veces en tiempo de romerías hasta 20.000 peregrinos. Mas el Gobierno Estrada Cabrera no pudo ver con indiferencia tal despojo, no por amor al Señor, sino por amor al dinero que dejan los peregrinos; y así se convirtió en caso internacional, y el gobierno de Méjico mandó devolver la estatua.

El Santuario de Ayutla está del otro lado del río y á corta distancia del ferrocarril P. A., y se halla custodiado por soldados cachucos ó guatemaltecos. A la estatua la tienen en el suelo, y el dinero y la cera que dejan los peregrinos entra en los bolsillos del Gobierno.

Los curas en Guatemala son comandantes ó coroneles, según el agrado de Cabrera, y ninguno puede ser removido sin su consentimiento. Así andarán las cosas, como lo hemos experimentado en la gente del Suchiate, de Tuntera, de Metapa y del Puerto de Ocoz.

En Ocoz hubo 30 bautismos, y todos hijos naturales; mas ni una persona vino de allá para confesarse, pues parece que casi todos están amancebados.

En Metapa, tuvimos 226 confesiones, todos los que se podían confesar: niños y niñas, jóvenes de ambos sexos de 16 á 25 años de edad, y 9 matrimonios que se arreglaron; todas por consiguiente eran primeras confesiones y comuniones. Los demás no se confesaron porque casi todos están viviendo mal, y hubiéramos tenido que ir de rancho en rancho cazándolos como venados. Los pocos que pudimos ver nos dijeron, que como no sabían la doctrina no se podían arreglar; les prometimos enseñarles lo poco que se les exigía, pero como son tan indolentes ni aun eso poco quisieron aprender.

El P. Ortíz los tres días que estuvimos en Metapa, se convirtió en catequista: todo el día estaba dale que dale, y así iba instruyendo á

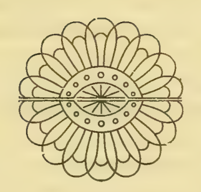
todos los que llegaban. Yo los confesaba, teniendo, por consiguiente, que hacerles el examen, y excitarles á la contrición, y rezarles el «Señor mio Jesucristo».

Seguimos, gracias á Dios, muy bien de salud, y no hemos tenido dificultad alguna todavía, sino las ordinarias de la ignorancia de esta pobre gente.

Con afectuosos recuerdos del P. Ortíz y míos á V. R. y á todos los Padres y Hermanos de esa, deseamos á V. R. y á todos muy feliz año nuevo.

Siervo en Cristo,

MODESTO IZAGUIRRE, S. J.



RESIDENCIA DE CHIAPAS

MISIONES ENTRE LOS INDIOS

Cartas del P. Tomé al R. P. Provincial.

San Cristóbal L. C., Abril 13 de 1909.

Amadísimo Padre Provincial: Hoy regresamos de las misiones; le diré en breve lo que en dos meses y pico hemos hecho.

MISION DE SAN BARTOLOMÉ

De lejos, por lo que extraños dicen, este pueblo es muy malo; de cerca, en misión sobre todo, es como los demás y aún mejor que otros.

Sobre la falda de un monte, bien ventilado, su calor es soportable: su gente no deja de tener algo de curioso; entre los naturales ó indios, cerca de 3.000, son muy frecuentes las paperas que les cuelgan bajo la barba; los hombres desde chicos dejan crecer la melena hasta los hombros, recortándola así en redondo: una camisa y un calzonazo ancho, ancho como de maragato, los cubre de los pies á la cabeza. Las indias andan más escuetas: la cabeza al aire libre, el busto medio cubierto con un chalito ó camisita diminuta, para el resto un refajo demasiado corto. Este es el traje de iglesia, que si van á comulgar agregan un pañito plegado, á guisa de montera, sobre la cabeza. Por casa y aun en la calle no es raro verlas con solo el refajo.

El candor y piedad de estos indios es envidiable; para las cosas de iglesia incansables, el *fac totum* en todo lo del culto. Los ladinos, el reverso de la medalla: apáticos é indolentes como ellos solos, indiferentotes *et in moribus* alcorantistas.

Tres semanitas dimos de misión, con los siguientes resultados: entramos como Pedro por su casa, sin ningún recibimiento; concurrencia desde el principio hasta el fin muy numerosa; se dieron al pie de 3.500 comuniones; se casaron 50 parejas; visitamos los presos, confesaron y comulgaron todos, con su alcaide á la cabeza, resultando entre todos como un centenar de viejos. Los magnates, menos 4 ó 5, *ut in pluribus* á la luna de Valencia: los pobres en cambio se aprovecharon muchísimo.

MISIÓN DE SAN JOSE TAMASULAPÁM

Es San José un ranchito como tantos otros, con 40 ó 50 mozos de servidumbre. Está á seis leguas de San Bartolo, cuatro antes de la Concordia, á la orilla del Grijalba ó Chiapa, que sólo es vadeable en canoa.

Invitados al pasar para detenernos siquiera un día, accedimos y les dimos tres y medio de misión buena, bonita y barata. Buena por lo bien que se aprovecharon, de dos leguas á la redonda vinieron á confesarse, repartiéndose 220 comuniones; casé 7 parejas, y bauticé algunos niños ya mofletúdos. Bonita por lo pintoresca y variada: de día un calorazo y una mosquitera que había para divertirse; las noches, así me las dieran á mí todas, un ambiente, una luna, una brisa del río que hasta el dormir se olvidaba. Barata, porque allí llegar, ver y vencer fué una misma cosa; la gente, ruda sí, pero dócil. A mí hasta el trabajo de las confesiones se me redujo no poco: tres ó cuatro preguntas, varias muecas figurando golpes de pecho, y mirar al cielo. Me respondían «*Si tata, si tata*», por no saber más en *castilla*, y... *vade in pace*.

MISIÓN DE LA CONCORDIA

Es la Concordia un pueblo salinero, de algún movimiento, tiene varios extranjeros, turcos, italianos, españoles, guatemaltecos y un total de unos 1.500 habitantes. La misión para mí buenísima; mi compañe-

ro dice que no tanto. El Cura Jesusito Trejo y su mamasita D.ª Luisa, mis amigos, nos prodigaron mimos y cariños.

El pueblo se hubiera aprovechado algo más tal vez por parte de los hombres, con más tiempo y paciencia. Con la misión coincidió la fiesta con sus ferias, lo cual atrajo hasta de 12 leguas á la redonda gente para confesarse y casarse. Días de misión 18; comuniones como 3.000; matrimonios de amancebados 45; música gratis á diario, por estar el curato en la plaza; un organillo, un grafófono y varias marimbas amenizaron la misión de que yo conservo gratos recuerdos.

MISIÓN DE SAN ANTONIO CHINCHILLA

San Antonio es una bonita finca, no tan pequeña; con regular servidumbre, de buenos terrenos y clima ardiente como San José y la Concordia. Su dueño D. Donato Borrás es un caballero de educación exquisita, alma noble y corazón generoso. Recibimiento espléndido, hospedaje cariñoso, trabajo moderado y fruto copioso.

Seis días duró la misioncita y en ellos confesaron 300, casé á 24 parejas é hice algunos bautismos. La nota saliente fué el haber sido los dueños, desde el menor al mayor, los primeros en confesarse, cosa por aquí bastante rara. El último día nos permitimos el lujo de hacer á caballo una excursioncita á las vertientes de agua sulfurosa y caliente, llamadas del Carmen.

MISION DE LA LANZA Y SAN DIEGO

Designan estos nombres una finca y un pueblito; la finca de D. Vicente Franco, amigo de casa en San Cristóbal; el pueblo San Diego todo de indios, segregados de Teopisca y sus ejidos al entrar en éstos los ladinos. Finca y pueblo darán un máximum de 600 habitantes, que á medias hablan *castilla*. Agregáronse á estos no pocos de otras fincas vecinas, como Santa Lucía, San Lazarito, Chacté, etc., etc.

Les dedicamos una semana y en ella bien se confesaron pasados de 800, casé 9 parejas é hice bastantes bautismos. En esta Tarahumara, como en la del Norte, nosotros bautizamos y casamos si falta el Párroco, que no es raro.

MISION DE CONCEPCIÓN BALUNGÜICHI

Con las anteriores cerramos el compromiso de la presente excursión, limitada á las parroquias de San Bartolo y Concordia: se agregó ésta al programa, ya para dar gusto á sus dueños los Sres. Culebro (de San Cristóbal), que la pidieron con grande interés, ya tambien para terminar con algún provecho los últimos días de la Cuaresma, que nos cogieron sin poder regresar á casa. Balungüichi, Nueve-cerros, se llama esta finca, asentada en uno que domina otros ocho; se divisa desde ella un panorama de varias leguas en redondo, cosa rara en este Estado.

Pasamos en ella la Semana Santa, ya misionando, ya siguiendo en lo posible el rito de la Iglesia. Tuvimos una bonita comunión pascual, de 400 á 500 comulgantes, de los que raro es que lo hubieran hecho así alguna otra vez en su vida. La Pascua la celebramos con 14 bodas: á renglón seguido emprendimos la vuelta para casa.

Resúmen:

Días de misión	65
Misiones dadas	6
Confesiones	8.320
Matrimonios	145

De V. R. affmo. s. s. en Cristo,

MATEO TOMÉ, S. J.

MISIONES EN CHIAPAS

San Cristóbal L. C., Julio 16 de 1909.

Amadísimo P. Provincial: En su última nos decía V. R.: «Si aún pueden dar alguna misioncita antes de las lluvias, lo veré con buenos ojos...» Con buenos lo vimos también nosotros; le propusimos al Ilus-

trísimo, el arreglo de alguna, y el teléfono en un dos por tres nos arregló las siete misiones siguientes.

MISION DE FAJALÓN

Forman este pueblo unos 1.000 jacales de indios con algunos ladinos; dista 30 leguas de San Cristóbal, rumbo á Tabasco; las hicimos á caballo en dos jornadas, sin otro incidente que una mojada y pedrada de granizo, una mala cena y peor dormida en un topesco ó tejido de carrizos con el agua encima.

El recibimiento con pitos, tambores, guitarras, triques, arcos, flores y la mar de gente. Del caballo al púlpito; la iglesia apiñada; terminada la perorata, terminó el entusiasmo. La mitad, una tercera parte fué el promedio de asistencia durante la misión. El fruto, sin embargo, no fué tan escaso: ladinas confesarían 80, ladinos tantos como los dedos de las manos; indios un centenar y el resto indias hasta completar 1.900 que son las comuniones que se dieron. Matrimonios 5 de ladinos y 105 de indios. La comunión de niños y niñas bonita; se reunieron cerca de 200. Duró la misión 12 días.

MISIÓN EN TILA

Tila es un pueblecito muy pequeño de puros indios, con cinco familias de ladinos; nuestra ida á él obedeció al deseo del Sr. Obispo de que asistiésemos á la fiesta del «Señor de Tila», esta es la advocación. Se celebra el día de Corpus; acuden á ella innumerables tabasqueños cargados de exvotos ó milagritos de plata y oro que depositan en el camarín del Señor, y manojos de velas que consumen como extáticos ante la veneranda imágen, entenebreciendo por completo la iglesia, al grado de no poderse ver ni respirar por el humo que hay en ella. Las limosnas que dejan son también considerables: he oído que hasta 2.000 pesos se pueden recoger en el triduo y fiesta.

Lo más curioso es la entrada de los romeros; la gran mayoría, de rodillas desde la escalinata; no pocos, con los brazos abiertos ó en cruz; bastantes, sentados de medio lado, en cuclillas y avanzando, mediante el empuje y apoyo de las manos; vi tambien algunos que entraban tendidos por completo, rodando como pelotas ó arrastrándose como

culebras á fuerza de hincar las uñas en las junturas de los ladrillos: los menos son los que entran derechos y en silencio como Dios manda; los más entran del modo dicho, cantando, rezando ó llorando todo el largo de 60 metros que tendrá la iglesia.

Seis días estuvimos en Tila; predicamos mañana y noche en *castilla* para los tabasqueños y en lengua del país, por intérprete, para los tilecos: dimos 600 comuniones y se casaron 55 parejas.

MISIÓN DE PETALCINGA

Este es un pueblo que fué; hoy no es casi nada, un conjunto de 50 á 60 jacalitos de indios, con dos ó tres caciques y un agente, todos ladinos. ¡Válgame Dios! y ¡qué indios tan cerriles!

Prediquéles por intérprete; mas ni modo que aprendiesen á hincarse, hacer la señal de la Cruz, responder un avemaría, ni callar en la iglesia. Al predicarles platicaban entre sí; citéles á confesión, y de los hombres raro el que no iba beodo; las mujeres iban cuerdas, pero se sentaban: enseñéles que se taparan la cabeza y empezaron á hacerlo. Confesé como 200 y permití á unos 100 que comulgasen. En su vida las habían visto iguales.

Se casaron de 25 á 30 en los tres días que estuvimos. Para las confesiones de estos y otros parecidos me sirvo de un cuestionario en su lengua que á fuerza de repetir ya voy aprendiendo.

MISION EN EL SALTO

Las lluvias van arreciando; los caminos por aquí son tales que los diablos solo caminan sin riesgo de precipitarse; dígalo el P. Labiano que al pasar un puente voló con el caballo al precipicio; por fortuna cayó bien y nada se hizo. El Tapijulapán y el Salto son el límite entre Chiapas y Tabasco: está á 55 leguas de San Cristóbal y necesitamos seis jornadas á caballo.

Hace siete años dimos la primera misión el P. Casimiro y yo; el resultado entonces fué docena, ó docena y media de oyentes, y cuatro ó seis mujeres que se confesaron. Ahora, con mayores esfuerzos, algo más se consiguió; oyentes, promediados hombres y mujeres, como 100 diarios: á las once, las dos escuelas oficiales de niños y niñas de

20 á 25 cada una. Máximum de comuniones en los diez días de misión 110, como 50 de niños y otras tantas de mayorcitos, todos por igual de primera comunion; agréguense 3 matrimonios y es todo lo hecho.

El Salto es cabecera del departamento de El Palenque; único punto de embarque en esta frontera entre Tabasco y Chiapas. No carece de alguna importancia; se ven tipos como desechos de todas partes; parecen no tener religión alguna, y es allí voz general que no pasan de tres los casados canónicamente. Por diversión el Cura y yo preguntábamos á cuantos se presentaban: «¿Ya te casaste?—Ya.—¿Con quién?—Con el Juez de registro.—¿Porqué no te casas por la Iglesia?—¿Cómo me voy á casar dos veces? Aquí no hay Cura; no sabemos de eso». Y se quedaban en sus trece.

MISIÓN EN TIERRA, MIGUEL GÓMEZ Y TRINIDAD

Misión tripartita, de uno á dos días cada una. Estos indios tienen una idea muy alta del misionero: le llaman Misión, Santa Misión, Santo Padre, ó bien á secas San Mateo, San Francisco. ¡Fuera verdad tanta belleza! No entienden *castilla*, y sin más que llamarles en *castilla* ó por intérprete acuden para cuanto de ellos se quiere. Sus vicios, el trago y el juntarse entre sí, por la dificultad que tienen para casarse.

En Tierra, finquita de unos 20 mozos, se casaron 2 y confesamos 70, personas. En Miguel Gómez, rancho del mismo estilo, se casaron 15 parejas y se confesaron 50. En Trinidad, pueblo aún menor, se casaron 16 y comulgaron 70.

MISIÓN EN EL TRIUNFO

Centro de negociación cafetera y hulera, de compañía antes alemana, hoy americana; sus propietarios y administadores, protestantes; los trabajadores, de donde los pescan, tabasqueños, chiapanecos, tehuanos, etc.

«Vayan al Triunfo, nos dice el Sr. Obispo, á ver si hacen algo». Vamos, pues, pedimos la venia al Gerente Sr. Fargos, y, con algunas cortapisas, entramos. Cuatro días estuvimos: los pobres trabajadores á quienes levantan á las cuatro de la mañana y los sueltan á las seis de la tarde, cansados y todo, iban al ejercicio después de la cena.

Se casaron tres parejas y se confesaron como 80; todos comulgaron juntos el domingo, único día que les dejaron libre después de tres horas de trabajo. En día de fiesta, y con matrimonios y bautismos, se embolaron algunos que el lunes faltaron en el trabajo, por lo que el cismático Fargos se pegó una enojada, y descargó conmigo: «Por Dios, me dice á la salida, mientras yo viva no permito que otro Padre ponga su pie en mi finca». Le di la mano y nos despedimos.

MISIÓN EN TUMBALÁ

Tumbalá está junto á las nubes: en tiempo de lluvias, como el que yo tuve, es región de perpetuas y densísimas nieblas, y los truenos y rayos repercuten que espantan. No tendrá arriba de 40 casas entre caciques, ladinos é indígenas. El compañero ya estaba de regreso en casa y el Cura en Jajalón, su parroquia, estuve por tanto sólo.

Mi hospedaje y servicio bien humilde: un cuarto obscuro y húmedo, y un tapesco de carrizos por cama; una indiecita tres veces por día se presentaba con dos blanquillos para mi comida.

Para las distribuciones de iglesia salía á dar vueltas hasta hallar algún indio que tocase las campanas: estuve cuatro días, en los que casé 10 parejas y confesé 80.

Con Tumbalá se cerró la presente excursión, fecunda á la verdad en penosas jornadas, hospedajes impropios, malas comidas y peores dormidas. Que Dios nos lo reciba en descuento de nuestros pecados.

Resumen:

Días de misión.	46
Matrimonios	244
Comuniones	3.170

De V. R. affmo. s. s.

MATEO TOMÉ, S. J.



PUEBLA DE LOS ANGELES

NOTICIAS DEL P. LUIS RICOU

FALLECIDO EN LA PAZ DEL SEÑOR EL DÍA 22 DE OCTUBRE DE 1910

Carta del P. Marcos Gordoa al P. J. Camacho.

Puebla, Octubre 24 de 1910.

Carísimo en Cristo P. Camacho: Cuando ve uno ejemplos como los que nuestro buen P. Ricou nos ha dado en vida, y sobre todo en los largos y penosos días de su última enfermedad, se siente confundido y estimulado y deseoso de publicar las maravillas que obra el Señor en los que corresponden á su gracia y se amoldan á nuestras santas reglas y modo de proceder. Con este fin le voy á referir algo de lo mucho con que nos edificó dicho Padre, empezando por los ejemplos de su vida.

Durante el año que pasé con él en este Colegio siempre le vi recargadito de trabajo, pues además de ser Padre Espiritual de los Nuestros y Procurador, tenía otras cosillas de esas que dan harto que hacer, como la historia de la casa, el cuidado espiritual de los criados, confesiones y pláticas á religiosas, confesiones ordinarias de los chicos, etc...

No pocas veces le caían otros gajes, v. gr., suplencias de los estudios, revisión de composiciones, asistencia á exámenes y cuanto suele ocurrir en los colegios. Pero lo sobrellevaba todo con un empeño tan eficaz y tan sin congoja y al mismo tiempo tan ordenado, que juntaba

en uno la exactitud de un junior con el reposo y desembarazo de un Padre antiguo. El mismo á quien conocimos en Oña: sus pláticas de comunidad tan estudiadas como un círculo, sin dejar de ser suavemente afectuosas; las observancias menudas en vigor, así, por ejemplo, los sábados solía privarse del dulce.

Lo que más admiré en él fué su trato apacible y bondadoso, hasta el extremo, con todo el mundo; hasta con ciertos seminaristas pobres que venían á verle con frecuencia, y con los niños cantores de la Catedral, que de mes en mes se presentaban en corporación para confesarse con él, y á quienes atendía como si fueran grandes personajes. Nunca le oí una palabra dura ó displicente; y bien sabido tenemos algunos, que esta dulzura y mansedumbre no le nacía de carácter pacato y bonachón, ni mucho menos, sino que era adquirida á fuerza de puños.

Notable era su pobreza, aun en gastar papel; raro su desprendimiento de las cosas que usaba; su moderación en el hablar exquisita; el espíritu de mortificación lo tenía muy arraigado. Con decirle á usted que andando tan achacoso y tan débil y yendo mil veces al Banco para asuntos de su oficio, nunca tomó el tranvía, y ¡cuenta que había que emprenderla desde los arrabales hasta el centro! ni tampoco advertí en él cosa que oliera á medicina ó alivio; creo haber dicho bastante.

Vino la enfermedad, y no hizo más que poner en plena luz cuanto llevo apuntado de sus virtudes. Cayó en cama el día 2 de Agosto con una infección intestinal que había tolerado en pie varios días. Halló pasto la enfermedad en el organismo del Padre, sobremanera propenso á ese género de mal, y produjo una total putrefacción que le puso hecho un santo Job. ¡Apenas se puede creer cómo estaba! El pelo se le caía á mechones, las piernas se le helaron y encogieron, las llagas y la gangrena penetraron hasta los huesos. Figúrese V. si se podrían tocar y curar sin causarle horribles padecimientos. Pues en dos meses veinte días que duró su martirio, no profirió un ¡ay! ni pidió el mínimo regalo, ni siquiera trató de su enfermedad, y él mismo consoló y sosegó al Hermano enfermero cierta vez que éste mostró tristeza por el estado del Padre.

Dice el mismo Hermano, acerca de su modestia, que, con verse obligado á la dura necesidad de no poder salir para nada de la cama y andar siempre en manos ajenas, y con estar fuera de sí muchas veces, por el delirio, guardó siempre gran comportura: de su obediencia

dice era grande la violencia que se hacía para tomar alimento y sujetarse á las prescripciones del médico: añade que dirigía tiernas súplicas á la Virgen de Guadalupe, cuya imagen tenía colgada en la pared; que hasta hace tres días se informaba con mucho interés del estado de los demás enfermos. Casi todos los días logró recibir la Sagrada Comunión, y era de ver, prosigue el Hermano enfermero, cómo por muy aletargado y abatido que estuviese, en diciéndole que le traían al Señor, despertaba y se ponía á prepararse con especial ahinco, para recibirle. No le faltó á su cruz la terrible variedad de los escrúpulos é interiores turbaciones.

Por fin antes de ayer, sábado, pasó, según esperamos, á recibir el galardón de su edificante vida y penosísima enfermedad.

Como prueba de su docilidad, añadiré lo que me acaba de referir el P. Carrasco. Se hizo una novena para obtener de Dios por intercesión del P. José Alzola, su salud; á él se le hacía rezar un avemaría y se le imponía una venda de dicho Padre. Cuando se olvidaban de ello ó lo omitían por no molestarle, él mismo pedía que aplicasen le venda. «¿Qué hace nuestro P. Alzola? le preguntaron cierta vez.—Ruega por nosotros.—¿Y qué va á alcanzar de Dios?—Eso no lo sabemos». Otra respuesta suya declara bien sus espontáneos sentimientos: «¿Se le ofrece algo?—Pídale al Señor que muera santamente». Y esta súplica fué lo que oyó Su Divina Majestad.

Hasta su entierro resultó modesto y devoto, porque no le llevaron en carroza sino en hombros, Padres y Hermanos Coadjutores; y por cierto que los alumnos de la 1.ª división y tal cual amigo nuestro que asistió se disputaban la vez. Entre los acompañantes se distinguía por la compunción y afecto un grupo: sus queridos criados, con los cuales deliraba casi siempre; ellos en cambio mostraron su dolor y cariño llevándole varias coronas de flores.

Ahí tiene, mi carísimo P. Camacho, esos rasgos de la amable figura y edificante memoria de nuestro excelente P. Ricou.

No olvide en sus SS. SS. y OO. á su ínfimo siervo en Cristo,

MARCOS GORDOA, S. J.



RESIDENCIA DE CHIHUAHUA

MINISTERIOS EN LOS RANCHOS DE SANTIAGO
ESCUELAS CATOLICAS EN LA CAPITAL

Carta del P. Delgado al R. P. Provincial.

Chihuahua, 5 de Septiembre de 1909.

Muy amado en Cristo, P. Provincial: Después de saludar afectuosamente á V. R., voy á darle alguna noticia de mis últimas excursiones.

El día 9 de Agosto salí para los Ranchos de Santiago, y después á Sisóguichic, de donde regresé hace cinco días.

En la primera población ayudé tres días al P. Ortíz en una misioncita, que tuvo buena conclusión, dada la frialdad y apatía con que la gente la había recibido.

En Ranchos de Santiago, parroquia que hace ya algún tiempo carece de Párroco, hay un maestro laico, impío como casi todos, que ha maleado bastante al pueblo, el cual es muy sencillo y bueno en general.

Algunos de los principales vecinos son víctimas de este malvado, y se avergüenzan de practicar la religión.

V. R. ya sabe cuánto mal causa tal gente. En esta desdichada región federativa hay 218 escuelas ateas y laicas (católicas no he podido contar 40 siquiera): y relativamente creo que en ningún Estado de la República han procurado fomentar esta enseñanza desastrosa como aquí. Juzgue V. R. de la situación de la diócesis.

Viendo que Miñaca estaba ya muy cerca, me permitió el P. Supe-

rior ir á practicar mis Ejercicios á Sisóguichic. ¡Oh qué recuerdos tan agradables traje de este lugar!

Después de los Ejercicios del Noviciado, nunca había hecho unos en medio de tanto silencio, recogimiento, etc. ¡Cuánto se presta esa casa nueva de Sisóguichic para renovar el espíritu!

Me quedé sorprendido del espíritu de pobreza, recogimiento y sacrificio de los nuestros en la misión de la Tharahumara. ¡Qué buenos consejos y mejores ejemplos del P. Arocena, que me trató con exquisita caridad! Al salir de Ejercicios me invitó dicho Padre para que diera una vuelta á Cusárere, en compañía del P. Ortíz; y yo, sólo por complacerle, pues tenía ansia de volver á mis ocupaciones habituales y principales, retrasé cinco días mi vuelta á Chihuahua.

Las escuelitas aquí, siguen adelante, en medio de mil miserias y dificultades. Tengo el consuelo de haber sacado, por medio de ellas, á 35 niños de los colegios protestantes.

¡Ah, mi R. P. Provincial, si pudiéramos, cuántos niños libraríamos de las uñas de la herejía y del laicismo! Algunos hasta sentados los tenemos en el suelo, por que no hay para comprar más bancos; pero cuando vienen, como digo, de las escuelas protestantes ¿cómo rechazarlos? ¡Dios va é irá proveyendo!

Al P. Superior no le agrada que franca y abiertamente pida para esta obra; y quiere que sólo con insinuaciones, y exponiendo la necesidad, anime á unas cuantas almas generosas; así procuro hacerlo. Sin embargo, aun así, estas pocas almas buenas, con objetos, premios ó limosnas en metálico, ó los pequeños donativos de los niños, nos ayudan con más de 300 pesos mensuales.

El Santuario pronto quedará concluído en su ornato, y ya se imprimió, en nuestro nombre, una invitación á los devotos de Nuestra Señora en la ciudad, para que, si gustan, cooperen con sus limosnas para lo que falta.

Tengo más cosas que decirle; pero V. R. ya las adivinará; y además creo que pronto tendré el gusto de verle y consolarme con V. R. derramando mi corazón *facie ad faciem* en el suyo.

En los SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

Infimo siervo en Cristo Jesús,

Pedro M. Delgado, S. J.



MISIÓN DE SAN PEDRO CLAVER EN LA THARAHUMARA

RESIDENCIA DE SISÓGUICHIC

MISIONES EN NONOAVA Y EN BOCOYNA

Carta del P. Narciso Ortíz al R. P. Provincial.

Chihuahua (Méjico), Marzo 23 de 1909.

Muy amado en Cristo, Padre: Recibí la de V. R. en que me pide algunos datos sobre las dos últimas misiones. Voy á complacer á V. R.

Salí de Sisóguichi el 22 para Nonoava; desde luego, el mal tiempo que se anunciaba y la poca actividad del tarahumar que me servía de guía, me hacían entrever no pocas dificultades en el camino. Efectivamente: á poco de emprender la marcha, al fuerte y helado viento siguió la nieve que no cesó de caer en toda la mañana. Quizá por esto el paso de mi guía era más lento, y el pequeño hatillo que llevaba á cuestas se le hacía más pesado, teniendo á veces que bajarme de mi mula para arreglárselo, porque ni esto podía por el mucho frío.

Sucedió lo que era de esperar: llegó la noche y nos encontramos muy lejos de la primera jornada. ¿Qué hacer?; avanzar en medio de la oscuridad por un camino pésimo, pero con tal suerte, que mi guía perdió la vereda, y así cayendo y levantando hubimos de llegar al fondo

de un arroyo. Aquí hicimos alto. Cuando se ha caminado todo el día con tal tiempo, subiendo y bajando cuestas, no son muchas las exigencias y delicadezas del misionero: á todo se aviene; una frugal cena, el suelo por lecho, una piedra por almohada y el cielo por pabellón le bastan. Apenas me recosté cuando la nieve comenzó de nuevo á caer, pero al fin el sueño se sobrepuso al frío y hube de dormir unas pocas horas. Mas no fué tan profundo que me impidiera sentir el frío, que calaba los huesos: era que sobre mis mangas de hule y sobre mi sombrero había caído un manto de nieve: no era posible dormir más. Llegó la hora de ensillar, y aquí de las dificultades: mi mula, como de mal humor por no haber cenado, no quería dejarse enfrenar; al fin me salí con la mía, y me eché á andar á pie por entre la nieve, para hacer algún ejercicio y calentarme.

Llegué á Baqueachi á las once y media, celebré la santa misa y poco después emprendí de nuevo mi camino. Como se me había asegurado que llegaríamos á Nonoava, aquí, por gratitud á las buenas gentes que me habían proporcionado almuerzo, les di el poco bastimento que me quedaba; mas por la noche bien sentí la falta de él, pues no pudimos llegar, y hube de acostarme otra vez al aire libre, sin cenar y con bastante sed.

Todos estos trabajillos me hacían pensar que el Señor me reservaba algo bueno en la misión que iba á dar, y no me engañé. Llegué á las nueve de la mañana, celebré la santa misa con la asistencia de mucha gente que ya esperaba mi llegada, y olvidé todo lo anterior al encontrarme en medio de los nuestros. ¡A qué dulce expansión, alegría y estrecha unión convida la caridad de nuestros Hermanos en esta soledad!

Combinado el plan de la misión, dimos principio á ella el P. Guerrero y yo la tarde del miércoles de Ceniza. Ya porque la gente estaba bien preparada, ya porque algunos habían venido de lejos á recibir la ceniza, es el caso que, desde el primer ejercicio, tuvimos un gran concurso. Este fué aumentando cada día, especialmente en el ejercicio de la tarde y pronto comenzamos á notar el fruto de la santa misión. Mantuvo el fervor y entusiasmo de ella la variedad de cantos bien aprendidos y que entonaban con mucha animación, así las Hijas de María, como los niños de ambos sexos pertenecientes á las escuelas católicas que, dicho sea de paso, están muy florecientes. Asistieron á la explicación de la Doctrina más de 300 niños, pero solamente comulgaron 300, y entre éstos 100 por vez primera. Después de la comu-

nión, se hizo la renovación de las promesas del Bautismo, y por la tarde la acostumbrada procesión. En pueblos de fe más viva y donde los sentimientos cristianos están más arraigados, el entusiasmo en tales actos es como natural; pero acá en la Sierra donde la gente es de suyo fría, el fervor y recogimiento en ellos son dignos de notarse; por eso para quien ha experimentado lo que es trabajar sin resultados satisfactorios, al menos aparentemente, mucho apreciará todo esto en estas gentes.

Aquí, como en casi todas las misiones, hubo también su punto negro. Este lo formaron ciertos impíos que á más de estar divididos entre sí y de no asistir á la misión, siquiera por curiosidad, algunos la persiguieron, pero inútilmente; pues á pesar de su impiedad, las esposas é hijas de ellos supieron burlar sus disposiciones y creo todas se confesaron.

El último día de la misión comulgaron 721 personas y en toda la misión hubo 4.000 comuniones. El P. Guerrero logró reunir un grupo considerable de tarahumares, los instruyó para que pudieran confesarse y comulgar, casó algunos que vivían en mal estado, quedando todos al parecer muy contentos. Así terminó esta misión, cuyo resultado satisfactorio, en cuanto cabe, había de formar notable contraste con el obtenido en la misión de Bocoyna.

El día 9, es decir, dos días después de terminada la misión de Nonoava, estábamos en Sisóguichi el P. Repiso y yo: día y medio hicimos de camino, aunque muy á costa nuestra, pues por ganar terreno hubimos de caminar de noche por cuestas muy peligrosas y á pie, quedándonos además una noche en el campo; pero eso sí, celebramos la misa, aunque para esto tuvimos que caminar desde las dos de la mañana para llegar á celebrarla á Sisóguichi á las doce y media. Mas, ¡con qué contento y satisfacción! ¡Bendito sea el Señor!

El día 11 salimos para Bocoyna. De antemano se había anunciado que este día por la tarde comenzaría la misión; mas á pesar de este aviso, repetido varias veces, nadie se movió á nuestra llegada. Comenzamos el ejercicio preparatorio y asistirían á él 30 personas. Al día siguiente ya hubo más concurrencia, pero siempre poca en comparación con los habitantes que tiene este pueblo. Los niños se manifestaron bien dispuestos, mas como casi todos ellos concurren á la escuela oficial, mixta por añadidura, nada absolutamente sabían de la doctrina. Este mal que en otros pueblos sólo es propio de los niños ó personas pobres que viven lejos de la población, aquí es general; por eso á toda

persona grande que tenía que confesar había que enseñarle lo indispensable para poder recibir el sacramento de la Penitencia. Con tal ignorancia, se explica fácilmente la frialdad que reina aquí para las cosas de Dios, el poco respeto en el templo y hasta el desprecio á los sacerdotes. A todo esto hay que añadir el mal grande que hacen algunos discípulos de Lutero con sus folletos, biblias, hojas de propaganda y aun consejos; por eso muchos, ignorantes en grado sumo, repiten con mucha frescura: «Yo no creo que la confesión fué instituída por Jesucristo».

A pesar de la aridez de este campo, no toda la semilla cayó entre piedras y espinas; al fin de la misión se notó algún entusiasmo y se acercaron á comulgar 70 niños, 122 personas mayores el día último de la misión, y todas las que comulgaron durante ella sumarían unas 300. Tal fué, mi amado Padre, el resultado de estas dos misiones.

Yo espero que Dios por su misericordia hará fructificar la semilla que hemos sembrado, para que sea más conocido, mejor servido y más fielmente amado.

VARIOS MINISTERIOS APOSTOLICOS ENTRE LOS INDIOS

Carta del mismo Padre.

Chihuahua (Méjico), Julio 7 de 1909.

Muy amado en Cristo, Padre Provincial: Según lo dispuesto por V. R., el 19 de Julio salí de aquí para Bocoyna; allí había dejado yo instrucciones acerca de lo que debían de hacer aquellas buenas gentes para dar más solemnidad á la bendición de la imágen de la Virgen Santísima de Guadalupe. Todo salió bien y hubo gran concurrencia en la misa, especialmente de indios; les hablé de la misma Santísima Señora y todos al parecer quedaron contentos. Salí ese mismo día para Cuiteco, llegué á Rarareco, pasé allí la noche, confesé á unas 8 personas y al día siguiente seguí mi camino.

Encontré á la gente de Cuiteco con gran entusiasmo para celebrar la fiesta á su manera, pero muy fría para lo de mayor importancia. Unas cuantas personas asistieron al rosario; esto no obstante, les hice una breve plática y conseguí que unos niños y niñas ofrecieran flores al Divino Corazón de Jesús. Se confesaron 3 indios. ¡Tres! ¡Después de tanto caminar, sudar tanto y de no pocas penalidades! Mas Dios que es tan bueno me reservaba un consuelo que mitigara la pena que naturalmente me causaba tanta frialdad. Visité las casas de dos de los principales, y en una apenas me recibieron.

El día de San Juan, después de misa, tuve que salir á confesar 2 enfermos que vivían muy distantes de dicho pueblo: caminé todo el día y volví á las diez de la noche, pero muy contento, porque en los enfermos que había auxiliado, había visto especiales efectos de la gracia de Dios. Al siguiente día salí de allí para Sisóguichi; en el camino experimenté nuevos consuelos. Llegué á una ranchería y lo que no conseguí en Cuiteco estando casi dos días, obtuve aquí en unas cuantas horas. Dos primeras comuniones de niñas ya bastante mayores; los padres de una de ellas se confesaron con muy buena voluntad para acompañar á su hija en acto tan solemne; celebré también 3 matrimonios. Dije la santa misa al aire libre y salí para mi amado rinconcito de Sisóguichi.

Al llegar me comunicó el Padre la noticia de que habría de salir para Bustillos el día 5 con el fin de dar allí una misión; me anticipé dos días para poder llegar á la Laguna y bautizar algunos niños. Llegué en efecto y esta gente avisada de antemano supo aprovecharse de mi breve visita: hice unos 8 bautismos, 16 confesiones y 5 matrimonios. ¡Cuántas necesidades, Padre! ¡Qué gozo experimento cuando las veo remediadas aunque sea á costa de fatigas! Hice dos matrimonios en las casas de los esposos por estar enfermas las esposas, y hube de llevarles también la comunión á sus casas, por la causa antes dicha.

Salí de allí con boleto hasta Bustillos, pero como en esta estación nadie me esperaba y nada sabía del definitivo arreglo de la misión, me pasé hasta Chihauhua, donde escribo.

Estos días de descanso me han venido muy bien: pues he andado con un fuerte catarro y tos, y aquí con el reposo ha cedido un poco.

No deje de encomendar en sus SS. SS. y OO. á su ínfimo hijo en Cristo.

VISITA Á LOS PUEBLOS DE CUSÁRERE, BASIBORÍACHI Y ARARECÓ

Carta del mismo Padre.

Arareco, Noviembre 9 de 1909.

Muy amado en Cristo, Padre Provincial: Llegué ayer á esta después de haber visitado los pueblos de Cusárere y Basiboríachi. Ya que conozco cual es el sentir de V. R. sobre lo que Dios se digna obrar por nuestro medio en favor de estos pobrecitos, voy á decirle algunas cosas que quizá le consolarán en el Señor.

En Cusárere hice 46 bautismos, 3 matrimonios y oí unas 15 confesiones. Dos de los matrimonios fueron de tarahumares; nada sabían de castellano, y para todo me serví de D. Juan Zafiro. Así pude confesarlos é instruirlos en cuanto á lo más indispensable; eran padre é hijo, los cuales se velaron en la misma misa, uno al lado del otro, con sus respectivas esposas; recibiendo además por vez primera la santa comunión el hijo y la esposa. Se manifestaron todos muy obsequiosos, como si trataran de corresponder á los muchos regalillos que les llevé.

Las buenas disposiciones que cada día voy descubriendo en estos pobres indios, me animan y dan valor para proseguir la empresa comenzada. El H. Ferrero tiene muy buena voluntad de enseñarme lo que sabe.

En Basiboríachi administré 26 bautismos, oí unas 12 confesiones y celebré un matrimonio de tarahumares. A mi vuelta confesé en Cusárere á uno de los gobernadores y al sacristán.

Ahora he celebrado el primer día de las fiestas de este pueblo de Arareco, y en verdad con bastante entusiasmo: les hice procesión por la tarde; cuatro gobernadores llevaban en andas la imágen de la Virgen de Guadalupe; rezamos el rosario y al terminar pusieron á los pies de la Virgen los ramos que llevaban los indios en las manos durante la procesión. En seguida, con mi intérprete al lado, les hice una breve plática de esta manera: hablaba dos ó tres frases y el intérprete se las repetía; así les expliqué algunos puntos de la doctrina y creo que algunos se confesarán.

De aquí voy á seguir haciendo las visitas de los pueblos del po-

niente. Encomiéndeme mucho á Dios para que pueda hacer mucho fruto en las almas y me santifique.

VISITA Á LOS PUEBLOS DE MAJIMACHI, SAN ALONSO, CHURO, CEROCAHUE Y CUITECO

Carta del mismo Padre.

Cuiteco, Noviembre 24 de 1909.

Muy amado en Cristo, P. Provincial: He seguido visitando los pueblos, no digo con mala suerte, porque todo lo dispone Dios Nuestro Señor para nuestro bien; pero sí que en su bondad ha cargado sobre mí su mano un poquito, enviándome algunos trabajitos con sus correspondientes penas. Mas ¡loado sea Dios! en medio de todo me mantengo tranquilo y aun alegre, pues siempre el Señor al lado de las espinitas de los trabajos, desconsuelos y desalientos, pone siempre también las florecillas de sus consolaciones.

En mi última carta me parece que hablé á V. R. de mi método de catequizar ó predicar: digo dos ó tres frases y hago que las repita el intérprete. El resultado de tal modo de predicar fué que en Arareco se confesaran veinte y tantos indios, algunos de los cuales siendo ya viejos no habían podido confesarse. De aquí me pasé á San Luis de Majimachi, pero como el correo con quien mandé avisar de mi llegada no dió el recado, nadie me esperaba, y así hube de seguir mi camino para San Alonso. En el camino de Arareco á San Luis pude ofrecerle al Señor muchas cosillas, pues el guía no sabía el camino y dos veces me extravió, llevándome ya en plena oscuridad y lloviznando por verdaderos precipicios, de los cuales sólo Dios pudo librarme: llegamos á San Luis á las diez de la noche. ¡Qué sabrosas me parecieron mis tres *tortillas* únicas que tenía para cenar! (1)

(1) En Méjico se da el nombre de *tortilla* á unos panecillos redondos de maíz, que suelen tener medio centímetro de grosor y 15 de diámetro.

En San Alonso no estaban preparados los indios, mas al fin todo pudo arreglarse, deteniéndome allí más tiempo: confesé al Gobernador y á su Teniente y á otros 15 indios, hice un matrimonio y varios bautismos y en medio de las manifestaciones de cariño de estos buenos tarahumares, salí para Churo. Dos correos mandé con alguna anticipación, pero sin provecho: aquí ha sido donde he notado más frialdad. De 6 fiesteros, tan sólo 2 se presentaron. Estuve esperando más tiempo y no pude conseguir que hubiera animación en las fiestas; mas por otra parte Dios quiso consolarme.

Fuí á confesar á un viejecito que tendría por lo menos 80 años: me lo encontré algo enfermo, enteramente sólo en su casita calentándose cerca de la lumbre, no tuve dificultad en persuadirle que se confesara; allí mismo cerca del fuego se confesó muy bien y me decía con mucha sencillez: «Mira, cuando yo era muchacho iba camino abajo; mas ahora que ya soy viejo, quiero ir camino arriba para ver á *Tata Dios*». Comulgó muy contento. Fuí á visitar á otra viejecita enferma; la hallé sumamente grave, la confesé, le puse el Santo Óleo y ya iba á llevarle el Sagrado Viático, cuando me avisaron que había muerto.

Oí 30 confesiones, en su mayor parte de indios, (hombres y mujeres). Uno de ellos me decía: «Pide mucho por mí en la misa, por mi familia; dile á Dios que me bendiga y que me dé qué comer». Me despedí y salí para Cerocahue.

La misma historia. Que los indios andan todavía juntando su maicito y que no pueden reunirse; les di de plazo ocho días y entretanto me pasé á este pueblo de Cuiteco, en donde creía encontrar todo listo por haberles escrito de antemano: á nadie he visto todavía. No se cuántos días me tendrán aquí; al terminar las fiestas volveré á Cerocahue, doblándose con esto el trabajo, y de seguro así voy á seguir en los demás pueblos.

Con los indios que van á llevar la carne escribo aunque lacónicamente al Superior de la Residencia: hoy le escribí también por correo, mas de allá estoy enteramente incomunicado. Todo se me va acabando: hostias, vino, ropa, estampas, crucifijos, etc., etc. Como comprenderá V. R. todo esto para un misionero bisoño parece mucho, naturalmente hablando; pero á pesar de todo, sostenido por la gracia, puedo decir con el Apóstol: «*Superabundo gaudio in tribulationibus meis*».

Estos días de espera me sirven para rehacerme un tanto en el espíritu, porque vuelvo á la vida común: tengo mi oración, mi lectura espiritual, etc., etc.; y cuando, además de esto, he estudiado algún

rato, tomo mi soga, me echo mi hacha al hombro y me voy al monte á traer pino verde, cedro ó pinabete para adornar el altar de la Virgen. En San Alonso, después del rosario, me llevé á los indios á la falda de un montecillo, con el fin de traer cantera para el templo que tienen empezado. ¡Pobrecillos! ¡Qué contentos parecían por ver al *Tata* Padre trabajar con ellos! Padre, á veces pienso que no será difícil que muchos de estos pobrecitos nos aventajen en gloria en el reino de los cielos. Muchos de los que he confesado por intérprete á penas han tenido materia de absolución. ¡Esto á los 50 ó 60 años!

En Arareco se me presentó una comisión de señoritas y señoras pidiéndome fuera á bendecir el local en donde han de edificar una capilla provisional de madera; antes les había prometido darles una misioncita, siquiera de cuatro ó cinco días; y ahora quieren, según entendí, que esta se verifique con motivo de la bendición de tal capilla. Las dije que probablemente podría estar en Creel después de las fiestas de Bocoyna; no sé cuándo podre hacerlas, pero supongo que será después del 15 de Diciembre.

¿No podría V. R. hacerme un regalito como el que me hizo para la misión de Bocoyna? Un surtidito de medallas de aluminio (de la Inmaculada), crucifijos, estampas regulares, especialmente para recuerdo de primera comunión, rosarios, algunos devocionarios (del que han compuesto los nuestros) vendrían muy bien; pues hay gente buena en dicha estación. En caso de que consiga algo, me lo manda á Bocoyna para el 15.

FIESTAS RELIGIOSAS EN EL PUEBLO DE CEROCAHUE

Carta del mismo Padre.

Cerocahue, Diciembre 5 de 1909.

Muy amado en Cristo, P. Provincial: Después de esperar nueve días en Cuiteco á estos buenos indios de Cerocahue, al fin fueron por mí. Llegué aquí el día 2, y como si quisieran disculpar su tardanza

me hicieron una recepción como si fuera Obispo. Serían las siete de la noche y, todavía algo distante del pueblo, encontré á dos indios, estos eran sin duda los encargados de la señal convenida entre ellos de que el Padre llegaba: una detonación como de un barreno se oyó, y luego comenzaron á divisarse hachones de acote; poco después los fiesteros con sus banderas desplegadas, en seguida la música (dos violines mal tocados) y por fin una verdadera procesión bien organizada: á un lado los hombres y al otro las mujeres, los fiesteros delante y yo en medio, muy sobre los estribos, pues mi mula no estaba para tanta fiesta. Un repique de cinco campanas, dignas de la torre de una catedral, anunció mi entrada al pueblo. Comenzaron luego á saludarme, según acostumbran los indios, esto es, uno por uno.

Concurre mucha gente á misa y al rosario, no obstante que hace mucho frío. Predico en la mañana y en la noche, y á mediodía estudio la Doctrina y la explico. Estoy preparando á varias niñas y niños para la primera comunión. Aquí la peor plaga es la gente que llaman de razón y que debería apellidarse gente *sin razón*; pues los hombres, ó viven en mal estado, ó son los primeros en embriagarse.

En estos momentos le estoy escribiendo con mi ánimo entre triste y alegre: triste porque estoy oyendo los gritos y canciones de los que no supieron respetar la hora ni el lugar, pues durante el ejercicio de la noche y casi á la puerta del templo estuvieron molestando; alegre, porque acabo de llegar de la iglesia, donde he confesado varios indios: hasta ahora he casado 6 parejas, he hecho 16 bautismos y he oído 25 confesiones. Creo que aumentará el número de éstas, pues entre niños y niñas de primera comunión son 20; ya avisaré á V. R. el resultado final.

En Cuiteco estuve nueve días y por beneficio de Dios parece que algo conseguí. Preparé á dos señoritas á la primera comunión: de esas explicaciones se aprovecharon como unos 10 niños que también comulgaron; visité á algunos de los principales de este pueblo y dos de ellos se confesaron; otra señora á quien su marido se lo impedía, lo hizo también con mucho contento. Un jovencito que está en un colegio malo y que en su misma casa tiene quien lo aparte de las cosas de Dios, se confesó aunque ocultándolo á su familia.

Tuve una larga conversación con el que hace actualmente de Presidente, mas no hubo medio de persuadirle que se confesase, pues tiene muchos errores y prevenciones contra la confesión: él mismo me declaró que tal estado de ánimo se empeoró con varios encuentros ó

desavenencias que tuvo con alguno de los nuestros. Por más que traté de desbaratar sus preocupaciones, nada conseguí. «Por ahora, me dijo, pierda la esperanza de rendirme». ¡Qué lástima, y toda la familia de este señor, que es bastante numerosa, tiene al parecer las mismas ideas por la misma causa! Aquí, por ejemplo, el señor de la casa donde me dan mis alimentos, es de dicha familia; es muy atento, pero alejado enteramente de la Iglesia: tiene ideas socialistas y al parecer otros errores.

Esta iglesia es magnífica, pero si no se la pone mano para concluirla se vendrá abajo; pues cuando llueve, gotea mucho en el interior. Hay bastante gente y á pesar de esto, carecen de escuela. Uno de los vecinos de aquí, y que conoce perfectamente á todos los del pueblo, me dice que podían muy bien juntarse 200 niños indígenas y ciento y tantos blancos para la escuela. Me ha dicho además que otras veces han tenido una maestra de escuela, y que sin gran trabajo le han pasado 60 pesos por mes. Esto me ha animado á trabajar por fundar una escuelita. El señor que me proporcionó estos datos me prometió ayudarme; veré lo que resulta, y ya avisaré á V. R.

Hace tres días que comencé esta carta y no me han dejado terminarla; hoy, día 8, voy á concluirla para comunicarle las dulces impresiones de este día.

El quedarme aquí más tiempo fué con el fin de mover á esta gente á la celebración de la fiesta de la Inmaculada. Al principio parece que no se daba por entendida de cuanto le decía, ya en pláticas en público, ya en particular siempre que podía; seguían las borracheras y los gritos. Viendo esto, lo encomendé todo á la Virgen Purísima.

Con el ejemplo de los niños comenzaron á moverse algunos, y el ejemplo de estos fué atrayendo otros; así es que las confesiones llegaron á 107. Los niños que comulgaron por primera vez, fueron 30; los matrimonios celebrados, 19. La comunión del día 8 sería como de 70 personas; entre éstas se contaban muchos indios é indias. Ya veía la protección de la Virgen Santísima; pero me faltaba otro gusto mayor, que había de experimentar precisamente el día de su fiesta. La víspera todavía se escuchaban los gritos de algunos revoltosos que seguían escandalizando; mas no sin gran sorpresa mía, por la mañana se me presentaron dos de ellos pidiéndome los casara: uno estaba casado á lo civil y el otro deseaba aprovechar la ocasión nada más. Cosa singular, la víspera uno de éstos me había negado aun el saludo, como si se avergonzara de corresponder al que yo le dirigí. Ahora se ha con-

fesado muy bien: los dos han comulgado. Otros han depuesto sus preocupaciones, y se han rendido á la gracia.

El altar estaba muy pobremente adornado, pero alegre, y con muchas luces. En la predicación de la víspera había recomendado que trajeran ramos verdes y velas; y que las niñas que habían de comulgar viniesen con coronas también de verdura: todo lo trajeron, de suerte que solamente en el altar y sus lados ardían 50 velas de estearina, aparte de las que había por toda la iglesia. ¡Bendito sea Dios por todo!

Esta tarde voy á sacar procesión con la imágen de la Virgen, llevándola algunas de las niñas de primera comunión, y después haré la consagración de todos los niños á la Virgen Inmaculada.

Mañana salgo para Cuiteco, en donde la gente quedó muy entusiasmada para celebrar el día 12, en obsequio á nuestra Señora de Guadalupe. Ya escribiré algo de esto á V. R. Pero antes me queda algo que contarle de este pueblo.

Acabo de llegar de la iglesia: saqué la procesión con la imágen de la Santísima Virgen; todo ha salido bien y creo que la celestial Señora estará contenta de estos hijos suyos que tanto se han empeñado en obsequiarla. Hice la consagración y parece que estos niños y la gente grande comprendieron lo que es consagrarse á la Virgen Santísima. Después de la breve fórmula de dicha consagración, fueron llegando las niñas de primera comunión, se quitaban la corona de ramas verdes que llevaban en la cabeza y la depositaban á los pies de la Virgen, juntamente con una vela; se acercaron también los niños, los hombres, las mujeres y todos dejaron una vela á los pies de la Inmaculada. Se acercaron por fin los fiesteros y al arrodillarse delante de la imágen dejaban su vela y agitaban varias veces su bandera hasta ponerla á los pies de nuestra Reina.

RESUMEN DE LAS ANTERIORES VISITAS A LOS PUEBLOS THARAHUMARES

Sisóguichi, Diciembre 29 de 1909.

Muy amado en Cristo, P. Provincial: Terminé felizmente la visita de los pueblos, y aunque de algunos escribí á V. R. diciéndole lo prin-

cipal que hacía en ellos, quiero no obstante añadir ahora algo á lo dicho en mis anteriores, para que V. R. dé mayores gracias á Dios por el bien que creo se hace en estas visitas.

Desde luego, hablando en general, he observado dos cosas: la primera, que los indios que se mantienen alejados de la comunicación con los blancos, que abusan de su sencillez para explotarlos, son más dóciles, más sencillos y con más facilidad se rinden, una vez que llegan á conocer algo del bien que les procura el misionero; y la segunda, que aun los que ya han recibido malos consejos, si bien son más maliciosos y desconfiados, en el fondo son buenos y se les ganaría sin mayor trabajo, si el misionero poseyera bien la lengua de ellos. Ya en el curso de mi carta, presentaré á V. R. ejemplos que sirvan de confirmación á lo que digo.

En Cusárere y Basiboríachi, por ejemplo, apenas hay alguno que en mal lenguaje se da á entender; y, sin embargo, me bastó regalarlos algunas de las frioleras que ellos tanto aprecian, para que á su modo me manifestaran su agradecimiento y el deseo de que los visite más frecuentemente: allí casé y confesé algunos que nada sabían de confesión y cuyo ejemplo atrajo á otros de los principales entre ellos, los que espontáneamente solicitaron confesarse.

En Arareco ya hablan un poco más, pero son pocos: aquí parecen hasta piadosos, quizá Dios les comunica esos sentimientos de piedad, como recompensa del trabajo que debe costarles el reunirse cada ocho días en la iglesia, para rezar como mejor pueden las oraciones que saben. Es el pueblo donde he confesado más tarahumares.

En San Alonso se me presentaron los gobernadores quejándose de que algunos blancos aconsejaban mal á algunos indios, los cuales por desgracia cedían á esos malos consejos. «Esto no puede ser, decían, porque si ahora son dos los que viven mal, el ejemplo de estos arrastrará á otros y después no habrá ya honradez entre nosotros». Lo mismo me pasó en Churo y en Cuiteco: esto prueba que hay en estos indios un como germen natural de bondad, y que si declinan á algunos excesos, más es por ignorancia que por malicia. Así en Cerocahue, á pesar del pésimo ejemplo, no tanto de los de allí, cuanto de los que vienen de fuera á las fiestas, me bastó decir á los fiesteros que debían confesarse, para que al punto todos lo hicieran, no obstante que en tales fiestas, por la causa antes dicha, son los primeros en embriagarse.

La solemnidad de estas fiestas y las de Cuiteco, en cuanto á la con-

currencia, devoción, frecuencia de sacramentos y compostura ó adorno del altar, nada dejó que desear y aun creo que superaría en eso á algunos pueblos, si fuesen otras las condiciones y recursos espirituales.

Ya se ve que no en todos los pueblos las cosas se presentan tan halagüeñas, así como no siempre se tiene á mano todo lo que es necesario, no diré para la comodidad, pero ni siquiera lo que es más indispensable para sustentarse.

En Guacaibo ya habían hecho sus fiestas, y me encontré solo durante tres días viendo llover y caer la nieve: aquí es donde, según he podido comprender, los tarahumares no están muy bien con nosotros. Al fin se reunieron algunos y algo pude hacer. Parece que el mal tiempo de aquí y los días algo penosos que pasé, me sirvieron como de preparación para lo que vino después.

En Mahuarichi todo es frialdad y dureza, desde luego se nota que la ley que allí rige es la del interés. Allí todo cuesta y no hay quien ofrezca de valde nada; y la razón de esto es muy sencilla, hay una miseria espantosa y además poca ó ninguna piedad. En día y medio que allí estuve, solamente hice 2 bautismos y confesé 26 niños.

Viendo que por entonces nada podía hacer, y que se anunciaba el mal tiempo, salí cuanto antes para no quedarme en algún arroyo detenido por el agua. A poco andar comenzó á llover, pero había pasado ya lo más peligroso y así pude llegar ya muy entrada la tarde á una casita en donde me había de detener por dos noches y un día una verdadera tempestad de nieve. Casi al aire libre, sin bastimento y sin mucha ocupación, ya comprenderá V. R. lo que pasaría; mas Dios lo dispuso así, y entre tanto aproveché la ocasión para disponer á su primera confesión y comunión al joven dueño de la casa, que providencialmente había llegado allí. Tendría unos 20 años. El nos vendió cuanto necesitábamos y así fueron menores las necesidades.

Al salir de allí, á las diez de la mañana, comenzamos á andar sobre nieve hasta las cuatro de la tarde; mis pobres tarahumares se manifestaban cansados y con hambre. Me detuve en un rancho llamado la Ciénega, porque me habían dicho que había algunos niños que bautizar; mas quizá por el mucho frío nadie se presentó; no obstante que tan pronto como llegué se dió oportuno aviso á los vecinos. Allí pasé la Noche Buena, que para mí fué verdaderamente buena: pasé un frío como no lo había tenido en medio de la Sierra, durmiendo al aire libre; dije una sola misa y logré confesar al dueño de la casa, á una hija suya y á otra familia.

En todo, como ve V. R., va mezclando Dios las penas y los consuelos, los trabajos y el reposo; y, cosa digna de notarse, en todo ese tiempo disfruté de una salud completa, mas á penas llegué á casa, me encontré un poco malito.

A otro que no fuera V. R. le parecerá algo duro cuanto llevo escrito; mas como V. R. sabe de todo esto, por eso no he vacilado en decirle todas estas cosas, porque sé que goza con ellas, pues ve la providencia especial con que Dios vela por sus hijos. Yo siento cada día más las ventajas de esa vida de fe de que me ha hablado V. R. en alguna ocasión y gozo verdaderamente en mi soledad, aun en medio de mis trabajos. Voy aprendiendo á apreciarlos, no por el fruto recogido, sino por los medios puestos en práctica para alcanzar el que Dios me tenga preparado, sea poco ó mucho. Así estoy siempre tranquilo; y si las penas vienen á turbar esta paz, después del sentimiento natural ante la prueba, se impone la fuerza de la gracia y vuelve la serenidad.

Por lo dicho poco ha, verá que no es tan escasa la semilla sembrada, ni la mies recogida: 185 bautismos, 21 matrimonios, 238 confesiones y un número mayor de comuniones, algo es.

Ahora estoy esperando al P. Arocena, que salió para Panalachi el mismo día de mi llegada, poco antes de llegar yo á casa. Haré, Dios mediante, mi triduo de Renovación, y seguiré después mi vida de peregrino.

Recibí la remesa de objetos piadosos que tuvo la caridad de enviarme; aún no he dado la misioncita en Creel, pero tan luego como me sea posible la daré, pues aquella gente ya la espera.

En Bocoyna recibí la carta de V. R. Mucho agradezco, Padre, las palabras verdaderamente paternales que me dirige; ellas me alientan mucho y me hacen pensar en la bondad de Dios Nuestro Señor para conmigo. Dios le pague tanta caridad. Ahora le deseo un año nuevo lleno de bendiciones celestiales.

Adiós, Padre, no se olvide de bendecir y encomendar á Dios á este su hijo en Cristo que mucho le ama en el Señor,

NARCISO ORTÍZ, S. J.



RESIDENCIA DE NONOAVA

AVENTURAS APOSTÓLICAS DEL P. GUERRERO

CASOS EDIFICANTES DE LA VIDA DOMÉSTICA

Dos cartas del H. Alberto Ruiz á los HH. Romero y Zavalza.

Nonoava, Mayo 17 de 1909.

Mi amadísimo en Cristo H. Romero: Aunque estoy bastante atareado, voy á ver si robo unos instantes para darle algunas noticias.

¡Si viera, carísimo, cuántas cosas hemos tenido en estos últimos meses!

Hace poco tuvimos una misión, que duró unos quince días, en este pueblo; la dieron los PP. Ortíz y Guerrero.

Además el P. Repiso se ha ido á misionar otros pueblos, y ya hace un mes que ni él ni el H. Aguilar ponen el pie en esta santa casa, quedándome, por consiguiente, sólo con el P. Navarro y con no poco que hacer.

La misión que aquí se dió nos dejó muy contentos, pues la gente la recibió con mucho fervor y entusiasmo: hubo cerca de 4.000 comuniones.

En esta misión fué donde conocí al P. Guerrero, ó como le llaman los tarahumares el *tata pari Maranito.* ¡Cuánto me edificó dicho Padre, por su celo, su abnegación y su amor á los tarahumares. Nos contaba con mucha sencillez, que su alimento ordinario no era otro sino

pinole ó fríjol molido ó también los *chicuri*. ¿Sabe, carísimo Hermano, lo que es esto? Pues los ratones. Dice que un tarahumar le dió en cierta ocasión uno para que le comiese y que no le desagradó; de ahí es que los sigue tomando, y siempre va provisto de una trampa para coger ratones. ¡Cuántas veces el pobre Padre ha pasado sin comer todo el día, no tomando sino un poco de *pinole* por la noche!

Una vez le dijeron unos tarahumares, que en la cima de unas peñas, no muy distantes del sitio donde se encontraban vivía un tarahumar gentil. El Padre al oir esto no se hizo esperar mucho, y un día muy temprano salió en compañía de otro tarahumar hacia donde estaba aquella alma todavía en poder de Satanás. Salió sin tomar alimento, y esto por muchas razones: la primera, porque no tenía qué comer; la segunda..... Pues bien, andaban y andaban, pero no llegaban al paraje donde estaba el gentil. Vióse el Padre en la necesidad de dejar la mula en que cabalgaba, por ser demasiado empinada la pendiente que tenían que subir. En algunas partes andaba descalzo á fin de no resvalarse. Cuando iban llegando á donde pretendían, comenzaron á caer cerca de ellos unas enormes piedras. Viendo esto el tarahumar que acompañaba al Padre, le dijo: «Oye tú, yo me voy». El Padre se opuso vivamente, mas el indio le seguía instando y le decía: «Mira, si te matan ¿qué hago yo?—Pues sencillamente, le repuso el Padre, te vuelves y les dices á los de allá que ya me mataron».

Se deja entender que las piedras eran arrojadas por el tarahumar gentil á quien el Padre iba á convertir, pues sospechando el deseo del Padre no quería abandonar su error. Una de las piedras, dice el Padre, que venía arrojada con tanta fuerza, que se quedó clavada en tierra á una media vara de distancia delante de él.

Por fin llega el Padre á la choza del tarahumar; y ¡lo que es la gracia de Dios! Aquel hombre tan furioso como estaba porque el Padre le iba á convertir, cambia de repente, bautizándose no sólo él, sino también toda su familia. El Padre regresó á la ranchería de donde había salido á eso de las seis de la tarde, sin tomar alimento; pero ¡con cuánto consuelo en su alma! Bendito sea Nuestro Señor, Hermano mío; pídale mucho, me conceda el «*certo agnoscendi et perfecte exequendi*..., *nec aliud quidquam ultra posco*». Pues á la verdad, cuánta lástima da ver lo degradados que son estos pobrecitos tarahumares: toda la vida la pasan en una continua borrachera, tomando *texgüino* mañana y tarde. Las fiestas religiosas que, ellos no dejan de celebrar, les son ocasión para emborracharse después de ellas. ¡Pobrecitos!

Mas para hacerles bien en sus almas se necesita ante todo, después de la gracia de Dios, saber hablar tarahumar. Por lo tanto pídale, mi Hermano, á Nuestro Señor, me conceda el poder aprender este idioma lo más pronto posible. El H. Bienvenido me ha mandado dos cuadernos *De annotationibus tarahumaricis;* me han venido de perlas, pues son una gramática compendiada. Dios le pagará á dicho Hermano su caridad, pues no poco tiempo le habrán quitado esos apuntes.

Hace poco, el domingo de Resurección, estuvimos el P. Navarro y yo en Norógachi, después de haber pasado la Semana Santa en Humarisa, donde hay un regular número de tarahumares. Les pedí á los nuestros de Norógachi fotografías, con el fin de enviárselas á V., pero me dijeron que no había sino unas cuantas y estas de la iglesia que V. ya conocerá.

Muchas cosas más le quisiera contar, pero no puedo por falta de tiempo; sólo le pido que me ayude á dar gracias á Nuestro Señor por las muchas que Él, sin merecerlo yo, me ha concedido.

¡Si viera, carísimo, qué contento estoy! Verdaderamente que la tranquilidad y alegría que el Señor me da á manos llenas, más son para sentirlas que para decirse.

Pídales V. á los Sagrados Corazones de Jesús y María por mí, y dígales que «*nec aliud quidquam ultra posco*».

Los PP. Rodrigo y Navarro, lo mismo que el H. Aguilar, le saludan.

En sus oraciones no se olvide de su ínfimo siervo en Cristo,

ALBERTO RUIZ, S. J.

Carta del mismo Hermano al H. Felipe Zavalza.

Nonoava, 3 de Octubre de 1909.

Mi amadísimo en Cristo, H. Zavalza: ¡Con cuánto gusto le contesto á su muy grata del 29 de Agosto! Dios Nuestro Señor le ha de pagar su caridad.

Comenzaré por la noticia que me tiene lleno de gran regocijo. Este

mes nos reuniremos todos los misioneros de la Tarahumara en Sisóguichi, á fin de hacer allí los santos Ejercicios que nos dará el Rdo. Padre Provincial. ¡Dígame si no tendré gusto! Primeramente Dios así lo quiere, y además con eso tendré ocasión de ver y tratar con tantos Padres y Hermanos, á quienes de otra suerte muy dificil me sería ver.

Allá VV. á cada paso ven Padres y Hermanos de la Compañía: aquí como estamos tan distantes unos de otros y somos pocos, no sucede sino como decía aquella monjita, *rerum vices,* raras veces.

Nosotros saldremos, Dios mediante, dentro de dos días é iremos en dos tandas. De aquí á Norógachi hay un día; allí nos juntaremos con los que de aquella casa vayan á Sisóguichi; tardamos en esta última parte del viaje dos días, uno de los cuales tendremos que pasar la noche bajo el cielo estrellado. Pero todo es poco, pues vamos á hacer los santos Ejercicios.

Aquí en este pueblo de Nonoava hay una pobreza grandísima. La pobre gente verdaderamente no tiene que comer. Su único alimento es la *tortilla* (1) y ésta ¡cuán limitada! Hermano mío, una vez no sé lo que sentí. Me encontraba debajo de un árbol tomando la sombra con varios niños, pues estábamos en recreo; uno de ellos, muy chico aún, se acerca y me dice: «Hermano, tengo mucha hambre. —¿Por qué?, criaturita, le pregunté.—No sé, me repuso.—¿Ya comiste?—Sí, Hermano.—Y ¿qué comiste?—Pues..... pues tortilla y media.—¿Nada más que eso?—Sí, nada más.—Y ¿por qué no comiste más?—Pues porque no más eso nos alcanzó á cada uno».

Las Hermanas Religiosas que aquí están, cuánto sufren por la pobreza con que viven (2). Una vez les pasó un caso muy curioso. Tenían para pasar el día nada menos que 3 centavos. Una de las Hermanas salió con ellos para ver lo que compraba. Llegó á una tienda y pidió 3 centavos de azúcar; le dieron el azúcar y no le recibieron nada, compadeciéndose de su indigencia. Va á otra parte, pide arroz y le sucede lo mismo. En fin, volvió al Asilo con todo lo necesario para pasar aquel día, llevando consigo también los 3 centavos. ¡Cuán cierto es que Dios Nuestro Señor nunca se olvida de los suyos, y cuanto más estos confían en Él más les ayuda y socorre!

A nosotros, ¡cuántas veces nos ha pasado lo mismo! Hace poco ya

---

(1) Recuérdese lo que en Méjico se llama *tortilla.*

(2) Estas Hermanas Religiosas son las vulgarmente llamadas en Méjico Hermanas de la Misericordia, cuya Congregación fundó en Puebla el virtuoso sacerdote P. Yermo.

no teníamos que comer sino unas pocas gallinas que había en casa. Estas, como es de suponer, se diezmaban que daba gusto, hasta que por fin se suspendió la *guillotina*, teniendo en cuenta que después no podríamos comer ni huevos ni gallinas: legítima consecuencia. Mas no quedó frustrada nuestra confianza en Dios, pues á poco vino el jefe político de este pueblo y nos dijo que iba á enviarnos un becerro. Lo que le movió á hacernos este regalo aún lo ignoramos; lo que sabemos es que este hombre no sólo no es piadoso, sino bastante impío. El caso es que la carne del dicho becerrito nos ha sabido á gloria, y, por gracia de Dios, aún no se nos acaba.

La escuela que aquí tenemos va viento en popa. Pocos niños asisten ahora, pues andan ocupados la mayor parte en las siembras. Están inscritos como 110 y no vienen sino unos 30 ó 40. Pero estos pocos, ¡qué buenos y que dóciles son! Da gusto ver lo contentos que asisten á la escuela.

Hace tiempo les dije que nos darían mucho gusto á nosotros, y sobre todo á Dios Nuestro Señor, si se confesaban y comulgaban no cada mes, como es de obligación, sino cada semana y aun más á menudo. ¡Cuál no sería mi regocijo cuando todos á una me contestaron: «Sí, Hermano, de muy buena gana lo haremos!». Y no paró su propósito en palabras, sino que efectivamente lo han cumplido.

No poca alegría me causó también una vez lo que me pasó con un *tohui* chiquitín que está aquí en casa y sabe muy poco *castilla*, como dicen los indios. «*Oye tú*, me dijo, *á mi muy me gusta comulgar ya*». Los ojos casi se le arrasaban en lágrimas, tal era el deseo que tenía de recibir á Nuestro Señor. «¿Para qué quieres comulgar?, le respondí. ¿Sabes á quién vas á recibir?—*A tata Pagri Diosi, urí, urí.*—Bueno; y ¿para qué deseas que Dios venga á tu corazón?—¡*Oh tú, para tener mucho bonito yo! ¡para tener mucho bonito yo!*». El P. Repiso al saber esto, me dijo que no había ningún inconveniente en que hiciera su primera comunión. La hizo lleno de alegría, y ahora no deja de confesarse y comulgar cada ocho días y aun con más frecuencia. Cuando se va á confesar me dice lleno de gusto y dando unos saltos y brincos que ya, ya. «*Oye tú, Mano* (Hermano), *¿ya confesarme yo?—Urí, urí*, le respondo, vete á confesar». Entonces me coge de la mano y me dice: «*¡Ah, Mano, ah Mano, gara juco!* (estoy muy contento)».

Una vez se le hizo un tumor en un dedo; yo le estuve curando, mas no sanaba. Fué á mi cuarto en cierta ocasión y tocó la puerta. «¿Quién es?, pregunté.—*Ah tú, doler mucho!*» Cogíle entonces la ma-

no; tomé mi navaja de afectar y le dije: «Cierra los ojos». Los cerró al punto, y yo, sin más dilaciones, le sajé el tumor. Al ver la sangre y podre que salía del dedo, gritaba: «*¡Mano, Mano, sangre no, sangre no!*» Poco después estaba contentísimo, diciéndoles á todos: «*¡Gara juco, gara juco!*» (¡Estoy muy contento!, estoy muy contento!)

En cuanto á nosotros, Hermano mío, no puede V. concebir la alegría que siempre en el Señor tenemos. Aquí no podemos menos de confesarlo: Dios Nuestro Señor nos trata como á niños mimados. Sufrimos á veces, pero ¡con qué gusto! A veces nos dice el Hermano: «Pues no hay qué comer más que esto; lo demás ya se ha acabado.—¿Y por qué apurarnos?, le decimos. Esto es lo que Dios nos da».

Pídale mucho, carísimo Hermano, al Sagrado Corazón para mí estas dos gracias: primera y principal, que me dé su gracia, «*Certo agnoscendi et perfecte exequendi...., nec aliud.....*»; segunda, que si es de su agrado aprenda pronto el tarahumar, pues me es muy necesario.

Espero que esto mismo pedirán para mí el P. Garibay y los HH. Romero, Gil y Bracho, á quienes va también dirigida la presente.

Yo pediré para todos VV. toda suerte de gracias.

Infimo en Cristo hermano,

ALBERTO RUIZ, S. J.



COLOMBIA

MEDELLÍN

EJERCICIOS ESPIRITUALES Á 18.000 HOMBRES EN LAS DIOCESIS DE MEDELLÍN Y MANIZALES

Carta del P. Luis Javier Muñoz al R. P. Provincial.

Bogotá, Noviembre 5 de 1910.

Muy amado en Cristo P. Provincial: En la carta que V. R. tuvo la bondad de escribirme desde Orduña hace algunos meses, me dice que desea mucho venir á estas tierras, entre otros motivos, por ver alguna de esas grandes comuniones con que suelen terminarse los Ejercicios que el P. García y yo vamos dando por las poblaciones de esta República.

Ciertamente que, al asistir á uno de esos grandiosos triunfos de la gracia en varios millares de hombres, daría V. R. por bien empleadas las fatigas del viaje; pues, aun nosotros, que hace ocho años los estamos viendo, nos sentimos como sobrecogidos, cada vez que nos toca presenciarlos.

Pero la venida de V. R. no pasará de un buen deseo, sobre todo en las difíciles circunstancias por que atraviesa actualmente la Compañía en España. Por eso procuraré en la relación de nuestros trabajos durante el año 1908 y parte de 1909, hacer que V. R. los presencie desde allí con la imaginación, ya que personalmente ha de serle imposible.

Continuando la relación cronológica de nuestras misiones, pues las de 1907 están referidas en una carta al R. P. Superior de la Misión que supongo habrá llegado también á manos de V. R.; comenzaré diciendo algo de lo que hicimos antes de emprender la serie de Ejercicios dados en la diócesis de Manizales.

Abrimos la campaña de 1908 por una población de la Arquidiócesis de Medellín, llamada Yolombó, que había quedado aislada en medio de otras que ya habían gozado de los Ejercicios y aun de la renovación de ellos. Y era que el Párroco, aunque celoso y lleno de santa envidia por lo que sabía de sus vecinos, no se atrevía á llamarnos, por no encontrar en el pueblo un local á propósito para las tandas de internos. Pero un antiguo discípulo del Colegio de Medellín que ejerce allí la medicina, luchó por vencer todos los obstáculos, y decidió al Párroco á que nos llamara. La cosecha fué buena; y aunque con grande estrechez, pudimos dar varias tandas de internos y una de semiinternos con abundante fruto.

Quiso Nuestro Señor manifestar una vez más los designios de su misericordia en un caballero que hacía algunos años vivía alejado de los sacramentos, consagrado únicamente á sus haciendas. Vencido por las instancias de su esposa, convino en hacer los Ejercicios y entró en la segunda tanda de internos: hizo una confesión general muy á su gusto, y se retiró de nuevo á sus posesiones, prometiendo que volvería á la comunión general. Pero no tuvo tiempo de cumplirlo; pues, cuando estábamos en la última tanda murió, casi repentinamente, de un ataque al corazón: ni el médico ni el cura, llamados precipitadamente, le encontraron vivo. Algunos días más tarde la viuda me refería las luchas que había sostenido con su esposo para hacerle entrar en Ejercicios, y cómo lo había vencido dándole á beber, sin que él lo sospechara agua de San Ignacio. En medio de su dolor daba gracias al Santo por haberle hecho aquella gracia que aseguró, como piadosamente podemos esperar, la salvación de su marido.

No pudiendo emprender largas correrías antes de la Semana Santa, empleamos las que nos quedaban disponibles en renovar el recuerdo de los Ejercicios en tres pueblos importantes: Amalfi, San Roque y Santo Domingo; y quedamos muy complacidos al ver cómo se conservaba el fruto recogido años atrás, sobre todo en las dos últimas poblaciones. En San Roque se ha sostenido siempre numerosa la comunión mensual de hombres, desde los Ejercicios que se dieron allí á mediados de 1903. En Santo Domingo, el fervor de toda la población

fué tal, que el día de San José no bastaba el espacioso templo á contener la multitud de comulgantes, y fué preciso dar la comunión en la plaza á un concurso de más de 5.000 personas, de las cuales la mitad, por lo menos, eran hombres. Lo cual nada tiene de extraño si se tiene en cuenta que pasan de 1.000 los que comulgan mensualmente en esa parroquia desde la fecha de los Ejercicios, Agosto de 1903.

En uno de los caminos que tuvimos que transitar por entonces llegamos á un caserío llamado El Comino. Selva inculta hasta hace unos 40 años, aquel paraje está convertido hoy en una aldea formada por las familias descendientes del patriarca que entró el primero á derribar el bosque, y vive todavía con su esposa en aquella región. Nos rogó confesáramos su gente; y para complacerle nos detuvimos una tarde en su casa, y al día siguiente dijimos misa en uno de los espaciosos corredores y dimos la comunión á unas 200 personas, casi todas de la familia de aquel buen cristiano, que todavía está fuerte y vigoroso. Pero cuando más admirados estábamos de verle en aquel estado, con más de 80 años á cuestas, me llamaron para que confesase á otro viejo que había venido á pie, de dos leguas de distancia y por caminos fragosos de montaña. Al verle juzgué, por su aspecto, que sería de los primeros compañeros del dueño de El Comino, y así se lo manifesté. Pero el anciano se echó á reir de mis cálculos y me dijo: «Cuando mi compadre vino á estos montes, yo tenía ya 70 años largos; ahora ya tengo 104». No son raros estos ejemplos de longevidad en las montañas de Antioquia.

Volvimos á Medellín á fines de Marzo, y durante el mes de Abril y parte de Mayo dimos varias tandas de hombres en la casa de Ejercicios.

Nunca nos habíamos atrevido á promover en la capital de Antioquia una de esas manifestaciones públicas de ejercitantes que solemos hacer en otras poblaciones; pues Medellín es ya una ciudad *moderna*, no sólo por el lujo y las comodidades, sino también por los inconvenientes morales inevitables en los centros de población, sin quitarle nada, por esto, en la parte sana, de su piedad y religión.

Al ver el buen éxito de las tandas de este año, nos vino la idea de promover una gran comunión pública de todos los que en esa Cuaresma y en las anteriores habían hecho los Ejercicios. Para tantear el terreno, empezamos por invitar á todos los ejercitantes de las tandas que terminaban, á que acompañasen en una comunión general á los de la última, pero sin salir de la casa de Ejercicios.

Acudieron todos muy gustosos; y después de la comunión y del desayuno que se sirvió á todos, echamos á volar el proyecto de una reunión mayor, á la cual debían ser invitados todos los que figuran en el libro de actas de la casa de Ejercicios Un aplauso general acogió la idea; y sin tardanza se procedió á la realización con el nombramiento de una comisión de caballeros que se encargara de hacer las invitaciones, y de repartirlas oportunamente, sin olvidarse de emplear todos los medios de publicidad en periódicos y carteles, que son de rigor en estos casos.

Algunos dudaban mucho del éxito, y temían que el respeto humano y otras causas darían en tierra con el proyecto; pero cuando Dios pone la mano en las empresas de su gloria, está visto que fallan los cálculos y temores de la prudencia humana.

El día señalado, á pesar de que la mañana estaba lluviosa, acudieron á la casa de Ejercicios, punto señalado para la reunión, más de 1.500 hombres, casi todos caballeros y jóvenes de lo más escogido de la ciudad; y de allí salieron en procesión bien ordenada hasta la Catedral, que dista unas siete cuadras; sin más música que las oraciones que en alta voz se rezaban, y por trofeo la imagen de Jesús Crucificado que llevaban en andas algunos jóvenes de los más connotados. Antes de penetrar en la Catedral, el desfile cubrió los cuatro lados del Parque de Berrío; y ya en el templo se distribuyeron los comulgantes en filas que llenaban toda la nave central, y parte de las laterales de la espaciosa iglesia.

Con esta hermosa profesión de fe y religión cerramos aquel año nuestros trabajos en Medellín, y nos preparamos á la correría, largo tiempo aplazada, de las poblaciones que forman la diócesis de Manizales.

El 1.º de Junio salimos en dirección de Aguadas, que es la primera que se encuentra después de pasar el río Arma, límite de las diócesis de Medellín y Manizales. Pero nos detuvimos una semana en Abejorral que nos quedaba al paso, para hacer allí la renovación de los Ejercicios. Una comunión de casi 2.000 hombres fué el fruto de este corto trabajo; y el 8 de Junio entramos en el nuevo teatro de nuestras tareas, siendo recibidos con extraordinario entusiasmo por los aguadeños.

Es Aguadas una de las poblaciones más ricas é importantes de la región antioqueña; sus habitantes son, por lo general, decididos defensores de las ideas católicas, y en todas las guerras civiles acuden de los primeros á presentarse y formar batallones en defensa de dichas ideas. Su industria principal es la de sombreros de paja, á cuya buena calidad contribuye mucho el clima frío y húmedo de la ciudad, pues está colocada en la cima de una cordillera, flanqueada por los ríos Arma y Cauca, cuyas aguas, al evaporarse, forman constantemente tupidas nieblas que envuelven casi siempre el caserío. Esto ha dado origen á una curiosa leyenda.

Se presentó á la entrada del cielo un aguadeño, dice esta fábula, quien *por casualidad* merecía entrar en la gloria. Llamó á la puerta; y San Pedro, antes de abrirle, le preguntó de donde venía: «De Aguadas, contestó el interpelado.—¿De Aguadas?, replicó el celestial portero. Yo no he visto nunca desde este lugar esa población. ¿Pretende V. engañarme?—Dios me libre de tal cosa, Señor San Pedro. Aguadas existe y es muy grande: y si no, asómese y verá donde queda. Debajo de aquella nube blanca que cubre la cresta de una montaña, allí está Aguadas». Asomóse el llavero del cielo, pero sólo vió un cendal blanquísimo que se extendía por una grande extensión en la cumbre de una cordillera. «No veo nada, dijo San Pedro, después de observar largo rato el punto indicado, y en ese lugar nunca he visto otra cosa que esa eterna nube.—Pues, Señor, le aseguro y le juro por mi alma que allí está Aguadas.....» Porfiaron así algún tiempo, hasta que el Santo Apóstol, dejando puertas afuera al pretendiente, fué hasta el trono de Dios, y le preguntó si era cierto que existía Aguadas, después de darle cuenta del apuro en que se encontraba. Nuestro Señor se quedó pensativo, y contestó á su portero: «¿Sabes, Pedro, que yo tampoco he visto nunca á Aguadas? Pero, pues dices que ese hombre trae los pasaportes en regla, déjale entrar, y aquí averiguaremos la verdad».

No son, sin embargo, los aguadeños de carácter frío y melancólico, como parece debieran ser los habitantes de esa región nebulosa: al contrario, pocas gentes habrá más alegres y entusiastas para todo. Lo cual no contribuyó poco al éxito de los Ejercicios, cuyas tandas fueron creciendo de tal manera que tuvimos que invadir hasta cinco casas contiguas, que se comunicaron interiormente, y aun así resultó estrecho el espacio para la última tanda de internos, que pasaron de 400. Las dos de semi-internos que siguieron á ésta fueron numerosísi-

mas; y así el día de la comunión general, que fué el 14 de Julio, vimos reunidos en la plaza principal de Aguadas unos 3.200 hombres, sin que faltara ninguno de los caballeros y jóvenes de las familias principales.

El enemigo con quien tuvimos que luchar para llegar á este resultado fué la animosidad que en muchos había contra el Alcalde. Era éste uno de esos hombres de carácter inflexible y de extraordinaria actividad, que en cumplimiento de su deber no guardaba consideraciones á nadie. Se había propuesto extirpar de la ciudad la embriaguez y otros desórdenes que habían quedado como reliquias de la última guerra civil; y aplicaba la ley en este punto, lo mismo al labriego que al encopetado señorito. Le sostenía, como era natural, la parte seria y morigerada de la población, pero la juventud alegre y amiga de libertad le hacía guerra implacable. Así estaban las cosas cuando llegamos; y tratamos desde luego de remediar el mal, como, á Dios gracias, lo conseguimos, arreglando enemistades y desavenencias con satisfacción general. El día de la gran comunión, los dos jóvenes que antes encabezaban el partido contrario al Alcalde, llevaban las cintas del estandarte del Corazón de Jesús, que aquel funcionario conducía en la procesión, como para proclamar públicamente que ya no había bandos enemigos, sino un sólo ejército, el de Jesucristo.

Pero quedaba en pie una enemistad, contra la cual se habían estrellado, hasta la víspera de la última tanda, no solo nuestros esfuerzos, sino los empeños del Párroco, y de muchos caballeros principales, y aun los ruegos de matronas muy respetables. Lo cual era tanto más sensible, cuanto se trataba del hombre más poderoso por su riqueza, y por su posición social é influencia política. Hacía tiempo que estaba reñido con un yerno suyo, médico muy atendido en la localidad; y, como suele suceder, cada día se ahondaba más la enemistad. Ninguno de los dos quería ceder; y cuando se hablaba á alguno de ellos de Ejercicios, contestaba invariablemente que los haría si el otro entraba primero y le daba satisfacciones.

Ya habíamos desesperado de remediar aquel escándalo, cuando Dios quiso poner mano en el negocio de una manera bien sencilla. El día que comenzaba la última tanda, salí yo muy temprano á decir misa, antes de la entrada de los ejercitantes, que debía ser á las seis de la mañana. Entre el grupo de personas que estaba en la iglesia, se encontraba la esposa del caballero enemistado; y se le ocurrió la idea de pedirme aplicara aquella misa por que Dios moviera los corazones de

MANIZALES (COLOMBIA)

Comunión general de hombres al terminar los Ejercicios

SALAMINA (COLOMBIA)

Comunión general de hombres al terminar los Ejercicios

su esposo y de su yerno; la pobre señora no había hecho otra cosa que llorar y pedir á Nuestro Señor el remedio de lo que parecía irremediable. Me envió recado con el sacristán; pero éste se negaba á trasmitírmelo, pues ya había comenzado la misa; sin embargo ella insistió, y me fué llevada al altar la petición de aquella alma atribulada.

Recordé entonces que Santa Isabel de Portugal, cuya fiesta se celebraba aquel día, era especial abogada para componer enemistades, y que no eran *fablas de dueñas* sus ruegos en este punto. Me recogí unos momentos, y lleno de confianza le hice, á nombre de la desolada señora, la promesa de que honraría su imagen y propagaría su culto, si alcanzaba de Dios la reconciliación deseada.

A la misma hora el hombre, antes inflexible, se levantaba después de una noche de insomnio y de lucha con su propia conciencia; y sin que nadie le dijera una sola palabra, en vez de entregarse á sus ordinarias ocupaciones, se dirigió á casa de otro yerno á quien amaba tiernamente, para enterarse de las horas en que era preciso asistir á la iglesia para hacer los Ejercicios, y de otras cosas que revelaban su resolución de entrar en ellos, como lo hizo. Algo muy parecido sucedió al mismo tiempo con el rencoroso yerno; desde el segundo día de Ejercicios se buscaron mutuamente, se reconciliaron con sinceridad; y el día de la comunión celebraron juntos la paz en una cordial reunión de familia, que llenó de alegría, no sólo á los deudos de ambos, sino á la población entera, que los estima altamente y lamentaba la enemistad en que vivían.

Mientras estábamos en Aguadas, un excelente caballero que reside en Manizales, había movido todos los resortes del caso, para que fuéramos á aquella importante ciudad, que es hoy uno de los más considerables centros comerciales de la República. Mucho lo deseaba también el Sr. Obispo, Dr. D. Nacianceno Hoyos, amantísimo de la Compañía y que hace cosa de 20 años está trabajando por que se funde allí una casa nuestra, y aun compró años atrás una casa para dárnosla el día que esto se verificara. Pero conocedor de la índole de los manizaleños pues, antes de ser su Obispo, fué allí mismo Párroco muchos años, temía nos viéramos desatendidos y fracasara nuestra obra. Sabía el celoso Prelado que para aquellos hombres entregados casi todos en

alma y cuerpo á los negocios, tenía muy poco valor cuanto no fuese ganancias y tanto por ciento.

Aprobó, sin embargo, el llamamiento que nos hacía el caballero mencionado, D. Rafael Duque Peláez, y aun nos escribió una afectuosa carta en que nos exponía sus deseos y sus temores. Decidimos aplazar para más tarde los Ejercicios de otras poblaciones, y previa la aprobación del P. Rector de Medellín, emprendimos el camino.

La desconfianza de buen resultado que encontramos á nuestra llegada era tan general, que el mismo Señor Obispo se reía de nosotros cuando le asegurábamos que en la comunión general tendríamos unos 3.000 hombres. Y en verdad, que no había motivo humano para esperar número tan crecido. Acudieron, sí, en masa los hombres á oirnos cuando predicábamos en la Catedral, antes de comenzar las tandas; alababan nuestros sermones, pero de Ejercicios no había para qué hablarles.

Reinaba, además, entre los que se llamaban liberales, una desconfianza dificil de vencer; pues, algun tiempo atras, habían llegado por esas tierras unos misioneros (no de la Compañía) que negaban públicamente la absolución á todo el que perteneciera al partido liberal, aunque no profesara ninguna de las ideas condenadas por la Iglesia, ni fuera cooperador eficaz de los que las sostienen. Y si alguno insistía en confesarse le exigían una renuncia escrita y firmada, no sólo de las ideas liberales, sino también del partido que lleva este nombre. Explotando esta desconfianza los enemigos de los Ejercicios, hicieron correr la voz de que nosotros seguíamos el mismo método de convertir almas: y ya puede conjeturar V. R. cuánto aumentaría este rumor las dificultades con que tropezaban los Ejercicios.

A pesar de todo, comenzamos la primera tanda con 28 caballeros, que eran casi los únicos que se hacían notar por su piedad en la población; y aun algunos de ellos, según nos confesaban después, sólo entraron por un impulso de conmiseración hacia nosotros, para que pudiéramos hacer siquiera una tanda, y nuestro fiasco no fuera tan completo.

El Sr. Obispo estaba desolado; y con el ánimo caído se separó de nosotros porque le era forzoso trasladarse á Bogotá para asistir á la Asamblea de Obispos, convocada en aquellos días por el Sr. Delegado Apostólico. La ausencia del Prelado, y de un Prelado tan popular y de tanto prestigio en sus diocesanos como el Sr. Hoyos, parecía, dadas las circunstancias, señal de segura derrota. Pero Dios nos daba á nosotros tanta confianza en la fuerza de la gracia por medio de los Ejer-

cicios, que no llegamos á sentir ni aun tentaciones de desaliento.

Proseguimos, pues, adelante; y la segunda tanda, contra toda esperanza, fué más numerosa que la primera; en la tercera, más nutrida aún, entraron no pocos de los rehacios, sobre todo jóvenes de vida disipada. Pero esto mismo dió pretexto á los señores respetables, resistidos hasta entonces, para atrincherarse de nuevo, alegando que no entraban porque no querían mezclarse con gente moza, delante de la cual no podríamos hablarles á ellos, hombres maduros, padres de familia, con la claridad que convenía.

Pero el buen caballero que había dado principio á la empresa, persona de muy buena sociedad y muy atendido en Manizales, se encargó de resolver la dificultad: de acuerdo con nosotros fué á verse con muchos de ellos, ofreciéndoles que daríamos una tanda especial de caballeros que no bajaran de 40 años, con tal que se reunieran por lo menes 50; así no quedaba pretexto alguno á los *honorables* patriarcas, y cogidos en sus propias redes cayeron muchos, y se dió la *tanda de los viejos*, con cerca de 100 ejercitantes, casi todos venerables por sus canas, y notables por los altos cargos que desempeñaban en la magistratura y el gobierno, ó por sus grandes bienes de fortuna.

Creerá, sin duda, V. R. que en una tanda como esta reinaría desde el principio la seriedad más absoluta; pero no fué así. La tentación de risa acometió á los viejos como podía haberlo hecho con imberbes novicios; y el motivo fué que, al acostarse la primera noche, como las camas quedan descubiertas en estos dormitorios improvisados, cada cual hubo de ponerse el traje de dormir á vista de sus compañeros: y al verse mutuamente en aquellas figuras, éste con una larga bata, el otro con un gorro piramidal, etc., según la costumbre de cada cual, se excitó la hilaridad, que estalló en sonoras carcajadas, y luego vinieron los dichos agudos y las chanzas de aquellos niños con canas; de manera que la primera noche y aun parte del primer día no fué posible lograr silencio ni gravedad. Pero la consideración de las verdades eternas y el examen de conciencia, que para no pocos era de algunas decenas de años, lograron hacer olvidar la risa y el fruto de los Ejercicios fué como era de desearse en gente tan venerable.

Podía darse por ganada la partida; y ya los enemigos se batían en retirada: pero faltaba una clase de hombres muy necesitada de Ejercicios, la de artesanos. La mayor parte de éstos son advenedizos en Manizales, y provienen principalmente de Bogotá y Medellín en donde, por lo general, no dejan historias muy limpias. Tenían fama por sus

malas costumbres y no mejores ideas; y parecían muy poco dispuestos á entrar en Ejercicios, aun después de haber visto el entusiasmo de los señores.

Pero Dios, que quería extender también sobre ellos sus misericordias, dispuso que entrase en la tercera tanda un sujeto que había de servir de instrumento para atraerlos. Era éste, hombre de alguna edad, muy alejado de la Iglesia y de sus doctrinas: en su mocedad había sido artesano, y, aunque más tarde consiguió bienes de fortuna, no quiso que se le considerara como extraño á la clase obrera; y por esto mismo tenía gran prestigio en fábricas y talleres. Salió muy cambiado de los Ejercicios, y convertido en ardiente propagandista de ellos, con tan buen resultado que en la quinta tanda tuvimos que abrir ya una sección especial, á media pensión, para artesanos. Y en la séptima fué tal la afluencia que de los 700 y pico que tuvimos en ella, cerca de 600 eran gentes de *horma* y *martillo*.

En tales circunstancias, era preciso entregar el Seminario, en donde habíamos hecho las tandas de internos, pues llegaba el tiempo de abrir el curso; y la multitud hacía imposible la continuación del internado en otra parte. Dimos, pues, dos de semi-internos en la Catedral, y con ellas subió el número de ejercitantes á unos 5.500, número que nos pareció más que suficiente para poner término á nuestras tareas, con una hermosa comunión general que celebramos á primeros de Septiembre. Pero el entusiasmo de los manizaleños no estaba satisfecho, y no cesaban de afluir á la ciudad hombres de las poblaciones vecinas en busca de Ejercicios; por lo cual el Sr. Vicario y varios sacerdotes y caballeros acudieron por telégrafo al Sr. Obispo, que estaba aún en Bogotá, para que obtuviera del R. P. Superior de la Misión la orden de que continuáramos las tandas. El P. Leza accedió á tan justos deseos, y nos manifestó el suyo de que, tomado algún descanso, pues estábamos rendidos de recoger aquella pesca milagrosa, diéramos una tanda más. Así lo hicimos; y en aquella tanda suplementaria se reunieron cosa de 3.000 hombres.

Quedaron, pues, de Manizales y de los pueblos comarcanos más de 8.000 ejercitantes; de los cuales correspondieron 5.000, poco más ó menos, á la ciudad y los restantes á la Aldea de María, Neira, San Francisco y otros puntos circunvecinos.

Así pagó Dios nuestra confianza, en medio del general desaliento del principio; y probó una vez más la eficacia de los Ejercicios para rendir aun á los pueblos más indiferentes. Los que nos tenían por vi-

sionarios cuando les asegurábamos que llegarían á 3.000 los ejercitantes de Manizales, creían soñar ahora, cuando veían pasar ante sus ojos aquellas multitudes que casi triplicaban el número anunciado.

El Sr. Obispo, que desde Bogotá seguía paso á paso, por los telegramas y cartas que se le dirigían, el prodigioso aumento de las tandas, informaba á su vez á los Prelados de la Asamblea, de lo que ocurría en su capital; y por su parte los Sres. Arzobispo de Medellín y Vicario General de Antioquia referían á sus hermanos las maravillas que Dios había obrado en sus respectivas diócesis por medio de los Ejercicios. De lo cual resultó una grata sorpresa; pues, en vísperas de la comunión general, recibimos un largo y expresivo telegrama que contenía una bendición colectiva y frases de mucho aliento para los ejercitantes, en nombre del Sr. Delegado Apostólico y de los catorce Prelados que formaban la Asamblea del Episcopado Colombiano. Inmediatamente hicimos que se imprimiera, junto con la contestación que dimos á él; y el día de la comunión se repartió profusamente en hoja suelta, que todos llevaron como recuerdo de aquel día memorable.

Inútil me parece decir á V. R. que en esta serie de tandas, durante 70 días de lucha, ocurrieron casos muy edificantes, y hubo golpes admirables de la gracia, de esos en que se palpa la mano de Dios.

Había en Manizales un joven de buen talento y más que mediana instrucción, pero extraviado en ideas y costumbres, á tal punto que no sólo había hecho desgraciada á su excelente esposa, sino que haciendo alarde de impiedad en un periódico que dirigía, llegó á merecer la condenación de éste por la autoridad eclesiástica; motivos muy suficientes para estar en profunda desavenencia con su suegro, noble caballero cristiano, cuyos consejos y reconvenciones sólo dieron por resultado el rencor del mal aconsejado jóven. Como era lógico, fué á los principios declarado enemigo de los Ejercicios, pero las muchas oraciones que se hacían por él lo rindieron en la quinta tanda: dió satisfacción pública de sus pasados errores en un hermoso artículo que publicó en su periódico; sólo faltaba la reconciliación con su suegro, que había hecho los Ejercicios en la tanda de los viejos; y Dios dispuso las cosas de manera que fuese muy edificante y conmovedora.

Ya sabe V. R. que para organizar la procesión que precede á las comuniones de las diversas tandas, hacemos que los ejercitantes de las anteriores lleven procesionalmente, desde la iglesia á la casa de Ejercicios, la efigie de Jesús Crucificado, precedida de un estandarte: éste

suele dársele á la persona más condecorada de la tanda, y otros de su clase llevan dos ó más cordones ó cintas á sus lados. Aquel día, el estandarte era conducido por el Gobernador del Departamento, y una de las cintas por el suegro de nuestro periodista: al hacer la entrega á los nuevos ejercitantes, y sin que se hubiera previsto la coincidencia en el cambio, resultó que la cinta del uno debía pasar á manos del otro. Al acercarse, quedáronse ambos suspensos y cortados un instante, pero luego obedeciendo á un mismo impulso, se echaron el uno en brazos del otro, llorando por la emoción que les invadía; y esto delante no sólo de los ejercitantes, sino de un gran número de espectadores, curiosos de ver la entrega del Cristo y del estandarte, que se hace públicamente en la calle, á la puerta de la casa de Ejercicios. Permanecieron abrazados un breve rato; y todos cuantos veíamos aquella conmovedora reconciliación, participábamos también de la alegría que les embargaba á ellos, y bendecíamos á Dios que así mueve los corazones.

No fué menos edificante el ejemplo de conformidad y largueza cristianas que dió uno de los caballeros principales, no muy devoto hasta entonces. Mientras estaba en los Ejercicios supo que un hijo suyo, el mejor de todos y su brazo derecho para los negocios, estaba enfermo de peligro en una población distante. No quiso, por esto, interrumpir lo que estaba haciendo; antes empapado como estaba ya en la idea de las cosas eternas, fué á postrarse á la capilla, y ofreció á Dios la vida de su hijo, si así convenía para su salvación. El día en que comulgó, recibió un telegrama que le anunciaba su muerte: y en vez de entregarse á un dolor inútil, pagado apenas el tributo de las primeras lágrimas, tomó una suma considerable y se dirigió al tesorero de las tandas para que con aquel dinero expidiera billetes de entrada á los Ejercicios á favor de hombres necesitados de ellos y que por su pobreza no podían cubrir la cuota señalada, pareciéndole que este modo de sufragio, era el más seguro para abrir á su hijo las puertas del cielo. Otros varios imitaron su ejemplo; y costearon la entrada de muchos ejercitantes, como sufragio por sus muertos, haciendo así un doble acto de caridad que redundaba en bien de las almas cautivas del pecado en este mundo, y de las que están detenidas en el Purgatorio.

Si desde años atrás había en Manizales gran deseo de una casa de la Compañía, ahora, á la vista del fruto que por medio de los Ejercicios se había alcanzado, el buen deseo se convirtió en entusiasmo; por eso los caballeros que formaron la junta directiva de la Sociedad de

Ejercitantes, no quisieron distraer casi nada de los fondos sobrantes de las tantas (cosa de 2.000 pesos oro), sino emplear esta suma en comprar el terreno adyacente á una iglesia recien edificada, con el intento de levantar allí un edificio para los nuestros, si lograban obtener la anhelada fundación; y el Sr. Obispo ofrecía al mismo tiempo entregarnos iglesia, que está dedicada á San José.

Lástima que las necesidades, cada vez mayores de las casas y colegios de España no dejen á los PP. Provinciales sujetos disponibles para estas tierras, en donde se pierde la mies porque no hay operarios que la recojan.

Mientras estábamos nosotros en Manizales, á cinco jornadas de Medellín, llegó á hacer su primera visita al Colegio de San Ignacio, nuestro muy amado Superior de la Misión, P. Vicente Leza; y como no podíamos dejar comenzada la batalla, dispuso que, una vez terminada ésta, pasáramos á vernos con él á Bogotá. Así lo hicimos; y durante el corto tiempo que estuvimos en el Colegio de San Bartolomé y en el Noviciado, los Padres y Hermanos de estas casas, y muy en especial sus Superiores, nos hicieron olvidar con sus cuidados y atenciones las fatigas de cinco meses de lucha no interrumpida. Repuestos ya, con aquel descanso, y renovados con los Ejercicios, emprendimos de nuevo la campaña, pues quedaba aún pendiente el compromiso con tres poblaciones importantes de la diócesis manizaleña.

El 26 de Octubre salimos de Bogotá y el mismo día estábamos á orillas del Magdalena, gracias al ferrocarril que en algunas horas sube á la altiplanicie en que está la capital de Colombia, á 2.600 metros sobre el nivel del mar. Atravesamos las interminables llanuras del Tolima, y entramos en la escarpada cordillera que divide dicho departamento del de Cauca. En la línea divisoria, precisamente, cuando las lluvias son muy abundantes, como sucedía entonces, se ponen tan malos los caminos, que es casi imposible el paso. No habíamos podido conseguir un guía práctico, y ya estábamos para lanzarnos en lo más peligroso de aquellos barrizales sin orilla, en donde no es raro se hundan las mulas hasta las orejas, cuando Dios nos deparó un conductor habilísimo. Era el encargado del correo de encomiendas, que conocía á palmos aquellos parajes, y se ofreció á guiarnos. Era de ver á aquel hombre cómo en los puntos más peligrosos se multiplicaba para aten-

der á las bestias cargadas que llevaba, y para indicarnos á cada momento por dónde debíamos echar nuestras cabalgaduras, y evitar nos hundiéramos en hoyos profundos disimulados por el lodo, ó resbaláramos en pendientes que terminaban en abismos. Así pudimos atravesar tres ó cuatro leguas, en que cada paso era un peligro, sin que nos ocurriera el menor contratiempo; y en cosa de cinco horas salvamos un trayecto que todos nos anunciaban como buena jornada para un día entero.

El 1.º de Noviembre llegamos á Armenia, lugar de fundación reciente, pues sólo cuenta 20 años; pero de tan rápido desarrollo, que es ya parroquia de unas 15.000 almas. Este mismo crecimiento, sin embargo, debido á la feracidad del suelo, y á la excelente posición que ocupa, en el centro de la riquísima hoya del Quindío, no ha sido una ventaja para su moralidad, pues han afluído allá gentes de todas clases. Nos llamó la atención sobre todo, el auge en que estaban el espiritismo y el hipnotismo, prácticas ó errores que, aunque no bien comprendidas por sus adeptos, sí eran motivo para alejar las gentes de la iglesia convirtiéndolas en enemigos de la Religión.

Dios nos ayudó visiblemente; logramos que los principales promotores de estas novelerías entraran en Ejercicios; y aunque algunos pusieron por condición que no se confesarían, después del segundo día se rindieron todos y se confesaron con muy buenas disposiciones. Nos convencimos al fin de que no había nada de serio, sino farsas y explotación de gentes sencillas. Un cierto hipnotista-vidente ganaba muy fácilmente buenos cuartos con las respuestas que daba á los campesisinos crédulos que iban á consultarle, ya acerca del paradero de animales extraviados, ya sobre *guacas*, ó sea objetos de oro enterrados en aquella región, que fué, á tiempo del descubrimiento de América, asiento de la rica tribu de los *Pijáos*. El charlatán, oída la consulta, y recibida anticipadamente la paga, fingía ponerse en lo que llaman éxtasis hipnótico; y después de algunas pantomimas que daban á la respuesta un tinte misterioso, describía al antojo de su imaginación un lugar como hay muchos: piedras aquí, una cerca allá, árboles á la izquierda, un arroyo á la derecha, una choza al frente, etc., etc.; y el simple del campesino que le oía, juzgaba reconocer en aquellas señales, este ó aquel lugar conocido de él, en donde según los datos del

vidente, debía estar el animal perdido, ú oculto el buscado tesoro. Si por casualidad no frecuente acertaba el pseudo-hipnotista, su crédito ganaba en muchos quilates; pero si, lo que era más ordinario, el interesado buscaba inútilmente, no por eso perdía el adivino, pues no le faltaban palabras con que convencer al crédulo labriego, que el mal resultado de sus pesquisas dependía sólo de su torpeza, y no de los datos que el embaucador le suministraba.

Habíase acreditado el hipnotismo, con ciertas experiencias practicadas por algunos sujetos amigos de novedades; valiéndose al efecto de un muchacho de unos 16 años, habían dado sesiones públicas de hipnotismo, en las cuales dejaban admirado al concurso con las respuestas que daba el hipnotizado á las diversas preguntas que le dirigían. Averiguamos las cosas; y el famoso *medium* nos confesó que todo era una comedia bien ensayada, pues los mismos hipnotizadores le sugerían las respuestas de modo que los asistentes no se dieran cuenta de ello. Con estos datos, y gravando á unos la conciencia, desengañando ó desenmascarando á otros, logramos desacreditar el error, y conjurar el peligro que corría la fe entre aquellas gentes.

En tres tandas que dimos, se reunieron más de 1.000 ejercitantes; se fundó una biblioteca para contrarrestar las malas lecturas, y quedó renovada la piedad, que con las novelerías mencionadas había sufrido mucho.

Selló Nuestro Señor la verdad de la fe, y la eficacia de la oración cristiana, con un favor extraordinario concedido á unos buenos campesinos, que en vez de acudir á los embustes espiritistas ó á los oráculos del hipnotismo, acudieron sencillamente á la Santísima Virgen, de quien eran muy devotos, para suplicarle el favor de encontrar algún objeto de oro, cuyo valor fuera bastante á pagar la cuota alimenticia de los Ejercicios, pues deseaban mucho hacerlos el padre y los dos hijos mayores. No pedían el hallazgo de un tesoro; se contentaban con algún dije de poco valor, de los que con frecuencia se descubren en esa región al labrar la tierra. Pasaban días y la petición no obtenía buen despacho; cuando una mañana el menor de los dos hermanos, jóven de unos 19 años, salió temprano á su labranza: á los primeros golpes de la azada vió saltar un objeto metálico; siguió cavando, y á los pocos minutos se encontró dueño de brazaletes, zarcillos y vasos de diversas formas, cuyo peso ascendía á unas tres libras de precioso metal, es decir una verdadera fortuna para aquellos honrados labradores. No hay para qué decir que, sin pérdida de tiempo, el padre y los

dos hijos corrieron á alistarse en la primera tanda que habíamos de dar en Pereira, pues, cuando se vieron favorecidos por el hallazgo, estábamos dando la última tanda de Armenia.

Es Pereira, población de vecindario rico, pero generalmente tocado de indiferentismo religioso; como que casi todos los jóvenes de familias acomodadas, se han educado en centros de enseñanza anticatólica, como la Universidad Republicana, de Bogotá: esto basta para formarse alguna idea de cómo andaría la religión entre los hombres. Estaban, además muy distraídos con las funciones que, por entonces, daba allí una compañía dramática. Pero Dios que quería manifestar en Pereira su misericordia, nos quitó este estorbo de una manera tan eficaz como sencilla. El mismo día de nuestra llegada, algunas señoras y señoritas principales, cayeron en la cuenta de que no estaba bien concurrieran ellas al teatro, cuando llegábamos nosotros á invitar á sus esposos é hijos, á sus padres y hermanos, á que entraran en Ejercicios: cundió la idea entre todas las que antes llenaban palcos y lunetas; y fué tan bien acogido el *boicoteo,* que ya en la noche del día en que llegamos, fué muy escasa la concurrencia femenina; á la noche siguiente, ni una sola dama se presentó en el teatro. Los empresarios rabiaban á más y mejor, y aun trataron de salvarse ofreciendo una función á beneficio de la Sociedad de San Vicente de Paúl; pero el Presidente vino á consultarnos sobre la oferta que le hacían, y nos dijo prometían representar una pieza muy moral, hasta piadosa. Hicímosle ver el lazo que le tendían, y le demostramos cuán pequeño podía ser el beneficio que obtendrían los pobres; al cual, bien podía renunciar ahora, con la seguridad de que los Ejercicios, por la renovación del espíritu de caridad, serían más provechosos para los fondos de la Sociedad que los beneficios teatrales. A pesar de todo, se anunció la representación de un drama, dedicado especialmente á las señoras y señoritas, pieza excepcional por sus bellezas literarias y por su alcance moral, decían los carteles; pero se quedaron los actores vestidos, y el teatro vacío, pues no hubo más que unos 10 ó 12 curiosos que acudieron al espectáculo; y este fiasco obligó á la compañía dramática á marcharse con la música á otra parte.

En cambio los Ejercicios fueron muy fructuosos; y muchos, aunque por desgracia no todos los que habían aprendido malas ideas en su educación, acudieron á oir la verdad, siguiéndose de aquí tan notable cambio, á medida que las tandas se sucedían, que un cierto viejo medio loco, y que se decía espiritista convencido, andaba sin saber cómo explicar lo que veía, muy contrario, por cierto, á lo que había pronosticado. Al verse casi solo, dió en afirmar que todo lo que hacíamos era un negocio lucrativo, y que aquellos cambios de ideas no procedían de que hiciéramos ver la verdad á las inteligencias extraviadas, sino de que poseíamos un gran poder de sugestión, y con la mirada envolvíamos á los que oían nuestras pláticas. Así se cumplía en este infeliz la predicción del Apóstol: «*A veritate quidem auditum avertent: ad fabulas autem convertentur*».

Supe la *sabia* explicación del endurecido viejo, y le envíe á decir con algún allegado suyo, que no revelara de aquella manera su necedad é ignorancia; pues si, como decían, era hombre de algún talento, debía comprender que el poder sugestivo que nos atribuía era cosa tan estupenda, que á ser cierto, no iríamos á exhibirlo en un teatro como aquél, sino en alguna de las grandes ciudades del mundo, en donde ganáramos honra y provecho.

No era la primera vez ni fué la última en que los enemigos acudieron á explicación tan peregrina, por no reconocer la acción admirable de la gracia que, por medio de los Ejercicios, ilumina como por encanto, inteligencias oscurecidas con errores y fortalece voluntades debilitadas por el vicio. No sé cómo explicará nuestro sabio espiritista el que después de dos años transcurridos ya desde entonces, se conserve todavía floreciente la piedad entre los hombres de Pereira; hace poco tuvieron los ejercitantes una bellísima comunión para recibir en triunfo la imágen de Jesús Crucificado, que encargaron á Barcelona para que presidiera sus actos religiosos.

El Sr. Obispo de Manizales, que había vuelto ya á su sede, vino á ayudarnos en la última tanda, y á presidir la comunión general, accediendo muy gustoso á la invitación que le hicimos á pesar de la distancia, una buena jornada á caballo, y de estar casi intransitables los caminos por las lluvias. Además del gusto que tenía en ir á contemplar un espectáculo tan nuevo como era una comunión de más de 2.000 hombres en una ciudad en donde antes no se veían ni 20 en las funciones religiosas, había otro motivo muy poderoso. Cuando hizo la visita de su diócesis, cosa de un año antes de los Ejercicios, fué

recibido con grande agasajo por los pereiranos, á pesar de llamarse todos, ó casi todos, liberales. Pero llevaba en su compañía á cierto religioso español de los que creen que echando al infierno á todo el que lleve el nombre de liberal, aunque no profese las ideas de dicha secta, van á arreglar el mundo; y el último día de la visita, por la noche, sin saberlo el Sr. Obispo, subió al púlpito y descargó una tempestad tremenda, no de razones, sino de invectivas contra todo el que no hiciera retractación pública del liberalismo, sosteniendo, además, que recibirían sacrílegamente los sacramentos cuantos no cumplieran con este deber. Como el Prelado salió á la mañana siguiente muy temprano, no supo lo que había pasado, sólo notó que ningún caballero de los que habían salido á encontrarle, se presentaba ahora á despedirle: más tarde sí supo lo acontecido, por una carta colectiva, respetuosa pero muy sentida, que le pusieron muchos de los principales, en que se quejaban de que hubiese mandado á aquel predicador les tratase como lo había hecho. No juzgó oportuno el Sr. Obispo dar explicaciones, por entonces, por no echar la odiosidad del hecho sobre aquel religioso y la Orden á que pertenecía; pero ahora que con los Ejercicios se habían calmado los ánimos, y que se habían corregido muchas ideas falsas, creimos que era tiempo de acercar aquellas ovejas á su Pastor, y Dios nos ayudó para que todo saliera como lo esperábamos.

Otros dos bienes no pequeños se obtuvieron en esta población: fué uno, la destitución del Prefecto de la provincia, quien con su vida escandalosa autorizaba la libertad de costumbres. Muchas personas influyentes, y el mismo Sr. Obispo, se habían empeñado hasta entonces en remediar el mal, pero sin resultado alguno, pues contaba el culpable con buenos valedores en el Gobierno. Viendo los pereiranos que era de los pocos que se habían quedado sin entrar á los Ejercicios, con lo cual daba á entender que pensaba seguir en concubinato público, siendo casado; determinaron alejarse de él como de un apestado, y elevaron al Gobierno una valerosa protesta, en que pedían se nombrara para aquel alto puesto un hombre digno de ocuparlo. Consiguieron, en efecto, lo que tan justamente reclamaban, y fué nombrado un caballero que había sido de los primeros en acudir á los Ejercicios.

El otro bien que recibió Pereira, fué la supresión de una biblioteca de pésima lectura, cuya maligna influencia se dejaba sentir, no sólo en la ciudad, sino en todos los pueblos del contorno; pues el dueño de ella hacía un pingüe negocio alquilando novelas y aun libros doctrinarios

por medio de agentes que, en red bien tramada, tenía en todas partes. En vano habían trabajado los párrocos de la población, y aun el mismo Sr. Obispo, por atajar el mal: pero Dios quiso que el dueño de aquel semillero de pecados se dejase al fin arrastrar á los Ejercicios; y convencido en ellos del gravísimo reato en que incurría, convino en que expurgásemos la biblioteca, y que los libros que hubieran de quemarse, se le pagaran á bajo precio por la Sociedad de Ejercitantes. Esta suministró los fondos necesarios, y aun añadió una suma regular para que se encargaran buenos libros con que ofrecer sanas lecturas á los aficionados.

Con todas estas cosas quedó renovado en Pereira el espíritu cristiano, y triunfante la divina gracia: así es que la comunión general, que celebramos el 23 de Diciembre con más de 2.000 ejercitantes, fué un verdadero desborde de entusiasmo religioso, como nunca se había visto en aquella población.

Después de un corto descanso, durante los días de Navidad, entramos de nuevo en Manizales el 28 de Diciembre; y en los tres días siguientes dimos un triduo de preparación á los hombres que habían asistido á los Ejercicios, á fin de comenzar el año de 1909 con una comunión general. El éxito fué superior á lo que esperábamos; pues á pesar de no haber concurrido los de los pueblos vecinos, que prefirieron comulgar en sus respectivas parroquias, tuvimos unos 5.000 hombres.

Por instancia del Sr. Obispo dimos luego una tanda de Ejercicios al clero de la ciudad y profesores del Seminario; y terminada ésta pasamos á Salamina, población considerable que queda en la mitad del camino de Manizales á Medellín. Había sido la primera en pedir los Ejercicios, y por una serie de circunstancias imprevistas, vino á ser la última en gozar de este beneficio. En tres tandas de internos y otras tantas de semi-internos recogimos unos 3.200 hombres: y no escasearon los prodigios de la gracia, las conversiones notables, y otras cosas que, por repetirse siempre, no llaman la atención.

Nos dirigimos ya á Medellín, deseosos de descansar, después de ocho meses largos de correrías, cuando cerca de una población del camino llamada Yácora nos salió al encuentro una comisión de caba-

lleros, encabezada por un religioso franciscano español, que hacía algún tiempo estaba en dicho pueblo por motivos de salud. Y tanto nos rogaron y suplicaron que diéramos allí siquiera una tanda de semiinternos, que no tuvimos medio de rehusarnos, sobre todo para que no se creyera que desairábamos á aquel buen hijo de San Francisco. Concurrieron á la tanda improvisada unos 700 hombres; y cuando la terminamos, emprendimos la vuelta al Colegio de San Ignacio, deteniéndonos todavía un par de días en Aguadas, pues querían tener una comunión general á nuestro paso, que no bajó de 2.500 hombres.

A fines de Febrero de 1909 volvimos á Medellín, sanos y salvos, después de tantas vueltas y trabajos: pero llenos de consuelo por haber recorrido las principales poblaciones de la diócesis y departamento de Manizales, en donde quedaban, pasados por los Ejercicios, unos 18.000 hombres.

Aquí tiene V. R. la relación de nuestras tareas en 1908 y principios de 1909.

¡Lástima que la necesidad, cada vez mayor, de sujetos para las casas de España, impidan á V. R. enviar á estos campos algunas decenas de operarios que recojan mies tan abundante y bien dispuesta. Los que andamos por estos mundos, trabajaremos hasta donde alcancen nuestras fuerzas; y después, Dios proveerá. Ojalá no sea permitiendo que el huracán masónico asuele esas florecientes casas de la Península, como parece temerse, según el empeño que tiene ese Gobierno de imitar á su vecino de allende los Pirineos.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

Affmo. siervo en Cristo,

LUIS J. MUÑOZ, S. J.



SANTA FE DE BOGOTÁ

ESTADO DE LAS CONGREGACIONES ESTABLECIDAS EN NUESTRA IGLESIA

Carta del H. Coadjutor Arpidio Zuluaga al H. José Vargas.

Bogotá, Enero de 1910.

Mi amado en Cristo, Hermano: Voy á contarle algo de lo que ocurre en esta casa de tantísimos recuerdos para V.

Las congregaciones todas, están más florecientes que lo estaban cuando V. se hallaba aquí, baste decirle que la Mariana ha aumentado en número y fervor de una manera notable; de tal modo que el decir soy congregante, basta para estar bien recomendado cualquiera de los que lo son. A ella concurren muchos de los jóvenes de las Facultades de Ingeniería, Derecho, Medicina, etc., etc. Cada domingo tienen misa, oficio y plática de siete y media á ocho y tres cuartos. Durante la misa cantan todos en coro los cánticos propios de la Congregación, con lo que enfervorizan no poco á los fieles. El P. Jáuregui, Director de la Congregación, no piensa en otra cosa que en ver de aumentar el número y religiosidad de sus congregantes, y, gracias á Dios, tiene el consuelo diario de ver satisfechos sus deseos.

El día 26 de Septiembre, día de alarma y malestar general, en que los malos (principalmente los de la Universidad Republicana y otros colegios liberales), vinieron á atacar á nuestros colegiales y á gritar mueras á los Jesuítas, al Papa, á los sacerdotes extranjeros, á las comunidades religiosas, etc., etc.; los buenos congregantes dieron muestras de valor sin igual, saliendo á nuestra defensa, hasta vencer-

los y hacerlos correr por las calles el mismo día, en tres distintas ocasiones. Es verdad que la mayor parte son antiguos bartolinos; pero así y todo les hemos quedado sumamente agradecidos por tan señalada muestra de amor á nuestra Compañía.

La Congregación de San José también va cada día de bien en mejor. Esta se halla dividida en tres secciones: la primera la de los caballeros, los cuales tienen la comunión y conferencia el primer domingo de cada mes á las siete de la mañana y á las siete de la tarde; la segunda de las señoras, á la cual pertenecen las más principales de Bogotá y tienen la comunión y conferencia el día 19 de cada mes; y la tercera la de las sirvientas (la más numerosa), la cual tiene la comunión el segundo domingo y la conferencia el segundo y cuarto domingo.

En la de los caballeros están alistados los más principales de la ciudad (literatos, generales, abogados, ingenieros, médicos, *liberales*, conservadores, etc., etc.), y altos empleados y dignidades, entre los cuales debe contarse el primero al Excmo. Sr. General D. Ramón González Valencia, Presidente de la República, quien, á pesar de ocupar tan elevado puesto y de sus múltiples ocupaciones, viene mensualmente á recibir á Jesús Sacramentado y dar con esto un ejemplo nunca visto de religiosidad. Acompáñanlo el Dr. José María, su hermano y Secretario General; el ministro de Instrucción pública, Dr. Manuel Dávila Flórez; el ministro de la Guerra, General D. Luis Enrique Bonilla (á este último le han hecho los malos una guerra inicua, hasta que hace unos pocos días tuvo que renunciar); lo han sentido sobremanera todos los verdaderos católicos.

Otra de las congregaciones que da muchos ejemplos de virtud, es la de las Madres Católicas, que asisten en crecido número á la comunión y conferencia todos los primeros sábados. La constancia del Padre Jáuregui, Director, ha logrado hacer que estas señoras (las principales de Bogotá) canten en coro los cánticos propios de la Congregación todos los días que se reunen. Parece mentira dado el carácter bogotano; pero así es.

Ruegue al Señor por todas estas obras apostólicas, y por el último de sus hermanos.

ARPIDIO ZULUAGA, S. J.

EL DÍA DE SAN JOSÉ
EN EL COLEGIO DE SAN BARTOLOMÉ

Relación del H. Ricardo Javier Tejada.

Dominando la quinta de La Merced y parte de la hermosa sabana de Bogotá, hiérguese á las afueras de la ciudad una pequeña colina. En ella quiso el R. P. Superior erigir un monumento al Glorioso Patriarca San José, en testimonio de gratitud por los beneficios que ha alcanzado para la misión y especialmente para el Colegio de San Bartolomé. A este fin, hizo traer cuatro enormes bloques de piedra blanca y laborable de unos 90 centímetros de lado, que colocados unos sobre otros habían de servir de materia firme al artista, que no era otro que uno de los muchachos del servicio del Colegio, despierto, inteligente y de marcada afición á la escultura. Comenzó á labrar aquellas piedras á fines de Noviembre del año pasado, y para el 19 de Marzo, en poco más de tres meses, ya se elevaba en aquella colina una hermosa estatua de San José, de cerca de tres metros, sobre su pedestal de cuatro y medio, levantado por el ingenioso H. Olañeta. Tiene el santo en su brazo izquierdo al Niño y en su mano derecha la vara de azucenas; éstas, lo mismo que la aureola de San José y del Niño, plateadas por el H. Torres.

La inauguración de este monumento quiso nuestro P. Superior que fuera el 19, ya por ser el día de San José, ya por haberse colocado hace un año en dicho día la primera piedra de la casa y capilla que está para terminarse. El programa que primero se formó no podía ser más sugestivo, como dicen ahora. A la una de la tarde, en la plaza de Bolívar, habían de formarse los 640 alumnos del Colegio, de ocho en fondo, con las banderas nacional y del Colegio, y una banda de música que sirviese de separación entre internos y externos; luego al són de la banda, y atravesando toda la calle real, dirigirse á La Merced. Pero el mal tiempo que entonces hacía y la odiosidad, excitada por la envidia de los colegios liberales, que pudiera desfogarse en alguna ma-

nifestación hostil, impidieron en parte lo imponente y grandioso de nuestro acto. Así fué que se citó á la banda para la quinta y el Colegio en filas ordinarias, aunque interminables, salió á las ocho de la mañana con dirección á La Merced.

Entre tanto, la Congregación de San José, en que entra la flor y nata de Bogotá, celebraba en nuestra iglesia la más suntuosa fiesta de todo el año. A la misa de pontifical, celebrada por el Decano del Cuerpo Diplomático, Excmo. Sr. Delegado Apostólico, asistió el Excelentísimo Sr. Presidente de la República, acompañado de los ministros de Gobierno, Relaciones Exteriores, Guerra, Instrucción Pública, Hacienda y Tesoro; el Sr. Gobernador del Distrito Capital, la Corte Suprema de Justicia, el Tribunal Superior de Cundinamarca, los Jefes y Oficiales del Ejército, etc. Predicó el P. Delgado con mucha aceptación.

Serían ya las nueve y media de la mañana, cuando el Colegio, saludado por la banda de música, faldeaba la colina. En su cumbre, esperaban ya el R. P. Superior, rodeado de algunos caballeros y antiguos bachilleres; el R. P. Guevara, acompañado de los novicios; y los Padres y Hermanos de Chapinero. Llegados á la cima y colocados convenientemente, el R. P. Leza dirigió á los presentes la palabra, poco más ó menos en los siguientes términos: «¡San José! ¿Quién no se siente conmovido al sólo oir este nombre? Pero más que nunca, en este día, no puede menos de ser gratísimo para los fieles en general, para vosotros que me escucháis, y especialmente para mí, que me reconozco en gran manera obligado con el Santo Patriarca. No es esta la ocasión de enumerar los favores recibidos; pero permítaseme decir, que desde que puse bajo su protección el Colegio de San Bartolomé y el Noviciado de la Misión, el primero ha seguido prosperando de día en día y el segundo ha crecido de un modo inesperado. Por eso he querido levantarle con algunos ahorros este modesto monumento, hecho por la mano asidua y constante de un artista novel. No será una obra de arte, aunque para mí lo es y de mucho mérito; pero sí un testimonio humilde de nuestro sincero amor y gratitud. ¡Apareced, glorioso San José! Tended vuestra mirada por este dilatado campo y bendecid con vuestra poderosa diestra á los que aquí presentes os honramos y reverenciamos».

A estas palabras corrióse el velo, los estampidos de los cohetes ensordecieron el aire y los acordes del Himno Nacional, ejecutado por la banda, se mezclaron á los frenéticos aplausos con que unánimemente celebran los niños todo lo del R. P. Leza. Siguióse un breve

discurso del H. Troconis, que aquel día, junto con los HH. Botero y Forero, habia hecho los votos en manos del R. P. Superior. Eran estos los primeros novicios que él había recibido en Colombia. Acto contínuo cantó el Colegio todo los himnos á San José y al Papa, y se retiraron á jugar en la explanada los externos, después de tomar algún refresco, y á almorzar los internos y semi-internos en la media falda, donde fueron artísticamente retratados. Tocaba entre tanto la banda y reinaba en todos la animación y el contento. Por la noche se tuvo sesión de cinematógrafo, proyectando al fin los retratos del Excmo. Señor Presidente, del R. P. Superior, de Pío X y una vista de la estatua con el artista antioqueño al lado, en actitud de labrarla.

MISIONES

EN LAS DIÓCESIS DE BOGOTÁ É IBAGUÉ

Carta del P. Daniel Ramos al R. P. Provincial.

Bogotá, 11 de Octubre.

Muy amado Padre en Jesucristo: Permítame le salude por medio de ésta, que no dudo tendrá algo siquiera que excite el interés de V. R.

Hace cosa de tres meses, ó sea á mitad de Julio, salimos de aquí el P. López y yo á misionar algunas poblaciones de la arquidiócesis, para seguir acompañando al Sr. Obispo Perdomo en la visita por algunos otros pueblos de su diócesis de Ibagué.

Comenzamos por un caserío llamado Las Juntas de Apulo, donde tuvo por largo tiempo su residencia el ex-presidente General Reyes; es un lugar bonito, situado en una explanada en la confluencia de los

ríos Apulo y Bogotá (de ahí el nombre de Juntas). La casa que él habitaba fué cedida para el efecto de la misión por un hijo del General al señor cura de Tocaima, que tiene á su cargo también dicho caserío. La estación era á propósito, pues no era tiempo de lluvias: hay á la entrada de la casa un hermoso camellón que termina en un patio sombreado por árboles copudos, muy favorables, toda vez que allí habían de tenerse los actos de la misión. El Santísimo le tuvimos colocado en una pieza que daba al mismo patio, aunque la misa de la misión se tenía en éste. Notamos desde luego regocijo é interés, que, lejos de disminuirse, fué creciendo hasta el fin de la misión. El fruto, gracias al Señor fué de lo más satisfactorio: se aplacaron los ánimos, agitados por disturbios recientes, y hubo muchas confesiones y comuniones; así que al partir fueron á dejarnos en el tren todos en masa, llenos de los más expresivos sentimientos de gratitud.

Pasamos á Tocaima para empezar otra misión; pero desgraciadamente acaeció lo que temíamos: un trastorno político. La bomba estaba preparada y al fin estalló, no de dinamita sino de pólvora; pero tal, que conmovió la República, y como era natural, á pesar de las largas que iba dando el católico alcalde, por ver si podía eximirse del reclutamiento no hubo remedio y por esto los hombres volaron á los campos y á los montes. Por providencia de Dios, la revuelta se aplacó pronto; y aunque sin duda temerosos, volvieron en parte á la misión. Así que, para las circunstancias, el fruto superó á las esperanzas que por entonces se podían tener.

De aquí seguimos hacia Ibagué, para emprender la visita de parte de esta diócesis. Comenzóse por Miraflores, y aquella misma tarde se dió principio con el sermón ó plática de introducción. Cada visita de las hechas por el Iltmo. Sr. Perdomo tiene el carácter de una pequeña misión, pues hay pláticas doctrinales cada día, al pueblo y á los niños, á estos con cánticos, y sermón moral por la noche. Es rudo el trabajo que hay que emprender para preparar en algunas de estas poblaciones y caseríos á niños sin confirmar y que han de confesarse antes por estar ya en el uso de la razón. Y ¿qué digo niños? gentes que han de contraer matrimonio, y que á veces ni han recibido el sacramento de la confesión, ni saben lo esencial para poder recibirlo. ¡Y si siempre pudiera cogerse á varios juntos, como si dijéramos por *redadas*...! Pero es el caso que esta faena exige mucha paciencia y trabajo.

Hecha esta digresión proseguiré con Miraflores: hubo muy buena asistencia á los actos, pues generalmente la visita-misión del Sr. Obis-

po ofrece tal interés que atrae desde lejos á las gentes: se confesaron aun aquellos que por desgracia, á lo que he podido observar, no faltan sino raras veces aun en poblaciones pequeñas: de modo que al verlos tan contritos decían por todas partes, con gran satisfacción, que los *incredulones* se estaban confesando.

De aquí seguimos para Riomanso, pueblecito incipiente, situado en medio de montañas, como casi todos los otros que figuran en esta narración. Aquí había no poco que curar y remediar, pues el párroco de Miraflores á quien esto pertenecía, por sus ocupaciones y por la distancia, por los malos caminos, etc., no había podido venir ni una sola vez. No es, pues, extraño que se les hubiese hecho difícil el creer que el Sr. Obispo iba á llegar hasta allá. Y es que, de paso sea dicho, en su celo é interés por las almas, nada le arredra. Quedamos muy satisfechos del fruto, parte del cual fueron los matrimonios que se arreglaron pues en estos casos puede decirse que cada matrimonio que se celebra es un par menos de concubinarios. Por lo que hace á capilla, la había en construción; altar, el portátil del Prelado, y si no es por él aquí, como en otros de los puntos visitados, la misa hubiera sido imposible. ¿Y campanas? En la mitad de la plaza las verá V. R. colgadas de un árbol: eran un estribo de montura y una azada. Por demás está el decir que las incomodidades, preciosos gajes del apostolado, estaban á pública subasta.

Volvimos hasta Las Vegas de Chilí, en algunas partes andando á pie, *ut in pluribus*, ó mejor diría rodando; pero en fin, bajando nos pusimos en frente de las hermosas vegas, en donde tuvimos no poco que hacer. Lo ordinario fué como en la anterior visita; solo que, como estábamos en la hacienda de un señor acomodado, al menos por lo que hace á los alimentos no estuvimos mal.

Dirigimos el rumbo hacia El Palmar, caserío de no pocas almas. Esfuerzos titánicos había hecho el corregidor para componer el camino arrasado á causa de una horrorosa borrasca de El Cucuana. Andando sobre derrumbes llegamos á El Palmar, en donde el mismo corregidor había improvisado una capillita. Y él, que cortaba los derrumbes lleno de atrevido interés, alojaba la apostólica comitiva y preparaba albergue al Dios de la majestad; de su majestad estaba muy lejos, y la gracia no pudo abrirse paso á través de su duro é impenitente corazón. Después que de él nos despedimos, supimos que era un escandaloso amancebado. Entonces nos explicamos por qué hurtaba el cuerpo á los actos en la capilla.

Continuamos hacia La Platina, pero deteniéndonos en Playa Rica, hacienda de un excelente señor que nos acompañó y ayudó con la mayor actividad en varias partes; pero como no habíamos determinado el parar allí, nada había preparado. Por esto las gentecitas se apresuraron á traernos algunos alimentos, y lo demás pasó como Dios quiso: una pieza no muy grande nos sirvió de capilla, comedor y dormitorio; pero gracias á Dios grande fué el concurso, y hubo muchas confesiones y consiguientemente comuniones. Los chiquillos que habían de ser confirmados abundaban.

Adelantamos en dirección á La Platina por semisenderos, que en parte iban abriendo delante de nosotros peones armados de recatón y machete, y así subiendo por empinadas cuestas, entre bosque y rastrojo, llegamos por la tarde al lugar indicado. Era este un caserío reciente, obra de los antioqueños que con sus tajantes hachas derriban, como nacidos para esto, selvas inmensas y bosques seculares, en terrenos valdíos, para hacerse, como ellos dicen, una finquita en propidad. El abrir ante nuestro paso tan largo y trabajoso camino, nos hacía ver el interés porque fuéramos allá nosotros, los primeros sacerdotes que por allí penetraban. De capilla nos sirvió la escuela que ya tenían; nuestro hospedaje fué la casa á medio hacer del comisario mayor; era entonces un salón de tablas, descubierto por arriba, aunque no por el techo. El frío había de apurar entrada la noche y los cobertores eran pocos: ¿qué hacer? Procurarnos, por medio del comisario, hombres que nos trajeran hojas de platanilla para ponerlas en el entrecielo, siquiera en parte, para que la noche no se pasara tan en claro. En punto á alimentación si no hubiera sido por la provisión de carne seca y arroz, mal lo hubiéramos pasado, por la pobreza de la gente. Puede figurarse V. R. el consuelo que yo sentiría al levantar por la primera vez en medio de aquellos bosques la Hostia inmaculada! Muy espontánea era la reflexión acerca de la ternura y bondad del amantísimo Jesús, que aun estos parajes de almas fieles visitaba; que si nosotros le llevábamos, El nos llevaba á nosotros. Después de los ministerios de confirmación, confesión, desde niños hasta viejos, arreglo de matrimonios, etc., nos despedimos de aquella buena gente.

De aquí partimos para San Francisco, caserío muy simpático tanto en su fisonomía topográfica, como en la moral. Está situado en una alegre y vistosa explanada con su esbelta capilla ó iglesia, aunque por acabar. ¡Qué fe y piedad la que allí contemplamos! Si á esto se agrega

el afecto que nos mostraron *opere et veritate*, el cuadro parece quedar completo.

Acabada la visita seguimos á Chaparral: población es esta de 18.000 almas, donde los PP. Botero, Daniel Restrepo y yo habíamos dado misión hacía 7 meses. Hay en ella aquilatada piedad, y es que ha tenido párrocos notables por su celo y virtud; que si no, con los dos elementos, extrínseco el uno, el hallarse en un rincón, el otro intrínseco, el liberalismo, se hallaría en un abismo de ignorancia y corrupción espantosa. Hay doctrinarios de esos que hasta el sepulcro llevan impenitentes sus ideas y su refinada impiedad. Precisamente cuando entrábamos los misioneros, nos dijo el Sr. Cura que por aquellos días había muerto un señor rechazando, consecuente con sus principios, los auxilios espirituales. A las exhortaciones del Sr. Cura contestaba: «Yo no puedo confesarme, porque soy *liberal*». La gente del pueblo lo es de solo nombre; es ante todo católica apostólica romana. Siendo aquellos impenitentes señores en corto número, si el liberalismo (Dios en su misericordia no lo permita) no nos domina, se irán extinguiendo, ya que la niñez abunda en sentimientos sanísimos de fe y piedad, de afecto al clero y á todo lo religioso.

De Chaparral pasamos á El Ataco, situado á la orilla del hermoso río Saldaña, para emprender al otro día una excursión lejana, distante tres jornadas: la de El Atá, caserío muy nuevo, situado en medio de montañas. La sed del oro había abierto paso á los hombres hasta allí. Y al considerar que ningún sacerdote había penetrado por aquellos parajes, se sentía uno con tristeza, con la de San Francisco Javier al ver que primero que él hubieran penetrado los mercaderes en las Indias. Y ¿cómo hallaríamos aquello? Recibimiento ninguno; alojamiento una pajiza casa *in fieri*, de cañabrava sin embarrar: por consiguiente dejaban las cañas paso al viento por su costado, medio descubierto, de modo que el frío se colaba causando estragos en S. Sría., en el sacerdote Dr. López, su secretario, y en los dos pobres misioneros. Y ¡qué pavimento! la limpia tierra; ahí se arreglará cada cual como pueda. Al Señor Obispo le daba pena por nosotros; á nosotros nos edificaba su abnegación. El mejor recibimiento después de éste, que alojándonos en la población se nos hizo, fué el de las bandadas de mosquitos, que cuan pequeños, así eran de voraces. No se hizo allí poco, si bien creíamos encontrar población más numerosa. De camino, por supuesto, tanto de ida como de vuelta, íbamos haciendo en las posadas lo que se podía

con los que allí presurosos acudían al tener anticipadamente noticia de la llegada, de modo que ya estaban prevenidos.

Desde allí regresamos á El Ataco: nos aguardaban con sumo interés, y como era natural los ministerios estuvieron recargados. La iglesia es antigua, edificada por los españoles; casi sin aleros, para defenderla de los incendios de los indios; con un bonito altar. La llanura en que está situada la población es hermosa, y con sus palmas y demás árboles presenta muy gracioso aspecto. Aquí terminó la visita, pero continuamos acompañados del Sr. Obispo en balsa por el río Saldaña; él siguió á su sede y nosotros desembarcamos para torcer hacia Ortega y empezar allí la misión que tan necesaria se hacía, pues desde el tiempo del P. Taboada. de santa memoria (cuyas huellas á cada paso encontramos), no la había habido, esto es desde hacía 19 ó 20 años. Reinaba, con efecto, la inmoralidad. Hubo gran concurso, crecido número de comuniones, que no podemos precisar. y cerca de 300 matrimonios. El afecto de gratitud se manifestó muy sensiblemente durante la misión como en poquísimos puntos, y sobre todo al fin, saliendo en masa á las afueras y muchos hasta muy lejos. Dejamos reorganizadas las sociedad de Adoradoras y la de las Hijas de María.

Repasando el Saldaña, después de 12 días de labor afanosa, pasamos á Natagaima, tierra regada con el sudor de nuestros antiguos Padres para empezar la misión. Es la población de calor más subido, ó al menos más fatigoso, que en mi vida he sentido. Como la iglesia es pequeña hubo necesidad, de hacer cobertizos hacia las puertas. En parte sin duda por la falta de local, pero sobre todo por falta de fe en unos y de piedad en otros, los principales pocos se acercaron á los actos de la misión, mientras la gracia, pasando por entre ellos, atraía de lejos almas que con grandes sacrificios venían y permanecían cuanto podían, y se retiraban derramando lágrimas. Por lo demás, es para bendecir al Señor el ver las incomodidades á que se exponen con harta frecuencia las gentes que de los campos, ó de otras poblaciones, acuden.

¡Cómo comen y cómo duermen! Muchas veces pasan la noche en el duro suelo, en las piedras, sin ningún ropaje. Y al rayar el alba, ó antes, ya se las ve en las puertas de la iglesia buscando confesión. Que Dios los lleve á todos al cielo.

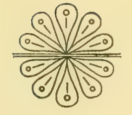
Muy valiosa fué la ayuda que tuvimos en Natagaima por parte de algunos incansables y fervorosos sacerdotes; por esto tuvimos el consuelo de poder dar abasto en las confesiones al numeroso concurso. También aquí dimos nuevo aliento á las Adoradoras y á las Hijas de

María; y nos despedimos en una entrada del río Magdalena, en donde nos embarcamos en balsa hasta Girardot, para volver de nuevo al nido religioso, y sentir ese ambiente suavísimo que en otra parte no se siente.

Si después de leída, echa V. R. esta carta en un basurero, no la tendré por digna de otra cosa.

De V. R. humilde y obediente siervo é hijo en Jesucristo,

DANIEL RAMOS, S. J.



PANAMÁ

VIAJE Á LA ISLA DE SAN JOSÉ, Y ENTREVISTA CON LOS CARIBES DE LA ISLA DEL SAGRADO CORAZÓN

Carta del P. Gassó al P. Alós.

Panamá 3 de Enero de 1910.

Amadísimo P. Alós: A primeros del pasado mes escribí á V. R. despidiéndome para entrar de nuevo á los indios y no salir en dos ó tres meses. No sabía yo lo que me esperaba. Por retraso del borrascoso mar llegué el 11 á Portobello, el 12 á Nombre de Dios, el 13 á Santa Isabel, el 14 á San José de Narganá.

Ya cerca de Nombre de Dios me dijo el capitán del barquito, que allí embarcaría un *Minister Baptista*. «Hombre, le dije, no; está prohibido por la ley, art. 1.º, que dice así: «El Poder Ejecutivo de acuerdo con el Jefe de la Iglesia Católica de la República (ellos como ves, y no otros), procurará por todos los medios pacíficos posibles, la reducción á la vida civilizada de las tribus salvajes que existan en el país». Pues ¿qué hago yo, Padre, si ya está concertado el viaje con el amo ausente? —No admitir al pastor, diciéndole que los indios no quieren éntre nadie en sus tierras y que son capaces de matarle; y si él se empeña en en-

trar, como ahora no tengo manera de hablar al Gobierno para que impida la venida, dile que en mis pueblos no permitiré que se apée.»

Apenas el pastor columbró el barco, se vino corriendo en mangas de camisa para pedir el viaje, pues dos veces lo había ya perdido por tomarle la delantera otros comerciantes. Dijo al capitán, que había el alcalde recibido nota del Gobernador de Colón, diciendo que hacía mes y medio estaba el Minister esperando embarcación. Nadie le quería llevar, ni sus compinches protestantes, porque éstos, más celosos de no perder el comercio que del protestantismo, saben que los indios niegan el comercio al barco que les aporta un extranjero, amén de echar al extranjero. El capitán se asustó de la carta. Empezó el Minister á traer matalotaje: ¡Dios santo! hasta cajones vacíos para no pedir leña á los indios. Lo primero que aportó fué la pastora, mujer no de corazón sino de hígados, canónica por demás, á juzgar por su exterior y el capacete ó nido de palomas que sobre la cabeza llevaba. Ella sola debía quedarse entre los indios; porque como éstos no admiten varón, por miedo de perder las indias, pensaron los protestantes que á la hembra no le dirían nada. ¡Qué tal! ¡si los hijos del mundo son listos y arrojados! El Minister, colocada la pastora entre los indios, debía regresar en la misma gasolina y dirigirse á Londres, dar noticias de la institución de la misión baptista, y percibir la consiguiente paga. Como aportó tantísimo chirimbolo, dos mundos de biblias, con unas 2.000, armonium portátil, arpa, etc., etc., los pasajeros y marineros empezaron á oponerse al embarque, diciendo que con tanta carga íbamos á pique en mar tan revuelto. Pero el Minister se ve era hombre de pecho, acostumbrado á esa vida y la pastora idem. Como él no entendía castellano, pero sí conocía que estaban todos contra él, arremangadas las mangas de la camisa y sudando, iba con actividad introduciendo su carga, plantándose de vez en cuando al notar oposición, y enfáticamente repetía: «¡Civilizar! ¡civilizar! ¡civilización!»; es decir que él iba á eso. «Buena civilización te van á plantar los indios», me decía yo, que, habiendo oído lo del alcalde, borracho de profesión y masón, no me atrevía á salir al encuentro; pues entonces aún no sabía que la llamada orden del Gobernador de Colón, era solo carta, y no quise allí armar una marimorena sin bastante conocimiento de causa. «En fin, me dije, en el viaje estudiaremos el problema y cuando lleguemos á mi tierra de indios nos veremos». La canónica saltó al barco con intrepidez. El maquinista, negro presbiteriano, se declaró defensor de sus baptistas ingleses, que le dieron sus petardos en el viaje. «Dile, maqui-

nista, en inglés, que los indios se van á alborotar con su venida y mucho será si salen con vida». Contestaron que ellos estaban resueltos á todo; que iban mandados por el pastor Gray de Panamá College; pues un tal Devis, indio, le había pedido á Gray que mandara un pastor, y por eso iba él á poner escuela en San Ignacio de Tupile. (Recuérdense mis cartas anteriores).

San Ignacio es donde hubo la revolución hace ocho meses: destruyeron los monteses la casa donde me había hospedado, arrancaron la cruz, echaron el San Ignacio, saquearon el pueblo y robando objetos y dinero se llevaron, entre otros, á Devis. Este puso á un hijito en casa de un judío en Panamá. Han dado algunos indios en traer sus hijos á Panamá y los dejan donde se los piden. Cuando acá vengo averiguo los amos para sacar á los niños de casas malas, mediante sus padres. Resultó, pues, que al muchacho de Devis la judía le dió de criadito al pastor Gray. Fué Devis allá y Gray le regaló un *Mateo* (ó sea un ejemplar del evangelio de San Mateo, traducido por los protestantes). «¿Quién te ha dado eso?—Un Padre que no lleva sotana, y nos ha dicho que tú eres malo porque eres católico español; que los españoles, aun hoy día, son malos porque no quieren libertad para todos; y que tú lo que quieres es dominarnos y explotarnos. Que tú no enseñas todo, pero que él enseña todos los periódicos y libros (libertad de imprenta) y que más vale que él nos enseñe, porque tú sólo nos enseñarás poquito de lo tuyo, pero él mucho de todo. Que tú buscas las mujeres. Mentira es, le dijimos nosotros; que del Padre no sabemos si es hombre ó mujer.—Bueno será ese Padre por ahora, nos dijo; pero todos los Padres católicos las buscan y por eso los Padres que no llevamos sotana tenemos mujer para no necesitar ajenas. Dijo además que tú enseñas á adorar palos, etc., etc., etc.». Le desbaraté todas esas diabólicas enseñanzas y le hice sacar el muchacho y lo puse en la Escuela de los HH. Cristianos. La judía se encaró con el indio, le dijo que lo iba á meter en la cárcel y obligar á pagar el vestido y comida que había dado al muchacho. Total: que acobardaron al indio y volvió el muchacho á Gray, diciendo que aquel muchacho para Gray y otro que tenía para mí. «¡Ah grandísimo liberal! le dije: una vela á la serpiente y otra á San Miguel». Después supe el porqué.

Volví á la carga en otro viaje y como Devis, según después supe, lo que pretendía era que los monteses le restituyeran lo robado, y nosotros, «los del Gobierno de Panamá», por las circunstancias que en mis anteriores cartas dije no lo habíamos podido hacer. Gray se com-

prometió á ayudarle haciendo entrar al yanki, si admitía el pueblo de Devis un pastor entre los indios. «Hombre, no, dijo Devis, que lo matarán los indios.—Entonces una mujer.—Eso ya será más fácil.—Está hecho. Voy á escribir á la Sociedad Misionística protestante de Londón». Y ¡oh diablura! se les ocurre mandar baptistas, para quitarme el único fruto más visible que hoy se hace, que es bautizar infantes de los catecúmenos; pues los baptistas sólo dicen se han de bautizar adultos y por inmersión en el Jordán ó río. Dijéronle además: «Una vez que entre la pastora, á quien darán *mone* (dinero), ¡maldito mone yanki!, los del Canal; cuenta con que te haremos devolver lo robado por los monteses». El bobalicón de Devis no me había dicho nada de esto. El maquinista ahora me lo ha contado, quien añade que la tal pareja pastoral tiene un tomo en folio de sus aventuras por la India inglesa, y que les produce. La pastora diz que medio aprendió el castellano en sus aventuras indianas entre los indios del Perú y Ecuador.

En fin salimos de Nombre de Dios, que es punto donde tocó Santo Toribio de Mogrovejo de paso para Lima, según tradición. Me puse á escribir una carta al Sr. Obispo para que el Gobierno me sacara aquellos duendes y darla al primer barco con que nos cruzáramos. Ni uno apareció en ningún puertecito. Iba yo á Santa Isabel para recoger á los HH. Domingo y Mejicanos y pasar á los indios. Nuevo contratiempo: uno de ellos estaba indispuesto, al fin no fué nada. «Pues quédese V. aquí, le dije, encomendado á tanto fiel parroquiano como aquí tengo; que nos precisa ir á los indios para no perder la Misión, y ya volveré pronto para llevarlo á Panamá». Está visto: Dios, que se manifiesta por las circunstancias, quiere vuelva yo á Panamá, así por el H. Mejicanos como para arreglar la causa del protestante, y tapar mejor la puerta de la Misión á la herejía é impiedad. Embarcóse, pues, conmigo el H. Domingo. A toda máquina no pudimos llegar aquel día á San José, sino que encallamos á las ocho en una islita que se hundió hace años entre río Azucar, tribu bravísima; suerte fué que los de aquella tribu no supieron nuestro percance. Aconsejé al capitán durmiéramos allí, por la oscuridad de la noche y por evitar nuevos lances.

Al otro día llegamos á las ocho á San José de Narganá. Al punto salté á tierra y mientras yo contaba la venida de los pastores, ya tras mí, llegaba el cacique bárbaro de enfrente, ó sea de la isla del Sagrado Corazón, que, vista la gasolina, fué á ver quién venía. Hablando en inglés el mismo mister se vendió: pues creyendo hacerse bien quisto

anunciando su embajada, lo que consiguió fué que viniera volando el cacique á mandar dos de los policías para que con toda energía no dejasen desembarcar en San Ignacio ni en ninguna parte á dichos extranjeros. «Padre, dános dos fusiles de los que acabas de traer del Gobierno para nosotros. -Ahí están». Y ¡oh inocencia! sin una cápsula los tomaron y subieron á la gasolina, para oponerse á los pastores, sin que ellos lo supieran. Yo me quedé en la isla de San José de Narganá. Gracias á Dios salí del paso.

Llegaron á Tupile. Devis los recibió: pero los policías, visto que los pastores bajaban, saltaron á tierra para impedir la descarga del convoy. El pastor, conocido lo crítico de las circunstancias, arremangándose, saltó por el agua á tierra, pensando que ganada la tierra se quedaría. Hizo lo mismo la pastora. Esfuerzos dignos de mejor causa, que no deben olvidar los que acá vinieren. Pero los policías concitaron el pueblo que acudió y entre cuatro indios, cogiendo á la pastora dos por los pies y dos por atrás, con toda consideración para que no hubiera queja liberal de atropello individual, de suerte que hasta se rió la pastora de tanta delicadeza; la llevaron de nuevo al cayuco y de allí á la gasolina. El pastor se abrazó con un tronco en el suelo, diciendo que él no salía de allí. «Déjate llevar, dijeron los indios, si no por fuerza irás». Y lo cogieron asimismo en volandas. «Permítanme, dijo, levantar acta». Ellos que no entienden de eso, dijeron: «Con tal que salgas pronto, no hay inconveniente». Escribió, me dijo el maquinista, el lance (será un certificado para cobrar en Londres) y preguntó á un policía que quién les había mandado. Este dijo: «El Padre». Y luego les exigió que pusieran los policías por firma una cruz. Dos indios, pues, le cogieron por las piernas y dos por atrás, que aquí no hay muelle; y quieras que no, al barco, con prohibición (que no necesitaba, pues todos los demás pueblos son bárbaros y sólo algo mansos los míos), de que se apease en cualquier otro pueblecito. Pasaron, pues, ocho días de gasolina, viaje redondo, hasta el extremo de la República, donde debe llegar la gasolina en su correría.

Entre tanto estaba el H. Domingo de carpintero y yo de cocinero en Narganá, siguiendo nuestra Misión y aguardando el dicho desenlace. Ahora sí que de toda necesidad tengo que volver á Panamá, á pesar del temporal, á defenderme si me ataca. En los tres días que tardó la gasolina, vino á verme el cacique bárbaro de la isla del Sagrado Corazón, que era hasta ahora mi enemigo paliado, y hace tres años manifiesto; pues él fué el primero á quien llegué hace cuatro años y

me rechazó, y por eso vine á Narganá. El fué quien me tuvo ocho días preso en mi tercera entrada, hasta que el día del Sagrado Corazón, hace tres años, Carlos triunfó y aquel cacique se doblegó aparentemente; pero en las siguientes entradas hasta ahora me ha estado haciendo una guerra sorda, pero eficaz, hasta amenazarme y procurar mi muerte y no permitirme hacer casa en su isla del Sagrado Corazón.

El tal cacique, Sho, que bajo cuerda maneja toda la indiada, vino, pues, y me dijo: «Quiero hablar contigo: Mira, Padre, yo no puedo ver al yanki, (él supone que los pastores eran yankis): el cacique Enrique no puede ver yanquis; el cacique Ukunseni no puede ver yankis; el cacique Gorman no puede ver yankis; porque son ladrones y matan á los indios, como diz que hicieron en su tierra; y lo mismo todos los demás caciques, no pueden ver yankis. Así pues, queremos unirnos contigo, lo tenemos ya resuelto desde Aguilikandi hasta la punta de San Blas, esto es, más de media indiada. La otra media indiada disiente de nosotros en el negocio de no querer ser panameños, por miedo de caer bajo el yanki; nosotros les hablaremos para que se nos unan y ya todos los indios te admitirán á tí, pero que no entren más. Eso queremos tratar contigo los grandes de nuestra isla. Así que mañana volveré por tí para llevarte á la Junta». «Esta es la mía», dije. Al otro día volvió por mí. Yo haciéndome de rogar dije: «Ya ves, Sho, cómo estoy aquí trabajando; pues quiero dejar estos cajones y cosas arregladas, por si mañana de tarde llega la gasolina en que pienso irme á recabar del Gobierno que nadie entre aquí sino el Padre.—Muy bien, dijo Sho; yo te acompaño á Panamá.—Así, pues, vuelve mañana á las nueve». Efectivamente volvió. Yo estaba preparado. «Entonces, dijo, espérame un poco, que voy á mandar quien te traslade». ¡Oh maravilla! Vino Enrique el cacique titular, pues Sho era el cacique oculto que manejaba á Enrique. Vino también otro prohombre y ellos fueron los remeros. Distinción estupenda, pues hasta ahora no sólo no venía Enrique, sino que me hacía ir á su casa, sin venir él á la mía, cuando ocurría algo. Tenían las tres amacas de costumbre; sillón, que hasta ahora, como á diplomático extraño me brindaban. Al rededor de las amacas, bancas que ocupaban los principales. Me hicieron, pues, tender en el amaca de en medio con gran preferencia, y no como huésped en el sillón. Me repitieron todas las ideas de anteayer. Les conté la historia de los antiguos Padres, sobre todo del P. Balburger, á quien los indios lloraron tanto como á su padre y protector, y les dije que así quería ser yo. Dijeron que efectivamente así era, y por eso me tenían tal confianza, de-

plorando su simpleza cuando la primera vez no me admitieron; que de ahora en adelante yo sería su cabeza y su corazón y ellos mi carne y huesos. ¡Tan unidos habíamos de andar! Resolvieron hacerme aquí casa y amistarme con toda la indiada. Dije que no me alcanzaría para tanto pueblo y por eso traería otros Padres. «¿Son tus hermanos? (carnales entienden ellos).—No tengo tantos hermanos; pero son como parientes: (otra hermandad ellos no entienden). Así que esos mis parientes piensan como yo, obran mejor que yo, y os querrán como yo, que si no fuera así ¿os pensáis que os los iba á traer?—Muy bien, Padre, entonces trae algún hermano tuyo, pero nada más, y que sea como tú». (N. B. Con estos Gobiernos liberales y con indios volubles, se obra cómo, y mientras se puede: otra cosa no se puede preveer. Pues el día de mañana nos echan tal vez con la música á otra parte).

¡Ojala que el Señor, antes que se desdigan estos indios, se digne enviar aquí dos Padres, humildes, sufridos, física y moralmente sanos, de buen sentido común, y señores de sí para saber bandearse con los impíos de Colón y de la Costa; para comunicar devoción sensible á la gente sencilla, rezando la doctrina á diario, siempre lo mismo; para plantar buenas costumbres, sobre todo entre los indios! Otra clase de Padres se aburrirán aquí, donde hay que sufrir muchos desvíos, contrariedades á montones, y trabajos físicos y morales. Este es el modo de evangelizar á los infieles, aunque sí se necesita á veces oratoria doméstica en las juntas y conversaciones. ¡Cuán conveniente será que alguno sepa bien inglés, para Colón; y que otro pueda suplirme en donde sea necesario, pues las circunstancias aquí cambian mucho. ¡Ojala sepa tocar algún instrumento, y que no se arredre por nada y aguante todo lo que en una Misión viva, por necesidad se ha de aguantar; que tenga facilidad siquiera para ver á Dios en todas las cosas y criaturas, pues tendrá que estar sólo á veces, hasta que sea ésta gente más manejable. Vienen los Padres á sembrar fe, no predicando *e suggestu* sino en conversaciones sencillas y doctas aun en Colón; ó en la escuela explicando los cuadros de la doctrina con moralejas que atraviesen el corazón. Si estos dos no vienen, pronto tendremos otros peores lances que el de los pastores; pues esta tarde, 26 de Diciembre, me ha dicho el Ministro del Gobierno que cree que pronto yankis y protestantes querrán tomar sitio en la Misión, y me importa tomar posiciones. *Intelligenti pauca.*

Vuelto á mi islita de Narganá me dice Carlos: «Quiero hablar despacio contigo. Padre, yo ya estoy cansado de esta nueva vida. No quiero más ser autoridad, sino volver á simple indio. Porque: 1.º ya

ves que los indios no hacen caso. (Quiso decir que no pueden dejar de ser indios ó bozales tan aprisa como él quisiera). 2.º Veo que mi empleo de cacique general me trae muchas enemistades, y yo no cobro nada, antes por él no puedo ir al trabajo como un particular. Así, pues, más tranquilos estábamos antes; además hay en esta tu casa una cara nueva, la de tu Hermano, cosa que, como tú sabes, siempre retrae á los indios». Ya la tenemos. ¡Qué fortaleza y brío ha de tener el misionero, que es el *Signum cui contradicetur:* blancos, negros, indios, soldados, paisanos, protestantes, impíos, católicos, gente buena con sus prejuicios y optimismos, y gente mala con su depravada voluntad, mar proceloso y tierra llena de abrojos, nubes de agua tropical, y elementos desencadenados; ¡todo le contradice! «Pero ¡hombre! Carlos, si es que tú y yo hemos sido elegidos por Dios para salvar esta indiada, pues tú eres su cabeza y si la cabeza se pierde ó se retira, el cuerpo muere. —Entiendo bien lo que quieres decir, Padre; pero, ¿qué quieres que haga yo? Todas las gentes buscan dinero, y yo ya no puedo vivir con mis paisanos. ¡Si me pagaras!» No quería yo abrir el portillo para el liberalismo, pero ante el odiado modo de ser moderno que todo lo arregla con dinero y máxime donde el espíritu yanki entra, como en estas tierras, no hay remedio. Ante la perspectiva de que ni un indio venga á aprender, pues son como borregos, que hacen lo que el cacique dice para el mal, y no así para el bien, le dije: «Bueno, ¿y cuánto quieres? ¿10 pesos por mes?—Es poco, Padre.—Pues, hijo, veremos hasta 15». Quedamos en eso.

Llegó la gasolina de regreso con el Pastor y la Pastora. Me embarqué para que los indios que dije que iban á Panamá no me hicieran un despropósito; para defenderme si me atacaban por el protestante y cerrar mejor la puerta para adelante, si se podía; para traer un carpintero, ya que con el H. Mejicanos no se puede contar por sus achaques, más de su natural que de su edad, recogerlo en Santa Isabel y llevarlo á Panamá; y en fin, para traer víveres. Estos viajes, y en este tiempo, son fatales. Llegamos á Colón, á las nueve de la noche del 19 de Diciembre, tras dos días de viaje rápido; y para que el Pastor no me adelantase á Panamá me vine de madrugada. El Gobierno me ha dicho que se hizo bien con echar al Pastor, pero que me preparase porque lo que dice la ley, me dijo el Subsecretario del Gobierno, no es que no pueden entrar los protestantes, sino que el Gobierno, solo puede subvencionar al misionero católico. «No, señor, dije; pues me han dicho Diputados que este territorio está como una reserva.—Así debería ser, dijo; pero

yo indico la dificultad que pondrán protestantes y extranjeros abierto el Congreso, para que llegado el caso V. vea cómo se ha de bandear». Me han dado por escrito un documento que llevo para tranquilidad de los indios. Dice así: «Ningún extranjero tiene derecho á transitar por esa región, á menos (cola liberal) que en condiciones especiales lleve permiso escrito de las autoridades de la Provincia de Colón. El Gobierno está resuelto á mantener firme esa prohibición y confía en la cooperación que para ese efecto le prestarán todos los ságilas ó caciques de los pueblos de la Costa».

Acabo de saber que el Pastor protestante se ha marchado bendiciendo al Altísimo, porque ni blancos, ni negros, ni indios han recibido su doctrina, y porque ha salido con bien de tantos peligros.

El 29 vine á Colón para embarcarme el 30 como por el contrato con la gasolina se debía: pero hoy, 3 de Enero 1910, dicen que mañana embarcaremos con no sé qué policías y qué enredos que en la siguiente carta se dirá, si Dios quiere; pues aun no veo claro lo que dicen del cambio de Gobernador de Colón y de Alcalde, cosas que pueden interesarme. El tiempo dirá.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo.

Siervo en Cristo,

LEONARDO GASSÓ, S. J.



ISLA DE CUBA

LA HABANA

EL OBSERVATORIO Y EL COLEGIO DE BELÉN

Relación del H. Coadjutor, Gabriel Gonzalo Llorente.

I

EL OBSERVATORIO Y EL COMETA HALLEY

Si la temporada ciclónica del año 1909, excepcional por los muchos ciclones, fué causa de que el Observatorio de Belén anduviera en la memoria de todos, pues todos estaban alerta á sus comunicados, para tomar las precauciones convenientes; el año de 1910 con la bienvenida ruidosa que dieron al cometa Halley (á quien pudiéramos llamar el cometa de la bulla), fué motivo de mucha gloria para este Observatorio, que todo lo dirige á la mayor gloria de Dios.

Contaré en extracto lo principal de este acontecimiento.

Todos los periódicos se ocuparon más ó menos de intimidar al público: *La Discusión,* periódico muy leído, fué como el órgano principal en que publicaba nuestro P. Gutiérrez Lanza artículos tranquilizadores. Claro es que este diario copiaba cuanto se decía en revistas del extranjero, pues le convenía así para la venta del periódico.

Después de una porción de noches de constantes observaciones publicó el P. Gutiérrez lo siguiente: «Habana, 13 de Enero. Esta noche á las nueve y venticinco minutos ha sido descubierto el cometa Halley desde este Observatorio. Presenta el aspecto de una pequeña nubecilla

blanca y se halla situado entre Marte y la estrella O de la constelación de Piscis». Este comunicado puso en movimiento la curiosidad de las principales autoridades, de los periodistas y de mucha gente de clase selecta de la sociedad habanera que venían á visitar el Observatorio, para poder contemplar al cometa, objeto palpitante de la actualidad.

También se publicó en los periódicos una explicación sencilla, con el punto preciso en el cielo donde podría encontrarse con algún pequeño telescopio ó gemelos, y cuándo sería visible á simple vista.

El 26 de Febrero, á instancias de la Academia de Ciencias, con motivo de dar la bienvenida al Dr. Altamira, fué invitado el P. Gutiérrez para una conferencia sobre el cometa Halley, á fin de dar más realce al acto. El ya popular P. Gutiérrez disertó brillantemente sobre el tema de gran actualidad científica de la visita del célebre cometa Halley, afirmando especialmente: «Nada hay que temer».

Allá va un párrafo. «Los cometas no son ni han sido nunca mensajeros de misteriosas calamidades para la humanidad, ni han ejercido ni en bien ni en mal influencia alguna sensible sobre nuestro planeta, sea en el orden de los fenómenos naturales, sea en el orden de lo que podríamos llamar fatales destinos. El cometa no es otra cosa que uno de tantos seres de la gran familia celeste que va y viene á su tiempo recorriendo los caminos que le trazara el Hacedor, conforme á las leyes fijas y necesarias, ajeno totalmente á las vicisitudes de la vida, á los dolores y á las alegrías de la humanidad». Y concluyó diciendo: «Termino, señores, con aquellas palabras con que cerró Newton su libro inmortal *Los Principios*, que son un himno admirable al Supremo Hacedor: «Los Cielos pregonan la gloria de Dios y en ellos resplandece la obra maestra de su omnipotencia y sabiduría infinita».

Con esta conferencia tranquilizadora (pues el Padre se asoció al parecer de eminentes astrónomos) se sosegaron los ánimos y no daban tanto crédito á las alarmas publicadas en todas partes por la prensa.

La Academia de Ciencias y varios periódicos publicaron tan notable conferencia y tributaron elogios al P. Gutiérrez, pues no solo fué altamente científica, sino con una retórica elegante y sencilla era comprensible á toda inteligencia. Después de la conferencia se despertó más el deseo de ver al cometa con el anteojo Ecuatorial de Cooke, de 6 pulgadas de abertura por 82'4 de foco y con oculares de aumento de 80 á 300 diámetros, por lo que muchas altas personalidades de nuestro mundo oficial y científico nos han honrado con su visita; por supuesto había algunos que querían ver por el anteojo cosa extraordi-

nariamente brillante y lo que veían era una ténue nubecilla del grandor de la copa de su sombrero.

El 10 de Abril dedicó *La Discusión* casi todo el número del día al Observatorio, publicando 14 vistas con los principales aparatos, además los retratos del Director, Subdirector, 2 Hermanos ayudantes, y un mensajero que se ocupan en él. A continuación publicó un largo artículo cuya introducción empieza así: «Dentro de pocas semanas el misterioso viajero del infinito, el admirable cometa de Halley nos dejará ver á simple vista su hermoso disco de luz y su luminosa cabellera. En esta su visita periódica, y en este acontecimiento científico, que á todos interesa y á todos pasma, hace que sea ahora entre nosotros la actualidad una institución de la que justamente nos sentimos orgullosos: El Observatorio del Colegio de Belén.....

»Desde hace más de medio siglo, el Observatorio de Belén ha puesto muy alto á Cuba, haciendo que su nombre ocupe un puesto de honor en el concierto mundial de las instituciones sabias. Él ha sido nuestro representante en las ciencias ante las naciones cultas; él ha sido centro de consulta, donde han acudido hombres y corporaciones científicas del extranjero en busca de informes y datos de estas latitudes sobre muy variados temas, y ha prestado su cooperación eficaz al estudio de todo problema astronómico, magnético, seísmico y meteorológico internacional, á invitación de las respectivas comisiones».

El 12 de Abril volvió á verse el Halley, al Este, por la madrugada; y en el periódico *El Mundo* publicó el P. Gutiérrez un brillante artículo con el epígrafe: «Halley no es mensajero de calamidades». Además en una figura esquemática explicaba la marcha del cometa y de la Tierra.

El Triunfo, *La Lucha*, *El Comercio*, *El Avisador Comercial*, *Diario de la Marina*, y hasta los periódicos de caricaturas humorísticas, hablaron del Observatorio y del P. Gutiérrez Lanza, y representaban á este pinchando al cometa con una *lanza*. Clasificaban al Colegio de Belén como gloria de Cuba y anunciaban que para el 18 preparaba un hermoso y tranquilizador acto público científico, con proyecciones fotoeléctricas, sobre el cometa Halley y otros cuerpos celestes.

Allá va un párrafo curioso del *Diario de la Marina:* «¿Ha hecho bien el P. Gutiérrez en llevar la tranquilidad á los espíritus perturbados? A nuestro juicio como hombre de ciencia, sí; pero como jesuíta, no, porque bien considerado ¿á cuántos cristianos no les vendría de perlas ese temor á los estragos del cometa para arrepentirse de sus

culpas y ponerse bien con Dios? Claro está que para lograr este bien no había que hablar de peligros imaginarios, como el astrónomo de París; bastárale dar su opinión autorizada.

»Y en verdad que nunca como ahora se ha necesitado de este saludable temor de un peligro apocalíptico. Porque ni en Babilonia, cuando el festín de Baltasar, presenciaron escenas tan repugnantes como las que, á ciencia y paciencia de nuestras autoridades, se ofrecen diariamente al público en algunos teatros de esta capital».

La Unión Española decía por el contrario: «Los beneméritos Padres Jesuítas del Colegio de Belén, á quienes tanto debe el pueblo de la Habana, han organizado para el 17 de Mayo una velada cientifico-literaria, cuyo tema principal será el famoso cometa Halley. El loable propósito que anima á los queridos Padres Jesuítas es llevar la tranquilidad á los espíritus por medio del convencimiento».

El 17 de Mayo á las ocho de la noche tuvo lugar la academia anunciada, cuyo programa era el siguiente:

1.º *El Mundo Celeste.*—Soles en los espacios: su contitución, su número, sus distancias.—Nuestro sistema solar.

2.º *Por los espacios.*—Oda.

3.º *Los Cometas.*—Su constitución: núcleo, cola.—Su número, su velocidad, sus leyes.—Cometas más notables.

4.º *El Halley.*—Estrofas líricas.

5.º *El Cometa Halley.*—El más célebre de los cometas. Su historia.—Halley en 1910: su influencia sobre la Tierra: ¿hay algo que temer? Fases de su presente aparición.—Consecuencias científicas.

Las disertaciones científicas fueron ilustradas con proyecciones foto-eléctricas. Los números de música fueron entrelazados con discursos y ejecutados por la Banda de Cuba. Al final el P. Gutiérrez hizo un resumen de todo lo dicho, por indicación del Sr. Presidente y de los periodistas.

Como era tanto el entusiasmo por saber cuanto se decía de tan inofensivo como temido cometa, acudió un gentío extraordinario, tanto es así que ni el Sr. Presidente de la República pudo entrar por la puerta principal de la casa, y entró muy apretado por una puerta retirada por donde entran los carros al patio.

La concurrencia de los teatros toda se reconcentró aquella noche en Belén, por lo que muchas familias principales no pudieron entrar. Para más confirmar esto, espero será gustoso copie algunos parrafitos

de lo mucho que se dijo en 10 periódicos que se reciben gratis en el Observatorio, á fin de que se les mande comunicado del tiempo. Es mucho de advertir y ponderar que se les pone por condición no hablen mal de la Iglesia; y ciertamente se han mejorado y especialmente son muy deferentes para nuestro Colegio, pues para algunos la Iglesia *es no hablar mal de Belén.*

El Mundo.—«Anoche con una concurrencia inmensa que, después de llenar el salón de actos y los corredores de Belén, hacía cola en la plaza, efectuóse la velada científico-literaria..... fué una fiesta espléndida».

Otro periódico, *El Triunfo*, pone todo el siguiente epígrafe: «El paso del cometa.—Importantes declaraciones acerca del actual momento crítico astronómico.—La conferencia de anoche del Presbítero Gutiérrez Lanza, en el Colegio de Belén.—El pueblo en formidable avalancha invade el local, forzando las puertas del edificio, ávido de escuchar la voz de la ciencia que desvanece temores infundados».

La Lucha.—«La velada científico-literaria ofrecida anoche, en el salón de actos del Colegio de Belén.—Bien puede decirse, sin temor alguno á incurrir en exageración, que no recuerda esta capital haber experimentado expectación tan extraordinaria, como la que dió muestras de experimentar el inmenso público que colmaba el amplio local en que el acto se verificaba y la amplia plaza que se extiende al frente del acreditado plantel de enseñanza de los RR. PP. Jesuítas..... La noche de ayer será memorable en los anales del Colegio de Belén, de firme recuerdo para la actual generación».

A continuación insertaba el bonito himno al cometa, cantado por los niños del Colegio.

Del mundo las miradas,
Cautivas, Halley, tienes,
Cuando de nuevo vienes
La tierra á visitar
¡Que esbelto me pareces,
Cruzando el ancho cielo
Envuelto en ese velo
De luz y majestad!

La ignorancia te juzga enemigo
Mensajero de llanto y dolor;
Yo en tí veo un destello divino,
Un retazo del manto de Dios.

La Discusión.—«Una multitud enorme se agrupó anoche para oir la conferencia anunciada; más de 10.000 personas había en la plazuela, en los claustros y galerías del convento. Multitud de personas distinguidas al llegar á Belén en sus carruajes y ver que era imposible pasar sin sufrir grandes molestias, se retiraron.

»El Sr. Presidente de la República, que con su esposa acudió al acto, se retiró, avisando por teléfono desde una casa cercana lo que pasaba. Entonces se le abrió una puerta especial por la calle de Luz; pero el público que se dió cuenta del movimiento, cargó sobre aquella puerta tratando de entrar en columna tras el Jefe de Estado. La policía, que pasaba de 26 individuos, tuvo que intervenir, produciéndose no pocos incidentes».

Así, poco más ó menos, hablan los demás periódicos.

La fiesta resultó efectivamente un espléndido éxito para el Colegio de Belén; y para los que no pudieron entrar, se publicaron el día siguiente los tres discursos de la inolvidable academia con el resumen que al final hizo el P. Gutiérrez.

También tuvo que publicar en los periódicos nuestro R. P. Ansoleaga la siguiente carta:

«Sr. Director de *El Comercio.*

Habana.

»Con toda el alma sentimos que muchos de nuestros amigos y personas de representación en todos los órdenes sociales, no hallaran anoche acceso al salón de conferencias: dábales á ello derecho la invitación recibida, símbolo de nuestras consideraciones y de nuestros deseos de vernos rodeados de su prestigio y cariño.

»Pero la actualidad de la materia y la sobreexcitación de la inmensa muchedumbre que acudió, hizo imposible la entrada; pues el Colegio se hallaba asediado de un gentío innumerable y anhelante.

»Esperamos que nuestros amigos, dándose cuenta de las circunstancias, sabrán dispensarnos esta falta, que, completamente involuntaria por nuestra parte, lamentamos muy de veras, por que nos privó de la presencia de muchas personas, en cuyo obsequio principalmente habíamos organizado la velada.

»De V. atentamente,

»El Rector.

»18 de Mayo de 1910».

El P. Gutiérrez fué muy felicitado por sus predicciones tranquilizadoras, al ver que no ocurrió nada en la noche del 18. Sólo un periódico malo, en que escribe un Gutiérrez (sin *lanza)* intentó oscurecer la gloria de Belén. Salieron otros á nuestra defensa y el *Diario de la Marina* publicó un magnífico artículo titulado «La verdad sobre el Cometa», que fué el broche con que terminó la cuestión.

A instancias de la Academia de Ciencias, que deseaba tener conocimiento exacto sobre los terremotos, tuvo el mismo P. Gutiérrez, en el salón de las academias, 6 conferencias ilustradas con proyecciones foto-eléctricas.

Como los señores académicos quedaron bien impresionados del conferencista se promovió entre algunos el hacerle socio académico, para lo que era condición necesaria ser súbdito cubano, por lo cual y por alguna otra diferencia fácil de entender, quedó sin llevarse á efecto como tampoco se efectuó el eregir una estatua al benemérito Padre Viñes; pues la sotana á pesar de su color oscuro, lastima los ojos de algunos míopes modernos. Pero en el salón de sesiones de la Academia de Ciencias Físicas y Naturales, se ha colocado este año un precioso retrato al óleo del difunto P. Viñes, como socio de mérito, por los buenos servicios prestados á Cuba en la cuestión de los ciclones.

Voy á terminar este capítulo diciéndoles que el mismo P. Gutiérrez ha estado durante vacaciones mes y medio visitando á los observadores que tenemos por toda la isla, con el fin de instruirles, y para que las observaciones sean más precisas, les ha llevado barómetros, veletas, brújulas, barógrafos, album para clasificar las nubes, libros del P. Viñes y una clave de instrucciones, hecha por el P. Gangoiti, para tener más seguridad en las predicciones del tiempo en la época ciclónica. El número de observadores en Cuba y las antillas es de unos 32: que abarcan una intensa red de información en la temporada de ciclones.

La excursión del Padre fué costeada por dos empresas navieras, y otras dos de ferrocarriles, siendo muy obsequiado, especialmente en el ingenio Chaparra, del Sr. Menocal, candidato á la presidencia de la República de Cuba, quien le puso un tren especial de vía libre, por gran tramo, de su propiedad. La gente que veía esto se quedaba estupefacta al ver un cura tan agasajado.

En fin, después de tanto traqueteo, bien le vendrían al Padre, para el cuerpo y para el alma, los 8 días de Ejercicios espirituales, que se retiró á hacer en la hermosa casa de campo.

El P. Cirera de Tortosa ha pasado por aquí de su viaje á Mount Willson (Estados Unidos) del Congreso de Física Solar.

El P. Sarasola inauguró el 26 de Noviembre, con gran lucimiento, el Observatorio de Cienfuegos. Este Padre publica con frecuencia y con gran aceptación artículos científicos, con lo cual aumenta para gloria de Dios el prestigio del Colegio.

El 25 del mismo mes de Noviembre fueron á Cienfuegos nuestro P. Rector y el P. Gutiérrez, el cual tuvo el discurso primero de la academia que allí se celebró, titulada: «Los problemas de la Astronomía del porvenir».

Toda la fiesta salió lucidísima, dándole mucha importancia los periodistas de aquí y de Cienfuegos.

II

EXCURSIÓN Á MATANZAS Y VARIOS ACTOS DE COLEGIO

Desde que celebramos las bodas de oro del Colegio, suele haber como extraordinario, muy en armonía con el carácter aparatoso de esta tierra, un día de campo por Marzo ó Abril, en que se toma un tren, para ir á distintas poblaciones de la Isla.

Son estas excursiones cuando se hacen con orden y esplendidez, un anuncio solemne para el Colegio, del que resulta que nuevos niños vienen á aprovecharse de nuestra educación religiosa; un recreo de gran expansión para los colegiales; y para los Padres y Hermanos que van allá con algún cargo, un cansancio mayúsculo. El programa fué el siguiente:

«INTERESANTE EXCURSIÓN

Los profesores y alumnos del Colegio de Belén organizan una excursión de *sport* é instrucción á las renombradas Cuevas de Bellamar para el 7 de Abril de 1910.

I. *Salida de la Habana.*—A las 7,40 de la mañana, saldrá de la

estación de Villanueva el tren excursionista, lujosamente engalanado, conduciendo al profesorado y á los 400 alumnos del Colegio. El itinerario de ida y vuelta, es el siguiente:

II. *En Matanzas.*—A las 10,15 de la mañana llegada. Desde el tren el Colegio saludará á la ciudad con una salva de 21 cañonazos. —La banda de la ciudad recibirá á los excursionistas y los acompañará en su paseo por la principal Avenida.—Himno á la Virgen y letanías en la iglesia parroquial, cantados por el coro del Colegio.—A las 12,30 salida en el tren para las Cuevas.

III. *En Bellamar.*—A la 1 de la tarde almuerzo.—A las 2: Visita á las Cuevas. Los alumnos de Ciencias tomarán fotografías y notas de sus observaciones.—A las 3,50 regreso del tren á Matanzas.

IV. *En el ingenio Rosario.*—A las 4,41 llegada y visita al Batey. Bull, naranjas y caña de azúcar, dulces.—A las 5,55 salida.

V. *De vuelta en la Habana.*—A las 7,46 llegada á Villanueva.— La banda «Cuba» esperará en la estación á los excursionistas y los precederá por la calle de Muralla hasta el Colegio.

VI. *En Belén.*—A las 8 de la tarde comida.—A las 9 retreta, iluminación y fuegos de artificio en los patios del Colegio.

El tren excursionista es exclusivamente para el Colegio; á la retreta y á los fuegos artificiales pueden asistir las familias y amistades de los alumnos».

Se publicó el programa en la prensa habanera y concurrieron á la fiesta un buen grupo de representantes de los principales periódicos y varios fotógrafos.

Apenas se determinó que hubiese esta fiesta campestre, cundió bien pronto por afuera; y claro está, se ofrecieron y pusieron en servicio activo señoras y señoritas parientes de los alumnos, que no solo sirven para vestir Santos, sino para engalanar carruajes en escala mayor.— ¡Cuánta mortificación se derrocha, sin sentir, en estas cosas de aquí abajo! Ojalá fuéramos tan diligentes para lo que conduce directamente al cielo.

Los alumnos se levantaron antes de la hora, y con un bullicioso orden organizaron las divisiones, las bandas de cornetas y de tambores, oyeron misa y en correcta formación se dirigieron á Villanueva llamando la atención por las calles, pues las gentes salían con curiosidad espontánea al ruido de las cornetas y tamboriles.

A la hora anunciada, 7,40 de la mañana, partió el tren excursionista,

que constaba de 6 coches y la locomotora, y otro que llevaba los comestibles expresamente preparados para la gira campestre.

Iban más de 400 alumnos, los profesores, alumnos que terminaron sus estudios del bachillerato el año próximo pasado, y los representantes de la Prensa.

Los alumnos salieron del Colegio á las siete de la mañana, formados en cuatro divisiones, cada una con sus respectivos profesores al frente y llevando sus correspondientes banderas, incluso los externos, que mostraron gran actividad en los preparativos.

Un público, numeroso y selecto, compuesto en su mayoría de las familias de los jóvenes excursionistas, despidieron á éstos en el andén de Villanueva.

Perfectamente organizada la excursión, salió á la hora que se había indicado en los programas, llevando todos los vagones adornados primorosamente por las familias de los alumnos. Las banderas de raso y oro, ostentaban el nombre del Colegio y el de la división correspondiente.

Tanto la estación de Villanueua como la calle de la Zanja, en toda su extensión, se vieron invadidas por inmensa multitud que aplaudía con entusiasmo el paso del tren.

Entre la bulliciosa algazara de los 400 colegiales, llegó el tren á Matanzas, á las 10,30; no sin que en el trayecto el Hermano encargado de un pequeño cañón, que con nosotros llevábamos, luciera varias veces sus conocimientos disparando 75 cañonazos, y el H. Llorente sirviera un refrigerio á los colegiales.

EN MATANZAS

Se hizo un brillante recibimiento al Colegio de Belén. Las salvas disparadas desde el tren por el diminuto cañón, producían buen estampido y los acordes de las cornetas y tambores de los alumnos se confundían con los acordes de la banda de música que estaba en el paradero, enviada por el Ayuntamiento de la población expresamente para recibirnos. Excusado es decir que en la estación esperaba á los excursionistas una gran muchedumbre. Saludaron á los Padres en el andén el Alcalde municipal, Dr. Carnot; Dr. Enrique del Junco, Magistrado de la Audiencia; D. Federico Vinageras, Procurador; D. Wenceslao Solís, Presidente de la Colonia Española; y los Sres. Carlos Trelles, Agustín Salaún, Sr. Vargas y una nutrida comisión de estudiantes del

Instituto de Matanzas, que acudía á dar la bienvenida á sus compañeros, los discípulos de los RR. PP. Jesuítas.

Entre vivas al Colegio y aclamaciones á Matanzas, llevando al frente la banda de cornetas y redoblantes del Colegio, y acompañados por la Banda de Bomberos que dirigía su jefe, marchó la muchedumbre excursionista por las calles de Tirry, Gelabert, Matanzas, Contreras y Santa Teresa, desfilando por frente al Instituto.

Todo el hermoso parque de Matanzas estaba lleno. La ciudad se había puesto en movimiento; y en portales, balcones y ventanas había un numeroso público que saludaba con afecto á los escolares al pasar.

Al llegar frente al Instituto, el Rector del Colegio de Belén y una comisión de estudiantes, subieron á saludar al Director de dicho Centro docente, Sr. Domingo Roselló, que en unión del Secretario del mismo, Dr. Gabriel Díaz, les esperaba á la entrada del aula magna.

Desde el balcón del Instituto el Director y los estudiantes del mismo dieron repetidos vivas á los alumnos y profesores del Colegio de Belén, correspondiendo estos en idénticos términos á tan señalada atención.

Desde la plaza de la Libertad fueron los alumnos á la iglesia de San Pablo para entonar una letanía y un himno á la Virgen. Fué un acto hermoso y concurridísimo. Terminado este acto, emprendieron los educandos de Belén su viaje de regreso á la estación, donde esperaban el tren que había de conducirlos hasta el crucero de «Las Cuevas», desde donde se dirigieron á pie á la finca Bellamar, situada á una regular distancia de aquel sitio, y en la cual fué servido el almuerzo.

Escena grata y simpática la de los 500 alumnos é invitados, bajo la arboleda. Las máquinas fotográficas prestaron su servicio, pues aprovecharon la mayor parte de los bulliciosos grupos, para sacar fotografías, con que se formó un album. Los Hermanos hicimos nuestro oficio, sirviendo, juntamente con los criados, á tan numerosa concurrencia. A las dos de la tarde, próximamente, salimos de la finca para las cuevas de Bellamar, en cuya visita invertimos cerca de hora y media.

Era realmente curioso contemplar el semblante de los niños más pequeños, todos llenos de asombro y no pocos de miedo, al presenciar el misterioso espectáculo que se ofrecía á sus ojos, á pesar de estar las las cuevas iluminadas con luz eléctrica. Yo no sé describirlas. Pero sí haré constar que, pequeños y mayores, nos encantamos ante aquellos hermosos techos cubiertos de unas maravillosas estalactitas, ante las ca-

prichosas columnas de los soberbios salones naturales, ante las indescriptibles labores de aquellas originales estalacmitas que toman toda clase de figuras: salas en verdad monumentales. Donde el agua se filtraba á través del techo de las cuevas, los profesores hicieron algunas explicaciones. Lo que más llamaba la atención de todos eran los lugares donde los elementos calcáreos se depositaban en formas de cristales: era un espectáculo admirable. Y sobre todo era para bendecir al Criador, que, como jugando, crea tales maravillas en obsequio de sus criaturas.

Visitadas las cuevas, objeto principal de la excursión, nos volvimos al tren, que continuó su marcha. Al llegar al paradero de Aguacate, se detuvo media hora para dar lugar á que pudiéramos ver el ingenio «Rosario». Nos recibieron el mismo dueño, Sr. Ramón Pelayo, el administrador, el maquinista, el maestro de fabricación de azúcar y la distinguida señora D.ª María Luisa de Pelayo.

Se recorrió el bien organizado ingenio, y hubo naranjas, cañas y refrescos para los alumnos é invitados.

El ingenio muele de 135.000 á 140.000 arrobas de caña diaria, que producen 1.200 sacos, moliendo todo el mes de Mayo.

A las seis de la tarde continuamos nuestro interrumpido viaje llegando á esta capital á las ocho de la noche.

La estación de Villanueva era pequeña para contener al numeroso público, compuesto en su mayor parte por los familiares de los estudiantes, que acudió á aquel sitio á la llegada del tren. En la calle de Zanja se aclamó al Colegio de Belén.

Todo el campo Marte, por el lado de la estación de Villanueva, estaba igualmente colmado de público. En Dragonas y Prado, la banda de música llamada «Cuba», enviada expresamente á recibirnos por las familias de los colegiales, ejecutó diversas piezas.

Pusiéronse en marcha los estudiantes, seguidos de la citada banda, sin mostrar cansancio, antes animación y contento; y desfiló la legión de alumnos de Belén, por la calle de Muralla y Compostela, hacia el Colegio. La calle de Muralla lucía, en obsequio á nosotros, artística iluminación en todo el tramo comprendido desde Monserrat hasta Compostela.

Y se hizo el regreso á la Habana. Ningún incidente había deslucido la excursión. A las ocho de la noche se sirvió la cena acudiendo numerosas familias á presenciar los fuegos de artificio quemados en el patio, consistentes en cinco piezas muy elogiadas; figurando una fuente,

un abanico, una estrella de Oriente, un pórtico y un altar, con inscripciones dedicatorias á las familias concurrentes.

Mientras duró la comida y fuegos de artificio quemados en el patio, la banda «Cuba» ejecutó con maestría escogidas piezas. Los principales periódicos habaneros publicaron, al día siguiente de la excursión, muchos elogios por tan rumboso día de campo; y no hay duda que como la prensa periodística es la gran palanca de la vida social (sea para lo bueno, sea para lo malo) se da á conocer cada vez más, el bien grande que nuestra Compañía reporta á esta isla, y nuevas familias aprovechan para sus hijos la educación religiosa que se da en el Colegio de Belén.

Terminó tanto regocijo y tanto agasajo á nuestro Colegio con esta carta del Sr. Alcalde de Matanzas al R. P. Rector:

ALCALDÍA MUNICIPAL DE MATANZAS

PARTICULAR

»Matanzas, Abril 9 de 1910.

»R. P. Fernando Ansoleaga,
Habana.

»Muy respetable Padre: He tenido el gusto en el día de ayer de recibir la grata visita del acaudalado comerciante de esta ciudad Señor Agustín Solaún, quien hubo de significarme en nombre de V. la agradable impresión con que habían abandonado á Matanzas, después de haberla honrado con su visita.

»Yo sentí muchísimo no haber podido concurrir al almuerzo, ya que mis ocupaciones no me lo permitieron; pero mayor pena tengo cuando pienso no haber conocido con más antelación el simpático paso de la histórica y acreditada Escuela de Belén por Matanzas, pues hubiera podido preparar algunos números especiales para el programa de festejos, que por importantes que hubieran resultado, nunca lo habrían sido en la proporción que demanda la afamada Escuela de la ilustre y acertada dirección de V.

»Me sería muy honroso que en otra ocasión contaran conmigo para preparar la recepción; esperando que ese honor no se haga muy lejano para satisfacer así, no sólo mis deseos, sino el de los de Matanzas, que tan orgullosa se siente en recibir la prestigiosa Escuela de Belén.

»Con todo respeto quedo de V. afmo. s. s.,

»Dr. Alfredo Carnot»

En Febrero disertaron sobre Retórica, los discípulos del P. Macías.

El 22 de Abril fué la última concertación á Jesucristo resuc tado, centro de la Historia, y salieron los alumnos á cantar el aleluya por cuatro días á sus casas.

Todas las concertaciones se amenizan con declamación y música de piano y violines por niños del Colegio.

Por fin, el 12 de Junio solemne distribución de premios, presidida por el Excmo. é Iltmo. Sr. Obispo Diocesano. En los intermedios la banda «Cuba» ejecutó números musicales, cantando el himno de despedida el coro que dirige el P. Remondegui. Se repartió el cuaderno impreso de los alumnos premiados, con las fotografías de las tres divisiones, más los externos. En grupo aparte y con alguna más elegancia figuraban los 15 alumnos de 4.º año próximos á hacerse bachilleres. Adornaban además el cuaderno algunas vistas de la fachada, capilla, claustro de entrada, etc.

Aun no he dicho nada de los actos religiosos de los niños. Cada día se confiesan y comulgan unos 30, número no despreciable para la poca piedad de esta tierra.

El primer domingo de mes hay salida general; y los profesores con otros que les acompañan, van á la casa de campo á descansar de las tareas escolares. El segundo, confesiones para todos los alumnos y misa con cánticos. El tercero, queda libre; pero confiesan y comulgan la mayoría. El cuarto, exposición del Santísimo y plática para internos y externos, también este domingo se confiesan casi todos.

Los Ejercicios espirituales que hacen al principio del curso, se los dan distintos Padres á las diferentes divisiones.

El 1.º de Abril hicieron la primera comunión 43 niños, acompañándoles muchos compañeros de Colegio y varias de sus familias. También en Mayo hubo primera comunión. El R. P. Rector les dirigió la palabra, explicándoles el grandioso acto que iban á realizar. Durante la misa los alumnos que forman el coro del Colegio entonaban tiernísimos cánticos.

El 15 de Mayo, á las siete, tuvo lugar la solemne función que anualmente dedican los congregantes á su excelsa Patrona la Madre del Amor Hermoso. A las ocho y media, misa solemne con orquesta; predicó el P. Macías. Por la noche ejercicio de las flores, en que declamaron un largo diálogo dos niños, siguiendo á continuación la procesión por el claustro. Tanto la iglesia como el claustro se adornaron con plantas, flores é iluminación eléctrica.

También hubo este día un acto literario-musical, dedicado á María Inmaculada.

III

NOTICIAS VARIAS

A fin de no hacer inmensa esta carta, dejo para otra los ministerios espirituales que los Padres de esta casa han ejercitado por la población y por la isla. Solo referiré algunas noticias de actualidad, que se relacionan con nosotros.

Las escuelas externas en nuestro Colegio de Belén, que dirigen los Hermanos de la Doctrina Cristiana, traídos á Cuba por el R. P. Leza, tienen 202 niños, y no caben más.

El 20 de Junio tuvieron la distribución de premios, excelentemente preparada, entrelazada con bonitas composiciones, música y canto por un numeroso orfeón de niños que lo hacían á las mil maravillas.

La exposición de trabajos escolares, la pusieron en el patio de recreo, tapizando todas las paredes con planas de dibujos.

Todo el elogio que se diga de estos buenos Hermanos es poco, pues yo creo que nadie les supera en su ramo de enseñanza.

Todos los domingos oyen misa con los niños del Catecismo y los viernes en la capilla de San Plácido, platicándoles un Padre; y se observa que estos niños son muy respetuosos para con los religiosos que encuentran por la calle.

La cuestión religiosa de España, ha tenido aquí su repercusión. Se han escrito en los periódicos artículos en pró y en contra, como podrán deducir de la siguiente carta del Sr. Obispo, dirigida al Director del periódico *La Unión Española:*

«Obispado de la Habana, 8 de Agosto de 1910.

»Muy señor mío y de mi mayor consideración: Así como lamento las imprudencias é indico las conveniencias de remediarlas, que con motivo de los desagradables sucesos de España vienen cometiendo algunos periódicos, tengo un verdadero gusto en alabar á los que, como

V., dan la nota de sensatez y de cordura en estos momentos. Por lo tanto le ruego acepte mi más sincera felicitación por el artículo «Solo Españoles» que en la edición de hoy publica el periódico de su digna dirección.

»Dios quiera entiendan los políticos de España que sobre las conveniencias de sus partidos está la paz y la tranquilidad del noble y excelente pueblo español.

»Con este motivo me reitero de V. affmo. s. s. en Cristo,

»El Obispo de la Habana».

Como en los teatros han hecho papel del asunto, y en caricaturas indecentes ponían á Canalejas dando á un fraile un puntapié, y en el epígrafe le tributaban el título de *salvador de España*, chicos y grandes, al ver á cualquier religioso, decían el estribillo: «*Huye que te coje Canalejas*». Por fin impusieron multa de cinco duros al que profiriera tal frase y ha disminuído mucho este insulto.

Aquí también se ha tratado de promover la misma cuestión en las Cámaras de representantes de la Patria, pero no ha resultado. Un individuo murió al año justo de haber firmado una proposición de ley sobre el particular.

Un Padre de casa ha escrito una hoja de propaganda «Curas y Frailes», defendiéndoles de los ataques de actualidad.

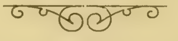
Ya son 38 los Jesuítas muertos en la Habana desde 1854.

Este año nos han visitado todos los Obispos de la Isla y varios de los Padres y Hermanos de nuestras casas, y otros religiosos que pasan de viaje.

Belén ha recibido á todos como una madre, según el espíritu de la Compañía. Ojalá pueda ser, especialmente para la Provincia de Castilla, de grandísimo alivio en circuntancias que pudieran presentarse...

Muy felices Pascuas de Navidad y Año Nuevo deseo á todos, suplicando no se olviden en sus fervorosas oraciones de este siervecillo y afmo. hermano en Cristo Nuesto Señor,

Gabriel G. Llorente, S. J.



SAGUA LA GRANDE

EXCURSIONES APOSTÓLICAS
POR LA DIÓCESIS DE PINAR DEL RÍO

Carta del P. Saturnino Ibarguren al R. P. Provincial.

Sagua la Grande 21 de Octubre de 1910.

Muy amado en Cristo, Padre: Acabo de llegar á esta mi residencia y por indicación del P. Superior me veo como obligado á escribir alguna cosa sobre mis excursiones por la diócesis de Pinar del Río, donde hace año y medio me toca trabajar. ¿Y á quién mejor que á V. R. le podré dirigir esta carta para que se entere de lo que hago y me corrija en lo que no le parece bien?

Iba á cumplir tres años de residencia en Cuba, por el mes de Abril del año anterior de 1909, y me encontraba dando misiones en Cárdenas, pudiendo decir con toda verdad que hasta aquella fecha mi mayor trabajo en esta isla había sido encontrar trabajo. Entonces fué cuando el Señor inspiró al Ilmo. Sr. Obispo de Pinar del Río la idea de dar misiones en toda su diócesis y me llamó á mí con este objeto. Me puse en camino lo más pronto que pude, enviado por mi P. Superior, y empecé la misión por la parroquia más occidental, llamada de Las Martinas.

Tendrá este curato más de 16.000 habitantes y todos diseminados

en vegas de cultivo de tabaco. Con esto se entiende que el único sacerdote que está al frente de esta numerosa y dilatada parroquia tiene no poco que hacer, aunque no haga otra cosa que visitar á sus feligreses para casarlos y bautizar á sus niños. Y esto es efectivamente lo que hacen casi todos estos tres Párrocos: montar á caballo, vestidos de seglares, y girar la visita por la parroquia bautizando y cobrando los consabidos derechos. De modo que se encuentran aquí las almas abandonadísimas en todo lo espiritual. Y si á esto se añade que en las escuelas públicas de Cuba está prohibido enseñar el catecismo cristiano, resulta, dada la ignorancia en que se encuentran, que la necesidad de alimento espiritual es extrema.

La primera misión la di en la misma iglesia parroquial, única que se encuentra en toda aquella feligresía. Las Martinas es un punto muy céntrico, pero que no tendrá dos docenas de casas reunidas. El concurso á los sermones fué regular por las noches; á la misa no acudían más que mujeres y niños y algunos pocos jóvenes. Confesé en los nueve días que estuve allí más de 200 personas, pero las comuniones no pasaron de 100. Número que pareció extraordinario al Párroco, pero á mí me pareció corto.

Pasé de allí á un punto que llaman Santovenia y llevé conmigo una imagen de la Virgen Santísima, que fué mi salvación. Porque fuí avisando por las casas que tenían allí á la Virgen y que acudiesen á pedirle la bendición, á los sermones, al rosario y á misa, y empezaron á acudir. Pronto les ocurrió la idea de hacer una procesión que yo aprobé y para ello hicieron unas andas. Oí 110 confesiones y comulgaron 60 personas. Cuando pensé en pasar á La Güira, lugar distante 6 kilómetros y los invité á que fuesen acompañando á la Virgen se me ofrecieron varios jóvenes y con ellos fuí procesionalmente al punto donde se iba á dar la otra misión.

Por ser La Güira punto más céntrico fué doble mayor la concurrencia. Las confesiones pasaron de 200 y las comuniones de 100. Pero tropecé con un gran inconveniente y era que el local que me ofrecieron, local que solía servir para los bailes, estaba próximo á una tienda donde se expendían víveres y sobre todo licores, y ya se ve que en estos centros nunca falta alguno ó algunos que molesten. Sufriendo las voces de la taberna á veces, y otras llamando la atención, hice lo que pude por una semana y creo que se aprovecharon no poco, sobre todo los niños que concurrían en número de 60 á 70. En el último acto de despedida anunciaba la hora de mi salida exhortándolos á que los que podían

acompañasen á la Virgen. Esta vez el acompañamiento fué más numeroso y por lo mismo, la procesión más lucida.

Al llegar á Cayuco, distante próximamente cinco kilómetros, nos sorprendió otra procesión de niños y niñas con sus profesoras y otras devotas personas que salían á recibir á la Virgen, cuya entrada en aquel poblado fué solemnísima, siendo este el primer triunfo exterior que consiguió la imagen benditísima de la Madre de Dios. Con esta entrada y un hermoso salón que me cedió el Sr. Farmacéutico y discípulo nuestro de Belén, D. Alejandro Rubio, quedó la Santísima Virgen dueña y señora de aquella devota concurrencia. Tanto les agradaba la improvisada capilla que todos los días la adornaban con flores, y me hicieron varias proposiciones para que me quedase de cura de ellos *in perpetuum*. De aquí en adelante lo más notable de esta serie de misiones fueron las entradas y salidas triunfales por los pueblos, llevando procesionalmente á la Santísima Virgen al trasladarse la misión.

En esta forma salí para Malpoton y no nos mojamos en el largo trayecto porque el Señor nos previno con una casa. Hacía tiempo que no llovía y deseaban estos pobres labradores el agua del cielo que en aquellos días se les concedió en abundancia. La misión de Malpoton fué muy concurrida y de muchas confesiones y comuniones para lo que por aquí se acostumbraba. A V. R. le parecerán pocas 300 confesiones y 160 comuniones, comparándolas con las otras regiones, pero si viese lo que yo estoy viendo y palpase el total abandono en que se encuentran estas pobrecitas almas, creo mudaría de parecer.

La procesión mejor y más notable de todas las que recuerdo en Cuba fué la que hicimos de Malpoton á Cupico, distante 6 kilómetros. Y digo la mejor, no tanto por lo numerosa, sino por las circunstancias. Siendo así que en este país temen tanto el mojarse, se reunieron á pesar del mal tiempo cerca de 200 personas, entre hombres, mujeres y niños. Luego de salir cayó un fuerte aguacero de que nos defendió una casa que providencialmente se encontraba en aquel paso. Al entrar todos dentro los exhorté á rezar con devoción un rosario para que la Santísima Virgen nos acompañase por el camino. Al terminarlo ya no llovía y aunque el cielo estaba encapotado y el camino con mucho fango, confiados en la ayuda de la Madre de Dios, cuya imagen iba con nosotros, salimos en procesión. Pero antes de llegar á Cayuco, al encontrarnos con la procesión que nos salía al encuentro, empezó otra vez á llover, mas también esto ocurrió junto á otra casa muy capaz y nos pudimos salvar.

Y de este modo fuí recorriendo los puntos ó barrios más principales de toda la parroquia de Las Martinas haciendo 12 paradas ó dando 12 misiones. Se hicieron más de 100 matrimonios de parejas que vivían mal. Tardé en esta excursión tres meses y medio, y sólo en todo este tiempo, porque los demás Padres están ocupados y no hay quien venga conmigo, por más que el Sr. Obispo desea que sean dos Padres los destinados á evangelizar su diócesis y lo está pidiendo constantemente. Yo desearía que fuesen 10 los misioneros para esta diócesis tan necesitada y otros 10 para cada una de las otras diócesis; total 40 misioneros para Cuba y aun quedarían algunos rincones para otros varios Padres. Con este modo de misiones rurales por todos los barrios se consigue que todos se hagan inexcusables delante de Dios, porque si no acuden á oir la palabra divina y á recibir los sacramentos de confesión y comunión es porque no quieren. Aunque estoy muy lejos de sentirme satisfecho por el fruto que veo, no dejo de comprender que el Señor por estos medios salva á alguno de sus escogidos. Yendo una vez visitando las casas llegué á una algo distante, donde había una mujer muy anciana que me dijo: «Padre, yo no puedo asistir á la misión.— Y por qué, le añadí yo, cuando menos ¿no hace V. una buena confesión y aprovecha la presencia de un sacerdote?» No recuerdo lo que me contestó y se retiró un poco mientras yo instruía á algunos niños que encontré por allí. Al poco rato la anciana señora, que era instruída, me llama: «Padre, venga á confesarme». Y se confesó y quedó muy contenta y no menos el misionero, porque me pareció que, aquella mujer que ya no podía vivir mucho, quedó encaminada al cielo. Y estos ó parecidos casos son frecuentes. A otro español anciano, enfermo y abandonado de sus hijos le encontré echado en una cama y medio desesperado, el cual se confesó y quedó resignado en las manos de Dios que se valió de la visita del Padre misionero para consolar al triste y salvar aquella alma.

En otro lugar oí casualmente á un muchacho que decía que en tal casa se estaba muriendo un niño. Al oirlo, como si me lo hubiera dicho un angel, fuí de prisa, dejando todo lo demás. Me encontré con una criatura que estaba expirando y enterado de que no estaba bautizado válidamente, le bauticé y al momento expiró. ¿Y qué había sucedido? Que dos negras habían querido bautizar al niño, que también era negro: la una le echó el agua y la otra le dijo no sé qué oraciones. De manera que si yo no llego en aquel momento crítico, preparado por la divina providencia, el niño se muere sin bautizar y no se salva. En es-

tos barrios aislados, donde nadie se toma la molestia de instruir á los pobrecitos, se ignora por la mayor parte hasta el modo de bautizar en caso de necesidad.

A los tres meses y medio me retiré á mi residencia de Sagua y hechos los Ejercicios espirituales me volví de nuevo á Pinar del Río.

Llegué el 1.º de Septiembre á Mantua y aunque no estaban avisados no sé por culpa de quién, se empezó la misión. La gente de este pueblo se distingue por su religiosidad, que les viene de la mucha devoción que tienen á Nuestra Señora de las Nieves, titular de aquella parroquia. Y así me fué fácil reunirlos en la iglesia, pero noté que no tenían costumbre de confesarse, cosa muy común por los campos de Cuba, fuera de las poblaciones donde hay religiosos que se dedican al confesonario. Porque los párrocos, aparte de algunos pocos celosos, solo administran dos sacramentos: el del bautismo y el del matrimonio. Y aun los muy celosos difícilmente llegan á reunir ó formar un núcleo de personas que se confiesen, á no ser los que puedan llamar periódicamente á algún Padre, como sucede con varios párrocos que viven cerca de la Habana. En Mantua conseguí que se confesasen casi todas las mujeres y niños; pero hombres apenas, y esto me pasa en todos los pueblos de alguna importancia y de algún roce con las ciudades. En barrios retirados lo mismo se confiesan hombres que mujeres, y asisten más hombres porque les es más fácil, dada la distancia que tienen que andar.

De aquí pasé á Montezuelo un miércoles, y aunque anduve por toda la comarca llamándolos, poco auditorio pude reunir, en lo que influyó no poco el tiempo lluvioso. Pero el siguiente domingo, al abrir por la mañana temprano las puertas del local que hacía de iglesia, me pareció oir cierta música que me dió muy mala espina. Le pregunté al señor de la casa qué música era aquella y si había algún baile. «Sí, Padre, me contestó, y no se lo quise decir á V. por no darle un disgusto. —Me ocurre presentarme allí delante de esos bailarines y suplicarles que, siquiera estos días de misión, se dejen de semejantes diversiones. —No, Padre, no hay necesidad, me contestó. Todos ellos le vendrán luego á misa». Efectivamente así sucedió, y con la mayor naturalidad se colocaron en primera fila las bailarinas con el mismo traje con que habían estado divirtiéndose durante la noche. Yo no pude menos de mostrarme enojado delante de aquel cuadro y decirles cómo obraban así: «Vivís aquí sin iglesia, sin sacerdote, sin misa, sin culto religioso, sin un ministro del Señor que os instruya en el cumplimiento de nues-

tras obligaciones, y ahora en estos pocos días en los cuales os viene un pobre misionero á enseñaros el camino del cielo, á celebraros misa, en una palabra, á deciros que sois cristianos redimidos con la sangre de Cristo, á salvar vuestras almas ¿cómo estos mismos días os ha ocurrido armar bailes y pasar la noche ofendiendo á Dios? Eso es empeñarse en ir al infierno, etc.»; y terminé suplicándoles que en los pocos días que faltaban pensasen en su eterna salvación y asistiesen á todos los actos. Gracias á Dios, desde aquel momento, fué completa la asistencia: se confesaron más de 200 y comulgaron como 130.

El 15 de Septiembre pasé á Sitio y me metí en una casa donde había tienda de víveres, por que no había allí otra cosa mejor. Un jóven español, dependiente, estaba al frente de la bodega, y aunque de mala gana, que no supo disimular, me tuvo que recibir, porque así lo ordenaba el dueño principal. Disimulando todas esta cosas salí á convidar á los vecinos y preparé mi altarcito portátil. Se reunió por la noche y día siguiente más auditorio de lo que nos figurábamos. Así las cosas, cuando el 18 por la mañana empieza á soplarnos un viento aciclonado, con fuertes lluvias, que fué creciendo hasta el mediodía; hora en que mi jóven dependiente no tenía ganas de bromas y empezaba á hacer promesas á la Virgen misionera, que estaba en el altarcito del P. Misionero, de quien se hizo también amigo. Y no era para menos. La fuerza del viento era espantosa, las tejas del techo volaban por el aire y llovía dentro de la misma casa, la cual era de madera y, aunque nueva, nos hacía temer con su movimiento que se nos viniese encima. Mi ya amigo y humilde jóven, se movía y hacía cuanto podía con otro hombre para defender la casa y los géneros que se le mojaban. Le pregunté yo entonces, si quería que le ayudase en algo y me dijo que no, que yo podía continuar rezando. Y efectivamente, me pasé el tiempo del ciclón á los pies de la Virgen, suplicándola que mirase por aquel pueblo tan alejado de Dios. Después vino un hombre pidiendo auxilio y que le ayudase á sacar á su familia de una casa que amenazaba caerse y me fuí como pude con él. Pero al llegar al lugar del peligro, le disuadí á mi hombre de su empeño de trasladar á sus hijos, porque mayor era el riesgo que corríamos en el camino, que dentro de aquel bohío, que me parecía no caería tan pronto. Y así fué, á eso de las tres cedió el furor del viento y vino una calma completa é inesperada. Todo el mundo estaba entonces contento, después del susto, y dando gracias á Dios á su modo, porque habíamos salvado siquiera la vida, hasta que se le ocurrió á alguno decir que aquella tan

completa y repentina calma era mala señal, que pronto vendría otra sacudida como la anterior. Yo en aquel entreacto visité las casas que pude, animando á todos á acudir al Señor, cuyos castigos ó pruebas eran tan terribles tormentas. Y me oían con atención, y querían que yo quedase allí á ayudarlos á rezar; pero cuando de nuevo al anochecer empezó á soplar el ciclón, me despedí diciéndoles que podían venir á la casa donde estaba la Virgen, y que todos juntos allí rezaríamos. Así lo hicieron algunas familias. Al fin amaneció la mañana siguiente tan deseada y ví que acudían á la misa, al sermón y al rosario, con más devoción y se confesaron y comulgaron, y á tres mujeres que estaban enfermas y asustadas, les administré la comunión en sus casas ó bohíos que habían quedado en pie, porque fueron muchas las que cayeron ó quedaron en mal estado. No hubo en aquellas inmediaciones desgracias personales, aunque las hubo á dos leguas de distancia; pero sí pérdidas materiales de casas que se hundieron, perdiéndose el tabaco que contenían, y no pocos animales se ahogaron, porque, desbordado el río, se inundó la vega.

No lejos del sitio vi otra tienda muy capaz, y notando que era punto céntrico me detuve otros cinco días, pues el dueño lo deseaba. También aquí me pareció que la gente acudía con más recogimiento y se confesaba, como que les duraba aun la impresión de temor que les había causado el terrible meteoro, que no podían olvidar.

Marché luego á una finca llamada La Vigía y, con la ayuda de los dueños, conseguí regular concurso y más de 100 comuniones y de 160 confesiones.

A cuatro kilómetros de La Vigía se encuentra el pueblo de Los Arroyos, el más importante sin duda de aquella parroquia, porque es puerto de mar y tiene mucho comercio. Habían preparado, según costumbre, grandes fiestas para el día de Nuestra Señora del Rosario, fiestas que empezaban con la misa y terminaban con bailes y otras diabluras. Pero el ciclón les causó tantos estragos que se les quitaron las ganas de divertirse y convinieron en trasferir las fiestas para Diciembre. Cuando supe eso me presenté allí diciéndoles que me parecía bien que suprimiesen las fiestas profanas, pero no las religiosas; que estaría yo entre ellos hasta pasar la festividad del Rosario, en cuyo día, como en todos los demás, predicaría, celebraría y tendríamos la procesión como otros años. El salón que estaba preparado para los bailes fué el que me sirvió para dar la santa misión. ¡Cuántas veces he tenido que predicar, celebrar la santa misa y rezar el rosario en estas

casas del diablo destinadas á los bailes! Y he visto por experiencia que cuando se duda sobre el local donde se ha de reunir á los oyentes, lo mejor es preguntar dónde suelen tener los bailes. De seguro que será la casa que reuna mejores condiciones. No les importa aquí vivir sin iglesia, sin misa y sin culto, pero no pueden pasar sin diversiones. A pesar de todo no quedé muy satisfecho del resultado de mis trabajos en Los Arroyos. No pasaron de 100 las comuniones, y las confesiones fueron unas 160. Pequeño número para una localidad que solo en el casco tendría más de 600 habitantes, sin contar con las vegas próximas, en las cuales viven muchos campesinos. Parece que aun no estaban escarmentados con el pasado ciclón y por eso sin duda les envió pronto Dios otro más espantoso que el anterior, el cual me alcanzó también á mí en el barrio próximo de Santa Isabel, el día 10 de Octubre, fiesta de San Francisco de Borja. Después de un día de fuertes vientos y continuada lluvia se presentó el terrible ciclón al amanecer. Las varias familias que habían acudido á refugiarse se metieron en un bohío, que llaman de Valentierra, hecho expresamente para salvarse de la furia del huracán. Allí me metí también yo, con todos los demás, y empezé á rezar el santo rosario, al que todos contestaban con fervor inusitado, y cuando paraba de rezar temiendo se molestasen, ellos mismos me instaban á que continuase rezando. Así pasamos las horas largas de aquella noche espantosa de tantos estragos y desgracias personales, sobre todo en el mar, que no distaba mucho de Santa Isabel. Pero si he de confesar la verdad, á mí se me pasaron aquellas horas casi sin sentirlo, porque era mucho lo que gozaba al ver tanta devoción en gente tan poco devota. Y noté después en las excursiones siguientes, que el recuerdo de los ciclones les llegaba al alma, y se persuadían de cuán conveniente es prepararse para la hora de la muerte. Lo cual es dificilísimo de conseguir de estos cubanos que no han mamado los principios de la religión. Se consigue que se confiesen y comulgen, y aun que se casen los que viven mal, pero no se ve modo de hacerles comprender idea alguna de lo sobrenatural. Si después que han contraído matrimonio canónico, habiéndose antes confesado, les pregunto por qué lo han hecho así, poquísimos contestarán que por salvar su alma, por salir del pecado: estas verdades no parece que penetran en sus almas. Dirán, v. g., que se han casado delante del sacerdote, porque así lo hicieron sus padres, que quieren que sus hijos sean de legítimo matrimonio, etc.

Lo mismo sucede en la confesión. Por el campo rara es la mujer

que no diga que no tiene ningún pecado, y por más que se le pregunte por todos y cada uno de los mandamientos, á todas las preguntas contestarán, con la mayor naturalidad, que no han cometido ningún pecado, y casi se escandalizan si las preguntas versan sobre el sexto mandamiento, y esto aun cuando sean de las amigas de las diversiones no santas. Yo á la verdad no veo cómo proceder con semejantes personas que, por otra parte, parecen piadosas. Por aquí comprenderá V. R. qué espíritu y qué gracia especial de Dios necesitará el misionero para hacer que penetre la luz divina en semejantes corazones.

De Santa Isabel fuí á Santa María y de Santa María á La Ceja. Nada de particular me ocurre que contar de estos puntos, sino que á todos notaba más compungidos, impresionados como estaban con las pasadas tormentas, al mismo tiempo que se temían otras, porque el tiempo no acababa de normalizarse.

Visitando las casas encontré á una mujer paralítica que se confesó aprovechando la presencia del sacerdote. Me despedí diciéndole: «Haré lo posible por traerle la comunión alguno de estos días». Pero no fué necesario porque ella misma se me presentó á comulgar donde yo celebraba. ¡Yo no sé cómo pudo andar tanto y tan mal camino! ¡Donde quiera tiene Dios almas escogidas! En cambio me llamó la atención un venerable anciano que asistía con puntualidad á todos los actos y se distinguía en el modo de contestar al rosario. Lo hacía con tanta devoción que me la comunicaba también á mí y á los demás, de todos los cuales era muy conocido, como que algunas veces reunía á otras personas y guiaba el santo rosario. Pues bien, este hombre de quien me hablaron con tanta loa, como de persona muy religiosa, no se confesó. Y por más que se lo dije en particular, viendo que su ejemplo había de influir en otros, no pude conseguir de él más que promesas que no cumplió. Estos tales suelen contestar: «Yo me confieso con Dios y no he hecho daño á nadie: no tengo pecados».

Otra señora, muy anciana, vino con mucho trabajo á la misa y me dijo al retirarse: «Padre, me marcho, porque no me siento muy bien.—Señora, le contesté yo, puesto que ha hecho V. el sacrificio de venir con tanto trabajo y de tan lejos, no se retire V. sin hacer una buena confesión.—No lo hago, Padre, por no cometer un pecado.—¿Y qué pecado cometerá con confesarse?—Sí pecaría, porque mañana no podré venir á comulgar, y confesarse y no comulgar lo tengo por pecado.—Señora, V. haga lo que pueda y Dios no pide más. Confiésese ahora y si después no puede venir á comulgar, no es culpa de V., y no peca en ello».

Y así se confesó. Luego me dice: «Padre, mi nuera quisiera venir á confesar y á comulgar, pero tampoco viene, porque dice que ha hecho una promesa de no salir de casa en no sé cuánto tiempo.—Dígale V. á su nuera que venga á los sermones y á confesarse y á comulgar, que esa promesa no la obliga, y por el contrario peca si no se confiesa; y que yo puedo dispensarla, en la confesión, de esa y otras promesas». Y estos casos no son raros. Por lo mismo les digo con frecuencia en mis instrucciones, que tengo facultad para dispensar de todas las promesas que hayan hecho, con tal que se confiesen; que únicamente de la confesión y comunión no las puedo dispensar. Luego corre esta noticia y hay pueblos donde muchas mujeres, y aun hombres, se acercan al confesonario nada más que para pedir que se les dispense de las promesas que han hecho. Hay no pocas personas que hacen consistir toda su religión en estas promesas, de muchas clases y muy raras, que hacen principalmente en los momentos de apuro. Los dos ciclones fueron muy fecundos en esta clase de votos y promesas.

Terminada la parroquia de Mantua tenía que pasar á la de Baja ó Dimas, donde actualmente reside el Sr. Párroco. Pero, porque los ciclones habían desbaratado la iglesia, y no se podía dar en ella la misión, se dispuso que me detuviese en una finca hasta que se arreglase algún local de suficiente capacidad.

Esta finca tiene el nombre de Jundora y está al frente de ella un honrado montañés que me prestó su casa. Aquí di una pequeña misión como en familia. Hubo numerosas confesiones, comuniones, casamientos de amancebados, etc. Una cosa me llamó la atención, y era que bastantes niños quedaban en la misma casa después del catecismo y allí jugaban y comían como hijos de la misma familia. Preguntándole yo á la señora que cómo era eso, me contestó que siendo de la misma finca y conocidos se quedaban con los niños de casa y añadió: «Padre, donde comen 10, comen 20». El carácter cubano es muy desprendido y por lo mismo resulta á veces que la casa donde pára el misionero y celebra los ejercicios de la santa misión hace no pequeños gastos. Porque no tan solamente los niños y niñas sino aun las personas mayores, sobre todo después de la comunión, se quedan á tomar el desayuno. Por cuya razón no se puede prolongar largo tiempo la estancia en un mismo lugar.

Dimas, residencia actual del Párroco, es puerto de mar y el pueblo más importante de la feligresía. Lo que parecía una dificultad insupe-

rable para el fruto de la misión, resultó aquí favorable. Y era que había en aquel entonces dos escogidas de tabaco en las que se ocupaba mucha gente de todas clases, hombres, mujeres, niños y viejos, que se empleaban en escoger el tabaco bueno del peor. Este trabajo que dura todo el día era, según cierto Párroco, una dificultad que había de impedir la asistencia del público á los ejercicios de la misión. Pero viendo yo que podían sin interrumpir el trabajo manual oir mis instrucciones, me ocurrió preguntar al director ó dueño de la fábrica si había inconveniente en que hablase algunos ratos, y contestándome que ninguno, lo he venido haciendo. De manera que en Dimas como en otras varias partes, además de las instrucciones de la mañana y noche y catecismo de los niños, venía á predicar otras dos ó tres veces en las escogidas ó fábricas de tabaco. Resultaba, pues, sumando todos los auditorios pequeños, un auditorio regular. Y así se va haciendo lo que se puede, predicando *opportune et importune, a dextris et a sinistris*. Si me pregunta V. R. qué plan llevo en estas salidas, le tengo que contestar que ninguno, sino el de salvar almas, aprovechando todas las ocasiones y contentándome con lo que puedo. Y esto me parece en Cuba muy necesario, porque los planes del misionero fácilmente se frustran entre gentes tan frívolas que dejan el sermón, el rosario y la misión por un baile, por un poquito de lluvia; porque así como cuando se trata de diversiones no hay dificultad ninguna, cuando se trata de una función religiosa cualquier obstáculo basta para impedirlo. No obstante en Dimas, á la misa que se celebraba á las cinco de la mañana, acudían las mujeres de las fábricas y en ella comulgaban, lo que no admiró poco al Sr. Párroco. Al parecer se hizo algún fruto, y suplicaron las jóvenes al Sr. Cura que volviese el misionero de allí á un mes para la fiesta de la Inmaculada, que ellas querían celebrar religiosamente. Y efectivamente volví, pero me encontré con que había tres casas dispuestas para tres bailes, lo cual fué causa de que las funciones religiosas no fuesen tan concurridas como yo esperaba.

Cuando se acercaban las Pascuas de Navidad pensaba retirarme á la Habana ó á Sagua para pasar aquellos días entre mis hermanos, pues llevaba cerca de cuatro meses fuera de casa, pero me suplicó el Sr. Cura que terminase con aquella parte de su parroquia, y así me resolví á dar la misión en la última finca que me restaba. El día 25 de Diciembre fué la despedida y en la misa del gallo que celebré en una gran casa de tabaco comulgaron 70, 28 de los cuales acabaron de casarse momentos antes.

En la feligresía de Dimas se hicieron ciento y pico de matrimonios, muchos menos en Mantua, parte por no haber allí tanta corrupción de costumbres.

El día 12 de Enero llegué á Viñales y quiso el Sr. Cura que empezase por la Esperanza, puerto de mar y pueblo, como decía él, el más malo y más importante de su parroquia. Mucho temíamos que los habitantes de La Esperanza tan indiferentes en religión no acudiesen á los Ejercicios. Quiso la divina bondad excitarlos un poco y concurrieron, pero aunque oyeron con mucha atención las verdades eternas, solo se confesaron las mujeres casi todas y los niños, hombres muy pocos, como sucede por desgracia en las poblaciones de alguna importancia. Triste síntoma del estado religioso de este país que hace temer á algunos que el Señor envíe á esta isla algún tremendo castigo que la haga despertar de su letargo. Me hablaron aquí de una jóven tísica y desahuciada, á quien había visitado el Pastor protestante que tiene allí capilla y quise irla á ver. El Sr. Párroco veía alguna dificultad, pero me acompañó y fuimos á su casa. La enferma no parece que hizo caso del protestante, pero se confesó conmigo luego que se la habló de confesión. Quiso también comulgar cuando la explique este sacramento y me suplicó que la llevase la comunion. Yo de propósito tardé en ello algún día y me volvió á avisar que deseaba recibir al Señor. Finalmente comulgó, delante de mucha gente que acompañaba al Santísimo Sacramento, cosa nunca vista en aquel pueblo. Pues bien, empezó á mejorar desde aquel momento tan visiblemente que, á los pocos días, la enferma desahuciada estaba completamente sana. Y ella con toda su familia avisaron al Párroco, que yo ya estaba ausente, para que les fuese á celebrar en acción de gracias una misa en la cual comulgó toda la familia.

De la Esperanza pasé á una finca llamada del Rosario, cuyos habitantes, en su mayor parte isleños, ó sea de las Islas Canarias, correspondieron con grande entusiasmo, viniendo desde puntos muy lejanos á la gracia de la misión. Aquellos cuatro días que pasé entre gente tan buena me pareció estar en las misiones de España. Lo mismo me pasó en San Cayetano, pueblo en su mayor parte de negros, pero lo que es el alma la tienen mucho más blanca que algunos que aquí se tienen por blancos.

En cambio es digno de saberse lo que me ocurrió en El Abra. Pocos momentos después de haber llegado yo, y cuando iba recorriendo la vega para reunir oyentes, llegó el dueño de la finca, que no vive allí.

Apenas nos saludamos me dió algo que sospechar su vista. Oí decir que era enemigo acérrimo de la confesión. ¿Y cómo no había de serlo? Es un viejo viudo que se ha enriquecido, él sabe cómo, y vive con una mujer que no es suya ¡Por eso hay aquí tantos enemigos de la confesión! No obstante, algunos se confesaron y comulgaron, y no se atrevió á estorbarlo. Varios lo hicieron ocultamente, porque empezó á amenazarlos con despedirlos de la finca. Al tercer día ya no pudo contenerse mi hombre. Se encara conmigo y me dice que me salga de su finca; que ninguno de los suyos se había de confesar; que yo andaba engañando á las gentes y queriendo saber los secretos de las familias. Yo entonces protesté enérgicamente delante de aquel déspota y del pequeño auditorio; dije que era falso lo que se me imputaba; que yo no había ido allí á engañar á la gente, sino á salvar sus almas, y por lo mismo nada les pedía, ni dinero ni otra cosa alguna. Y me salí de aquella posesión muy contento, acordándome de aquellas palabras: «*Ibant gaudentes a conspectu concilii quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati*».

Recorrí barrio por barrio toda la extensa parroquia de Viñales, y á la verdad, de la mayor parte de las misiones quedé satisfecho por la concurrencia de la gente y por las nuevas confesiones y comuniones. Duró toda la misión de este curato dos meses y medio, esto es, del 12 de Enero hasta fines de Marzo de 1910. El Párroco, que es muy bueno y celoso como pocos, me ayudó mucho. La última estancia fué en Viñales donde reside el Sr. Cura. El Pastor protestante que está establecido allí con su capilla, cuando leyó el prospecto de la misión y funciones de Semana Santa dicen que dijo: «Yo haré que todo esto fracase»; pero nada pudo conseguir. Fué mucha la gente que acudió y muchas las confesiones y comuniones, con que lejos de ser un frascaso, fué cosa inesperada para lo que se estila en Cuba. Lo más notable, y como decían allí lo más simpático de todo, fué una procesión de niños y niñas la tarde del día de la Resurreción del Señor. No quedó un alma en las casas de Viñales que no saliese á la procesión, y á pesar del muchísimo polvo que levantaban y del sol que calentaba; ¡cosa notable! á ninguna *mamá* le ocurrió decir que se le iba á enfermar su niña. El infeliz Pastor protestante no tuvo más remedio que meterse dentro de su casa y desesperarse. Los matrimonios hechos en la parroquia de Viñales fueron 106, las comuniones 3.040 y las confesiones 4.125.

Lo que sí quiero añadir es que cada vez va siendo más insostenible la situación de los pueblos que ahora voy recorriendo. Es mucha la

pobreza de esta provincia de Pinar del Río; con frecuencia me dicen: «Padre, no vienen más mujeres y niñas porque en muchas familias no tienen con qué vestirse ni qué comer». ¡En cuántas casas he encontrado niños y niñas que no iban al catecismo y no iban porque (me decía su madre), no tienen vestido correspondiente! Yo no sé á la verdad en qué va á parar tanta miseria. Tiene todas las trazas de ser un castigo de Dios que los quiere convertir; y eso les digo yo en mis exhortaciones, pero no se ve que se aprovechen de estos avisos del cielo. Sin duda les falta el fundamento de la fe. Yo desearía que se hiciese oración especial por este desgraciado país. Por mi parte procuro que los niños que asisten á la doctrina oren á su modo y aplaquen la ira divina. Con este fin procuro también que comulguen todos los niños que de algún modo son capaces, á los cuales trabajo en preparar para tan grandes actos. ¿Y qué remedio me queda al ver y contemplar con horror y espanto que estos hombres huyen de Jesucristo, sino acercar y llevar á Jesucristo á estos sus hijos y pequeñuelos, á quienes tanto ama el Divino Corazón? Sobremanera me ha consolado estos días la lectura de las Normas que acaba de dar, por medio de la Sagrada Congregación de Sacramentos, el Santo Padre acerca de la comunión de los niños. Desea el Papa que los niños inocentes gusten del Pan del Cielo antes que sus almas sean manchadas con el pecado. Y esto es tanto más necesario en Cuba, cuanto más pronto pierden la inocencia estas criaturas expuestas á tantos peligros.

Todos convienen en decir que ya no se ve una vocación al sacerdocio, lo cual proviene sin duda del desprecio que se hace de los ministros del Señor, á quienes si se les respeta es más bien por educación ó civismo, de que se precian mucho los cubanos, pero no porque vean algo divino en ellos. Es muy común hacer chacota de la confesión. Y lo más desconsolador es que aquí no se conocen los remordimientos de la conciencia. Mueren, aun las personas que se tienen por piadosas, sin confesarse ni les ocurre siquiera el llamar al sacerdote en aquellos momentos. Vaya una prueba por muchas. Supe en cierto pueblo que un señor estaba muy grave. Y me presenté allá sin que nadie me hubiese llamado. Le encontré agonizando y sin ningún conocimiento, hecho un tronco. Le administré la Santa Unción que otra cosa no se podía hacer allí. Salía yo triste de aquella casa, donde había no pocas señoras, y no pude menos de decirles que por qué no me habían llamado antes para haberle confesado: la contestación que se me dió fué esta: «Dichoso de él que ha muerto rodeado de toda su familia».

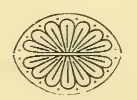
Eso no quiere decir que donde hay Comunidades religiosas que trabajen, no se noten señales de sólida piedad, pero es como una excepción. No hay, pues, más remedio que llevar estos niños á la Santísima Virgen para que los bendiga y al Corazón de Jesús, por medio de la santa Comunión, para que los abrase en su amor. Y á propósito de la comunión de los niños, no quiero dejar de contar aquí un caso que nada tiene de particular, pero que á mí me consoló y alentó sobremanera. Estaba celebrando la última misa en un barrio y se acercaron á comulgar tantas personas cuantas eran las formas que tenía consagradas. Y hacia el fin se viene á tomar la comunión un niño de 6 ó 7 años. Cuando le vi sentí una lucha en mi interior sobre si partiría una forma para dársela á aquel angelito. Pero me resolví á dejarle sin comulgar, porque me parecía el niño algún tanto pequeño. Pues bien, sin darme cuenta de ello me encontré con la última forma dividida en dos partes, tan exactamente iguales, que no dudé por aquel momento que era voluntad de Jesucristo entrar en el alma de aquella inocente criatura; y así le di la comunión con grande consuelo mío.

Y aquí termino, Padre mío, no sin suplicarle nos ayude con sus santas oraciones y consejos á los que batallamos aquí, y procure que otros muchos hagan oraciones al Señor por la conversión de esta desgraciada isla.

Finalmente suplico á V. R. nos envíe muchos operarios santos que, con su oración y trabajos apostólicos, arrastren hacía el Corazón amantísimo de Jesús tantos corazones alejados de Él.

Siervo en Cristo Jesús,

SATURNINO IBARGUREN, S. J.



MISIÓN ECUATORIANA Y PERUANA

QUITO

LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS EN LA CAPITAL

Carta del P. José Ricardo Vázquez al H. Próspero Werner.

Quito, 11 de Septiembre de 1909.

Mi carísimo H. Werner: Allá van algunas noticias, en pago á los datos tan edificantes que con su muy grata del 7 de Agosto recibí.

La casa de Pifo providencialmente va tirando, tirando: ¿quién sabe los planes de Dios?... Porque, á pesar de la mucha escasez de vocaciones que deploramos aquí, como en otros sitios, no faltan novicios escolares y coadjutores, y ahora en particular se nota por muchas partes cierto movimiento de vocaciones que me hace concebir mejores esperanzas para en adelante: *Rogate ergo Dominum messis*... Si no, los que han de venir de Europa que se preparen á trabajar cada uno por veinte; porque nosotros nos vamos á prisa muriendo.

Los PP. Reyes y Jouanen están dando los Ejercicios al clero y religiosas de Ibarra; los PP. Córdova y Magañas fueron llamados con el mismo objeto por el Sr. Obispo de Cuenca; el P. Proaño fué á darlos al clero de Riobamba; aquí en Quito el Ilmo. Sr. Arzobispo ha dispuesto que todas las comunidades de religiosas hagan los Ejercicios bajo la dirección de los nuestros. ¿No le parece, carísimo, que «*messis quidem multa?*» Durante el año han pedido de muchas partes algunos de los

nuestros para misiones, y no se ha podido satisfacer á todos los que las solicitaban, porque apenas bastamos para las ocupaciones de este Colegio y de nuestra iglesia, siempre recargada de ministerios.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús y á la Dolorosa del Colegio va extendiéndose más y más, con mucho fruto de los fieles: supongo que en Granada conocen la narración escrita sobre el último aniversario de la Dolorosa. Dígase lo que se quiera, la verdad es que el Sagrado Corazón de Jesús no ha abandonado aún á esta su República; y la consideración atenta de los acontecimientos públicos de estos últimos años nos mueven aquí, no solo á dar gracias á Dios, por haber frustrado los planes extremados de los enemigos de la Religión, sino á esperar que no quedará confundida la confianza de los buenos, puesta en los Sagrados Corazones de Jesús y de María, á quienes pública y solemnísimamente se consagró hace más de 30 años, y sigue, á pesar y á despecho de los impíos, consagrada é íntimamente adicta en toda su mejor y mayor parte la nación ecuatoriana. Es de ver la devoción y gusto con que, en el día del Corazón de Jesús, adornan los fieles la imagen del Señor colocada en las puertas y balcones, y el entusiasmo con que acuden á los ejercicios de preparación y á la comunión general y procesión del gran día.

Quisiera tener tiempo para describirle pormenores muy interesantes; pero mucho más edificantes que las manifestaciones del culto público, son los obsequios, las mortificaciones con que, hasta los más pobrecitos y los niños, se esmeran en honrar al Corazón de Jesús. En una de las escuelas de párvulos de esta capital, no se pasó día del mes de Junio sin que esas criaturas de 8, 7, 6 y 5 años llevasen la cuenta de sus actos de obediencia á sus maestros, de su aplicación á las lecciones, de sus privaciones voluntarias, etc. Ellos mismos escribían sus papeletas de obsequios: ¡qué escrituras esas! con su estilo, con su ortografía... Cada semana leía yo algunos de esos modelos desde el púlpito para edificación y estímulo de todos. Muchos madrugaron todo el mes para el ejercicio matutino; otros se estaban de rodillas en la iglesia, desde que entraban hasta el fin del ejercicio; otros, entregaban para alumbrar al Corazón de Jesús lo que sus padres les daban para caramelos. Otros escribían: «Me he privado de la fruta, y de tomar agua, teniendo sed, por el Corazón de Jesús». «Antes era ocioso y respondón; ya soy obediente, y no salgo á la calle á jugar». «He ayunado tantos días, por la conversión de los pecadores, ó por la conversión de mi papá». Entre otros muchos ejemplos, quiero citar el de una sim-

ple criada que, con celo verdaderamente apostólico, se dió modo para conseguir que hiciesen la primera comunión y se consagrasen al Corazón de Jesús, costeándoles lo necesario, una veintena de niños pobres. Sólo Dios sabe estimar en lo que valen semejantes actos de virtud: así cumple por su infinita bondad aquella nuestra común demanda: «*Adveniat regnum tuum*».

No se pasa aquí ningún primer viernes, ó primer domingo, sin alguna nueva conquista para el Corazón de Jesús. En los primeros viernes hay dos ejercicios principales: el 1.º para la gente que madruga, empieza á las cinco de la mañana; el 2.º para la que no madruga, á las siete. La comunión general reparadora es muy numerosa.

Los primeros domingos hace el Apostolado de la Oración su retiro mensual, con comunión general y bendición solemne con el Santísimo, tarde y mañana, así como en los primeros viernes por la mañana.

Cada mes por medio de los celadores y celadoras, reparto á toda la asociación hojitas piadosas ó instructivas, las más hechas venir de Bilbao ó Barcelona por millares. Hasta hoy día, todo lo que he emprendido directamente, en nombre del Corazón de Jesús, ha tenido feliz éxito, según las promesas del Señor.

Por lo que ha leído, no sé si le vendrá á V. el pensamiento de que todo lo del Ecuador me parece muy bueno; no, carísimo, ni mucho menos: que harto hay que deplorar; por que, fuera de los males y pecados comunes en todas partes, hay muchos malos, que en estos últimos tiempos han causado gravísimos daños á la Religión y la perdición de muchísimas almas. Mas, como me proponía pagar á V. sus edificantes noticias, yo le doy otras de lo mucho y muy edificante que veo continuamente.

Aquí entre nuestros alumnos se ha notado en el último curso gran mejoría de costumbres y aumento de piedad con la novena de primeros viernes que hicieron voluntariamente los más.

El Divino Corazón que tanto bendice nuestros trabajos en bien de los demás, nos cumpla las promesas relativas á nuestra propia santificación y predestinación.

Siervo en Cristo Jesús,

José Ricardo Vázquez, S. J.



BOLIVIA

LAS CONGREGACIONES PIADOSAS EN NUESTRA IGLESIA

Carta del P. Francisco La Cruz á su hermano José María.

La Paz 7 de Marzo de 1910.

Amadísimo H. José María: Me libraron de la Prefectura y hemos comenzado con nueva actividad los trabajos de las Congregaciones. La de Caballeros se ha estancado: ni aumenta ni disminuye; la de Obreros ha empezado á crecer y tiene más vida. Esta diferencia depende, no sólo de la mayor facilidad con que se maneja á los humildes, sino también de que los señores que tengo en la primera Congregación son empleados públicos y banqueros que están metidos en sus negocios hasta los ojos. Como su espíritu apostólico de propaganda y vida de asociación es aún muy tierno por lo reciente, de aquí que sea difícil moverlos. Con todo, algo hacen. Tenemos los segundos domingos de mes misa de Congregación con exposición del Santísimo, y en ella comulgan 12 ó 15, que equivalen en mérito y significación á 100 en otras partes; por aquí verás cómo anda la comunión frecuente en La Paz, entre los hombres. A mitad de mes, en jueves, hay reunión general y conferencia que yo les doy; en los primeros jueves de mes tenemos en la iglesia la Hora Santa; los primeros martes de mes se dedican á la reunión

de la sección 2.ª, de Propaganda; y los martes últimos de mes son para la sección 3.ª, de Obras Sociales.

Esta última se acaba de inagurar solemnemente. El acto tuvo carácter medio privado, por las circunstancias, y con todo se reunieron unos 300 hombres. Los dos oradores lo hicieron muy bien, porque valen en efecto; pero son neófitos aún en estas manifestaciones públicas y aún conservan resabios del liberalismo en que han vivido antes. Hay que tener paciencia. Estos hombres tienen una ignorancia crasa de los derechos de la Iglesia y su doctrina: por eso, cuando se logra atraerlos van poco á poco haciéndose buenos católicos.

En cuanto á la Congregación de Obreros de San José hay siempre más facilidad para el bien: sin embargo, la inconstancia lo echa á perder todo cuando menos se piensa. Están los obreros terminando los Siete Domingos de San José, y es la práctica más solemne y que más les gusta. Se tiene la misa en el altar del Santo; durante ella cantan el «Firme la voz», «Corazón Santo,» etc., les digo dos palabras y al fin se rezan las preces prescritas. Tengo zapateros, sastres, sombrereros, guarnicioneros, tenderos, carpinteros, herreros y empleados. No vayas á creer que son unos pelagatos; son unos muy respetables y leídos maestros que tienen más dinero que muchos médicos y abogados, y entre sus compañeros gozan de mucha influencia. Debemos dar muchas gracias á Dios por lo que en estos tres años se ha conseguido: y es, acostumbrarles á la vida de asociación y de propaganda. Por lo demás, el pueblo bajo, los obreros, que es la clase social más numerosa y poderosa, se conserva aún buena y con mucha piedad y fe viva.

Actualmente se ha visto de un modo práctico, en el movimiento que han hecho de resistencia á un apóstata chileno. Se empeñó el pequeño grupo radical de esta ciudad en dar importancia á un desgraciado sacerdote, religioso de la Orden de la Merced, que vino de Chile hace un mes. Dió una conferencia sobre el positivismo, la religión de la Humanidad, etc., etc. Quisieron los radicales, casi todos universitarios, que hablase en el teatro, y como no lo consiguieron, tuvo el hombre que perorar al aire libre, escogiendo la plazuela del mismo teatro. Yo lo estuve viendo todo, porque el Colegio hace esquina á la plazuela. Tuvo unos 1.500 oyentes, curiosos en su mayor parte; le aplaudieron poco, y eso convenido; un par de mueras á los jesuítas, y se acabó todo.

En sí la cosa no tenía importancia mayor; pero los radicales que

rían aprovechar la ocasión proyectando cosas peores y la ciudad comenzó á inquietarse. El despertar católico, sobre todo en el pueblo, ha sido patente. El Vicario Capitular (Sede vacante), publicó la excomunión mayor de la *Apostolicae Sedis*, declarando incurso en ella nominalmente al dicho apóstata. Al mismo tiempo las señoras principales y sus Congregaciones visitaron al Presidente, presentándole una petición para que le echaran fuera de la República. Detrás subieron las *cholas*, que son más valientes que los hombres. *Cholas* son las mujeres del pueblo, vendedoras de mercado y mujeres de obreros. Pero los que más han hecho han sido los obreros, y en especial los de San José. Estos 70 hombres son pocos, pero valientes.

Los mandé al Ayuntamiento á las tres sesiones en que se había de tratar de la concesión del teatro para el apóstata. En la primera se negó la concesión, y fué un triunfo de los tres concejales católicos, pertenecientes á los Caballeros del Sagrado Corazón. En la segunda noche acudieron de los radicales algunos, y los nuestros llevaron más de 300 obreros católicos; no hubo sesión, pero se alcanzó un triunfo, porque los obreros gritaron y amenazaron, y en la calle hicieron *correr á los universitarios*. En la tercera noche los radicales renovaron la petición del teatro, y como habían logrado ganar á muchos concejales, se otorgó la concesión, después de una valiente oposición de nuestros tres concejales. Entonces se armó una batalla formidable en la barra, de dicterios, bravos, mueras y hubiera habido desgracias serias, si la policía armada no acude. La fuerza pública se puso en medio de la calle, llevando por una acera á los radicales y por otra á los obreros, hasta llegar á la Plaza Mayor, donde con mucho trabajo disolvieron la manifestación. Aunque los obreros no consiguieron lo que querían, que era linchar á los radicales, pero el triunfo se ha obtenido. Han infundido miedo, y los corifeos del apóstata han tocado á retirada.

El Pope, que así le llaman, se puso malo de repente; los concejales volvieron pie atrás y con un nuevo pretexto le revocaron la concesión; no ha vuelto á tener más conferencias; se publicaron sus borracheras y vida escandalosa, y por fin el Gobierno, que es muy liberal, pero que no se atreve á chocar con la mayoría católica, ha dado sus órdenes y nadie se ocupa ya del *Pope*. Hasta le creíamos ya fuera de la ciudad, cuando hoy mismo se le ha vuelto á ver en la calle y en el Ministerio de Gracia y Justicia donde todos, desde el Ministro hasta el último, son furiosos sectarios y amigos del *Pope*.

He dejado correr la pluma, para que te diviertas con las cosas que

pasan en América. Ya ves que esta vida de lucha en que he metido á mis hombres para foguearlos, no deja mucho tiempo.

Este sábado doy comienzo á los Ejercicios para los hombres en nuestra iglesia; quiera el Señor ayudarme. La presencia de ese desgraciado y el furor reprimido de la prensa liberal y de los radicales puede estallar otra vez y darnos algún disgusto. Tal vez sea ocasión de mayor fruto. Pasada la Semana Santa te volveré á escribir, contándote el fin de este ridículo drama.

Encomiéndame á Dios mucho, y recibe un estrecho abrazo de tu hermano que tantísimo te quiere,

FRANCISCO LA CRUZ, S. J.

MISIÓN EN CHULUMANI

Carta del P. Alberto Risco al H. Próspero Werner.

La Paz, 12 de Abril de 1910.

Apreciable en Cristo H. Werner: Recibí su cariñosa carta, no tan llena de noticias como yo hubiera deseado, pues de esa tan santa casa de Granada yo desearía saber hasta el número de clavos que tienen las puertas. Allá va esta con noticias no tan interesantes, pero al cabo, noticias.

Daré comienzo por las dos misioncitas que dieron cuatro Padres en las ciudades de Chulumani y Coroico, capitales de Nord y Sud Jungas, respectivamente.

El día de San Francisco Javier, á las seis de la mañana, estaban cuatro mulas en el patio principal y á poco rato, cuatro jesuítas montados en ellas. Además nos acompañaban un joven que acababa el

grado de Bachiller y el sacristán de una de las ciudades á donde íbamos.

A las once estábamos en el alto de la Pacheta que está á unos 4.600 metros. Por una casualidad no nos cogió la nevada que suele caer todos los días, y de allí comenzamos á bajar tan rápidos que á los 20 minutos estábamos en la Rinconada, al pie de un torrente que está á unos 700 metros más bajo que la Pacheta. A las cinco de la tarde llegamos á la posada de Unduavi, donde hicimos noche para separarnos al día siguiente las dos binas. Aquí la posadera y sus dos hijas hicieron extremos por obsequiar á los cuatro *tatas* (Padres), hasta el punto de que, según nos enteramos, fueron á una legua de allí para buscar huevos; luego nos pusieron cama, que á ellas les costó dormir en el suelo. Sin embargo el P. Gallo y yo no dormimos muy blandos. Esto les dará idea: 1.º de lo que son aquí las posadas; 2.º de lo mucho que la gente nos quiere; por supuesto que luego no quisieron cobrar nada.

A las cinco del día siguiente ya estaban las mulas con sus cargas encima. Nos separamos las dos binas, y el P. Luque y yo nos internamos en un valle por cuyo fondo corría un río caudaloso. Por la tarde, al bajar de un altísimo monte, con peligro de bajarlo por las orejas de la mula, dimos vista á la entrada de los Jungas. Se llaman Jungas á los terrenos de vegetación tropical. Aquella entrada era una entrada verdaderamente regia. La formaban tres montes, por una de cuyas cañadas teníamos que entrar. Los montes altísimos estaban cubiertos de helechos gigantes de hasta cinco ó seis metros, árboles enredados los unos con los otros, de tal suerte que no se veía nada de tierra, y á veces cascadas de más de 200 metros de altura y en el fondo un torrente vertiginoso.

Por la tarde llegamos á un pueblo llamado Janacachi donde, por hospedarnos mejor, nos pusieron en un cuartito que estaba deshabitado. Apenas comenzamos á arreglar las camas, cuando el P. Luque me dice: «Padre, he visto una *vinchuca*». Esta es una especie de cucaracha que se alimenta de sangre y cuya herida, después de escocer de lo lindo, deja huellas imperecederas. Yo le consolé diciendo: «Pues ya he visto yo un ejército de chinches capaces de atacar á toda la Compañía de Jesús». En efecto, yo me llevé la noche matando chinches, y el P. Luque que pudo dormir un rato, despertóse con un escozor infernal. Era la vinchuca que le había picado en tres sitios.

Salimos de Janacachi á las nueve de la mañana, yo con un flemón

en la cara como un melón de cuelga. Llegamos á las seis de la tarde á Chulumani, capital de Nord Jungas, donde íbamos á dar la misión. Allí no nos recibió nadie, porque nos esperaban por otro camino. Al día siguiente comenzó la misión, á que asistía mucha gente. El P. Luque llevaba autorización para confirmar, y había que ver toda la gente que de los pueblos vecinos acudía á confirmarse. Los regalos de aquella pobre gente nos llovían en casa del cura, donde estábamos hospedados, tanto que cada día se llenaban las dos camas de frutas, botellas de vino y aun de Champagne. Llegó después el momento de contar el número de comuniones, y sólo llegaron á 800. ¿Le parecerá á V. un desencanto? Pues no lo es, visto que aunque sea capital de Jungas es un pueblucho de unas 2.000 almas, que muchos estaban en la recolección de la coca, y sobre todo la maldita superstición de esta gente de no comulgar sino en Semana Santa.

Arreglamos 62 matrimonios, y se confirmaron 1.500 personas. Dejamos establecida la Congregación de Hijas de María con unas 80 congregadas; hicieron la primera comunión unos 80, entre niños y niñas, y todos quedaron animados para comulgar *por Semana Santa*.

La despedida fué muy tierna, acompañándonos la gente hasta más de una legua. Por cierto, que mi mula se encabritó y por poco nos despeñamos barranco abajo.

Después deshicimos lo andado, yendo por otro camino hasta dar en Muduavi, donde nos separamos á la ida. El viaje fué por montes, uno de los cuales tiene 14 setas ó escaleras para subir á la cima, y se tarda hora y media en subirlo. Al volver á casa habíamos andado 74 leguas en mula. Ahí tiene lo que son las misiones en esta tierra. El fruto en general lo recoge el párroco después, como él nos escribía. El cansancio lo recogemos nosotros y el premio también. Ya le contaré más cosas en otra, porque veo que en esta me he detenido demasiado en menudencias poéticas.

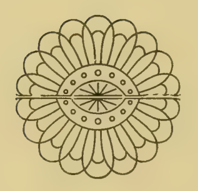
La labor del Colegio es asidua, dentro y fuera de él. Aquí por fas ó nefas predicamos casi todos los sermones de la ciudad, confesamos casi todos los enfermos, sobre todo de noche, visitamos los hospitales, etc.

La otra noche llamaron á confesar á un enfermo por la noche y me tocó á mí la apetecida suerte. Por el camino me fué diciendo mi acompañante: «*Tata*, el enfermo está muy grave y está amancebado y con tres hijos; pero no quiere casarse: allá V. verá lo que hace». Al llegar lo encontré muy grave, pero dispuesto á casarse, dando la casualidad

de que estaba allí un hermano suyo que era notario. Llamé por testigos á dos de los presentes y después de confesar á los dos futuros consortes, valiéndome del decreto del Papa, los fuí á casar. Hice que se dieran la mano y al pronunciar la fórmula del matrimonio, noté que el enfermo inclinaba la cabeza. Acaba de expirar. Pudo legitimarse la prole. De estos casos nos ocurren á cada momento.

Hasta otra carísimo; en las oraciones de todos se encomienda su hermano en Cristo,

Alberto Risco, S. J.



MISIÓN CHILENO-ARGENTINA

SANTIAGO DE CHILE

MINISTERIOS APOSTÓLICOS DE LOS PP. DEL COLEGIO

Carta del P. Pedro Torras al P. Juan Capell.

Santiago 30 Diciembre de 1909.

Muy amado en Cristo, Padre: Como que sé el grande gusto que tiene V. R. en recibir noticias edificantes de los nuestros y conocer los apostólicos trabajos que, para dilatar la gloria de Jesucristo, se ejercitan por los operarios de la Compañía, voy á escribir á V. R. una sencilla relación de los practicados por los Padres del Colegio de San Ignacio de Santiago de Chile, durante el presente año.

Ante todo hay que advertir que son pocos los operarios y mucha la mies. Los Padres que se dedican á los ministerios en Santiago no son más de 6 y algunos de ellos ancianos ó achacosos. Gracias á la buena voluntad de los Profesores que cargan con lo más molesto de los sermones del año, cuales son los panegíricos, con pláticas á religiosas y con el peso de las misiones durante las vacaciones; se puede dar abasto á los trabajos que se nos confían, aunque á las veces el Padre Rector ha de envolverse en la negativa por falta de sujetos. Ya puede comprender con esto V. R. que aunque viniesen aquí algunos operarios más, estarían muy bien ocupados.

Pongo á V. R. un resumen de los trabajos del año:

Tandas de Ejercicios	56
Misiones	27
Pláticas y sermones	335
Misiones por el Centro Apostólico	50

Hablemos primero de las misiones. Son estas, casi en su totalidad, rurales, brillando en ellas el espíritu religioso de los dueños de los fundos, donde se dan, y la piedad de sus inquilinos. Corren los amos con todos los gastos de la misión, que es muy concurrida desde el primer día, porque asiste toda la gente ávida de oir la palabra de Dios y de cumplir con el precepto pascual, pues para estas haciendas del campo el tiempo de cumplir dura todo el año. En algunas partes hay capilla, capaz de contener á toda la gente; pero en muchas otras hay solamente un altar en el extremo de un grande corredor, que sirve de iglesia, y en donde oyen los sermones y pláticas con el recogimiento y fervor que si estuviesen en un templo.

Es tanto el entusiasmo de dueños y trabajadores por oir la divina palabra, que en muchas misiones van todos á misa cada día, haciendo los misioneros plática en las dos misas; para lo cual los patronos permiten que los hombres vayan á trabajar mucho más tarde de lo ordinario, aunque sean las nueve de la mañana.

Generalmente se confiesa toda la gente y aun algunos comulgan varias veces durante la misión. Terminada la distribución de la noche, se retiran las mujeres, y los hombres se quedan á tomar disciplina, que se dan sin compasión durante el canto de algunas estrofas del *Miserere* y sin la cual creerían no sacar fruto de la misión. Durante ella el Sr. Párroco del curato acostumbra á visitar la hacienda para conferir óleos y el sacramento del matrimonio á los que lo necesitan y desean. El Excmo. Sr. Internuncio de Su Santidad nos ha concedido la facultad de confirmar en todas las misiones, y de exponer el Santísimo los días de la misión que queramos. La misión suele terminar con una solemne procesión con su Divina Majestad; ó bien se va á colocar la Cruz donde un Padre acaba de entusiasmar al pueblo, mientras el otro, de vuelta á la capilla, hace la plática de perseverancia, indulgencia los objetos piadosos y da la bendición papal. Donde el Párroco no acude, corremos también nosotros con el trabajo de los bautizos y matrimonios. En algunas misiones se tiene á los niños reunidos todo el día para el catecismo, y los dueños les dan almuerzo, merienda, y aun á veces comida, antes de marcharse por la tarde. Da muy buen resultado el convidar á la gente para una misa de difuntos, el día siguiente de la misión: es el golpe de gracia y casi siempre caen los últimos peces.

Otro de los trabajos más importantes en que se ocupan los operarios de Santiago, es el dar continuamente tandas de Ejercicios, de 50

á 60 tandas cada año, á ricos y pobres, hombres y mujeres, clero, religiosas y aun religiosos. Hay en esta ciudad de Santiago dos grandes casas de Ejercicios, una para gente rica y otra para la clase pobre. Esta última es capaz de contener hasta 1.200 personas, número á que asciende la tanda de Septiembre, en que se celebran las fiestas patrias, encerrándose entonces los hombres expresamente, porque conocen por experiencia que, de lo contrario, pasarían la semana en una continua borrachera: las demás tandas son de 500, 600, 800 hombres: las de las mujeres no son tan numerosas. Esta casa de Ejercicios, llamada de San José, tiene capitales sobrados, de los que saca cuantiosas rentas para dar los Ejercicios completamente *gratis* durante todo el año. En la tanda de Septiembre de las fiestas patrias, se hace pagar algo, no mucho, con el fin de que no entre tanta chusma. Hace pocos años que una señora dejó en el testamento 50.000 pesos para la casa de Ejercicios, con la condición de que se gastase sólo la renta, para que quedando intacto el capital se perpetuase tan santa obra. En una de las distribuciones de antes de acostarse, se dan la disciplina y es admirable el fervor y devoción de la gente durante el retiro. No somos nosotros solos los que damos estas tandas de Ejercicios; las demás Órdenes religiosas los dan muchas veces y todos los religiosos de otros Institutos acuden para ayudar en las confesiones los últimos días de Ejercicios, en que á veces hay 30 ó 40 confesores simultáneamente para atender á los ejercitantes.

En una sola tarde de Ejercicios de este año hubo 40 matrimonios y 200 confirmaciones.

La otra casa de Ejercicios, llamada de San Juan Bautista, para sacerdotes, caballeros y señoras, funciona también casi todo el año, dando asimismo varias tandas otros religiosos, excepto en las tandas del clero que el Sr. Arzobispo determinó las diesen los nuestros siempre. Las religiosas así de vida mixta como contemplativa nos llaman casi siempre á nosotros para los Ejercicios, las pláticas y retiros mensuales y los semanales de Adviento y Cuaresma. Lo que es más de notar en esta ciudad es que también quieren les demos los santos Ejercicios los PP. Franciscanos, Dominicos, Agustinos, Mercedarios y los HH. de las Escuelas Cristianas, mostrándonos con ello su afecto y aprecio, como también nos lo muestra la Curia Eclesiástica, porque se confiesa casi toda con nosotros, empezando por el Excmo. Sr. Internuncio, el Sr. Arzobispo, los dos Vicarios Generales, el Secretario del Sr. Arzobispo, el Tesorero, y muchos otros sacerdotes, así de las igle-

sias particulares como del Seminario, entre otros el Rector, el Ministro y varios profesores.

También damos los Ejercicios á muchos colegios de niñas y á varios liceos, para prepararlos á la primera comunión, y aun á varias profesoras, así del Estado como particulares, que en toda la República hacen los santos Ejercicios durante las vacaciones de verano. Se los damos en Santiago, Valparaiso, Tolca, Chillán y Concepción.

Digamos ahora cuatro palabras del Centro Apostólico, obra inmortal del difunto P. Bartolomé Más, de santa memoria, fundada para atender principalmente á aquellas extremidades de la República á donde no alcanza la acción de los Obispos. Tiene personalidad jurídica, con lo que puede recibir legados testamentarios y toda clase de limosnas, que en grandes cantidades se invierten en costear unas 60 misiones anuales, en regalar ornamentos, vasos sagrados y premios para catecismos á parroquias pobres, y en ayudar á todos los maestros de la República que durante las vacaciones quieren ir á hacer los Ejercicios á los centros donde se dan, pagándoles viaje y manutención durante aquellos días, como también costear el viaje y gastos de los misioneros, dándoles al terminar su labor apostólica una buena limosna.

Para ver el fruto espiritual que produce el Centro Apostólico baste decir que en los cuatro primeros años de su fundación había ya santificado con el sacramento del matrimonio más de 2.600 parejas que vivían mal.

El Iltmo. Sr. Obispo de Ancud, Dr. D. Ramón Angel Jara, escribía en 25 de Julio de 1908 al P. Santiago Solá, actual Director del Colegio Apostólico: «Sin el auxilio providencial del Centro, inútiles habrían sido todos mis esfuerzos, para llenar debidamente la primera y más grave de mis obligaciones, como es la predicación del Evangelio, el acrecentamiento de la fe y la reconciliación con Dios de los pobres pecadores. En los 11 años de mi gobierno puedo estimar en 150 las misiones que me ha proporcionado el Centro.

»De la estadística que lleva la curia eclesiástica resulta que 250.300 personas han recibido los sacramentos de Penitencia y Eucaristía. Personas que de otra suerte no habrían podido ser atendidas por el clero y el Obispo». Hasta aquí el Sr. Jara.

Lo mismo se dice poco más ó menos de las diócesis de Concepción, de la Serena y del Vicariato Apostólico de Autefagaste.

Finalmente, Dios se ha valido de los nuestros para corregir muchos escándalos, reconciliar matrimonios, unir enemistades y sanar

muchas enfermedades de alma y cuerpo mediante el agua de nuestro Santo Padre.

Hay que hacer especial mención del P. Lorenzo Walter, que se dedica á la conversión de los protestantes; con su asiduidad y paciencia atrae á los ingleses, alemanes, austriacos, suecos, yankees, japoneses y hasta chinos y judíos. En estos últimos 12 años ha bautizado á 127 de ellos, sacándolos del camino de condenación y llevándolos á Jesucristo.

Aquí tiene V. R., Padre mío, lo principal de nuestros trabajos. No se olvide V. R. de escribirnos lo bueno de ahí.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

De V. R. ínfimo siervo en Cristo,

PEDRO TORRAS, S. J.

DATOS EDIFICANTES DE LA VIDA DEL COLEGIO

Carta del P. José Isaías Valdés al H. Jaime Ripoll.

Mi amadísimo en Cristo: La cartita con que ha querido poner punto final á sus vacaciones, me ha sido más dulce que el panal. En justa correspondencia, ahí van las siguientes noticias.

El presente año hemos estrenado en el salón de estudios de los semi-internos un bellísimo altar gótico de tres capillas, de muy fino material, como puede suponer por los 300 pesos que costó. En la capilla central tenemos el Sagrado Corazón, en la de la derecha á la Santísima Virgen y en la otra á nuestro Padre San Ignacio. Siguiendo como estamos, el mes del Sagrado Corazón, lo hemos adornado de mayor gala; ahora se destaca esa joya de arte y de valor sobre un manto real de raso granate, descansando como en un trono de flores que se alzan en hermosos floreros colocados sobre mesitas y columnas forradas de terciopelo rojo. Y á la verdad que todo este ornato de seda y oro, guarda

perfecta armonía con los espirituales obsequios que esos tres Patronos de la división reciben de sus devotos pequeñuelos, como lo verá por lo que paso á decirle.

Tenemos establecida en esta división de los medio pupilos la Comunión Reparadora, á la que asisten diariamente por turno los inscritos en ella, y en los días por cada uno elegidos. Empezó con el curso, que se abrió á mediados de Marzo, y en esa quincena llegaron dichas comuniones á 165, en Abril subieron á 471, en el de Mayo á 631 y en el corriente mes creo que no bajarán de esta cifra. Y cuente que para estas comuniones han de imponerse verdaderos sacrificios, porque siendo medio pupilos han de levantarse más temprano que de ordinario para entrar en el convictorio á la hora de toque general que se da á las siete y media para desayuno de los internos, y unos minutos antes de esta hora toman ellos el suyo. Y vaya allá un dato del fruto de estas frecuentes comuniones y de las cristianas costumbres de estos pequeñuelos. Raro es el que tiene que confesarse más de una vez á la semana para acercarse á la Sagrada Mesa, y tengo un regular número que, comulgando *diariamente,* podría prescindir de esa confesión semanal. *¡Laus Deo!*

Pero no es sólo esto en lo que dan exteriores muestras de la piedad de sus corazones. También la dan á conocer en la práctica de la caridad para con el prójimo desheredado de la fortuna. Hemos abierto visitas á establecimientos de este género, y la inauguración fué solemnísima. Dimos comienzo con un almuerzo á los ancianitos, el día de la Ascensión; acto que tuvo resonancia en la prensa misma, como podrá verlo por el recorte que le adjunto. Yo fuí de antemano al establecimiento para ordenar los preparativos, y el día indicado nos dirigimos allí, en siete coches particulares de todo lujo, pertenecientes á las familias de los niños que tomaban parte en el acto, llevando una buena provisión de cigarros, medallas, estampas, y *chauchas* flamantes (moneda de 20 centavos), que repartimos después del almuerzo á los asilados. Al entrar en aquel cenáculo de ancianos venerables, fuimos recibidos con una estrepitosa salva de aplausos. Terminado el almuerzo les dirigí unas cuantas palabras para estrechar más la unión de aquellos dos polos de la vida y de la fortuna: la aurora y el ocaso de la vida; la opulencia y la miseria.

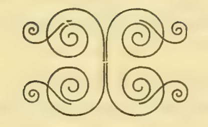
El P. Ezpeleta, Director de la Congregación de los internos, animado del buen resultado de mi iniciativa, ha emprendido con sus congregantes la misma obra, dándole el mismo resultado satisfactorio. Él ha

comenzado con unos *onces* (merienda) á estos mismos ancianitos y ancianitas, cuyo número llega á unos 200. Próximamente trasladaré yo mi escenario á otro asilo, destinado á aquellos que ya en la primavera de los años, experimentan los rigores del crudo invierno. ¡Quiera Dios bendecirnos en tan santos días!

Sin más reciba un afectoso saludo, extensivo á todos mis conocidos de esa, empezando por el R. P. Rector, de quien soy deudor por muchos y grandes beneficios que le han grabado profundamente en mi corazón.

Su afcmo. *in Domino.*

José Isaías Valdés, S. J.



CONCEPCIÓN

TRES MISIONES NOTABLES

DADAS POR LOS NUESTROS EN CHILE

—

Carta del P. Carlos Infante al R. P. Superior.

Mi muy amado en Cristo P. Superior: Para cumplir con el deseo de V. R. paso á narrarle algunos hechos de 3 de las 18 misiones que acabamos de dar.

En todas sin excepción hemos tenido que alabar la misericordia infinita de nuestro buen Padre Dios, por el copioso fruto que hemos obtenido en la conversión de muchos pecadores; que por largos años habían estado alejados de la práctica de la religión, y vivían habitualmente en pecado: regularizando ahora sus uniones por la recepción del santo sacramento del matrimonio.

MISIÓN DE COLICO

DADA POR LOS PP. INFANTE Y CASTILLO

El 17 de Noviembre llegamos á este pintoresco valle, donde se halla el mineral de carbón con su establecimiento, pertenencia todo ello de una compañía inglesa, que lo administra por medio de emplea-

dos, en su mayor parte protestantes. La población minera llegará á unos 2.000 habitantes.

Abrimos la misión en una bonita y espaciosa capilla, que tiene edificada á su costa el mismo establecimiento. Las primeras noches asistía poca gente, acostumbrados, como están, á vida libre y viciosa, y dados á la embriaguez; pero así que fué corriendo la voz de la misión y del buen término de los misioneros que la predicaban, fué aumentando el concurso, de modo que se llenaba la capillita por completo, siendo los asistentes en su mayor parte hombres, quienes con la virtud de la palabra de Dios, y convenientemente preparados con las instrucciones, se acercaron á recibir los sacramentos de Penitencia y Eucaristía en número de unos 900. Administré el sacramento de la Confirmación á 2.400, que en su mayor parte eran párvulos, traídos por sus padres desde gran distancia. Hubo 40 bautismos y se hicieron 50 matrimonios de personas que vivían amancebadas. Aquellas infelices mujeres, madres ya de muchos hijos, no hallaban palabras para agradecer el beneficio tan grande que les había traído la misión, sacándolas de su mal estado y poniéndolas en situación de poder educar una familia cristiana.

Algunos hombres me pedían llorando licencia para repetir las comuniones, á fin de *aprovechar*, como decían, *tantas grandezas*.

Los mineros y demás trabajadores no quisieron continuar en sus faenas, para evitar que les faltase tiempo de asistir á los diversos ejercicios de la misión y de prepararse á recibir dignamente los santos sacramentos. El Ingeniero pretendió obligar á un operario á ejecutar un trabajo de urgente necesidad; mas él se negó, diciéndole que quería consagrar todo el tiempo á los negocios de su alma, y que no trabajaría hasta que se hubieran ido los Padres; que él podría echarlo del establecimiento, pero con una recomendación de los Padrecitos, en todas partes encontraría ocupación. «Usted, concluyó diciendo, no puede darme recomendación para la otra vida: y creo que allá lo pasará V. mal». Era el Ingeniero protestante. Esta respuesta fué muy celebrada por sus compañeros de labor. El Sr. Administrador nos hizo decir, por medio del Sr. Cura de Curanilahue, á cuya parroquia pertenece el establecimiento de Colico, que la Compañía estaba perdiendo mucho, porque todos los trabajos estaban paralizados. Nos pareció justa la observación: y así determinamos dar fin á la misión el día noveno, aunque en nuestro primer plan había de haberse alargado algo más.

Hicimos presente al Sr. Administrador que deseábamos erigir una

Cruz como recuerdo de la misión: y él nos atendió muy bien, y ordenó al carpintero del establecimiento que se pusiese á nuestras órdenes para trabajarla. Como á las cuatro de la tarde del día 26 de Noviembre se organizó una hermosa y bien ordenada procesión, que ocupaba un espacio como de tres cuadras (1). Precedían los niños; seguían los mineros en doble fila; en el centro la gran Cruz, llevada con gran devoción en hombros por los mismos mineros. En dos largas astas como de 10 metros flameaba el tricolor chileno, ostentándose la enseña patria en aquella fiesta religiosa, como muestra de amor á Nuestro Señor Jesucristo. Cerraba la procesión uno de los Padres Misioneros; y detrás venían las mujeres. En el trayecto de las 20 cuadras (2) que distaba el cerro elegido para su erección, se iba rezando en alta voz el santo rosario, y se cantaban piadosos himnos. Cuando ya nos acercábamos al término, se oyó á una de las mujeres acompañantes lanzar un gran grito, exclamando: «¡¡Qué grandeza!!», sin poder contener la piadosa emoción que le causó el reparar que la santa Cruz iba á quedar cerca del rancho que habitaba con su familia. Puesta ya en marcha la procesión, había subido el Administrador á una locomotora, que le sirve en las tareas de su oficio, haciéndola caminar hasta avistar la comitiva; y deteniéndola entonces se puso en pie en la locomotora, saludando sombrero en mano la procesión que desfilaba por delante.

Izada ya la santa Cruz, en el lugar que había de ocupar, uno de los misioneros hizo al pueblo una fervorosa exhortación, mostrándoles cómo allí les dejaban un recuerdo doblemente precioso por las muchas indulgencias que podían lucrar, si acudían á visitar la santa Cruz, y por ser ella misma un predicador elocuente que publicaba en altas voces y les había de traer siempre á la memoria las verdades eternas cuya explanación habían oído en el decurso de la misión. En el mismo orden de la ida regresamos á la capilla, donde se les dirigió por último ejercicio la plática de perseverancia, que hizo derramar abundantes lágrimas: se bendijeron los objetos piadosos y se terminó con la bendición papal.

Al subir al tren el día siguiente para regresar á Concepción, nos volvió á instar con gran empeño la gente, como ya lo habían hecho antes, para que pronto les hiciésemos nueva visita.

(1) La cuadra chileña, de 36 en legua, mide 150 varas, equivalentes á 120 metros.
(2) Algo más de media legua.

MISION DE SOTA ABAJO

El 15 de Diciembre, en compañía del P. Leonardo Junker, dimos principio á la misión en la hermosa iglesia gótica de esta parroquia, de cuya cura de almas están encargados los RR. PP. Agustinos de la Asunción.

Desde la primera noche tuvimos la iglesia llena, y aumentando considerablemente cada noche, después de estrecharse cuantos cabían en el templo, redundaba la gente esparciéndose por la calle. En lo interior, daba gran consuelo ver aquella nave de la epístola repleta de mineros y habitantes del pueblo.

Los RR. PP. han trasformado con su inteligente, piadoso y celoso cultivo aquella población que años atrás estaba hecha una selva de vicios. Han fundado asociaciones para hombres, asociaciones para mujeres y escuela parroquial para los niños. Así hemos podido obtener el fruto de que en diez días de esta misión se distribuyeran 400 comuniones. Confirmé á 1.231 personas y se verificaron 40 matrimonios de sujetos que en su mayor parte estaban unidos solamente por el registro civil, ó como aquí dicen, *acivilados*.

Terminamos la santa misión con una procesión solemne, llevando bajo palio la Sagrada Custodia, que reposó en los tres hermosos altares colocados en el centro de cada uno de los tres lados de la playa. Asistieron en gran número las asociaciones de hombres y las de mujeres con sus respectivos estandartes; y en todas las personas se hizo notar el recogimiento y respeto. Vueltos á la iglesia y después de reservada la Divina Majestad, se hizo la plática de perseverancia y la bendición de objetos piadosos; y se terminó con la bendición papal. En este momento se adelantó el R. P. Superior de los Asuncionistas y Párroco del pueblo, y dirigió al auditorio una elocuente y sentida peroración, exponiéndoles la gran deuda de gratitud que tenían para con los RR. PP. Misioneros, quienes con tanto celo habían trabajado por el bien de sus almas; que debían pedir fervorosamente á Dios los conservase muchos años, y les concediese el beneficio de traerlos pronto otra vez á aquella parroquia. Preciso fué corresponder á aquella muestra especial de satisfacción y benevolencia: y así lo hizo en breves palabras uno de los misioneros, exhortando á crecer en el amor y estima que tan justamente profesan á sus párrocos, y á seguir su dirección en todo con cristiana docilidad.

MISIÓN DE CAUQUENES

Prediqué la plática de apertura de la misión el 21 de Marzo del presente año. Al día siguiente llegó de Concepción mi compañero en ella el P. José Nicolay. Coincidió la apertura de la misión con la primera función dada por el Circo Ecuestre, diversión á que es muy aficionada la gente del pueblo, y que había sido procurada expresamente por algunos malvados para impedir el fruto de la misión. Las primeras noches tuvieron alguna concurrencia; pero muy luego se les disminuyó de tal manera que tuvieron que dar por terminadas sus funciones y salirse de la ciudad. La concurrencia de la iglesia fué creciendo hasta tal punto, que se llenaba la grande iglesia, de tres naves, calculándose el número en 5.000 asistentes.

Llamó la atención la numerosa asistencia de niños á la explicación del Catecismo, que se hacía á las cuatro de la tarde, después de la salida de la escuela. Reuníanse en este ejercicio hasta 500 entre niños y niñas. Estas últimas se distinguieron por sus prontas y agudas respuestas. En una ocasión, preguntando el Padre Catequista si estaba Dios en los diversos lugares que enumeró, todos contestaban: «Sí, Padre.—¿Y en el infierno?—No, Padre.—Luego hay un lugar donde no está». Aquí callaron todos. Mas pronto, una niñita de 8 años, interrumpiendo el silencio, contestó: «Sí está, Padre.—Y ¿qué hace allí?—Está soplando el fuego».

Otra niñita de 12 años excedió á su edad, en el celo activo é inteligente que mostró para obtener la conversión de un pariente suyo, enfermo de gravedad, y que vivía mal amistado. Sin decir nada al paciente, fué á buscar al Sr. Cura para que lo fuera á confesar. Contestó el Sr. Cura que él no podía en el momento por sus urgentes ocupaciones; pero que fuera en su nombre á pedir un Padre á la casa de los RR. PP. Redentoristas, como así lo hizo, acompañando al Padre destinado por el Superior. Quiso éste empezar á preparar al enfermo; pero enterado de la situación en que se encontraba, avisó á la niñita que él no podía seguir adelante, y que era absolutamente precisa la intervención del Sr. Cura, por estar reservadas á él las tramitaciones matrimoniales. Volvió ésta al Sr. Cura, dándole el recado del Padre; y el Señor Cura fué inmediatamente al enfermo, lo confesó y casó. Al día siguiente por la mañana se presenta de nuevo la misma niña al Señor

Cura, diciéndole: «¿Será hora oportuna para llevar el Viático al enfermo?». Lo que consiguió también. El Sr. Cura nos refería con admiración la impresión que le había causado el santo é inteligente celo de esta niña de tan pocos años para negociar la conversión y el remedio del pecador.

Las comuniones en la iglesia parroquial llegaron á 1.500: otras tantas fueron las de la iglesia de los RR. PP. Redentoristas; y muchas hubo en las iglesias de San Francisco y Santo Domingo. El año anterior había hecho confirmaciones el Sr. Obispo, por lo que ahora se confirmaron sólo 288 personas. Hubo 14 matrimonios.

El Sr. Cura quedó muy contento del copioso fruto obtenido en la misión: tanto más, cuanto que en otras dos misiones antecedentes dadas por misioneros que no eran de la Compañía, y á causa de diversas circunstancias, había estado lejos de ser satisfactorio el resultado. Débese esto, en especial, al hecho de que en Cauquenes hay un número no pequeño de impíos; y muchos otros que no lo son, dejan de cumplir sus deberes de católicos por respetos humanos. Así se explica también que el fruto aparezca corto con respecto al número de asistentes, y haya sido, sin embargo, considerable en realidad. Por lo demás, los muchos oyentes que quizá no asistieron sino por curiosidad, no pueden menos de haber recibido la impresión de la gracia de Dios, habiéndoseles predicado las verdades eternas, que jamás carecen de eficacia: tal vez la semilla ahora esparcida está destinada á fructificar más tarde para el cielo.

Carlos Infante, S. J.



MENDOZA

(REPUBLICA ARGENTINA)

TERCER CENTENARIO DE LA PRIMERA FUNDACIÓN DE LA COMPAÑÍA EN ESTA CIUDAD

SOLEMNIZADO CON LA ERECCION DE UN TEMPLO AL SAGRADO CORAZON DE JESÚS

Diciembre, 1909.

Grande ha sido el consuelo de esta Casa al dedicar al Corazón Divino un templo que, siendo la admiración del público y la satisfacción de los bienhechores, que miran tan bien empleado el óbolo de su piedad, corresponde á nuestros deseos de solemnizar con un monumento que no desdiga de las grandes obras de nuestros mayores, el tercer Centenario de la primera fundación de la Compañía en Mendoza.

Pareciendo conveniente que tomara parte en esta solemnidad así el clero secular, como las comunidades de religiosos; se dispuso un solemne triduo de cuyos oficios se encargara el Ilustrísimo Diocesano con su clero el primer día, las Órdenes religiosas el segundo y el tercero la Compañía con el Sr. Obispo D. Gregorio Romero, discípulo de Santa Fe durante todo su carrera. Y así se realizó, dando la bendición el domingo día 6 y encargándose de la oración inaugural el Ilus-

trísimo Sr. Obispo, celebrando la primera misa el Sr. Vicario eclesiástico de Mendoza, y predicando por la noche Monseñor José Gómez, Cura Vicario de Villa Mercedes. El día siguiente, la Rda. Comunidad Mercedaria ofició la misa solemne, y predicaron el R. P. Prior de Santo Domingo por la mañana, y el R. P. Guardián de San Francisco por la noche.

El día de la Inmaculada, celebró de pontifical Monseñor Romero y predicó el R. P. Rector del Salvador de Buenos Aires. Por conmemorarse en esta solemne festividad el tercer centenario de la primera fundación, se cantó el *Te Deum* en acción de gracias y se repartió un opúsculo de la historia de la Compañía en Mendoza.

A fin de ampliar estas indicaciones reuniremos algunas publicaciones de los diarios.

El día 10 de Diciembre publicaron los diarios de San Juan y de Mendoza la relación de las funciones, diciendo:

«Las solemnidades que anunciamos, han tenido en la Compañía todo el éxito que se podía esperar. Las personas más conspicuas de nuestras clases sociales, llenaban las vastas naves de la nueva basílica. Los PP. Jesuítas han visto coronados sus esfuerzos con el más espléndido resultado. Han erigido un grandioso monumento, que honra al Sagrado Corazón y embellece la ciudad. La fachada es bizantina pura. En lo interior el estilo predominante, es el románico modernizado. Las columnas son de estilo compuesto, en que predomina el jónico. Tiene 68 metros de largo, 28 de ancho y 17 de altura, con tres espaciosas naves y otras dos donde están formadas las capillas. El techo es bellísimo. No creo que haya otro semejante en toda la República, no sólo en su especie, sino también en las delicadas y artísticamente combinadas pinturas, que le dan un aspecto sorprendente y único. La mano maestra de esa obra genial, es la de un humilde jesuíta. Ahí tienen una prueba más de cuán reñidas andan las artes con la religión.

»Pasemos al acto religioso. A las diez de la mañana del día 6, el venerable Prelado diocesano revestía los ornamentos pontificales para principiar la severa ceremonia de la bendición. Numeroso clero acompañaba al Prelado, mientras iba rodeando el nuevo templo orando y rociándolo con agua bendita. Terminada la bendición exterior, entró la procesión en el templo, implorando con las letanías la protección de los santos, y bendiciendo en giro todo su ámbito. En esto el numeroso gentío, que llenaba el atrio y la ancha calle, invadió el sagrado recinto, y el Prelado estrenó el púlpito pronunciando el más elocuente discurso

que le hemos oído. *La acción civilizadora de la Iglesia que avanza triunfante siempre, á despecho de la oposición tenaz y sistemática del liberalismo,* fué el tema que por espacio de hora y cuarto tuvo agradablemente suspenso al auditorio. Siguió la misa por los bienhechores, y terminó la solemnidad de la mañana. La función de la noche consistió en mes de María, sermón y canto final por el coro de la Congregación Mariana.

»El día 7 la venerable Comunidad de la Merced ofició una misa solemne; y el P. Prior de Santo Domingo expuso la significación religiosa y social que en el terreno de la civilización de los pueblos simboliza un nuevo templo. Por la noche predicó el P. Guardián de San Francisco.

»El día 8, fiesta de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, después de la comunión general, que fué una bendición de Dios, y de la solemne recepción de congregantes, celebró Monseñor Romero el solemne pontifical. El amplio templo resultaba escaso para la compacta concurrencia que se había congregado, á fin de oir la elocuente palabra del P. Segismundo Masferrer. Su discurso tuvo por base la festividad de la Inmaculada. Las circunstancias le llevaron en el desarrollo de su tema al campo de las ciencias naturales, las cuales lejos de oponerse á las ciencias sagradas, las confirman; y la Santa Iglesia, atenta siempre al progreso moral y al material, impulsa y fomenta las investigaciones científicas, segura de que las luces de la ciencia esclarecerán la religión.

»Digna corona de la elocuencia que se ha desenvuelto en el nuevo templo, fué el sermón de Monseñor Romero en el mismo día 8 por la noche. Su asunto fué: *La vitalidad jamás desmentida de nuestra Santa Iglesia.* Y la enumeración y revista de todas las naciones, le ofreció deslumbradoras pruebas.

»En suma, estas fiestas han sido excepcionalmente solemnes. Sólo nos resta felicitar á los Padres de la Compañía de Jesús, cuya constancia y desprendimiento dota desde hoy á Mendoza con un monumento de arte que hace honor á la ciudad. Debemos también acompañar en su gozo, á todos los bienhechores que, mirando la magnificencia del templo, sienten la satisfacción de ver tan bien empleado el óbolo de su piedad».

He aquí la primera parte de las fiestas, que podemos llamar aristocrática. Falta la segunda, que llamaremos popular. Y fué la Peregrinación del próximo domingo, á la cual fueron invitados todos los Cen-

tros del Apostolado de toda la campaña. Oigamos la publicación de aquellos días: «Como lo anunciamos oportunamente, el domingo 13 de Diciembre se efectuó la Peregrinación de los Centros vecinos del Apostolado, al nuevo templo del Sagrado Corazón. Desde las primeras horas de la mañana, la afluencia de fieles que se acercaba á la sagrada Comunión, ofrecía un espectáculo pocas veces visto en Mendoza. Eran los hijos de familia que acudían al nuevo hogar paterno, para congratularse mútuamente por tan fausto acontecimiento. Radicado el Apostolado central diocesano en el nuevo templo, era justo que los demás Centros de los departamentos vecinos hicieran pública demostración de obsequio al Sagrado Corazón. Y la hicieron con todo el fervor, con toda la vida y todo el entusiasmo que son el carácter peculiar de la devoción al Corazón Deífico.

»A las nueve y media de la mañana, hora señalada para la procesión, iban congregándose en una plaza cercana los distintos Centros y delegaciones, con sus estandartes respectivos. Llegado el momento de ponerse en marcha, empezó sus cánticos la procesión, rodeando la plaza y dirigiéndose hacia el templo. Era espectáculo verdaderamente conmovedor ver aquella muchedumbre de hileras compactas, adelantando lentamente hacia la iglesia, en cuyo interior continuaba resonando en agradable confusión la mezcla de los cánticos diversos, de los varios Centros que entraban saludando al Sagrado Corazón.

»Acto contínuo, principió la misa solemne, en la cual el ilustrísimo señor Obispo Romero dirigió la palabra á aquella masa humana que llenaba el espacioso templo, para felicitar y dar alientos á la compacta muchedumbre, que arrostrando dificultades, é imponiéndose privaciones, había venido á dar público testimonio de su fe y de adhesión al Corazón Divino.

»Terminada la misa, se organizó otra devota procesión por lo interior del templo. Iba la Sagrada Hostia bajo palio, se detenía en los cinco altares que se habían dispuesto, recibía las visitas de desagravio y finalizó la función con el acto de consagración y bendición solemne.

»Los departamentos de San Vicente, Coria, Carrodilla, Luján, Guaimallén, Rosario, Jesús Nazareno, Las Heras y otros Centros vecinos, aportaron un numeroso contingente á la peregrinación; otros más distantes, como San Isidro, San Martín y otros, enviaron delegaciones, ya que no era posible que á tanta distancia acudiese el Centro del Apostolado en corporación.

»Los peregrinos regresaron á sus hogares, con la satisfacción de haber llevado á cabo un acto de profunda fe y de acendrada piedad, que dejando por mucho tiempo gratos recuerdos en sus corazones, contribuirá no poco á mantener, en los respectivos Centros, el entusiasmo y fervor característicos del Apostolado de la Oración.

»Nuestra felicitación entusiasta á los piadosos peregrinos, y nuestro parabién á los que con tanto acierto han organizado y secundado esa manifestación católica en nuestra capital».



BUENOS AIRES

CONGRESO PEDAGÓGICO CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA

Carta del P. Lapalma al R. P. Provincial.

Villa Devoto, Junio 29 de 1910.

Muy amado en Cristo R. P. Provincial: Aunque nadie me ha dado (oficialmente al menos) el título de *cronista* del reino, yo me tomo el trabajo de tal, por dos razones: 1.ª, porque como es tan pesado, todos le hurtan el cuerpo; y 2.ª, porque sería gran lástima que, por falta de quien las refiera, se quedasen en el abismo del silencio tantas cositas buenas que por acá suceden, relacionadas más ó menos directamente con los sudores de los nuestros, en el cultivo de esta nada despreciable parte de la viña del Señor que nos ha cabido en suerte. A lo que pudiera añadirse como tercer motivo la fraterna caridad, que tan bien se fomenta con la mutua correspondencia epistolar.

Uno de los acontecimientos de mayor resonancia de este centenario, en que más activa parte tomaron los nuestros fué el Congreso Pedagógico. Promovido por el Comité Escolar Católico, del cual es el alma el P. Isérn, dicho se está que todo el peso de su preparación hubo de cargar sobre los hombros de este Padre. Cuánto ha tenido que trabajar para llevarlo á feliz término, solo Dios lo sabe; mas puede estar satisfecho de su labor, puesto que el éxito ha resultado brillantísimo, cual

nadie se hubiera atrevido á prometérselo. Amén de las reuniones privadas (á una sola de las cuales pude yo asistir), celebráronse tres sesiones públicas: la de apertura en nuestro Colegio del Salvador; la segunda en el de San José, de los PP. Bayoneses; y la de clausura en el de Salesianos de San Carlos. De las dos últimas nada puedo decir más que de oídas, pues, habiendo tenido lugar en días de lluvia y clase, hube de contentarme con leer las crónicas de los periódicos.

La primera, en que me hallé presente, celebróse el día 27 á eso de las cuatro de la tarde. El salón de actos del Salvador era aquella tarde un verdadero foco de luz, y el escenario ofrecía un espectáculo de carácter que podríamos llamar nuevo hasta entonces, pues presidía el acto un gran crucifijo de bronce sobredorado, que sobre artística peana de finísimos encajes, y como nadando en un piélago de eléctricas bombitas, se destacaba en el fondo del escenario, por detrás de la mesa de la presidencia. Ocupaban ésta Monseñor Duprat, elegido Presidente del Congreso por unanimidad en la sesión privada de aquella mañana, y los Vice-Presidentes 1.º, Dr. Fuenzalida, Rector del Seminario de Santiago de Chile; 2.º, Dr. Garzón Maceda, ex-ministro de Gobierno de Córdoba, y á quien se debe el decreto sobre enseñanza obligatoria de la Doctrina Cristiana en las escuelas públicas de aquella provincia; 3.º, el Dr. Garro, Profesor (si no me engaño) de la Facultad de Derecho de esta capital; y 4.º, el ilustre miembro de la Cámara de Apelaciones de La Plata, Dr. Prack, hombres todos de fuste, como V. R. sabe. El P. Ruiz Amado, el Dr. O'Farrell y el Sr. Ursúa, Diputado al Congreso Nacional de Chile y Profesor de Economía Política en la Universidad Católica de Santiago, que habían de disertar, ocupaban también un sitio de honor en el escenario, á un lado y á otro de la presidencia. A la cabeza de los demás congresistas, núcleo selecto del magisterio y la intelectualidad católica de toda la República y algunos países vecinos, se hallaban el Sr. Internuncio, el Sr. Arzobispo, Monseñor Terrero y el famoso, hoy Obispo de la Serena, Monseñor Jara. La banda de los Salesianos de Almagro, colocada en el fondo de una de las galerías, abrió el acto con el Himno Nacional, que todo el mundo escuchó de pie, según costumbre, y lo amenizó después, ejecutando en los intermedios escogidas piezas.

El discurso del Dr. Prack, que fué el primero, correcto, galano, sustancioso y pronunciado con mucha dignidad: como Presidente del Comité organizador, dió cuenta en él de los trabajos realizados y de los fines con que aquel Congreso se había reunido, pasando luego á tratar

de la necesidad de la enseñanza religiosa. El del Dr. Garzón Maceda, que habló el tercero, aunque no de tan elegante y castizo estilo como el anterior, ni tan bien declamado, fué más científico y erudito, por las innumerables citas de que en él hizo gala el orador: la urgencia de establecer por base de la educación de la juventud la enseñanza religiosa y la injusticia del monopolio que en las escuelas quiere ejercer el Estado, constituyeron el tema de su discurso. Debía haber hablado también el Dr. O'Farrell, pero hubo de suprimirse su discurso por lo excesivamente largo del discurso del Dr. Garzón.

Y digamos algo de la pieza oratoria del P. Ruiz, que fué, según unánime confesión, la nota saliente de aquel día. Tomó por tema «La Educación del Patriotismo», y después de una introducción brillante y de un preámbulo profundamente filosófico, en que dejó asentada la verdadera noción del sentimiento patriótico, pasó á reseñar los medios más adecuados para formar en el corazón de la niñez y de la juventud el genuino patriotismo. El conocimiento de la historia patria, las artes plásticas, el cultivo de la literatura nacional, la bandera de la Patria, los uniformes militares, los desfiles de tropas, las marchas bélicas, los himnos y cánticos guerreros: tales fueron los principales tópicos que desarrolló. Cuanto se diga de lo puro de su dicción, de lo elegante y variado de su estilo, de lo perfecto de su forma y de lo profundo de su fondo, resultaría pálido al lado de la realidad. Ahí tendrán ocasión de leer su discurso cuando se publique, y verán que no exagero. Y como, á pesar de lo poco estético de la figura del P. Ruiz cuando declama (él me perdone este piropo), lo hizo con un entusiasmo que casi estoy por llamar arrebatador y les estuvo tocando á los argentinos la tecla que mejor les podía sonar, ya puede imaginarse V. R. las salvas de aplausos que acompañaron el terminar de casi todos sus períodos. Tuvo arranques verdaderamente felices, como cuando al hablar de la bandera nacional, por ejemplo, dijo: «Yo de mí os puedo confesar, que cuantas veces la veo destacarse, siento correr por mis venas como un eléctrico flúido de dulcísima emoción, las lágrimas se me agolpan á los ojos y la sotana que llevo se me antoja una coraza». No es, pues, de extrañar que todo el auditorio estuviese como colgado de sus labios, exteriorizando en los semblantes los afectos que sus palabras les producían en el alma, y dando á cada instante muestras marcadas de la más franca aprobación. Yo mismo, con ser persona interesada, no podía contenerme y palmoteaba como nunca he palmoteado en mi vida. En fin, para condensarlo todo en una sola frase: cuando otra cosa no hu-

biera hecho el P. Ruiz en la Argentina, más que pronunciar este su primer discurso, hubiérase podido dar por muy bien empleado su viaje á ella. *Soli Deo honor et gloria!*

Por lo que toca al último de los disertantes, el Sr. Ursúa, fué su discurso una prueba palpable de cuán bellos triunfos es capaz de alcanzar el arte de la declamación bien manejada por un competente maestro. Habíame yo salido ya del salón, luego que acabó de hablar el Dr. Garzón Maceda, con ánimo de volverme á Villa Devoto, pues se iba haciendo ya tarde, cuando al salir por la portería hirió mis oídos un hermoso timbre de voz que me llamó extrañamente la atención: volvíme atrás, y al ver de pie en el escenario la arrogante figura del orador, al advertir su porte distinguido y la naturalidad y nobleza de sus ademanes, unido todo ello á una claridad y fluidez de expresión poco comunes, no pude menos de quedarme allí de pie como avasallado en el fondo del salón. Y fué tanto mi embelesamiento, que, sin darme cuenta y aplaudiendo sin cesar, me fuí acercando poco á poco hasta hallarme, al fin del discurso, en el centro del salón. No se crea, sin embargo, que hubiese sido mi entusiasmo una nota discordante; júzguese, sino, del que producirían en una atmósfera tan caldeada ya, declamados con la maestría que antes dije, párrafos como los dos siguientes. Al hablar de la religiosidad de la mujer argentina, terminó diciendo el orador: «En nuestros libros sagrados se registra una imagen impresionante. Algunos ángeles sostienen en sus manos copas de oro, las copas de la cólera del cielo, que se desbordan con las iniquidades de los hombres, derramando sobre la tierra calamidades y ruinas. Otros ángeles sostienen en sus manos ricos incensarios, cuyos perfumes producidos por las oraciones y buenas obras, si suben en abundancia al trono de Dios, cierran el abismo que estaba abierto y hacen brillar sobre los pueblos una era de paz y felicidad. Las copas de la cólera se llenan sin cesar: á vosotras toca, cristianas argentinas, batir los incensarios». Y finalizó su discurso con este otro golpe oratorio: «Encontrándome, no hace mucho, en Roma, visitaba el venerable monumento que se eleva sobre el monte Celio, el antiguo palacio de San Gregorio el Grande, convertido hoy en iglesia, de donde aquel hombre extraordinario descendió un día al Foro para libertar á los esclavos y enviar misioneros que convirtieran á Inglaterra. En un rincón del claustro, el guía que me acompañaba, hízome notar el epitafio de un noble inglés, que no he olvidado porque me impresionó vivamente, y que dice: «Aquí yace Roberto Pechan, inglés católico, que, después de la ruptura de Inglate-

rra con la Iglesia, ha dejado su patria no pudiendo vivir sin su fe, y que, llegado á Roma, ha muerto no pudiendo vivir sin su patria...» Hé aquí, señores, nuestra enseña: ¡Dios y Patria!» Leí al otro día impreso este discurso que tanto me había sacado de quicio, y aunque no se puede negar que es bueno, decayó mucho en mi ánimo con su lectura la impresión que en él había producido su declamación. Por eso dije que había sido una prueba palpable de cuánto puede esta arte bien manejada.

Con este número debiera haber terminado aquella primera jornada del Congreso Pedagógico; pero estaba allí presente Monseñor Jara, ¿y quién se resiste á la tentación de escuchar su simpática palabra? Levantóse, en efecto, una voz general en todo el recinto, pidiéndole que hablase, y como él es tan galante y el improvisar le cuesta tan poco, no se hizo mucho de rogar y subió al proscenio. En otra ocasión recuerdo haber dado mi juicio respecto á las dotes oratorias del ilustre chileno ex-obispo de Ancud: esta es la segunda vez que le he oído improvisar, y creo no equivocarme si digo que aquí Monseñor Jara se superó á sí mismo. Uno de los principales resortes de que suele él valerse para cautivar tan por entero el corazón de sus oyentes, es el oportunísimo manejo de las circunstancias: ninguna de las que puedan servir para el logro de sus fines se escapa jamás á su perspicacia, y tan bien sabe presentarlas y con tal maestría enlazarlas unas con otras, que ni mandadas hacer de propósito. «Cuando yo penetraba, dijo, en este espléndido salón, estaba hablando un hijo de Ignacio: no podían faltar los soldados del gran Loyola en una liza en que se rompían lanzas en defensa de la niñez y de la juventud». Alabó luego, con aquel tino exquisito con que él sabe hacerlo, y con aquellas explosiones de amor á nuestra Compañía que nunca se avergüenza de manifestar en público, el celo y constancia del P. Isérn en promover y sacar á flote este Congreso, y añadió refiriéndose al P. Ruiz: «Proponía como uno de los medios para fomentar el patriotismo los cánticos y coros populares, y no se daba cuenta mientras esto decía de que él mismo estaba entonando en su discurso el más sublime de los cánticos y dirigiendo con su voz el coro más hermoso y patriótico, el de los latidos de vuestros corazones. Conocíamos, dijo también, por sus notables escritos al P. Ruiz Amado, y por esto sólo ya le amábamos; ¿cómo no le habremos de amar ahora que hemos tenido la suerte de escucharle? Con razón podrá, pues, decir en adelante, cuando le pregunten por su nombre, que se llama el P. Ruiz... *amado*». Y así continuó por el estilo

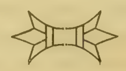
distribuyendo flores, á cual más delicada y oportuna, á todos los demás oradores, tomando pie para ello de algunas frases ó palabras de sus propios discursos; pero á cada momento volvía, como atraído por una fuerza irresistible, á las alabanzas de nuestra Compañía. El haberse inaugurado el Congreso en un Colegio de Jesuítas, el que este Colegio hubiera sido incendiado por el odio de las sectas á los educadores natos de la niñez; todo, todo, hasta las más menudas circunstancias le dieron ocasión para llevar el agua á su molino, esto es, á hacer públicas manifestaciones de su afecto hacia nosotros. Los aplausos que á cada párrafo arrancó, no son para dichos: á mí mismo me dolía ya la mano de tanto aplaudir. Un estrecho abrazo dado al P. Ruiz en medio del escenario, cuando éste se acercó á besarle el anillo y darle las gracias por las frases elogiosas que no había cesado un punto de dirigirle en su improvisación, abrazo que dió margen á una prolongada y delirante ovación de parte del auditorio, fué como el candado de oro con que se cerró la primera sesión del Congreso Pedagógico.

De las otras dos sesiones públicas prefiero no decir nada á tener que decir poco y á medias. Hablaron en ellas oradores de primera nota, y hasta dos señoras. ¿Conclusiones prácticas de tan sonado Congreso? podrá preguntar alguno. Lo que es conclusiones, las hubo á porrillo, según estilo de semejantes asambleas: hasta cerca de 60 se votaron; su práctica utilidad toca al tiempo revelárnosla. Algo se hará, sin duda, en esta materia, pues la ejecución queda librada al Comité Escolar Católico, asociación permanente y á la cual se deben ya no pocas buenas reformas en punto á enseñanza. Luchamos hoy más que nunca *pro aris et focis*, y conviene quemar hasta el último cartucho antes que dar la espalda al enemigo. De todos modos, el sumar las fuerzas de que disponemos y caldear de vez en cuando los espíritus por medio de esta clase de congresos, ya no es poco.

Concluyo, pues, recomendándome á los SS. SS. y OO. de V. R. y de quienes esto lean.

Infimo en Cristo siervo,

LUCIO A. LAPALMA, S. J.



VILLA DEVOTO

ALGUNAS NOTICIAS EDIFICANTES DE LA MISIÓN

ACTO LITERARIO CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA CELEBRADO POR LOS ALUMNOS DEL SEMINARIO

Carta del P. Lapalma, al H. Enrique Mainer.

Villa Devoto, Agosto 31 de 1910.

Muy amado en Cristo Hermano Mainer: Ya tuvieron ahí noticia del día y la forma en que se inauguró la Universidad Católica con su primer curso de Leyes. El haberse puesto los ojos en nuestra Residencia de Regina, para que en ella funcionase interinamente, no deja de ceder en honra de nuestra Compañía, aunque yo hubiera preferido que se hubiese elegido otro sitio: hubo de cerrarse para ello el colegito que allí funcionaba, y esto ya es un mal, entre otras razones, por lo necesitada de instrucción religiosa que se halla la niñez de aquella gran barriada; de modo que podemos volver aquí del revés uno de nuestros más populares refranes, diciendo que no hay bien que por mal no venga.

¿Y son muchos los alumnos matriculados? preguntará V. por ventura. No lo sé á punto fijo: tengo entendido que al rededor de unos 30 ó 40, número al parecer escaso, pero que basta á llenar por ahora nuestras aspiraciones, por aquello de que más vale poco que nada. Y en esto se ha notado una curiosa anomalía, á saber, que la mayor

parte, casi la totalidad, de esos alumnos pertenecen á los Colegios Nacionales, siendo muy contados los salidos de colegios religiosos. ¿La causa de ello? Por lo que toca al nuestro del Salvador, yo me lo explico muy bien, atendiendo á que la facultad de Medicina es la que mayor contingente recibe de nuestros bachilleres: de los demás colegios darán la razón los que en ellos intervienen. ¿Y qué diré de lo mucho que supone el haber sido elegido el P. Gambón como miembro del Consejo Universitario? Ahora se acaba de nombrar profesor de Apologética á nuestro P. Corominas, tan merecedor éste como aquél de la honrosa distinción con que han sido agraciados. Lo malo es que se ha señalado para su clase los domingos, que es como quien dice los más á propósito para que nadie asista á sus conferencias: pueda ser que logre el Padre hacer que se modifique esta resolución.

Voy á decirle algo ahora de la fiesta del Sagrado Corazón, celebrada en esta nuestra iglesia, según costumbre de los años anteriores, el domingo tercero de Pentecostés, que este año cayó el 5 de Junio. Con el fin de mejor despertar la curiosidad del vecindario, además de los acostumbrados repiques de campanas, se embanderó ya desde la víspera la iglesia y se procuró que no escasearan durante las funciones de mañana y tarde los cohetes y las bombas, cosa que aquí tanto gusta y tan buenas concurrencias suele atraer á cualquiera clase de funciones. De aquí, sin duda, en parte el que á todos los actos de aquel día acudiese tanto número de fieles; y dije en parte, porque no me parece justo quitarle su mérito á la devoción de los verdaderos amantes del Corazón Deífico, ya que desde las primeras horas de la mañana notamos con gran consuelo nuestro una afluencia inusitada al comulgatorio. La misa, como todos los años magnífica y ejecutada con la perfección con que suelen hacerlo estos seminaristas, ahora sobre todo que tienen á la cabeza un director tan competente como el antiguo redoblante de la célebre banda de los Estanislaos de Manresa, el P. Ignacio Morell. No me fué posible escuchar el sermón del P. Vilella, pero me dijeron que había sido cosa buena. La procesión de la tarde sí la pude presenciar, y á fuer de cronista, desde sitio donde pudiera hacerme bien cargo de su importancia; y puedo asegurarle que fué lucidísima. Salió del templo á las dos y media y, cruzando la sacristía, siguió el mismo recorrido de siempre, deteniéndose en los cuatro hermosos altarcitos colocados en tres de los ángulos del claustro y en el escenario del salón de actos, donde se cantaron escogidos motetes. No se la describo por detallado, por no repetir y porque ya V. la conoce, pero sí quiero hacer

constar que, como este año ha aumentado tanto la población y se han cultivado de un modo especial las Congregaciones ya existentes y fundado las de Hijas de María, las cuales todas asistieron en corporación y con sus estandartes y distintivos propios, así como también los niños y niñas de ambos colegios y de ambos asilos de la localidad, no pudo menos de resultar mucho más brillante que otros años. Tuve curiosidad de contar los concurrentes de fuera, y me resultaron 296 niños, 315 niñas y unas 600 personas mayores de ambos sexos. Al volver á la iglesia les echó el P. Darner una fervorosa exhortación, y terminó la fiesta con el disparo de una estruendosa batería y la elevación de varios globos, que, como el día era tan espléndido, subieron todos muy bien.

El 23 del mismo mes de Junio se dió principio á una nueva práctica piadosa, debida al celo de los nuestros, y que esperamos ha de producir abundantes frutos espirituales: me refiero al retiro mensual para sacerdotes entablado en el Salvador bajo la dirección del P. Colón. Era una necesidad que se dejaba sentir poderosamente. Aprovechando, según tengo entendido, los días de campo, en que el Colegio queda libre de niños y la nueva, espaciosa y bellísima capilla de los colegiales, que se acaba de construir, se les harán en ella las meditaciones y pláticas de costumbre en tales casos. La idea ha tenido muchísima aceptación de los señores curas y sacerdotes de más prestigio en la capital y fuera de ella, y son innumerables los que han prometido concurrir para aprovecharse de tan santa práctica. Claro está que el Excelentísimo Sr. Arzobispo, como tan piadoso y ejemplar, piensa ir siempre á la cabeza de los demás, como ya lo hace en una de las muchas tandas de Ejercicios anuales y en los casos de conciencia.

Pensaba no decirle nada de la repetición del acto literario-musical dado por el Seminario en conmemoración de la Independencia Argentina: ¡es tan difícil hablar sin pasión de las cosas propias! Pero, como nadie lo hará y cede en honor de nuestra madre la Compañía, voy á ver si, dejando modestia aparte, puedo dar de él alguna idea con cuanta imparcialidad me sea posible. La causa de su repetición en nuestro Colegio de Buenos Aires ya la saben ahí por otra mía (1); calcéme, pues, de nuevo las espuelas, persuadido de que si no me salía por lo menos tan bien como en casa, iba á resultar un fracaso solem-

(1) Fué el mérito de la composición y la perfección con que fué representada. (Nota del H. Mainer).

nísimo: ¡tanto ruido se había metido por la capital! Las señoras que constituyen la comisión del Seminario, damas todas de nuestra más alta sociedad, se habían puesto hacía días en campaña, y á ellas se debe indudablemente la numerosísima y escogida concurrencia del bello sexo que llenó el espacioso salón de actos del Salvador. Por este lado, pues, quedamos plenamente satisfechos. Nuestro gran amigo, el católico diputado nacional D. Pedro Celestino López, se movió también por su parte, procurando comprometer al elemento oficial, pero, habiendo caído en cama en vísperas de la fiesta, no le fué posible salir del todo con lo que pretendía: asistieron, sin embargo, cuatro ó cinco miembros de la Cámara de Diputados y algunos otros caballeros de su posición. Yo procuré entusiasmar a los militares, y algunos acudieron en efecto, pero no todos los que estaban comprometidos: fueron á última hora citados para las tres de aquella misma tarde, á fin de recibir órdenes con respecto á la parada del día siguiente, 9 de Julio, y nuestro acto empezaba á las dos en punto. A pesar de todos estos inconvenientes, y á pesar también de que el día se mantuvo desapacible, por haber llovido copiosamente la víspera, y de que á la misma hora tenía lugar en el Colegio de San José una fiesta análoga, y de que aquel era día de trabajo y hora en que funcionaban las oficinas, todavía dicen los Padres del Salvador que nunca vieron tanta y tan selecta concurrencia, llegando alguno de ellos á calcular su número en unas 1.000 personas. ¿Y quién sabe si aun estos contratiempos no fueron también una especial providencia del Señor? Porque, de haber sido utilizadas las 2.000 tarjetas de invitación que fué necesario repartir, dadas las innumerables peticiones que nos llovieron de todas partes, no sé dónde hubiéramos podido colocar decentemente tamaña concurrencia. Hasta aquí no se me puede tachar de parcialidad, ¿no es esto?: prosigamos, que falta aún lo principal.

Cuanto le diga del adorno del salón será poco para los elogios que se merece: los buenos Padres y Hermanos del Colegio se esmeraron en complacernos y ayudarnos cuanto pudieron, y cierto que les estamos sumamente agradecidos. No se había quitado aún la sorprendente instalación eléctrica que sirvió para los actos que allí se dieron en Mayo, de modo que nos pudimos aprovechar también nosotros de ella: ¡imagínese, pues, cuál estaría el escenario! No se me ocurrió contar el número de lamparillas, pero entre las que bordeaban el arco de la boca y las que, formando caprichosas guirnaldas de luz, adornaban interiormente toda la bóveda y la archivolta exterior, calculo que se

aproximaban á 1.000. Nosotros llevamos de aquí el cañón construído por el H. Quetglas, que tanto había llamado la atención de inteligentes y profanos, y formamos con él y otras armas antiguas y modernas, de que tiene tan buen acopio el Salvador, un trofeo parecido al que habíamos ideado en la primera exhibición del acto. El cuadro del antiguo Cabildo y pirámide de Mayo, que ya les había servido á los del Colegio, sustituyó á nuestro gran escudo nacional, que no fué posible utilizar allá por lo desmesurado de sus dimensiones. Las armas de España y de la ciudad de Buenos Aires, festoneadas de banderas argentinas y españolas unidas entre sí por la parte inferior por una hermosa escarapela azul y blanca, ocuparon los dos pilares extremos del fondo, pues en los otros dos más inmediatos al cuadro se suspendieron dos vistosas panoplias, el brillo de cuyas armas, heridas por los haces de luz que de todos lados en ellas se reflejaban, producía un aspecto mágico imposible de describir. Añada V. á esto lo soberbio del gran cortinaje de damasco encarnado, que en majestuosas y elegantes ondas pendía del gran arco principal, el buen gusto con que, sobre artísticos pedestales, se habían distribuído en los ángulos del mismo escenario y por lo restante del salón sendos jarrones de plantas naturales, lo vistoso de los escudos de las catorce Provincias Argentinas que, engalanados en la misma forma que los dos que antes dije de España y Buenos Aires, adornaban las paredes á lo largo de las galerías, y finalmente, la finísima alfombra de color verde claro que cubría todo el piso, dígame si pudiera haberse ideado más cabal, más regia ornamentación.

La orquesta que había tocado aquí en el Seminario era bastante numerosa, y más que todo escogida, como que se componía de artistas acostumbrados á actuar en los mejores teatros de la capital: juzgóse, sin embargo, que, tratándose de un salón de la fama que el del Salvador, era menester reforzarla, y se aumentó hasta el número de 50 profesores. Huelga, pues, el decir que se desempeñó á pedir de boca, contribuyendo poderosamente á hacer salir más lucida de cuanto pudiera exigirse la loa «¡Patria!», base principal de todo el acto. Dicen los entendidos que su ejecución resultó esplendida, valiendo al autor de la música, el Sr. Ortíz y San Pelayo, una verdadera ovación en cada una de las cuatro jornadas de que consta. Cuando se ejecutó por vez primera, tuvo el P. Morell la repentina feliz ocurrencia de desempeñar el papel *España,* é hízolo con tal entusiasmo y cantó con tal delicadeza de expresión, que arrancó al terminar nutridísima y espontánea salva de

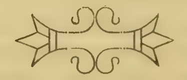
aplausos. Lo mismo sucedió en el Salvador, y sin duda que al esfuerzo que hubo allí de hacer se debe la penosa enfermedad que le ha tenido postrado en cama por espacio de un mes, pues llovía sobre mojado, ya que hubo de cantar á raiz de un molesto constipado que hacía días le aquejaba. De varias partes de la República me han pedido después esta pieza para ejecutarla: no he tenido inconveniente en mandarla, acordándome de que *bonum est diffusivum sui*, pero dudo de que puedan salir con lo que pretenden, pues en ninguna parte cuentan con los poderosos elementos corales de que nosotros disponemos.

De las restantes composiciones no quiero decir otra cosa (por no exponerme á que me digan que no tengo abuela), sino que no desmerecieron de como la primera vez se habían declamado. Es verdad que alguno de los declamadores, sea por lo desacostumbrado del local y el auditorio, sea por otras razones cualesquiera, no se entusiasmó tanto esta segunda vez como la primera; pero otros, en cambio, se excedieron á sí mismos cual yo no lo esperaba; y mirado el acto en conjunto, resultó, á juicio de cuantos lo presenciaron en ambas partes, mucho más perfecto en el Salvador que aquí en casa. Tenemos, pues, bien por qué dar gracias al Señor, que así tan palpablemente nos ayudó, hasta en el superar los no pequeños inconvenientes que naturalmente trae consigo el tener que trasladar de un golpe, y con tanta facilidad como se hizo, á los ciento cincuenta y tantos alumnos, chicos y grandes, que componen este Seminario.

Con que, cumplí superabundantísimamente con lo que me había propuesto; imiten VV. mi ejemplo cada y cuando escriban, y entretanto no me olviden Padres y Hermanos en sus SS. SS. y OO.

Ínfimo en Cristo siervo,

LUCIO A. LAPALMA, S. J.



FILIPINAS

MANILA

SEMINARIO DE SAN CARLOS

CELO APOSTÓLICO DE LOS SEMINARISTAS

Carta del P. Mariano Juan al H. Antonio Guasch.

Muy amado en Cristo H. Guasch: Voy á decirle sencillamente cuatro cositas de mis vacaciones con los seminaristas. Los de San Carlos fueron á pasarlas en comunidad; no así, por disposición del Sr. Obispo, los de San Javier, pues tuvieron que irse á sus casas solos.

Este año vinieron conmigo el P. Navet, y el difunto P. Morell á Orani (Bataán), pueblo distante unas cinco horas de vapor por la bahía de Manila. Los seminaristas vivían en una casa grande de nipa al estilo del país, muy fresca y ventilada, porque todo es allí caña, incluso el mismo pavimento levantado unos dos metros del suelo.

Desde los primeros días tuvimos Catecismo en la iglesia parroquial con asistencia de unos 300 niños. Se les enseñaron cantos y se prepararon unos 80 para la primera comunión que tuvo lugar la dominica de la Santísima Trinidad. El Catecismo despertó grande animación entre la gente menuda que aguardaba el comienzo hasta dos horas antes que empezara. Son los niños de este pueblo muy afinados, así que en un día aprendían bien un canto tagalo. Se les dieron estandartes (pin-

tados en Manila por mis muchachos de servicio) y se les hacía cantar cada cuarto de hora de Catecismo á campana tañida. Preparamos también un pequeño acto para fin de vacaciones con orquesta y versos, y salió regular.

Hubo antes en el pueblo una procesión con banderolas de todas formas, colores y tamaños, hechas por los niños ó sus familias...; aquello parecia el dia de Ramos. Era cosa que llamaba la atención y de grandísimo consuelo oir á boca de noche por el pueblo los cantos de la Doctrina cantados á coro, a dúo, á solo y hasta silbando..... Esto para los rapazuelos.

No faltó tampoco algo que entretuviera á los seminaristas durante los dos meses de vacaciones y que fuera provechoso además para los de Orani. El mismo día de nuestra llegada, á las doce del día, acudieron personas al Párroco pidiendo que los seminaristas tuvieran como el año pasado conferencias públicas en las plazas contra los protestantes. Se trató la cosa con el bondadoso Párroco P. Salaverría y los Padres que allı nos hallábamos, y se determinó que domingos, miércoles y viernes por la noche se diesen dichas conferencias. Era aquello de lo más popular y práctico que he visto. Como á las ocho, acudían grupos de hombres á buscar á los seminaristas con faroles y luces de todas clases. Era el aspecto fantástico, y á los sectarios protestantes no debía de serles nada agradable.

Llegados á la plaza ó barrio (porque se iba variando de lugar para dar gusto á todos) se reunían los seminaristas en una casita, ó en dos, si era muy pequeña, mientras uno de sus compañeros subía en la plaza á un entarimado más elevado que el piso, desde donde dominaba completamente el crecido auditorio. El silencio era profundo, al comenzar la primera parte de la conferencia sobre asuntos dogmáticos; á continuación el otro seminarista entablaba su polémica sobre materias candentes, contra los protestantes que son numerosos en Orani, y tienen levantada una capilla. Solía tener esta segunda parte un seminarista llamado Nicasio, jóven de 19 años, que fué antes protestante arrebatado por las ideas que aquí reinan en Manila entre los jóvenes. Sólo le diré, mi querido Hermano, que hizo 13 dias de nuestros Ejercicios en San Carlos y el día de San Javier entró de seminarista. Como es fervoroso y conoce el paño y las añagazas de que se valen los falsarios para introducir sus errores, les arrimaba cada paliza con gran sorna é ironía, que el auditorio se desternillaba de pura risa contra el protestantismo.

Al volver á casa, y ¡qué de vivas y agasajos por parte de los católicos y qué de rabietas por parte de los protestantes! Hasta levantaron uu grave falso testimonio é injuriaron á dicho Nicasio, y presentando demanda salió, ante el juez, vencedor en toda la línea. La gente estaba indignada contra la chusma sectaria y tanto, que hubiera sido bastante habernos *more passive*, para que les propinasen una soberana paliza por lo menos á los protestantes. Todo procedió bien.

Conversiones estando nosotros y después de nuestro regreso á Manila ha habido varias, como también bautizos de niños de familias protestantes. El jóven Nicasio visitó conmigo á un obrero protestante, enfermo hacía siete meses y dejado en abandono por sus compañeros de *protesta:* le consolamos y dimos alguna medicina y limosna; y el día siguiente me pidió permiso para darle el joven Nicasio su propia manta al protestante enfermo y se lo consentí.

Gracias á Dios y á su bendita Madre las vacaciones resultaron variadas y provechosas. Nada le digo de las excursiones que hicimos invitados formalmente por el Sr. Párroco y los principales de Angeles. En este pueblo los seminaristas se encargaron de todo: misa, sermón, canto, etc. Eramos recibidos *more episcopali*, por decirlo así: repique de campanas, *Te Deum*, etc. Aquí echan la casa por la ventana por un acontecimiento nunca visto. Recorrimos gran parte de la provincia, llamada Pampanga: española de corazón.

Permítame V., ya que le escribo tan raras veces, que le cuente algo de una expedición á los Montes de Mariveles, con que rematamos la temporada de vacaciones.

El día 7 de Junio muy de mañanita emprendimos la subida, llevando para cada dos seminaristas un caballo, de manera que á cada media hora tenía lugar el cambio de caballo: ó el de San Francisco ó el de Orani. Tres horitas duró la subida por entre sendas y espesos cañaverales. Al medio camino nos salió al encuentro un habitante de aquellos montes, llamado *aeta*, puro salvaje; empuñaba bastón de mando, adornado el cuello con unas gargantillas que en forma de granitos

de rosario le daban innumerables vueltas, y un pedazo de ropa para cubrirse lo más imprescindible y nada más. Vino con el un músico, pero tenía de tal aún menos que un vereuse; pues no tenía otro instrumento que un caldero de latón algo aplanado y un pedazo de madera para sacudirlo. Y con aquello nos fué acompañando hasta que llegamos al fondo de un torrente de limpias y riquísimas aguas, donde pasamos aquel día.

Los pobrecitos nos habían preparado mesas de caña, asiento de caña y hasta ollas de caña. De caña eran los vasos con que bebíamos y los platos donde poníamos nuestra ración. ¡Qué morisqueta cocida dentro de canutos largos de caña! Unos buscaban agua del torrente ó de alguna fuente cercana con tubos muy gruesos de caña. Las peinetas de las mujeres eran asimismo de caña. ¡Qué sencillos, atrasados y rudos! No he visto cosa igual: los igorrotes parecen otra cosa; porque estos *actas* no tienen casas, ni sementeras, excepto algún pedacillo. A cada relincho de los caballos, huían á la desbandada espantados de aquella novedad. Vi subir á uno á lo más alto de un árbol en un santiamén. ¡Pobrecitos!... y nadie se cuida de ellos...

Aquel día los seminaristas hablaron con ellos, y supimos cosas tradicionales entre ellos muy curiosas. El modo de casarse es el siguiente: colocan los parientes á la mujer encima de un árbol y se colocan ellos después alrededor de él, dando vueltas *bolo* en mano; si el aspirante á marido de la *acta*, puede tener la fortuna de pasar por en medio de aquel círculo de hierro sin que le toquen, sube á buscar á lo más alto á su consorte, y ya está hecho el feliz matrimonio; pero si le tocan los parientes de la novia, lo dejan allí muerto y encuentra la sepultura al pie del árbol: ó casado ó muerto. Y como los viejos se casaron pasando por estos peligros, es muy difícil que dejen casar á los jóvenes sin estos mortales requisitos.

Por la tarde, después de tomar algo, les dije á todos, que serían unos 70, por medio de intérprete, algunas cosas buenas. De muchos me dijeron que estaban bautizados; pero no sería cosa fácil dar con la partida de bautismo de estos infelices. Creo que no tienen otra práctica que bajar la Nochebuena á Orani y colocarse todos en el presbiterio, para oir la santa misa y pare V. de contar. ¡Qué bien haría un misionero dedicándose á la evangelización de estos pobres *actas!* ¡Dios Nuestro Señor depare algún misionero que tome á pechos tan santa obra! Gracias á Dios no tuvimos percance en todo el viaje.

Hemos dado comienzo á este curso tomando con más ardor que

otros años la santa labor del Catecismo. También han roto el fuego los seminaristas de San Javier, de modo que entre ellos y los Padres del Ateneo, los congregantes marianos del P. Villalonga y los de San Carlos, tenemos *28 Catecismos*. Nos ayuda mucho el tranvía que va á todas partes con gran facilidad. Pero, amadísimo H. Guasch, no se duermen los protestantes y aglipayanos y espiritistas para arrebatar almas á Jesucristo. ¿Qué será de Filipinas á la vuelta de unos 20 años? La reacción es muy poca, dado el carácter apático y voluble de la mayor parte de la gente.

Adiós, mi inolvidable H. Guasch. Dispénseme las faltas, porque voy á escape.

Me encomiendo en sus oraciones y en las de todos.

Siervo suyo en Cristo,

MARIANO JUAN, S. J.



RESIDENCIA DE DÁVAO

EXCURSIÓN Á LOS PUEBLOS DE SIGABOY

Carta del P. Guillermo Llobera al R. P. Superior de la Misión.

Sigaboy 15 de Junio de 1910.

Muy estimado en Cristo P. Superior: Terminada ya la excursión que, durante poco más de un mes, he hecho á los pueblos de la Misión de Sigaboy, quiero hacer á V. R. una relación de los ministerios practicados durante ella, y al mismo tiempo del estado moral y material de estos pueblos ó visitas desde la Punta de San Agustín hasta La Unión, que es el último que se ha conservado después de la revolución; pues siguen hacia el Norte mandayas y moros que, aunque bautizados en tiempos del Gobierno español, ahora se han vuelto á sus antiguas costumbres y supersticiones.

Casi todos los monteses que viven desde La Unión hasta la Punta de San Agustín, son manobos, pero dóciles y de fácil carácter, casi en su totalidad bautizados por nuestros Padres, pero tienen poca fe y mucha ignorancia, y con la libertad en cuanto á la religión que se predica y se practica por muchos de fuera y de aquí, ellos se dejan llevar de sus naturales instintos, y no se cuidan de practicar las costumbres cristianas; se casan sin intervención ninguna del Padre, y fácilmente abando-

nan su mujer y toman otra que no es la suya. No obstante eso, hemos procurado hacer lo posible para remediar, en cuanto se ha podido, este mal, casando á muchos que estaban ya unidos con intención de casarse cristianamente más tarde, haciendo lo mismo con otros casados civilmente, y recordando á todos que los cristianos se casan con una sola mujer y ella es la sola compañera mientras vive.

En cuanto á los bautismos si que procuran los padres presentar á los niños para bautizarlos, y en esto se ve la Providencia de Dios, que en un sacramento tan necesario, sean cuidadosos; pocos son los padres bautizados que descuiden tan sagrado deber, que si en esto fuesen tan negligentes como en las demás prácticas cristianas, muchos niños morirían sin bautismo. Durante esta excursión administré á 115 este sacramento, y á 20 el del matrimonio: unos 6 de los bautizados eran adultos. Las confesiones fueron 441 y de ellas 350 de manobos y las restantes de antiguos cristianos que viven mezclados con aquellos en todos estos pueblos. Les predicaba por la mañana en la misa, á la cual solían asistir muchos, y por la noche en el rosario, al cual no asistían tantos. Durante el día juntaba dos veces á los niños para enseñarles el catecismo; al cual suelen asistir, si la escuela, cuando la hay, no es mixta y oficial.

Si deja mucho que desear el estado espiritual de estos pueblos, no están mejor en su parte material. Por los restos que han quedado de los antiguos pueblos, se conoce que eran poblaciones formales con sus manzanas, calles y las correspondientes casas y huertas; ahora sólo quedan las calles llenas de hierba, las cercas divisorias de las huertas y arigues viejos en pie, medio caídos, señal de las casas abandonadas hace ya mucho tiempo. Dicen que la causa del abandono de estos pueblos fué que un Gobernador de Dávao mandó, hace tres ó cuatro años, que la gente no viviese junta en los poblados de la playa, porque perdían el tiempo necesario para hacer sus sementeras, en arreglar calzadas, casas, huertas y cercas del pueblo, y así que hiciesen una gran calzada desde la playa al monte, y á una y otra parte de esta calzada hiciesen sus viviendas y plantaciones.

Obedecieron enseguida los monteses; abandonaron el pueblo y se fueron á vivir lejos, quedando solamente en el pueblo la casa del comerciantillo que les compra la almáciga, que es casi lo único que cosechan desde Sigaboy á la Punta, y el cual les provee de arroz y ropas y otros efectos de comercio. Así es que en Pundaguitán, Calagoján ó Tagabili, Sorop ó Nazaret, Tiglauán, Luzón, Magdug ó antigua Nu-

mancia, Burut-burut ó Monserrat, entre malezas, árboles y viejos arigues y restos de antiguas iglesias, sólo se ven dos ó tres casas de los comerciantillos americanos, españoles y filipinos, que se disputan la almáciga de los monteses.

Ahora el Gobierno de Dávao, viendo el resultado de aquella desacertada medida, ha dado orden de que vuelvan y bajen á la playa á formar pueblo los que antes de tan buena gana se fueron al monte, pero ellos no consienten de buena gana en bajarse y formar otra vez casa y pueblo en la playa, echando la culpa de esta medida á algunos de los comerciantillos. Por esto les han amenazado y han tenido que enviar *scouts*, para proteger á dos americanos que se veían en peligro de sus vidas y haciendas, y en varios pueblos se han remontado los manobos sin que se les pueda hacer bajar por buenas; por malas ha de costar mucho.

Otra de las causas del malestar de estos pueblos, es que todos estos monteses son esclavos de dichos comerciantillos y hacenderos, á causa de las deudas que con ellos tienen contraídas. Todo esto contribuye al malestar que actualmente se nota en los indios de estos pueblos de la Punta, que constituyen la mayoría de los habitantes, pues los bisayas y demás extraños son pocos. Para conservar la paz y para que no se altere el orden y defensa de los hacenderos, ha puesto el Gobierno destacamentos de *scouts* en varios puntos de una y otra parte del golfo. En la parte de la Punta de San Agustín hay tres: uno en Mompasing, otro en Pangasinán y otro, el más lejano, en Sigaboy, donde hay 25 soldados con un teniente. En la otra parte del golfo hay destacamento en Maleta, Santa Cruz, el Alto Agusan, en Veruela y Compostela, dependientes de Dávao como pertenecientes á la provincia Mora. En Dávao residen los restantes de los 400 y pico de *scouts* que vinieron, muchos de ellos casados que aquí tienen sus mujeres, la mayor parte de ellas buenas.

Este trastorno en estos pueblos ha sido en detrimento de la religión, porque estos indios faltos de tranquilidad en los pueblos, y sin una persona que tenga interés por el bien espiritual del pueblo, sino por el contrario sólo cuidadosos de que les paguen sus deudas y les ayuden en su comercio, no están para hacer iglesias nuevas, ni arreglar las viejas, y así no pueden practicar sus obligaciones de cristianos. Entre todos los pueblos de la Misión, fuera de este de Sigaboy, no hay más que tres viejos camarines con el nombre de iglesia, sin que haya en ninguno de ellos convento ó habitación para el Padre. En las

tres iglesias dichas tuve que vivir en la sacristía, y en los demás pueblos en algún camarín ó casa particular que servía de convento é iglesia. Unicamente en Sigaboy tenemos una iglesia demasiado grande, aunque casi ruinosa, que se libró del incendio intencionado que durante la revolución destruyó el convento, y ahora vivimos, hasta que tengamos lugar mejor, en un edificio que hicimos para cocina.

Como el trabajo aquí es poco he procurado llamar é invitar á los niños para hacerles algún rato escuela en el convento y así poderles enseñar el catecismo y que no sean tan ignorantes como son; pero los padres y los niños se hacen el sordo y ni uno se ha presentado. La causa es que en Sigaboy hay escuela oficial y mixta y así el maestro está apoderado de los niños, que apenas se acercan á la iglesia. He aquí por qué ni un niño hay en toda la Misión que sepa ayudar á misa, y muy pocos son los que saben las oraciones más necesarias del catecismo. Nunca había tenido que hacer uso del permiso que tenemos de decir misa sin ayudante, y aquí me he encontrado algunas veces en este caso.

Esta falta de niños nos ha hecho padecer mucho desde que, con el H. Gairolas, vine á abrir esta Misión, porque solos tuvimos que estar durante cinco meses en medio de grandes trabajos, por no haber nada preparado para nuestra venida. Llegamos aquí la mañana del 23 de Noviembre y, no habiendo convento (porque no puede decirse convento un edificio podrido y casi sin techo que se arruinó y desplomó por sí mismo el día de San José), nos tuvimos que quedar en la sacristía después de haberla desocupado de los muchos trastos viejos que desordenadamente y en confusión estaban tirados por toda ella. Después de limpiada y desocupada de todo lo que sobraba nos establecimos en ella y ha sido nuestra habitación durante medio año, hasta que pudimos trasladarnos al pequeño edificio indicado antes. Pero á más de la habitación nuestra tan miserable, necesitábamos lugar para cocina, para algunos animales que habíamos traído, y para lo demás necesario en una casa; y para eso tuvimos que abrirnos paso hacia la huerta, bolo en mano, cortando la hierba alta que había invadido y cerraba el portal que daba al corral y huerta.

En esta iglesia de Sigaboy poca es la gente que viene á misa los domingos, y no digo los días de trabajo porque de ordinario no viene nadie. Antes de la revolución estaban el convento y la iglesia unidos al pueblo; porque después de las casas había la plaza con los edificios públicos de escuelas y tribunal cercanos ya, pero ahora que han des-

aparecido estos edificios y muchas casas, por haberse ido muchos ó al monte á sus sementeras, donde siempre viven, ó á otros pueblos, principalmente á La Unión, donde hay mucha y buena tierra para abacá, nos hemos quedado lejos de la gente, y así tienen motivo, á su parecer, para quedarse en sus casas, mientras el Padre dice la misa. Ya hemos pensado, supuesto que se haya de hacer convento é iglesia, hacerlos más pequeños, en el pueblo cerca de la playa, para que la gente tenga más facilidad para cumplir con las obligaciones de cristianos.

Sin más por ahora, saludo á todos los Padres y Hermanos.

En sus SS. SS. y OO. me encomiendo.

Siervo en Cristo,

Guillermo Llovera, S. J.



RESIDENCIA DE CAGAYAN

UN MISIONERO DENUNCIADO POR LOS AGLIPAYANOS ANTE LOS TRIBUNALES DE JUSTICIA

Carta del P. Félix Córdoba al H. Francisco Javier Rello.

Gingoog (Misamis) 1.º de Julio de 1910.

Amadísimo en Cristo H. Rello: Mucho agradezco su última carta, para mí tanto más digna de aprecio, cuanto más lejos estaba yo de merecerla por mi imperdonable tardanza en contestar á sus anteriores.

En el catálogo figuro, es verdad, en la Casa de Talisayan con el Padre y el Hermano, pero mi vida y oficio lo forman el *miss. excurrens* que sigue. Ordinariamente vivo en Gingoog, misión antigua, de donde salió el P. Pamires en tiempo de la revolución, y que dista de Talisayan casi una jornada á caballo. Desde Gingoog visito los barrios pertenecientes á la Misión, y solo una vez al mes, poco más ó menos, voy á Talisayan, para hacer la colada de alma y cuerpo, y descansar unos días, y luego piquen otra vez con mis dos batitas, hacia Gingoog, sin ver más Padre ni Hermano hasta el siguiente mes.

Con que ¿quiere saber algo de la denuncia contra mí? Pues le digo, que ya me torearon bien los aglipayanos, árbitros en aquella ocasión de la autoridad local.

En el sermón que prediqué el día de Santiago exhortaba al auditorio á que mantuvieran íntegra y sin mancha la fe que los españoles les habían predicado..., y señalándoles al aglipayanismo como uno de los actuales peligros para perderla, eché mis párrafos correspondientes para ridiculizar el cisma y poner de manifiesto lo necio y pueril de sus

pretensiones. También recomendé á los católicos que en las elecciones para Diputados, que estaban próximas, dieran sus votos al candidato católico, y que no podían darlos á los no católicos ó aglipayanos.

¿Qué has dicho, Córdoba? Estaba á la sazón en Talisayan, preparando y trabajando por el triunfo de su candidatura, un furioso aglipayano de Mambájao, hermano del buen congregante de Manila, Baldomero Peláez, á quien V. sin duda conoce.

Desde luego, que ni el candidato ni los que le acompañaban, aglipayanos como él, estuvieron en misa el día de Santiago, pero al salir, alguien ó algunos de la familia del tal Gregorio Peláez, le contaron lo que yo había predicado respecto á elecciones.

¿Recuerda V. de cuando niño, cómo prende la chispa en la rastrojera seca y recalentada por los ardores del estío? Pues con mucha más presteza y más viveza todavía prendió en aquel hombre el fuego de la ira é indignación, creyendo que mi sermón le había arrasado, no ya la rastrojera, sino la gran mies de 30 pesos diarios, que él contemplaría en lontananza. Este fué el único y verdadero motivo de la furia que se apoderó de aquel hombre.

Pero, para no dar ellos la cara, y evitar la odiosidad consiguiente, hicieron salir á un aglipayano de Mambájao, acusado antes ante el juzgado, porque mandó quitar los badajos de las campanas de la iglesia católica de su pueblo, quien, sin mentar para nada las elecciones, presentó la siguiente denuncia por calumnia: «Que en el sermón del día de Santiago, el P. Félix Córdoba había dicho que estos aglipayanos que vienen aquí son ladrones, embaucadores y *anfioneros*».

La denuncia es enteramente falsa: pero como ellos eran el juez, testigos, ley, y de todo se servían para saciar su saña, es indecible lo que nos marearon y nos hicieron sufrir, presentando todos los testigos falsos, ninguno de los cuales había estado en misa ni en el sermón, rehusando admitir la fianza para que el Padre no quedara preso, mandado prenderme una y otra vez, preguntando lo que querían y como les daba la gana á unos testigos y á otros, etc., etc. Por fin sobreseyó el juez la causa; pero el mismo día á las tres de la tarde repiten de nuevo la denuncia, presentan dos nuevos testigos falsos, y el juez remite la causa á 1.ª instancia.

Para la vista de la causa de 1.ª instancia tuve que pasar á la vecina isla de Lamiguin, y después de aguardar que llegara el turno á mi causa casi 15 días, me avisan, por fin, que el fiscal no había admitido la denuncia: y cuestión acabada.

Ahora ya, todos tan amigos y campantes; el mismo Gregorio Peláez, verdadero autor y atizador de todo el fuego, me prometió días atrás contribuir, con 50 pesos, para el techo de zinc que proyectamos poner en la iglesia del barrio de Medina, perteneciente á mi Misión.

Es de todos VV. afmo. hermano y siervo en Cristo,

FÉLIX CÓRDOBA, S. J.

ESTADO DE LAS MISIONES EN CAGAYÁN, BALINGASAG Y OTRAS CRISTIANDADES

Carta del P. Gregorio Parache al P. Miguel Guardiet

Muy amado en Cristo, Padre: Acabo de llegar de mi viaje á Talisayan y Gincoog, que ha durado un mes.

De las cosas de acá no sé qué me diga. En medio de tantas franquicias y libertades, me temo lo de la iglesia *liebre* en el Estado *galgo*. Mal, muy mal, rematadamente mal. Si estos supiesen, quisiesen ó pudiesen ser otros y defender su fe y sus cristianas costumbres... Nosotros seguimos apuntalando la casa, porque no se venga á tierra.

Mañana se reunirán en Bubuntugan los PP. Heras, Font y Contin para San Andrés, y luego en Jasaán para la Inmaculada. En Talisayan bien. Van 100 niños á la escuela católica; y, á pesar de las malas propagandas, el pueblo se conserva. Todo un mes ha estado cantando misas de *requiem* el P. Buguñá. Hasta yo canté ocho en Gingoog.

El P. Obach fué á Baliangao y Lamgasan y todavía se alargó más. En Baliangao tal cual; pero en las demás casi se tuvo que escapar. Linabo, Malaybalay, etc., se están *civilizando* y japonizando al vapor: allí calzadas, puentes, aceras, traídas de agua, escuelas, inglés, trajes, diversiones, desparpajo, que ya ya.

En los pueblos de Cagayán, Opol, Gusá, por esta parte, y en los de Misamis, Oroquieta, etc., por allá, como echaron de sí el fardo la-

tino, reina *civilización* completa. Han dado un paso más, y se quedan á la hora presente sin nada que les estorbe. Ya no tienen ni iglesia, ni santos. ¿Para qué? En Cagayán tendrán su fiesta mayor no el 28 de Agosto, sino el 26, en conmemoración de haberse visto en aquella fecha libres de España. Acerca de los cementerios nos molestan de contínuo, para que, al fin, lo secularicen todo, que á esto van.

Tengo cartas del P. Alaix desde Dávao. Pasaron sus apuros cuando la sublevación de la policía; pero los nuestros han quedado en muy buen concepto ante americanos y filipinos, amigos y no amigos, protestantes inclusive.

Lo de Caraga y Baganga va bien. Ya han ido Madres del Beaterio á Caraga y á Jasaán, donde se reunen muchos niños y hasta *dalagas*. Bien considerado, no tenemos por qué desanimarnos del todo.

Aquí abundan los trabajos para todos los temperamentos. Magnanimidad, corazón grande, celo y deseo de padecer por Cristo: con este *matalotage* y el famoso aposentador de San Francisco de Borja, se puede ir hasta más allá de Gingoog sin miedo ninguno.

Los religiosos del Sagrado Corazón, holandeses, van relevando, según creo, á los PP. Benedictinos en los pueblos de Surigao. Parece que para vivir piensan cultivar la tierra; á Dios rogando y con el azadón cavando. La previsión es providencia. Ya son unos 12.

Yo, al bajar de Gingoog, encargué á un chino de Lapinig 100 tablas y 100 solesas que nos faltan para concluir el piso de esta nuestra *basílica*. Las Madres Beatas nos han puesto las ropas y ornamentos de la iglesia, que da consuelo y ganas de alabar al Señor. Nuevos bordados, traslado de los antiguos á telas nuevas, cíngulos, capillos para copones, paños de hombro..: dígole estas cosillas, para que vea que no todos nos persiguen. A mí me han declarado guerra los aglipayanos, pero yo no me quedo corto en salirles al encuentro, porque allí está el foco del judaismo.

Me encomiendo en los SS. SS. y OO. de V. R.

Siervo en Cristo,

GREGORIO LARACHE, S. J.



RESIDENCIA DE BUTÚAN

EXCURSIÓN A LOS INDIOS DE BUGABUS

Carta del P. Jaime Vallés al R. P. Fidel Mir.

Butúan 24 de Enero de 1910.

Reverendo en Cristo, Padre: Le escribo ésta de vuelta de mi peregrinación de 8 días por el inaccesible Bugabus á donde he subido á visitar los habitantes del pueblecito llamado Manila. Mi objeto era conocer y tratar á los pobres habitantes que hacía 9 meses no habían visto Padre alguno, y como no es fácil enviarles aviso por no tratar con muchos butuanos, determiné ir á Amparo y desde allí por medio de parientes y amigos avisarles de la pronta subida del P. Misionero. Salí, pues, el sábado día 15, después de obtener el permiso y aprobación de mi inmediato Superior y llegué á Amparo á las dos de la tarde. ¡Qué impresión tan triste me produjo la vista del cristiano pueblo de Amparo! La iglesia hecha un montón de basura por el último baguio, el pantalán desaparecido, algunas casas derrumbadas y otras á medio caer. Debajo de la nueva y hermosa escuela, la mesa del altar, y arriba, en un rincón, el retablo y la hermosa estatua: el pueblo desierto, parte de sus habitantes buscando la vida en las sementeras de Butúan, otros plantando camote para aliviar la necesidad que sentirán dentro de poco, perdidos como tienen ahora los camotales. Me visitó el capitán y principales y todos me hablaron del hambre «*guibati gutum*». ¡Infelices! si tuviesen hábitos de trabajo, á la mano tienen el remedio

de la necesidad, pero no aguanta el manobo 15 días de trabajo continuo; han de pagar dos pesos de carreteras y uno de cédula, tiran dos días abacá, salen del apuro y todo el año tumba; y así son estos pobres nativos, y el Gobierno no hallará ni un hombre natural de aquí que á buen jornal trabaje en las carreteras que piensa abrir.

Al contemplar tanta desolación empecé mis trabajos, arreglando el altar en la escuela, y empezando á enseñar doctrina á las 14 *escuelas* (1) que pude reunir, que aumentaron hasta 20 los días sucesivos. Tres horas de doctrina les enseñé cada día hasta el martes inclusive; muchos ni siquiera sabían lo esencial y de *necessitate medii*. La distribución era: á las seis misa y plática; de diez á once doctrina; lo mismo de tres á cuatro; y á las cinco y cuarto rosario, plática y doctrina. Las escuelas han asistido á todos los actos, además confesé algunas personas y bauticé á dos párvulos. Entretanto avisé á los de Bugabus, objeto principal de mi detención en Amparo, y el miércoles después de misa á las seis y media emprendí mi subida á Manila á donde llegamos cerca de las dos de la tarde.

Y ¿qué quiere que le diga de estos pobres infelices, cascarujos y arrinconados por su voluntad en este desierto? Pues que su cortesía y bondad en recibirme y aun agasajarme ha superado todas mis esperanzas. O por razón del trabajo, á fin de librarse de las carreteras, ó por saber que yo les visitaría, se reunieron muchos, y *mucho vivo vivo*, como ellos dicen. El capitán Francisco Dumycang, oriundo del Libang y compañero del famoso Manhumugut, me salió á recibir á una hora de distancia, vestido de manobo; pero adelantándose á mí un poco, le encontré ya en el pueblo vestido á lo bisaya y con su bastón de mando. El masicampo Juan Tumbaboy, bautizado por el P. Nebot, hombre de pelo en pecho y matón de profesión, Pascual Masinag, José Yumood y casi todos sus sácopes no me dejaron ni un momento. Les admira que conozca yo tanta gente del Pusilao, Ujut y Libang, principalmente los baganis que en años anteriores les habían esclavizado á sus hermanos y parientes. Santiago Palugo ha estado en Gaon de esclavo, y así otros.

No hay en el pueblo, ni convento, ni iglesia, ni campana, ni santo patrón. Por ausencia del maestro me hospedé en la pequeña casa donde él suele vivir y á mi llegada arreglaron un pequeño y desvencijado camarín donde dije misa y ejercí los demás ministerios.

(1) *Escuelas* llaman en Mindanao á los niños y niñas menores de 14 años.

Como al anochecer vi que no estaba acabado el cobertizo, fuí yo mismo á arreglar el altar, poniendo para mesa dos tablas de mi camareta, por retablo una manta, en cuyo centro colgué mi crucifijo: no hay creo iglesia más pobre en toda la redondez de la tierra; y con todo, en este pequeño cobertizo se han visto las maravillas de la gracia. La distribución, como la de Amparo; con la notable diferencia de que los sagrados ministerios han sido muchos y de gran consuelo para todos.

Con la campanilla recorría las calzadas y llamaba casi á todos á misa y confesar. Los niños son verdaderamente los más adictos al misionero. Lástima que no soy filarmónico y no les puedo enseñar cánticos, ni siquiera entonar el «Corazón santo». 24 escuelas reuní en todos los actos, todos los del pueblo, digo mal, todos los que tenían un pequeño trapo con que cubrirse, que al salir de mi presencia y al llegar á sus miserables viviendas se lo quitaban. Esperaban con ansia el toque de la campanilla para acudir á la escuela como ellos decían, y era de ver con qué afán repetían las oraciones, lo esencial para salvarse, y una pequeña preparación para confesarse y hacer la primera comunión.

Como ví que no estaba acabado el camarín y si lloviera me mojaría diciendo misa, pregunté quién era el hombre de autoridad, y me dijeron que el que manda y ordena «*tamquam auctoritatem habens*», es Juan Panena, manobo de pura raza, desnudo y de larga cabellera, corredor de jabalíes, y de torva y furiosa mirada; fuí á hablarle y con cuatro gritos que echó se removió el pueblo y acabaron menos mal el cobertizo. A la noche el tal Panena, habiendo pedido prestado un mal traje, se confesó, yo le regalé una camisa que se puso delante de mí y le sobraban dos palmos en cada manga; cerca de la hora de cenar me visitó y me regaló un *manoc* ó gallo.

Confesé en todos los días 62 personas, casi todos los hombres, bastantes mujeres, los casandos que fueron cuatro parejas y 19 escuelas. Los que han faltado han sido por carecer de vestido y tener vergüenza de presentarse *in puris* delante del misionero. Los mismos casandos iban á pedir vestido prestado el día de la boda. Y á los 12 que preparé para la primera comunión les hubiera dado yo de buena gana una camiseta para que por lo menos se presentasen decentes á la Sagrada Mesa. Pero, Padre mío, estamos pobres y no tenemos, ni en esperanza, recursos para atender á estos pobres necesitados. Si quieren los Padres ver miserias vengan á Bugabus. Casi ninguna escuela estaba sin *cascaro* ó sin *tabugcao*. Era contínuo el rascar y aventar las moscas

que les molestaban poniéndose sobre sus úlceras. Me daba realmente pena al verles tan desgraciados, y casi apartaba los ojos para no ver tanta miseria.

Llegó el domingo 28, fiesta de gratos recuerdos para los niños y niñas, y después de plática y repetición de la doctrina aprendida, di la primera comunión á 12 escuelas. A una niña de unos 13 años, Filomena Lupayao, bauticé antes de misa, é instruída muy bien los días anteriores, tuvo la dicha de hospedar en su blanca alma al Señor de las vírgenes. Las comuniones repartidas fueron 52: durante la comunión entonó sus cantecitos Filomena Pucheda, cristiana antigua de Bunáuan, que también rezó todos los días el santo rosario durante la misa.

Ya ve, Rdo. Padre, que no ha sido escaso el fruto de esta pequeña excursión, sobre todo sabiendo lo mucho que se han alentado para levantar una modesta iglesia, y creo la harán pronto, si les prometo campana y patrón, aunque no sea del todo *gratis et amore Dei*. La contrariedad está de parte de los *rubios* que ahora les exigen escuela, y habitación del maestro, y calzadas, y limpieza, y carreteras y no les dejan en paz, y ellos ven que el Padre no les impone multas y los otros sí: pero ¿qué le haremos á Dios que permite tales calamidades para que se vea lo que puede la gracia divina en estos pobrecitos?

Todos me decían, Padre, «*camingao cay uala singbahan*», y el amor que me manifestaron regalándome de contínuo camote y pollitos, y caña dulce, y jabalí, era lo que me endulzaba la pena que sentía mi corazón al ver tanta miseria y desventura. Cuenta el pueblo 22 casas, en donde vivían 25 casados, 10 estaban fuera y quedan 13 remontados. En la Ilaya, á un día más arriba, vive remontado hace años Mandalugan con 20 casados. ¿Cuándo será que pueda visitarles, á lo menos para bautizar á los párvulos y enseñarles el camino del cielo? No lo sé, pero alientos no me faltan y si la caridad de los buenos de Manila, de esa Manila perla del Oriente, se interesa por la Manila de Bugabus enviándome una campana y un santo patrón, á elección de la persona devota que lo quiera costear, espero fundadamente que la piedad de Bugabus crezca de día en día y haya corazones entre estos miserables que amen de veras á Dios.

Y le digo que lo espero fundadamente, porque en medio de tanta miseria he encontrado almas bellas y de virtudes cristianas que sin duda en el día del juicio avergonzarán á muchos viejos cristianos.

Ahí tiene, pues, algo de Bugabus; nada le digo de la afectuosa

despedida, nada de la confesión del enfermo *Islao* (Estanislao), nada de los muchos episodios y costumbres que he observado en estos naturales, porque espero enterarme mejor cuando tenga la dicha de celebrarles fiesta en la nueva iglesia, y subirles campana y estatua.

Que todo lo bendiga el Corazón Divino y el Santo Apóstol de las Indias, y se despierten vocaciones para cultivar esta dilatada viña del Señor; yo les aseguro que cruces y trabajos habrán de tener, que sentirán desmayos y desconsuelos á veces, pero que nunca les faltará la gracia divina y que experimentarán las dulzuras de la cruz más que con el trato de gente civilizada.

Y nada más por hoy; ahora me dedicaré á preparar las escuelas para fines de Marzo, el 18, á fin de que den un actito en público y así se vea el adelanto de nuestra escuela católica. El Padre se irá hacia el mar para avivar el fuego del entusiasmo católico que prendió en los corazones de los buenos cabarbaranos y tubaynos, y yo me dispondré para celebrar, Dios mediante, en la hermosa iglesia de Nasipit las solemnidades de Semana Santa y Pascua: aguardando ocasión propicia para subir á Sibagat Bunaguit, Concordia y Remedio, y sobre todo ahora á Milagro en donde han aparecido unos 50 gigaonons de la parte del Pulangui hacia Impasúgon que desean bautizarse.

Ruegue V. R. por estos infieles y por su indigno misionero é ínfimo súbdito *in Corde Jesu*,

JAIME VALLÉS, S. J.

EXCURSIÓN DEL P. SALVADOR GIRALT POR EL ALTO AGÚSAN Y SUMILAO

Extracto de varias cartas de dicho Padre al P. Cristóbal Sastre.

San José 18 de Diciembre de 1909.

Amadísimo en Cristo P. Sastre: He visitado todos los pueblos del Alto Agúsan hasta Compostela inclusive, celebrando fiesta solamente

en San Juan y Patrocinio: los demás no estaban dispuestos. He encontrado los pueblos poco más ó menos como en mi anterior visita, con las mejoras de tener ya iglesia los de San Juan y Patrocinio y convento nuevo los de Haguimitan (San Rafael).

A pesar de las mojaduras y de otras incomodidades que el Señor permite para fortalecer nuestro espíritu y merecer cielo, estoy bien de salud.

En Veruela hicimos una fiesta con grande animación. Las socias del Apostolado van cumpliendo con la comunión; todos los días comulgan varias y ha habido algunas agregaciones.

Espero mañana al *dapit* de San José, donde pienso estar el próximo domingo 12 y empezar las fiestas de los pueblos del Sumilao, que están ya preparados y esperándome. Durante estas excursiones yo he renunciado al pan y casi á la comida española. Cómo á lo bisaya, pues estos criados no saben hacer más que morisqueta y tinola, que me prueba bien, y es comida muy apropósito para mí.

Lo que se siente mucho y entristece es ver lo poco que podemos hacer en bien de las almas de estas gentes. Los del Alto Agúsan viven como antes de la conquista, excepto unos pocos. Así que abundan los *pagducatas*, el comercio de esclavos, tener (los que pueden) dos ó más mujeres y cambiar cada día de lugar, sin rey ni roque que les tenga á raya, porque el Gobierno de la provincia Mora, á que pertenecen, no cuida de ellos. Y aunque cuidara, como lo hace el del Agúsan, poco ó nada sacaríamos para nuestro fin; porque son muy distintos de los nuestros los intereses del Gobierno. En el barrio de San Pedro, donde viven los conquistas, apenas conseguí que asistieran media docena de niños al catecismo. En Veruela, el 9 de Diciembre, tuvimos misa cantada y 27 comuniones.

El 28 llegué de Libertad, cuyos habitantes son los que peores ratos hicieron pasar á nuestro predecesor el P. Viñas. El nombre del pueblo indica lo que son ellos. Les he celebrado la fiesta, bautizando 7 párvulos y unido en santo matrimonio á dos parejas. Después de Navidad celebraremos las fiestas de los demás pueblos del Sumilao y del Bajayán. Entre tanto preparo a los de primera comunión, y reuno mañana y tarde en la iglesia, á todos los de la escuela oficial, enseñándoles el catecismo, que ignoran por completo. Ayer acudieron unos 150. Tengo ya en lista 51 para la primera Comunión.

Ya sabe que estoy hospedado en el cuartel. Prometieron que para la fiesta, que será el 21, Dios mediante, tendrían terminado el Tribu-

nal, pero me parece habré de continuar aquí en este casuchón abierto por todos lados. Peor hospedaje tuvo el hijo de Dios en el portal de Belén. Esto es lo que consuela y anima á padecer por Cristo.

En el Humayán, cerca de Loreto, no ha muchos días, mataron á dos de Candoyogón. El Gobernador, Mr. Yonkron, sale para el Humayán, y piensa estar por aquellos montes algún tiempo para perseguir á los criminales. Me ha aconsejado que no fuese yo, por ahora: así, pues, concluída la tarea de estos pueblos regresaré de mi expedición.

Ya hablaremos de todo esto y de otras muchas cosas, para animarnos mutuamente á ir siempre adelante, á pesar de todas las dificultades y contratiempos, en la salvación de las almas de estos infelices, que tan poco se dejan querer.

Saludos al Hermano y los dos no se olviden de mí en sus OO. y SS. SS.

Siervo en Cristo Jesús,

SALVADOR GIRALT, S. J.

MUERTE Y ELOGIO DEL PADRE VIÑAS
ESTADO DE LA MISIÓN EN BUTÚAN

Carta del P. Saturnino Urios al P. Miguel Guardiet.

Mi carísimo é inolvidable Padre: Al P. Viñas (q. e. g. e.), le engañó su parecer, pues lo tenía y firme, de su bonísima salud. Con esto, se daba al trabajo sin mirar por sí; de donde vino que á la primera ocasión hombre al agua. Ardiendo ya con la calentura, salió á las santas empresas de su apostolado y agravándose cada instante y siempre confiado en su robustez, siguió trabajando tratándose tan pobrísimamente, como V. sabe, hasta que, cayéndose de puro desfallecido, dió consigo

en manos de los bunananos. Estos lo trajeron á Talacógon, pero tan calenturiento y exhausto que parecía casi muerto. Condujéronlo al convento, pareció rehacerse; habló contando el caso, comió con gusto, echó siesta; y á las dos de la tarde oyeron ruido. Fueron á auxiliarle y halláronle exánime en el puro suelo. Se le administró, como el caso exigía: y así se nos fué al cielo, durándole solo su estancia en el convento desde las nueve ó diez de la mañana, en que llegó á casa, hasta las dos de la tarde.

El P. Sastre y el Hermano le creyeron, al llegar, gravísimo, pero no tanto que acabara tan de repente; y como él mismo les contó la enfermedad y comió bien, quisieron que descansase, y luego proceder á la cura y, si apretaba la dolencia, administrarle los últimos sacramentos.

Se nos fué, pues, al cielo una alhaja en todos sentidos. Santo, campechano, sabio y aventajado en todas las partes, que hacen un gran misionero, dejando un vacío que no se llenará fácilmente. El llevaba el medio y alto Agúsan con tal celo que espoleaba al más atrevido; y si se hubiera cuidado más, tuviéramos ahora un apoyo eficacísimo. El Señor se lo ha llevado á la patria y ha premiado sus trabajos apostólicos, dejándonos altos ejemplos de santa observancia y sobre todo de pobreza. ¡Digno Padrazo, de todo en todo cuadrado y perfecto! Allá enviamos sus papeles y el crucifijo, para que el R. P. Superior disponga de ello y dé algún recuerdo á su buen hermano. Deja un buen cuaderno de agricultura. Lo demás se lo llevó al otro mundo muy bien clavado en su privilegiado cerebro.

Poco antes había hecho los Ejercicios, y no faltó quien notase su particular fervor y devoción en ellos. Pidió hacer confesion general y extraordinaria, «por si me muero», dijo. En fin, un gran jesuíta, por cuyos pasos puede uno caminar con toda seguridad, porque son los pasos de nuestro buen Jesús, siempre Calvario arriba. Esto reza, en especial, con nosotros, que, en fuerza de lo que somos y de lo que profesamos, hemos de ir toda la vida tras Cristo, camino del Calvario; y esto no á empujones, sino con marcha alegre como quien se ha prendado de la hermosura de la cruz y se ha habituado á vivir en ella, como la más rica herencia del que «*proposito sibi gaudio*. .» Si no es así, échese al pozo el Sumario con su regla 11 y que cambien los Ejercicios y se cubran con negro crespón el 2.º y 3.er grado de humildad y que no se hable más de la colilla que se ha de poner al coloquio de los binarios y llamémonos cualquier cosa, menos compañeros de Jesús.

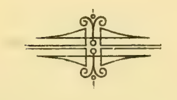
Aquí se va sosteniendo el tinglado, porque no se vaya todo rodando por esas dehesas pecadoras, pasto de los bobos que siguen á ciegas los caminos de la perdición y la felicidad que les ha traído la gran América-Babilónica. ¡Pobres indios! Es verdad que la gente antigua se mantiene firme y aumentando su honradez y formalidad; pero la gente moza se va camino derecho á lo moderno. Casi ni para un remedio tenemos cabe nosotros á una de las principalías. La han tomado por lo que más pica: la separación del Estado y de la Iglesia. La mayor parte de ellos ni se dignan mirar al misionero. Alcánzasenos que algunos nos quieren, nos defienden y nos admiran; pero ha caído en desuso el tratarnos, y lo observan con tal rigor que ni el día de nuestro santo se asoman á la puerta de nuestra casa. Siempre están dispuestos á armarnos una zancadilla, y con ocasión, ó sin ella, empapelarnos. Así le aconteció al bueno, al pacífico P. Vila, á quien tuvimos en el banquillo.

Este y otros casos no les vaya V. á contar, como esas mujeres que no se les cuece el pan si no desembuchan lo que saben, pues hay que confesar que no es orégano todo el monte y á donde pensáis hallar tocinos no hay estacas; es decir, que los hay que lamentan estas cosas.

Por de pronto, nuestras escuelas dejan tamañitas las oficiales. Tenemos en ellas cuatro monjas. El P. Vallés y yo ayudamos: él con aritmética y sistema decimal, que se ha puesto nuevamente, y yo con el inglés. Doble contra sencillo nos jugamos que sacaremos cosa buena con nuestros chiquillos. Ahora los disponemos á la primera comunión y luego les metemos en los Luises. También acabamos de fundar las Hijas de María y los Luises en un pueblo de nuevos cristianos.

Adiós. En sus OO. y SS. SS. se encomienda, siervo en Cristo,

SATURNINO URIOS, S. J.



ÍNDICE

Páginas

ARAGÓN

CASTILLA

TOLEDO

MEJICO

COLOMBIA

ISLA DE CUBA

MISIÓN ECUATORIANA Y PERUANA

MISIÓN CHILENO-ARGENTINA

FILIPINAS

GRABADOS

COLOMBIA

A. M. D. G.





CARTAS EDIFICANTES

CARTAS EDIFICANTES

DE LA

ASISTENCIA DE ESPAÑA

AÑO 1910

Número 2



BURGOS
TIPOGRAFÍA «EL CASTELLANO»
BENITO GUTIÉRREZ, 1
1911

ARAGÓN

ORIHUELA

MISIONES EN ORÁN

Carta del P. Ramón Vendrell al P. Solá.

Colegio de Santo Domingo (Orihuela) 16 de Mayo de 1910.

Amadísimo en Cto., Padre: Le mando á V. R. este breve relato de mi segunda expedición africana.

Por el mes de Julio recibió el Rector, P. Arbona, la carta del Padre Evesque, S. J., misionero de Orán, en la que pedía, por encargo de los Sres. Yorro y Galán, Párrocos de Kargentha ó Saint Esprit y de Sainte Eugène, que volviese antes de la Cuaresma, para predicar una misión de tres semanas, concluyendo el domingo primero de Cuaresma en la primera parroquia; y otra de cuatro, las últimas de la misma Cuaresma en Sainte Eugène. Tenían ya el permiso de Mgr. el Obispo, pues el año pasado al negar la licencia para volver después de Pascua, prometió que me dejaría volver el año próximo. Se hizo saber al Provincial, R. P. Antonio Iñesta, y lo tuvo por bien.

Salí, pues, el 18 de Enero, martes, para Cartagena á tomar el vapor francés que todas las semanas sale para Orán. Fué la travesía feliz. Antes de las cinco de la mañana siguiente ya estaba en el hermoso puerto africano, desde donde se ve, como en un inmenso anfiteatro, toda iluminada por miles de luces, la pintoresca Orán, verdadera hija de España y esclava de Francia, defendida por el fuerte de Santa Cruz y amparada por la Virgen del mismo nombre.

Salté á tierra, tomé un carruaje y me dirigí á la parroquia de St. Esprit. Antes de las seis estaba allí para celebrar. El Sr. Cura, Mr. Yorro, español, valenciano de Calpe, me recibió y trató con suma amabilidad. Desde luego me dijo que mientras durase la misión estaría en su casa.

Desde la llegada hasta el domingo fueron días de preparación para anunciar la gran misión española en la cripta de la Catedral nueva. Visité á Mgr. el Obispo, que estaba «*très content*»: á Mgr. Pallicer; al Cónsul de España; á los Padres, etc. Toda la colonia española sana se alegraba lo indecible.

El domingo de Septuagésima, en la misa de la parroquia, anuncié la misión para la tarde. Lo mismo se hizo en las otras iglesias y en la *Semaine Religieuse*, de manera que se anunció suficientemente.

Por la noche, después de cenar, fuimos á ver la inmensa cripta, capaz de más de 5.000 personas. Tiene cinco naves anchas y un crucero espacioso, para principiar la grande obra. Hubo un buen auditorio, se rezó el rosario en español, luego hubo cantos y el sermón de preparación. Tomé el texto «*Quomodo audient sine praedicante?*», etcétera. Y con cuidado, que era menester, hablé de la privación en que se hallaban los españoles; pero gracias á Mgr. el Obispo había llegado el tiempo tan deseado. La atención y devoción eran muy notables, ni faltaron lágrimas al mentar algunos recuerdos de la dulce patria España, pues es muy grande el amor que, en general, la tienen. Al fin hubo también cantos y la bendición con el Santísimo, como suelen los franceses. El Sr. Obispo, que no sabe ni una palabra de castellano, estuvo de incógnito, y varios judíos que saben nuestra lengua no faltaron ninguna noche: creo irían como sus abuelos de Jerusalén: «*ut caperent eum in sermone*». Procuré no darles ocasión de molestia, sino de hacerles luz, alegando textos y pasajes del Antiguo Testamento, que ellos saben bien. Un joven judío marroquí, vino varias noches á casa de Mr. Huertas, sacristán español, para enterarse conmigo de las enseñanzas de la Iglesia, mas no pasó adelante.

En la predicación fuí siguiendo el estilo de España, alternando los dogmas y verdades eternas con los preceptos, siempre con claridad y con mucho afecto. El auditorio fué creciendo cada día. En la primera semana tuve también la misión de los niños, cuando salían de las escuelas por la tarde. Acudieron bastantes y al fin hubo comunión general para ellos y procesión de bandericas por dentro de la cripta. Fué muy hermosa. Las Hermanas Teresianas lo hicieron muy bien. La segunda semana tuvimos la misa de misión, leyendo Mgr. Yorro los misterios de la misa en el *Ancora*. Asistió alguna gente.

El Sr. Obispo, aunque las más de las noches acudía, quiso un día asistir oficialmente; lo anunciamos la víspera y se reunió un anditorio de más de 2.000 personas, en gran parte hombres. Al fin del sermón

les habló y dió la bendición con el Santísimo. Al salir no le dejaban dar un paso para besarle el anillo, de lo cual quedó muy complacido. Las veces que fuí á visitarle todo era decirme: «*Nous vous remercions beaucoup ce que vous travaillez. Le bon Dieu vous recompensera*».

El domingo de Carnaval tuvimos otra comunión general para las señoras y señoritas, asistiendo unas 200. Por la noche, los tres días de Carnaval, reuní á los hombres solos en la iglesia de Saint Esprit y les propuse temas apropiados. «Del valor cristiano», etc., y hubo buen auditorio.

El miércoles de Ceniza volvimos á la cripta hasta el primer domingo de Cuaresma, en que concluimos. Hubo comunión general á que asistieron unos 500 fieles, y por la tarde sermón de conclusión, bendiciones, procesión, etc.

Juzgando por el número de confesiones y comuniones, en una población como Orán, que tiene más de 60.000 españoles, podría parecer pequeño fruto; pero los sacerdotes de allí que conocen todo bien, lo creyeron muy grande, solo porque acudían á oir los sermones. La necesidad es mucha: ¡quiera Dios que la semilla fructifique!

El mismo primer domingo de Cuaresma bajé á San Luis (Catedral antigua) para principiar una semana de misión que ofrecí al Sr. Arcipreste, Mgr. Mathieu, y aceptó gustoso. Como había predicador francés, Mr. Canard, buen sacerdote y celoso, de Lyón, resultó alguna complicación en el horario. Acudió mucha gente y se hizo algún fruto. Me dijo Mgr. Mathieu que el año pasado después que se dió la misión española hubo en su parroquia unas 6.000 comuniones más que en los años anteriores.

Sin poder concluir la comida tuve que levantarme de la mesa para ir á tomar el tren de Arzeu. Saqué billete de tercera; pues en España había oído á alguno que las terceras de Francia, son como las segundas de España, lo cual es falso, y tuve la pena de oir á algunos en el tren que hablaban bien torpemente. Me llamó la atención ver en todas las estaciones el nombre en francés y árabe. Así procuran contentar á los moros, mientras pretenden abatir á los españoles estos republicanos franceses.

Llegué al hermosísimo pueblo y puerto de Arzeu, situado en uno de los extremos de lo que fué «*Portus Magnus*» en la Numidia romana. Salieron á recibir al misionero español Mr. Yayet y Mr. Huertas, Vice-Cónsul de España y su hijo. Era la hora en que estaban en grupos los hombres y los jóvenes por las espaciosas calles y plazas, plantadas de palmeras canarienses muy bellas. Todos me miraban con

admiración y sorpresa agradable; los moros con indiferencia, y algún francés (son allí muy pocos) con desdén.

Descansamos un poquillo en la casa del Sr. Cura, y salí á recorrer todo el pueblo para convidar á la misión. Saludamos á las Religiosas Trinitarias francesas, que tenían allí un hermoso colegio que les han obligado á cerrar, mas ellas lo han transformado en un *patronage*, y aunque no pueden proceder como antes, no dejan de trabajar, yendo á cuidar enfermos y haciendo mucho bien. En casi todos los pueblos de Orania algo importantes han tenido que hacer lo mismo. Al dar la vuelta por la población no oía hablar sino valenciano con alguna que otra palabra francesa desfigurada; y al preguntarles yo de dónde eran, todos contestaban: «De Calp, de Benidorm, d' Altea, de Benisa, de Yaló, etc.». Algunos hay de Almería y de Adra. Casi todos los almerianos viven juntos en lo que llaman *Village de cartón*, miserable conjunto de casuchas.

Yendo por la marina nos saludó con mucho entusiasmo un hombre fornido, rojo, muy hablador, el tío Chimo, valenciano de Calp, que es como un cacique de la mar, y los mismos franceses le temen por su influencia. Ni que lo hiciera á propósito hablaría más horriblemente el francés, pudiendo servir de muestra de la lengua que se está formando en la nación que allí está naciendo. Si el francés no fuera impuesto ¡qué pronto desaparecería!

A la noche se dieron los toques para la misión y se llenó la iglesia y los coros de bote en bote; rezaron el rosario en español, los cantos lo mismo; y era de ver una madame bretona cantando con toda la fuerza de sus robustos pulmones el «*¡Oh Magía, Magre mia!*». Vivía con las monjas, y era buena cristiana. Les prediqué el sermón de entrada y anuncié los actos para los demás días: misa y plática por la mañana, doctrina de los niños á las once, y por la noche la misión. A todo acudieron numerosos fieles, sobre todo á los actos de la noche.

Hicimos la procesión de los niños por el patio de las monjas. Dos días hubo comunión general acudiendo á ella buen número de hombres, sobre todo napolitanos, que son mejores que los españoles. Se fundó el Apostolado, se reorganizaron las Hijas de María y fué una misión comparable con las buenas de España. Me escribió el Sr. Cura que hubo 1.100 comuniones. ¡Cómo lloraban en el sermón del Perdón y en otras ocasiones, y al fin sobre todo! Les bendije muchos cántaros de agua de San Ignacio y apenas acabado el sermón de perseverancia, tomé el tren para Orán (Sainte Eugène y Victor-Hugo anejo) donde

había de principiar otra misión la misma noche. Fuí muy acompañado á la estación y el tío Chimo, al darme la mano, me puso en ella dos duros para que pudiera dar limosnas: ¡Dios se lo pague!

A las ocho de la noche llegué á Orán, donde Mr. Galán me aguardaba en la estación. Tomamos un coche y fuimos directamente á Victor-Hugo, que así llaman á un barrio ó *village,* anejo de la parroquia de Sainte Eugène. Nos aguardaba alguna gente y principiamos la misión, que fué de lo más pesado y de menos consuelo. Está el barrio separado de la parroquia casi media hora y todos los días íbamos y volvíamos por la mañana y por la tarde y noche. Acudió alguna gente. Los niños tuvieron su procesión por las calles, á petición del Sr. Cura, el cual fué acusado y multado en una peseta: «*Risum teneatis, amici.*» Hubo unas 60 comuniones, y quedaron preparados para otra misión.

Mientras se daba la misión en el barrio Victor-Hugo, preparábamos la de la parroquia que era la ilusión y *desideratum* de Mr. Galán. Como la iglesia es pequeña y la parroquia tiene más de 7.000 almas, casi todos españoles, fué preciso buscar local capaz de algunos centenares de oyentes más. Fuimos á ver un granero inmenso y una sala que había servido de teatro. Lo pidió el Sr. Cura al dueño, pagando alquiler, y como era un masonazo se lo negó; fuimos luego á ver una antigua fábrica de carruajes *carroserie,* que es de un alemán y se alquiló por dos francos diarios. Se alquilaron asimismo 400 sillas por 4 ó 5 francos cada día; se colocó un púlpito; en el fondo se puso un altar con un precioso Cristo de la Agonía, de tamaño natural; se instaló el acetileno, que había de tener 10 ó 12 mecheros, y quedó dispuesto un local muy capaz para predicar la misión. Se repartieron algunos millares de anuncios para convidar á la misión y recorrimos varias veces las calles anunciándola, para que no pudiesen alegar ignorancia.

Concluída, pues, por la tarde la misión en Víctor-Hugo, por la noche con un auditorio más que regular principiamos la misión en dicha sala, que está junto al *Bureau de Policía,* á la cual se avisó convenientemente, y no faltó ninguna noche, aunque tampoco habría faltado sin avisarla, pues estaba ya á la mira por si me descuidaba en algo que ofendiese á la Francia ó fuera *demasiado español.* Prediqué con entereza las verdades de nuestra Fe, los preceptos de Dios y los Sacramentos, hablando siempre de España católica con afecto. De lo bueno de la antigua Francia también dije algo y no sé que se quejaran de nada. El auditorio fué aumentando de día en día. Solos tres, en que llovió mucho aun dentro de la sala, que no tenía sino el tejado, hubo

poca gente. Se rezaba el rosario en español, los cantos lo mismo y el sermón á la española. El primer día Mr. Galán me encargó mucho que dijera en el sermón que yo era español *de España* y que de España había salido solamente para aquellas misiones. Luego supe que algunos, para desprestigiarlo todo, habían hecho correr que yo era africano, que me había quitado la barba y que me vendía por español para engañarlos. Por la mañana acudió poca gente. Por la tarde tenía lugar la misión de los niños, al salir de las escuelas *laicas* (las oficiales lo son todas), donde les enseñan el transformismo y otras cosas así. Se reunirían hasta 200 niños y niñas; ni faltó algún morico con su cabeza rapada, el cual se quitaba el casquete delante del Cristo. Tuvimos la procesión de bandericas por el jardín de Mr. Galán, con lo cual no pudo la policía cogernos en nada.

Se confesó bastante gente para el Jueves Santo y Pascua, con el provecho espiritual que suele sacarse de las misiones. El Jueves Santo por la noche les prediqué la Pasión; el Viernes Santo las Siete Palabras, en las que cantaron unos toneleros alicantinos, que solo verlos en la iglesia admiraba. ¡Pobrecitos! El Sábado Santo reuní á los hombres solos en la iglesia, les repartimos crucifijos que nos mandaron de Francia y los recibieron con afán y codicia, como dicen ellos.

El día de Pascua fué la conclusión. Hubo menos concurso á causa de la costumbre valenciana de salir á *comer la mona* de Pascua. Hasta los moros y judíos van á comer la mona.

El lunes de Pascua, subí, como lo había anunciado, á celebrar misa en la ermita de la Virgen de Santa Cruz. Por el camino confesé á dos que aún no lo habían hecho; durante la misa cantaron muchos cánticos españoles, y al fin una súplica que, á imitación de los gozos que se cantan en nuestros santuarios, compuso el misionero español. La examinaron el P. Charles y el Secretario del Sr. Obispo; les pareció podía imprimirse, y Mr. Galán, que tiene imprenta, lo tomó á su cargo.

Acudió á venerar á la Santísima Virgen mucha gente, y bastantes comulgaron. Dejamos en el templo una lápida de mármol blanco con esta inscripción:

D. O. M.
A LA VIRGEN DE SANTA CRUZ
LOS ESPAÑOLES DE ORANIA
AGRADECIDOS POR LAS MISIONES
DEDICAN ESTA MEMORIA.
1909-1910.

Después de cenar, aún confesé en la casa donde me hospedaba á 4 ó 5, de uno de los cuales me habían dicho que hacía más de 30 años no se confesaba.

Se me olvidaba que durante la segunda semana de la misión dada en la cripta, yendo por las tardes al *Village de la Mur*, presencié el espectáculo más triste para un español, ó sea, muchos desgraciados hermanos nuestros mezclados en todo con los moros. Creo que apenas podrían ser más infelices los antiguos cautivos. Hasta se había dado el caso de alguna madre española que vendió su hija á un moro, la cual por fin se le escapó, siendo recogida en el Asilo de las Hermanas Terciarias. En Sainte Eugène se bautizó un joven francés, casado con una española, que no paró hasta verle cristiano. «¡Qué lástima, Luis, le decía; qué lástima que no puedas entrar, como yo, en la gloria, por no haber entrado en la Iglesia de Jesucristo!» Él procuró aprender la doctrina, y se puso en todo bien con Dios.

Hizo también su primera comunión una joven de 23 años, cristiana, pero criada por una mora, desde que siendo niña se quedó sin madre. La mora la tuvo como hija; mas no la pudo teñir la cara, porque un hermano de la cristiana se lo prohibió. Pero la pusieron el velo blanco como á las otras doncellas moras, y no faltaban moros que la querían comprar, como allí se acostumbra, para casarse con ella.

En fin, durante las misiones arriba referidas, imprimimos y repartimos más de 40.000 hojas populares sobre cuestiones dogmáticas y morales. Grande era la avidez con que se recibían y el fruto con que eran leídas.

Ahí tiene, mi amado P. Solá, la relación de mi campaña en Africa, por si hay algo que pueda edificar á mis Padres y Hermanos.

El Ilmo. Sr. Obispo me manifestó en la despedida que volviera otro año; pero le remití á mis Superiores.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

Siervo en Cristo,

RAMÓN VENDRELL, S. J.



SARRIÁ

LA CASA DE EJERCICIOS PARA OBREROS

Carta del P. Narciso Blanch al P. Federico Cervós.

Sarriá 16 de Julio de 1910.

Mi amadísimo é inolvidable Padre: Con verdadera satisfacción tomo hoy la pluma para hacer participante á V. R. y á todos esos Padres y Hermanos del consuelo y alegría que hemos experimentado este año los que vivimos en este Colegio, al ver cómo Dios Nuestro Señor se ha dignado bendecir y favorecer la Casa de Ejercicios contigua al Colegio, y que depende de él.

El número de ejercitantes ha sido mucho mayor que en los años anteriores, sobre todo el número de señores sacerdotes y de obreros.

En 1908	Sacerdotes	148
	Obreros	181
En 1909	Sacerdotes (113 eran de la diócesis de Barcelona).	163
	Obreros	380

En lo que va del año 1910 han hecho los santos Ejercicios:

Sacerdotes	142
Obreros	565

En todas las tandas para señores sacerdotes se ha tenido que negar la admisión á muchísimos, por falta de local; y tanda ha habido en que pidieron número 57, no cabiendo en la casa destinada para ellos (que es la Casa antigua) más que 22. Hubo también en 1909 una tanda en la que hicieron los santos Ejercicios 17 propietarios; y hasta Julio de este año de 1910, además de los sacerdotes y obreros, han hecho los santos Ejercicios:

Ordenandos	35
Caballeros	16

Dejo todo lo dicho nada más que apuntado, pues el fin principal de esta carta es enterar más particularmente á V. R. de lo que atañe á los obreros.

I

EL NUEVO LOCAL PARA EJERCICIOS Y SU INAUGURACIÓN

En las CARTAS EDIFICANTES de 1908, núm. 1, vió sin duda V. R. en una hermosa carta del P. Salvador Camps, la descripción de la Obra de Ejercicios para Obreros, y las mejoras que se proyectaban.

Aquellos proyectos, gracias á Dios, en parte se han realizado ya, debido, después de Dios, al celo de los señores de la Obra, y no menos al celo y á la generosidad de nuestros Superiores, quienes tan vivo interés se han tomado por ella, pues es tan propia de la Compañía. Se pensó, pues, en habilitar la mitad del espacioso local que sirvió de dormitorio en el Colegio interino. Se escogió la parte más separada y distante del Colegio actual; y el día 21 de Junio, fiesta de San Luis Gonzaga, empezaron las obras de acomodamiento de dicha pieza para aposentos de obreros ejercitantes. Casi todas las camarillas que había al rededor de la sala, se aprovecharon, haciendo generalmente de cada dos camarillas, un aposento. Levantáronse los tabiques dos ó tres palmos más, y se edificaron nuevos aposentos en casi toda la sala central. Con estas obras se obtuvieron otros 35 aposentos, muy buenos, quedando delante de ellos una sala más que regular, en donde hay dos grandes balcones, abiertos exprofeso en el muro ó pared maestra, que mira á Sarriá.

En todo el local hay luz eléctrica muy bien distribuída, y en cada

aposento un brazo de metal sostiene una lámpara «Z» que da luz más que suficiente. El ajuar es enteramente nuevo y excelente: cama de hierro con tejido de alambre, almohada y colchón muy buenos, dos mantas de lana y una de algodón, cubre camas de punto, y la correspondiente ropa blanca. Toda la ropa está marcada con las indiciales E. O. (Ejercicios Obreros). La mesa, reclinatorio, silla, vade, tintero, tres-piés, palangana, espejo, etc., todo se estrenó al ocuparse el nuevo local. En cada aposento hay 4 libros, por ahora: catecismo de la Diócesis el del V. P. Claret, la Imitación de Cristo, y *Mon Tresor*, del P. Gabriel Paláu; todos ellos en catalán. Para los que desean leer otros libros, sobre la mesa de la sala están siempre á disposición de todos la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo. Prodigios Eucarísticos, Vida de Nuestro Padre San Ignacio,* la *Vida de San José Oriol* y algunos otros.

Este nuevo local está adornado con varios cuadros. Preside el de San Ignacio escribiendo los santos Ejercicios. Hay también cuatro cuadros policromados que representan el Juicio Universal, el Infierno, el Purgatorio y el Cielo. Además, en cada rellano de la espaciosa escalera que baja desde los aposentos hasta el comedor, hay también cuadros de santos: de manera que no se baja ni se sube sin verse algo piadoso.

En la parte inferior de esta escalera, en frente mismo del comedor, se abrió una puerta grande en el lienzo de pared que da al parque, hacia la bajada de los plátanos. Por esta puerta pasan los obreros, siempre que el tiempo lo permite, para ir desde los aposentos á la capilla ó al jardín. Cuando no pueden salir ó entrar por dicha puerta, pasan por el comedor.

Terminadas ya todas las obras, deseaban los señores de la Junta y demas bienhechores que los obreros de todas las tandas de este año de 1910, pudieran vivir ya en los nuevos aposentos, después que el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis hubiera bendecido el local. Con esta ocasión querian dichos señores dar en el salón de actos del Colegio una sesión pública sobre la «Obra de los Santos Ejercicios á Obreros», bajo la presidencia de S. E. Ilma. Mas no siendo esto posible por entonces al Sr. Obispo, y habiendo por otra parte dos tandas de ejercitantes comprometidas, una de 24 obreros y otra de 34, se creyó oportuno que estas tandas ocupasen ya el nuevo local, y que despues, al llegar el día señalado, se bendijera. Así se ejecutó.

Bendicion del nuevo local.—Llegó por fin el día señalado, (13 de Febrero de 1910). El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo, acompañado del Sr. Pro-Vicario General, Sr. Capellán de honor, del R. P. Rector y de

otros Padres, y de los señores de la Junta, se trasladó al nuevo local debidamente preparado para la Bendición. En un altarcito colocado entre los dos balcones, debajo mismo del cuadro de San Ignacio, se revistió S. E. Ilma. con preciosos ornamentos, bendiciendo luego con la solemnidad posible todo el local. Se hallaron presentes á esta ceremonia, además de los arriba mencionados, los bienhechores de la Obra, muchos caballeros y señoras, y varias de las familias de los alumnos del Colegio, pues á todos se les permitió asistir. No faltaron, y por cierto en gran número, obreros de los que habían hecho ya los santos Ejercicios, ó anteriormente en la Casa antigua, ó poco antes en este mismo local. No hubo invitado que no entrara en alguno de los aposentos, y al ver con sus ojos lo bien que estaban y que no faltaba nada, felicitaban y daban la enhorabuena á los caballeros y señoras de la Junta.

Luego pasaron todos al salón, donde se tuvo el acto con que se obsequió á tan distinguida concurrencia.

Sesión pública sobre los santos Ejercicios á Obreros.—El salón de actos y el vestíbulo estaban, no solo llenos, sino atestados de gente.

Presidía el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo, á cuyos lados estaban el Sr. Pro-Vicario General, los RR PP. Rectores de Barcelona y de Sarriá, Sres. Presidentes de las Congregaciones Marianas de la Purificación y de la Inmaculada, Sres. de la Junta de los Ejercicios para Obreros, el R. P. Director de las Congregaciones antedichas y el de la Casa de Ejercicios.

Empezó la sesión el P. Cayetano Puig con un hermoso discurso, contando la historia y el desarrollo de la Obra, y haciendo varias y muy atinadas consideraciones sobre los medios prácticos para que dicha Obra adquiera la mayor extensión y produzca los frutos que todos deseamos. Todos aplaudieron al Padre con sincero afecto. Habló luego un obrero que recientemente había hecho los santos Ejercicios en el nuevo local. Ya, al presentarse, se ganó las simpatías de todo el público, quien le aplaudió antes de que principiase, y varias veces durante su entusiasta peroración, sobre todo al terminar. Tomó luego la palabra el conocido orador católico D. José M. Parellada, Secretario de la Obra, quien, como sabe él hacerlo, entusiasmó y animó á todos los concurrentes para favorecer obra tan útil y meritoria. A estos discursos puso digno remate el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo, quien, en frase correcta y fervorosa, pronunció un hermoso discurso, del que tomo los siguientes párrafos:

«Me han conmovido hondamente, dijo, los acentos de fervorosa elocuencia que acabamos de escuchar de labios de estos dignísimos apóstoles de la Obra de Ejercicios espirituales para Obreros, y me han conmovido muy hondamente porque sus palabras están llenas de emoción, de entusiasmo, de vida, de piedad; muy llenas de aquella confianza grandísima que da la fe, la verdadera fe; palabras que nacen de un corazón henchido de entusiasmo y de una mente convencida; de hombres que han podido ver de cerca con sus propios ojos la fuerza que encierran los Ejercicios espirituales, para levantar de su postración moral á los pobrecitos obreros y darles la resignación, la alegría y la paz.

»Yo no os diré lo que he gozado esta tarde; no diré lo que ha pasado por mi alma en este rato venturoso, cuando he escuchado la palabra dulce y conmovedora del P. Puig; cuando después escuchaba á este obrero, que es una de las primicias de los Ejercicios espirituales; porque yo entiendo que soy el primero que está obligado á pensar en esta obra, el primero á prestarle apoyo.

»Yo no soy, ni mucho menos, un Obispo social; pero debo aspirar á ello por propia convicción y con verdadero empeño.

»¿Cómo no, si cuando fuí consagrado me arrodillé á los pies del Obispo consagrante y me dijo que tuviese el corazón lleno de misericordia para los pobres?

»Yo he de tener un corazón que se compadezca de los pobres; y si debo tener un corazón que se compadezca de los pobres, han de interesarme las cuestiones que á ellos afecten. Si no soy social, debo serlo; por convicción, por conciencia debo aspirar á ser un Obispo social.

»Aquí veo la solidez de esta obra tan admirablemente trazada por San Ignacio de Loyola, dispuesta á favorecer al mayor número de obreros, y cuando la veo tan lozana y exuberante, considero que ha de ser de gran eficacia para Barcelona, donde todavía podemos decir están humeantes las ruinas.

»Y cuando todavía resuenan los ecos de aquellas tristezas y amarguras, efecto de una revolución sostenida por el obrero revolucionario, ¿cómo es posible que deje de pensar en esto, cómo es posible que deje de mirar con simpatía, con cariño, con entusiasmo una obra que va tan directamente á la resolución del problema social?

»Así como la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos, así los Ejercicios espirituales, por su propia naturaleza y condición,

son el medio más eficaz, positivo y directo para resolver el problema social.

»No quiero decir que hemos de prescindir de los otros medios. La Iglesia ha buscado y estudia todas las soluciones, pero su perseverancia y cariño se encaminan á aquellos que se refieren al bien de las almas, y los Ejercicios espirituales son una obra sobrenatural, una obra que se propone llevar el espíritu del Evangelio al corazón del hombre; es una obra de eficacia probada.

»Ya sabemos qué transformaciones y conversiones operan en el corazón de todos, de grandes y pequeños, los santos Ejercicios, que tienen una virtualidad excelsa, incomparable, para llegar al alma é impresionarla profundamente; pero la obra que nos congrega no consiste sólo en dar Ejercicios á los obreros, sino en aproximarles á ellos y buscar los medios materiales que esto exige. Esto entra de lleno en la obra de la Iglesia, en el programa social de la Iglesia».

Después de otros párrafos elocuentes, terminó felicitando á la Congregación de la Purificación de Nuestra Señora y San Francisco de Borja, iniciadora de la obra de los santos Ejercicios, y á los Padres de la Compañía de Jesús. «Pongo mi humilde voz, dijo, al lado de los que me han precedido para pedir protección á todos los católicos. Yo me arrodillaría aquí delante de todos y á todos les pediría un óbolo para los pobres ejercitantes. Que cada semana sea para una tanda de pobrecitos obreros. Para ellos busco protección á todo trance. Yo iré delante de todos, y desde luego, para llevar á ejecución este ideal.

»Para animaros recordaré palabras memorables de la Encíclica de León XIII *De la democracia cristiana:* «De esta cuestión que afecta al orden social, no hay nadie, y menos las personas que están constituídas en posición, qué pueda desentenderse. En ella todos estamos obligados á poner nuestros ojos, los ojos de la consideración. Todos debemos poner de nuestra parte lo posible en cuanto de nosotros dependa para ayudar á esa pacificación social tan deseada. No podemos desinteresarnos, porque afecta á la vida social, á la vida en que vivimos y nos movemos.»

Dirigió S. E. Ilma. un especial saludo á las señoras que cooperan con sus limosnas á la Obra, añadiendo que son elegidas para realizar esas maravillas del orden sobrenatural. «Son grandes, dijo, las maravillas de la creación; de una palabra salió un mundo y rodaron los astros por el espacio; pero mucho mayor es la elevación de una alma del orden miserable al orden sobrenatural de la gracia».

No hay que decir el entusiasmo siempre creciente de todo el numeroso público que atentamente escuchaba al Ilmo. Sr. Obispo.

Despues de recibir la bendición del Prelado, se dió fin á tan hermosa fiesta. Todos salieron de ella satisfechos, recibiendo al salir una hoja, en que se da clara idea de la Obra de los santos Ejercicios. Los obreros que asistieron á este acto, no cabían en sí de contento, al ver el interés que todos mostraban por su bienestar.

II

DISPOSICIONES CON QUE LOS OBREROS SUELEN PRACTICAR LOS SANTOS EJERCICIOS

Uno se maravilla y reconoce la infinita bondad de Dios, al ver por qué medios llama á buen camino á ovejas descarriadas. Años y más años se le habían pasado á uno de esos infelices, sin poner el pie en la iglesia, escandalizando además con sus blasfemias. Al llegar á su casa de vuelta de los santos Ejercicios, llamó á toda su familia y les dijo: «Si hasta ahora me habéis imitado en mis blasfemias, imitadme desde hoy en los ejemplos que os daré». Dicho y hecho: desde aquel día ya no salen de su boca malas palabras; cada fiesta va á misa mayor, colocándose en el banco más cercano al presbiterio; y cada noche en su casa se reza el santo rosario. Una persona muy buena que conoce bien á dicho sujeto, decía á otra que también le conocía: «Espero que Fulano hará mayor bien de hoy en adelante con su buen proceder, que daño pudo haber hecho con sus malos ejemplos». Y así es, efectivamente: pues de él consta que procede bien y con edificación de todos.

Es cosa que á todos admira ver cómo generalmente se pasan los obreros, durante los santos Ejercicios, largos ratos leyendo y aun estudiando de memoria en el Catecismo, el padrenuestro, avemaría, credo, mandamientos, etc.; y esto, no sólo cuando están en sus aposentos, sino también en los tiempos en que pueden pasear en el jardín, venciendo de este modo el respeto humano, pues todos ven que estudian Catecismo.

Desde la mañana del primer día tienen tiempo señalado para el examen de la confesión: y es de ver con qué empeño suelen tomar

todos el hacerlo bien. Se preparan con el *Mon Tresor*, libro que les gusta mucho. Algunos después de leerlo muy despacio y de haberse examinado una vez, vuelven á leerlo y á releerlo; y no faltan varios que, no contentándose con lo dicho, escriben lo que quieren decir en la confesión, y al confesarse leen lo que han escrito.

Y los que no saben leer ¿cómo se preparan? Al terminar la segunda meditación del primer día, el Padre les dice que los que no sepan ó no puedan leer, á tal hora vayan á la sacristía, pues allí les leerá lo necesario alguno de los que saben leer bien y que se ofrezca á ello: y como cree que serán muchos los que se ofrecerán, les agradece á todos su buena voluntad, y aceptará el primero que se le ofrezca. A medida que van saliendo de la capilla se acercan sucesivamente al Padre los más instruídos, y le dicen: «Padre, yo me ofrezco». «Si quiere V., yo leeré». «Padre, á su disposición...» Y ya se tiene lector. Al llegar á ciertos puntos del examen, el lector dice á sus oyentes con toda espontaneidad: «En esto solemos faltar mucho nosotros: examinémonos bien»; y se detiene más tiempo para que se examinen mejor.

Y ¿qué clase de gente son los obreros que vienen á hacer los santos Ejercicios? Además de alguna que otra tanda de labriegos *(payeses* los llaman en Cataluña), han venido muchas tandas de gente de diversos empleos y oficios, y de trabajadores de fábricas. Entre tanta gente, no ha faltado la variedad más asombrosa: algunos de comunión diaria, valientes é intrépidos defensores de religiosos en los aciagos días del mes de Julio, hasta exponer su vida por ellos; otros, buenos cristianos, aunque sin tanto *afectarse en servicio del Rey eterno:* éste pasándose algunos ó muchos años sin confesarse ni comulgar, aunque sin faltar nunca á ninguna misa; aquél, lector asíduo de *El Diluvio, El Progreso,* etc., se deja entender cuánto habría progresado con tales maestros; el otro, sin acercarse á la iglesia para nada; el de más alla, de ideas avanzadas, más de lo que se puede avanzar; varios, de ideas protestantes; algunos, de ideas socialistas, sin faltar tampoco quien las tuviese hasta anarquistas; y para completar el cuadro, también nos ha traído Dios algún espiritista, algun incrédulo que había sido masón. Un caballero, que podía estar bien enterado, afirmó que hacía poco había estado haciendo los santos Ejercicios en el nuevo local un lerrouxista furibundo de los que tomaron parte activa en los sucesos de Julio.

A uno, no hace mucho, le encontré sobre la mesa un devocionario intitulado «La Cruz de Caravaca», plagado de supersticiones y de

disparates contra la Fe. Dicho obrero me lo regaló, dándole yo, en cambio, las «Visitas del Santísimo» de San Alfonso María de Ligorio; y con este libro quedó muy contento, gustándole más que el de «La Cruz de Caravaca».

Con lo que acabo de contar á V. R., queda dicho que en muchas tandas vuelven al camino de la salvación algunos que andaban muy lejos de él.

Es digno de ser conocido el papel que me dejó un obrero. Copio los párrafos más principales:

«Quisiera, Rdo. Padre, poderme expresar ante V., y que Dios iluminara mi mente para expresarle todo cuanto mi corazón siente. Tengo en primer lugar que decirle, sin reparos de ninguna especie, que el más grande pecador de los obreros que en esta tanda han venido, soy yo; dudo que haya otro que lo sea más: yo no soy digno de estar albergado en esta santa Casa. Yo tenía pensado disculpar al marcharme todos mis pecados, pintándome como el más santo de los hombres: éste era mi propósito, aunque con la creencia de que yo no tenía salvación; pero vista la sinceridad, benevolencia y buen corazón de VV. para con nosotros, no puedo menos de manifestarle que estoy contentísimo de haber venido, pues mi corazón no cabe en mí: me hallo triste por defuera, y alegre por dentro..... Tengo 30 años, y desde que tengo uso de razón no he hecho más que ofender á Dios en todos mis actos; no creía en su existencia, como tampoco en nada de nuestra Santa Madre Iglesia. Me habían hecho creer mis profesores que todo acto de religión era farsa; y se habían inculcado en mi mente tales ideas, que, efectivamente, cuando yo iba por la calle y veía pasar el Santísimo, para mí no merecía ningún respeto: en una palabra, que no gozaba en otra cosa, que en ir contra Dios y la Religión, y en leer libros liberticidas, de los escritores publicistas S. Saavedra, Tolstoy, Suddermant, Iptsent, Gargui y otros varios.

»También vivía yo en la creencia que VV., Rdos. Padres Jesuítas, eran enemigos de la sociedad: de modo que estando nosotros en reunión, si á alguno de los presentes se le tachaba de falso, lo primero que nos decíamos era lo siguiente...: «Jesuíta; tú eres un Jesuíta». Lo cual á nuestro entender era llamarle hombre malo, falso. Me voy convenciendo que, de no dejar aquellas ideas, hubiera parado yo muy mal. No hace más que un día que estoy aquí, y veo el trato de VV., Reverendos Padres, para con los obreros, y yo quisiera poder ser virtuoso y humilde como VV., á imitación de Jesucristo.

»Soy culpable con todo el peso de la Ley...., pero es una triste desgracia que en la sociedad presente si uno va á misa, se burlan de él la mayoría de los obreros de hoy día; si uno quiere leer un periódico, y no lee *El Progreso* (diario lerrouxista), se le arrebatan de las manos; si uno lee *El Diluvio,* no ve uno más que artículos contra la Religión, firmados por Fray Gerundio: en una palabra, que apenas hay diario en Barcelona que pueda leerse. ¡Cuánta falta haría uno de VV., Padres, en cada aposento, predicando la doctrina verdadera de Nuestro Señor Jesucristo! No tendría Lerroux conquistado al obrero barcelonés en el grado á que ha llegado, haciendo pasto de su maledicencia y de falta de respeto á todo acto de religión, y á la creencia en Dios Todopoderoso.

»Rdos. Padres: tengo que decirles que, en donde quiera que yo me halle y oiga decir mal de VV., creánme, que yo emplearé todas mis fuerzas en defensa de los Rdos. Padres Jesuítas, de San Ignacio y de la Compañía. Como he dicho anteriormente, aunque soy un grande pecador, no obstante, tengo un corazón que no sabe odiar. Y para concluir, debo manifestarles á VV., que yo quiero salir de esta santa Casa con la conciencia bien tranquila, y prometer no ofender á Dios jamás».

Esto es lo más principal que contiene la hoja del ejercitante. No puede negarse que está escrita con sinceridad.

Obrero se encuentra, á lo mejor, á quien hay que enseñar á signarse y santiguarse, como se les enseña á los niños, siguiendo el mismo método que se sigue con ellos. ¿Qué más? Increíble parece, pero es la verdad, que también ha habido seis obreros que han hecho la primera comunión, teniendo más de 20 años de edad. Uno la hizo en una de las tandas de este año: y era de ver cómo andaba estudiando la Doctrina con un empeño que admiraba. Y ¡qué deseos manifestaba entonces de prepararse bien para recibir á Nuestro Señor Jesucristo, á quien todavía nunca había recibido! Cuando los demás paseaban por el jardín, él se estaba en el aposento estudiando; y aun por la noche, estando ya los demás acostados, quería él quedarse á estudiar, y era necesario decirle que se fuera á dormir. ¡Qué consuelo experimenté al darle la Sagrada Comunión!

No da menor consuelo lo que ahora voy á decir á V. R. A lo mejor al pasar la visita á los ejercitantes para preguntarles si les hace falta alguna cosa, se halla á alguno arrodillado en el reclinatorio, tan embebido en sus santos pensamientos, que ni oye cuando el Padre llama á la puerta, ni ve cuando entra. Un día al pasar por los aposen-

tos encontré á un ejercitante llorando á lágrima viva, arrodillado á los pies del crucifijo; digo mal, con el crucifijo en las manos, llenándolo de besos. Al verme se levantó. Yo le dije: «¿No es verdad que son más dulces esas lágrimas que los placeres del mundo?—¡Ah, sí, Padre!» Me fuí; y al cerrar la puerta, él ya estaba de nuevo arrodillado, llorando y besando el crucifijo.

El último acto con que se terminan los santos Ejercicios es la misa de comunión, en que todos comulgan, precedida de una platiquita y seguida de la bendición papal y de la aceptación de la muerte. En las caras de los obreros al acercarse á recibir á Nuestro Señor, aparece la devoción y el contento de que están llenos, fruto de los santos Ejercicios que acaban de hacer. A estos hermosos y tiernos actos no faltan nunca algún señor de la Junta y algunos otros de la sección de «Ejercicios Espirituales á Obreros». Dichos señores comulgan después de los obreros, lo cual es para éstos de mucha edificación.

Al salir de la capilla, van al comedor, donde se les sirve un suculento almuerzo. Se les dice que ya pueden hablar: y enseguida empiezan escenas hermosísimas por lo espontáneas y naturales. «Qué pronto se han pasado estos días!», dice uno. «Yo empezaría de nuevo», dice otro. «Padre, ¿no podría quedarme?» «¿Cuándo se puede volver?» preguntan varios. «Yo firmo para quedarme, si V. quiere, tres días, una semana, un mes, un año, toda la vida: dígame V. que sí, y verá V. si lo que digo va de veras». Todos procuran mostrar, como saben, su agradecimiento, dando las gracias y repitiéndolas de nuevo varias veces. Antes de terminar el almuerzo, los señores ya nombrados les suelen repartir varios objetos piadosos: un rosario crucífero, un devocionario, algunas revistas, etc. Terminado el almuerzo, suben todos á sus aposentos. Los señores visitan entonces á cada obrero, en particular, y le dan la paga del medio jornal. Algunos, satisfechos como están, no quieren recibir nada.

Luego todos juntos dan una vuelta por el Colegio, y visitan el salón de actos, gabinete de Historia Natural y de Física, en donde el P. Rodés, con mucha amabilidad, les hace algún experimento, como la descarga eléctrica con la botella de Leyden, la telegrafía sin hilos, la llama sensible, etc. Bajan luego á visitar la hermosa capilla del Colegio y se quedan estupefactos al ver la estatua yacente de San Ignacio y la hermosísima de la Inmaculada, alumbradas con luz eléctrica.

Al salir de la capilla, se despiden, para engolfarse de nuevo en el mar del mundo. ¡Pobrecitos! ¡Dios les libre del naufragio!

III

AGRADECIMIENTO Y SANTOS DESEOS CON QUE SALEN DE ESTA CASA

Este agradecimiento á los Padres y estos deseos de servir á Dios, aparecen claramente en alguno que otro billete de los muchos que los obreros dejan escritos al terminar los santos Ejercicios. En dichos papeles escriben los sentimientos de su corazón; y al irse los entregan á alguno de los Padres, al Hermano ó á alguno de los señores de la Junta, y esto lo hacen para demostrar su agradecimiento. Vayan como muestra los siguientes:

«Quedo perfectamente agradecido, y le prometo á V. que de hoy en adelante llevaré otra manera de vida; porque ahora veo yo por dónde se pierden los hombres, y aquí en los santos Ejercicios queda el hombre convencido del bien y no del mal.—Les doy á los Padres mil gracias; y se despide su fiel y verdadero y amante hijo en la Ley de Dios, la cual cumplirá de hoy en adelante.....»

Parecido al anterior es el siguiente, en que un obrero, después de dar gracias á Dios, y de decir que desea que Dios premie á la Junta de los santos Ejercicios, termina diciendo: «Este ejercitante quiere mostrar su cariñoso agradecimiento por el buen tratamiento que nos dan, que no merecemos; y me ofrezco á cumplir con mi obligación de buen católico, y de ser buen soldado de Jesucristo, combatiendo con los perversos fariseos».

Uno de los varios que suelen venir para ver qué se hace en esta Casa, y que están en espectación, sospechando y temiendo que se les tratara de un modo duro é inconveniente, la primera mañana, apenas se hubo levantado, tomó la pluma y escribió un papel que tenía por epígrafe: *«Demanda á los Padres»;* y en él, entre otras cosas, decía lo siguiente: «No ser rigurosos con los obreros, aunque en algo falten, sino que hay que compadecerles: es que les falta instrucción. Todos estamos expuestos á cometer una falta: San Esteban pedía perdón por los que le apedreaban, y decía: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». (Como se ve, el pobre obrero puso un texto por otro). ¿Quién de vosotros, Padres, no comete faltas? Por esto habéis de ser misericordiosos.....» Esto escribió el primer día al acabar de levantarse.

Al tercer día, debajo de lo anterior, escribió lo siguiente: «*Rectificación.* —Perdonarán, Sres. Padres, en todo lo que les hayamos ofendido, que creo serán muchas veces; y veo que no es verdad lo que me dijeron contra vosotros, porque sois humildes, cariñosos, y, sin exagerar nada, sois lo que no nos merecemos. Por lo tanto estoy para servirles á VV.»

Otros papeles suelen dejar, en los cuales aparecen estampadas la alegría y seguridad que tienen los que los escriben. Ahí van algunos: «He tenido la suerte de haber podido venir á los santos Ejercicios, quedando contentísimo del buen tratamiento de los Padres, de la buena comida y de haber visto el Colegio y el hermoso jardín. Pero la satisfacción mayor es por otro motivo. ¿Quieren VV. saberlo? es que con la dirección de esos buenos Padres y con el auxilio de Dios Nuestro Señor, estoy muy cierto y seguro que he hecho una confesión, la mejor de toda mi vida; y confío en la ayuda de Dios, que seré mejor de hoy en adelante.—Los compañeros de mi pueblo todos dicen que por nada de este mundo quisieran haber dejado de venir á obra tan buena.—El que encuentre este mi escrito quizá se reirá de lo que digo: pero sepa el tal que lo que digo es verdad».

Otro dejó escritas estas formales palabras: «Durante estos días de santos Ejercicios he llorado mis pecados, cosa que nunca había hecho en mi vida: y he llorado con verdadero arrepentimiento y con lágrimas en mis ojos, que para mí es una cosa magna, pues desde que tengo uso de razón quizá no he llorado media docena de veces».

Este papel me trae á la memoria el hecho siguiente. Uno de los obreros salía de confesarse con uno de los Padres del Colegio, que con tanta caridad y amabilidad se ofrecen en cada una de las tandas á ayudar á los PP. Directores, en este ministerio tan agradable á Dios. Vió aquel obrero al P. Director, y acercándosele le dijo: «¡Cuánto he llorado, Padre, en la confesión!»; y enseñándole el pañuelo que aún tenía en la mano, le dijo: «¡Mire V., Padre, mire si he llorado...!» Así era verdad: parecía que acaban de sacar aquel pañuelo de una jofaina de agua.

«Siempre me había causado temor la muerte, escribió otro; pero después de estos tres días de Ejercicios, sería dichoso si Dios me llamase á su presencia». No es menos digno de ser copiado lo que pongo á continuación: «Por mucho que quisiera yo probar con esta pequeña muestra, la inmensa felicidad de que ahora gozo, no me es posible hacerlo, por la sencilla razón de que difícilmente puede decir la pluma lo que siente mi corazón».

Otras veces van dirigidos los billetes á los que les sucederán en

el aposento. Entre muchos que han llegado á mis manos, copio los siguientes:

«*A mis compañeros sucesores.*—Esta Casa es santa, por cuanto en ella sólo enseñan á amar á Dios, cosa indispensable para ser un buen cristiano...—Doy gracias á Jesús Nuestro Señor por haberme conducido á este lugar sagrado, en el que me ha quitado todas mis penas..., porque hacía ya algún tiempo que me hallaba con los ojos vendados... —Ya veréis cómo es verdad lo que os digo, y al salir de este bellísimo establecimiento, haréis lo que hago yo: alabar y bendecir y pregonar en todas partes á Cristo Nuestro Señor, por habernos concedido su divina gracia». Y termina con estas exclamaciones: «¡Adiós, dignísimos representantes de Dios en la tierra, y señores también dignísimos, encargados de los santos Ejercicios! Si alguna vez los puedo servir en algo, pueden VV. mandar, por grande que sea el sacrificio que haya de hacer por VV.»

Uno de los escritos más hermosos fué el que dejó otro obrero con este título: «*Al ejercitante que me suceda*». Decía así: «Amigo y hermano: Si eres devoto y religioso, nada tengo que decirte; sí desearte que te aprovechen mucho los Ejercicios espirituales que vas á empezar, como me han aprovechado á mí los que van á concluir.—Si por tu desgracia no tuvieras fe en nuestra Santa Religión, haz como yo hice cuando no la tenía: acércate con sinceridad y vivo deseo á los pies de Cristo Crucificado, y dile de todo corazón: «¡Señor! quiero creer y esperar en Tí». Si así lo haces, ten la seguridad de que Jesús no se hará sordo á tu sincero deseo, porque Jesús jamás engaña, y Él lo dijo: «Venid á Mí todos los que estáis cansados y trabajados, que Yo os haré descansar».—Cuando tengas Fe, (que sin duda la hallarás), acuérdate en tus oraciones, en recompensa de este consejo, de este tu hermano en Cristo Jesús».

Muchos hay que durante el almuerzo de despedida, ó después de él, poco antes de irse, preguntan con mucho interés al P. Director, si está contento de ellos, si se han portado bien, si tiene algo que reprenderles ó advertirles, etc. Allí piden mil perdones y dispensas los que creen no haberse aprovechado como hubieran podido, llegando alguno á preguntar categóricamente: «¿Me perdona, Padre, las faltas que haya cometido?» Y el que esto pregunta quizá ha sido hasta entonces un ateo ó incrédulo espiritista tramposo, ó socialista, ó anarquista.

Una de las tandas de Ejercicios terminó cabalmente el día en que se iba á tener en Barcelona el mítin católico contra las escuelas laicas,

mítin que fué el primero y principio de todos los demás que, contra las malas escuelas, ha habido en toda España. El Sr. Parellada, que es uno de los que vienen con más frecuencia á comulgar con los obreros, al contestar al bedel de éstos, que le había dado las gracias en nombre de todos ellos, les dijo: «A las diez de la mañana habrá en el Tívoli un mítin católico para que no se habran las escuelas laicas, donde se enseña á los niños cosas tan malas como quemar casas como ésta, donde los Padres os han tratado tan bien, y os han enseñado el camino del cielo y de la verdadera felicidad aun en este mundo, y donde habéis recibido tantos beneficios. Vuestra gratitud la habéis de demostrar, sobre todo, en las obras. Habéis de procurar asistir á ese mítin todos los que podáis (los que no podáis, no; pues primero es la obligación que la devoción). En esto demostraréis vuestro agradecimiento».

Y á la verdad lo demostraron: creo que no faltó ni uno solo á aquella grandiosa y valiente manifestación católica.

Y todo esto que le acabo de contar no es para mí lo más hermoso y consolador, sino ver cómo se acuerdan de los santos Ejercicios que han hecho, cómo amoldan su vida á las enseñanzas de los mismos Ejercicios; y, lo que es más, cómo, no contentándose con ser constantes en sus propósitos, se vuelven celosos propagandistas y verdaderos apóstoles de Obra tan santa. Pudiera citar varios casos; pero la brevedad me obliga á contentarme con citar uno que otro hecho.

Una persona muy celosa del bien de los obreros propuso á uno, conocido como uno de los hombres más blasfemos, y que hacía algunos años que andaba alejado de la Iglesia, si quería ir á Sarriá á hacer los Ejercicios. «¿Me obligarán á confesarme?—No, le contestó: lo que ha de hacer V. es guardar el orden.—Esto sí: yo lo haré. Deseo tener cuatro ó cinco conferencias privadas con el Padre. Si me convencen, daré la vuelta como una media; pero si no me convencen, por *cada* blasfemia que digo ahora, entonces diré *cinco*». Hizo los santos Ejercicios, se confesó, comulgó; y al despedirse de los Padres se le saltaban las lágrimas de los ojos..... A los pocos días se encontró con unos amigos, quienes le convidaron á tomar café. Aceptó el buen hombre. Admirados aquéllos de que no echase ninguna blasfemia, le dijeron: «Vamos, hombre, echa una.—No, eso no.—Ahí va un duro si la echas. —Te he dicho que no.—Te daré dos duros.—Ni que me dieseis ciento», y se mantuvo firme. Sé que continúa dando mucha edificación á todos los de su pueblo.

Como he indicado antes á V. R., la propaganda que hacen casi

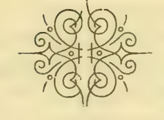
todos los que han estado aquí, es muy activa. Muchos vienen á hacer los santos Ejercicios, por lo que les cuentan anteriores ejercitantes. Una carta recibí de un obrero, el cual me pedía le mandase una fotografía que habían sacado de su tanda. Las razones que me daba para que se la enviase eran. «Porque tendría yo un recuerdo de *los días más felices de mi vida*, y al mismo tiempo *me serviría para hacer propaganda*, enseñando dicho retrato por el pueblo, en donde hasta ahora la Obra de los santos Ejercicios es completamente desconocida». Efectivamente, el retrato le sirvió para hacer propaganda: al poco tiempo vino un hermano de dicho obrero y otros dos hombres de su pueblo.

Doy fin á esta carta copiando lo que dejó escrito otro obrero al marcharse de esta Casa. «Si todos ó muchos de aquellos que abominan de la Santa Iglesia, de las Órdenes religiosas y de los sacerdotes, conociesen la Obra de los santos Ejercicios, ó sólo viesen prácticamente el buen trato y amabilidad de los Padres y del Hermano, y hasta del criado, para con los ejercitantes, estoy seguro que ni habría tantos incrédulos é indiferentes, ni tendríamos que lamentar la fatídica semana trágica».

Y aquí pongo punto final, encomendándome en los SS. SS. de V. R. y demás Padres, y en las OO. de todos.

De V. R. afmo. siervo en Cristo,

NARCISO BLANCH, S. J.



TORTOSA

HECHOS EDIFICANTES
DE LA CONGREGACIÓN MENOR DE ROQUETAS

Carta de los HH. Catequistas de Roquetas al H. Miguel Viaplana.

Amado en Cristo Hermano: Nos dice V. en la última «que desde largo tiempo está esperando noticias sobre esta nuestra incipiente Congregación Mariana de niños», «para con la cual V. conserva tan vivo afecto», como fundador que fué de ella. Pues vamos á ver si aprovechándonos de estas vacaciones de Pascua le satisfacemos en alguna manera. Conste de paso, que le habríamos escrito antes y con mayor frecuencia, á disponer de algún tiempo libre; pero éste, además de ser tan escaso en el filosofado, como V. sabe, lo necesitamos todo para la preparación de las pláticas, que debemos adecuar á las tiernas inteligencias de nuestros pequeños congregantes.

Nos dejó V. establecida la sección de la Comunión Semanal; pues bien, ella no sólo no ha desmerecido de su fervor primero, sino que va prosperando de día en día, de tal modo que al presente pertenecen á ella la mayor parte de los congregantes. ¡Oh, y cómo se ingenian para no faltar á la comunión! Hay quienes para poder recibir al Señor se obligan á confesarse á deshora de la noche del sábado, y quienes tienen que madrugar mucho para poder recibir al Señor, sino quieren faltar á la obligación del campo ó del taller.

«¿De dónde vienes?, preguntaba un domingo á cierto muchacho que volvía de Tortosa.—De comulgar, Padre.—¿A estas horas?—No tengo otro remedio si quiero cumplir con la comunión semanal.—¿Y esto?—No desconoce V. á mi padre: pues él, como buen republicano, me tiene severamente prohibido entrar en la iglesia; por esta razón, y para no ser visto en Roquetas, me es indispensable ir unos domingos á Tortosa y otros al Jesús, si quiero comulgar y oir misa.—Pero, niño, esto no puede durar, y luego serás descubierto.—Pierda cuidado, Padre, que ya hace varios meses lo vengo haciendo, ayudado por mi buena madre, la cual busca siempre algún motivo para enviarme á Tortosa, y así ocultar la trama á mi padre».

Cierto día festivo encuentro á otro niño que se dirige corriendo á la iglesia. «¿A qué tanto correr?—Voy á comulgar ahora que mi amo me da tiempo para ir á tomar el almuerzo: estoy confesado de ayer; con que, adiós, Padre».

«¿Has podido ir á la comunión esta mañana? preguntaba en tiempo de juegos á un congregante.—Sí, Padre, al enviarme mis padres al mercado, he dejado la canasta en manos de la revendedora y volando he ido á la iglesia, de allí á casa inmediatamente, y como si tal cosa...»

Otros rasgos por el estilo debemos dejar, para pasar á otros, no menos edificantes, que dan prueba de su amor y constante asistencia á la Congregación.

Ya sabe V. que el tiempo de la recolección de la aceituna es sumamente ocupado para nuestros pobres niños, que se ven obligados á ir con sus padres á trabajar aun los mismos días de fiesta; pues bien, durante este tiempo hemos presenciado ejemplos, verdaderamente admirables, del empeño que se toman para no dejar de asistir á la Congregación.

«¿Cómo, y tú por aquí?, ¿no nos dijiste que tardarías en volver á la Congregación?—Sí, Padre, pero después, pensando mejor la cosa, he determinado bajar de la montaña cada día festivo, para poder asistir á la Congregación, aunque me haya de cansar». Y el pobrecito así lo cumplía: después de oir misa en el Mas de Barberáns, emprendía una caminata de tres horas de ida y á la madrugada del día siguiente otras tres de vuelta.

Con algunas variantes, este hermoso ejemplo ha sido imitado y repetido todos los años por varios congregantes, aun de los más pequeños.

«Adivine, Padre, decía un muchacho campesino, á qué hora me

acosté anoche.—Buena está la propuesta, ¿y á quién se le ocurre trasnochar á tan corta edad?—Padre, si V. supiera con qué fin lo hice, aun me alabaría». Y tenía razón nuestro pequeño congregante. Para poder asistir el domingo á la Congregación, había estado regando los campos de su padre á la luz de la luna y durante buena parte de la noche del sábado.

Cierto domingo llega un chico y nos dice: «El congregante N. no podrá asistir hoy, porque su padre se lo va á llevar consigo á la siega». Apenas había dado el recado, cuando aparece el congregante N. rebosando alegría: «Dos reales me ha costado la fiesta, pero menos mal.—¿Y ésto?—Después de mil ruegos y promesas, para obtener de mi padre me dejara en Roquetas, y así no faltar á la Congregación, al fin le he preguntado: ¿cuánto le podré ganar á V. ayudándole? Por lo menos dos reales, me ha respondido mi padre, y entonces sin más razones me subo á la alcoba, saco de mi escondrijo la alcancía y vuelvo corriendo con los dos reales á mi padre, y ahí me tiene V.—El Señor te lo pagará muy colmadamente».

«Para poder hoy asistir á la Congregación, decía otro, he tenido que quedarme solo en casa, y privarme del gusto de ir con mis padres á visitar á mi hermana, que reside en tal ciudad». Otro nos decía: «Yo he renunciado al billete de entrada, que me ofrecían, para la corrida de toros en Tortosa, y esto que VV. saben cuánto me gustan los toros». Y es cierto, este niño parece estar loco por el toreo: con que su renuncia, por dejar de asistir á la Congregación, supone algo.

Como V. puede ver por estos ejemplos, reina muy buen espíritu entre los niños de esta rural é incipiente Congregación Mariana; mas si por acaso no bastara lo que llevamos dicho, atienda á otras cosillas, que ahora se nos ocurren, pues vamos escribiendo esta á medida que recordamos las infantiles hazañas de nuestros héroes.

Tal vez ya sepa que intentamos el año pasado levantar un trinquete para los congregantes; pues bien, al principio resolvimos que ellos mismos cada domingo fueran depositando algo de su bolsillo, á fin de que todos ellos tuvieran parte en el trinquete y lo mirasen como cosa propia. Buena ocurrencia, dirá V. que no ignora la condición de nuestros roquetenses cuando se trata de dar dinero. Pues sea por la afición á la pelota ó por otra causa, lo cierto es que fueron recogiéndose reales y más reales, y cuando ya contaban con un buen número de pesetas, se presenta el Padre un domingo á la plática con una hermosa imágen de la Inmaculada, que nos acababan de regalar.

«Ahí tenéis, les dice, nuestra Reina; Ella es la que desde hoy en adelante ha de presidir nuestros actos de Congregación, la que ha de complacerse con vuestro buen comportamiento y atender á vuestras plegarias, etc.; para todo lo cual, y pues es Reina, necesita estar bien elevada, necesita un dosel. Ahora bien, no tenemos más dinero que el recogido para vuestro trinquete; es cierto que, si sois generosos con vuestra Reina, Ella no se dejará vencer en generosidad ¿qué hacemos?....» La propuesta, como V. ve, era del todo inesperada, y la esperanza del trinquete se desvanecía. Con todo, ellos no se paran un momento á deliberar, y todos, todos sin excepción, acogen la idea y la aplauden y desde entonces la Santísima Virgen reside en su gótico dosel, desde donde mira cariñosa á sus hijitos, á quienes ha dado ya en cambio no uno, sino dos trinquetes, y mucho mejores del que ellos podían prometerse con sus dinerillos.

Y á propósito de dinerillos, supongo que ya tendrá V. noticia de la Caja de Ahorros que hemos fundado en la Congregación, para enseñarles desde niños á proveer para adelante sin malgastar lo que sus padres acostumbran á darles los domingos. ¡Con qué fruición se presentan con su libreta en la mano á hacer sus imposiciones, aunque no sean sino de solos diez céntimos!

Ni crea que por esto dejen de dar á los pobres cuanta limosna pueden, según siempre les hemos aconsejado. En efecto, ahí van algunos casos, que dan evidencia de ello. Cierto domingo se dirigen á la portería de nuestro Colegio para pedir una limosna cuatro niños, que por lo parecido de sus facciones, de su traje y de su completa hermandad eran dignos de figurar en alguna de esas artísticas postales, que tanto embellecen los albums y aparadores. El mayor tendría sus doce años y los otros tres irían disminuyendo de dos en dos y en proporcionada escala de estatura. Al pasar por enfrente de nuestro local de juegos, donde se divertían á sus anchas los congregantes, picados sin duda de la curiosidad los pobres hermanitos, se llegan á nuestra puerta. De pronto se les aproxima un congregante, y luego otro, y después tres, y al cabo de breve tiempo los forasteros se veían cercados por los congregantes todos que, atraídos tal vez por el hermoso lenguaje castellano, les dirigían mil preguntas: «¿De dónde sois?, ¿á dónde vais?», etc., etc. A todo este interrogatorio dieron fiel y respetuosa respuesta aquellos pequeños mendigos, oriundos de Jaén. Con infantil curiosidad escuchaban los congregantes el relato de la desgracia, que acababa de afligir á la familia de aquellos niños forasteros, cuyos padres se habían visto,

casi de la noche á la mañana, reducidos á la mayor miseria. Y este relato enterneció los corazones de nuestros congregantes, quienes al oir las últimas palabras de aquella triste reseña, se miran unos á otros, luego se hablan aparte, formando corrillos, y á continuación cada cual echa mano á su bolsillo ó á su faja, y quién cinco céntimos, quién diez, los entregan á un congregante, el cual á su vez los deposita en la manecita del mayor de los mendigos, no sin advertirle que los dé luego á su madre, para proveerse de algo que comer. Partieron ellos llenos de gozo, y nuestros congregantes rebosando alegría, la de la buena obra que acababan de realizar, reanudaron los juegos con una naturalidad sin igual y sin pensar, ni advertir siquiera, en lo hermoso del acto que habían llevado á cabo.

El año pasado estábamos en vísperas de la repartición de premios que, ya sabe V., solemos tener á fines de curso; cuando cierto congregante, de los más pequeños por cierto, se presenta al Padre y con una espontaneidad admirable le dice: «¿Sabe, Padre, lo que se me ocurre?—¡Qué voy á saber, niño!; ¡tántas cosas van y vienen por vuestras cabezas!—Pues, Padre, un pensamiento.—Pues, niño, dilo si quieres.—¿No podríamos, acaso, reunido el dinero que se ha de gastar en premios, enviarlo de limosna á los pobres soldados de Melilla?». El Padre no pudo contenerse al oir esta expresión tan noble y caritativa sin decirle: «Parece imposible que de un ánimo tan tierno y joven broten tales pensamientos».

«Padre, decía otro congregante al ver á dos mendigos mutilados, yo no puedo pasar por delante de esta gente sin alargarles siquiera cinco céntimos.—Muy bien obras, y tu proceder es en verdad hermoso; pero ¡si tú eres tan pobrecito!...—Pues, Padre, á pesar de ello siempre guardo en el bolsillo algo de lo que mis padres me dan los domingos, y en vez de gastarlo en niñerías, lo reparto á estos desgraciados que voy encontrando durante la semana». ¡Con qué gusto escuchábamos nosotros, y más la Santísima Virgen, estas palabras dichas sin ninguna pretensión, ni fingimiento!

Otra prueba de su amor á los pobres, puede ser la visita mensual que hacen nuestros congregantes al Asilo de Tortosa, cada primer jueves de mes, por la tarde.

El domingo anterior se les anuncia la próxima ida al Asilo, para que los que voluntariamente quieran ir, se presenten al Padre, el cual escoge unos cuantos de entre los voluntarios y llegado el jueves partimos para Tortosa. Durante el camino compran de su propio dinero

y por su cuenta cigarrillos, cacahuetes, etc., etc., para repartirlos entre los ancianitos; si no es que alguno prefiera depositar sus monedas en el cepillo de la portería. Una vez en el Asilo, después de saludar nuestros congregantes á sus amigos los ancianos, cada cual viste su blanco delantal y dan comienzo á sus obras de verdadera misericordia. El uno puesto de rodillas lava los descarnados pies de los ancianitos, el otro les corta el cabello, éste pasea en su silla de ruedas á un tullido, aquél va á consolar á los que yacen en cama, y todos ocupan las dos horas, que allí estamos, derramando consuelos y practicando excelentes acciones de caridad. Es cosa deliciosa, al salir, oirles manifestar la consolación que sienten sus tiernas almas, y pedir al Padre les vuelva á señalar para el próximo mes; con otras conversaciones que revelan bien su espíritu. No ha mucho disputaban dos sobre qué era más perfecto: echar la limosna en el cepillo, que está á la entrada y á vista de los transeuntes; ó bien, para que nadie se entere, depositarla en el otro que hay junto á la capilla.

Durante el camino de vuelta, aprovechan la ocasión para la propaganda de buenas hojitas. Así es que al pasar por Tortosa vería V. á uno que corre hacia el tranvía á echar su puñado de *Mariposas* sobre los asientos; á otro que con sumo disimulo se las deja caer junto á los grupos que vamos encontrando, ó bien las lanzan en tiendas y cafés, ó las entregan directamente á cuantos ven por las calles: de modo que cumplen perfectamente con el aviso de «echarlas á volar», que llevan estas ojas de propaganda.

Y como algunos de los mismos congregantes cuidan de costearlas, tienen especial empeño en que no sea en vano su coste, y saben hacerlas valer. ¡Qué escenas tan graciosas pasan entre ellos, en razón de hacer volar sus *Mariposas!* El otro día nos contaba un congregante, aprendiz de herrero, cuyo maestro es uno de los republicanos más radicales, cómo se valía para hacer llegar á sus manos alguna de las hojitas, y esto á pesar de los gritos en que prorrumpe el buen hombre cada vez que da con ellas. «A lo mejor, nos decía, me las dejo como olvidadas sobre el banquillo, á veces le pongo una como señal dentro de la revista titulada *La Esquella*, ó bien se la entrego directamente como llamándole la atención sobre lo que escriben los frailes, ó de otras maneras; lo cierto es que no se me pasa lunes sin procurarle la hojita semanal».

Otros dos congregantes, nos daban cuenta de las riñas que sostienen de vez en cuando con las mujeres republicanas principalmente, á

quienes tienen á gloria ofrecer sus hojitas. «No quiero nada de los Jesuítas, les decía una de esas hembras.—Pero, mujer, si no es de los Jesuítas esta hojita, si precisamente procede de los republicanos; si nó vea V. el título que lleva y si descubre que mentimos, la rasga V.» Ya sabían que trataban con quien ni las letras conocía, pero les convenía dejarle la hojita para su consorte, y lo consiguieron.

También es maravilloso el fruto que obtenemos por medio de nuestra biblioteca de la Congregación, de la cual sacan sus libros los congregantes, para leerlos y darlos á leer á los de su familia, logrando así desterrar las malas lecturas que se van introduciendo clandestinamente.

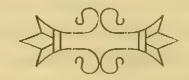
Pero esta carta ya va más larga de lo que creíamos, y eso que aún nos quedan muchas cosas que contarle á V., tan sabrosas como las que preceden, cuales son, entre otras, la comunión diaria de algunos congregantes; su asistencia á la Adoración Nocturna, con la particularidad de que para ello tienen que ir á Tortosa; sus esfuerzos y trabajo, tan activo como eficaz, para arrancar discípulos del maestro laico, etc., etc., todo ello muy digno de ser contado.

Pero es tiempo de acabar. Y terminamos pidiéndole á V. no deje de rogar por estas tiernas plantas, que V. sembró y nosotros regamos, á fin de que el Señor, cuyo es dar incremento, las haga fructificar siempre á mayor gloria suya.

Y en sus oraciones no se olvide de estos sus

HH. Catequistas

San José de Roquetas, Abril de 1910.



FONTILLES

APERTURA DE LA LEPROSERÍA
IDEA DE ESTA INSTITUCIÓN
SOLEMNIDAD RELIGIOSA EN EL MES DE MAYO
UNA VUELTA POR EL ESTABLECIMIENTO

Dos cartas del P. Solá al P. Ortíz.

Fontilles 22 de de Mayo de 1910.

Muy amado en Cristo P. Ortíz: Por fin se abrió el Sanatorio, después de las innumerables dificultades que he referido á V. en mis cartas anteriores. Había empeño en que se inaugurara la Noche Buena de 1908, y con este intento había ido el Administrador, Sr. Mengual, á Alicante para notificárselo al Sr. Gobernador. Este se hallaba precisamente aquellos días en Madrid, y su secretario fué de parecer que se dilatase la apertura, hasta que regresara su señor y amo. Nuevos embarazos estorbaron que se inaugurase el día 1.º de Enero y después el día de Reyes de 1909.

Pero vino el día 17, fiesta del Dulcísimo Nombre de Jesús, y ocho leprosos, venidos de varios pueblos, se presentaron en el Sanatorio á tomar posesión de él en nombre propio y en representación de los que más tarde habían de juntárseles.

Al darse cuenta de este suceso en la Memoria de aquel año leída el 30 de Diciembre de 1909 por el secretario del Patronazgo, en el palacio y bajo la presidencia del Sr. Arzobispo, decía un testigo de vista de la inauguración de Fontilles: «Cuánta fuera la alegría que sin-

tieron (los leprosos) al verse alojados en casa propia, acompañados de otros hermanos de infortunio y rodeados de toda clase de atenciones y cuidados, no es para decir ni ponderar; de todos los labios salieron palabras de tanto gozo, consuelo y satisfacción é impregnadas de tanta gratitud, que no se podían escuchar sin derramar abundantes lágrimas de ternura».

Más llanamente el *Diario de Fontilles:* «Día 16, sábado. El P. Ramón Faura celebra misa en la capilla del Sanatorio. Por la tarde viene el P. Ferrís, para presenciar mañana la inauguración del Sanatorio.—Día 17, domingo. Los RR. PP. Carlos Ferrís y Ramón Faura, celebran misa en la capilla. A la una de la tarde llegan las tres Hermanas Terciarias de San Francisco, á saber: la Superiora, Sor Ana María y Sor Encarnación».

Y sigue luego: «Día 18, lunes. Los PP. Ferrís y Faura celebran en la capilla del Sanatorio: los leprosos oyen la primera y reciben todos la Sagrada Comunión. Por la tarde marcha á Gandía el P. Ferrís con grande contento, porque deja á sus leprositos, como él los llama, recluídos en el Sanatorio».

De intento no se dió publicidad á la inauguración, porque había moros en la costa. Aunque los Gobernadores de Valencia y Alicante estaban advertidos del caso, y á la mira la Guardia Civil, la prudencia aconsejaba moderación suma por no alborotar el cotarro. Ya hacía días que estaban los leprosos en Fontilles, y aun se preguntaban las gentes del contorno: «¿Cuándo se abre el Sanatorio?»

Cuanto á los enfermos, decía la revista titulada *La Lepra* en aquel mes: «Grande es el gozo que sienten los ocho enfermos procedentes de seis pueblos de la Marina desde la noche del 17, día en que ingresaron en el Sanatorio de Fontilles. No hay pluma ni palabra que pueda expresar la agradabilísima impresión que les produjo la vista del delicioso paraje de Fontilles y la de los edificios construídos expresamente para ellos..... Lloran de alegría los que vivieron muchos años pensando que apenas había un alma en el mundo que se ocupara en su desgracia, y ahora ven que son miles de personas las que se han compadecido de su situación y que son tantos y tan variados los regalos que se han enviado para socorrerlos, satisfacer sus necesidades, proporcionarles comodidad, expansión y recreo... Hay enfermos que envían recado á sus familias, diciéndoles: «Que nunca, ni sanos ni enfermos, se han hallado tan bien como ahora».

Los lazarinos de fuera envidiaban á los de dentro y pedían con

instancia morar en Fontilles. Se tenía cuenta para ello: lo primero, con que fuesen de pueblos comarcanos, á fin de acallar rumores y aficionar esta región al Sanatorio; lo segundo, que fuesen pobres, porque no se creyese que hacíamos negocio; lo tercero, que su dolencia no fuese inveterada, para dar lugar á la curación, si la hay, acreditando con esto la institución de Fontilles.

Los primeros meses se gobernó el Sanatorio sin más ley que la de la caridad; pero cuando se tuvo alguna experiencia, se trazó un Reglamento aprobado, con carácter provisional, en la sesión de 25 de Abril de 1909. En él, después de definir el carácter y naturaleza del Patronazgo de San Francisco de Borja, su organización y manera de gobernarse, se determinan las atribuciones de todos y cada uno, comenzando por la Junta de Gobierno y acabando por el último de los empleados. Pasa luego á fijar de una manera precisa todo el régimen de la casa, ordenando las prescripciones higiénicas que han de guardarse, conforme á los dictados de la ciencia médica; las horas de trabajo y su clase, según el estado y condición de cada enfermo; las comidas y su calidad; los actos de piedad y las fiestas; los juegos y la índole de las recreaciones; y los días y horas de visita.

Para que V. forme cabal concepto de una institución tan peregrina, la primera en su género por tierra española, quiero desmenuzar y exponer algunos puntos de importancia.

¿Qué facultades tienen los nuestros en el régimen del Sanatorio?: «Art. 3.º En virtud de un acuerdo de la Junta general de Patronos, la de Gobierno ha contratado con los PP. de la Compañía de Jesús y con las Hermanas Terciarias de San Francisco, la dirección inmediata del Sanatorio y los servicios espirituales y corporales de los enfermos, estando estos últimos á cargo de las Hermanas, y los primeros, esto es, la dirección y servicios espirituales, al cuidado de los Padres.—Art. 5.º Corresponde al Superior de los Padres la dirección inmediata del Sanatorio y, por consiguiente, la inspección general del mismo, y todo el personal estará á sus órdenes.—Art. 6.º Los Padres vienen obligados á prestar cuantos servicios espirituales sean necesarios á los enfermos y empleados del Sanatorio.—Art. 7.º Los Padres podrán aprovechar para su uso todo cuanto haya en el Sanatorio, como caballerías, carruajes, frutos de la tierra y cualquier otro producto».

¿Qué clases de leprosos se admiten en Fontilles? «Art. 22. Las plazas de enfermos se clasifican en pobres, pensionistas y distinguidos. Los pobres no pagan nada (á no ser que quieran voluntariamente ayudar en algo al Sanatorio), pero han de traer, á su ingreso, dos juegos de ropa interior y exterior. Los pensionistas pagarán dos pesetas diarias, exceptuando los medicamentos que serán de cuenta de ellos. La estancia de los distinguidos, si los hubiere, será objeto de un contrato especial.—Art. 23. Las plazas de pobres siempre han de ser más en número que las de los pensionistas, á no ser que la Junta por circunstancias especiales rebajase la cuota de la pensión; y en el orden de la admisión serán preferidos los pobres de la región de la Marina y entre estos los de los pueblos más inmediatos al Sanatorio, ó que más hayan contribuído á su construcción; reservándose la Junta el derecho de admitir un 25 por 100 de enfermos, naturales y vecinos del reino de Valencia, para poder complacer, en algún caso, á bienhechores insignes».

¿Cuándo y cómo podrá ser expulsado un leproso? «Art. 24. Los enfermos podrán ser expulsados del Sanatorio, tanto si son pobres como si son pensionistas y distinguidos, por cualquiera de estas tres causas: inmoralidad, desobediencia grave ó desacato á cualquier superior, y por perturbar el orden y la paz de los enfermos con quejas y murmuraciones, sin que ninguno de los expulsados ni de los que voluntariamente abandonaren el Sanatorio tenga derecho á volver á ser admitido en ningún caso».

Ya dije á V. que este reglamento con sus 48 artículos es provisional. Algunos puntos como, por ejemplo, el deslinde de jurisdicciones, en sociedad tan compleja, acaso requiera más estudio. Item habrá que aflojar los tornillos en los artículos que les obligan á no comer fuera de las horas y á repartir con los demás lo que les dan sus parientes ó amigos. ¿Qué diré de la prohibición absoluta del vino? No convienen los médicos en que el uso moderado del vino, y menos aguado, en pequeña cantidad y bien tasado, al menos los domingos y fiestas, pueda perjudicar al lazarino. Y eso será para el que quiera ó espere curarse de raíz; pero á estos infelices, que están persuadidos de no llegar jamás á curarse, privarles totalmente del vino, es cosa recia. El vino alegra y conforta el corazón y la alegría purifica la sangre y va derechamente contra el bacilo de Hansen. Estos argumentos, en favor de algún empleo del vino, me aducía un gran amigo de los leprosos.

Y entramos en la parte, por decirlo así, más candente de la cuestión Fontilles: los medios de subsistencia. En una palabra se puede

cifrar todo, la Providencia de Dios. Esta pregunta ¿con qué medios de vida contará la Leprosería?, hizo más de una vez la Comisión oficial inspectora; porque sería muy desairado, decían aquellos señores, que el Gobierno autorizara la apertura del Sanatorio, y que asistiéramos á la inauguración de un efecto de llamarada sentimental, transitoria, fugaz, como es á menudo toda manifestación de puro afecto.

Contestóles D. Joaquín Ballester, Vice-presidente de la Junta de Gobierno, que cuenta el Sanatorio con dos fuentes de ingresos. La una permanente, y transitoria y eventual la otra. La primera son las Cajas de Ahorro y Monte de Piedad. «La primera Caja, decía, que fundamos fué la de Gandía, fecha el 25 de Abril de 1900. Hasta 1903 recuerdo que giró en 155.000 pesetas, y vendió cien mil y pico de kilos de primeras materias para confección de abonos minerales; obtuvo 6.000 deudores, labradores todos, mejor diré, pobres casi todos, y *no hubo necesidad de requerir oficialmente por falta de pago á ninguno de ellos.* ¡Prueba de la honradez de nuestros labriegos y de la convicción en que están de ¡cuánto les conviene proceder así!

»Abonan el interés del 6 por 100 anual, pagado por trimestres, con reintegro al menos del 10 por 100 del débito. En las operaciones tan solo existe garantía personal.

»¿Pero comenzaría con fuerte capital ese Banco, llamémosle así? Comenzó con muy poco la Caja de Gandía: tan sólo pudo reunir *13.500 pesetas* como capital social, pero sin interés y no reintegrable si había pérdidas en las operaciones. Así vino el primer dinero y así comenzó la obra y seguirá adelante. Con esto se ha librado al obrero y al pequeño propietario de la voracidad de la usura, que no tenía límites en nuestra comarca, mayormente en la huerta de Gandía, y se ha abierto una fuente para el Sanatorio. Visto el buen suceso de esta Caja, se han creado instituciones análogas en Pego, Oliva, Alcira, Alberique y Onteniente, todas cinco establecidas bajo la salvaguardia de la ley y concedidas al Patronazgo de Fontilles.

»El otro manantial que puede parecer transitorio, no carece de la estabilidad y duración necesarias. Son los donativos. No llegará la liquidación del Sanatorio mientras haya sangre generosa en pechos españoles. La recaudación en metálico y en especie es cada día mayor, merced al favor del cielo. La Diputación provincial de Alicante ofrece la subvención anual de 2.250 pesetas y la de Valencia acaso de 10 á 12.000 pesetas por año.

»Debo citar, asimismo, el Ayuntamiento de Gandía, suscrito por

500 pesetas, el de Alcira por 250, el de Alcoy por 100, el de Vallada por 100, el de Jaraco por 100, el de Ayelo de Malferit por 100, el de Benichembla por 50 y Tormos ayuda con una suscripción popular de 100 pesetas al año.

»Contamos, además, con actos de generosidad de particulares. Ahí está D. Manuel Zuriaga, de Valencia, que ha cedido al Sanatorio la heredad que poseía en Caudiel, á 11 kilometros de la estación del ferrocarril de Valencia á Calatayud, cerca de Segorbe. Cuenta la heredad con casa de labor muy capaz, resguardada de los vientos del Norte, con bodegas, cuadras y corrales para 100 cabezas de ganado cabrío. Comprende 70 hanegadas de tierra huerta, 120 de viña, 40 de siembra de secano y unas 1.000 de monte, muy surtido de leña baja y de pinar, carrascal, robles y nogales; está dotada de aguas riquísimas potables y para riego, y los vinos y las frutas son excelentes.

»De legados no hablemos: por ejemplo, ahí está el ofrecimiento de una señora de Pamplona á servir á los leprosos y á dar 500 pesetas anuales, por no citar otras menores.

»¿Esta misma finca, este lindo valle no es una fuente inagotable de ingresos?».

Así se explicaba el bueno de D. Joaquín ante la Comisión; pero hasta la hora de ahora sube el déficit á unas 30.000 pesetas, según se me alcanza. En este valle de Fontilles, sea por los años que no acuden, sea por falta de labor interna, más han sido los gastos que no las ganancias. La heredad de Caudiel nos ha sorbido más de 13.000 pesetas que aquí nos hubieran hecho un buen servicio. Ese caudal no se perdió. Era preciso reedificar la granja, casi derruída, labrar dos pequeños pabellones para el proyectado Sanatorio, tan deseado por el Sr. Zuriaga, abonar las tierras, podar las viñas. Más ganancia será sin duda para la Leprosería darla, como se trata, en arriendo, hasta que llegue el día de abrir allí un Sanatorio para los leprosos de la provincia de Castellón.

Para que V. se haga cargo de los donativos, así en dinero como en especie ó personales, ruégole que dé una hojeada al *Boletín del Sanatorio,* en la sección de noticias y en la Crónica de la Caridad. Es una lectura sabrosísima. Vaya una muestra.

En Diciembre último. El cura de Orbau, D. Tomás Ferragut, trae el día de su santo tabaco, buñuelos y turrón para los leprosos.

D.ª María Sanjulián y D. Indalecio Jáuregui, de Pamplona, envían dos corderitos, para que los enfermos celebren la fiesta de la primera misa que ha de cantar uno de los hijos de dichos señores.

La Srta. Pepita Uriza, de Pamplona, una caja con embutido y aguinaldo.

D. Pedro Unsalo, de Pamplona, dos relojes despertadores y un número de la lotería; que no ha salido, ni queremos siquiera que salga, porque preferimos que salga en los corazones el fuego del amor de Dios.

Nuestro buen amigo D. José María Company, de Gandía, nos envía el día de Navidad un hermoso pavo.

De Muro nos viene una cesta de huevos.

De Pamplona un paquete de trapos.

Una señora de Murla nos trae un capacito de pasa.

D.ª María Ballester y su tía D.ª Luisa Lloret, de Gandía, pasteles, turrón y cigarros puros.

D. Antonio López, también de Gandía, dos platos de carne de membrillo, dos cucuruchos de dulces y un poco de tabaco.

La madre del leproso Casimiro, buñuelos y otras frioleras.

Un criado de Valencia una cajita de cascas; y una pobrecita una cajita de cigarrillos.....

Los regalos en camas, sábanas, ornamentos, flores y otras prendas, no se acaban nunca y ojalá fuesen más, porque todo es menester en este apartamiento.

No es maravilla que, en general, los asilados rebosen felicidad. Muéstranla en las fiestas sobre todo y cuando ocurre algún hecho extraordinario. Para Noche Buena hicieron una cueva artificial y allí colocaron al Niño y le cantaron villancicos. Por la Virgen de Fontilles, que cae en Mayo, y por el Corazón de Jesús, además de novena y comuniones, llevan á la Madre de Dios en procesión, con tal espíritu que causa gran ternura y mueve á lágrimas.

Al ocurrir el cumpleaños ó el santo de algún Superior ó bienhechor insigne, le ofrecen comuniones, misas, y le envían la *norabuena* en su estilo. La que remitieron al Prelado era muy tierna y mereció una muy hermosa contestación. El 17 de Febrero era la fiesta de la M. R. M. General de la Orden Franciscana, que tanto se interesa por la fundación de Fontilles, donde tiene su pequeña comunidad. Hubo en Fontilles comunión general, cánticos, protestas de amor al Divino Corazón de Jesús, cuya imágen descansa entre los brazos de la Virgen de Fontilles, y hasta compusieron y enviaron unos versos ó cosa parecida á la M. R. Madre.

No faltan á veces los correspondientes disgustos que ofrecer al Señor.

De cuando en cuando se deja sentir el ambiente de la libertad. No ha mucho se amotinaron ocho leprosos de los que estaban antes en el Hospital de Valencia (son los más levantiscos) y se fueron otra vez á la capital, encaramando los fútiles pretextos de su malestar y desaconsejada resolución. Oyóles el Sr. Director, refutó sus razones y arrepentidos quisieron volver á Fontilles. Negóseles la entrada. Instaron y mediando personas de alto respeto y consideración, se les franquearon otra vez las puertas de Fontilles. Pero llevan en su alma el germen del descontento. Aun no hace 15 días se confabularon de nuevo para marcharse unos cuantos. Se les persuadió que lo mejor era nombrar una comisón. Fueron dos al Director del Hospital, en nombre de todos, y como les dijese que si no volvían á Fontilles los mandaría prender, y que tenía á sus órdenes una pareja de la Benemérita, se volvieron cabizbajos, el mismo día y en el mismo tren en que yo iba. Claro está, no pueden ir al teatro, ni á la Exposición, ni gastarse una peseta en el café ó en la taberna. ¡Qué fuerza tiene el amor de la libertad, y qué bien dijo aquél:

Non bene pro toto libertas venditur auro!

¡Si conociesen la verdadera libertad de los hijos de Dios! El mismo Señor nos la dé á gustar en su reino.

Afectísimo siervo y hermano en Cristo,

JUAN M. SOLÁ, S. J.

Fontilles 23 de Mayo de 1910.

Muy amado en Cristo P. Ortíz: Ayer fué un dia de gloria para Fontilles. Preparados con un triduo y sermón, comulgaron en el oratorio todos los leprosos por la mañana, á pesar del tiempo lluvioso y el suelo hecho un barrizal. Sor Encarnación y D.ª Mercedes los iban animando y ayudando á levantar de la cama, y hasta los tullidos y los ciegos se alentaron á ir al oratorio. Unos arrastrando, otros apoyados en brazos y hombros ajenos, aquél tirando del carrito en que iba el compañero enteramente baldado: todo movía á lástima. Pero lo que más me conmovió fué ver á un leproso que cargado con la dulce.carga de otro leproso se encaminaba á la capilla y lo asentaba y acomodaba

en el banco. Durante la misa, rezaron, cantaron, esperando mi plática y tras ella el Pan de los Angeles. Les hablé del amor de Jesús á los leprosos y del gusto con que entra en sus cuerpos, para enriquecer sus almas y glorificar un día alma y cuerpo por toda la eternidad. Quise que hiciesen protestas de mayor humildad, obediencia y rendimiento á los superiores, de mayor amor y hermandad entre sí y de mayor pureza y honestidad en adelante. Di primero la comunión á la comunidad, luego á los leprosos, finalmente á las leprosas. La comunidad la recibe en su tribuna, el Administrador, el Practicante y el Hermano en el presbiterio, junto á la sacristía, y los enfermos en su comulgatorio. Hay siempre dos copones consagrados, uno para los leprosos y otro para los que no lo son. Los lazarinos, unos comulgaban hincados de rodillas, otros en pie, otros doblado el cuerpo; á los ciegos y tullidos los llevé el Señor á sus puestos. ¡Qué bocas y qué caras, Jesús mío! ¿Por qué he de sentir horror de allegarme á ellos, cuando Vos no lo tenéis, antes sumo deleite y dulcedumbre, en entrar en su mismo pecho!... Muchos de ellos comulgan diariamente y ¡cómo se les luce en la paciencia, silencio, continua presencia de Dios, sujeción, caridad! Las abluciones se hacen en agua desinfectante preparada *ad hoc*.

Era dominica de la Santísima Trinidad. En el triduo les había hablado de la Virgen, por ser Mayo, y de cómo hemos de amarla á ejemplo del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Por la tarde del domingo, expuesto S. D. M. en lindísima custodia, rezóse el rosario, luego el mes de María con sus cánticos, alternando en las avemarías leprosos y leprosas, por fin el solemne trisagio cantado á coros, con esa voz cascada, balbuciente y rota peculiar de los pobres lazarinos, que tan bien suena á los oídos y Corazón de Jesús. El sermón versó acerca de la reverencia, servicio y alabanza que debemos á la Trinidad augusta, según el dechado de María Santísima, todo encaminado á hacerles aborrecer la culpa y á engendrar en sus afligidos ánimos cariño á la casa de Fontilles. «Por estar aquí, les dije, vino Juan Peña, leproso del Hospital Mora de Cádiz, á Valencia, y como allí le dijeron, no sé quien, que yo estaba en Tortosa, allí se fué á pie; diciéndole allí que yo estaba en Gandía, á Gandía se fué, caminando siempre á pie, porfiando en que tenía que venir á Fontilles. Cuánto me costó disuadirle de su propósito, diciéndole que el Sanatorio era regional, no ya nacional, el P. Ferrís lo sabe. Lo cierto es que cuando ha poco estuve en Cádiz no quise visitar el Hospital, porque Peña no me viese y, asido á mi sotana, no me soltase hasta venir conmigo al Sanatorio. He visto

á los lazarinos de Madrid, Barcelona, Sevilla y otras ciudades y provincias, y fuera de una desequilibrada del Hospital de San Juan de Dios, en Madrid, no recuerdo ni uno que no suspire por Fontilles».

Procesión no pudo haberla por el piso tan lodoso: nos contentamos con recibir la bendición de Cristo sacramentado y con cantar todo lo cantable.

Antes de dejar el Sanatorio, quise estudiar de cerca aquel libro que Dios me ponía delante, en que podía leer á mi sabor la miseria del hombre y las misericordias del cielo. Tomé por compañero de mi visita al buen D. Celestino (quedé yo dueño de Fontilles, pues el P. Faura había sido llamado á Gandía) y recorrí con él todas las estancias, pabellones y bancales. Dígnese V., P. Ortíz, acompañarnos también con la consideración, y entenderá las virtudes sólidas que han de practicar los nuestros que allí viven.

—¿Quiénes habitan en esa casita blanca, asentada en la falda de la meseta central?

—Esa casa se llama la casa de *Moix*, que era su antiguo dueño, y viven en ella cuatro leprosos. ¿Ve V. aquellos dos que están labrando allí? Son dos primos hermanos, Francisco Pastor García y José García, aquél de 27 años y éste de 19, entrambos de Benitachell. Vivían en una cabañuela lejos de poblado ó en un cobertizo (aquí llaman *riuráu)* donde se guarda la pasa. Hace unos tres años que aparecieron con lepra casi simultáneamente. Su padre murió leproso. Dicho se está que no pagan nada. Pero harto hacen con labrar la tierra y no dar que hacer á las Hermanas.

Con ellos vive muy hermanablemente aquel que anda con el carro y es el encargado de cuidar la caballería y traer en la tartana á los leprosos que no pueden venir á Fontilles por sus pies. ¡Qué buen chico! Tiene 28 años y es nutural de Benichembla. Sirvió tres años en Melilla y, á los seis meses de licenciado, apareció con las piernas hinchadas que luego se le llagaron feamente. Llámase Salvador Llopis.

El cuarto, es esotro que está cavando. ¡Pobre hombre! Su padre murió leproso, y él hace sobre un año que notó tubérculos en la cara. Es de Muro, se llama José Antonio Payá y cuenta 32 años.

Estos cuatro son gratuitos y viven como cuatro hermanos.

—¿Y esa religiosa que anda siempre sola, cabizcaída y como tapándose la cara porque no la vean?

—Es Sor Rosa, Terciaria Franciscana, como las demás. Vino á Fontilles por Enero de 1909 para ayudar á los lazarinos, sin sospechar que ella lo era. Creo que fué Chimo el primero que la denunció como tal, por la práctica que tiene en reconocer á los que padecen esta fea dolencia. La pobrecilla se asustó de sí misma y no acababa de resignarse en la voluntad de Dios. Hoy es otra cosa. Ni es extraño ese sentimiento. ¡Tan joven y desde la edad de seis años que está en el convento!

—¿Quién es ese bajito, de bigotes rebeldes?

—Casimiro Giner, de Murla. Fué dependiente de un comercio de Gandía y después de Valencia. Hace tres años y medio comenzaron á notársele en la cara unos tubérculos. Cuando estuvo el Dr. Zuriaga en Tormo, le declaró que era lepra. Casi al mismo tiempo apareció también leproso su buen padre, y padre é hijo se desviaron de poblado y vivían juntos en un *riuráu* ó secador de uva. No siendo posible admitir á los dos, vino el hijo y su padre le viene á visitar alguna vez. Casimiro es un estuche. Maneja muy bien la azuela y el escoplo y pinta que es un primor. Es el mejor guitarrista que tiene el Sanatorio y luce su habilidad los días en que se repica gordo. Cuenta sus 28.

—¿Y ese que viene con muletas, vestido de blusa negra?

—El bueno de Maximiano Sancho. Era albañil, de Sagra. Un pariente murió leproso hace muchísimos años, en Pedreguer. Pero de él se cuenta en Sagra, que cogió la lepra reedificando una casa que procedía de un leproso. Sea lo que fuere, hace 8 años que padece lo indecible. Cuando vino á Fontilles causaba horror: se le descubrían los huesos de las piernas y parecía un Job en el muladar. ¡Tal estaba de llagado! Nunca se aplicó remedio; y cuando vió que la Hermana ó D.ª Mercedes le curaban las llagas con tanta limpieza y caridad, quedó atónito al reparar que había en el mundo almas tan buenas. Tiene mujer y una hija; ambas á dos, limpias. La mujer viene á visitarle y se admira al ver á su esposo tan mejorado y contento.

—¿Qué viejecito es aquel de estatura regular, blusa azul, sombrero viejo de fieltro y de alas caídas?

—El simpático Vicente Serer Reig, de 72 años, natural de Alcahalí. Vivía de limosna desde que, hace unos 10 á 12 años, le hirió malamente la lepra. No hace nada más que encomendarse á Dios, y aun en esto no sé cómo anda, porque tiene trastornada la cabeza. Su mujer viene por acá y le trae alguna baratería ó cosa de comer. Antes ape-

nas podía moverse, y ahora ¡mire V. con qué bizarría huella el suelo!

Fuimos caminando por la vega y llegamos al gallinero, donde vimos un grupo de tres leprosos, departiendo entre sí amigablemente.

—Los tres son de Gata, dijo mi acompañante. El más viejo y el más ágil, ese que viste blusa negra, es Agustín Fornes, el primer talento de Fontilles. Natural de Javea y buen albañil, contrajo la lazería hará como 6 años. Ayuda en las obras de albañilería y compone las márgenes ó ribazos, que no hay quien le gane. Recuerdo que cuando vinieron á visitarle su mujer é hijos, le tiraban una manzana ú otra fruta como á cuatro metros de distancia, por no contagiarse ni siquiera con el aliento; y al ver luego la confianza con que se le trata en el Sanatorio, no caben en sí de admiración y espanto.

El otro de la blusa también negra, y casi de la misma edad, es Sebastián Mulet, que padece lepra anestésica y se ocupa en recoger las cortezas de naranja y mondaduras del comedor y las echa en el sumidero.

El más joven (y cuenta 39) tan horroroso de lepra tuberculosa, es Bautista Ferrer. Es el que comulga todos los días sin arrodillarse, á causa de la hinchazón de las piernas. Su empleo aquí es cuidar de los pollitos. Vivían los tres en una ermita ó lazareto, al otro lado del barranco de Gata, con Federico Chiner, donde la buena Antonia Simó tenía cuidado de ellos.

Dimos la vuelta y nos acercamos al departamento de las monjas, al lavadero, guardarropa y otras dependencias. Mi compañero, siempre complaciente y hablador, fuéme refiriendo la historia y las dolencias de cada leprosa que encontrábamos.

Seguimos adelante y pasando por junto al pabellón-enfermería reparé en un leproso de regular estatura, blusa azul, con tubérculos en el rostro, y que estaba haciendo alpargatas.

Es José Gandía Fita, natural de Bellús, vecino de Señera, junto á Játiva, y cuenta unos 26 años. Era carretero, y hace año y medio he aquí que un día, sin saber cómo ni por dónde, sin antecedentes de familia, apareció de la noche á la mañana con sombras ó manchas en la cara. Que es lepra, que no. Los médicos no se entendían. Al fin resultó lepra. Vino á Fontilles con una pesetilla diaria; pero luego se fué al Hospital de Valencia y la Diputación paga por él, como por los demás que de allí vinieron, nueve reales. Se entretiene en tejer alpargatas, que da gratis á los compañeros de infortunio.

—¿Y ese de chaqueta?

—¿Es Ramón Sánchez, alias el *chato*, natural de Serra, junto á Nájera. Está aquí en sus glorias. Habla de nariz, comulga diariamente y ayuda al practicante.

—¿Y el que está regando esas flores del jardín?

—¿Miguel Gamón, alias *Micalet*. Todo el mundo le quiere. Cuenta 26 años y parece un niño. No tiene padre ni madre, ni genealogía, como Melquisedec, y padece ataques epilépticos tan frecuentes que no se le puede dejar sólo.

—¿Con que también hay aquí barbero?

—Sí, es ese que está cortando el pelo y afeita á los leprosos. Tan bajo como V. lo ve, y vestido de torerito, vale un tesoro. Se llama Vicente Miñana, y estando de barbero en Cullera se le hinchó la cara con deformidad, aunque sin tubérculos. Calificado de leproso, lo encerraron en el Hospital de Valencia, de donde vino aquí. Nació en Benirredrá, junto á Gandía.

—¡Canuto! ¡Canuto!, oí que gritaban: ¿quién es Canuto?

—Es Vicente Foyo, y le llaman el *Canuto* por la cánula ó sonda que lleva siempre en la garganta para poder hablar. Adolece de lepra anestésica y ha recorrido media España pidiendo limosna, yendo de hospital en hospital. En el de Madrid le hicieron esa operación. Tiene 43 años, y aún dice que quiere correr más mundo. De suyo es bueno, pero se deja arrastrar.

¿Ha oído V. hablar de Gabarda, cerca de Alberique? Pueblo tan ruín que ha pocos años se dió misión y no comulgó ningún hombre. De allí son esos dos hermanos Vicente y Julio Sebastiá. No digo que él sea malo, pero tiene un geniazo..... Con todo, es el más caritativo. El que acude primero á socorrer una necesidad, el que se carga los enfermos á las espaldas, el que toma el azadón ó la escoba cuando es menester, ya se sabe, es *Gabarda:* así le llaman todos. Su hermana está hecha una llaga; mas en su genio se echa de ver su procedencia gabardina.

—¡Qué bien rasga ese leproso la guitarra!

—Este y el otro que está en la cama son dos ciegos, también de la colonia valenciana. El uno se dice Ramón Benavente, de Játiva; apenas le quedan pies ni manos, sino es para tocar su instrumento favorito. Es el otro Salvador Cervera, ciego del todo. Es soltero y trabajaba en una fundición de Valencia. El amo viene alguna vez á visitarle. No sabe ni puede hacer otra cosa que tocar la bandurria.

—¿Ya no hay más del Hospital de Valencia?

—Esas dos leprosas, Teresa Soler y Magdalena Borrás. Aquella es

de Játiva, tiene 37 años, viuda con hijos. Anda muy estropeada y comulga todos los días. Esta es de Ollería, hija de aquel leproso Francisco Borrás, que vivía en la ermita de San Cristóbal.

—Le vi y traté, dije yo. ¡Qué alma tan pura y enamorada del cielo! Le oí decir: «No envidio al Rey de España». Y como le hablasemos de Fontilles, ponía este reparo: «Si allí he de curar, no quiero ir». Su libro era *La Diferencia entre lo temporal y lo eterno,* del P. Eusebio. Y la Diputación de Alicante ¿no dicen que envió dos leprosos pensionados?

—Dos han venido hasta la fecha. El uno es aquél que está en cama, Constantino Calatayud, ciego de remate. Hace 10 años adoleció de lepra, y ésta, como suele acaecer, le ha traído la ceguerra. Casi siempre descontento. Su padre murió leproso; su madre vive y sus cinco hermanos, todos limpios. Sus tíos murieron también de lepra. La otra es Isabel Rael, de Albatera. Ayuda á coser á las Hermanas. Creo morirá pronto, aunque solo tiene 27 años, por estar la dolencia muy adelantada.

Y así fué explicándome otras muchas calamidades, que yo no refiero por no repetir casos parecidos.

—¿Qué impresión, preguntará por ventura V., me llevo de Fontilles?—Que si las obras se rematan y se cimenta bien la institución, será Fontilles para los leprosos un sanatorio de cuerpo y de alma; para España un timbre de gloria; para esta región de Levante la solución de un gran problema, como puede ver por lo que abundan los casos de lepra; para las religiosas que aquí vengan una fragua de santidad heróica; y para la Compañía de Jesús un monumento perdurable que acreditará cuán de veras busca en todas partes, y á costa de mil sacrificios, el bien de los hombres y la mayor gloria de Dios.

Él nos guarde y acreciente en su gracia.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo.

Siervo en Cristo,

JUAN M. SOLÁ, S. J.



CASTILLA

GIJÓN

MISIONES DE LOS PP. SAUTU Y VIDAL

EN LA DIÓCESIS DE OVIEDO

Cartas del P. Vidal al P. Socio.

MISIÓN DE NAVELGAS

Del 28 de Agosto al 4 de Septiembre de 1910.

Amadísimo P. Socio: Voy á dar cuenta á V. R. de la primera correría apostólica que el P. Sautu ha emprendido con este nuevo compañero. Todas las misiones que en esta expedición se han dado, han sido en el Concejo de Tineo, si se exceptúa la de la Pola de Allande que forma concejo aparte, y las de La Espina y Cornellana, que pertenecen al de Salas.

El domingo 28 de Agosto, antes de amanecer, ya emprendimos á pie desde Tineo nuestra primera caminata para Bárcena, que dista tres horas largas. Dijimos allí misa y después de comer tomamos el mismo automóvil que habíamos traído, y con él en dos horas nos pusimos en Navelgas á las tres de la tarde, que era la señalada para hacer la entrada de la misión.

Comenzó ésta con buen auditorio pero con la contra no pequeña de la lluvia, que nos aguó la procesión de entrada. Leídas como de cos-

tumbre las comendaticias del Sr. Obispo, y rezado el santo rosario en la iglesia, invitó el P. Sautu á su auditorio á salir fuera, á la plazuela que está delante, y que era el sitio destinado para la misión. Pero estaba de Dios que nos habíamos de mojar; y así á poco de haber comenzado su sermón el P. Sautu volvió la lluvia, tan pertinaz que, á pesar del aguante de los oyentes, que paraguas en mano escuchaban atentos al misionero sin moverse de sus puestos, y á pesar de la paciencia y valentía del predicador, quien por carecer el púlpito de tornavoz recibía en sí toda el agua que caía, hubo de abreviarse el acto, después de señalarse las horas á que habían de tener lugar los diversos actos de la misión.

El sábado acudió mucha gente al semón del perdón de los enemigos. Terminado este día el acto, se hizo entrar en la iglesia á todos los hombres, acompañando al Santísimo, dejando fuera á las mujeres, y una vez allí se les exhortó á confesarse aprovechando la ocasión de estar en la iglesia los sacerdotes todos, en buen número, dispuestos á confesarlos en poco tiempo; cayeron así en la redada algunos peces, que de otra suerte se nos hubieran escapado. A la mañana siguiente antes de las cuatro ya estábamos otra vez confesando hombres.

Al acto de la mañana de seis á siete no acudían arriba de 30 personas, cosa frecuente en Asturias, en parte por vivir muchos en caseríos muy apartados de la parroquia.

Los niños, á su ejercicio de las diez, acudieron bien de Navelgas y demás parroquias de la misión, formando en la procesión de banderolas unos 360 y comulgando 168.

Las comuniones de las solteras fueron 150 y 196 las de las casadas.

A la comunión general acudieron 700, entre hombres y mujeres, algunas de las cuales repitieron aquel día la comunión. Este acto resultó magnífico en todas las misiones y mucho más en aquellas en que, como en esta de Navelgas, se pudo celebrar la misa de campaña.

Esta misión, si se tiene en cuenta que comprendía en su radio cinco parroquias, con unas 3.200 almas, se ve que no fué de las que llenan el corazón del misionero, que mira logrado el fruto de sus trabajos en el fervor con que suelen calentarse los pueblos. Es verdad que algunas de las parroquias que asistían á la misión tiene *brañas*, es decir, grupos de caseríos apartados en los montes, algunas de las cuales distaban dos horas y más de la parroquia, y claro que los que tan lejos viven, no podían acudir á la misión.

No poco nos contrarió también el celebrarse, en uno de los días de

la misión, la fiesta principal del pueblo, con bailes y la jarana consiguiente. De esta fiesta no había dicho una palabra el Sr. Ecónomo de Navelgas, sacerdote dignísimo y ejemplar, al admitir la misión.

No faltó tampoco un grupo de la cáscara amarga que procuró retraer á otros de la misión, mirando á los misioneros como jesuítas sabios, eso sí, pero que hablaban para la gente del pueblo, no para ellos los ilustrados.

El domingo á eso de las doce y media de la mañana ya estaba el *flaire* viejo, ó el misionero viejo, ó el P. Julián, como le llaman por aquí al P. Sautu, con su manteo al hombro y el crucifijo de la misión en la mano camino de Bárcena, mientras el misionero joven, ó el P. Mariano, cerraba con el sermón de despedida y la bendición papal la misión de Navelgas.

Quedó la gente muy bien impresionada y lloraron no poco al despedirse del misionero joven, que en bajando del púlpito emprendió la marcha para Bárcena, acompañado un buen trecho por aquella gente llena de entusiasmo.

Dos honradísimos paisanos se empeñaron en acompañarme todo el camino hasta Bárcena, que dista dos horas largas de Navelgas.

MISIÓN DE BÁRCENA

Del 4 al 11 de Septiembre.

Esta ya fué harina de otro costal, como suele decirse. Se suprimió el acto de la mañana, pues era aquí imposible que á esa hora acudiera regular contingente, por no haber apenas casas de población. En cambio al acto de la tarde acudían muy bien las procesiones de los distintos pueblos. Seis eran las parroquias, contando la de Bárcena, que asistían á este centro de la misión, reuniendo entre todas, según el censo, unas 3.700 almas.

La misión empezó y continuó fervorosa con buen auditorio hasta el sábado, en que aumentó éste, como sucede en todas partes ese día, y se conmovieron mucho al aparecer, en medio del sermón, el párroco con el Señor en las manos, y presentarlo al pueblo desde un corredor de la casa rectoral, que sale á la plaza misma donde se predicaba la misión.

Una pobre vieja, fuera de sí ante aquel hermoso espectáculo, exclamó: «¿Por qué no habíamos de morirnos ahora?».

Los niños acudieron muy bien á las doctrinas y unos 480 á su procesión. Esta, por tenerse precisamente el día de la Natividad de Nuestra Señora, con un día espléndido, y al salir la gente de la misa mayor, resultó muy lucida; como también la renovación de las promesas del bautismo y el desfile, que fué en el campo mismo de la misión, y es de lo que más llama la atención en todas partes.

Uno de los días de la misión vinieron en procesión los de Navelgas.

Las comuniones de los niños fueron 110, las de las solteras 268 y las de las casadas 400. En la comunión general, que se tuvo al aire en el campo de la misión, se distribuyeron 1.400 formas.

Por la mañana del domingo, último día de la misión, hubo llantos en la misa al despedirse de todos el P. Julián, que tenía que salir aquella misma mañana para la misión siguiente, y llorando le siguieron los que le vieron marchar, hasta que el P. Sautu los hizo volver á casa.

El acto de despedida por la tarde, resultó tal vez el más tierno de todas estas misiones. Los gritos, los vivas y los llantos se renovaban al pasar el misionero joven por los diversos pueblos de la misión para dirigirse á Pola de Allande.

La traslación de mis huesos á Pola no se pudo hacer en el acostumbrado automóvil, por ser mucha la distancia y poco el tiempo disponible, y así se hubo de aceptar un caballito, que los llevó á Pola á las nueve de la noche.

En Bárcena quedaron las jóvenes tan resueltas á dejar el *agarrón* que, según personas verídicas nos contaron poco después, habiendo empezado el domingo 18 de Septiembre á bailar agarradas algunas parejas, hubieron muy pronto de desistir, en vista de las peladillas que sobre ellas caían.

MISION DE POLA DE ALLANDE

Del 11 al 18 de Septiembre.

Después de la buena misión de Bárcena empezamos, con algún recelo de lograr poco fruto, esta de Pola, sobre todo el misionero viejo, que ya conocía el paño, ó sea la frialdad é indiferencia que reina gene-

ralmente en estas villas de Asturias. Pero aquí se vió una vez más que Dios tiene en su mano los corazones de los hombres, pues arregló las cosas como no lo esperábamos. De tal manera, que fué precisamente en esta villa donde la misión dejó mejor impresión, aun en los lectores de *El Imparcial* y otros periódicos del mismo pelaje, que entraban allí en buen número.

Es de notar que de vuelta de la expedición por el Occidente de Asturias, que duró desde Mayo hasta Julio, pasó por Pola el P. Sautu, preparando la serie de misiones que ahora hemos dado, llegando á esta villa molido por la larga caminata que se había metido en el cuerpo, después de haber dormido sin cenar sobre el escaño de una cocina. Quedó el Sr. Cura Párroco de Pola gratamente impresionado al tratar con el Padre y saber de él el modo que tenía en dar estas misiones y el trabajo y sacrificios que se imponía. Esta buena impresión aumentó después al venir á dar esta misión; al ver el buen sacerdote ya la primera noche que en su casa cenábamos, que quedaban intactos los diversos principios y postres que se presentaron en la mesa, y al convencerse por sus propios ojos que lo que se dice en la carta, al ofrecer estas misiones, se cumple al pie de la letra. En tan buen concepto nos tenía, que llegó á sospechar que no dormíamos en la cama, al ver estas ya arregladas por la mañana.

Todas estas cosas corrieron por el pueblo, con lo que nos miraban con respeto y veneración, entrándoles así más la misión por los ojos que por los oídos. Para ganarnos las simpatías de todos ayudó mucho el ver cómo llevábamos á los niños ya desde el primer día formados en filas por el medio de la villa desde un hermoso paseo, que era el campo de la misión, hasta la iglesia, saliendo la gente á la calle por verlos, admirándose del trabajo que en todo eso ponían los misioneros.

La misión resultó buena, aunque se redujo casi exclusivamente á la parroquia de Pola, asistiendo sólo alguna otra un día ó dos en las procesiones.

Se confesaron muchos lectores de periódicos liberales y hubo gente que volvió á la fe haciendo hermosísimas confesiones.

La procesión de banderolas salió muy bien, acudiendo á ella unos 330 niños.

Comuniones de niños 76; de las solteras, 206; de las casadas, 310; y en la comunión general, 600.

La despedida fué como se podía esperar: entusiasta y cariñosa, lo

mismo por la mañana al despedirse el P. Sautu, que por la tarde al marchar el más joven y más flaco de los dos rurales.

Para que se vea la impresión que entre la gente sencilla de Asturias causa este género de misiones, voy á copiar á la letra, con su misma ortografía, unos párrafos de una carta que un paisano escribía á un hermano suyo sacerdote: «Aquí (en Taramundi, occidente de Asturias) tenemos unos padres de la compañía de Jesús que los nacidos no han visto esfuerzos tan heróicos soportados continuamente y sin interrupción alguna por el bien y cristianización de las gentes; confesando de contínuo día y noche sin casi dejar tiempo para un mero descanso, que es el pasmo y admiración de toda la humanidad. Vinieron por Asturias (ya para entonces llevaba dadas el P. Sautu con el P. Ibarrechevea al pie de 40 misiones por el oriente de Asturias) principiaron en la Vega, luego Santirso, ahora aquí (Taramundi), después Villaodrid, Santalla, Villanueva y San Martín de Ozcos, después irán á Grandas, etc., etc., practicando santas misiones. Sus exfuerzos son extraordinarios, sus dotes oratorias son admirables, su resistencia en confesar y resistir no hay ejemplo, su disciplina llega al punto de rehusar caballos para trasladarse de un punto á otro pues por más que se empeñen en dárselos ellos no los quieren. La facilidad de hablar y ocurrencia especialmente de uno estoy por decir que no he visto otro, ya los he visto buenos, pero hablar siempre y sin interrupción alguna sin ceder, quizá no viese otro. Aquí todo el mundo asistió de tal manera que el que un día fué ya apenas se quedó otro alguno, porque en realidad eran dignos de oirse».

Así se expresaba este buen asturiano, hablando de la última expedición de los PP. Sautu é Ibarrechevea.

MISIÓN DE POZÓN

Del 18 al 25 de Septiembre.

La lluvia, que desde la primera misión de Navelgas nos había respetado, comenzó á amenazarnos aquí, aunque ni un solo día nos estorbó el tener la misión al aire libre, mojando sólo un poco los huesos del más joven, quien se defendió regularmente al venir desde Pola de

Allande, gracias al caballito y al impermeable que le prestó el señor Cura de esta villa.

La misión comenzó con buen auditorio el domingo 18, en un hermoso castañar que está junto á la iglesia; pero el lunes disminuyó notablemente.

Animólos el P. Sautu á traer á los demás á la misión, y á los señores Curas para que trajeran las procesiones de las distintas parroquias los días siguientes. Con esto y con haberse mudado el púlpito, de manera que todos los hombres, por muchos que fueran, estuviesen cómodamente sentados en una magnífica ladera y con sombra, mientras las mujeres ocupaban el yerbín, todo lo restante del campo, que era en frente mismo del predicador, se animaron ya á venir en buen número todos los demás días.

A calentar á los de Pozón contribuyeron también las procesiones numerosas de la misión de Bárcena y de Pola, que espontáneamente vinieron el mismo día, miércoles 21, á visitar á los pobres misioneros. En la procesión de Pola venía lo principalito de la villa, habiendo hecho el camino á pie un buen número de señoritas, que habían sido las cantoras de la misión.

Salimos á recibir á las dos procesiones, adelantándonos un poco en la carretera por donde se dirigían á Pozón. Al vernos aquellas buenas gentes, todavía fervorosas con las misiones, sin respetar ya la procesión, comenzaron á dar vivas á los misioneros y á apretarnos y besarnos las manos con verdadero cariño y entre sollozos. Sólo viéndolo se puede uno formar idea del amor que, estas buenas gentes de Asturias, cobran á los misioneros cuando los ven sacrificarse por su bien.

La gente de esta misión de Pozón llegó á calentarse de veras; tanto que lloraron bien el sábado en el sermón del perdón de los enemigos, el domingo en los fervorines del P. Sautu que se despedía de ellos y por la tarde en el acto siempre conmovedor de la despedida. Aquí se debe notar esto, tanto más cuanto que para ello no les ayuda nada el carácter frío de todo este valle de Tineo. Nos aseguraban los señores Curas que el 90 por 100 de la gente no llora ni á la muerte de los más allegados como el padre ó la madre.

La misión resultó buena y eso que dejaron de concurrir las dos mayores parroquias de las ocho que estaban citadas para esta misión, y que reunían entre todas más de 4.000 almas. Una de estas parroquias no acudió por descuido del señor Cura, el cual ni siquiera se presentó un día en la misión, y es conocido por ser un tanto desidioso, aunque

algo le disculpa la edad y los achaques. Algunos de dicha parroquia que asistieron á la misión lloraban al ver que las demás parroquias traían sus hermosas procesiones y sólo ellos no estaban representados con su párroco al frente.

Las comuniones de los niños fueron 130; las de las solteras 263 y las de las casadas 160. En la comunión general, que se tuvo al aire libre en el campo de la misión, se distribuyeron unas 1.000 formas.

Hubo hermosas conversiones de pecadores, alejados de Dios durante largos años.

Me aseguró un paisano, que fué conmigo el último día de la misión cuando yo marchaba á Tineo, que en Pozón había tal empeño en acudir sobre todo los últimos días á la misión, que le había asegurado un pariente suyo de uno de aquellos pueblos, que ni por 5 ni por 10 duros se encontraba quien quisiera ir al trabajo por la tarde, para no perderla.

La doctrina se tuvo en el mismo campo de la misión, por ser imposible ordenar y mover aquel ejército de 500 niños en una iglesia tan reducida. Y ya que hablo de la iglesia, he de notar también la pobreza suma en que estaba en ornamentos y misales, que casi deben ser de los primeros que se imprimieron. Ni cíngulos había, sirviéndonos sólo de unas cintas que se ataban como se podía. Más pobreza aún había en la capillita donde dijimos misa los primeros días de la misión, por estar la iglesia distante de la casa del Sr. Cura como unos seis ú ocho minutos. La tal capilla, que está junto á la casa del párroco no es más que un mal cobertizo húmedo y miserable, que hacía recordar el portal de Belén.

También aparecía la santa pobreza en la casa del señor Cura, pues no había en toda ella más que dos sillas, las que el P. Sautu y yo teníamos en nuestro aposentillo; y así, el día que se hicieron las banderolas, como fueron necesarias las sillas para colocarlas, hubo que hacer silla y mesa de la cama misma ó del suelo.

MISIÓN DE TINEO

Del 25 de Septiembre al 2 de Octubre.

Un poco fría, como el carácter de esta gente, resultó la misión. Las causas de esta frialdad fueron: primero, la general de indiferencia que

suele haber en las villas saturadas de malas lecturas; también influyó, y mucho, la excitación que aún dura allí desde las últimas elecciones y trae á todos divididos y enemistados.

Parece que corrían por la villa rumores como si nosotros fuéramos á hablar allí de política, cosa que no se ha hecho en ninguna misión; pero pronto pudieron convencerse de la falsedad de tales rumores, y que no íbamos allí sino á predicar á Cristo, al oir el sermón del P. Sautu y ver que precisamente se ponía el púlpito junto á la casa de un liberal, que accedió gustoso á nuestro deseo de colocarlo allí, como sitio el más apropósito de aquella plazuela.

Para vencer la frialdad, que ya temíamos, en Tineo, hicimos prometer á voz en cuello á los de la misión de Pozón que habían de venir á Tineo á pegar fuego de amor de Cristo á la villa. Cumplieron su palabra y el día 28, miércoles, á la hora de la misión, el estampido de los cohetes anunció la llegada de los de Pozón, que llenos de entusiasmo, en bien ordenadas procesiones de las distintas parroquias, entraron en Tineo dando entusiastas vivas á los misioneros.

Los días siguientes tuvimos bastante buen auditorio, aunque apenas concurrieron á la misión, fuera de la villa misma y otra parroquia cercana, y eso que las invitadas eran cuatro, que reunían 3.700 almas.

A pesar de todo se hizo aquí algún fruto. Oyeron los sermones aun algunos de los principales y más refractarios, y quedaron todos tan bien impresionados, que poco después nos decía el mismo Párroco de Tineo: «Si están VV. dos días más, se lo llevan todo de calle». Porque parece que los últimos días, y después de la misión, fué cuando más se habló de ella y mejor movidos estaban todos.

400 niños tuvimos en la procesión de banderolas, que se lucieron mucho por ser en día de mercado, y estar las calles llenas de la gente de los pueblos que allí concurren los jueves.

Los sacerdotes y algunas jóvenes prometieron al despedirse que irían un día á la misión de La Espina.

MISIÓN DE LA ESPINA

Del 2 al 9 de Octubre.

Verdaderamente fué esta la *espina* de toda esta correría.

Hay en este pueblecito, situado en la carretera misma que va de

Pravia á Tineo, un republicano, tabernero por añadidura, que preside una cuadrilla de tres ó cuatro de la misma laya. Un hijo de este prohombre, educado por su padre en una escuela laica de Madrid, rapaz de unos 13 ó 14 años, insolente y atrevido, con algún otro, recibieron al P. Sautu á silbidos y le molestaron con latas y con el toque de una corneta al ir á abrir la misión el domingo. Además colocaron en el balcón de la casa del tal republicano el retrato de Salmerón.

El lunes volvió á sonar la trompeta, que estuvo tocando el hijo del republicano todo el tiempo que duró la plática de la tarde. Parece que otro republicano corrigió al rapaz y le hizo callar en lo restante de la función religiosa.

El martes y el miércoles, por el mucho frío que allí se dejaba sentir, dejamos el campo de la misión y se tuvo el acto en la iglesia, con lo cual no hubo ya la molestia de la trompeta famosa. Pero el jueves, apenas había comenzado á hablar en el púlpito del campo el P. Sautu, cuando el atrevido muchacho empezó desde la puerta de su casa á tocar como los días anteriores. Hasta entonces habíamos callado en público, pero entonces el P. Julián se plantó, y dijo al numeroso auditorio, que no hablaría una palabra más en esta misión si no se corregía aquella desvergüenza, y que lo tomaba no como burla de un particular, sino como cobardía de un pueblo entero que no defendía sus derechos contra un grupo insignificante, que veía con malos ojos la misión. Tomóse entonces la cosa en serio y bien pronto puso orden el alcalde de barrio, acudiendo después él mismo á la misión con una pareja de la Guardia Civil de Salas. Con esto cesó ya para adelante la republicana trompeta.

El martes tuvimos ya bastante más auditorio que los días pasados, por haber acudido una buena procesión de Brañalonga, la mayor parroquia y muy distante, que trajo una imagen de la Virgen del Carmen, de mucha devoción entre ellos, y que aseguraban era imágen hermosísima. Alabólos el P. Julián por los sacrificios que hacían para asistir á la misión, y alabó también la hermosa imágen que habían traído, con lo que se animaron á asistir los días siguientes. Su esfuerzo le costó al P. Julián alabar la tal imágen, sin mentir, porque verdaderamente era de lo menos agraciado que he visto en materia de imágenes. Rindió, sin embargo, su juicio el misionero al parecer de los de Brañalonga y alabó por hermosa la que ellos tenían por tal.

El jueves se tuvo como siempre la procesión con un pequeño ejército de 340 niños, gritando de firme al pasar por delante de la casa

del republicano aquellos versos «En casa del blasfemo», etc., y «Pecador no te acuestes», etc., que sabrían á rejalgar á aquella familia, toda ella anticlerical furibunda.

No se dieron por vencidos los republicanos; sino que suscitaron otras dificultades, las cuales omito en atención á la brevedad.

En medio de estos disgustillos nos consoló el Señor el día 8, sábado; pues, sin pensar nosotros en ello, nos encontramos por la mañana con una comisión de Tineo, presidida por el mismo Sr. Alcalde de esta noble villa, y la cual nos anunciaba la llegada por la tarde de los de Tineo, que venían en agradecimiento á los misioneros y en són de protesta contra el grupo anticlerical de La Espina. En efecto, á la hora de la misión por la tarde aparece en la carretera una magnífica procesión formada por un gentío de Tineo, que entró en La Espina con gran entusiasmo, acompañada por la banda municipal de la villa, que lucía hermosa bandera. Con la procesión de Tineo pasaron por delante de la casa del republicano otras procesiones de las parroquias de esta misión de La Espina, que aquel día acudieron como á porfía. Locos verdaderamente de entusiasmo los de Tineo con volver á ver á sus misioneros, no cesaban en sus vivas y aclamaciones.

Mejor bofetón no se les pudo dar á los amantes de la República, que tan poco sabían respetar los derechos de los católicos. Poco chistaron aquel día, si no fué al volver los de Tineo para sus casas, pues entonces una vieja de la casa del republicano, echó un viva á la República, como protestando contra aquellos valientes católicos.

La banda de Tineo se prestó gustosa para tocar la marcha real, al aparecer la procesión con el Santísimo, en el acto del perdón de los enemigos.

Quisieron los republicanos sin duda tomar su desquite el domingo, último día de la misión; y así, con el fin de armar una gran merendola y alborotar en el tiempo de la misión, vinieron de Salas ese día por la mañana en un coche cuatro ó cinco republicanos, quienes tuvieron la valentía de silbar al P. Sautu, á quien encontraron en el camino, al dirigirse el Padre al pueblo de Cornellana, que está dos leguas más allá de Salas en la misma carretera.

Como ya el sábado habíamos tenido noticia de la intentona de los republicanos, se aviso al alcalde de barrio de La Espina, el cual pidió una pareja de la Guardia Civil de Salas que garantizara el orden, y por si acaso los guardias no llegaran á tiempo, se procuró el domingo tener pronta una buena partida de hombres, que espontáneamente se

ofrecieron al alcalde, para contestar y rechazar oportunamente á los republicanos.

Con mucha paz y tranquilidad, con asistencia de muchos de Tineo, con el Sr. Alcalde de esta villa y con gran auditorio tuvimos nuestro acto de despedida por la tarde del domingo, conmoviéndose todos mucho con un movimiento de indignación al oir de labios del misionero la valentía de los republicanos silbando al P. Julián, cuando, sin más compañía que el santo crucifijo, marchaba á la misión de Cornellana. Pidió el misionero que perdonasen todos á aquellos desgraciados, mientras estos, sin chistar, oían escondidos al menos parte del sermón, desde una casa inmediata.

Con todas estas pequeñas contradicciones la misión resultó buena; y si no fueron muchas las confesiones, fué debido á que las parroquias cercanas eran pequeñas todas y la mayor estaba muy distante de La Espina.

MISIÓN DE CORNELLANA

Del 9 al 16 de Octubre.

Comenzó esta misión, última de la presente correría, con muy buen auditorio ya el primer día. El acto de la tarde se tuvo en un hermoso campo que hay delante de la casa rectoral, antiguo convento de benedictinos, predicándose desde un balcón de éste todos los días, menos el martes y miércoles, que llovió regularmente y fué preciso meter á la gente en la iglesia, que aunque bastante grande, resultó incapaz para aquel auditorio que la llenaba constantemente, con bastantes apreturas y calor sofocante.

La procesión de banderas se hizo con un valiente ejército de 700 niños, el mayor que hemos reunido en esta excursión.

Aquellos angelitos acudieron con entusiasmo desde el primer día á la doctrina, que se tuvo los dos primeros días en el campo; pero el tercero fué necesario colocarlos como se pudo en la iglesia, por la lluvia que no cesaba un momento.

Seis eran las parroquias invitadas para esta misión, reuniendo entre todas unas 4.300 almas; y todas las parroquias acudieron muy bien con sus procesiones al acto de la tarde.

Hubo en esta misión hermosas confesiones, y se notó conmoción tal vez mayor que en todas las demás de esta correría.

Las comuniones de niños, 300; de solteras, 450; de casadas, 500. En la comunión general del domingo se distribuyeron como 3.000 formas; siendo de notar en este día el crecido número de hombres, pues se acercaron á la Sagrada Mesa unos 700.

La tarde del domingo, 16 de Octubre, tuvimos el mayor auditorio de todas estas misiones, que son por lo general de corto radio, como ha podido notarse por lo que va ya dicho. Pero aquella tarde se reunieron más de 4.000 almas, con lo que el acto de despedida, que aquí lo tuvo el P. Julián, resultó hermosísimo y conmovedor.

De aquí nos retiramos aquella misma tarde á Pravia, donde tomamos el día siguiente el tren para descansar en nuestro Colegio de Gijón.

Se arreglaron en estas misiones varios matrimonios de amancebados, haciendo uso el P. Sautu de la facultad, que él tiene del Sr. Obispo de Oviedo, para dispensar de las proclamas. Cosa rara es esta por aquí, pues se nota gran pureza de costumbres entre la gente moza.

En estas misiones de Asturias, por falta ordinaria de hombres, muchos de los cuales están en Madrid y en América, y por no haber apenas casco de población en los pueblos, se ha suprimido la procesión nocturna de penitencia que solía tener el P. Sautu con su compañero el P. Ibarrechevea en las misiones de Navarra.

Grande es la impresión que en estos pueblos de Asturias causa este modo de misionar, pues hablan constantemente, chicos y grandes, sacerdotes y feligreses, del trabajo que se toman los misioneros, del caminar á pie, etc. De manera que sólo viéndolo se puede creer lo que estos pequeños sacrificios de los misioneros mueven á estas sencillas gentes.

Sólo un buen sacerdote de Salas, donde habíamos pensado dar también misión, entendía de otra manera estos sacrificios de los misioneros, y le parecía que sería más honra nuestra ir á Salas en automóvil y seríamos así más estimados entre el pueblo. Bueno estaba mi compañero para ir en automóvil, cuando, precisamente el día que el buen sacerdote nos quería persuadir eso, en La Espina había dormido en el pajar, por huir del ruido molestísimo de la taberna que teníamos debajo y no le dejaba conciliar el sueño.

En estas misiones tomó al principio casi todo el trabajo el P. Julián para ir así enseñando prácticamente al novel misionero. Después poco á poco me ha ido dejando, además de las pláticas de la mañana y de

la tarde, las doctrinas y procesión de los niños con los fervorines correspondientes en todas las comuniones, menos en la general del domingo. Así queda algo repartido el trabajo, aunque siempre es el misionero viejo el que carga con lo peor y más pesado.

MISIONES EN ARANGO, MALLEZA, LABIO Y TREVÍAS

El domingo 6 de Noviembre, después de descansar tres semanas en Gijón y de hacer los Ejercicios el P. Julián, emprendimos otra correría apostólica en que hemos dado siete misiones, durante otras tantas semanas.

Empezamos por la misión de Arango, en el arciprestazgo de Pravia, y tanto ésta, como las tres siguientes de Malleza, Labio y Trevías no ofrecieron cosa especial, fuera de lo que suele acaecer en casi todas las misiones.

En esta primera misión de Arango se suprimió también el acto de la mañana; pues no habiendo apenas casco de población, no había esperanza de tener un regular auditorio.

No faltó por aquí quien dijera que, cuando tan desinteresadamente veníamos á Arango, algo nos daría el Gobierno; pues si no ¿qué nos importaba á nosotros de estos pueblos? Ya respondió bien mi compañero desde el púlpito, diciendo, entre otras cosas, que sin duda el Sr. Canalejas, que prepara leyes tan buenas para los frailes, nos pasaría algún buen sueldo por venir á estas misiones.

En Arango estrené yo también mis facultades, imponiendo 800 escapularios. Al ingenio y diligencia del P. Julián se debe el haber logrado que, por una *perrina*, como dicen los asturianos, pueda la gente del pueblo obtener los dos escapularios, el azul y el del Carmen, unidos por una cinta. El P. Sautu enseñó en Gijón á las Hermanas del Patronato de Huérfanas, el modo de hacer estos escapularios tan económicamente que, aun vendiéndolos por cinco céntimos, todavía las queda alguna retribución por su trabajo.

La gente quedó muy bien impresionada de estas misiones, sobre todo viendo el modo de trabajar y de vivir de los misioneros, como lo prueba el diálogo en que el Sr. Coadjutor del pueblo llamado Labio,

sorprendió un día á unos cuantos paisanos, y no de los más devotos. «Vienen por ahí, decía uno, como *cudiadores* de cabras. ¿No los véis? ¡Si tienen cara de hambre!—Ellos comen lo que les dan los curas, agregaba otro. Si les dan potaje, potaje. Y además no quieren recibir un céntimo». Precisamente el día en que estas cosas y otras parecidas nos contaba el coadjutor, otro buen sacerdote, con recta intención nos decía en la mesa que, con ir á pie de una parte á otra, y con toda esta vida que llevábamos, se deshonraba á la clase. ¡Cuán de distinto modo lo entiende el buen sentido del pueblo!

Se impusieron en esta misión de Labio 700 escapularios, de los que nos envían las Religiosas de Gijón.

Aquí también me ocurrieron algunos casos especiales, que juzgo conveniente referir. El sábado fuí yo por la mañana á visitar algunos enfermos que querían confesarse, y de paso entré también en casa de una pobre vieja, creo que de más de 80 años, que hace ya varios que no se quiere confesar. La infeliz ha perdido casi por completo la fe, imbuída, según dicen, por uno de la familia. Ella, y sobre todo una hija, impidieron hace años á viva fuerza al Sr. Cura la entrada cuando iba á confesar á un hijo suyo, y así murió el infeliz sin sacramentos. Al ir yo á visitarla, la hablé con el cariño que supe; pero al insinuarla lo de la confesión, se mostró dura y fría, aunque decía que agradecía la visita. No valió ni hablarla de Cristo crucificado, aunque esto algo la enternecía, ni del infierno, ni de nada. Decía que no me cansase, que no tenía pecados; no robaba ni mataba y era mejor que otras que se confesaban. Al fin, diciéndome que yo me cansaría la cabeza, y ella la tenía también cansada, me despedí, aunque amenazándola con el juicio de Dios y con el infierno.

En cambio otras tres mujeres baldadas, una de las cuales lleva ya ocho años clavada en la cama, se confesaron y me echaron mil bendiciones al despedirme de ellas. Una de estas me dijo, que no hacía sino pensar en la pasión de Cristo y en ir al cielo.

También confesé á un pobre mozo, impedido de la cintura para abajo, de modo que no se podía mover, y que nunca se había confesado, no por culpa suya, pues es un bendito y sencillo como un niño, sino porque le habían dejado como por ignorante, aunque sabía lo suficiente para recibir los santos sacramentos. Quedó contentísimo después de confesarle allí en un corredor de su casa, en el suelo como estaba y yo con una rodilla en tierra, como me puse á hablar con él y á preguntarle la doctrina. Me dijo que sola una vez le habían llevado á la

iglesia, pero nunca había visto lo que era la misa y la Sagrada Eucaristía. Al día siguiente le llevaron la primera comunión, con el consuelo que se puede suponer en un alma tan buena.

Hubo hermosas confesiones en esta misión. El pueblo quedó tan bien impresionado, que trataban de venir en masa todos los de Labio el siguiente domingo á Trevías, y pedían al Sr. Cura que nos llevara otra vez para el próximo año. Por el mal tiempo que teníamos no pudieron venir todos, pero acudió un grupo de hombres, mujeres y niños á comulgar el domingo á Trevías, y fueron á pie, á pesar de que dista tres leguas.

También esta misión de Trevías resultó algo deslucida.

Si en Labio nos persiguieron las dichosas *panoyas,* ó recolección del maiz, en esta misión la lluvia nos molestó toda la semana, desde el domingo en que llevó un buen remojón el P. Sautu al hacer la entrada de la misión; pero sobre todo el martes al volver la gente de la misión para sus casas, se desató una lluvia torrencial con un viento tan fuerte, que hacía inútiles los paraguas, y así llegaron muchos calados completamente á sus casas. Siguió aquel día lloviendo toda la tarde y toda la noche y con esto salió el río de madre é inundó el camino que hay entre el puente y la iglesia.

Con esto los niños, que precisamente habían de venir el miércoles para las confesiones, no pudieron la mayor parte pasar el río, y solo acudieron los del lado de la parroquia que cae al lado de la iglesia, y algunos que pasaron en un carro, no faltando tampoco quienes se descalzaron para atravesar el agua, llenos de entusiasmo por venir á la doctrina.

A pesar de tantas dificultades, mojándose y todo, acudía todos los días un buen contingente al acto de la tarde, llenándose casi todos los días la iglesia. Esto nos hacía augurar que si el tiempo nos hubiera favorecido hubiéramos tenido una gran misión; porque á este centro estaban invitadas otras tres parroquias, sumando entre todas, según el censo, más de 6.000 almas.

Tienen fama estos de Trevías, y en general los de este Arciprestazgo de Luarca, de ser fríos y gente que no llora por nada; pero en el perdón de los enemigos, que por cierto salió muy bien, lloraron de firme.

La misión iba cada día cobrando más calor y esperábamos todavía un final fervoroso, á pesar de todas las dificultades; pero el domingo, sobre todo los hombres, defraudaron en gran parte nuestras esperanzas, pues acudieron pocos á la comunión general.

Se impusieron en Trevías más de 700 escapularios. La imposición se hace con mucho orden y facilidad, pues la procuramos tener en distintos días, después de la comunión de las diversas clases, y finalmente el domingo por la tarde en el acto de la despedida. Con este método, pueden fácilmente imponerse el escapulario todos los de la parroquia; pues á causa de la distancia de las casas, no pueden acudir á cada uno de los actos de la misión todos los de la familia.

MISIÓN DE LUARCA

Del 4 al 11 de Diciembre.

A pesar de las no muy buenas noticias que teníamos de lo que era la villa de Luarca, donde abunda la gente fría é indiferente, fuimos de Trevías con esperanza de hacer allí mucho fruto. A concebir esta esperanza nos ayudaba, ya la preparación de la misión, anunciada de antemano por el excelente párroco de la villa; ya el poder contar con un buen auditorio, pues al menos á los de la villa no estorbarían las lluvias el acudir á los diversos actos, por tener Luarca mucho casco de población; ya también el caer dentro de la semana de la misión dos fiestas: la de la Inmaculada y la de Santa Eulalia, patrona de la diócesis.

No quedaron, gracias á Dios, frustradas nuestras esperanzas. Tuvimos buen auditorio todos los días en el acto de la tarde, y sobre todo desde el jueves en adelante hubo días en que se llenaba la espaciosa iglesia de tres naves, desde el mismo altar mayor hasta la puerta, y además el coro; y eso que gran parte, aun de las mujeres, estaban de pie. También asistía un buen contingente al acto de la mañana, de seis á siete, aunque muy pocos hombres.

A Luarca como centro de misión hubieran podido concurrir de otras tres parroquias, reuniendo entre todas ellas, según el censo, más de 7.000 almas; pero acudió poca gente de fuera de la villa, concretándose casi solamente á ésta la misión.

Aquí tuvo algo más del trabajo ordinario el P. Julián, pues además de haber tomado él la doctrina de los niños, que por cierto nos dieron

bien que hacer por ser muchos y revoltosos, tuvo el lunes y el martes por la noche conferencias para solos hombres, á las cuales asistieron, según decía el párroco, moralmente todos cuantos hay en la villa.

Les habló el P. Julián, en la primera conferencia, de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo probada por la Resurrección; y en la segunda, de la autenticidad de los Evangelios. Gustaron mucho las conferencias y de ellas hicieron grandes elogios, tanto el periódico de Luarca como los periódicos de Oviedo, que hablaron extensamente de la misión.

Como desde el tercer día, ó sea, desde el miércoles, teníamos bien que hacer en oir confesiones desde las cuatro de la tarde, hora en que se acababa el acto, no pudo el P. Sautu tener más conferencias.

El fruto recogido en esta misión nos dejó relativamente satisfechos. Hubo hermosísimas confesiones de hombres y de mujeres. Las comuniones de los niños fueron 120, las de las solteras 500 y 750 las de las casadas; distribuyéndose, además, en la comunión general del domingo más de 1.000 formas. Se impusieron unos 4.000 escapularios.

Los que menos contentos nos dejaron fueron los niños. Se notaba mucho abandono por parte de los padres, encontrándose muchos, ya crecidos, sin haberse confesado nunca. Comulgaron pocos y se confesaron pocos, relativamente á los que acudían á la doctrina. En la procesión de banderolas llevamos el día de la Inmaculada por las calles de la villa cerca de 900 niños.

La impresión que quedó en Luarca fué excelente. Se hacían lenguas, sacerdotes y feligreses, del trabajo de los misioneros, y particularmente del ir á pie, del no recibir nada, etc.

Antes de ir nosotros á la misión miraban con recelo los de Luarca, según nos contó el mismo párroco, que éste llevara para misionar en la villa á unos misioneros que andaban por los pueblos predicando. Pero las buenas noticias que recibieron de la misión de Pola de Allande, nos prepararon muy bien el camino.

La despedida correspondió al fervor de la misión. Fué una verdadera manifestación de cariño y entusiasmo por los misioneros. Al terminar yo el sermón de despedida, por más que me esforzaba, apenas podía hacerme oir, pues en toda la iglesia, llena de bote en bote, no se oía sino un verdadero rugido de llanto, y en bajando del púlpito, apenas cogí el sombrero para marchar, me rodeó todo aquel auditorio de manera que, llenas las calles, me estrujaban por besarme la mano hombres, mujeres y niños, sin cesar en tanto de aclamar á los misio-

neros y á la Compañía de Jesús. Según me decía el párroco jamás se había hecho allí una manifestación, ni tan espontánea, ni tan numerosa y entusiasta. Fué un buen bofetón para un grupo de anticlericales que allí hay, alguno de los cuales presenciaron en la calle aquella explosión de cariño para con unos pobres religiosos.

Con toda aquella comitiva salí hasta fuera de la villa, acompañándome todavía bastante gente hasta el pueblo de Caroyas, que dista una legua de Luarca. Allí me detuve para cenar en casa de la madre de los PP. Pérez del Río, que me trató con el cariño y atención de una madre.

A eso de las diez de la noche tomé el coche que me condujo á San Martín de Luiña á las cuatro de la mañana. Aquí, como ve V. R., dejé nuestro acostumbrado coche de San Francisco, y lo mismo tuvo que hacer el misionero menos joven, por distar San Martín de Luiña 40 kilómetros de Luarca y ser de otra manera imposible enlazar estas dos misiones, como es nuestra costumbre.

MISIÓN DE SAN MARTIN DE LUIÑA

Del 11 al 18 de Diciembre.

Concurriría á este centro de misión otra parroquia llamada Soto de Luiña, reuniendo entre las dos 5.000 almas. Ambas pertenecen al Arciprestazgo y Concejo de Cudillero.

Aunque la misión empezó el domingo con abundante lluvia, como los días siguientes hasta el jueves se sostuvo regularmente el tiempo, teníamos esperanza de que fuera cosa buena; pues concurrirían muy bien sobre todo los de Soto de Luiña, que tienen fama de ser gente muy cristiana. Pero Dios Nuestro Señor permitió que la lluvia se desatara los últimos días, con un viento huracanado, que hacía inútiles los paraguas y almadreñas. Con esto, aunque seguían acudiendo á la misión, venciendo para ello valientemente las dificultades; ni podían quedarse muchos para confesarse después de la misión, por no ir de noche á sus casas, ni podían acudir por la mañana á la comunión.

Todavía tuvimos, sin embargo, unas 200 comuniones de las solte-

ras, otras tantas de las casadas y unas 500 en la comunión general. Se impusieron 1.200 escapularios.

Los niños asistieron llenos de entusiasmo á la doctrina. Comulgaron 240 y acudieron á la hermosa procesión de banderolas más de 700.

La renovación de las promesas del bautismo se hizo con toda solemnidad, en un buen campo que hay á la puerta de la iglesia.

También los misioneros tuvimos que remojarnos bien los últimos días de la misión, pues aunque nos defendíamos un poco con nuestros impermeables y nuestras almadreñas, como la casa del Sr. Cura dista unos veinte minutos de la iglesia, teníamos algo que ofrecer á Dios, sobre todo al ir por la mañana, á las cuatro ó antes, con un farolillo en la mano camino de la iglesia. Había momentos en que el viento no nos permitía avanzar un paso, y eso que ni el uno ni el otro le ofrecemos mucha resistencia, pudiendo ambos rurales decir lo del otro: que «*cortamos como naipe el viento*». No poco animaba á ofrecer al Señor estos pequeños sacrificios, el ver los que hacía aquella pobre gente que encontrábamos ya á la puerta, cuando íbamos por la mañana, esperándonos para confesarse.

Sólo una nota discordante hubo en esta misión, y fué un pobre hombre casado civilmente con escándalo de todos. Este desgraciado, mal mirado por todos y á quien llaman *el Renegado,* comenzó el primer día por tener gaita y jaleo en su casa, que está muy cerca de la iglesia, al mismo tiempo de la misión; y después, algunos días se puso á la puerta de la iglesia á repartir durante la misión hojitas inmundas de Nakens. Buena zurra llevó desde el púlpito varios días, desde que se mostró á las claras hostil á la misión.

El sábado en el sermón de la pronta conversión, se produjo en la iglesia un poco de alarma, sobre todo en las mujeres, al decir el P. Julián que, ó se retiraba aquel hombre inmediatamente de la puerta donde estaba oyendo el sermón con la gorra puesta, ó si quería oir como los demás tenía que estar allí con el respeto que se merece el templo del Señor. Optó por retirarse más que á paso, al ver la energía del predicador, y notar contra él la conmoción del auditorio. No se acabó con esto la historia del *Renegado;* pues corrió la voz de que iba á echar una bomba durante la misión, y así el domingo cuando la gente salía conmigo de la iglesia, después del sermón de despedida, hubo un pequeño alboroto, volviendo las mujeres de tropel hacia el templo, al ver por allí al *Renegado.* Este, increpado por los sacerdotes al verle repartiendo las infames hojitas, se metió sin más bromas en su casa.

Aunque rabioso anticlerical, tiene la ventaja de que nadie le hace caso; y aun algunos que hay allí medianos, no se atreven á sacar la cara por él.

Este contratiempo sirvió para que la gente repitiera con más entusiasmo al salir largo trecho conmigo por la carretera, los vivas á la misión, á la religión y á los misioneros, alternando siempre con «¡Abajo los renegados!»

La despedida fué cariñosa y entusiasta, no habiendo manera de hacerlos volver para sus casas, empeñados todos en acompañarme varios kilómetros por la carretera de la costa hacia Muros.

MISIÓN DE MUROS DE PRAVIA

Del 18 al 25 de Diciembre.

Eran las seis y media de la tarde cuando entré en Muros, perteneciente al Concejo del mismo nombre y al Arciprestazgo de Cudillero. Al llegar á casa del Sr. Cura Párroco me encontré con la grata noticia del buen recibimiento que habían hecho al P. Julián, saliendo el Ayuntamiento en corporación á recibirle, cosa nueva al menos en estas dos expediciones apostólicas por Asturias.

Como la parroquia de Muros está casi toda reunida, les anunció el P. Sautu el acto de la mañana de seis á siete, aunque con el temor de no tener auditorio. Por fortuna nos engañamos; pues todos los días, en este acto, casi se llenaba la iglesia de mujeres, acudiendo también un grupo regular de hombres.

Como la misión era para sola la parroquia de Muros, que tiene más de 2.000 almas, y deseando que pudieran asistir los obreros que trabajan en el muelle de San Esteban de Pravia, distante dos kilómetros de Muros, se puso el acto de la tarde de cinco á siete.

La iglesia se llenaba bien todos los días, desde el mismo altar mayor hasta la puerta, acudiendo bastantes obreros. Mucho ayudó á reunir esta concurrencia el no haber tenido aquí misión desde hacía muchos años.

Decía el viejo sacristán, muy conmovido, que desde el año 69 estaba sirviendo en esta iglesia, y nunca la había visto como en esta semana de la misión.

El fruto correspondió á la asiduidad con que oyeron la palabra de Dios. Hubo confesiones fructuosísimas de hombres y mujeres. Se confesaron bastantes obreros del muelle de San Esteban.

Las comuniones de los niños fueron 60, las de las solteras 300 y las de las casadas más de 300. El domingo, día de Navidad, tuvimos dos comuniones generales, una en la tercera misa del P. Sautu á las cinco, y otra á las siete y media. Entre las dos se distribuyeron 700 sagradas formas.

Se impusieron además 900 escapularios.

El P. Superior de los Benedictinos, que tienen un colegio en Los Cabos, pueblecito cercano á Muros, tuvo la atención de visitarnos y se ofreció á favorecernos en lo que fuera menester. Así lo hizo, viniendo algún día él mismo con otros Padres á ayudarnos en las confesiones. Uno de ellos tuvo á su cargo el tocar el armonium en los actos de la mañana y de la noche.

El acto de despedida se celebró el domingo 25 á las dos y media de la tarde. Asistió muchísima gente, pues estaba llena toda la iglesia hasta fuera del pórtico, hallándose casi todos, hombres y mujeres, de pie. También acudió el Ayuntamiento en corporación. Hubo las lágrimas que siempre suele haber en este acto, el más tierno de la misión.

Entre cánticos, aclamaciones á los misioneros y vivas á la Religión, nos acompañó una gran multitud por la carretera hasta San Esteban de Pravia, donde para hacer que se volvieran á casa, nos despedimos de todos en la estación, y nos metimos luego en un coche del tren, aunque este había de tardar más de una hora en salir para Oviedo.

Pero esto no impidió el que más tarde, estando ya para marchar, vinieran los de San Esteban, á despedirse de nuevo, y al arrancar el tren prorrumpieran otra vez en vivas no menos entasiastas.

Aquí tiene, mi estimado Padre Socio, las impresiones recogidas en mis primeras correrías apostólicas, como acompañante del ya antiguo misionero P. Sautu.

En los SS. SS. y OO. de V. R. se encomiendan los rurales.

Siervo en Cristo,

MARIANO CARBAJO VIDAL, S. J.



LOYOLA

UNA SOLEMNIDAD RELIGIOSA
EN LA VILLA NATAL DE SAN IGNACIO

Carta del P. Jáuregui al P. González Pintado.

Loyola 7 de Febrero de 1911.

Muy amado en Cristo, Padre: El P. Rector ha mostrado deseos de que en algún rato menos ocupado envíe á V. R. algunas notas acerca de la solemne novena á la Purísima, celebrada en esta villa de Azpeitia. Y ciertamente que merece tomarse en cuenta para que los lectores de las CARTAS EDIFICANTES vean el espíritu religioso que nuestro Santo Padre conserva en sus paisanos; pues la novena ha salido tan bien, que en villas como ésta apenas se hará igual, y aun en ciudades pocas la harán ventaja; y menos aún si atendemos al entusiasmo y á la fe.

La única pena que traía una señora al venir aquí para la profesión de una hija suya religiosa, era tener que dejar por algunos días la novena de la Purísima que con tanta solemnidad se hacía en su parroquia. Pero una noche que asistió aquí quedó tan bien impresionada, que no quiso salir para su casa hasta que terminara toda la novena.

La parte principal, como se deja entender, la llevan las Hijas de María; pero es de tradicional costumbre que asista todo el pueblo.

Por eso siendo pequeña para el concurso la iglesia de San Agustín, en que celebran sus funciones mensuales reglamentarias; para esta novena se traslada la imágen de la Virgen á la parroquia y se esme-

ran las Camareras en formarle á la parte del Evangelio un sitial el más hermoso que pueden. Se desvelan ya de mucho antes en discurrir alguna cosa nueva respecto del año anterior.

Este año aparecía la Virgen en un sitial muy elevado sobre una esfera que figuraba el mundo; una media luna de bombillas eléctricas yacía á sus plantas entre franjas de flores artificiales; una corona de luz eléctrica alternando color blanco mate y verde, formaba su aureola; y en el remate superior del fondo azul festoneado de blancas nubes de gasa, aparecía la salutación «AVE MARÍA», de luz eléctrica, entre flores y en una bonita forma de bandera desplegada. Debajo de la figura del mundo hasta el suelo, ángeles, gasas, candelabros de luz eléctrica, flores, etc.

Es á la verdad muy digno de notarse el desprendimiento de estas buenas hijas de María cuando tratan de obsequiar á su bendita Madre. A pesar de que aquí no cuesta nada lo que tal vez resulta más caro en otras partes, ó sea el predicador, que desempeña su oficio gratis, y los músicos del coro, á quienes solamente se obsequia con una cena modesta el día de la Virgen, se han gastado en la novena de este año 664 pesetas. Prueba de esta generosidad es también el estandarte de la Purísima, que adquirieron el año pasado por 2.000 pesetas y que fué premiado en la Exposición de Santiago. El presente año han adquirido por más de 1.000 pesetas unas preciosas andas, construídas para ser llevadas por 8 hombres, aunque aquí las llevan 4 buenos mozos, cimbreándose algo por el gran peso de la imágen.

Suele comenzar la novena el día 29 de Noviembre á las cinco de la tarde. Pero este año se quiso hacer algo también por las mañanas, y señalóse para ello la primera misa, que era á las seis. En ella se hicieron pláticas, fervorines para la comunión, con algunos cánticos al principio de la misa, y durante la comunión que se tenía al fin. Se propuso este acto, no como propio de la Congregación, como lo era el de la noche, sino como un obsequio de supererogación á la Virgen; y, sin embargo, contando las dos comuniones que se daban, una antes de la misa y otra al fin de ella, han resultado más de 500 por término medio las personas que comulgaban en cada uno de los días ordinarios. En otras misas más tarde iban comulgando no pocas personas; y es de advertir que las que viven en el casco de la población no pasarán mucho de 3.000.

Está visto que para fomentar la comunión frecuente basta atraer al pueblo por la mañana á la iglesia, con cualquier motivo, y una vez en ella no le cuesta comulgar, aun á diario.

El acto que resulta más solemne es el de la noche. Se puede decir que acude todo el pueblo. Este año ha sido todo el novenario con exposición del Santísimo. Los motetes antes del sermón eran cantados por un coro de unas 150 muchachas en combinación con la capilla y orquesta del coro. Casi todas las noches eran distintos, en latín y aprendidos á oído. Ya se ve cuán de antemano comenzarán á prepararse; aunque no tanto como pudiera creerse, pues los moradores de esta villa tienen un oído muy privilegiado y acostumbrado por la práctica á aprender pronto cualquier cosa aun dificil, y después cantan con dominio y soltura, y afinación y gusto. Los demás cantos, como son el *Pange lingua, Tantum ergo,* letrillas en el rezo de la novena, los canta todo el pueblo. Pero el canto final en vascuence, como de despedida, lo canta otra vez el coro de muchachas solas, y todos los días distinto.

El día de la Inmaculada, por causa del gran concurso en la parroquia, suelen las Congregaciones de las Hijas de María, y de los Luises y Estanislaos tener la comunión en la iglesia de San Agustín. 900 formas se dieron en la misa de las seis y media, todas á congregantes con cinta. Y si se cuentan las comuniones de la parroquia y las repartidas en otras capillas, muy pocos serán los que este día dejaron de acercarse á la Sagrada Mesa, tanto de los que viven en el pueblo, como de los que habitan en los caseríos.

A las nueve y media se lleva en procesión por algunas calles, con música y precedida de los hermosísimos estandartes de las Cofradías y Congregaciones, y de la estatua de San Ignacio de las antiguas Juntas forales, la imágen de la Purísima, que se ha bajado de su hermoso sitial y va adornada con una corona y manto muy hermosos.

Para la misa mayor, que es á las diez, se preparó este año la gran misa que llaman de *bajos* del Maestro Eslava; pero muy bien estudiada, para que la cantaran desde abajo el coro de hombres y de las jóvenes congregantes, y desde arriba la capilla y la orquesta: entre todos unas 260 voces. El conjunto fué de un efecto muy hermoso. En la misa se predica el panegírico del misterio del día y queda después expuesto el Señor y haciendo la vela por turno las Congregaciones.

Se puede decir que todo el día de hoy es para la iglesia, y así lo toman aquí, solemnizándole desde la mañana con la misa y comunión y después misa mayor; y por la tarde con la función final que comienza á las dos y media. Por la solemnidad con que se cantan las Vísperas, no hay sermón en el acto de la tarde. Este año se hizo con todo

una solemne renovación de las promesas del bautismo, tomando ocasión de recordarnos el privilegio de María nuestra primera gracia del bautismo. Para ello se sacó la estatua de San Ignacio y se puso frente á la imágen de la Virgen, para que juraran guardar como su patrono y paisano San Ignacio las promesas, que en aquella misma iglesia y en la misma pila que allí estaba, habían hecho ellos también; y ser, como él, soldados fidelísimos de Jesús, que estaba presente, y de su Madre, que los animaba, sobre todo para estos tiempos de prueba de la fe.

Terminada en la parroquia la reserva con la bendición solemne y la salve, se lleva la imágen de la Virgen á la iglesia de San Agustín, de donde para la novena se había traído. Todo el pueblo va en procesión. No sé cuánto tardaron en formar las filas interminables de los hombres, arrancando desde la puerta de la parroquia y dando la vuelta mayor que es posible dentro de la villa. Acompañada de himnos nutridísimos á voces y banda, y sobre todo de devoción y entusiasmo, iba la Virgen con su manto y corona y sobre sus andas hermosísimas, con majestad verdaderamente de Reina en su trono. Ya es el atardecer cuando llega á la plaza del Ayuntamiento, en cuyos arcos está la entrada de la iglesia. Pero antes de dejarla en su palacio se hace fuera la última despedida. En el arco del medio se vuelve la Virgen de cara hacia el pueblo, que en semicírculo ha ido colocándose en la misma plaza. Se encienden los focos eléctricos que traen las mismas andas, y desde el balcón del Ayuntamiento, que cae precisamente encima de aquel arco, hace el predicador de la novena una corta y animada arenga, mezcla de acción de gracias, consejos, bendiciones y animación para adelante: y al terminar con los *vivas*, que son contestados por el pueblo con más entusiasmo que nunca, se entona el himno final que en el corazón más frío encendería amor y devoción á la Inmaculada, le movería á pedirla con todas las veras del alma que bendiga y conserve tales pueblos, y haga renacer muchos otros semejantes para su honor y para gloria de su Santísimo Hijo en la tierra.

Anselmo Jáuregui, S. J.



LA CORUÑA

MINISTERIOS APOSTÓLICOS DE LOS PP. VICENTE Y VÁZQUEZ GUERRA

POR LAS DIÓCESIS DE SANTIAGO, TUY, ASTORGA, SALAMANCA, CORIA, CIUDAD RODRIGO, ORENSE Y LUGO

MINISTERIOS VARIOS EN ENERO

Pasado el 1.º de año en La Coruña, salió el P. Vicente para Lugo á dar un triduo á las Agustinas y preparar la profesión de una religiosa que se hizo con toda solemnidad el día de Reyes, saliendo el mismo día el Padre para La Coruña en dirección á Santiago, donde el 6 había de empezar los Ejercicios á la Congregación de Hijas de María

Comenzaron estos como de costumbre y en nada desmerecieron de los dados otros años, y que tanto bien hacen á las Congregaciones.

Son unas 1.200 las Hijas de María, y aunque todas no pueden asistir, pues muchas son niñas, llegan siempre á unas 800; y como las materias se exponen de manera adecuada á su situación, el fruto es incalculable, ya para avanzar en la virtud, ya para sostener el bien comenzado.

Acontecen ciertamente cosas muy providenciales en estos Ejercicios; y, como norma general, se deberían dar anualmente á Congregaciones numerosas cuando están en fervor, y aun es muy conveniente se den por persona que no sea confesor ordinario en aquella localidad,

pues es un verdadero misterio lo que acontece en la dirección de las almas.

Acabados el 15 los santos Ejercicios, volvió el Padre para La Coruña á predicar el sermón del Sacratísimo Nombre de Jesús en la parroquia de San Nicolás y salir el 17 á Vivero.

Varias tareas aguardaban simultáneamente en Vivero: Ejercicios á las Concepcionistas, Ejercicios á las Hermanitas, Ejercicios á los ancianos del Asilo y Ejercicios al pueblo. Todo, gracias á Dios, se pudo compaginar, hablando unas 9 ó 10 veces al día, y Dios bendijo intensamente aquel trabajo extensivo.

Consoló muchísimo al Padre el ver la perseverancia en el bien comenzado el año anterior. Las Concepcionistas con su vida perfecta común, dejados los *peculios* privados y *pucheretas* particulares, etc., etcétera. Es en verdad edificante, el que ancianas avezadas varios años en el claustro á una vida comodona, se sometan á la plena vida común, como si fueran verdaderas novicias.

Entre las ancianas del Asilo halló el Padre un caso singularísimo: el de una vieja de 72 años, quien desde los 7 no había dejado ni un solo día posible la comunión. Y diciendo: «Padre, sólo los Viernes y Sábados Santos en estos años me han quedado sin comulgar»; el Padre la dijo: «Sólo tiene V. que variar, en que *no* lo deje ni los Sábados Santos, puesto que puede hacerlo».

De los Ejercicios al pueblo debe decirse que dados de un modo sencillo y catequístico, y entreverados con los cánticos alusivos, etcétera, enfervorizan mucho á los fieles, y muchas almas emprenden una vida fervorosa. Desde los que dió el año pasado, más de 100 personas acuden diariamente á la comunión, muchos hacen oración todos los días, y las vocaciones religiosas aumentan considerablemente. Es pueblo entusiasta, y aunque muy pobre hoy, por lo escasísimo de la pesca, y en los hombres algo frío, puede hacerse mucho en él.

A la llegada de Vivero esperaba el Padre un triduo en nuestra iglesia de La Coruña á las Adoradoras del Santísimo Sacramento y promovedoras de su culto en las iglesias pobres. Este triduo anual sirve para enfervorizarlas en su meritísima obra, en tiempos en que la pobreza de muchas iglesias hacen necesario el socorro de la caridad y celo de los buenos católicos. Quiso el Señor se lograra el fin apetecido, y que aun algunas personas ingresaran en la Asociación.

MISIÓN EN SALCIDOS

(Provincia de Pontevedra.—Diócesis de Tuy).

FEBRERO 9 AL 17

Saliendo de La Coruña el 5 de Febrero, y pasado el triduo de Carnaval en el Colegio de La Guardia, emprendieron los PP. Vicente y Vázquez Guerra el mismo miércoles de ceniza esta misión; dicho sea en verdad, bastante contra su gusto, pues no es el mes de Febrero bueno para misiones en Galicia, por las lluvias contínuas que aguan muchísimo los actos todos.

Aunque Salcidos tiene muy capaz templo parroquial no podía, ni mucho menos, contener el auditorio que de Camposancos, La Guardia, El Rosal y los Zabagones acudió á la misión, máxime habiendo autorizado el Prelado para que sirviera de cumplimiento pascual, á juicio de los PP. Misioneros, la comunión recibida en la santa misión.

Instalamos nuestro púlpito en el amplio atrio de la iglesia y aunque varios días con mucha incomodidad, por lo persistente de los aguaceros, casi siempre pudimos predicar al aire libre al numeroso auditorio.

El contorno está ciertamente bien necesitado, por muchas concausas, de las cuales no es la menor el número de los que trayendo de América cuatro cuartos, y haciéndose *vagos de oficio*, viven por aquellos contornos, ocupados en casinos y haciendo vida por lo menos indiferente en religión. A pesar del entusiasmo que siempre excita la novedad de las misiones generales, algunos de estos americanizados ni por curiosidad se acercaron, pretextando el tiempo, etc.

Se arreglaron varios líos, pues los hay muy enmarañados en algún pueblo lejano; se desenmascararon muchas *brujerías*, que las hay en abundancia; se casaron algunas parejas que andaban abarraganadas; y las comuniones todas serían unas 13.000.

MISIÓN DE LA PUEBLA DE TRIVES

(Provincia de Orense.—Diócesis de Astorga)

FEBRERO 18 AL 26

Por idéntico motivo al que tenían en Salcidos, comenzaron los misioneros á disgusto esta misión. El hecho justificaba su temor, pues

todos los días, excepto el último, hubo que predicar en la iglesia con los apretones y empujones propios de la gente testaruda, pues lo es de veras la de Trives. Añádase, que aunque la iglesia, capacísima como pocas, se prestaba algo á los actos de la misión, era insuficientísima para el gentío inmenso que se descolgó sobre Trives; y es lo peor, que el techo estaba tan descuidado, que caía el agua materialmente á torrentes, sobre todo en el tornavoz del púlpito; de modo que algunos estaban con paraguas abiertos dentro de la iglesia, y para que no se mojara el misionero hubo que poner una tela debajo del tornavoz.

Afortunadamente el pueblo de Trives y las parroquias límitrofes correspondieron muy bien, dando ejemplo edificante toda la curia; pues es Trives cabeza de partido judicial, y sus autoridades no faltaron á acto alguno de la misión. Solo la curia civil y algunos señores sacerdotes pudieron sentarse en los ejercicios de la misión; pues el gentío era tal que tenían todos que estar en pie, sin que hubiera modo alguno de poder entrar la gente que escuchaba desde la plaza y aun desde las casas vecinas.

Fué lástima muy grande que tuviéramos tan mal tiempo, pues había campo precioso cerca; y aun el dueño de él, hombre que no había asomado por la iglesia hacía muchos años, tan pronto como el P. Vicente le pidió su posesión, la otorgó generosamente, con gran extrañeza de todos, que afirmaban que jamás lo daría.

La conmoción fué muy grande en todos, y el fruto ya se entiende que había de ser copiosísimo: solo de tres sabemos que no se confesaron. Se perdonaron muy sinceramente odios añejos y hubo restituciones de cuantía.

Está el contorno muy encariñado con los HH. de las Escuelas Cristianas, en cuya casa nos hospedábamos nosotros. Les educan estos buenos Hermanos unos 200 niños mayorcitos, y será un buen semillero para el contorno y garantía de conservación de la fe, aun cuando vayan á América, como hace la mayoría de ellos.

Es población aún de piedad sana en las familias principales, y si lograran facilidad para ello, muchos, especialmente jóvenes, comulgarían diariamente y adelantarían mucho en la virtud.

El último día pudimos predicar al aire libre, y bien se vió lo que hubiera sido la misión si se hubiera diferido hasta Mayo, como el Padre Vicente proponía.

Las comuniones serían más de 16.000; y hubieran pasado con mucho de 20.000 en otra época.

Se tuvieron por la noche conferencias á hombres solos, que sirvieron mucho para que el elemento más instruído de la localidad se aficionara más y se confirmara en sus creencias religiosas.

MISIÓN DE MONFORTE DE LA SIERRA

(Provincia y Diócesis de Salamanca).

MARZO 2 AL 7

Terminada nuestra misión de Trives, bajamos la cuesta escabrosa en que los aguaceros de Febrero habían tumbado paredones y cuarteado puentes, á coger el tren de Rúa Petín, llegando con un regular frío á Salamanca para emprender nuestras misiones. La primera de la Sierra, íbamos á darla en el pueblecito contiguo á Mogarraz, donde habíamos misionado el año anterior.

Es Monforte un pueblo pequeño, muy bueno y sencillo, donde solo hay dos ó tres remolones, y donde el buen párroco manda paternalmente. Como gente serrana es valiente de veras y de sangre caliente; y cuando hace años dieron misión sucesivamente otros religiosos en Mogarraz y Monforte, de tal modo se enzarzaron los dos pueblos, que hubo puñaladas y tiros en la linde, sin que los PP. Misioneros pudieran atajar la pelea.

Para muestra de lo honestas que son las serranas de Monforte, baste decir que atreviéndose un mozo de Mogarraz á querer agarrar á una de Monforte, y no haciendo el mozo caso á razones, sacó ella un cortaplumas y le asestó tan bien, que le dejó muerto en el acto. El jurado en Salamanca libertó á esta serrana y la llaman la *heroína de la castidad.*

Todo fué muy fácil en esta misión y solo hubo que tener táctica para que no hubiese encuentros con los muchos que venían de Mogarraz y de Alberca, llenándose la espaciosa iglesia muy bien. Nadie quedó sin confesarse y las comuniones pasaron de 700. Fundáronse las Hijas de María, se reanimaron más y más las otras Congregaciones, y se estimuló á todos á la frecuencia de sacramentos; fundando el Padre Vicente dos coros, llamados *angélicos,* ó sea, de personas que se ofrecen á comulgar todos los días.

Son estos serranos amigos de que se atienda á sus obsequios y así hubo que condescender con sus atenciones de cantar coplas de despedida; pues supimos no les agradó el que á la llegada no pusiéramos atención á *sus cantares*.

MISIÓN DE SOTOSERRANO

(Provincia de Salamanca.—Diócesis de Coria)

MARZO 7 AL 13

Lindando con las famosas Hurdes, de las cuales tiene un anejo esta parroquia, se halla Sotoserrano en el fondo que forman dos altos montes. Hay en las laderas olivos y viñedos en abundancia, y las casas son de adobes desde el piso primero, con unos armazones de madera de castaño para mejor sostenerlos. El pueblo se halla muy pobre, por lo cual emigran muchos de sus habitantes á América, y estaba bastante abandonado en materia de piedad, por andar metidos hasta las cejas en el terruño.

Nos recibieron muy bien ordenados; y como tienen una iglesia muy capaz, no hubo miedo á las contínuas nieves que vinieron á ayudarnos, imposibilitándoles el marcharse á sus faenas del campo.

Muy de mañana se les despertaba con el rosario de la aurora é iban llegando al templo escuchando con mucha avidez, y calentándose poco á poco aquellos corazones enfriados. Correspondieron perfectamente y hubo mucho que hacer en la instrucción catequista, pues estaban muy abandonados. Es pueblo no de relajadas costumbres, mas frío y de aquellos en que, durante todo el año, no se acerca alma alguna á los sacramentos.

Fué menester bregar mucho para quitar el *velay,* y animar á las jovenes, sobre todo, con la fundación de las Hijas de María, á la comunión por lo menos mensual. Dicho se está que se acercaron no pocos hurdanos y que aventajaban á los de Sotoserrano en ignorancia y abandono.

Las comuniones en Sotoserrano fueron unas 1.200, y solo sabemos quedara sin confesarse un cabezudo que, para librarse de que le instaran, mudó de pueblo durante la misión.

Daba gusto los últimos días contemplar entusiasmados á aquellos

serranos, y sobre todo la sinceridad con que hicieron la procesión el día último.

Entre lágrimas, pues no se podían desprender de nosotros, los dejamos el día 13 á la tardecita, y montamos en nuestros rocinantes para llegar á tiempo de empezar aquella misma tarde la misión en la villa de Cepeda de la Sierra.

MISIÓN DE CEPEDA

(Provincia y Diócesis de Salamanca).

MARZO 13 AL 21

Es Cepeda, villa muy grande y muy maleada, debida su maldad á escándalos graves de algún sacerdote y á tres cabecillas maleantes, que han escandalizado al pueblo. Desgraciadamente, á nuestra llegada estaban varios á celebrar un juicio por jurados en Salamanca, á causa de una muerte horrible que tuvo lugar el pasado año.

El párroco actual, muy celoso y edificante, deseaba hacía tiempo la misión, y esta superó con mucho sus esperanzas, sin que tuviéramos que lamentar encuentro alguno. Se apeló á todos los medios para atraerlos al templo y animarlos lo posible; y aunque de las tres familias maleadas y maleantes no se logró que vinieran todos, varios cayeron, y quedó desprestigiada la mala acción de los restantes.

El rosario á la mañanita, llamándolos por las calles, las conferencias á hombres y luego á mozos, fueron haciendo su efecto, bien necesario para ablandar y domesticar á varios de aquellos matones. Baste decir que en la última visita que les hizo el Prelado, Sr. Cámara, en su misma presencia se dieron sendas puñaladas, huyendo el Prelado medroso de cualquier desafuero.

Gracias á Dios se ablandaron bien, por más que es menester tenerlos mucho tiempo á remojo, no vuelvan á las andadas.

Hay mucha blasfemia y descuido en la observancia de los días festivos; y se machacó mucho sobre ello, ofreciendo todos varias veces en voz alta que habían de enmendarse. Hubo mucha conmoción en el perdón de los enemigos y no faltaron lágrimas muy sinceras.

La procesión de penitencia, que se hizo de noche llevando los mozos cruces enormes, les impresionó muy bien y daba gusto ver á aque-

llas fierecillas amansadas llevar cruces pesadísimas con humildad y recogimiento edificante. No pocos llantos arrancó aquella procesión y vocearon de veras el Calvario, en que todos cantaban de gana, principalmente las mozas.

Se fundó la Congregación de Hijas de María, en la que entraron todas las disponibles, y era muy curioso verlas lo elegantes que acudieron al acto de la instalación con su típico traje serrano, cargadas varias de ellas con dijes de oro, pues las hay ricas de veras. Todas ofrecieron con fervor ser el foco de fuego santo que perpetúe el fruto de la santa misión, frecuentando los sacramentos, etc.

Las comuniones serían unas 2.300.

MISIÓN EN DOÑINOS

(Provincia y Diócesis de Salamanca).

30 DE MARZO AL 4 DE ABRIL

Terminada felizmente la misión de Cepeda, salieron los misioneros por caminos escabrosísimos, pues los alubiones habían destruído el puente; y cogido el coche en Sequeros, llegaron á Salamanca; de donde el P. Vicente salió en seguida para Coruña á predicar dos sermones en la parroquia de San Nicolás, y las Siete Palabras el Viernes Santo en nuestra iglesia.

Vuelto inmediatamente á Salamanca, salieron los dos misioneros para Doñinos de Salamanca, pueblo cercano á la ciudad y de no muy gran vecindario.

El ecónomo que regentaba la parroquia solicitó con insistencia la misión, no sin tener que vencer algunas resistencias de los *charros* que no la veían con buenos ojos, por creer que éstas sólo se dan en pueblos relajados, y sobre todo porque creían que íbamos con el fin de reponer al párroco á quien habían alejado de la parroquia.

Nos recibieron bien, aunque algo fríos, como andaba el tiempo de nieves; mas poco á poco se fueron pegando á los misioneros y llegaron á aficionársenos de veras.

Próximos á la ciudad, y leyendo tres ó cuatro algunos periodicu-

chos, había varios indiferentes, que se llamaban republicanos, y bastante frialdad en los negocios del alma.

Incapacitados para salir al campo por las nieves, y después caldeados algo los ánimos los dos días primeros, estaban dispuestos á acudir al templo sin ansias de salir de él. Dos solos quedaron sin confesarse, y para huir del compromiso y evitar que les hablaran, se ausentaron los dos últimos días.

Acudieron de varias parroquias vecinas, singularmente de Parada, y se aprovecharon muy bien, llegando á más de 1.000 las comuniones.

Aunque no hubo procesión de penitencia, por lo malísimo del tiempo, hubo unas conferencias á mozos solos, para recordarles sus especiales obligaciones y se fundó la Congregación de Hijas de María, procurando fomentar la recepción de los santos sacramentos; pues, por desgracia, está muy descuidado este medio de santificación, y dada la moralidad que en general hay en estas parroquias, si se fomentara la frecuencia de sacramentos, habría en ellas muchas almas fervososas.

MISIÓN EN ALDEA DEL OBISPO

(Provincia de Salamanca.—Diócesis de Ciudad Rodrigo).

ABRIL 4 AL 11

En los límites de España, lindando con Portugal, se halla situada esta villa donde se construyó el famoso *Fuerte de la Concepción,* obra verdaderamente magnífica, plusquamperfectamente inútil, y hoy del todo abandonada.

Acuden á ella muchas personas buenas de la nación vecina, y hay no pocas familias portuguesas que, cargadas de muchachos, vienen diariamente á Aldea del Obispo, para llevar á su tierra por cada niño ó persona que les acompañe un *pan.* Como éste entra franco de porte, y lo venden medio real más caro que lo compran en España, ganan, con solo el viaje, el jornal.

La villa es de las mejores parroquias del Obispado, y se halla en el centro del llamado *Campo de Argañán,* en que todos los pueblos tienen el nombre de animales: Barba de Puerco, Villar de la Mula, Villar de Ciervos, etc., etc.....

Los habitantes son, relativamente, de los más cultos del contorno, y hay en la villa cuatro ó cinco personas instruídas, una de ellas verdadera notabilidad en lenguas sabias.

En piedad estaba la villa bastante fría, debido al descuido y aun descrédito del clero; calamidad introducida, ya por el contagio del corrompidísimo y amancebado clero portugués, ya por el mal ejemplo de un español que dió motivos sobrados para que le despreciaran.

Entramos en la villa con un lucido recibimiento, y dándoles un poco por el boato, y recurriendo al elogio, vinieron por fin á rendirse, sin faltar uno siquiera, y yendo los primeros en todo los más sobresalientes.

Se dieron conferencias á los hombres solos, y aun á las mujeres solas; se enfervorizaron las Hijas de María, siendo de muchísima utilidad la influencia de la hermana del Sr. Cura actual, cuyo ejemplo de tal modo gana á las jóvenes, y cuyas limosnas de tal manera atraen á los pobres, que todas las tardes lleva á muchas personas á visitar al Santísimo. Se formaron dos coros angélicos, prometiendo acercarse diariamente á comulgar las jóvenes y señoras de más influencia.

La bendición del agua de San Ignacio se hizo muy solemne, y obró Nuestro Santo Padre la maravilla insigne de que una *tuerta* por completo instantáneamente sanará, llevando al volver á su casa tapado el ojo sanó, para atestiguar el prodigio. Con esto creció el entusiasmo, y se desbordó en la procesión de penitencia en tal grado que parecían completamente salidos de sus moldes aquellos sesudos y fríos castellanos.

Como el joven ecónomo los fogeaba bien, es de esperarse se conserve todo el fruto. Quedó el Prelado tan prendado de su *Aldea*, que comunicándonos sus impresiones, al visitarle después de la misión, no acababa de darnos gracias y bendecir al Señor.

Las comuniones pasaron de 2.200; y entre ellas hay que contar algunas de portuguesas que, haciendo verdaderos sacrificios, venían á la santa misión.

De notar es que el puesto de Carabineros, con su jefe al frente, se portó muy bien; y eso que había alguno de bigotes retorcidos y que públicamente decía que hacía 20 años no se había confesado.

MISIÓN EN PEÑAPARDA

(Provincia de Salamanca.—Diócesis de Ciudad Rodrigo).

ABRIL 12 AL 20

En los anales de la criminalidad de Salamanca, y singularmente del partido de Ciudad Rodrigo, ocupa el puesto número uno Peñaparda, y es notorio que de los presos de la cárcel lo menos la mitad son *peñapardos*.

Rudísimos y pobres como ningunos, habían apuñalado al último párroco, que huyó á uña de caballo, y esto lo hicieron sin que nadie se atreviera á presentarse ante ellos; pues al cacique secretario, en pleno día, le lincharon en la plaza, y *nadie* había visto nada.

Cuando el Sr. Obispo nos propuso el dar la misión, nos dijo que ya sabía que era acto heróico el ir á misionar entre aquellos rifeños, y que nos manifestaba la necesidad para que viéramos en nuestra prudencia lo que convenía. Desde luego aceptamos la misión, presagiando el felicísimo éxito, y el resultado comprobó nuestros augurios.

Por todo el camino, que hicimos en coche unas horas y luego á pie, íbamos oyendo referir las cualidades y las hazañas de nuestros peñapardeses; y tales eran que, en un punto donde paró el coche y tomamos un refrigerio, nos suplicaron unas buenas mujeres que miráramos por nosotros y no nos expusiéramos.

Como el día estaba lluvioso de gana y la carretera estaba hecha un barrizal y los caballos eran unos *pencos,* llegamos ya al oscurecer á nuestra Peñaparda, recibiéndonos como asustados aquellos moradores, cuyos rostros flacos y macilentos, que no habían *visto el agua* hacía muchos años, eran al caer de la tarde un si es no es sospechosos.

Desde el primer día se vió que más que malos eran ignorantes y abrutados. Con dificultad se halla entre ellos quien sepa leer y menos escribir: leñadores perpetuos y carboneros, para ellos no había fiestas, ni misa.

Desgraciadamente el Párroco á quien habían dado las puñaladas las merecía bien, por razones que no es del caso referir. Si á esto se añade el no asistir á la escuela y el abandono pleno de los maestros, se explica el estado lamentable de aquel pueblo.

Son singulares en su porte exterior: andan no pocos y pocas des calzos y como si fuesen una especie de indios, llevan grandes sombre-

ros llenos de plumas ó rabos de conejo ó mechones de lana, y todo este adorno teñido en almazarrón lo más chillón posible.

Se mostraron con nosotros muy dóciles y atentos; acudieron puntualmente á todos los ejercicios, y hubo que remachar y remachar en lo más fundamental, pues la ignorancia en todas las edades era lamentabilísima, desconociendo no pocos aun lo necesario *necesitate medii*. Daba devoción el verlos tan sumisos y dóciles, pudiéndoseles decir todo sin el menor rodeo, y casi se palpaba el penetrar la verdad en aquellas almas, más bien material que formalmente malas, habiendo hecho algunos las mayores atrocidades sin el menor remordimiento, debido á la falsa conciencia.

Hubo que salir los dos días últimos de *caza* por el pueblo, metiéndonos casa por casa y cocina por cocina, sacando á viejos y á viejas á relucir, y confesando á algunos en la misma calle ó en el corral, porque aducían como razón que no tenían *anguarina* para ir á confesarse.

Del pueblo no quedó ninguno sin confesar; y digo del pueblo, porque dos que vivían abarraganados no eran del pueblo, y como no se podían casar por ser él casado, vieron mal la cosa y se ausentaron.

Todo el día había que estar predicando y reprendiendo alguna fechoría que ejecutaban con la mayor frescura. Un día volvía el P. Vicente de la iglesia y ve á un muchacho de 7 años, con un gran cuchillo en la mano, corriendo tras de otro. Quitó el cuchillo al rapaz, llamó al otro é hicieron las paces; pero se enteró de que el cuchillo se lo había dado su madre, diciéndole que «no era *majo,* si no picaba con él al que le ofendió». Fué el Padre á la casa y echó una reprimenda á la brava de la madre, enseñándole á criar hijos cristianos, y no fieras. De semejantes sucesos hay muchos en esta misión.

No son tontos, ni mucho menos, los de Peñaparda; y lo único que necesitaban era un buen ecónomo que los entienda, como ya lo tienen, y un maestro de escuela que tome con empeño su trabajo. Al Sr. Obispo propusimos la necesidad de dar coadjutor al párroco, para que le ayude á civilizar á aquella gente que quedó muy bien impresionada; y por de pronto la conveniencia de conceder que el párroco bine el día de fiesta, para que puedan todos oir misa y escuchar la divina palabra.

Fundamos las Congregaciones del Sagrado Corazón é Hijas de María, alistándose todas las mozas; y no solo les regalamos medalla, etc., mas les ofrecimos una imágen de la Inmaculada, que se les envió y les ha parecido *mu polía*, como ellos dicen en su lenguaje peñapardesco.

La Guardia Civil, que vino un día á vernos durante la misión, estaba asustada de la mudanza de aquellas gentes; pues es de saber que la última hazaña de los de Peñaparda fué apedrear á tres guardias civiles, sin respeto alguno.

Las comuniones serían unas 2.300; y muchas eran primeras comuniones de mocetones y mocetonas, á quienes había que instruir durante el día.

Se hicieron seis matrimonios y no sabemos quedase escándalo alguno; pues del que hablamos antes prometió el alcalde dar buena cuenta, no dejando entrar más al amancebado en el pueblo.

Sentimos mucho no poder detenernos más entre aquella gente que lloraba á gritos al acompañarnos; y no hubo más remedio que permitirles ir con nosotros media hora, que por cierto se hizo larga, pues los lloros y despedidas de estas rústicas gentes cuestan no poco.

Como dimos tan buenos informes al Prelado, se animó después á ir á visitar á Peñaparda, y quedó tan sorprendido de lo que veía, que atribuía á milagro aquella mudanza, obra de la mano del Altísimo.

MISIÓN EN POSTMARCOS

(Provincia de La Coruña.—Diócesis de Santiago)

ABRIL 22 AL 30

Llegados los misioneros á Salamanca tomaron inmediatamente el tren de Astorga, durmieron en Villagarcía el 21, y abrieron el 22 la misión de Santiago de Postmarcos.

Es esta parroquia numerosa y situada en un centro bueno de mision, y por fortuna el tiempo cuadró muy bueno y el campo era muy espacioso; con lo cual todo convidaba á aprovecharse.

Instalado nuestro campo se vió desde luego que era muy necesaria su amplitud, pues la coincidencia de caer la misión en tiempo apto para el cumplimiento pascual, y la proximidad de grandes parroquias, daban un contingente muy considerable.

Acudieron las parroquias de Boiro, de Palmeira de Lampón, las dos Pueblas, Jofre y otras; y como conocían nuestras misiones, apenas había cosa que advertir para el orden, y eso que no faltaban retorcidos

americanillos. Todo procedió cual podía desearse y nada hubo que lamentar, ni siquiera conato de desorden.

Es contorno donde hay bastantes brujerías y sobre todo donde domina ignominiosamente el caciquismo liberal; y aunque tronamos contra la prensa, máxime contra *El Imparcial*, que tiene su trono en la Puebla, por ser Gasset su diputado, pocos números se le restaron.

Los que fueron á la misión, como sucede siempre, todos cumplieron confesándose; pero sobre todo en la Puebla quedaron peces muy gordos que ni se dignaron acudir. En cambio otros muchos se aprovecharon de la gracia de Dios, y volvieron al buen camino.

Ayudó bien el clero, aunque hubo muchísimo que hacer, estando nosotros varios días desde las cinco hasta la una de la mañana en el confesonario, y volviendo á él á la tarde tan pronto como se podía, para continuar hasta bien entrada la noche.

Préstanse poco parroquias como la de Postmarcos para que practiquen la piedad las gentes, diseminadas como se hallan en aldeas distantes de la parroquia, sin comodidad para oir misa, etc.; mas se hizo lo posible, renovando las congregaciones y fomentando la comunión semanal y mensual.

Las comuniones en el campo de la misión, serían de 16.000 en adelante; pero como tenían que venir desde muy lejos, muchas familias acomodadas comulgaban en sus respectivas parroquias.

Hubo escenas conmovedoras en el perdón de los enemigos, y se quitaron algunos serios escándalos.

La situación era muy vidriosa; pues estaban en preparativos de elecciones y no pocos del clero favorecían con armas y bagajes á determinados partidos políticos. Era de oir á algunas buenas *pescas*, con la sindéresis natural y soltura de lengua propias, anatematizar á los *Crego-liberales* ¡Dios los convierta, ó los confunda, pues de otro modo eso no tiene atadero!

MINISTERIOS EN CORCUBIÓN

MAYO 7 AL 16

Llegamos á Santiago terminada nuestra misión de Postmarcos, y el P. Vázquez Guerra pasó á La Coruña, mientras el P. Vicente fué á Corcubión, villa cercana á Finisterre, donde le aguardaban en ocho

días múltiples tareas. Llamado especialmente para fundar la Congregación de Hijas de María, simultáneamente dió conferencias á los hombres y unos *Ejercicios leves* á todo el pueblo.

Las hijas de María se portaron como retebuenas, naciendo como quien dice ya adulta la Congregación, con más de 300 socias, y de ellas lo más granado de la villa.

De las conferencias resultó el destruir ciertas preocupaciones en la gente que se dice más culta, y el que se confesara una veintena de remolones, atrasados en cuentas con Dios.

De los Ejercicios se sacó el que muchas personas emprendiesen una vida muy arreglada con la comunión diaria, etc.

La villa se presta realmente al bien y por ahora tiene un joven y activo ecónomo que sostendrá lo bueno; mas, por desgracia, ha tenido hasta un cura *cartero* que, con brujerías y exorcismos, embaucaba á todo el contorno.

Reunía todos los días el Padre á los chiquillos para la catequesis, y acudían unos 400, por cierto despejados y muy amigos de cantar.

Estos ministerios tuvieron como fruto inmediato ordenar una misión para Octubre, que rematará la labor empezada.

MISIÓN DE VILLAR

(Provincia de La Coruña.—Diócesis de Santiago).

MAYO 17 AL 26

Unidos de nuevo los misioneros, salieron para Betanzos y de allí á Villar, parroquia próxima á Puentedeume, donde les esperaba una misión de las buenas buenas.

Es la parroquia de Villar muy apta para misiones centrales, por su proximidad no sólo á Puentedeume, villa de mucho vecindario, mas á otras parroquias muy pobladas y muy necesitadas de misiones.

Habían dado otros religiosos misión en una parroquia próxima; y como vieran muy insensibles á sus misionados, acudieron á un medio que los desprestigió á ellos y por desgracia indispuso á todos algo contra las misiones. Durante uno de los sermones, al ver á sus oyentes tan duros, les dijo el predicador que pediría á Dios les enviase algún cas-

tigo, etc. Tenía cerca de aquel lugar preparado ocultamente á uno, que hizo estallar tres bombas; su estampido causó al principio asombro, mas apercibidos del caso los oyentes, comenzaron á desfilar dejando á tales misioneros.

Abrimos nuestra misión en una tarde muy buena; y aunque llovió dos días, nunca nos impidió la predicación al aire libre, en un campo que por cierto era muy bueno, aunque dos días resultaba algo apretado.

Hay mucha emigración en el contorno; así que los hombres eran relativamente pocos, mientras las mujeres eran un verdadero diluvio. Aunque habladoras y peleadoras hasta colocarse en sus puestos, al fin se calmaban y estaban muy compungidas.

Afortunadamente había en el contorno cuatro sacerdotes, *buenos segadores,* y que se prestaban al trabajo, y así se pudo dar cima á la gran tarea de las confesiones; pues como se procuró meter la espada de la divina palabra hasta la empuñadura, y se removieron los últimos *posos,* el trabajo del confesonario fué tremendo.

Debido al celo de un buen sacerdote joven, hay en Puentedeume un nucleo considerable de personas que tratan de perfección y un semillero de vocaciones religiosas; mas al lado no falta la cizaña correspondiente de algunos maleantes y hay muchos escándalos.

Nuestros misionados se portaron muy bien en todos los actos; y hasta una vez que llovía muy de veras vinieron impertérritos sin asustarse. Algún día era tal la conmoción y tan abundantes las lágrimas, que había que imponerse para que el sermón pudiera oirse.

No recordaban ellos misión tan numerosa y de tanta conmoción; y aun la anteponían á la dada en Puentedeume por los finados PP. Santos y Conde (q. e. p. d.). Lo cierto sí es que de tanto auditorio y algún día tan apretado, en el campo nada hubo que lamentar y todos se confesaron y comulgaron: las comuniones llegaron á 17.000.

Les impresionó muy bien la solemnísima procesión del último día, en que lucieron sus más hermosas imágenes y preciosas cruces parroquiales, que las tienen buenas.

Las Congregaciones de Hijas de María y del Sagrado Corazón aumentaron en gran número y fervor; y fueron muchas las personas que se inscribieron para comulgar diariamente.

MISIÓN DE SADA

(Provincia de La Coruña.—Diócesis de Santiago).

26 DE MAYO AL 4 DE JUNIO

El Excmo. Sr. Cardenal Martín de Herrera, Arzobispo de Santiago, tenía desde el año anterior determinado dar misión en la villa de Sada, por la extrema necesidad que de ella había. Quería imponerla por expreso mandato; y se le propuso hacerlo de modo que el anciano párroco la viera como un favor que le ofrecía persona piadosa.

Fué una misión de prueba, y bien difícil; pues no estaba preparada, y el anciano párroco no era partidario de ella. Nadie nos esperaba á nuestra llegada, y el pueblo estaba viendo una función de titiriteros en la plaza.

Vinimos desde Puentedeume embarcados, y después de esperar en el muelle de Sada una media hora aparecieron unas 20 *mullerinas* con los dos coadjutores. Con este acompañamiento pasamos por la plaza de los títeres y abrimos en el templo la misión.

Por mucho que se miró, no se pudo hallar campo más acomodado que unas tierras de labradío, y la explanada de un tejar cercano. El dueño de las tierras no quiso prestarlas y aun pidió 60 duros por cederlas para que se tuviera allí la misión. El dueño del tejar cedió por fin y allí colocamos nuestro púlpito.

No contábamos con la animosidad de los comerciantes de la plaza; que, persuadidos de que allí iba á ser la misión, trinaron al ver nuestros proyectos, alegando que otras misiones en Sada se habían tenido en la plaza. Hasta avisaron á las parroquias vecinas que no vinieran porque iban á hacer y acontecer, mas como las parroquias vecinas nos conocían por la misión de Meiras, no hicieron caso y al fin los mismos de Sada al ver lo cómodo del sitio elegido y lo incapaz que sería la plaza para contener aquel auditorio inmenso, al tercer día alabaron ya nuestra elección.

La parroquia estaba mucho más maleada de cuanto se podía sospechar. Puede decirse que la mayor parte de los jóvenes y las jóvenes, desde 22 años abajo, estaban sin haber recibido los sacramentos de confesión y comunión.

La ignorancia era horrible; habiendo muchos, no solo marineros, sino otras personas, que ignoraban las verdades más fundamentales.

Unida la ignorancia y la desvergüenza, algunos mozalbetes, no solo no creían, más hacían alardes de impiedad. El tercer día de la misión al volver de ésta á dejar las imágenes en la capilla que está en el centro del pueblo, cuatro de aquellos *majos*, cubiertos y comiendo, iban haciendo escarnio de la procesión. Se les llamó al orden, y como contestaron mal, pidió el Padre misionero los nombres de los cuatro, para asentarles la ley. Fué tal el *canguelo* que se apoderó de ellos, que luego hasta pidieron misericordia y se confesaron.

Dios nos probó con algunos chaparrones tremendos, que dos días pusieron el campo como un barrizal, pues no hay que olvidar que era campo de una tejera; mas el mismo Señor que nos probaba, hacía que á las horas de la misión el tiempo estuviera hermoso. El último día apareció una neblina tan espesa, que el P. Vicente juzgó prudente comenzar en la iglesia el acto de la misión, mas fué tal el gentío que se apiñó, que fiando en Dios fuimos al campo. Toda la mañana estuvo amenazando la lluvia, pero no descargó hasta que terminamos; tan pronto como entramos en casa, se descolgó una serie de chaparrones que metían miedo.

De notar es que desde el tercer día el Ayuntamiento en pleno, incluso el secretario, dió ejemplo de asistencia, cosa muy rara en Galicia, y todos sin excepción se confesaron y comulgaron.

Bien se deja entender lo que había que trabajar para preparar é instruir; pues se acudió no sólo á la catequesis y conferencias de noche, mas todo el día era de trajín constante.

Como la villa es inclinada á la piedad, había muchas brujerías y muchos escándalos; y daba verdadero gozo el mirar á aquellas gentes sencillas como habían cambiado en los nueve días.

Para el día final vinieron hasta parroquias embarcadas de la parte de Puentedeume; y como coincidió con la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, dicho se está el entusiasmo que se despertaría en tantísima concurrencia. Las comuniones fueron unas 17.000, que no solo había que numerar, mas *ponderar*.

Lo único lamentable al dejar á los de Sada era el abandono en que quedaban. Partía el corazón oir á aquellas gentes: «Padres, no nos abandonen; vuelvan pronto». Quedaban como ovejas sin pastor, y en tales condiciones, que habiendo más de 100 jóvenes que nos pedían fundáramos la Congregación de Hijas de María, no se creyó deberlas complacer, por muchísimas ganas que de ello tuviéramos también nosotros.

Pidamos á Dios envíe el remedio, y convierta á los tres únicos que no se confesaron.

MISIÓN EN MOLDES

(Provincia y Diócesis de Orense)

JUNIO 5 AL 14

A las dos de la tarde del mismo día en que terminamos la misión, mientras diluviaba á mares, salimos en un coche particular que nos llevó á Betanzos, donde tomamos el tren para Moldes. El haber perdido el coche que va de Betanzos á la estación, nos hizo correr este trayecto á pie por atajos encharcados; y cuando llegamos al tren, sudados por dentro de la ropa, y mojados por fuera, era de temer algún mal resultado, metidos como habíamos de estar desde las siete de la tarde hasta las seis de la mañana en una mal vagón. Dios tiene una especial providencia con los misioneros, y así lejos de ponernos mal, hasta mejoró la voz en aquella noche.

Cogido el coche á la mañanita del 5, llegamos á las ocho á Carballino, y allí tomamos otro coche que nos llevara á Moldes.

Mas he aquí que, cuando salíamos en coche particular, disparado por las calles de Carballino, se le suelta repentinamente al coche una rueda, y sigue arrastrado unos momentos, hasta que el eje mismo del coche, hincado en el suelo, detuvo los fogosos caballos. Salimos sin lesión alguna, gracias al Señor, y caminamos un buen rato á pie por la hermosa carretera, hasta que nos vino á alcanzar el coche ya compuesto, en el cual llegamos á buena hora para abrir nuestra misión.

Conocía ya el P. Vicente la parroquia, pues se había dado misión ya en ella hacía varios años. Es de suyo pequeña, mas forma un buen centro de misión, y la actual situación moral nos brindaba á emprender este trabajo. Después de los mayúsculos escándalos, por el infeliz coadjutor *in capite*, que al fin murió desastradamente, ahora tiene un joven ecónomo que los entiende menos mal, y hay más esperanza de que perseveren.

Desde el primer día se vió que había tres ó cuatro *gallitos*, que cacareaban algo por haber andado en América, y llamaban á la misión cosa anticuada é indigna de pueblos cultos. Querían los sacerdotes jó-

venes caer sobre ellos; pero se les contuvo, diciéndoles «que ellos vendrían y se *amansarían*». Así pasó: dos de ellos el segundo día ya fueron á oir por curiosidad; luego no faltaron á nada, y se confesaron varias veces. El más fachendoso, que vociferaba tenía *mucha plata,* los tres días primeros se marchaba arrogante de caza por el monte, mientras el pueblo acudía á la misión; el cuarto día se encerró en su casa desde donde oía; el día quinto no se pudo contener y vino á la misión; y por último se casó, pues vivía amancebado, y quedó blandito como la cera.

Es pueblo de sangre caliente, lo mismo que los del contorno; y en el mismo campo donde tuvimos la misión, habían dado muerte alevosamente á un mozo hacía unos meses. Decía la misma Guardia Civil: «¿Quién creería que estos matones habían de estar tan sumisos como niños al Padre Misionero?»

Se portaron muy bien, no sólo los de Moldes, mas todos los pueblos del contorno, acudiendo de muy lejos; y aunque es un extremo que no está may poblado, se juntó un muy buen contingente; y como el tiempo estuvo bueno, y los días eran largos, hubo tiempo para atender á todo y á todos.

Hay mucha *trapallada,* como ellos dicen, en los tratos; pues son del distrito de Carballino, que tiene acerca de este punto especial fama. Son además amigos de brujerías. Claro es, en el contorno hubo tres clérigos que se hicieron ricos con leer los evangelios, hacer ensalmos, etc., y pusieron de moda las hechicerías.

Las comuniones fueron unas 10.000, y aunque no pudimos averiguar lo cierto, se contaron varios hechos prodigiosos del agua de San Ignacio.

Estando en esta misión le llegó al P. Vicente una carta de la profesora de la escuela pública de Chantada, que le refería y suplicaba hiciera públicos dos insignes favores que el agua de San Ignacio había hecho en ella. Tenía un dolor fuertísimo al costado que le impedía moverse. Aplicados los remedios que prescribían los facultativos, no hallaba alivio. Y tan pronto como empleó el agua de San Ignacio, quedó plenísimamente curada. Además tenía tan mala la dentadura que la quijada le supuraba mucho por un colmillo corcomido y despedía mal olor. Consultó á los dentistas, quienes le dijeron no se atrevían á operarla; pero que sería objeto de una operación en la ciudad de Santiago. Acudió al agua de San Ignacio, y quedó plenísimamente curada. Leyó el Padre estos hechos al auditorio, y ya se entiende la

devoción y avidez con que acudirían á la bendición del agua de San Ignacio, que hubo de hacerse varias veces.

Se habló separadamente á las Hijas de María; se les exhortó á la comunión frecuente; y el último día, con la procesión magna de las parroquias, salieron todos de quicio.

MINISTERIOS EN JUNIO Y JULIO

Llegados el 15 de Junio á La Coruña, salió el 17 el P. Vicente á predicar dos triduos á Puentedeume, uno del Sagrado Corazón de Jesús y otro de San Luis Gonzaga. Había quedado comprometido en la misión de Villar, y eran convenientes para redondear algunas cosas comenzadas en la misión.

Es muy capaz la iglesia de Puentedeume, y fué bien necesaria su capacidad, sobre todo en el triduo del Sagrado Corazón. Además de los sermones del triduo, les dió meditaciones por la mañana, y todo el día era preciso estar en el confesonario; pues habrá pocas villas en que haya tanto culto, y un núcleo de personas piadosas como en Puentedeume. Cayeron ante Dios algunos corazones de los heridos en la misión del Villar, y se afianzaron en el bien muchas almas que se enderezaron en la misión.

El triduo de San Luis reanimó la Asociación; la hizo salir á la calle dando la cara en la procesión, y la acreditó, pues hasta ahora andaba como vergonzante y por la sacristía. Se apuntaron muchos jóvenes y la villa vió muy bien estos actos públicos de piedad.

Terminadas el 21 en Puentedeume estas tareas, salió el Padre para Lugo, donde le esperaban al mismo tiempo Ejercicios á las Siervas de Jesús, Ejercicios á las monjas Agustinas y Ejercicios al pueblo en la parroquia de San Pedro, para ganar las indulgencias del mes de Junio.

Todo, gracias al Señor, se pudo hacer, hablando seis veces á las dos comunidades religiosas, y dos al pueblo, una por la mañana y otra por la tarde.

Son dos comunidades modelo, á quienes el Padre da los Ejercicios hace ya 11 años. Podrían parecer á primera vista cosas encontradas, Ejercicios á comunidades tan buenas y misiones á pueblos pecadores; estos ministerios se ayudan mutuamente, pues de este modo las mis-

mas religiosas buenas ayudan con sus fervorosas oraciones á los misioneros, siendo esta la causa de muchas conversiones, como palmariamente lo notamos.

Los Ejercicios al pueblo dieron no solo el fruto de miles de comuniones, mas el peculiar de tranquilizar y encauzar á muchas almas.

Hacía ocho años que las monjas Carmelitas de Santiago tenían empeño en que el Padre les predicara su solemne novena del Carmen; pero como mientras el Excmo. Sr. Murúa gobernaba la Iglesia de Lugo tenía *acotados* á los misioneros pára que dieran por este tiempo todos los años Ejercicios al clero, no se había podido condescender. Este año el nuevo Prelado lucense libró á los misioneros de este cargo y pudo el P. Vicente complacer á aquella comunidad.

Salió, pues, para Santiago y allí predicó la novena del Carmen, siendo la amplia iglesia muy insuficiente, y eso que introdujo el predicar también por las mañanas, para así dividir al auditorio. Las comuniones fueron muchísimas, los escapularios que se impusieron incontables. Como cola de la novena del Carmen se le pegaron dos sermones en la Catedral, de la solemnísima novena del Apóstol.

El día 22 de Julio salió el Padre para Geve (Pontevedra), donde le esperaba un triduo solemne al Sagrado Corazón de Jesús.

Llegado el 22 mismo á San Andrés de Geve comenzó el deseado triduo, con sermones mañana y tarde; y hay que confesar que el pueblo concurrió muy bien, á pesar de que los hombres son en su mayoría canteros, están cerca de Pontevedra y por lo tanto asociados, y no había muchas esperanzas de que acudieran.

Estos triduos son especies de *misiones vergonzantes*, y los párrocos celosos querrían que resultasen plenas misiones.

A cada cosa lo suyo: querer que en tres días un solo Padre logre lo que dos llegan á alcanzar en ocho ó diez, es pedir gollerías. Sin embargo, á veces, como no logran ver la conmoción de las misiones, los párrocos no quedan satisfechos.

Gracias á Dios el Párroco de Geve tiene buen juicio; el pueblo respondió muy bien y el fruto fué abundante.

Aprovechó el Padre la vuelta de Geve para dar el día de retiro mensual á las señoras de Pontevedra, rematando con él las tareas de Julio; y el 3 de Agosto salió para Betanzos donde dió Ejercicios á las monjas Agustinas, completando la formación de aquella numerosa comunidad.

MISIÓN DE SAN PAYO DE NAVIA

(Provincia de Pontevedra.—Diócesis de Tuy).

AGOSTO 16 AL 24

Muy conocida es en nuestras relaciones de correrías apostólicas por Galicia la parroquia de San Payo de Navia, situada á 7 kilómetros de Vigo, pues no hay casi año en que no tengamos que visitarla.

Débese todo á una buenísima familia, de mediana posición, mas de riquísima piedad, y que tiene el celo de conservar la misión en su parroquia.

Después de una peripecia desagradable, que por poco nos hace perder el tren en La Coruña, el 15 de Agosto á las seis y media, salimos de la ciudad, donde habíamos estado *ayudando* á levantar la carga de los muchos bañistas, que yendo del interior de Galicia á bañarse en la playa de La Coruña, quieren casi todos bañar el alma en el sacramento de la penitencia. Es una labor ímproba para los operarios de la Residencia de La Coruña en los meses de Agosto y Septiembre, y por cierto muy provechosa á las almas. Añadióse este año, en especial, la labor de confesar á tantos emigrantes como han salido del puerto de La Coruña para América; pues sabido es que muchos de las provincias del interior, máxime de Lugo, no se quieren embarcar sin haberse preparado con una buena confesión y comunión.

Andando toda la noche en el tren, llegaron los misioneros á Vigo el 16 á las once de la mañana; y dicha la santa misa, aguardaron la hora de salir para Navia, cuya misión comenzaron aquel mismo día.

Aleccionados los Padres con la misión pasada, cambiaron el sitio donde se habían de tener los actos, para evitar el terrible eco que entonces les molestó; y aunque el sol ofendía ahora bastante, porque el nuevo campo no tenía árboles, como la misión se tenía algo tarde, por ser los días tan largos, todo se fué llevando.

Hay siempre en esta parroquia la molestia de la casa donde hay que hospedarse; no porque ésta sea mala, mas por estar casi 20 minutos distante de la iglesia.

Como todo corrió sin incidente alguno desagradable, y el núcleo principal de Navia es muy bueno, y hasta el párroco estaba de muy buen temple, todos quedaron muy satisfechos, aún más que de la anterior misión que habían dado los PP. Santos y Vicente. Y por cierto las

comuniones fueron bastante más en número, y el orden y esplendor mucho mayores, debido en gran parte al sitio escogido.

Pasaron de 4.000 las comuniones; y no fueron más porque como Navia no es céntrico para misiones, y la parroquia apenas tiene 100 vecinos, no pueden acudir muchas parroquias.

MISIÓN DE OREGA

(Provincia y Diócesis de Orense).

DEL 24 DE AGOSTO AL 3 DE SEPTIEMBRE

A la caída de la famosa montaña, cuya última peña, de más de 50 metros de altura, llamada piedra *Corneira,* le da nombradía, pues se descubre desde muchas partes de Galicia, se halla situada la pequeña parroquia de Orega, perteneciente al Ayuntamiento de Leiro.

Dos hechos darán los datos suficientes para formarse idea del pueblo: el uno es que el último párroco ha muerto en el presidio, por asesinato; y el otro, que de esta parroquia, singularmente de una aldea de ella, se formó una pandilla de salteadores que dió mucho que hacer á la Guardia Civil.

Internados allá en los bosques de pinos, y pobres y desarrapados, nadie creía que la parroquia de Orega hubiera de ser centro de misión.

Viajando desde Vigo en tren, y desde Rivadabia á Beade en coche, montamos á caballo para poder llegar á buena hora á Orega, que distaba de Beade hora y media larga. El camino era escabroso de veras; pero sin más peripecia que una *graciosa caída,* que un pollino hizo dar á uno de los misioneros, llegamos á Orega y abrimos la misión.

Había una feria cercana, y el primer día fué la concurrencia escasa. Mas como la novedad fué llamando hacia Orega, se reunió un auditorio muy considerable, que parecía extraño en aquellos andurriales.

Estaba muy viciado todo el contorno; la ignorancia era mucha y el *inimicus homo* como había hallado dormidos á los sembradores, había sembrado mucha cizaña que, sabido es, crece más pronto y más vigorosa que la buena semilla.

Domesticados ya al tercer día, daba gusto verlos como corderitos

estar en la misión dóciles y sumisos, y como gente sencilla manifestar más espontáneamente sus sentimientos en la predicación.

El campo era hermoso de veras, y muy sombrío, y á la verdad hacía buena falta, pues el sol cumplió bien su oficio.

Adelantaba la misión y tuvo noticia el P. Vicente de que había tres rezagados que no solo no venían á la misión, mas de ningún modo se confesarían. Se llamó de noche al capataz de ellos al campo de la misión, y después de varias excusas, propiamente terquedades; al fin, diciendo y haciendo, se sentó el Padre en una piedra, le comenzó á confesar, y quedó tan satisfecho el penitente, que él mismo se fué á buscar á los otros dos, quedando los tres muy alegres de haber vencido aquel empacho.

Ayudó muy bien el clero del contorno y con su ayuda se pudo dar cima á las confesiones, algunas de gente muy ruda.

Fundamos la Asociación de Hijas de María y la del Sagrado Corazón, para ver de conservar algo el fruto de la misión. Era tal la afición que los de Orega habían cogido á sus misioneros, y tales los lamentos al verlos marchar, que impresionaban muchísimo, sobre todo comparando lo presente con lo pasado.

Fueron las comuniones unas 8.000.

MISIÓN EN PROENDOS

(Provincia y Diócesis de Lugo).

SEPTIEMBRE 3 AL 12

Estaban de tal modo enlazadas las misiones en esta temporada, que la misma tarde que terminamos en Orega hubo que salir de prisa á coger el tren en Rivadabia, para caminar toda la noche y abrir á la mañanita la misión de Proendos, cerca de Monforte de Lemus.

Hízose así, sin más tropiezo que el habernos faltado el coche á la hora señalada, con lo que hubimos de hacer el camino á buen paso, y el día 3, á la mañanita, llegábamos á Proendos, abriendo luego la misión.

Desde que el P. Vicente estuvo en esta parroquia á fundar el Apostolado y las Hijas de María, tenía en proyecto esta misión, por pare-

cerle el lugar punto estratégico; y la realidad superó las esperanzas. Desde luego se vió que había de ser misión muy numerosa, pues acudían más de 16 parroquias, y algunas de ellas muy grandes. Sobre todo los tres días de fiesta que hubo durante la misión, era aquello un mar de gente, y es de notar que había quizás más hombres que mujeres.

Un soto inmenso de magníficos castaños, fué el campo elegido para la misión; y aunque distaba de nuestra morada unos diez minutos, aquella distancia era buena para moverse algo.

Lo único malo que tenía nuestro campo era que estaba demasiado llano, y como lo habían arado no convidaba mucho á sentarse.

Para los hombres se arregló muy bien; más de 200 vigas de castaño, algunas en que se sentaban hasta 25 hombres, se tendieron por el campo arado, y como había un buen trecho con césped, todos se acomodaron. Las mujeres, más sufridas, se sentaron en los surcos, y todo se reducía á sufrir al terminar la misión una polvareda inmensa.

Es un contorno de gente bastante acomodada, como que no bajaría de 4.000 reales lo que emplearon en rosarios, estampas, crucifijos de misión, etc.

El vecindario está bastante maleado, y prueba de ello son los 14 amancebamientos, que pasaron á matrimonios canónicos. Por estas tierras las romerías son frecuentes, y en ellas los tiros, puñaladas y grescas; y como las sociedades solidarias tienen gran preponderancia, y por otra parte el caciquismo aún conserva raíces, las enemistades, odios, venganzas, etc., están á la orden del día.

El conato de romper las cadenas del cicicato odiosísimo, es bueno; mas, por desgracia, en estas solidaridades entran los malos con los buenos, y como los buenos no pueden emplear ciertos medios, los malos acaban por gallear. Es difícil en este caso el consejo. Se hizo lo que se pudo y fué muy notable la función del perdón de los enemigos, dándose casos edificantísimos.

No hubo disgusto ninguno, á pesar de reunirse tanta multitud; y como el tiempo era inmejorable, desde las cuatro de la mañana hasta las diez de las noche había que estar en la brecha, y eso que el clero nos ayudó muy bien.

Pasaron de 18.000 las comuniones; y la manifestación católica del día último, en que cada parroquia trajo el Santo mejor que tenía, sus pendones, estandartes, etc., era un cuadro encantador, como fácilmente se puede entender. Allí las lágrimas por la despedida, los vivas por la función, etc., todo se confundía en santo y bello desorden.

Resta una observación á esta misión, y es sobre *los pollinos,* pues hay muchísimos en el contorno y hubo día en que pasaban de 200 en el campo de la misión. Como había un soto de castaños cerca de nuestro campo, tres buenos muchachos se encargaron de estar á la mira, y tan pronto como asomaba algún rocinante, se acercaban á los jinetes y les iban indicando dónde habían de colocar las cabalgaduras. De este modo, aunque alguna vez rebuznaron de gana y en orquesta, todavía estuvieron bien formales, para lo que se podía temer de tanta concurrencia.

MISIÓN DE VINCÉIRO

(Provincia de Pontevedra.—Diócesis de Santiago).

SEPTIEMBRE 12 AL 21

Habiendo tomado el tren correo, que nos llevó á las doce de la noche á Santiago, salimos los misioneros al día siguiente en el coche de línea para la Estrada, y de allí en caballería para Santa Cristina de Vincéiro.

Como los caballos del coche de línea eran unos posmas, llegamos ya tarde á la Estrada; y habiéndonos divisado los que nos esperaban, gracias á la hermosa luna, serían las diez de la noche cuando dos bombas tremebundas anunciara nuestra llegada, y unas 40 personas asistieron á la inauguración.

No perdimos de todo el tiempo en el coche, pues una mujer del pueblo que traía un niño con tos ferina, preguntada por los remedios que había usado, nos contaba las brujerías que las curanderas aconsejaban en el contorno, que ponen horror y dan verdadero asco, por lo cual no las referimos.

Como hay en el radio en que está Vincéiro muchas parroquias de presentación *laical;* el clero que, por condescender con los patronos, había favorecido á la *canalla* liberalesca, está delante del pueblo muy desprestigiado y en pleitos con los feligreses por las *oblatas:* de modo que la necesidad de misión era muchísima.

La parroquia de Vincéiro, con su anejo, es bastante numerosa; mas el contingente mayor lo dieron las parroquias vecinas, que ávidas de misión acudían á ella desde muy lejos.

El campo era preciosísimo y tan sombreado por altísimos y frondosos castaños, que en plenísimo sol no penetraba un rayo siquiera en toda el área que ocupaba el auditorio, y eso que no bajaría nunca de 8.000 almas.

Hay bastantes de la cáscara amarga venidos de América, algunos presumidillos y algunos bien desvergonzados, que por causa del descrédito del clero tenían muchas ínfulas. Hubo que bajarles los humos desde los primeros días, y fueron amansándose aquellas fierecillas, que luego venían humildes al confesonario.

Hubo, pues, mucho que hacer y fué preciso hablar muy claro; gracias al Señor no sin moción y fruto por parte de todos, que se portaron muy bien, pidiendo perdón algunos que los primeros días de la misión habían hablado contra los misioneros.

Sabemos quedó algún *jebusco,* que no se puso á tiro; mas como la totalidad estaba tan entusiasmada, ni á resollar se atrevía el desgraciado.

Cayó un día un chaparrón terribilísimo, mas los oyentes lo recibieron impávidos, y como era turbonada pasó de largo, y volvimos á quedar en calma.

Serían 11.000 las comuniones y se refirieron algunos hechos prodigiosos del agua de San Ignacio, obrados aun en los animales.

Por más que quedaron muy bien, y se fundó la Asociación de Hijas de María, que empezó con mucha pujanza, hay que temer por los pueblos del contorno, en que es necesario se dé pronto misión, á ver si se logra levantar el prestigio del clero, pues hace mucha falta.

MISIÓN DE LA GOLADA

(Provincia de Pontevedra.—Diócesis de Lugo).

SEPTIEMBRE 21 AL 30

Después de caminar á pie más de una hora y bajo un sol de tormenta, desde las doce á las dos de la tarde, entramos en el coche que nos llevó á Bendoiro dos horas más tarde de lo pactado.

Como de Bendoiro á La Golada hay cuatro leguas, y eran las cinco y media de la tarde, se vió la imposibilidad de llegar á las siete, que era la hora en que nos esperaban.

Para no hacer aguardar tanto á las buenas gentes, se adelantó el P. Vicente con un mozo que andaba de veras, y alternando los dos en montar, picaron tan bien al caballito, anduvieron tan bien por aquellos verdaderos precipicios, que á las ocho de la noche, con un frío que hacía dar diente con diente, llegaron á La Golada; y ante unas 20 personas por junto abrió la misión, en una desmantelada capilla de feria, muy semejante al portalito de Belén.

Cuando á las nueve y media llegó el P. Vázquez, después de un camino espantoso, halló al P. Vicente instalado en el más hermoso palacio que hemos tenido en nuestras misiones.

Es La Golada una aldea de 16 vecinos, en un sitio escampado y tan frío, que *Golada* significa *agua helada,* y parece mentira sean aquellas lastras el campo de la segunda feria de Galicia. Nuestra casa tenía por portal una cuadra baja, y las dos camas para los misioneros estaban colocadas en el desván *(fallado* llaman en Galicia), por entre cuyas tejas corría un finísimo viento que movía sin cesar, no solo unas banderas españolas con que habían querido cubrir los cabrios del tejado, mas las mismas ropas de la cama.

Todo era parecido en aquel palacio famoso; y lo que costaba algo más era la poca limpieza y los correspondientes *animalitos chupadores.*

Son aquellas tierras tan productivas, que un sacerdote nos decía que él había querido hacer la prueba, y con un cesto de aquella tierra echado sobre una peña y abonado una sola vez, sembró una patata y cogió 119.

Cuando por la mañana ojeamos aquel sitio y observamos el páramo en que está La Golada, creímos que nuestra estancia allí iba á ser una desolación; mas desde las dos la tarde, dan en afluir de acá y allá parroquias y pelotones de montañeses que era un alabar á Dios.

Como están acostumbrados á la feria mensual se les hace fácil el camino, y cuatro leguas á la redonda se despuebla el contorno para venir á La Golada.

Hallamos para instalar nuestros reales una *chouza* preciosísima, y tan acústica y acomodada, que convidada á recogerse á ella. Las gentes son muy frugales, sencillas de veras, y por cierto muy respetuosas á sus párrocos, que lo son allí todo.

Como campo de feria, eran allí frecuentes las borracheras y trampas, mas el pueblo era muy dócil; dicho se está que los libros están para ellos de sobra, pues casi nadie conoce las letras; y aunque por regla general saben bien la doctrina, como no tienen misa diaria, pues

el párroco vive á tres cuartos de hora de distancia, las prácticas piadosas son pocas.

Llegaron á reunirse algún día en aquel campo unas 8.000 almas, y daba devoción distribuir la comunión donde nunca seguramente se había repartido el Pan del cielo.

De 14 á 15.000 serían las comuniones, y puede decirse que las confesiones fueron provechosísimas, pues se realizó muy bien el «*pauperes evangelizantur*».

El tiempo estuvo de tronadas tremebundas, mas tan respetuosas con la misión que nunca perturbaron nuestros actos; y como el terreno es de lastras terribles, escurrían el agua de modo que á los cinco minutos de llover ya podían nuestros montañeses sentarse en ellas.

Solo un día, y en el fervor de las confesiones, cuando aguardaban multitud de hombres, se plantó la tempestad encima del sitio donde estábamos confesando, con tan prolongados relámpagos y tremendos truenos que hacían temblar.

Comenzó el aguacero; mas como abrir el paraguas era peligroso, nos refugiamos en un pajar vecino, y allí, entre los montones de paja y los corderos y cabritos que se habían guarecido, fuimos confesando á nuestros penitentes, que nos recordaban las escenas de Belén, pues acudían á reverenciar al Señor, y á recibir en aquella especie de establo los beneficios de la redención.

Acabamos felicísimamente nuestra misión de La Golada, sin que resistiese nadie á la gracia del Señor y con hermosas conversiones, pues alguno, fingiendo venir á la feria, vino de 12 y más leguas á arreglar sus cuentas con Dios.

MISIÓN DE VINIANZO

(Provincia de La Coruña.—Diócesis de Santiago).

OCTUBRE 5 AL 13

Terminada el 30 de Septiembre al mediodía nuestra misión de La Golada con las dos funciones de costumbre, la misa con plática y comunión por los fieles difuntos, y la bendición solemne de los niños con plática preparatoria; cogimos á las seis de la tarde el coche que nos llevó á Mellid.

Á las cuatro de la mañana del 1.º de Octubre nos apeábamos á la puerta de la iglesia parroquial, para decir la santa misa; á las cinco y media nos encajonábamos en el coche que á las tres largas de la tarde nos puso en Santiago.

El día 2, señalado para la renombrada manifestación católica contra las escuelas laicas, predicó en Santiago el P. Vicente á los manifestantes en la iglesia de San Martín, y arengó por la tarde á los 20.000 fieles, que dieron gallarda prueba de que aún se puede decir el «Santiago y cierra España».

El día 4, á las once de la mañana, volvimos á encajonarnos en el coche correo de Vinianzo hasta las diez de la noche, hora en que llegamos á esta villa.

El 5 abrimos solemnemente la misión y ya aquella tarde tuvimos el acto de costumbre; habiendo elegido, no sin alguna contradicción de la gente rutinaria, un campo bueno, que dió muchísimo lustre á toda la misión.

Algo nos molestó varios días la lluvia, pero no había más remedio que aguantarla, pues la iglesia era incapaz, y como el pueblo está avezado á los aguaceros no se arredraba. Es de advertir que estas lluvias fueron beneficiosas á la misión, porque comenzaba á colorear el maíz, tenían necesidad de *panciño* para los muchachos, y á no haber llovido se nos hubieran ido al campo.

El motivo de venir los misioneros á Vinianzo, fué el haber entendido el P. Vicente, durante unos Ejercicios que aquí dió, la necesidad imperiosa que había de misión en todo el contorno. La política de campanario es entre estas gentes lo más rastrero que puede darse; y las brujerías, tan á la orden del día, que si se descuida el párroco un momento le pescan las albas, estolas, etc., para vestírselas los enfermos, parturientas, etc., etc.: son en esto locos rematados.

Como el Señor tiene sus almas escogidas en todas partes, hay aquí un núcleo muy bueno de fieles que comulgan diariamente y dan ejemplo á todos.

Creían no pocos, incluso los sacerdotes, que nuestra misión sería un fracaso; mas Dios no lo quiso así, antes al contrario, todo el contorno se puso de tal modo en conmoción, que pasmados los pesimistas no salían de su asombro. Lloviendo, diluviando, nuestro campo se llenaba todas las mañanas y todas las tardes, teniéndose todos los días que rozar algún pedazo más de terreno, para dar cabida á los oyentes.

Las únicas notas discordantes las dieron dos advenedizos, el uno

fondista y el otro panadero, y eso que éste hizo cuartos en la misión. Esta pareja no asomó por nuestro campo, y se quedó más empecatada que lo que estaba. Todas las demás gentes, incluyendo autoridades y oficiales, se confesaron y comulgaron.

Se borraron unas suscripciones á la prensa liberal, saliendo de aquí la inquina con que luego hablaron el *Heraldo* y comparsa contra los misioneros de Corcubión.

Las comuniones fueron unas 11.000; y como las reñidas luchas políticas tenían encizañados á muchos, costó trabajo el perdón de los enemigos; mas por lo pronto ofrecieron perdonar, y muchos daba luego gusto ver cómo se trataban. Si esas hostilidades fueran por defender la política de Dios, serían muy laudables; mas por defender á canallas, tan malos unos como otros, da pena que entre los paisanos haya tales divisiones. Querían los de Vinianzo y todo el Arciprestazgo de Soneira tener su manifestación católica, mas no hubo ocasión; y por otra parte, bastante manifestación católica fué la misión, que terminó felicísimamente.

MISIÓN DE CORCUBIÓN

(Provincia de La Coruña.—Diócesis de Santiago).

OCTUBRE 13 AL 22

Habiendo tomado á las cuatro de la tarde el automóvil de línea, entrábamos á las seis en Corcubión, con una recepción verdaderamente entusiasta.

Con el Ayuntamiento y el clero al frente, todo lo más selecto de Corcubión acudió al encuentro de los misioneros y escuchó religiosamente el sermón de apertura.

Desde que en Mayo anunció el P. Vicente á la villa que habría misión, revolvió el diablo en contra de ella cuanto pudo, pues temía una derrota completa. El anciano párroco había pedido al Prelado un sacerdote que se pusiera al frente de todo, y el Prelado, con muy buen acuerdo, nombró un joven celoso con el nombre de *Coadjutor in capite*. Agradó sobre manera á éste la idea de la misión, y estaba muy en ella; cuando, unos quince días antes de comenzarse, escribe que era mejor dejarla para otra ocasión. Vió el P. Vicente que algo andaba escondido,

y le contestó que no se preocupase de nada, que el 13 sin falta se abría la misión.

Es de notar que la villa de Corcubión había sido teatro de reñidísima lucha en las elecciones, y por fin ganó con muchas ventajas el partido conservador, que estaba al frente del Ayuntamiento.

Había un furibundo canalejista, que era Ayudante de Marina y quería hacer méritos para con el partido. Así cuando el alcalde le invitó como autoridad para que asistiera á la recepción de los misioneros, no solo rechazó como militar la invitación, más agregó que, como sabía que la misión era una cosa política, no podía asistir.

Comenzó la misión con el entusiasmo indicado y escogimos un campo bueno inmediato á la iglesia. Preparamos todo como de costumbre para tener la misión al aire libre; mas el primer día, al tiempo mismo de empezar, vino un chaparrón y se cubrió el cielo, de tal manera que amenazaba llover toda la tarde.

Se apretó de veras toda la gente en la iglesia que es buena, y rezado el rosario, comenzó la plática de costumbre. Cuando el Padre explicaba el primer mandamiento, tratando de los peligros de perder la fe, habló de la mala prensa y les recordó cómo el Sr. Cardenal había prohido nominalmente *El Imparcial, El Liberal, España Nueva* y el *Heraldo*. Tan pronto como nombró estos periódicos, uno de los revoltosos dijo desde el coro, de modo que lo oyeran las mujeres de cerca: «Ya están en política». Bastó esto para que se alborotase el mujerío, con lo que comenzaron los sustos y miedos, por las amenazas de que iban á poner bombas, etc. El P. Vicente cogió la campanilla y les dijo: «Señores, al campo de misión».

Salimos todos al campo y providencialmente cesó la lluvia, con lo que se pudo celebrar el acto, acudiendo todo el anterior auditorio y aun mucho más que estaba fuera de la iglesia.

A esto se redujo todo; pero fué lo suficiente para que el celoso canalejista avisara al amo y á los periódicos, especialmente al *Heraldo*, levantando mil calumnias de que se había predicado contra el Gobierno, etc., etc., hasta el punto de que funcionó en grande el telégrafo del Ministro de la Gobernación y del Gobernador de La Coruña al Alcalde de Corcubión, quien contestó dignamente diciendo la verdad de todo.

Como el diablo quedó derrotado en pleno, andaban corridos los tres ó cuatro canalejistas; y con lo que pensaron perturbarnos dieron tales vuelos á la misión, que era una bendición de Dios. Calentáronse las gentes honradas, de modo que lo único de que había que cuidar era

de que no armaran una sonada contra los alborotadores: había que estar siempre encima, pues de lo contrario, las pescadoras, sobre todo, hubieran hecho una de las suyas.

La necesidad de la misión era mucha; pues si bien la novena levantó mucha caza y enfervorizó á lo más saliente de la villa, quedaban muchas gentes *dejadotas*. Y como la misión llega á todos, y se habla casi en la calle, y los cánticos y todo remueve los afectos más profundos, salieron de sus madrigueras muchos escondidos.

Parroquias no acudían muchas, pues Corcubión está en una punta, y á un lado sólo queda Finisterre; pero se juntaron algún día ocho cruces parroquiales; y como todo les impresionaba bien, se veían por mar y por tierra llegar las procesiones que era un encanto. Finisterre vino dos días por mar, y acudirían más de 800 personas, cantando en sus embarcaciones con el entusiasmo que se puede pensar.

Hay muchísimo chiquillo en Corcubión; y como el nuevo regente tiene la catequesis bien fundada, hay garantía de perseverancia.

Como era de suponer, el alma del entusiasmo fueron especialmente las 300 Hijas de María, quienes el día último adornaron el campo con arcos, macetas, etc., de buenísimo gusto.

Deseando el Ayuntamiento, que lo tomó á cuestión de honra, borrar el efecto de lo acaecido el primer día, quería leer al fin de la misión una protesta; mas se le pidió no lo hiciera por estar ya muy corridos los autores, y bastar de protesta el entusiasmo de unos 10.000 oyentes que estaban locos de regocijo santo el último día.

Se confesaron todos los rezagados, se borraron muchos suscritores de la prensa mala, y sobre todo se dió una sacudida al adormecido espíritu católico. Estas misiones centrales levantan mucho los ánimos, y acorralan á los malos; y como se cuentan y ven que son casi ninguno, se achican y dejan de gallear.

Por eso, aunque no fuera más que por lo que alientan á los buenos, se deben repetir, sobre todo en villas de importancia; pues como concurren los pueblos de la montaña, traen su fe más vigorosa, y arrastran por la curiosidad y mueven muchísimo con el ejemplo.

Es lo cierto que aun nosotros, avezados á contemplar esas multitudes, cuando desde el púlpito se ven llegar tres ó cuatro procesiones cantando y se mira la docilidad con que se apartan los hombres de las mujeres y obedecen á la menor indicación del misionero, no podemos menos de conmovernos.

El último día fué un derroche de entusiasmo: trajeron los Santos

más majos que tenían en las parroquias, y hay muy buenas esculturas; y como convenía hacerles á los malos saborear el *trágala*, se permitió á los concurrentes echar bombas ó cohetes en la procesión. Para muestra de lo calientes que estaban los ánimos, basta decir que sólo una parroquia, la de Cee, gastó 90 duros en bombas.

Lució en la amplia carretera que circuye la hermosa vía la magnífica procesión, en que iban todas las parroquias, clero, Ayuntamiento que daba gloria.

Las comuniones en el campo serían unas 11.000, pero hubo bastantes más, pues los que vivían lejos comulgaban en sus parroquias, y no se pudieron contar exactamente.

El clero estuvo trabajador y así ni hubo que trasnochar, ni nada; y como Dios nos concedió en los cinco días últimos buen tiempo, todo contribuyó al esplendor y á la solemnidad.

MINISTERIOS EN NOVIEMBRE Y DICIEMBRE

Como no había llegado á tiempo la cruz de la misión para Vinianzo, el P. Vázquez Guerra salió el 21 de Corcubión para colocar dicha cruz el 22 á la mañana; y el P. Vicente quedó en Corcubión, para tener en la misma mañana del 22 las dos funciones últimas de la misión; y tomando á las once el automóvil de línea, se unió á la una con el P. Vázquez Guerra y después de diez horas de automóvil llegaron juntos á La Coruña el mismo día 22.

El 26 salió el P. Vicente por Santiago á la villa de Rianjo, donde le esperaba un quinario de Animas, que se convirtió en un conjunto de funciones.

Rianjo pueblo de singulares y cristianas costumbres está pobrísimo por la falta de pesca, emigrando muchos de sus moradores á América; mas goza la dicha de tener un clero muy celoso, y está dicho todo.

Al izar la vela de la embarcación que en Villagarcía esperaba al Padre, el patrón de la nave, quitándose la gorra, gritó á las tripulantes: «Salve á la Virgen del Carmen». Y todos empezaron á rezar la Salve.

La iglesia de Rianjo es buenísima y capaz para todo el pueblo, de 600 vecinos, y todas las noches estaba llenita sin faltar nadie. Hay que

tener mucha paciencia en el confesonario. Tuvieron hace años un sacerdote que les repetía: «Confesiones, muchas; comulgar, poco, que es cosa muy seria». De aquí que son eternamente confesores, y no quedan satisfechos sin confesarse *toties quoties* cuando han de comulgar.

Junto con el quinario, en que se predicaba mañana y tarde, había que reorganizar la Congregación de San Luis y la de Hijas de María.

Desde mañanita la iglesia estaba llena, y hasta las nueve de la noche no había descanso, con cánticos, etc., etc. Bien se podía trabajar con entusiasmo, pues hay la seguridad de que el clero conservará, en cuanto pueda, todo el fruto.

Terminado tan felizmente el quinario de Ánimas en Rianjo, se retiró el misionero á hacer los santos Ejercicios de año en La Coruña, saliendo de ellos el 15, y el 17 fué á Carballo á predicar un triduo de Ánimas.

Es villa de mucha prosperidad la de Carballo, y como en ella comenzó su vida de misionero gallego el P. Vicente, le tienen allí cierta ley, y el Padre se la tiene á la villa.

En este triduo se aprovecharon muy bien, sobre todo la gente de aldea, y la iglesia no pocas veces era insuficiente para los que acudían.

Eran días de continuo confesonario y púlpito; pues hay que confesar, que es proverbial en Galicia, y una especie de segunda cuaresma, el mes de Ánimas.

Llegado de Carballo, partió el Padre, sin interrupción alguna, para Trasanquelos donde en tres días le aguardaban dos triduos, y, si se apura un poco, tres; pues tres veces había que predicar diariamente: una de Ánimas, otra del Sagrado Corazón y la tercera de la Inmaculada, fundando la Asociación de Hijas de María.

Es Trasanquelos parroquia muy buena y de gente sencilla aldeana, y así el trabajo era rudo, mas provechosisímo, y no había dificultad alguna en mover á aquellas almas á donde se quería.

La asociación se organizó sin dificultades y era de ver, que como llovió en grande y no tenían mucho que hacer, la iglesita estaba todo el día llena de gente joven, tan asidua que costaba echarla de la iglesia para que esta se desinfestase.

NOVENA DE LA INMACULADA EN CARBALLO

No tanto por las Hijas de María, cuya Asociación se fundó en la misión que en 1900 dieron allí los PP. Santos y Vicente, cuanto por el asunto de la terminación del magnífico templo incoado en Carballo, aceptó el P. Vicente esta novena.

Los ejercicios de ella no ofrecieron especial dificultad, por más de que la amalgama de señoritas y artesanas siempre requiere tacto especial en esta villa, máxime en el famoso coro de las cantoras.

Se reorganizó todo bien, aceptaron todas los nuevos cargos, se apuntaron unas 200 más y nada faltó al esplendor de la festividad, incluso el cantar la Misa Gregoriana gran parte del pueblo y el convertirse los que vivían alejados de Dios.

Se arregló algún lío de casorios, se redujo á buena senda á algún clérigo suspenso hacía más de un año, y todo convidaba á dar el golpe principal por que se aceptó la novena.

Hace unos 20 años que se construyó en Carballo un templo amplio, necesario sin duda, no solo para el vecindario de la villa, mas para los muchísimos de las aldeas que acuden los días de fiesta al mercado, ferias, etc. Tan mal construído fué el templo, que á los dos años vino á tierra, quedando del todo inservible, y teniendo que habilitarse para el culto un verdadero barracón, que hasta ahora hace de iglesia provisional.

A instancias de todos se comenzó otro templo hace 15 años; mas, debido principalmente al arquitecto diocesano y á las malas administraciones, hace 10 años está agotado el presupuesto que el Estado consignó y las obras del templo están paralizadas.

Como la maldita política tiene divididos y subdivididos á los principales de Carballo, por necedades de que si los míos, que si los tuyos, nada hacían por terminar el templo.

Creyó el celoso párroco, que nadie más llamado á aunar voluntades para el caso que el P. Vicente; y en efecto, convocó éste á los principales y, dicho sea en honor de la verdad, correspondieron plenamente.

Propuso el Padre el fin de aquella reunión; y como obras son amores, indicó: 1.º Que todos firmasen una exposición apremiante á los diputados del distrito, recabando su cooperación para que el Estado consigne la cantidad necesaria para terminar el templo incoado. 2.º Para obligarles á todos á trabajar con más interés, propuso el anticipo de la

cantidad necesaria, comprometiéndose cada cual á responder de cierto capital y de sus réditos, hasta que el Estado diera la asignación necesaria, ó se arbitrara medio de librar esta fianza; pues así serviría de acicate el interés particular, se miraría como cosa de todos, etc.

Dios bendijo el plan, pues como les agradó y cogió de sorpresa, en aquella sesión se obtuvieron firmas de garantía ó anticipo de 40.000 pesetas.

Coronó, pues, el éxito nuestro plan, y ahora se verá el modo de hacer que las obras se lleven á término, ofreciéndoles el P. Vicente que, mirándolo como gloria de Dios y gloria de Carballo, á quien profesaba cariño especial, trabajaría con el Sr. Cardenal para que cooperara á la coronación de la obra.

Por supuesto, que este es el plan, y no deja de tener dificultades, mas de seguro es un hecho la terminación del templo.

Unas monjitas pobrísimas de Ferreira solicitaban desde hacía años les fuese á dar los santos Ejercicios, que no habían tenido con seriedad hacía ya 11 años, y desde Carballo fué el Padre á Ferreira.

Son muy atendibles estos conventos de aldeas, por estar tan necesitados de instrucción religiosa y porque hay en ellos almas que, consagradas al Señor, ni saben cómo servirle.

Gracias al Señor las religiosas se aprovecharon muy bien, y hasta el pueblo vecino participó, pues el Padre todos los días dos veces predicó al pueblo, lo que vino á convertirse en media misión parroquial. Hasta en la parte material se procuró ayudar á las monjas, pues las *pobriñas,* de todo necesitaban.

Esta bina de misioneros *charro-gallegos,* en los pueblos donde van á dar misión y hay conventos, tienen la costumbre desde sus fundadores los PP. Santos y Conde, no solo de ir á pedir á las religiosas oraciones para el feliz éxito de la misión, mas de echarles alguna plática ó instrucción y aun confesarlas si lo solicitan.

En fin, el 27 de Diciembre salió el Padre para Vivero, no ya solo á dar los Ejercicios á las Hermanitas y Concepcionistas de aquella villa, mas también á predicar á las Hijas de María de su Patrona, la Inmaculada, cuya novena tenían, según costumbre, al finalizar el mes de Diciembre.

Se entiende la labor que estos tres ejercicios mezclados suponían, mas se cuenta con el auxilio especial del Señor, que coronó al fin su obra.



TOLEDO

RESIDENCIA DE TOLEDO

LA PRIMERA MISIÓN DEL P. LUIS MILAGRO

Carta del mismo Padre á los HH. Martín y Pérez Romero.

Toledo 30 de Marzo de 1910.

Mis carísimos HH. Martín y Pérez Romero: ¿Recuerdan VV. cuando en aquellos deliciosos paseos por los campos y alrededores de Granada, y al hablar de nuestras futuras campañas, les prometí dedicarles el relato de mi primera misión?

Pues heme aquí cumpliendo mi palabra. Y ¡qué misión, hermanos carísimos, la que el P. Fernández y yo hemos dado en Villasequilla!

Recuerdo que cuando, allá en mis mocedades, nos presentamos la primera tarde en la clase de *Locis Theologicis*, en el Seminario de Tudela, ni yo, ni ninguno de mis condiscípulos supimos la lección. Y exclamó el catedrático: «¡Buen curso nos espera!, si ya el primer día se nos apedrea la cosecha ¿qué restará al fin?». Y este incidente llevaba yo clavado en mi memoria, al abandonar con el P. Fernández el pueblo de mi primera misión.

Fué esta una misión que podemos llamar *engaña cristianos;* pues tuvo cara de hombre de bien y hechos de ladino. Y si comenzamos porque el Sr. Cura no quiso que tuviera el nombre de misión, ni que se supiera en el pueblo que éramos jesuítas; ya viene á la boca el calificativo de mi primera excursión apostólica, la llamaremos *misión vergonzante y de tapadillo.*

El motivo porque nos llamaron, fué la adquisición de dos nuevas y bonitas estatuas de los Sagrados Corazones para el Apostolado de dicha villa.

En la estación, pues es pueblo de ferrocarril (los cuales pueblos suelen ser la *almendra dulce* cuando se trata de hacer algo por Dios), en la estación, digo, nos esperaba todo el pueblo, con el párroco y autoridades al frente y la indispensable concomitancia de estandartes, escapularios, luces y afinada orquesta.

Las imágenes estaban colocadas en una habitación que cedió el jefe de la estación, y tras breves palabras de saludo que dirigió el P. Fernández á la apiñada multitud, se bendijeron aquellas y se organizó la procesión hacia la parroquia.

Yo iba delante, con los niños y las mujeres del Apostolado; y rezando el santo rosario, y cantando el avemaría y otros cánticos, llegamos á la iglesia. Los hombres y los mozos que rodeaban las imágenes de los Sagrados Corazones, se disputaban el honor de llevarlas; y cuando ya llegaban á la iglesia me ocurrió iniciar unos cuantos *vivas* que, con las ganas de gritar de aquellas gentes, no se acabaron hasta que las sagradas imágenes fueron colocadas en el presbiterio.

Entonces subí al púlpito y era hermoso ver la iglesia rebosando de fieles, todos de pie, porque no era posible otra cosa. Prediqué una doctrina sobre el culto y veneración de las sagradas imágenes, que escuchó el pueblo con mucho silencio, y á lo último, con gran cuidado de no mentar la palabra misión, propuse el plan de nuestras ocupaciones durante los ocho días que íbamos á permanecer entre ellos. Comencé á hacerles preguntas sobre la asistencia, y me dirigí á los mozos: «Vendréis mañana al rosario de la aurora». Un *sí, señor,* más atronador jamás lo había oído. A continuación el P. Fernández hizo el primer sermón de misión, algo corto por exigirlo así las circunstancias.

Terminados los cánticos fueron, en la sacristía, las presentaciones de rúbrica á las autoridades, y en buenas palabras nadie se quedó corto.

Al presentarnos de nuevo en la iglesia, resonaron estrepitosos los vivas y..... allá va el del Sr. Cura: «¡Vivan los sacerdotes que han venido á ilustrarnos!»

En la puerta de la iglesia, la música, los mozos, el pueblo todo, acompañándonos hasta la casa del Sr. Cura, con un pasodoble más alegre que unas castañuelas.

Nunca me había visto yo en tales jolgorios é iba muy gozoso á lo bendito, y diciendo al Sr. Cura: «¡Don Isidoro, misión hecha!, ¡qué

pobre gente, cuánto entusiasmo!—No se las dé V. tan felices», me contestó.

Cuando al llegar á la casa nos despedíamos, agradeciendo tanto obsequio, se dirige á mí un quinto y me dice: «Padre, nos ha de echar V. un sermón, pero á los quintos nada más; y nosotros le daremos á V. una copa de ron del mejor que haya en el pueblo». Le prometí el sermón, y con esto nos entramos en casa del Sr. Cura. ¿Verdad, H. Vito, que presenta esto buena cara?

Pues cuando sentándonos á cenar comenzó el Sr. Cura á descorrer los velos, vimos que todo aquel recibimiento eran fuegos fatuos, y en gran parte efecto del *vin guin changa* de la música.

Y en efecto, á la mañana ¿ha visto V. en el rosario de la aurora á aquellos mozos que tanto prometieron la noche anterior? Ni uno siquiera. Salimos con unas cuantas mujeres, y para cuando llegamos á la iglesia había engrosado algo el pelotón. Total unas 200 personas fué el número medio de asistentes al rosario de la aurora, y entre ellos unos 20 hombres.

Las doctrinas de los niños resultaron bien, y asistían bastantes mujeres del pueblo.

A los actos de la noche acudía la mayor parte del pueblo, llenándose la iglesia. Pero ¡qué modo de estar en la casa de Dios! Como en un garito, así, al pie de la letra. Mientras la plática y el sermón guardaban algún silencio; pero era tan poco, y hablando tanto á media voz, que ya se veía que predicábamos en desierto. En el toser eran atroces, pero una noche más especialmente. A la siguiente me situé en el lugar donde había más mozos y vi cómo uno comenzaba á toser con fuerza bárbara, no por necesidad, sino por mover jaleo. Le metí una pastilla en la boca y le dije: «Vaya, ya has tosido por toda la noche; ojo con volverlo á hacer, porque yo también soy mozo». Con esto guardó silencio, y mi estancia entre los mozos impidió en aquella y sucesivas noches la conjuración de las toses.

El sermón que mejor oyeron fué el del infierno, y ¡cuidado que es tremendo el que predica el P. Fernández! Al terminar le endilgaron unos cuantos vivas, y adelante.

La función de los niños se hizo bien; sólo en la procesión los mozos se portaron algo á lo rústico; pero no era por mala voluntad, sino porque no veían otro modo de ir bien si no era achuchando á los chiquillos, que no nos dejaban lugar para andar, y voceando en los cánticos de modo horrísono.

Vengamos á la confesión de los mozos. Los cité una noche á la sacristía para cumplir la palabra del sermón á los quintos, y estos se avinieron á que fuera general para todos los mozos. Les hablé del cuarto mandamiento y otras cosas que sintetizo con el nombre de *sermón de la faja*. Suele ser *la faja*, por estas tierras, un almacén, en el cual halló un guardia civil registrando á un mozo, medio pan, una pistola, una faca, tres piedras, y siete pañuelos atados por la punta unos á otros. Y claro es que, con tantas provisiones, suelen meterse en muchos compromisos.

Oído el sermón, que los mismos mozos solían interrumpir con alguna cuchufleta, llegamos al punto de la confesión. Todos querían confesarse, y los distribuímos para dos noches. Pero ¿V. sabe la actitud en que se presentaron? A gatas los veía yo andarse de un sitio á otro y disputándose la vez, como si jugaran á las chapas. ¡Dios mío, qué angustias! Y es el caso que en el confesonario parecían otros. Hubo quien se confesó tres veces.

En lo que estuvieron bien del todo fué en la comunión. Tuvimos cuidado especialísimo en recomendarles la seriedad y fe de este acto, y obedecían nuestras indicaciones con muy buena voluntad.

También de las solteras y casadas jóvenes comulgaron muchas y alguno que otro hombre. Acabamos, pues, la mañana del sábado con unas 450 comuniones, y quedaba la mayor parte de la gente vieja de ambos sexos.

Echábamos cuenta con que vendrían, pues no había grandes temores en contrario, aunque el Sr. Cura se mostraba receloso. A las tres de la tarde estábamos en el confesonario; pero ¿ha visto V. venir la gente?

Estaba yo entre triste y desesperado; pero, ¡oh Martín!, jamás toques las campanas sin saber á lo que tocas. En medio de mi abatimiento, pensé en dar un repique fuerte desacostumbrado, por si venía gente á la iglesia. Y vea V. mi sombra, que di con el toque de fuego. Tocaba yo tan orondo mis campanas, y llega el Sr. Pascual, es decir el sacristán, descolorido, descompuesto, con una voz de mil truenos..... «Pero, Padre ¿qué hace V?; ¡que toca á fuego!». Suelto las cuerdas y veo en tropel entrar las gentes preguntando: «¿Dónde es el fuego? ¿dónde es el fuego?». Estaba yo tembloroso, porque en los pueblos suelen tener á veces malas pulgas, temiendo no acabase la misión en tragedia. Pero el Sr. Pascual fué prudente, y Dios se lo pague; pues diciendo que no sé qué chiquillos habían enredado con las campanas, despidió á la gente y se acabó todo.

Unas cuantas mujeres se confesaron aquella tarde; unos cuantos casados jóvenes, á la noche: total como 50 personas; y he aquí la misión de Villasequilla con 500 comuniones, de unos 1.500 adultos que tiene el pueblo.

Estábamos con las alas caídas la noche del sábado, y ni ganas de acostarnos teníamos. Allí había también dos sacerdotes vecinos, y largo tiempo se nos fué lamentando el estado de los pueblos y la fe que se pierde.

La función del día siguiente fué espléndida, y en lo exterior como de una gran misión. En el sermón manifestamos nuestras amarguras, y dijimos lo que les convenía oir sobre el menosprecio de la divina gracia; todo, sin embargo, dentro de los debidos límites, y para no cerrarnos la puerta por si en otra ocasión podemos volver á sacar más fruto.

Echamos de ver una ignorancia grandísima en materia de religión; les envío á VV. el siguiente botón de muestra. Fué una mujer á comprar tabaco para su hombre á casa del sacristán que es estanquero, y le dijo: «¿Qué hace Pascual?—Pues está haciendo hostias para la comunión de mañana.—Pero ¿cómo?, repuso admirada la compradora, ¿eso que dan los curas lo hace Pascual? Pues si yo creía que las hostias bajaban del cielo, y que las recogían los curas y las daban en la comunión».

Salimos, pues, de Villasequilla, yo con la cabeza muy baja y lleno de tristeza, y el P. Fernández llevando también su procesión por dentro.

Unas cuantas mujeres, como 100, y algunos hombres salieron á despedirnos; y cuando pasamos por allá para Toledo, después de la misión de Madridejos, nos dijo un grupo de mozos, acusando á otro de mozas que había en la estación, que á los ocho días de la misión habían reanudado los bailes y que seguía todo como de antaño.

El Señor nos compensó con creces en Madridejos las amarguras de Villasequilla; pero no envío esta relación, porque obra en poder del H. Espinosa.

De VV. afectísimo hermano y siervo en Cristo,

LUIS MILAGRO, S. J.



MURCIA.—SAN JERÓNIMO

UNA MISIÓN AZAROSA

Carta del P. Valentín Sánchez al H. Ricardo Garrido.

San Jerónimo (Murcia) 30 de Marzo de 1910.

Amadísimo en Cristo, H. Garrido: No sé si por los periódicos que han tomado cartas en el asunto, habrán tenido noticia de la misión que en Almansa dió hace un mes el P. Cadenas. Hay en aquella ciudad una escuela laica bien sostenida, y regentada por un maestro, aventajado discípulo del famoso Ferrer de Barcelona. Por sus avanzadísimas ideas mereció ser echado de Villena. Hombre laborioso y esclavo de lo que llama su deber, hace ventajosa competencia á los maestros públicos.

Con este pretexto los padres de familia envían al laico sus desgraciados pequeñuelos, que aprenden, sí, primeras letras, pero beben á la vez mil impiedades. Como si esta calamidad fuera pequeña, hay en el pueblo otra no menor, que es la terrible plaga del socialismo. En una ciudad de 11.000 almas hay cerca de 2.000 socialistas: hallan estos eficaz protección y apoyo en una celebérrima fábrica de zapatería que paga 2.000 duros de jornales diarios y favorece poderosamente todas las empresas que no sean de carácter católico.

Todos estos elementos de resistencia, y algunos otros, encontraba

la santa misión. La tercera noche habiendo hablado el misionero del conocimiento de Dios y de los males que causan las escuelas ateas, levantóse gran murmullo en un núcleo de socialistas que habían acudido *ut caperent eum in sermone*. Aplacóse luego el tumulto; mas al salir el misionero del templo, para tomar el coche que le tenían preparado, se oyó una voz que gritaba: «Vivan los socialistas». Un sordo murmullo levantado por varios centenares de hombres contestó en señal de aprobación. El misionero contestó gritando con toda la fuerza de sus pulmones: «Viva la religión católica, apostólica, romana». Y emprendió la marcha hacia su hospedaje. A poco ve que le sigue una turba gritando: «Mueran los curas», «Viva la revolución». El misionero mandó aligerar la marcha, y pudo llegar sano y salvo á la casa de sus huéspedes, donde pasó la noche tranquilamente.

Al otro día se entendió con el alcalde, que por entonces no contaba para sostener en paz á los 2.000 socialistas sino con dos parejas de la Guardia Civil. Sin embargo, se ofreció á cuidar personalmente del orden en compañía del Teniente alcalde, juez y otras personas del Ayuntamiento. Aquella noche al terminar el sermón, se armó un gran escándalo en la iglesia: los socialistas gritaron y blasfemaron á su placer, y ultrajaron al alcalde y á un sacerdote que acudieron á poner orden. El alcalde no dejó salir al misionero, obligándole á permanecer en la sacristía; los revoltosos trataban de detener el carruaje matando las mulas, y hacer pedazos el coche y al misionero. Este plan corrió después de boca en boca. En medio de este alboroto las campanas empezaron á tocar á fuego, con lo cual se dispersó la gente para ir á apagar el incendio. Aprovechando la ocasión, el misionero salió por un lado y su coche por otro; algunos socialistas, que estaban á la mira, engañados con esta estratagema, persiguieron el coche descargando sobre él una nube de piedras que lo dejaron muy deteriorado, y persiguiéndolo hasta fuera de la ciudad. Con esto se reunió de nuevo la gente dispersada por el incendio y recorrió las calles con espantosos gritos y blasfemias, y vivas á la república y á la revolución.

Las autoridades procedieron con un valor y serenidad admirables. A las doce de la noche, terminado el tumulto, vase el alcalde á visitar al misionero; pregunta si está dispuesto á continuar la misión, y oyendo que por su parte estaba dispuesto á predicar si era necesario en la plaza, se despide cortesmente, agradeciendo la respuesta. Se dirige á la casa del jefe de los socialistas, le hace levantarse de la cama y le lleva á la cárcel; hace lo mismo con otros dos cabecillas que se habían se-

ñalado en el alboroto de aquella noche, y al amanecer, cuando la gente comenzaba á levantarse, entraban en Almansa 15 parejas de la Guardia Civil con su Teniente, que fueron reforzadas á mediodía con otras 5 parejas mandadas por el Teniente Coronel, que al saludar al misionero le dijo: «Padre, no salga V. de la iglesia por la puerta de atrás, sino por la principal; y no de prisa, sino despacio; á ver quién se atreve á molestarle con una palabra». La Guardia Civil, con los sables desenvainados, estaba apostada por la plaza y calle en donde vivía el misionero; los socialistas rondaron la calle, pero tuvieron por bien no alborotar: el orden era admirable. El Teniente Coronel hizo salir de la prisión al jefe de los socialistas y comparecer en su presencia. «¿Me responde V. del orden en Almansa?—Yo, dijo, no respondo de lo que haga el pueblo.—Pues bien; ahora mismo se viene V. conmigo preso á Albacete». Esta intimación acobardó al revoltoso, que enseguida se comprometió á evitar cualquier alboroto. Por último, el Teniente Coronel llamó al Teniente que iba á quedar en Almansa y le dijo: «Yo me marcho á Albacete; V. no me telegrafíe que se ha alterado el orden, sino que se ha restablecido». Más enérgico estuvo el General de División, Sr. Cuenca, excelente católico á la antigua: «Sr. Teniente, le dijo, no tenga V. miedo de manchar la iglesia con sangre de infames, que el Sr. Obispo la volverá á bendecir».

Con este proceder de las autoridades se acabaron los motines y la misión empezó á ser buena, aunque no de las mejores. Es de notar que ya otra vez se había empezado la misión en este pueblo, y fué preciso abandonarla por la oposición de los socialistas. ¡Cuánto fruto se puede lograr con el apoyo de las autoridades!

Algo parecido á lo que acabo de referir sucedió últimamente á los PP. Navarro y López Anselmo, que misionaban en la ciudad de Cieza. Pero de esto el P. Navarro creo que dará noticia.

Encomiende V. á Dios en sus fervorosas oraciones á su affmo. hermano,

Valentín María Sánchez, S. J.

EL CATECISMO EN NUESTRA IGLESIA Y OTRAS SOLEMNIDADES RELIGIOSAS

Carta del P. Valentín Sánchez al H. Francisco Sauras.

San Jerónimo (Murcia) 1.º de Abril de 1910.

Amadísimo en Cristo, H. Sauras: Oiga V. la manera edificante como pasan el Carnaval estos buenos moradores de la Huerta de Murcia.

El domingo á las seis y media de la noche llegó á nuestra portería una estudiantina, compuesta de varios jóvenes del pueblo llamado Guadalupe, presididos por el Sr. Cura. Van recorriendo los pueblos de la Huerta y aun de fuera, implorando la caridad pública en favor de su templo que están reconstruyendo. Piden la limosna cantando unas coplas de forma trivial, pero de un fondo cristiano digno de mejores tiempos. El pueblo es más pobre y más pequeño que La Ñora. Los vecinos del pueblo, que necesitan del jornal para vivir, y son casi todos, se ofrecen á trabajar de balde en la iglesia, además del domingo, otro día cada semana. Ellos también regalan la piedra y la cal y la ponen en el lugar de la fábrica. En general es cosa de gran edificación el empeño que la gente de la Huerta pone en reparar sus templos á costa de mil privaciones y sacrificios, sin más recurso que la piedad de los pobres y jornaleros. De esta manera tienen ya muy buenas iglesias Guadalupe, La Ñora, Jabalí Nuevo, Lugarico, etc., etc.

Las doctrinas dominicales, que, por este año, sólo se han tenido en nuestra iglesia, van en creciente prosperidad. A las dos y media de la tarde, al darse el repique de campanas, son de ver los alrededores de nuestra casa: por todas las veredas de la Huerta afluyen cordones de gente, de La Raya, el Rincón (estos dos pueblos tienen que pasar el Segura), Guadalupe, La Ñora, Lugarico, etc. Solo los hombres han llegado últimamente á unos 400; las mujeres pasan de 500; los restantes, hasta 2.000, son gente menuda. La sección de hombres casados, por no caber en la espaciosa sacristía, pues son más de 200, se ha

trasladado al claustro, y ocupan casi todo el tránsito contiguo á la iglesia, que es tan largo y más ancho que ahí el del gabinete. Esta sección está á mi cargo. La de los mozos, á cargo del H. José Gómez, y ocupa la sacristía. Las mujeres y niñas se quedan en el templo. Es de admirar la avidez con que acuden á la doctrina. Un hombre decía: «Padre, en llegando la hora se cierra la casa y todo el mundo al convento». Por este año se terminará el día del Patrocinio de San José con la rifa general.

Pero ¿de dónde sacar 2.000 premios para que todos vayan contentos? *Hic opus, hic labor est.* Van á rifarse varios corderos y un lechoncillo (con perdón); habrá telas, pañuelos, alpargatas, etc., etc. A los niños se proyecta dar una buena comida. Con esto y algún objeto piadoso para cada uno de los asistentes quedarán satisfechos.

Durante los viernes de Cuaresma han acudido en gran número á las famosas doctrinas dialogadas entre el Padre *listo* y el Padre *tonto*. Un día que se pudo cantar con un podómetro, resultó que entraron en la iglesia 4.000 personas. De Molina venían muchos por la mañana á confesar y comulgar; se salían luego al olivar que está delante de la iglesia y allí esperaban hasta las tres de la tarde, en que empezaba la función con el santo rosario. A las cinco salían para volver de noche á sus casas. Esta piadosa costumbre es ya antigua, y yo me acuerdo que lo mismo hicieron el día del Corazón de Jesús, el último año que estuvo aquí el Noviciado.

El viernes de Dolores el diálogo versó sobre las confesiones sacrílegas, quitando las dificultades que el demonio pone contra la sinceridad; y, para que se vea lo buena que es esta gente, al otro día, fiesta de San José, muchas personas acudían diciendo que querían hacer una buena confesión; y eso que no lo necesitaban.

El Viernes Santo fué también muy numerosa la asistencia á las Siete Palabras, que resultaron devotísimas. El Jueves al anochecer, en el sermón de Pasión, sorprendió á los que no lo habían visto la bofetada de Caifás: todos los asistentes comienzan á darse bofetadas; lo cual, así dicho, parece ridículo, pero oído resulta conmovedor.

Las procesiones de la ciudad de Murcia, sobre todo la del Viernes, han sido hermosísimas. Iban en la última 300 penitentes cargados con pesadas cruces que llevaron sobre sus hombros cerca de seis horas. En el hermoso paso de la Cena, que representa á Nuestro Señor con los doce apóstoles de tamaño natural, es curiosa la costumbre de colocar en los platos de los apóstoles exquisita comida, que luego se reparte

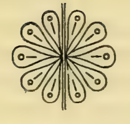
entre las personas más principales de la ciudad. Los huertanos colocan las primeras frutas de sus huertas, para que el Señor bendiga sus cosechas. Los pasos son magníficos: casi todos del insigne Sarcillo; tan hermosos que, un teólogo, idólatra de Sevilla, dice que son como los mejores de aquella ciudad. Otros los ponen muy por encima en cuanto á mérito artístico, no en cuanto á riqueza de andas y vestiduras, aunque esto tampoco deja nada que desear. El P. Ministro, que vió la procesión del Viernes, vino muy consolado de ver la mucha fe que queda en la ciudad.

El Miércoles Santo los niños que asisten á la escuela de casa tuvieron una amena concertación. Luego se desafiaron unos á otros y salieron dos de mucho talento. Llamó la atención un niño de cinco años llamado Perico *el predicador*, porque donde ve varias personas enseguida empieza á echar un sermón con grandes voces y ademanes. Este niño, si Dios le conserva, parece va á ser una cosa notable.

Ayer tuvieron un espléndido campo, en el célebre santuario llamado de «La Luz». Merecía que se diese cuenta de él; pero basta por hoy, pues el tiempo disponible no permite más.

Ruegue mucho al Señor por su infímo hermano y s. s. en Cristo,

VALENTÍN MARÍA SÁNCHEZ, S. J.



GRANADA

DOCTRINA EN LAS CUEVAS

Carta del H. Isidoro Ramírez al H. Rafael L. Espinosa.

Granada 8 de Septiembre de 1910.

Mi amadísimo en Cto. H. Espinosa: Voy á cumplir de buen grado un deber de caridad, satisfaciendo los deseos que V. me ha significado varias veces, de que le cuente algunas cosas edificantes sobre la Doctrina de las Cuevas, *alias* del Barranco del Abogado.

Y en primer lugar; ¿hacia dónde caen las Cuevas? Algunos las confunden con las Cuevas del Sacro Monte, pero en realidad nada tienen que ver unas con otras. Las de la Doctrina caen en un pencal o chumbera de un monte que hay al poniente de los paseos más altos de la Alhambra, frente por frente del palacio del Conde de Benalúa. Y ¿por qué se llaman Cuevas?, porque lo son con toda propiedad; pues son unos agujeros abiertos á pico en el mismo monte, y de tal manera cubiertos por las chumberas que, hasta que uno llega á la boca de ellos, no sabe si existen; y es cosa curiosa ver á las veces brotar el humo en el suelo donde se está pisando, como si fuese un pequeño volcán, cuando no es más que el techo de una cueva subterránea en la que sus habitantes han encendido fuego.

Pero ¿es que en ellas vive gente? Me han dicho, pues yo ni las he contado, ni las he recorrido todas, que en esas cuevas viven diseminadas

por todo el monte, unas 400 familias, poco más ó menos. Tal vez este número sea algo exagerado, sobre todo si se excluyen las casas rudimentarias y las que son mitad cueva y mitad casa. Mas es lo cierto, que son muchas las familias que, para oprobio de la civilización moderna, viven sepultadas en tan primitivas moradas en la más espantosa miseria física, intelectual y moral que decirse puede. No son gitanos, como he oído decir á algunos; son españoles de pura raza, allegadizos de diferentes pueblos, y muchos de la provincia y ciudad de Granada. Su extrema pobreza y miseria, que no les permite ni tener casa propia, ni pagar un alquiler crecido, los fuerza, si no quieren vivir á la intemperie, á recogerse á estas cuevas; y en ellas pasan los días de su azarosa vida, en un mismo departamento con su borriquito, ó su perrito, ó su lechoncito, que no todos los tienen. Algunos se ganan el sustento con su mezquino trabajo, la mayoría recogiendo limosna; ni tienen de ordinario más preocupación que la de hallar lo preciso para subsistir. ¡A cuántos he visto yo pasar un día y otro día sin comer, ó desayunarse á las tantas de la tarde con algún troncho de berza ó cosa semejante! No es raro que duerman en el santo suelo, aunque también es frecuente hincar dos palos largos horizontales para colocar sobre ellos su pobre cama, porque así evitan mejor el frío y la humedad. Renuncio, porque no hace á mi propósito, á describir por menudo el cuadro de sus miserias. Baste decir, que jamás he visto cosa más lastimera é infeliz que el estado de pobreza y privación absoluta en que estas gentes se hallan. Añádase la abyección intelectual y moral en que estaban antes de nuestra Doctrina, pues según frase de ellos, se les ha dejado abandonados sin justicia y sin religión.

Dije la abyección en que estaban antes de nuestra Doctrina, porque lo que me propongo es hacerle ver la diferencia de lo que eran á lo que son, para confirmar con un ejemplo más la eficacia que tiene la doctrina de Jesucristo para renovar y santificar á los hombres, y con cuánta razón el Sumo Pontífice Pío X insiste en la aplicación de este medio.

Empezóse esta Doctrina de un modo en que singularmente resplandece la divina Providencia. Por la Cuaresma de 1906 un señor de Granada, por medio de nuestro H. Peña, pidió al R. P. Rector que fuesen algunos Padres, de esos que son primeras espadas y meten mucho ruido, á predicar y tener doctrina con cánticos á una ermita suya que está en lo alto del monte de las Cuevas, que también son suyas, al menos las del barrio alto. La susodicha ermita está junto á una taber-

na y merendero de dicho señor, que es sitio muy á propósito para que los transeuntes, sobre todo en verano, vayan á refocilarse, á refrescarse y calentarse los cascos, todo á un tiempo.

Pues bien, los primeros días que fuí con el P. Puig y el H. Madariaga, no tuvimos más oyentes que los que acudían á la taberna y unos cuantos chiquillos que, con los cánticos que les enseñamos, hacían un poco de ruido y atraían más gente á la taberna. No sé si este sería el fin del propietario. Habiéndonos hecho un día encontradizos con él, le dijimos resueltamente que nuestra Doctrina tenía visos de reclamo para la taberna. Turbóse el hombre; mas nos dijo que no tuviésemos cuidado, que él daría á todo remedio. Y el remedio fué, que á otro día nos dijo tuviésemos la Doctrina en una gruta de Lourdes, que estaba á unos 50 metros más abajo y también es suya; en la cual, por historias de que ni estoy bien enterado, ni vienen al caso, me afirmaron después que el Sr. Arzobispo, D. José Moreno Mazón, había puesto entredicho y no le había levantado. Total, que era peor el remedio que la enfermedad y además que allí no acudiría nadie.

Determinamos tenerla junto á la gruta sí, pero al aire libre, y eso que hacía un sol que asaba á los pájaros. Pero como no teníamos oyentes, no hubo más remedio que salir á buscarlos; y entonces fué cuando dimos con el riquísimo, pero duro venero de nuestras Cuevas. Al exhortarlos á que viniesen á la santa Doctrina ellos nos preguntaban, que á dónde era, en la gruta de arriba ó en la de abajo. A lo cual sorprendidos nosotros, preguntamos qué grutas eran aquellas. Hay, en efecto, dos grutas, ambas de Nuestra Señora de Lourdes: una de arriba, perteneciente al señor que hemos dicho; y otra de abajo, propiedad de una señora de quien son algunas cuevas. En esta gruta se puede decir misa, como efectivamente la dijo el P. Murillo en un cumplimiento pascual que tuvimos, como diré después.

Tanto los dueños de ambas grutas, como los que habitan en las cuevas respectivamente más cercanas, están, ó mejor dicho estaban, enemistados y formaban dos bandos opuestos, el bando de arriba y el bando de abajo. Así que cuando nosotros les contestábamos, que iríamos á la gruta de arriba, nos decían los del bando de abajo: «Pues ahí nosotros no vamos». Y si al revés, nos decían los del bando de arriba: «Pues ahí nosotros no vamos». Así las cosas y consultado el caso con el R. P. Rector, nos dijo, y lo hicimos, que nos pusiésemos entre ambos bandos. Pero ni por esas, la gente no acudía. Nada tenía de extraño, á la verdad: ¿quién había de reunir á aquellos, cuidado que no

exagero, semisalvajes, nómadas, y por añadidura hambrientos? Mas la caridad todo lo vence.

Campanilla en mano (cascabeladas lo llamaría Avendaño), lanzámonos de cueva en cueva por aquellos andurriales y vericuetos, como pudiera imaginarse en los tiempos apostólicos ó entre infieles. ¡Qué de cosas oyeron nuestros oídos y vieron nuestros ojos! Quién nos negaba la providencia, haciéndonos el doloroso relato de sus infortunios; quién preguntaba si había Dios en el cielo, echando mano á sus harapos y maldiciendo á los ricachones, que no le habían querido socorrer con nada, antes le habían echado los perros, para que se fuese pronto; quién nos enviaba al cuerno, prorrumpiendo en blasfemias, porque con siete hijos no tenía ni un mendrugo, para sí, ni para su mujer, ni para sus hijos, ni esperanza de tenerlo; quién nos sacudía de sí, diciendo que le dejásemos de beaterías, que el infierno y la gloria estaban en este mundo y que la gloria la poseían los ricos que tenían que comer, y el infierno los pobres y los que no tenían, etc., etc.; porque á este estilo sería cosa de nunca acabar. Su ignorancia, suma en todo; sus costumbres, conforme á su ignorancia. Claro es que con cada uno teníamos una disputa, y no bien salíamos de una, entrábamos en otra. ¡Dios mío, qué Doctrina más batallona! Y como sus argumentos les entraban tan por los sentidos, y los exponían tan patéticamente; aunque los nuestros eran más poderosos, era muy dificil hacérselos entender para que entrasen en razón. Después, es doble trabajo no poder contar fijamente con nadie, porque todos andan por esos mundos á buscar ocupación donde la encuentran, ó recorriendo las calles para pedir limosna, y así la doctrina que oyen es muy de tarde en tarde. Y sobre todo la dificultad del hambre es horrible, y la más sorda á cuantas razones se traen para que á uno le hagan caso. Estas son las dificultades particulares de esta Doctrina.

Vez hubo que nos apedrearon, de lo cual ellos se confunden ahora que están más domesticados. Pero nosotros no desistimos; antes repitiendo la misma operación todos los días que íbamos, á fuerza de amor y de compadecernos de sus trabajos, conseguimos, y no fué poco, el que por lo menos no huyeran de nosotros al vernos, como lo hacían antes; pero aún no había modo de reunirlos. Continuamos en nuestro proyecto: cuanto más duros estaban ellos, más crecían nuestros ánimos; porque no nos sufría el corazón dejar á aquellos pobres en su ignorancia del padrenuestro, el credo, los mandamientos, etc.

A fuerza de paciencia, y viendo que lo único que procurábamos era

su bien, logramos al fin imponernos y ganarles las voluntades, y por Pascua florida pudimos tener una fiesta religiosa en la gruta de Lourdes de abajo con misa y comunión, etc. La víspera, sábado, por la tarde, fuimos á disponerlos y á enseñarles lo más preciso para el acto. Quiso Dios que al día siguiente lloviese, y fué singular providencia, porque de otra manera se hubieran ido á trabajar y no hubiéramos podido hacer nada. Sin temor á la lluvia, fuimos dos catequistas y dos Padres: el P. Ministro, Francisco Gómez, y el P. Murillo; éste dijo la misa y dió la comunión. Habría unas 70 comuniones, todas pascuales. Algunos hombretones, y aun viejos, comulgaban por primera vez; otros no pudieron comulgar, porque ellos no sabían que había que estar en ayunas, y otros, los más, porque tenían familia sin estar casados. Este es el caballo de batalla. Si se pudiera contar con algunos recursos pecuniarios, así como se han arreglado dos matrimonios, se pudieran arreglar 30 ó 40 más; pues están dispuestos á ello y nos suplican ardientemente que nosotros se lo arreglemos, porque ellos no pueden por ser muy pobres. Reconocen que hasta ahora han vivido como animales ó moros y quieren en adelante vivir como cristianos.

¿Y cómo viven tan abandonados y no se les pone remedio? Porque no todos haremos lo que, pudiendo debemos y lo que no debiendo, podemos. Todos estos, más los de la Cuesta del Pino, pertenecen á la parroquia de San Cecilio. Como han vivido tan descuidados desde hace tanto tiempo, ahora tienen dificultades casi insolubles para volver á la vida cristiana. Con la luz que han recibido por medio de la Doctrina, han visto el estado de abyección en que se encontraban y claman por salir de él, y como nosotros no les podemos dar remedio, se ven los pobres llenos de aflicción. Por lo demás son ya buenos cristianos, y hay entre ellos algunas personas de virtud verdaderamente heróica, como lo pueban muchos ejemplos particulares.

El curso de 1907 á 1908 no pudimos continuar esta doctrina y cuando volvimos al año siguiente, la encontramos que había vuelto algo atrás; teníamos, sin embargo, la notable ventaja de haberles ya ganado la voluntad. Pero siéndonos imposible, por más esfuerzos que hacíamos, reunirlos en la gruta para la Doctrina, porque eran días ordinarios y tenían que trabajar, nos determinamos á ir todos los días, de cueva en cueva, como lo hemos hecho siempre, instruyéndolos por medio de conversaciones particulares, y hemos visto por experiencia que nuestras visitas han resultado provechosísimas. Pero lo que mejor resultado ha producido ha sido reunirlos á las puertas de sus

mismas cuevas, y sin dejar sus quehaceres, rezar el santo rosario; y separando los niños de las personas mayores, tener con los primeros la doctrina, y con los segundos explicación del Evangelio, la cual oían con suma avidez y mucho fruto. Muchas veces se quedaban llorando por los ejemplos que oían en el Evangelio. Este año hemos terminado con una fiesta religiosa en que ha habido misa al aire libre, dicha por el P. Murillo, y una comunión de unas 30 personas. Menos que otras veces, porque el día estaba muy bueno y se habían ido á trabajar.

Están totalmente ganados y trasformados; hacemos de ellos lo que queremos. Y sienten mucho el que dejemos de ir. Habiendo sabido una vez que dos vecinas habían reñido y andaban con rencillas, díjeles que si no se ponían en paz, no volvería más con ellos; hicieron mil promesas y protestas y que por Dios, que no las abandonara, y que no castigase á todas por dos ó tres; porque, si no había quien les dijese la palabra de Dios ¿cómo se salvarían? Entonces levantando en alto el crucifijo, les dije que, si como buenos cristianos querían vivir en paz, se lo prometiesen al Señor y le besasen. Todas lo hicieron así, y muchas llorando, y diciendo muy tiernas exclamaciones.

Conmovióme el caso de una pobre mujer, lavandera, que volviendo á su gruta empapada en agua por haberle llovido en el camino, y no teniendo otra ropa que mudarse, envolvióse en un manto que la prestaron, y así pasó la noche sobre las piedras, tiritando, hasta que se secasen los vestidos. Y para consolarse decía: «Más padeció el Señor por mí». Conozco muchisímos ejemplos de esta conformidad con la voluntad de Dios y paciencia en los trabajos, que omito por brevedad.

No omitiré el de otra mujer muy buena, que no pudiendo reducir á su hijo para que se confesase, lloraba desconsolada, porque temía que se muriese y se condenase. Acudiendo á mí para que la aconsejase, le di una medallita de la Santísima Virgen y le dije: «Cuando él esté acostado, sin que lo note, se la pone V. á la cabecera, rezando tres avemarías». Al otro día apenas hablé con él unas palabras, quedó reducido, y se confesó y comulgó, encargándome que no dijera nada á su madre, porque quería darle el contento inesperado de que le viera comulgar. Cuando la buena madre lo advirtió, se puso como fuera de sí, dando mil gracias á la Virgen y á los Padres porque habían convertido á su hijo.

Otra nos decía: «Cada vez que VV. vienen á mi cueva, parece que dejan aquí sabor de gloria». Otra nos dijo, que habían sentido mucho, que no se repartiese en nuestra casa comida al mediodía; porque ya ni

encontraba tan fácilmente limosna, ni podía oir las cosas buenas que decían aquellos Padres tan buenos: «¡Bendecía sea su boca»! (1). Un hombre nos pidió un catecismo, porque quería, según nos dijo, aprender sus obligaciones de padre, que hasta entonces había descuidado. Y otros muchos casos así.

Aquí tiene V., mi carísimo hermano, algo de la Doctrina de las Cuevas, ó del Barranco, que por su estado, dificultades y resultados se parece mucho á una reducción de infieles.

A los nuestros que van por primera vez les gusta mucho, por ser doctrina á la apostólica, muy oscura, pero muy fructuosa. Este año vamos á terminar repartiendo algunos premios de ropa, libros, rosarios, etc., etc.

En sus OO. mucho se encomienda su afectísimo en Cristo,

Isidoro Ramírez, S. J.

NOTICIAS EDIFICANTES

DEL P. JOSÉ ANDRÉS BERASÁTEGUI S. J.

MUERTO EN LA PAZ DEL SEÑOR EL 13 DE FEBRERO DE 1911

No dudamos que á todos los de la Asistencia de España, pero principalmente á los de las Provincias de Castilla y Toledo, agradará y santamente consolará el que dediquemos siquiera breves líneas á la memoria de nuestro buen P. José Andrés Berasátegui, Padre muy venerado de cuantos le trataron.

(1) No se deja de repartir limosna en nuestra portería; mas, por razones especiales, ahora, en vez de la comida que aquí se daba á los pobres, se les reparten bonos para que tomen el alimento en una de las cocinas económicas de Granada.

Nació el P. Berasátegui en Cegama (Guipúzcoa) el 16 de Septiembre de 1835; entró en la Compañía el 7 de Julio de 1858; é hizo la incorporación el 15 de Agosto de 1871. Tenía, por tanto, cuando murió 75 años de edad y 53 de Compañía.

Una grave enfermedad le llevó en pocos días al sepulcro; pero hacia ya 4 años que una artritis le tenía en este Colegio de Granada imposibilitado para andar y sujeto á pasar los días en la cama. Sólo se levantaba por las mañanas para ser llevado en brazos agenos á la capilla de la enfermería, allí camulgar y oir la santa misa. Así pasaba, dando á todos maravilloso ejemplo de paciencia, sin salir de su aposento, y en los meses de invierno ni aun de la cama. Algún alivio recibía y alguna distracción y recreo se le proporcionaba con los paseitos que en los meses de verano, acompañado de dos Hermanos, en un cochecito de mano, daba por la huerta del Colegio.

Las virtudes sólidas que, como veremos por algunos hechos de su vida, adornaban su alma y le hacían un verdadero hijo de la Compañía, *el tipo del Jesuíta,* como decía un Padre que por algunos años fué Ministro suyo en el Colegio de Málaga; en esta última época de su vida resplandecieron más y se dieron á conocer, por decirlo así, más sensiblemente á todos los de casa: su mortificación en el sujetar los ímpetus de su carácter fuerte y ardoroso; su paciencia en aquella paz y alegría que mostraba cuando sin esperanza de remedio y curación, veía pasar los meses y años en la prisión de su lecho; su laboriosidad en tener repartidas perfectamente las horas del día, ya en sus ejercicios espirituales, ya en escribir, ya en leer: en este tiempo fué cuando tradujo las meditaciones de Avancini (á que era aficionadísimo), acomodándolas al uso de nuestros alumnos; y puso en orden sus apuntes á fin de publicar algún día una Gramática latina; entonces también desde la cama se empleó varias veces en dar lecciones de gramática á algunos de nuestros novicios y preparar á otros con el triduo para sus votos. Así se pasaron cuatro años, hasta que Dios Nuestro Señor quiso llevar para sí alma tan enriquecida de méritos y hermoseada con tan perfectas y sólidas virtudes.

Las ocupaciones y cargos principales del P. Berasátegui fueron: concluído el noviciado, que hizo en Loyola, en 1861 la Obediencia le destinó al Colegio de Puerto Rico, en donde enseñó gramática durante dos años; después matemáticas y fué suplente de las clases inferiores; tuvo las clases de música y dibujo y el cargo de Subprefecto del Colegio. En 1865 le encontramos en León, repasando la filosofía y teo-

logía, hasta que en 1868 fué enviado, por motivo de salud, al Puerto de Santa María, en donde le cogió la revolución, por mal nombre llamada *La Gloriosa*. En esta época de dispersión, siendo aún escolar, pasó unos meses en Écija. Afortunadamente poco le duró el destierro y separación de sus hermanos, pues pudo en 1869 pasar á Sevilla, y aquí, el 22 de Mayo, tener el consuelo de verse ordenado de sacerdote. Establecido por este tiempo el Colegio de Sevilla, empieza para el Padre Berasátegui la parte principal de su vida religiosa; en este Colegio, al mismo tiempo que hacía la 3.ª probación, pues la época de dispersión de los nuestros, obligaba sin duda á los Superiores á hacer estas excepciones, ejercía el cargo de Ministro. Con este oficio y con el de Prefecto del Colegio y de Estudios continuó hasta el año de 1875; entonces fué nombrado Superior. Sólo dos años gobernó el Colegio; pero con tal opinión de santidad y prudencia, que el P. Juan José de la Torre, Visitador de nuestras casas en Andalucía, llegó á decir que «si los trastornos públicos y las circunstancias actuales parecían poner estorbo á la vida normal del Colegio, sin embargo, como tenía al frente un hombre verdaderamente mortificado, todo marchaba bien». Exonerado del cargo de Superior, por las instancias que había hecho á N. P. General, volvió á su favorita y paciente labor de enseñar á los niños la gramática, en lo que se ocupó hasta el año 1880. Pero no era esto sólo en lo que se empleaba, pues á más de ser Admonitor y Consultor, fué Prefecto de espíritu de los nuestros; algún año Prefecto del Colegio, dirigió la Academia de Religión y Moral y la Congregación Mariana. Desde el año 81, junto con estos cargos, enseñó física, y así continuó, aun después de trasladado el Colegio de Sevilla á la ciudad de Málaga, hasta el año 1891. El 8 de Diciembre de este mismo año fué nombrado Rector de este Colegio, al cual gobernó «usando, como escribe quien le conoció muy bien, de exquisito tacto y delicadeza en los negocios de dentro y fuera de casa, sin respetos humanos y con energía, dando la fría razón á quien la tuviese». En 1898 cesó en este cargo y vino destinado, para ser Prefecto de espíritu, á este Colegio y Casa de Probación de Granada; en donde, como antes se dijo, pasó de esta vida á la eterna, para recibir de Dios el premio de la bienaventuranza.

Para dar á conocer más sus virtudes, y para edificación de cuantos leyeren estas líneas, señalaremos algunos hechos particulares de la vida del P. Berasátegui. La clase de gramática que, como llevamos indicado, tuvo durante varios años, proporcionaba al Padre continuo ejercicio de mortificación. Muy costosa, á la verdad, debió serle por la

afección crónica de la garganta que padecía y por los dolores agudos de cabeza, y todo esto unido á una gran sensibilidad y á un genio en extremo fuerte. Así es que se le veía salir de la clase afónico y con el rostro encendido. ¡Cuántos merecimientos los del Padre durante los tres años que se empleó en enseñar á los pequeños! ¡Y cuánta edificación para los de casa viéndole tan perseverante y fervoroso en obra para él de tanto trabajo y fatiga! Por este mismo tiempo daba otras pruebas de su mucha humildad y acendrada caridad. Una piadosa señora se ocupaba en recoger niñas pobres y vagabundas, á fin de instruirlas en la religión y en el modo de buscarse honradamente lo necesario para vivir. El P. Berasátegui tomó á su cargo ayudar en lo que pudiese á esta buena señora en obra tan provechosa para aquellas desamparadas almas. A este asilo, en efecto, acudía el Padre, y era de ver la solicitud con que se afanaba por el bien espiritual de las recogidas: él las explicaba la doctrina; él las animaba con fervorosas pláticas al ejercicio de las virtudes cristianas; él las hacía dibujos para bordar; y durante una larga enfermedad de la Directora, el Padre todos los días acudía á las asiladas, las decía la santa misa, y antes de volverse al Colegio, las indicaba el desayuno que podían tomar; después de clase marchaba de nuevo al asilo, corregía los bordados de las jóvenes y dejaba ordenado lo que habían de comer; por la tarde, otra vez, concluída la clase, las visitaba y reparaba si tenían necesidad de alguna cosa. Así tranquilizaba á la piadosa Directora enferma, que veía cómo todo marchaba perfectamente, gracias al desvelo maternal del buen P. Berasátegui.

De esta virtud de la caridad que atesoraba el Padre en su corazón, da buen testimonio por las siguientes palabras D. Antonio Gómez, profesor de dibujo en nuestro Colegio de Málaga: «¿De su caridad inagotable, escribe á uno de los nuestros, qué podré decirle que V. no conozca? V. sabe que siempre procuró que no faltase alimento para los pobres; que las limosnas en metálico, las reunía inclinando el ánimo de los colegiales á que emplearan en esta obra de caridad lo que habían de gastar en cosas superfluas. Así logró que en varias ocasiones, durante su rectorado, fuesen crecidas las limosnas de los alumnos; las que hacía fuesen repartidas por ellos mismos. Muchas otras personas recibían también limosnas por iniciativa del mismo Padre, y yo mismo fuí portador de una de ellas á una señora anciana, quien no cesaba, al verse así favorecida, de darme las gracias y colmar de bendiciones al P. Berasátegui. En cuanto á mí, bien sabe V. cuánto tengo que agra-

decer á este Padre; pues tales atenciones me dispensó, que llegué á considerarle como á mi segundo padre. Por él entré en este Colegio, donde me ocupo desde el año 1876, y aquí pido á Dios continuar todo el tiempo que me resta de mi vida». Hasta aquí la carta del Sr. Gómez. Con tales obras de caridad no es extraño que, varias personas en Sevilla, dieran en llamarle el *Angel de la Compañía*.

El mismo profesor de dibujo recuerda un hecho, sencillo en sí, pero que le edificó en gran manera y aumentó la veneración en que tenía al P. Berasátegui. «Me mandó, dice, pintar dos jarrones que destinaba al jardín. Al mover uno de ellos mi ayudante, lo volcó, y como eran de barro cocido y de un metro de altura, al chocar en el suelo se hizo añicos. Mientras yo algo alterado reprendía á mi ayudante por su descuido, siento que se abre la puerta del estudio y oigo decir: «Ave María Purísima». Era el P. Berasátegui, Rector entonces del Colegio. Me quedé inmóvil, pues no sabía cómo declarar lo ocurrido. Con la tranquilidad que le era peculiar, y sin mirar al destrozado jarrón, me dijo el Padre: «¿Qué pasa?—Vea V., respondí, lo que ha sucedido». Y sonriéndose replicó: «¿Sabe V. lo que decía Santa Teresa cuando ocurría algo de esto? *Si tiene remedio, ¿por qué te apuras? Y si no lo tiene, ¿por qué te apuras también?*» Esta respuesta del Padre acabó de confirmarme que trataba con un santo».

A tanta caridad y mansedumbre, sabía el P. Berasátegui juntar la firmeza y energía de carácter en los casos en que era necesario. Dos hechos bastarán como prueba de esto. El primero ocurrió en el Colegio de Sevilla cuando era el Padre, Superior. En el momento en que se celebraba un acto público, llegó al Colegio, para ver á su hijo, un caballero bastante conspicuo. Avisado el P. Rector, respondió que esperase el caballero que, acabado el acto, al punto vería al niño. El caballero impaciente, replicó que quería ver enseguida á su hijo. El P. Berasátegui, que apoyado en sus razones, vió delante Dios que debía proceder así, contestó con toda calma: «Que salga el niño y que se lo lleve su padre». Al poco tiempo dicho señor se acercaba al P. Rector, suplicándole con vivas instancias que volviera á admitir al niño en el Colegio; mas no consiguió mudar la resolución del Padre, y así tuvo que irse con el alumno á su casa.

El otro caso sucedió en Málaga. «Fuí testigo, escribe uno de los nuestros, de un negocio que se ventilaba entre una familia respetable, á quien el P. Berasátegui estimaba mucho, y un pobre infeliz; en el cual negocio el Padre, como árbitro, debía resolver. Y como conociese

que la razón estaba de parte del pobrecito, no dudó de escribir al jefe de aquella familia lo siguiente: «No ha lugar á lo que V. pretende; la razón, delante de Dios Nuestro Señor, está por su contrario de V.» Y la carta me la entregó á mí para que yo la leyese y le dijese mi parecer. A tanto se humillaba el Padre. La venganza de aquel caballero fué entregar al P. Berasátegui, Rector del Colegio, sus tres hijos para que los educase, y allí los mantuvo hasta que tomaron el grado de bachiller».

Estos son algunos rasgos de la vida de nuestro P. Berasátegui.

Lo que todos en él más admirábamos era su prudencia: con ella ilustraba á los que en sus dudas á él acudían, y llevaba el consuelo y tranquilidad á cuantos buscaban en sus consejos remedio para sus tristezas y angustias; con ella se mostraba suave y caritativo como el que más, y también enérgico y severo cuando así convenía. Prudencia que experimentaron muy en particular nuestros hermanos, principalmente cuando en el Colegio de Granada le tuvieron de P. Espiritual.

¡Dichoso Padre, que así supo negociar con los talentos que Nuestro Señor le había dado, y aprovechar con ellos á cuantos á él se acercaban! Por esto esperamos que al encontrarse el Padre en la presencia de Dios, habrá oído aquellas consoladoras palabras: «Alégrate siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, entra en el gozo de tu Señor».

Granada, Junio 27 de 1911.



CÁDIZ

MINISTERIOS APOSTÓLICOS DEL P. NAVARRO

Carta del mismo Padre al P. Cordón.

Cádiz 29 de Junio de 1910.

Muy amado en Cristo P. Cordón: Ya que el Señor no accede, á lo menos por ahora, al acariciado y vehemente deseo de V. de consagrarse á las santas misiones, reciba una dedadita de miel y consuélese un tantico con la lectura de esta reseña; es archisosa como su autor. Al leer esto, quizá se le ocurra: «¡Qué buen humor gasta el P. Navarro!» *¡Heu! nimium ne crede colori.* Como á V. todo le sale á pedir de boca, ya se ha olvidado de aquel refrán: «Al mal tiempo, buena cara». Yo al revés; como voy á referirle cosas no muy halagüeñas, entrevero algún recuerdillo alegre para no caer en desesperante melancolía; pero basta de exordio, y sepa que el veterano P. Picazo y yo comenzamos el 5 de Enero las tareas de 1910 por la

MISIÓN EN MANZANARES DE LA MANCHA

Y desgraciadamente las comenzamos con mal pie, esto es, con absoluta desolación espiritual.

Es Manzanares un pueblo, según nos dijeron allí mismo, de profun-

da indiferencia religiosa, teórica y practicamente; conserva algunos actos de culto externo, de esos aparatosos y llamativos, costeados por unas cuantas docenas de personas piadosas, y..... pare V. de contar; inveteradas enemistades, llevadas á un extremo de palabra y de obra verdaderamente indigno; ciertos escándalos en materia de honestidad, y la coalición republicano-liberal, con su activa propaganda antirreligiosa, han hecho que la ya antigua frialdad de los manzanareños se convierta en descreimiento, y casi en odio á la Iglesia.

Para que se forme V. idea de cómo está el espíritu cristiano de este pueblo, bástele para muestra este botón. Habiendo sido Manzanares muy frecuentada por nuestro celoso é incansable P. Tarín, sin embargo, en la fiesta de los Santos Reyes, día segundo de la misión, oyeron misa (en las once que se celebraron) 700 fieles solamente; y note que se trata de una población de 18.000 almas. ¿Qué le parece? ¡que horror! Ya no le extrañará el que ninguna autoridad y contadas personas de viso acudieran á la iglesia; que todo hayan sido dificultades, olvidos, excusas tardías, etc.; ¡cuánta bilis fué preciso tragar!

Por de pronto no hubo recibimiento de ninguna clase; porque el Sr. Arcipreste creyó que resultaría deslucido, y entramos como sacerdotes particulares. Al primer ejercicio de la noche vinieron unas 750 personas, ¡claro, nadie estaba advertido de la misión!; después nos encontramos con que los maestros no habían sido avisados, y que algunos se mostraban hostiles; total que á la doctrina asistieron 190 niños y 470 niñas, y al santo rosario y misa de alba 300 personas mayores.

Le aseguro, Padre, que trabajamos con brío, tocando todos los registros imaginables; se habló con claridad, se alabó, se vitupero; nada: el termómetro fisíco marcaba —2; el termómetro moral —200. Todo nuestro deseo se estrelló ante los obstáculos, envidiuelas y mezquindades de unos y de otros.

No nos atrevimos á tener la ceremonia del perdón, por causa de alguna parte del clero; hubiera sido un escándalo más, y una hipocresía detestable. Como nadie avisó, á pesar de nuestras instancias, para la confesión de impedidos, tampoco se tuvo esta hermosa y pública comunión: aquí la gente suele morir sin más sacramentos que la extremaunción, dada cuando el enfermo ha perdido en absoluto el conocimiento, y por maravilla se da el Santo Viático; en este punto es increíble hasta dónde llega el cinismo. En la misión rechazaron de una casa al sacerdote que llevaba los Santos Óleos *porque el enfermo había recobrado un poco el sentido;* y eso que la misma familia había avisado

el día anterior al notario para el testamento. 16 personas murieron durante nuestra estancia aquí; ninguna recibió el Santo Viático.

También hubo que lamentar el entierro civil de un niño. Se había logrado evitar el de un adulto; pero éste no se pudo, porque se mezclaron intereses parroquiales y alguna imprudencia del clero. Con todo, Dios Nuestro Señor quiso sacar del asunto algún bien: porque el día del entierro civil del niño fueron á la misión como 300 republicanos, dispuestos á abuchearnos é interrumpirnos públicamente en el momento en que aludiéramos al entierro; pero nosotros, conociendo la intención, hicimos caso omiso de él, y predicamos lo que tocaba, llevándose encima los republicanos una plática fuerte sobre la confesión y un sermón más fuerte aún sobre el Juicio Final. Al salir del templo repetían rabiosos: «¡Qué talento el de esos perros Jesuítas! ¡nos la han pegado! La gente no hacía más que mirarnos y sonreirse; ¿lo habrán dejado para mañana tal vez?» En efecto, al día siguiente vinieron uno 500 republicanos con el mismo pérfido designio: nosotros, como unos inocentes, expusimos en la plática «por qué no se confiesan los hombre»; y en el sermón, «el infierno». Al verse burlados, bramaban de coraje y recibieron la consigna de no volver á la iglesia, *por temor de que los cazasen los Jesuítas*. Cayeron, sin embargo, dos buenas piezas, á saber: un fracmasón y un alborotador anarquista, el cual en presencia de sus amigos rompió *El País* y dijo que desde allí se iba á confesar, como lo hizo, dejando á sus compañeros espantados y furiosos. Por lo dicho comprenderá que el fruto de la misión le tuvo el Señor que *sacar como á pulso*.

A la comunión infantil acudieron 230 niños, solitos, sin maestro alguno, excepto los HH. Maristas y un auxiliar de escuela privada; á la procesión 340 niños y 500 niñas, aquéllos solitos también, éstas con sus maestras; el acto salió brillante, pero en nada influyó para el bien de la misión. Los buenos y sufridos HH. Maristas nos ayudaron con todo su poder: ¡Dios se lo premie!

Se tuvieron las exhortaciones acostumbradas á las Hijas de María, Apostolado, Conferencias de San Vicente y Madres Cristianas; el concurso osciló entre 250 y 300 personas, y las comuniones poco más ó menos.

A la comunión general de adultos, vinieron 1.400 fieles. A la última misa de aurora, concurrieron 640 fieles y comulgaron en ella por sus difuntos 406. Total de comuniones, 2.800: ¡valiente puñado!

Se arreglaron 5 casamientos y se echaron á pique 15 *Países*.

No hubo despedida solemne, como era natural. Visitamos privadamente al Señor, y derecho nos fuimos á la estación para empezar la

MISIÓN DE EL TOMELLOSO

Mas antes distraigamos un poco la vista de este cuadro tan desconsolador; le voy á contar un caso sucedido aquí de tenacidad infantil, estupendo y rayano en lo increible.

Llaman por estas tierras niños kilométricos (sin duda por la economía con que viajan) á esos rapaces granujillas que van en los trenes montados en los topes de los vagones. Casi siempre acaban mal; porque como tienen que bajarse y subirse á hurtadillas en la proximidad de todas las estaciones, por maravilla escapan ilesos. Pues uno de estos niños kilométricos hizo un viaje, en la forma indicada, desde Ciudad Real á Manzanares; pero en esta estación le pilló el tren y le machucó horriblemente el brazo izquierdo. Le hicieron la primera cura, le amputaron el brazo, y le dijeron que, hasta su restablecimiento le iban á llevar al Asilo de las Siervas de María. El chicuelo, que es hijo de un furibundo anarquista, se resistió ferozmente, diciendo que no quería nada con monjas; pero los de la Casa de Socorro se lo entregaron sin más á las Siervas. Entonces el pillete resolvió (y aquí está el intríngulis) hacerse sordo-mudo: se explicaba por señas; cometía mil barrabasadas con las Siervas y con los pobres, pero sin hablar palabra. De tal manera guardó su propósito que en 7 días, pásmese V., en 7 días, ni las Hermanas, ni los enfermos notaron la superchería. Todos le creyeron sordo-mudo. Viendo la Superiora que no se podía hacer carrera con él, avisó al alcalde, quien decidió volver al chico á Ciudad Real con la pareja de la Guardia Civil. Se presentó ésta en el Asilo, y al ver un guardia al pillete, le dice: «¿Tú por acá, mala bestia?» Y le objeta la Superiora: «No le hable V., que es sordo mudo». Replica el guardia: «¿Sordo mudo?» Entonces mandó al chico que se levantase; y como éste permaneciera quieto, le arreó el guardia un buen sopapo. El chico soltó un taco y un ¡ay! que se oyó en Machichaco, y el guardia, mirando á la Superiora, dijo con sorna: «¿Qué le parece del sordo-mudo?» La Madre se comenzó á santiguar, repitiendo: «El diablo es el muchacho. ¡Mire V., guardia, que habernos engañado á los pobres y á nosotras 7 días!» La cuestión terminó marchando la pareja y el muchacho á la

estación, libre ya éste de la sordo-mudez. ¡Cuidado si es tenacidad en un pillete! ¿qué será cuando mayor?

Salimos tristes y desalentados del Escila de Manzanares el 14 de Enero, y el mismo día por la tarde caímos desgraciadamente en el *Caribdis* del Tomelloso: villas tan hermanas en el *espíritu de vino*, como en el espíritu *anti-divino*. ¡Qué indiferencia religiosa tan descorazonadora!: no atinamos con el medio de atraer semejantes hombres y mujeres á la Iglesia de Dios. Con razón se oponía el bueno y experimentado P. Tarín á estas misiones; mas algunos sacerdotes de autoridad juzgaban lo contrario, sin pensar que el mal ha echado impunemente más profundas raíces de lo que ellas se imaginaban. ¿Qué hacer? ¡Adelante con nuestra cruz!

Es el Tomelloso, población excesivamente laboriosa; para sus habitantes, no hay más obligación que sus viñas: ni misa, ni confesión, ni entrada en el templo; cuando nacen y se casan, bien; después no hay para qué. Decía en una taberna el tío Carranela, oyendo repicar á misión: «Toca, toca, que ya fuí *pa bautizame y casame*, y..... sobra». Así piensan la mayor parte. No era antes el Tomelloso descreído; pero aumentó tan repentina y descompasadamente, merced á las viñas, y en solos 20 años, que desde 9.000 se elevó á 22.000 almas. Entonces cambió, y la piedad cedió el sitio á la ganancia material. El ansia de trabajo es tan inmoderada, que la mayor parte de los labradores se van al campo por semanas y quincenas; vienen el sábado, se mudan, y el domingo al mediodía, de nuevo al campo, sin preocuparse ni de misa, ni de nada. Las mujeres se parecen mucho á sus maridos; se plantan sus calzones bombachos, y..... allá se van, ó á trabajar en las viñas, ó á carretear cubas de vino por esos pueblos de la Mancha. La inmoralidad es espantosa; los amancebamientos, sin número, pasando éstos como la cosa más natural del mundo.

Por lo que hace á los señoritos, primero hicieron correr la voz de que los misioneros, como eramos Jesuítas, veníamos únicamente á tratar de llevarnos las acciones del ferrocarril en proyecto; en segundo lugar, dijeron que ellos eran melquiadistas-moretistas y que la consigna era no asistir á la misión: así lo cumplieron, á gusto del demonio y de sus representantes en Cortes.

El clero es trabajador y bueno, mas apenas preparó la misión. Creía el Sr. Cura que con presentarnos (aunque de incógnito y todo) se iba á despoblar el Tomelloso para ir al templo; se figuraba que sería forzoso predicar en tres iglesias á la vez y aun en la pla-

ża; cuando vió la realidad, era tarde: ¡qué cara ha pagado su sencillez!

Rodeados de estas circunstancias, entramos en el Tomelloso, no procesionalmente, por miedo á un desaire, sino en privado; y esto ya es un mal. Comenzamos nuestras faenas con buen ánimo. El rosario y misa de alba se vieron poco concurridos. En vano quisimos salir á la calle, arrostrando por todo; los señores curas se opusieron, porque ya dos veces se había tenido que suspender anteriormente este acto religioso, á causa de los desmanes de la gente moza.

Las autoridades son melquiadistas y ningún apoyo quisieron prestarnos; fué preciso renunciar á tan poderoso incentivo de misión, y encerrarnos en la iglesia. Al ejercicio nocturno asistían algunos fieles más que al de la mañana; pero á la tercera noche nos encontramos con «la soledad inmensa del vacío». ¿Causa? pues que en esta población se celebra con fogatas, cohetes, bailes, etc., la fiesta de San Antonio Abad. Como nadie nos había advertido tal contratiempo, no pudimos precaverlo y lo poquito conseguido hasta entonces, vino á tierra. Vuelta á empezar: ¡qué tormento, Dios mío!

Vamos á los niños: aunque tuvimos que luchar contra el sarampión y la viruela (accidentes que sólo conocimos el segundo día de misión) con todo, los niños no se portaron mal; vinieron á su doctrina 500 y á su lucidísima procesión, 800.

Pero aquí terminaron nuestras glorias; pues aunque el público aumentó bastante, y el sermón sobre «la fruta que más se usa en el Tomelloso» hizo profunda impresión, no se rompió el hielo. Tuviéronse las exhortaciones particulares á las Hijas de María, Apostolado, etc., con buen concurso.

¿Fruto? á la comunión infantil acudieron 200; á la de Hijas de María, 110; á la del Apostolado, 190; á la ofrecida por los difuntos, 300; á la de adultos, 1.700; total de comuniones, 2.400. Se hicieron 4 casamientos; la despedida vulgar, como la misión: ¡Dios se apiade de los misioneros!

NOVENA-MISIÓN EN PARADAS

Desde el Tomelloso me dirigí sólo á Paradas, á predicar una novena-misión en honor de la Santísima Virgen, y comencé aquella misma noche.

Esto ya fué otra cosa; y aunque nada de particular me ocurrió digno de contarse, mas la asistencia, atención y espíritu del auditorio, fueron muy consoladores, sobresaliendo la comunión general del novenario con 2.000 comuniones (es población de 6.000 almas) y la procesión claustral con el Santísimo, que resultó brillante sobre toda ponderación.

Terminé en Paradas la antevíspera de Carnestolendas, y vine á Sevilla, á predicar el triduo de desagravios en nuestra iglesia, al cual acudió mucha gente. El trisagio cantado solemnemente á las tres de la tarde, causó efecto asombroso de devoción, y atrajo gran concurrencia.

El martes de Carnaval marché desde el púlpitó al tren, pues al día siguiente, miércoles de Ceniza, debía comenzar con mi *fidus Achates*, el P. Picazo, la

MISIÓN DE HINOJOSA DEL DUQUE

Mala noche, y toledana del todo, pasé en el ferrocarril; pero ¿qué importa? El solemnísimo recibimiento por las autoridades y el pueblo compensó largamente la mala noche. ¡Vaya un fervor y un entusiasmo! ¡bien se portó Hinojosa!

La asistencia á todos los actos, la atención y docilidad de la gente, admirables. Aunque el trancazo se había enseñoreado de la población, se llenaron de bote en bote desde el segundo día la capacísima iglesia, el coro, la sacristía, el cementerio antiguo y media plaza. Como á mí también me cogió el trancazo y me puse ronquillo, les pedí que no tosieran (cosa difícil en tiempo de influenza) y me obedecieron: se metían los pobrecitos en la boca los pañuelos, para no interrumpirme y para que se me oyera bien. El único escandaloso era yo, pues á veces me acometía la tos y..... parada sin fonda; pero ellos, nada.

Las procesiones de niños y de comunión para los impedidos, salieron edificantísimas: á la primera vinieron 1.930, con sus maestros, en ordenadas y juiciosas filas; se presentaron para la segunda 40 hombres con faroles, 130 sin ellos, y más de 400 mujeres: ¡era de ver tal gentío acompañando al Señor, y cantando el rosario alternando con el *Miserere*, y ésto á las seis y media de la mañana! Fué acto agradable á Dios y á los hombres.

Durante cinco días tuvimos más de doce horas diarias de confesonario, ayudándonos con ejemplar asiduidad 8 sacerdotes. Las confe-

siones han sido de gran consuelo y seguidas de ruidosas conversiones.

Las Hijas de María se portaron tan bien, que borraron de la Congregación á 17 jóvenes que en el Carnaval asistieron á los bailes, aunque bailaron sin careta y sin disfraz.

El fruto fué el siguiente: á la comunión infantil asistieron 840; á la de Hijas de María, 930; á las dos de adultos, 4.900: sólo en mi última misa de aurora, que fué por los difuntos de la población, comulgaron 2.700 fieles bien contados; de entre ellos 1.230 hombres. Por cansancio físico y por guardar algún orden, nos vimos obligados á interrumpir la comunión con la santa misa. Total de comuniones, 6.900: ¡bien por Hinojosa!

Como enemigos tuvimos el trancazo y el juez de instrucción. Este nos quiso estorbar algún acto, pero no se atrevió.

La despedida entusiasta; asistió todo el pueblo, y casi nos dislocaron las manos por besárnoslas; á mí me rompieron la sotana; en largo trecho no pisé el suelo, pues iba en volandas. Para subir al coche fué necesario que las autoridades y los mozos formasen círculo y así (aunque perdiendo yo el sombrero y el manteo, que después recobré de manos del padre de nuestro buen H. Nevado) pudimos montar: fué el disloque.

Quiso Dios premiar tanta fe; porque habiéndole pedido en la santa misión el agua para los agostados campos, á poco de mi llegada á Sevilla, recibí la siguiente carta de nuestro fiel amigo, el fervoroso sacerdote D. Francisco Romero: «Aunque al despedirse V. de Hinojosa estuvo á punto de ser *devorado vivo* por el cariño apasionado de mis paisanos, la alegría del fruto habrá compensado los sinsabores y trabajo material de la misión. Aquí estamos también muy alegres, y por eso le escribo á escape. Recordará V. R. que pedíamos instantemente al Señor el agua para nuestros campos: pues bien, en la misma tarde de su partida llovió copiosamente durante ocho horas, simbolizando tanta lluvia material la más copiosa aún de gracia, caída sobre las almas durante la misión; la cual ha dejado gratísima é imperecedera memoria. La lluvia sirvió también para acallar las murmuraciones de los de la cáscara amarga, que nos fastidiaban repitiendo: «Pidan agua y mucha, Padres; ya verán como no llueve». Mas como llovió tanto, y en tales circunstancias, la gente se echó á la calle cantando las coplas de la misión con este estribillo: «Pidan agua y mucha, Padres; ya verán como sí llueve». Y dieron una especie de serenata á los incrédulos, pasando ante la casa del juez de instrucción y por delante de cierto ca-

sino. El Señor premie á V. R. sus trabajos y nos conceda á todos la santa perseverancia en el bien».

Hasta aquí el fervoroso sacerdote.

No quiero terminar esta narración de Hinojosa sin referir una graciosísima anécdota, que allí me pasó.

Me encontraba un día en el Convento de Franciscanas Concepcionistas, tratando con el Sr. Cura y la M. Abadesa sobre la reorganización del Apostolado establecido en el mismo convento; y preguntando á qué señora pondríamos para uno de los cargos más principales, salta la Abadesa *incontinenti* y dice: «Para ese cargo, nadie mejor que..... *la suegra del diablo*». Di un brinco en la silla, y la Madre (que por estar detrás de la cortina no me vió) continuaba tan fresca: «Pocas señoras hay tan piadosas en el pueblo. ¿Verdad Sr. Cura?». Nos echamos ambos á reir, y aclarado el punto, supe entonces con estupefacción que aquella misma mañana me había ayudado la santa misa..... *el diablo;* y que el día anterior me había enseñado la ermita de Nuestro Padre Jesús, nada menos que *la hija del «diablo»*. Total, que es una familia tan piadosa como *endiablada:* y todo provino de que uno de sus abuelos, en tono de admiración, repetía á cada triquitraque «¡diablo!»; y «diablo» se quedó él y dejó á todos los suyos hechos unos «diablos». ¡Oh fuerza del mote!

MISIONES EN SEVILLA, MONTELLANO Y CIEZA

Terminada la fructosísima misión de Hinojosa, volví á Sevilla algo indispuesto, pues me habían cogido por su cuenta: primero, el trancazo, *con involuntario don de lágrimas*, y fuertes golpes de tos *en do de pecho:* y segundo, una importantísima y feroz ronquera. Mas aunque el *subjecto* estaba algo *corrompido, tamen* continué con el P. Hidalgo las tareas de misión.

Se trataba de una misión general en la ciudad de Sevilla, pero desde el principio nos temimos un fracaso; porque ni se preparó suficientemente, ni hubo unidad de acción, dejándose omnímoda libertad á los distintos grupos de misioneros, para hacer lo que les pareciese. Debía predicarse en 8 parroquias á la vez; 6 de ellas se confiaron á los Religiosos Capuchinos, Franciscanos, Dominicos, Carmelitas Descalzos y

Calzados y PP. del Corazón de María. A nosotros nos dieron 2 parroquias: el P. Tarín, como tan humilde, escogió para sí y para su compañero, P. Enrique Jiménez, el templo de Santa Marina, en un barrio extremo; al P. Hidalgo y á mí nos cedió el hermosísimo y céntrico de la Magdalena. La misión se abrió en la Catedral con el *Veni Creator,* plática del Sr. Arzobispo y salve á la Virgen de los Reyes. Asistimos todos los misioneros, pero la apertura resultó mezquina por el escaso concurso de fieles, y la poca solemnidad de que se revistió.

Como antes le indiqué, cada bina de misioneros tuvo los actos que creyó convenientes. Nosotros en la Magdalena tuvimos cuatro: rosario y misa de aurora, á las seis y media; plática para señoras, á las diez; doctrina para los niños, á las tres de la tarde; y ejercicio principal, á las ocho y media de la noche.

En cuanto al fruto, Sevilla nos dió el chasco que todos creíamos: hubo, sí, algún movimiento, pero no el de una misión general ni mucho menos. Bástele saber que, habiendo sido nuestra misión de la Magdalena (según voz pública y el testimonio de los periódicos católicos) la más fructuosa, el auditorio no pasó de unas 2.000 personas; de ellas unos 400 hombres; muchas confesiones fueron admirables, es verdad, pero sólo comulgaron 160 niños y 1.200 adultos: ¿qué representa esto en un Sevilla y en una misión general? Y si eso acaeció en la mejor parroquia ¿qué había sido en las demás? Nuestros PP. Tarín y Jiménez y los PP. Capuchinos lograron una lucidísima comunión y procesión de niños; pero adultos comulgaron poquísimos, relativamente: *et sic de caeteris.*

Total general de comuniones, *cerca de 7.000:* ¡qué vergüenza! El Sr. Arzobispo fué cada noche á una parroquia distinta, para autorizar la misión y mover á los fieles; pero ¡nada! ¡ya era tarde!

El acto de clausura se celebró también en la Basílica, con *Te Deum* y bendición papal por el Sr. Arzobispo, ante numeroso auditorio; pero así y todo hubo que lamentar unos extemporáneos vivas á la república, que interrumpieron el sermón al P. Provincial de Capuchinos.

Resumen: que la piedad sevillana de ahora dista de la antigua mucho más de lo que se cree; que estas misiones generales como no se preparen muy bien, y se aten todos los cabos, resultan contraproducentes. ¡Paciencia! ¡sigamos adelante en nuestro calvario!

Concluímos la misión de Sevilla el domingo 27, y el martes 29 empezamos el P. Jiménez y yo la misión de Montellano.

No éramos nosotros los llamados á dar esta misión, pero los dos

Padres que á ella se habían comprometido, y eran conocidos ó del pueblo ó de los sacerdotes, abandonaron de repente su empeño. La población lo tomó á desaire y así lo manifestó delante de nosotros, contribuyendo tan desagradable disposición de ánimos al mal principio de la misión. Gracias á Dios, no se perdió el tiempo, y aunque el buen P. Jiménez estaba con trancazo y sin experiencia de estas luchas, y yo con mi antigua ronquera, á fuerza de humildad y constancia, se logró que desapareciese el mal humor de la gente, y que se llenase la espaciosa iglesia, asistiendo al rosario de aurora unas 400 personas, y al ejercicio de la noche más de 1.000.

Hubo que pelear contra la indiferencia religiosa práctica y contra la ignorancia más horrible. ¡Cómo se lució en sus pláticas por su claridad y concisión el buen P. Jiménez! ¡ya necesitaba de tan sólida y manifiesta doctrina el pueblo de Montellano! ¡cuántos niños y jóvenes de 10, 15 y 20 y aun más años no se habían confesado nunca, ni jamás oído misa, ni sabían siquiera persignarse! Otro vicio capital era la deshonestidad pública: ¡cuántos se apartaron de su mala vida! ¡sea Dios bendito por todo!

El fruto fué éste: 60 comuniones de niños; 194 de Hijas de María; 970 de adultos; y 350 por los difuntos; total, 1.600. Se reorganizó la Congregación de Hijas de María,con nueva y fervorosa junta,y un buen aumento de socias; se bautizó un niño de 14 meses; se deshicieron 11 concubinatos; al fin de la misión sacerdotes y pueblo nos daban mil muestras de cariño, el cual se manifestó en la despedida, que fué mucho más concurrida y afectuosa de lo que se podía esperar, puesto el estado de la población y la hora de nuestra partida, cinco y media de la mañana.

En las difíciles misiones de Sevilla y Montellano hizo sus primeras maniobras de misionero el P. Jiménez y quedó avezado al combate.

El 8 de Marzo llegamos á Sevilla, y el 9 partí yo para Cieza, en donde debía comenzar el 10 una santa misión con el P. Anselmo López. Llegué algo estropeado á causa de las casi treinta horas continuas de tren, que llovían sobre el ayuno cuaresmal; además mi pobre garganta, con las 7 misiones seguidas, que llevaba en dos meses escasos, parece que se había propuesto pertenecer á la *familia* del alcalde *Ronquillo*, según lo *ronca* que se iba poniendo; pero «¿quién dijo miedo?», exclamó el P. Tarín, al oirme el 9 en Sevilla? «Adelante, pues, adelante», le repliqué, y comencé el 10 la misión de Cieza.

Sólo hacía dos años que el mismo P. Tarín la había dado en el

mes de ánimas, pero fueron tales las súplicas del párroco y de otros señores al R. P. Provincial, que éste accedió á sus deseos.

La población no se portó al principio tan fervorosamente como parece lo pedían las instancias hechas, pues el recibimiento fué bien pobre; la gente estaba algo intranquila. Y ¿por qué? porque en la misión de Almansa (pueblo no lejano de Cieza) dada por el insigne Decano de nuestros misioneros, el P. Cadenas, los republicanos y demás ralea maleante pretendieron alborotar el cotarro é impedir la misión, y en parte se salieron con la suya; pero después, el P. Cadenas restableció el derecho de la razón, y logró llevar hasta el fin sus comenzados trabajos. Pues bien los 150 periódicos liberales que entre otros malos papeles se reciben en Cieza, jalearon mucho los alborotos de Almansa, y dijeron: 1.º que á la villa no le convenía una misión, sino agua y trabajo; 2.º que en el mismo tren nuestro habían venido varios anarquistas para arrojar una bomba en la iglesia; 3.º que los Jesuítas eramos..... lo peor de la tierra.

A pesar de todas estas alharacas los actos se veían muy concurridos y el auditorio siempre en aumento. El día cuarto de la misión asistieron al rosario de aurora 600 fieles; y á la solemne comunión infantil, 548 niños; y con la ceremonia de la llave y de los Huérfanos hice llorar de firme á la gente. Pero ya á la procesión de la tarde sólo vinieron 960 niños: ¿cual fué la causa? Pues que se comenzó á susurrar que este era el día destinado para echar la bomba en la iglesia. La procesión, sin embargo, terminó con orden, entusiasmando á todo el mundo la consagración de los niños á la Virgen de los Dolores.

En el ejercicio de la noche el lleno era rebosante, más de 3.000 personas; de repente, y en el segundo diez del rosario, un hombre dijo alto en la puerta esta inocente palabra: «Ya está aquí». El pánico fué horrible y las mujeres armaron un alboroto colosal; los Padres queríamos pasar por todo menos porque se interrumpiese el acto; me subí, pues, al púlpito, y á fuerza de cánticos se calmó el tumulto, y continuó el rosario. Empecé el sermón, y hacia la mitad, otro hombre sale de la iglesia, y da un portazo verdaderamente bestial. ¡Ea, alboroto número dos! Mandé tocar el órgano para apagar los gritos, y después de un cántico, distraje al auditorio suavemente con un juego de palabras, diciendo que sólo se echaban *bombas, bombines* y *bombones,* sobre las *bobas, bobines* y *bobones;* y al fin clamé con energía: «Mientras no veáis muertos á los Padres, estaos quietos, haciendo compañía á la Virgen: ¿lo haréis?—Sí, Padre, contestaron.—Pues entonces, repliqué,

continuarémos el sermón». Así se hizo; túvose el ejercicio por entero, y concluímos bien.

Pero al día siguiente la iglesia presentaba muchos claros; era natural. Es cierto que al alboroto se le dió más importancia de lo que merecía, y á ello contribuyó no poco el que rezaba el rosario; porque al oir los primeros gritos, más bien se tiró, que bajó por la escalerilla del púlpito, y todo asustado y de un solo empuje se fué á la estación y de allí á Murcia, y contó en el periódico *La Verdad* horrores estupendos, los cuales el periódico divulgó inocentemente al otro día. Pero no es menos cierto que hubo gran alboroto, y que los daños principales fueron estos: una niña tan gravemente herida en la cabeza, que el médico la dió once puntos ¡pobrecita!; un niño bárbaramente pisoteado en el vientre; dos dislocaciones de pies y brazos; el comulgatorio (que era de piedra) derribado; la pérdida de mantones, calzado, etc., grandísima.

Todo el conjunto hablaba muy alto contra la misión. Añada V. que se trata de un pueblo minado por canalejistas, republicanos y socialistas, y comprenderá la disminución del auditorio. No hay que apenarse por tales contrariedades en las misiones: son por parte del demonio, relámpagos de su ira; y de parte de Dios, el granito de solimán que pone en nuestro camino para que el bien á Él sólo se atribuya. Por de pronto aquí los hombres se agruparon á nuestro alrededor, y en medio de los alborotos prorrumpieron en atronadores vivas á los Padres y á la Compañía, y decían por calles y plazas: «Vamos á la iglesia á defender á la Virgen, ó á morir con los misioneros».

Nuestra Madre de los Dolores, en cuya novena estábamos, quiso consolarnos, y lo hizo en forma digna de Ella; porque nos concedió ver durante los tres últimos días un lleno absoluto en la iglesia: las Hijas de María, depuesto ya el temor, acudieron en gran número á su plática, y sólo en su misa de las ocho y media comulgaron 420; las confesiones de adultos fueron en número y calidad provechosísimas, como que el primer día de comunión general de adultos se acercaron 2.700 fieles á la Sagrada Mesa, de ellos 580 hombres, todos con velas encendidas. ¡Qué espectáculo más hermoso! ¡cómo resarce Dios las pérdidas! De tal modo se enderezó la misión, que varios sacerdotes y personas de viso nos aseguraron formalmente haber visto confesar á personas que hacía sus 20, 30 y 40 años que no lo habían hecho, y añadieron que de niños y jóvenes de 10 á 20 años de edad, comulgaron por primera vez cerca de 200: ¡loado sea Dios!

Entre las comuniones particulares de niños é Hijas de María, y las

dos generales de adultos se repartieron durante la misión 7.400 formas, según testimonio del presbítero, sacristán mayor de Cieza, que las preparó para consagrar, y las anotó fielmente.

La despedida fué cariñosa, y eso que por lo intempestivo de la hora, pretendimos salir á hurtadillas. La niña que tanto sufrió en los alborotos, se mejoró con el agua de San Ignacio; ya está del todo sana, lo mismo que los restantes heridos: ¡alabando á Dios por su misericordia!

Salimos de Cieza y llegamos á nuestro antiguo Noviciado de San Jerónimo, á donde pertenecía mi compañero el P. López, y á donde el P. Rector me había invitado á pasar el día de San José; ¡qué alegría al contemplar sus esbeltas torres, al recorrer aquellos inolvidables tránsitos, la sala de los novicios, etc.! El R. P. Rector, el solícito Ministro, P. Grund, y el Teologado, todos con exquisita caridad y desviviéndose por completo, agasajaron á estos pobres misioneros, como si fuéramos grandes personajes. ¡Qué bien experimenté la verdad de las palabras de nuestro patrono San Javier: «*Societas Jesu, Societas amoris!*». Yo le aseguro, carísimo P. Cordón, que estos ratos de fraternal expansión y de familia compensan de sobra los trabajitos de la vida apostólica. ¡El Señor pague centuplicado con bendiciones *de rore coeli et de pinguedine terrae,* el bien que me hicieron con sus deferencias y grata compañía los Padres y Hermanos de nuestro Teologado!

Después de 36 horas de estancia en San Jerónimo, y acompañado hasta la estación por mis buenos y atentísimos PP. Grund y Carlos Martínez, emprendí mi viaje á Sevilla para predicar los sermones de *Institutione* y de las Siete Palabras, en la Semana Santa, como lo hice; viniendo después á mi Residencia de Cádiz, para dar algún reposo á mi pobre garganta durante las fiestas de Pascua.

MISIONES EN GUADALCANAL Y CONSTANTINA

Apenas concluída la semana de *Aleluya,* es decir el jueves *in Albis,* volví á las faenas apostólicas con mi maestro de misiones el P. Tarín, comenzando por Guadalcanal.

Dispuso expresamente esta misión el Sr. Arzobispo de Sevilla, aunque, como vimos después, fué sorprendida su buena fe, ya por el

celo indiscreto de algunas mujeres ultra-piadosas, ya por la falta de confianza del Sr. Cura. Fué el caso que varias de esas *brujinas beatíficas*, que quisieran tener 20 misiones por día, escribieron reiteradamente al Sr. Arzobispo diciéndole que Guadalcanal necesitaba en absoluto de una misión. El Sr. Arzobispo se lo comunicó al Sr. Cura, y éste, todo asustado, contestó (en carta que yo vi) que él la recibiría con gusto y que el pueblo correspondería de lleno: en vista de esta carta el Sr. Arzobispo nos confió la misión.

El recibimiento fué muy bueno; mas nos llamó la atención que no viniera á él el Sr. Cura, y que hubiera mandado quitar las esteras del templo, con lo cual la iglesia quedaba humedísima. Fuimos á la casa rectoral, y nos enteramos que el Sr. Cura no quería la misión, y con justicia; porque seis meses antes la habían dado los PP. del Corazón de María. «Y ¿por qué, le dije, no se lo manifestó al Sr. Arzobispo?—Por temor, me respondió, de que el Prelado lo llevara á mal». ¡Ea, fíese V. aun de carta escrita al Prelado!

Hétenos aquí, por un lado, con un tiempo horrible, como que el frío era semi-siberiano, y los trancazos, pulmonías, etc., habían tomado cédula de vecindad en la población; y por otra parte, engañados en nuestro ministerio, y sin saber qué partido tomar. El P. Tarín bajó la cabeza y masculló un «ya! ¡ya!» tan significativo, que si coje á las *brujinas* causantes de todo, creo que las hace polvo con su mirada. Después dijo el Padre en alta voz: «A trabajar lo que se pueda».

Por de pronto mandó poner esteras en la iglesia, y pocas horas después la emprendimos con la gente menuda. El P. Tarín sentó sus reales en la iglesia de Santa María con las niñas, y yo me fuí con los niños á la de San Sebastián. La cosa marchó bien y el concurso se aumentó en todos los actos.

El P. Tarín dirigió admirablemente la comunión y procesión infantiles y las ceremonias de la Llave y de los Huérfanos. A la comunión sólo acudieron 180 niños por miedo al trancazo, y á la procesión vespertina 500. Tuvimos alternadamente las exhortaciones especiales á las Hijas de María, Apostolado, Conferencias, y Madres Cristianas, con buen espíritu y concurrencias. Por la noche el P. Tarín tomó las pláticas y me dejó los sermones.

Se trabajó de firme; los mozos tanto labradores como artesanos respondieron bien; los hombres machuchos no tanto; y aunque el Padre los zahirió con buena sombra desde el púlpito, hasta decirles: «Cuanto más viejo, más pellejo; pero *rugoso, vacío y feo:*» ¡nada! mu-

chos no se rindieron. La gente piadosa guadalcanaleña, lo es á la moderna, con poca solidez y menos sacrificio. El rosario de aurora y el perdón nos salieron espléndidos y provechosos en confesiones.

El número de comuniones fué: de niños, 180; de Hijas de María, 196; del Apostolado, 215; por los difuntos, 600; de adultos, 1.300; total, 2.500 comuniones.

Hubo que acortar un día la misión, porque el P. Tarín fué llamado inopinadamente á Sevilla, y así después de la despedida de Guadalcanal (que fué concurrida y afectuosa) comencé aquella tarde con el P. Picazo la misión de Constantina.

Todos auguraban mal de esta misión, y nos hablaban de Constantina como de un pueblo embotado (y algo más) por el aguardiente, que es allí rey único y tiránico. Nos referían casos atroces de mujeres alcoholizadas, aun estando para dar á luz; nos contaban horrores sobre que ya de antiguo moraban entre los vecinos muchas familias moriscas, que abundaban los ateos, que los concubinatos, abortos é infanticidios estaban á la orden del día; y sobre todo, nos aseguraban por doquier, que los constantinenses no dejarían sus embriagueces ni se querrían enmendar.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que en Constantina fué apedreado nuestro celebérrimo P. Morote; que otro celoso misionero, el P. Merlín, fué abucheado; que los PP. Paúles en su última misión fueron despedidos, y que el Sr. Arzobispo salió descorazonado de su Visita Pastoral, hecha 5 meses antes de nuestra llegada.

Con estos preliminares, ya comprenderá V. nuestra situación y que entramos con algún recelo. Las autoridades, aunque de incógnito, estuvieron en el recibimiento, que fué decentito en número de fieles y en orden. Al ejercicio de la noche acudió grande, aunque charlatán concurso. Empezamos nuestras faenas ordinarias con ánimo dispuesto á todo. Á la doctrina vinieron unos 1.000 niños; á su comunión 340, y á la procesión 1.200. En este acto temíamos alguna acometida de los impíos, pero se impusieron los niños con su orden y cánticos; y fuera de algunas palabrotas de un bestia, todo salió á pedir de boca.

Mas, á la cuarta noche, apenas tratamos de la confesión, la desbandada fué enorme. ¡Á cuántos se oyó decir saliendo de la iglesia: «¡Que nos pescan, que nos pescan!» Efectivamente, en los casinos se dió la consigna de no volver más á la misión, y por desgracia unos lo cumplieron, y otros vacilaron ante el aguardiente y el concubinato, y permanecieron en su pecado.

Es verdaderamente un pueblo opuesto al Espíritu Santo: los pocos hombres que confesaron, lo hicieron á la rastra; ¡cuánto nos ayudaron algunos buenos mozos que nos traían, como entre guardias, á otros de su edad y aun á sus padres! En mi vida he visto tanto odio, ó por lo menos prevención, contra este sacramento. ¿Será verdad que hay más de 300 familias de origen morisco? Afortunadamente no todos negaron al Señor, pues las diferentes congregaciones concurrieron á sus ejercicios especiales con mejor asistencia y fruto de lo que nunca sospechamos.

Las comuniones han sido: 360 de niños; 290 de Hijas de María, 700 por los difuntos, 2.400 de adultos; total, 3.700. Poco es para Constantina, pero aun así fué un verdadero triunfo: ¡pobre Sr. Cura! qué bueno es y cuánto desea trabajar.

ROMERÍA EN SIERRA MORENA

La tarde del último día de misión en Constantina, recibí una carta urgente del buen P. Tarín, diciéndome que para remediar un olvido suyo, era de absoluta necesidad el que partiese yo para Andújar en el primer tren, con el fin de predicar en la célebre romería de Nuestra Señora de la Cabeza, Patrona del Santo Reino, y singularmente de aquella villa.

Como terminábamos aquella noche, se podía complacer al Padre. Dejé, pues, la despedida á mi caritativo P. Picazo, y á escape tomé el coche, llegando á la estación de Cazalla diez minutos justitos antes de salir el tren: ¡si me descuido un poco! Con el activísimo P. Tarín hay que andar siempre *al triple galope*. Pero ¡feliz olvido el del Padre en esta ocasión! porque espectáculo como el de Andújar y Sierra Morena se ve pocas veces en el mundo, y menos ahora: ¡viva María Santísima de la Cabeza! ¡cuánto he gozado espiritualmente!

Como antes le indiqué, el viernes 22 salí de Constantina, de infeliz memoria, y el sábado 23, de madrugada, llegué á Andújar: celebré la santa misa, é inmediatamente fuí á saludar al Sr. Obispo de Jaén, presidente de la Peregrinación; el cual se empeñó en llevarme consigo.

Voy á ponerle la distribución del tiempo que guardé, intercalando los hechos más notables. *Nueve de la mañana:* salida de Andújar; el viaje suele hacerse ó en coche, atravesando el río Jándula, ó en caba-

llerías, que es lo más corriente, ó á pie en forma de penitente. El camino es áspero y largo, pero sumamente pintoresco. *Dos y media de la tarde:* llegada al Santuario, construído en el Cerro del Cabezón, de Sierra Morena, á 985 metros sobre el nivel del mar. ¡Qué panorama tan rico y variado! Inmediatamente visité á Nuestra Señora en su camarín: es una imágen antiquísima y está bastante desconchada; pero realmente infunde profundo amor y respeto. *Tres:* breve comida. *Tres y media:* confesonario; le encuentro bien rodeado de penitentes. *Seis y media:* subida oficial de las Cofradías, que en este año se reunieron 34, acompañadas de más de 3.000 peregrinos, llevando los Hermanos mayores cetros de plata, sus tenientes lujosísimas banderas, y las Hermanas mayores (que eran todas niñas) lindísimos banderines. *Siete y media:* Pleito-homenaje á la Reina Soberana, con rendición de cetros y banderas: acto encantador, brillantísimo y de fe antigua. *Ocho:* rosario rezado, sermón muy fervoso de circunstancias por el Sr. Obispo. Terminado el sermón, salve por el público: ¡Admirable! *Nueve:* la gente se desparramó por los alrededores del Santuario á descansar un poquito, ya en algunas desacomodadas casetas, ya en tiendas de campaña, ya en la misma iglesia, ya al aire libre; por cierto que durante toda la noche corrió un cierzo fuerte y helado. Yo me volví al confesonario, donde me esperaba buen copo de gente. *Doce de la noche:* para festejar el comienzo del día onomástico de Nuestra Señora de la Cabeza, rosario cantado; recorrió las calzadas y alrededores de la montaña; me acompañaron 6 sacerdotes y cerca de 1.000 peregrinos, casi todos con antorchas, faroles, etc.; tanto les entusiasmó este acto religioso, que me obligaron á decir unas palabras al volver á la iglesia. *Una de la noche:* misa mayor, por privilegio especial de este Santuario; la dije yo y di la comunión. Desde esta hora continuaron sin interrupción las misas y comuniones ante las respectivas cofradías en el camarín de la Virgen y en el altar mayor á la vez. Concluída la santa misa, me volví al confesonario; en él estuve hasta las seis y media de la mañana, en que el Sr. Obispo me mandó ir á descansar, ocupando él mi puesto: descansé casi una hora. *A las siete y media:* misa de comunión del Prelado, ocupando yo su puesto en el confesonario; comulgarían en ella más de 300 fieles; la comunión, por lo angosto del presbiterio, salió desordenada. *Nueve y media:* misa solemne y sermón: aquí dejo la palabra al periódico católico de la capital del Santo Reino.

«La misa fué solemnísima, oficiada por el Sr. Rector del Santuario y cantada por buen número de sacerdotes; el Sr. Obispo asistió de me-

dio Pontifical; el sermón fué brillantísimo. Trató el R. P. Luis Gonzaga Navarro: primero, del influjo de las virtudes de la Virgen en la formación cristiana de la familia española; y segundo, del premio espiritual y temporal concedido por la Virgen á la familia española, á causa de la imitación de esas mismas virtudes. Dijo el R. P. Jesuíta que subía al púlpito falto de preparación por la escasez del tiempo; pero es lo cierto que desarrolló el asunto con tal maestría, profundidad y entusiasmo, que el pueblo en masa interrumpió varias veces el sermón con sus vítores; que al bajar del púlpito el P. Misionero, lo llevaron en brazos al altar mayor; que el Sr. Obispo le dió las gracias públicamente, en nombre de la Santísima Virgen; y..... ¡caso extraordinario! se le concedió al Padre conducir en sus manos la veneranda imágen desde su camarín hasta el trono procesional, siendo así (como es sabido de todos) que el bajar la imágen es privilegio exclusivo del Sr. Rector del Santuario y de los Alcaldes de Andújar y Colomera, privilegio que no ceden ni al Prelado. La Virgen Santísima recompense las merecidas atenciones que tuvieron con el sabio y elocuentísimo Jesuíta.» Hasta aquí el periódico católico de la capital.

Prosigamos la distribución. *Once y media de la mañana:* acabada la misa mayor, se organizó la procesión: el orden fué completo; el entusiasmo, español y andaluz; todas las banderas ondeaban al aire; 5.000 personas, cantando diferentes himnos, precedían al gran trono de la Virgen, sobre el cual, á derecha é izquierda de la imágen, iban dos sacerdotes tocando sin cesar en la efigie veneranda los objetos piadosos que los fieles les ofrecían. *Doce y media:* entrada de la Reina en su tempo; formóse ante él una bóveda con los cetros y banderas de las cofradías; bajo la bóveda pasó triunfante la imágen: en este momento lloraban de amor y de entusiasmo hasta las piedras. Colocada la Virgen en el dintel de su casa, me hicieron hablar de nuevo unas palabras. Enseguida, desfile de honor de cofradías y peregrinos; terminado el cual, se colocó la imágen en su camarín y se disolvió la solemne romería. *Una y media de la tarde:* comida en la caseta del Ayuntamiento de Andújar. *Dos y media de la tarde:* regreso con el Prelado á esta ciudad. ¡Gran día! ¡gran día!; ¡los milagros morales de la Virgen, estupendos!; ¡vaya unas confesiones y conversiones sinceras!

Ahora referiré algunos casos extraordinarios de devoción. A dos señoras que habían hecho por voto 14 leguas á pie, descalzas, y debían volver de la misma manera, les conmuté la segunda parte de su voto. Una madre y dos hijos pequeños subían de rodillas los pizarrales del

Santuario; el Sr. Obispo que los vió, los ayudó á levantarse y les dispensó de lo restante de su promesa: «No, no, dijo la madre, un poquito de descanso, bien; pero dejar de cumplir la promesa, no. ¿Qué diría la Virgen de mí?» Y siguió la mujer enternecida: «Mire V., Señor Obispo, dos cosas pedí á Nuestra Señora en un novenario: la salud de mi esposo, que estaba con tifoideas; y la vuelta de mi hijo, de Cuba. A los nueve días justos de mi promesa, mi marido estaba en pie, y recibió un parte de mi hijo, diciendo que volvería de la Habana sano y con la absoluta. No hay, pues, más remedio, que pagar á la Virgen su promesa»: ¡Cuánta fe! ¡cuánto amor! A 11 peregrinos que de rodillas también trepaban por las escabrosas calzadas del monte, bañándolas ya con su sangre, les rogué que se levantaran, y les conmuté el resto de su promesa. Pero, mire V. por donde, 3 jóvenes elegantemente vestidos, que lo supieron, y que debían cumplir la misma penitencia, se me acercan á las ocho de la mañana y me piden la conmutación de su promesa. Les pregunté la causa, y vi que era por respeto humano; entonces les dije: «No es posible complaceros, hijos: á cumplir la promesa, ahora mismo; y para que no tengáis reparo, venid conmigo». Y aprovechando la circunstancia de dar entonces la comunión el Señor Obispo, bajé á los jóvenes hasta el primer arco, y empezamos á subir. A los 15 metros me dicen llorando de pena: «Vuélvase V., Padre; que nosotros cumpliremos como buenos». Subimos unos 15 metros más, y entonces pretendí conmutarles su promesa; pero ya ellos no lo aceptaron, «por temor, decían en voz alta, de que la Virgen se disgustase; y pues hemos sido un momento cobardes, seamos hasta el fin valientes». Y lo fueron; aunque uno se hizo sangre en las rodillas.

En resumen, Padre mío; hubo en esta romería abundancia de fe, de consuelo, de ánimos, y de premios: ¡lástima y mal pecado! que se vaya introduciendo algún baile, algún vino, algún cinematógrafo, aunque sin escándalo; pero me temo mucho para lo porvenir. ¡La Virgen de la Cabeza les bendiga!

NOVENA-MISIÓN EN TORREPEROGIL

A mi vuelta del Santuario me entregan otra carta, también urgente, de mi buen P. Tarín, «suplicándome por todos los santos del cielo que hiciese por ir al día siguiente á Torreperogil para una novena-misión

á que él se había comprometido, y con la que no podía en absoluto cumplir». ¡Vaya por Dios! como mis ocupaciones se podían dilatar para más adelante, accedí á la petición del Padre. Y aquí me tiene V. yendo de Sierra Morena á los Cerros de Úbeda, sobre uno de los cuales se asienta la villa de Torreperogil. ¡Mire qué caminos tan propios de un misionero, Sierra Morena y Cerros de Úbeda! ¡percances anejos á este género de vida y á ser compañero del emprendedor P. Tarín!

Ahora abramos un paréntesis en mi reseña, para decir á mi carísimo P. Cordón que si quiere ser misionero, haga buen acopio de una mercancía que se llama *sueño*, porque tendrá de ella gran necesidad; y esto se lo digo porque estoy rendido, como quien lleva cuatro noches seguidas sin dormir apenas: una, la última de Constantina, en que dormí tres horas, que no es mucho; la segunda, la pasé toda en el tren; la tercera, en el confesonario; la cuarta, me acosté á la una de la noche en Úbeda, para levantarme á las cuatro, decir misa, subir á los Cerros, llegar á Torreperogil, y empezar la novena-misión. *¡Proh dii inmortales!* ¿y querrían nuestros hermanitos Muro y Llerena ir al cielo sin pasar por el purgatorio? Eso si que no; primero tienen que subir á las crestas de Sierra Morena y pasarse soñolientos por los Cerros de Úbeda. Y de otra suerte..... al purgatorio. ¡Ea, se acabó el paréntesis! *His per jocum dictis,* prosigamos la narración.

También en Torreperogil pretendieron algunas pseudo-piadosas, atendiendo únicamente á su comodidad, poner la novena-misión á las cinco de la tarde, y que la gente del campo, esto es, la casi totalidad de la población, se quedase á la luna de Valencia. Por supuesto que no se salieron con la suya, empezándose el ejercicio principal á las ocho de la noche. Hubo á los actos ordinarios buen concurso, atención y orden: á la mitad del novenario, es decir, el día 1.º de Mayo, se celebró la tradicional romería á la ermita de Santiago Apóstol, como recuerdo, primero del famoso «*Escucha, Escucha*», palabras que dijo el Apóstol al caudillo de los cristianos, advirtiéndole la proximidad de los moros; y segundo, como recuerdo de la victoria obtenida sobre ellos por nuestro Apóstol y los cristianos. Se conserva por tradición cuáles fueron los sitios del Escucha y de la batalla en el término de Torreperogil. Allí se edificó una ermita que ahora está poco menos que por tierra: ¡qué dolor! A esta ermita se dirige la romería, y á ella asisten los soldados de la Remonta.

Apenas tiene esta peregrinación alguna semejanza con la de la Virgen de la Cabeza; porque, fuera de la misa con sermón y del ofre-

cimiento de la bandera de Santiago á la Virgen, lo demás se reduce á bailes, comilonas, etc.; es una romería modernista. Yo quedé tan descontento, que si llego á saber lo que aquello era, no admito el sermón; pero me engañaron y pagué mi credulidad.

Por lo que hace á la novena-misión siguió Torreperogil portándose bien en concurso, atención y fruto. No ocurrió nada de especial mención, excepto la comunión de hombres solos en número de 574 el día de la Ascensión, y la solemne procesión de clausura; la cual entusiasmó tanto á los torreperogileños por su orden, por los coros de niños, etc., que al volver á la iglesia querían á todo trance que tornase á salir la procesión con otro itinerario, costándome gran trabajo disuadirlos de ello: es frecuente ver en pueblos de Sierra que en cuanto se les cultiva un poco, dan copioso fruto. La despedida muy afectuosa.

Volví á pasar por los Cerros de Úbeda y llegué á Sevilla el día siguiente por la mañana; dije la santa misa y pensaba irme por la tarde á mi residencia de Cádiz á descansar un poquillo (toda vez que á causa de las elecciones se había deshecho la misión de Alcalá del Río, convenida para este tiempo); pero me encontré con que un Padre, me vino gimiendo y llorando en este valle de lágrimas, y añadiendo que no podía dar una tanda de Ejercicios al clero sevillano, que el Padre Superior lo aprobaba, y que patatín y que patatán; total, que troqué el pretendido descanso por los Ejercicios al clero, y con ellos troqué el fresco de Cádiz con un calor..... ¡caballeros, con el calor de Sevilla! ¡Yo que venía de Úbeda á razón de 9 grados, encontrarme de repente con 31! ¡San Lorenzo, socorredme!

QUINARIO Y NOVENAS
EN MARCHENA, HINOJOSA Y LINARES

Concluídos los Ejercicios, como ya era casi imposible dar en Andalucía santas misiones, á causa de las faenas agrícolas y del calor, emprendí la serie de novenas, quinarios, triduos, etc., comenzando por Marchena, con el quinario en honor del Santísimo Sacramento.

Celebra este quinario la Adoración Nocturna de Señoras, como preparación á la fiesta del Corpus, y despliega una pompa verdadera-

mente magnífica, digna de mejores tiempos y de la Catedral misma sevillana: ¡qué candelabros, floreros, frontales, atrileras, etc., de plata maciza y repujada! ¡qué colgaduras de rico terciopelo granate con anchísimas franjas de oro! ¡qué manifestador tan lujoso y artístico! ¡qué de blandones! Nada, que celebra Marchena cultos émulos de los de Sevilla. El concurso fué escogido, devoto y relativamente grande, tratándose de una asociación de señoras.

Fuera de esto, dos cosas notables ocurrieron en el quinario: la una física, á saber: el paso del famoso cometa de Halley; el ínclito astro paseó su larga cola por Marchena, mas, *por mor de la lluvia*, ocultamente; y Dios nos libró del pérfido *cianuro* caudatario, según pública fama del cometa. La segunda cosa notable fué espiritual: la nutridísima comunión de todas las asociadas y de buen número de fieles en la misa mayor, y la solemnísima y concurridísima procesión de Minerva con el Santísimo, la cual dejó al pueblo gratamente impresionado.

De Marchena partí inmediatamente á Hinojosa, para predicar la Novena del Sagrado Corazón.

Como en la pasada Cuaresma había dado allí santa misión, la novena fué fructuosísima y como prolongación de la misma. Ya á mi llegada me esperaban el clero todo y buen golpe de gente; al tercer día, con objeto de que cupiesen más personas en el templo, hubo que prohibir las sillas, y aun así iglesia, sacristía, canceles, y plaza estaban atestados. La novena empezaba á las siete y media, pero á las cuatro, ya había gente cogiendo sitio.

Temiendo lo que en parte aconteció, determinamos tener en la fiesta del Sagrado Corazón dos comuniones generales: en la primera, á las cuatro y media de la mañana, comulgaron 800 fieles; en la segunda, á las ocho y media, 1.375, viéndonos obligados á ordenar que todos estuviesen de pie y se acercasen á comulgar formando como dos inmensos círculos, todo para evitar el desorden. ¡Mire V. que sólo en la fiesta del Sagrado Corazón, en día de trabajo y en un pueblo agrícola como Hinojosa, haber más de 2.000 comuniones, es para alabar á Dios! A este fruto contribuyó no poco la materia que tomé para el novenario, á saber, las promesas del Sagrado Corazón, las cuales animaron á muchos para serle devotos. A la cuenta, caí de pie en esta religiosa población; pues cuanto propuse, se llevó á cabo en el acto, y hasta la despedida fué de misionero. ¡Dios premie tanto afecto y devoción!

El mismo viernes del Sagrado Corazón por la noche partí de Hi-

nojosa, pasando una noche toledana para comenzar el sábado, en Linares, otra novena al Sagrado Corazón.

Es Linares un feudo de Romanones; ciudad minera, espiritista, semi-protestante, archi-indiferente y otras yerbas. Sin embargo, merced sin duda á las oraciones de los buenos, y al trabajo de los pocos pero activos católicos linarenses, el Divino Corazón hizo de las suyas. Al principio muchos temieron que la gente no acudiera, porque determiné hablar durante todo el novenario sobre las excelencias del Corazón Divino. Pero la experiencia probó una vez más lo contrario, pues según pública voz, porque traté del Sagrado Corazón se llenó la amplísima iglesia de Santa María, asistiendo casi más hombres que mujeres, con un recogimiento admirable, y eso que jugamos una treta al auditorio.

Era aquí costumbre tener la novena antes del sermón; con lo cual muchos, rezado el novenario, é imitando á los músicos, se marchaban sin oir la palabra de Dios. Desde el primer día cambié el orden como ensayo, y dió gran resultado; porque como (ya fuese por atractivo, ya fuese por devoción) todos querían oir la novena, que se hacía después del sermón, por no perder aquélla, oían también éste. Se murmuró un poquito del cambio, pero después le alabaron.

En cuanto al fruto, sepa que en los últimos días del novenario estuve confesando siete horas diarias: y es bien sabido que en Linares, ó no cae casi nadie, ó son tiburones y ballenas. A más de los que comulgaron en la misa de aurora y en otras iglesias, á sola la comunión general se acercaron 720 personas mayores. Esto en las provincias Vascongadas sería una mezquindaz, ¡felices ellas!, pero en Linares es un triunfo: *¡Laus Deo!*

Por la tarde tuvimos solemnísima procesión; temíamos algún desafuero, porque muchos entre los mineros son gente soez, y por otro lado habían dicho que querían ver la procesión. Recomendé con gran ahinco á todos la compostura exterior, el orden en las filas, la obediencia á los que los dirigían; y, gracias al Señor, el conjunto resultó tan admirable y los coros de los niños tan arrebatadores, que impusieron el respeto á infinidad de mineros que presenciaban nuestro paso. En la primera estación de la carrera, al terminar mis niños el himno «Firme la voz», di dos vivas á nuestra santa Fe Católica y al Sagrado Corazón; era la vez primera que en Linares se oían en público tales aclamaciones. La muchedumbre respondió con grandísimo entusiasmo; el hielo estaba roto. Falta hacía que la atmósfera de Linares, tan vi-

ciada por la blasfemia y malas palabras, se purificase con los vivas y alabanzas al Sagrado Corazón: éstas se repitieron en las cinco estaciones de la carrera.

No hubo más que el siguiente percancillo: una vez, al terminar yo mis vivas, un minero con voz aguardentosa y ronca gritó: «¡Viva la República!» En el acto se me ocurrió decir en voz alta, pero sonriendo: «¡Jesús, hijo, que voz más fea tienes! ¡Parece trompeta de Viernes Santo!» Todos se echaron á reir, y otro minero dijo al de los vivas: «¡Gachó, te puso el gorro el Padre!» Y no hubo más. En cambio, al paso de la imágen, la inmensa mayoría de los mineros se descubrían.

El acto terminó en la iglesia con el ternísimo Adiós de Insausti (acomodada la letra de la Virgen al Divino Corazón), cantado por los coros de niños. Todos los linarenses quedaron satisfechísimos de tan espléndida manifestación de culto católico.

TRIDUO Y QUINARIO

EN CABEZA DEL BUEY Y EN CORIA

Terminé en Linares el 22 de Junio, y el 14 comenzaba en Cabeza del Buey un triduo en honor también del Sagrado Corazón. Fué cosa insignificante: la iglesia es sumamente pequeña y sin ventilación; el tiempo era calurosísimo; el triduo no estaba convenientemente anunciado; en fin, un triduito para religiosas.

Lo único que me llamó la atención fué que al subir al púlpito la segunda noche, me encontré solo en la iglesia. Pregunto la causa, y me dicen que la gente está en la calle y que no quiere entrar porque se asfixia. Realmente el calor era atroz. Vi, pues, que al rezar yo el «Bendito y alabado», abrían el cancel, y desde él hasta la acera de enfrente llenando la anchísima calle, ya sentados en sillas, ya de pie, había un gran gentío, y así oyeron el segundo y tercer sermón. Gracias que yo tenía buena voz, si no.....; pero era cosa curiosa ver la iglesia casi vacía, y la calle abarrotada de gente. ¿Se pondrá de moda el método?

Desde Cabeza del Buey di con mis huesos en Coria..... ¡Eh, cuidadito con los malos juicios, P. Cordón! Que no se trata de Coria la del

Bobo, si no de Coria del Río Guadalquivir: *suum cuique*. Tuve allí un quinario al Sagrado Corazón. Como es villa próxima á una gran capital, más participa de lo malo de ésta, que de lo bueno; y así habiendo un Apostolado tan relativamente numeroso, que cuenta 25 coros completos, por dejadez apenas cumple nadie su obligación. Era, pues, el fin del quinario animar el Apostolado.

Se trabajó lo que se pudo, y se logró: 1.º llenar de fieles el espacioso templo; 2.º celebrar una comunión y fiesta muy decentes; 3.º reorganizar la Asociación. Este quinario le terminé el domingo 27 de Junio, y con él puse fin á mis ministerios del primer semestre del año. Desde Coria me retiré á mis cuarteles de verano para empezar el 1.º de Julio mis santos Ejercicios anuales, *ne forte cum aliis praedicaverim, ipse reprobus efficiar*. Fortalezca V., mi carísimo P. Cordón, con esta sosísima reseña los deseos de misionero; porque aunque se sufre bastante por el estado moral de los pueblos, se puede dar también grande gloria al Señor.

Concluyo encomendándome en SS. SS. y OO.

Infimo hermano y siervo en Cristo,

LUIS GONZAGA NAVARRO, S. J.

Carta del mismo Padre al P. Topete.

Sevilla 30 de Diciembre de 1910.

Muy amado en Cristo P. Topete: El día noveno precisamente del fallecimiento de mi inolvidable maestro y compañero de misiones el P. Tarín, recibí la carta de V. R. pidiéndome para las EDIFICANTES de la Provincia algún relato de mis faenas espirituales, en especial de las últimas misiones que di con aquel varón apostólico: aunque por la inesperada muerte de Padre tan querido, está mi ánimo poco templado para escribir; estos ligeros apuntes mostrarán, sin embargo, á V. R. mi deseo de complacerle.

EJERCICIOS Y NOVENA-MISIÓN

EN GUADIX, MOGUER, LINARES Y MARCHENA

El 18 de Agosto torné á mis ocupaciones de operario, interrumpidas el 31 de Julio con el sermón de Nuestro Santo Padre. Mi primer ministerio fueron los Ejercicios al clero de Guadix.

Reuniéronse 62 ejercitantes, quienes por su fervor y observancia del reglamento nos consolaron muchísimo al Prelado y á mí. Los actos de la aceptación sacerdotal de la muerte, y el de la renovación del voto de castidad en manos del Sr. Obispo, antes de comulgar, los conmovieron profundamente y con fructuosos resultados.

El 28 de Agosto salí de Guadix para Moguer, Linares y Marchena sucesivamente; en las dos primeras poblaciones di los santos Ejercicios á las Religiosas Esclavas Concepcionistas, guardando en todo nuestro método y distribución, cosa que les agradó en extremo: en Marchena prediqué el novenario de Nuestra Señora de las Mercedes, con gran asistencia y mejor fruto, á causa de la entusiasta peregrinación que se promovió á la Virgen de la Consolación de Utrera, en desagravio de las blasfemias parlamentarias del italianísimo hispanófobo Azzati.

MISIONES EN ALCAUDETE, FRAILES Y VALDEPEÑAS

Terminada la novena el 3 de Octubre, nos juntamos en Sevilla el P. Tarín y yo para dar las santas misiones de Alcaudete, Frailes y Valdepeñas, en la provincia de Jaén. Eran estas misiones muy temidas por el estado moral de aquellos pueblos y tenían por objeto prepararlos para la Visita Pastoral. Al principio se pretendió reducir á un triduo la preparación; mas pareciendo esto al P. Tarín infructuoso y poco digno del nombre de misión, resolvimos darlas en toda regla, y que al día séptimo llegase el Prelado y empezase su Visita: así se hizo.

Entramos el 5 de Octubre en Alcaudete con mezquino recibimiento: ¡no importa, adelante! Se organizaron con especial empeño el rosario de la aurora, la doctrina de los niños y el ejercicio nocturno; la con-

currencia, escasa. ¡Ya se ve! brillaban, por su corrupción la gente alta; las autoridades, por su total ausencia; y algunos sacerdotes de la localidad, por su poco recato. A mayor abundamiento, la iglesia principal está mal situada, el tiempo era lluvioso, y la política lo tenía todo infernal.

El P. Tarín casi se desalentó, y no sin motivo: unos 10 años antes, había él mismo dado aquí santa misión, con tal concurrencia que el rosario y misa de aurora se celebraban en la plaza pública, por no haber iglesia suficientemente capaz; por la misma razón el ejercicio nocturno se tenía en los dos mayores templos á la vez; el Padre aquella vez, salió en triunfo de Alcaudete, y ahora, en tan corto tiempo, encontrarse el pueblo tan cambiado, era para desalentar á un santo.

Había, pues, que luchar de firme; y como Tarín y trabajo son dos cosas iguales, acometimos la empresa. A fuerza de dar rosarios á los que asistieran al de la aurora, y prometer premios á los niños, logramos reanimar el espíritu de Alcaudete.

El día cuarto de la misión nos encontramos con la novedad de que nuestros enemigos repartían libremente en el mercado y en la plaza pública las hojitas de Nakens contra nosotros, y de que vendrían al templo los canalejistas dispuestos á alborotar. No hicimos caso; el P. Tarín me ordenó que predicase con fuerza sobre la divinidad de la confesión y la falsía de los modernos cristianos contra Jesucristo y sus preceptos. Aunque apreté de lo lindo, nadie chistó. Empezaron las confesiones de hombres, *con cuenta gotas* ¡pero empezaron!

Al séptimo día vino el Prelado, le procuramos un decente recibimiento, que la lluvia deslució en algo; mas como no hay mal que por bien no venga, el agua disimuló la voluntad antirreligiosa de los alcaudetinos. El Sr. Obispo se porta como un misionero, predicando, confesando y cantando con nosotros; nos quiere de veras. Se celebraron sin estorbo y con regular éxito la comunión y procesión de los niños, y la del Santísimo Sacramento llevado á los impedidos.

El fruto fué: comuniones de niños, 160; de Hijas de María, 80; por los difuntos, 930; generales de adultos, 2.700; se hicieron 40 casamientos y 2 bautismos; se quemaron públicamente las hojitas de Nakens y se quitaron 11 suscripciones de periódicos malos. Poco es para Alcaudete, pero es imposible sin un milagro de Dios sanar en una sola misión á pueblos casi sin fe, corrompidos por tanto deshonesto y concubinario y por tan mal ejemplo en la autoridad.

El 14, á las once de la mañana, abandonamos á Alcaudete; y á las

tres y media de la tarde entramos en Frailes, población de 4.000 almas, dividida en tres barrios escalonados y distantes uno de otro como 80 metros. El sitio es pintoresco; su fama religiosa, muy mala, como que contaba con unos 160 amancebamientos conocidos, 90 matrimonios civiles, Círculo Espiritista y otras alimañas; la iglesia está en ruinas; y en fin, la gente huía de nosotros.

Sin embargo, á las primeras de cambio, hubo bastante asistencia al rosario de aurora y á la doctrina; las autoridades, aunque republicano-moretistas, se pusieron á nuestra disposición; y á pesar de que los sectarios nos amenazaron con desórdenes, no hubo nada. Predicamos con claridad y firmeza, y el pueblo respondió: tanto que á las once y media de la noche (hora en que terminamos las confesiones de hombres en el quinto día), se les ocurrió darnos dos noches consecutivas serenata. Era esto impropio de una misión, y nosotros hubiéramos preferido dormir tranquilamente; pero ¿cómo desairar aquella muestra de estima en tal pueblo?

Me mandó el P. Tarín que tronase contra tanto matrimonio civil, y lo hice. Por cierto que me sucedió una cosa bien rara. Se me acercó uno de los casados civilmente; y al preguntarle yo cómo consintió en casarse de aquel modo, me contestó muy cariparejo: «¡Padre, como yo soy honrado.....!» Me dejó con la palabra en la boca: por temor de que fuese un hombre asustadizo, no insistí. Le expliqué lo que era el matrimonio civil y le hallé muy bien dispuesto. Llamo después á su futura esposa, me dijo lo que la pareció; y á mi pregunta de por qué se había casado civilmente, me responde: «¡Padre, como soy honrada.....! —De modo, exclamé, que cuando uno es honrado ¿se casa civilmente?» A lo que me respondió la buena mujer: «Sí, Padre; aquí sólo los que no son honrados, se amancebán; los demás, se casan por la Iglesia, *si son ricos;* y, si son pobres, civilmente». En efecto, por circunstancias especiales, ajenas en absoluto al actual Sr. Cura, ésta era la causa de la mayor parte de los matrimonios civiles: cuando los que se iban á casar eran parientes pobres, y no podían pagar las dispensas, ni querían amancebarse, se casaban civilmente. El Sr. Obispo puso remedio á tal desorden; pero la respuesta es sorprendente, ¿verdad? Yo estoy casado civilmente, porque soy honrado.

Al sexto día de la misión vino el Sr. Obispo; se le tributó entusiasta recibimiento; continuamos con él nuestros trabajos, y el fruto fué el siguiente: comuniones de niños, 70; de Hijas de María, 98; por los difuntos, 400; generales de adultos, 1.300; se hicieron 96 matrimonios

y 8 bautizos; se deshizo el Círculo Espiritista; la Congregación de Hijas de María se aumentó con 54 socias; se quitaron 20 suscripciones malas; la despedida emocionante.

De Frailes salimos el 21 para Valdepeñas de Jaén, por un camino de águilas, asperísimo y larguísimo. La gente de Frailes que nos había tomado afecto, no quería que fuésemos á Valdepeñas, y rogó al Sr. Obispo que no nos dejara marchar: ¡tal es la fama de este pueblo! El Prelado creyó exagerados los rumores; con todo nos dijo: «Si ustedes quieren, se puede dejar esa misión». A lo que el P. Tarín respondió: «¿Quién dijo miedo?; no será tan fiero el león.» Con esto partimos de Frailes á las diez de la mañana, y á las dos de la tarde entramos en Valdepeñas.

Nadie nos esperaba; el Sr. Cura nos dijo que temió desórdenes, si había recibimiento: esto nos dió mala espina. Sin embargo, comenzamos á trabajar; mientras yo arreglaba el altar con el Santo Cristo de la Vera-Cruz y preparaba la iglesia, el P. Tarín se fué á las escuelas á alborotar santamente.

Nuestras faenas atrajeron regular concurso, pero la gente se nos mostraba fría y aun hostil; se tuvieron todos los ejercicios acostumbrados. El P. Tarín, para animar á los fieles, determinó repartir 500 estampas grandes del Divino Corazón, y las fuimos distribuyendo de casa en casa. Generalmente nos las recibían, pero en bastantes las rechazaron, y con frases despreciativas, por ejemplo: «Esto servirá para hacer fuego en el hornillo ¿verdad?» «Tráiganla, que envolveré con ella la manteca». Y otras por el estilo. Saltándosele las lágrimas me dijo el P. Tarín: «Esto está perdido sin remedio; pero seguiremos trabajando».

Al sexto día de la misión vino el Sr. Obispo, y le pudimos preparar decente recibimiento, dándole cuenta de todo. Los sectarios determinaron meter bulla; pero las autoridades, aunque hostiles á la misión, por temor al Sr. Obispo se opusieron.

Con todo, la víspera de terminar la misión, al pasar el rosario de aurora por la casa del jefe de los socialistas, éste disparó contra la Cruz un petardo horroroso. La gente se alarmó; mas tomando el P. Tarín uno de los faroles delanteros y yo la Santa Cruz, clamamos: «¡Adelante los devotos de María!» Y entonando el «Firme la voz, serena la mirada», contuvimos el barullo. En tanto, vino la Guardia Civil y recogió el cartucho, que tenía 4 centímetros de diametro por 6 de largo, y estaba cargado con pólvora sola, pues lo que se pretendía era

asustar á los fieles é impedir el rosario. Pero se llevaron chasco nuestros enemigos: reorganizada la procesión, dispuso el P. Tarín que yo conservara la Cruz y fuera delante; y él iría detrás con el farol principal, presidiendo á las mujeres, por si ocurría otro incidente. El rosario continuó con gran fervor, recorriendo la carrera convenida, y pasando de nuevo por delante de la casa del socialista. Había preparados 5 petardos más; pero en vista de nuestro ánimo, no los dejaron explotar.

El hecho causó gran indignación en las autoridades; el concurso á la misión aumentó en gran manera y las confesiones fueron muchas y consoladoras. El día siguiente, fijado para nuestra partida, se celebró misa solemne por los difuntos con 800 comuniones, y á pesar de que llovía á mares, tuvimos muy honrosa despedida. El fruto fué: comuniones de niños, 90; de Hijas de María, 110; por los difuntos, 800; generales de adultos, 1.400; casamientos, 27; bautizos, 2; suscripciones quitadas á periódicos malos, 12.

Aunque este resultado era decentito, con todo el Sr. Obispo determinó suspender la Visita y nosotros, consiguientemente, las misiones preparatorias.

El viaje desde Valdepeñas á Jaén fué molestísimo: primero, por lo largo (salimos á las ocho y media de la mañana, y llegamos á las cinco de la tarde, viajando siempre en borrico). Segundo, por lo escabroso: ¡qué cuestas, qué precipicios! Tercero, porque el Señor nos envió una lluvia torrencial, que duró tres horas seguidas; al entrar en Jaén daba lástima vernos, empapados, con lodo hasta en el sombrero, molidos, en fin... digno remate de tal misión. Nos secamos un poquillo, y dos horas después tomamos el tren, llegando á nuestra Casa de Sevilla, al día siguiente á las ocho de la mañana.

OCTAVARIOS, NOVENAS, EJERCICIOS

En vista de que no podíamos seguir dando misiones, nos dedicamos á predicar novenas; y así, mientras el P. Tarín predicaba de las Ánimas en Sevilla y de la Virgen en el Coronil, yo prediqué en Córdoba el novenario del Perpetuo Socorro y el septenario de las Madres Cristianas, dando por último los Ejercicios á las Religiosas Esclavas.

Terminé estos ministerios en Córdoba el 28 de Noviembre, y partí el 29 con el fin de empezar el 30 la novena de la Purísima en Belalcázar. Gracias al Señor, caí de pie, como vulgarmente se dice, en esta villa; y la novena fué espléndida por el incontable número de fieles, por la atención y por el fruto.

El 8 de Diciembre, último del novenario, amaneció un día horrible: de viento tan huracanado, que en la plaza de la iglesia derribó á varias personas; y de lluvia tan torrencial, que las calles parecían ríos. Sin embargo, en la misa de aurora comulgaron 740 fieles, y en la particular de las Hijas de María, 360 jóvenes. Por la tarde dudaba si sacar la procesión, mas como hubo algunos claros determiné arriesgarme: á las dos y media mandé repicar; y fué la Santísima Virgen servida que estando á las tres el cielo encapotado, al aparecer el estandarte en el dintel de la iglesia, un rayo de sol rompiese las nubes y viniese á besar el pie de la Virgen; todos prorrumpieron espontáneamente en vivas á la Inmaculada. La procesión fué lucida: 320 Hijas de María, con velas adornadas de flores, formaban las filas; los coros de niñas cantaron admirablemente en las cuatro estaciones marcadas, y la procesión terminó brillantemente y con sol. Mas para que viésemos que había sido favor de la Santísima Virgen, no se había concluído aún mi sermón de despedida, cuando volvió á diluviar.

Como el mismo día de la Inmaculada debía yo empezar por la noche su octavario en Hinojosa del Duque, apenas bajé del púlpito de Belalcázar subí á un coche; y más bien *sobre lagos que por tierra*, ¡tanto era lo que llovía!, llegué á la población en el preciso momento en que manifestaban á Su Divina Majestad. El templo rebosaba de gente, les prediqué un sermoncito de media hora y á las ocho y media me retiré á descansar. ¡Ya lo necesitaba! porque fué un día de gran trabajo, como que tuve 5 horas de confesonario, 3 sermones, una plática, la procesión, y un viaje semimarítimo: ¡sea por todo bendita la Inmaculada.

A la mitad de este octavario, esto es, el día 13, me dieron la tristísima nueva de la muerte de mi buen P. Tarín, mi último y queridísimo compañero de misiones. ¿Quién nos hubiera dicho el 31 de Octubre, que nos íbamos á separar para siempre en este mundo? Nuestro plan era dar juntos á principios del año 11, otras 6 misiones; pero los juicios de Dios son inescrutables! Yo quería á tan fervoroso Padre muy de corazón, y después de su muerte he sabido por sus cartas que él se complacía en dar misiones conmigo, estimándome en más de lo que

merezco. Ya terminó aquella vida tan mortificada y activa; porque á mi juicio el distintivo del P. Tarín, y como su carácter, eran el perpetuo trabajo y continua mortificación. Así lo dan á entender también los propósitos que hizo en sus penúltimos Ejercicios y que me entregó en una de sus confesiones para que los examinase. En fin, *Dominus dedit, Dominus abstulit; sit nomen Domini benedictum.*

Volviendo á mi octavario, le concluí el 16 con una numerosa comunión general; porque si bien habían comulgado las Hijas de María el día 8, no me pareció terminar el octavario con una misa solemne á secas, y así exhorté á la comunión durante la octava, teniendo el consuelo de ver acercarse á la Sagrada Mesa 630 Hijas de María, activas ó aspirantes. Como era día de trabajo, tuve la misa mayor á las siete y por la tarde la clausura á las seis y media, con un lleno asfixiante: con este octavario rematé los trabajos apostólicos del año, retirándome á los cuarteles de invierno el 17 de Diciembre.

Antes de terminar esta reseña, voy á referirle dos casos curiosos sucedidos en mis últimas misiones. En ellas siempre tratamos con mayor ó menor extensión, según las circunstancias, de la maldita prensa liberal. Pues bien, en uno de los pueblos misionados (cuyo nombre callo por motivos especiales) supe que se hallaba tan en boga la lectura del *Heraldo*, que hasta muchas Hijas de María figuraban como suscritoras. Me pareció cosa intolerable; traté el asunto con el Sr. Cura, y de acuerdo con él prediqué una noche sobre la mala prensa. A la mitad del sermón, y desde el púlpito, pedí al Párroco que me trajese el *Boletín* de la Diócesis, oportunamente preparado sobre el altar mayor; leí solemnemente la condenación lanzada por el Sr. Obispo contra el *Heraldo* y otros varios periódicos liberales, y analicé las palabras de la condenación manifestando que sería expulsada de la Congregación, toda Hija de María que manchase su alma con tan anticristiana lectura. Naturalmente el sermón levantó ampollas en el auditorio; y gracias á Dios no quedó una Hija de María que no se borrase de la suscripción del *Heraldo*.

Hasta aquí todo marchó muy bien; pero, mire V. por donde, hora y media después, llaman precipitadamente á la puerta del Sr. Cura. Era el Alcalde que asustado y sin darse cuenta de lo que me preguntaba, me dice: «Padre, ¿está V. vivo?» A lo que le respondí, enseñándole el platito de sopa que teníamos delante: «Y comiendo, Sr. Alcalde». Entonces éste me dió el siguiente telegrama: «Autoridades y pueblo de P. protestan indignados de la alevosa muerte del infatigable y

querido misionero P. Navarro, é irán mañana á exigir justicia.—*Alcalde, Juez, Arcipreste*». Todos nos quedamos viendo visiones. Yo, que era el muerto, estaba tan fresco cenando; la población, tranquila; ¿que había sucedido? El Alcalde no sabía qué hacer: á fuerza de investigaciones logramos enterarnos de lo ocurrido, y fué una cosa bien sencilla.

Predicando yo el anterior sermón, dijo un heraldista en la puerta de la iglesia: «Ese Padre merecería que se le pegase un tiro: ¡bueno va á quedar aquí el reparto del *Heraldo!*» Después, en el casino, hablándose otra vez de mi sermón, el heraldista repitió en voz alta la misma frase: «¡Bueno va á quedar aquí el *Heraldo!* Al P. Navarro hay que darle un tiro». Algunos de los que por allí pasaban, refirieron á los que estaban en la calle estas palabras; y repetidas de boca en boca, y desfigurándose cada vez más la noticia, resultó, que uno me quiso pegar un tiro, otro me lo pegó, otro me mató. Llega esta última noticia al hijo del telegrafista, joven de 19 años, que me quería mucho y sabía que en el pueblo cercano me habían tratado todos muy bien, y telegrafía *confidencialmente* al Arcipreste, lo que acababa de oir; el cual, *confidencialmente* también, se lo comunica al Juez y al Alcalde; y entre los tres pusieron el telegrama que yo tenía en mis manos. No hubo más remedio que poner otro telegrama á escape, diciendo: «P. Navarro, vivo y sano, agradece testimonio de amistad de Alcalde, Juez y Arcipreste de P.: explicación por correo».

El otro caso fué tan curioso como útil. En este mismo pueblo en que me mataron, al volver de la ceremonia del cementerio me dice el Sr. Cura: «Ahí tiene V. tres pastorcitos que se quieren confesar; pero están los pobres aterrados». Los llamé, los animé..... ¡nada! no dejaban de temblar. «Pero ¿á qué viene ese temblor?», les dije. Y me respondieron: «Padre, hará como una hora, estando en el chozo, hemos oído en los aires una voz que clamaba: «*Si ahora murieras ¿irías al Cielo? ¡No!; pues vuélvete á Dios*». Salimos del chozo, y á nadie vimos. A poco, entre voces confusas, nos espantó el mismo son: «*Si ahora murieras ¿irías al Cielo? ¡No!; pues vuélvete á Dios*». No hemos podido resistir más, y aquí estamos á confesarnos: después vendrán los dos compañeros, pues no queremos resistir á tan gran milagro de Dios». Yo no paré mientes en las palabras de los pastores, los instruí, se confesaron muy bien, comulgaron y los envié tranquilos y contentos, pues habían obedecido á Dios.

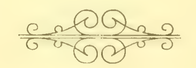
Mas la noticia del supuesto milagro se había extendido por el pue-

blo, y hubo su alborotillo piadoso: pregunté entonces con detenimiento á los otros pastores que habían venido á confesarse, y consideradas todas las circunstancias, descubrí que no había tal milagro, aunque sí para ellos suavísima providencia de Dios. La solución del enigma es la siguiente. Una de las más conmovedoras funciones de la misión es la del Cementerio, á saber: en día permitido por la rúbrica y cuando las circunstancias se prestan á ello, se lleva procesionalmente al camposanto el rosario de aurora, se predica un sermoncito de diez minutos, se dice la misa y responso solemne de difuntos, y nos volvemos á la iglesia en medio de gran conmoción y saludables efectos. Pues bien, celebrando en aquel pueblo esta ceremonia, como el Cementerio estaba en alto, la atmósfera muy serena, y yo entonces tenía buena voz, se me oía á larga distancia. Entre las frases que á tiempos repito, en forma de saeta y con voz fuerte, una es esta: «*Si ahora murieras, pobre pecador, ¿iría tu alma á la gloria? ¡No!: pues llora tus culpas, y vuélvete á Dios*». A un kilómetro poco más ó menos del cementerio, guardaban su rebaño aquellos pastores, y de repente, en el silencio de la mañana, oyen mis palabras. Aterrorizados salen del chozo y como no vieron á nadie, ni sabían que hubiese misión en el pueblo, lo tomaron á milagro. ¡De qué manera tan sencilla y eficaz se valió el Señor para que percibieran el fruto de la misión aquellos pobrecitos!

His dictis, el trabajo no ha estado para mí en alza este año, como que se reduce á 6 tandas de Ejercicios, 13 novenas, 11 misiones y 11.730 confesiones. Pero ¿qué vale esto para lo hecho en otros años? *Servi inutiles sumus*.

Satisfecho ya el deseo de V. R. de conocer el resumen de mis ocupaciones en este semestre, concluyo deseándole felicísimas Pascuas, y rogándole encomiende mucho al Señor á este ruin misionero.

LUIS GONZAGA NAVARRO, S. J.



MÉJICO

GUADALAJARA

EXCURSIONES APOSTÓLICAS DEL ILMO. SR. VERES, S. J. EN LA ARQUIDIÓCESIS DE MICHOACÁN

Carta del P. Primitivo Cabrera al R. P. Provincial. (1)

Celaya, Mayo 15 de 1910.

Amado en Cto., P. Provincial: Antes de partir para León, quiero dar cuenta á V. R. de los trabajos del Ilmo. Sr. Veres, S. J., en la Arquidiócesis de Michoacán durante nuestras últimas excursiones.

Ya en Guadalajara, donde se encontraba curando su quebrantada salud el Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Atenógenes Silva, había invitado al Ilmo. Sr. Veres para que hiciera en Morelia la consagración de los Santos Oleos; y con este fin nos dirigimos de la Diócesis de Zamora á dicha ciudad, llegando felizmente el 18 de Marzo, Viernes de Dolores.

Fuimos hospedados en el Palacio Arzobispal, porque además de las repetidas instancias que para ello hizo el Ilmo. Sr. Arzobispo, el P. Izaguirre, Superior de la Residencia, manifestó á S. Ilma. que no contaba con suficientes habitaciones para hospedarle. En honor de la verdad, fuimos tratados con esplendidez y colmados de todo género de atenciones por orden expresa del Ilmo. Sr. Arzobispo.

En la estación nos esperaba ya una comisión de señores Capitula-

(1) En la imposibilidad de dar cabida en este tomo de CARTAS EDIFICANTES, á las cuatro largas relaciones, en que el P. Cabrera refiere las excursiones apostólicas del Ilmo. Sr. Veres, durante el año 1910; publicamos la siguiente, por la que podrá formarse alguna idea de las demás.

res, que hicieron los honores al Sr. Obispo, le instalaron en el carruaje y le condujeron al Palacio.

Al siguiente día se presentaron todos ellos en corporación para dar la bienvenida á S. Ilma. y para invitarle á la misa pontificial del domingo de Ramos.

La víspera, día del Señor San José, celebró S. Ilma. en el oratorio público del Palacio, y dió la primera comunión á dos niños de buenas familias. Les dirigió la palabra enalteciendo la importancia del acto, y recomendando á ellos y á todos los presentes, la devoción al Santo Patriarca y á la Virgen Santísima.

Como decía antes, el domingo de Ramos empezaron las fatigas de S. Ilma. en la Catedral y, principio de cuentas, duró el pontifical de ocho á doce del día.

Jueves, viernes y sábado fueron días ocupadísimos; y el sábado principalmente terminó la misa á las doce y media de la mañana, habiendo empezado á las siete. El domingo de Pascua sólo asistió Su Ilma. á la misa, de capa magna encarnada.

Se me pasaba dejar consignado que el Jueves Santo hizo el Señor Obispo la ceremonia del Lavatorio, también en la Catedral, con gran concurso.

El primer viernes de Abril fué invitado S. Ilma. por nuestros Padres para la comunión general en nuestro templo; dijo la misa á las cinco y media de la mañana y dió la bendición con el Santísimo en el ejercicio vespertino, en el cual prediqué.

Todo el tiempo que estuvimos en Morelia procuré ayudar á los nuestros en el confesonario los días de más afluencia de gente; y no se puede negar que la buena organización del Apostolado de la Oración, hace que los actos de los primeros viernes revistan una solemnidad muy consoladora y que haya frecuencia de sacramentos.

En Morelia nos detuvimos hasta la llegada del Ilmo. Sr. Arzobispo, al cual fuimos á recibir hasta Acámbaro, que dista 92 kilómetros, y regresamos con él la misma mañana en el tren local.

El recibimiento que le hicieron á su llegada demuestra muy á las claras el aprecio y estimación que á su persona tiene toda la sociedad moreliana; y no sin razón, pues la caridad es una de las virtudes que más distinguen á tan esclarecido Prelado.

Diariamente se distribuye pan á los menesterosos, se pone el V.º B.º á todas las recetas de enfermos para que sean despachadas en las farmacias por su cuenta, y los días primeros de mes son sinnúmero

las personas que acuden al Palacio á recibir su mensualidad. Todo esto sin contar las mensualidades asignadas á las Conferencias y á todas las obras de beneficencia.

Son algunos los millares de pesos que distribuye mensualmente su económo, y no hay noticia de los favores que él hace en privado á las personas que de continuo acuden á su caridad.

Puede decirse sin exageración que emplea en limosnas 50.000 pesos oro, es decir, la mayor parte de sus rentas anuales.

Vamos ya á nuestras excursiones. El 6 de Abril salimos de Morelia en el tren de la tarde para dirigirnos á la parroquia de Claro. En la estación nos esperaban de 1.500 á 2.000 personas, capitaneadas por el Sr. Cura y uno de los vicarios. Grandes fueron las manifestaciones de regocijo que hicieron á la llegada de S. Ilma., tanto que los pasajeros quedaron admirados y sorprendidos al verlas. El suelo estaba tapizado de hierbas y además había arcos y adornos florales. La música y los cohetes lo alegraban todo.

Allí se encontraba el coche que debía conducir á S. Ilma., pero ni por el pensamiento les pasó traer mulas de tiro: la gente se encargó de llevar el coche por aquellas lomas tan empinadas hasta el pueblo, que dista de tres á cuatro kilómetros. Y lo hicieron con tan buen arte que podían tirar de él en número de 60, y así lo conducían sin grande fatiga. Llamaba la atención la alegría de todos los acompañantes y el orden de la numerosa cabalgata que marchaba de dos en fondo detrás del carruaje.

El pueblo se encontraba engalanado: arcos, cortinajes, flores, ramos de pino, etc., etc., constituían el adorno. La aglomeración de gente era tal á nuestra llegada, que con dificultad pudo penetrar Su Ilustrísima en el espacioso templo. Entonó el *Te Deum* y dió después la bendición á los fieles. Acto continuo pasó al curato para instalarse en él. Este fué fundado por los Agustinos á raiz de la conquista; pues aquí encontraron una tribu de indios pirindas, que había venido para defender al Rey de Mechoacán, en épocas aciagas para éste.

Es de advertir que en este pueblo se encontraba de Cura el guerrillero D. J. M. Morelos, cuando Hidalgo pasó para Morelia en 1810, que entonces se llamaba Valladolid. Le habló de la insurrección contra la madre patria y fué, sin duda, una de sus mejores conquistas.

En dos días hubo 1.150 confirmaciones y no faltaron niños que instruir, á fin de que pudieran confesarse por primera vez para ser confirmados.

El día 8, á las tres de la mañana, subíamos al carruaje acompañados de no pocos vecinos y un vicario; tomamos el camino de Indaparapeo, parroquia que dista sólo 15 kilómetros de Chavo. Encontramos en los límites al Sr. Cura, un vicario y buen número de jinetes y gente de á pie que venían á recibir á S. Ilma.

El acompañamiento fué en aumento progresivo y el núcleo mayor nos esperaba á la entrada del pueblo con la música municipal. La recepción no fué tan entusiasta como en Chavo; pero estuvo lucida y abundaron los adornos, las flores y el *confeti*.

Allí se encontraba el P. Vicente Escandón misionando con muy buen éxito; era el tercer día y ya la iglesia se encontraba henchida de gente en todos los actos de la santa misión.

Los días que allí permanecimos fueron de trabajo constante en el confesonario; pues sobraba gente y faltaban confesores. Esta necesidad quedó subsanada con los que envió de Morelia el Ilmo. Sr. Arzobispo.

No faltó gente que confirmar mañana y tarde en los días que permanecimos.

El 10 por la tarde se presentó en Indaparapeo el Sr. Vicario de Queréndaro, con una comisión que venía en dos carruajes para acompañar al Ilmo. Sr. Obispo; y sin perder tiempo subimos á los coches y nos pusimos en marcha para dicho pueblo, que es una vicaría de Indaparapeo.

Fuimos recibidos en este pueblo con una animación indescriptible. Los peones de una hacienda inmediata desuncieron las mulas del coche y lo llevaron tirando de él; los adornos, las flores, los ramajes, las cortinas y los arcos eran numerosos; el concurso no podía ser mayor; los cohetes y repiques y música, pero sobre todo la fe y piedad que se notaba en aquellos sencillos corazones, daban mucho realce á la recepción de S. Ilma.

Llegamos directamente al templo, y después de bendecir S. Ilustrísima al inmenso concurso, pasó á la casa del Sr. Vicario que está contigua.

Sólo un día permanecimos en aquella simpática y piadosa población; pero fué de tarea para el Sr. Obispo, que confirmó sobre 1.300 personas, en un templo sumamente pequeño y con un calor para asfixiarse.

El 11, cuando estábamos disponiendo la partida, llegó el Sr. Cura de Zinapécuaro con varios vecinos de la localidad que, en comisión, llevaban carruajes para conducir á S. Ilma.

La tarde era apacible, el camino una calzada de frondosos y corpulentos árboles, las sementeras de trigo á uno y á otro lado, ya dorando; todo contribuía para hacer amena y agradable aquella caminata en coche abierto.

En Zinapécuaro se notaba alguna frialdad, pues por todo adorno se veían las macetas con flores en puertas y ventanas. Con todo no faltaron ni la música, ni los repiques, ni los cohetes, ni la concurrencia que era numerosa, sobre todo á nuestra llegada á la casa cural, que fundaron los Religiosos Franciscanos en el extremo de la población, sobre lo más elevado de una colina.

El P. Vicente Reyes, que murió tan anciano en nuestra Compañía, fué Cura Párroco de Zinapécuaro por los años de 1844 á 1848. Pasó después al Coro de Morelia, y fué Secretario del Ilmo. Sr. Munguía hasta su ingreso en la Compañía.

En los tres días que allí permanecimos pasaron de 1.700 las confirmaciones que se hicieron en el claustro inferior, por estar decorando el espacioso templo.

Allí pude confesar algo, y sólo prediqué una vez; porque la salud estaba un tanto quebrantada y me agobiaba la tristeza con la reaparición del mal de la espina dorsal.

Conocimos en este pueblo la devota imágen del Señor de Araró, que se venera en una vicaría que lleva el propio nombre, y que cada año es conducida á Zinapécuaro desde la semana de Pasión hasta la fiesta de la Ascensión del Señor, con gran acompañamiento, á fin de que reciba especiales cultos. Era muy notable el número de fieles que de continuo visitaban la devota imágen, y las velas y flores que depositaban en su altar.

A las cuatro y media de la mañana subíamos el día 15 en los carruajes que habían de conducirnos á la estación de Huingo, situada á 20 kilómetros de Zinapécuaro, y llegamos con toda oportunidad para acomodarnos en el tren de Méjico. A las once de la mañana nos deteníamos en la estación de San Antonio, que es la más próxima á Zirizícuaro. Allí nos esperaba el Sr. Cura con un millar de fieles y una música uniformada, que de Maravatío había hecho venir exprofeso para que fuera más lucida la recepción de S. Ilma.

No había sino un cochecito de dos asientos; nos instalamos en él y tirado por hombres de buena voluntad la emprendimos de bajada hasta llegar al pueblo. Este es pequeño; pero no es pequeña su fe y piedad. La mostró muy viva en el entusiasmo con que aquellos veci-

nos recibieron al Sr. Obispo. Había en el trayecto más de 60 arcos rústicos; y algunos no carecían de arte. En el último se encontraban sobre pilastras dos niños vestidos de blanco y arrojaron flores deshojadas al pasar S. Ilma.

Fué recibido en la puerta del templo; y bajo palio entró hasta el presbiterio, entonó el *Te Deum,* con las preces acostumbradas; y por último dirigió la palabra á los fieles, agradeciéndoles las muestras de veneración á su persona, y recomendándoles la verdadera devoción á la imagen de Cristo Crucificado en el amor á los trabajos y penas de la vida.

Por la tarde se hicieron las confirmaciones, y yo pude confesar algo en la noche y al siguiente día.

Se encuentra de Cura en este pueblo un asturiano que trabaja con celo y favorece así á los vecinos como al culto.

Serían las nueve de la mañana cuando la emprendimos para la estación y, en obsequio de la verdad, el acompañamiento en nada se diferenciaba del de la recepción. Todos subieron á pie la cuesta, condujeron el coche de igual modo y estuvieron muy devotos al recibir la última bendición del Sr. Obispo.

Llegó el tren, y acompañados del Sr. Cura seguimos para Maravatío, á donde llegamos media hora después. En la estación se encontraban el Sr. Cura D. Jesús Muñoz, dos de sus vicarios y un concurso numerosísimo. Los niños de las escuelas parroquiales estaban en formación, bandera en mano, y en filas emprendieron la marcha tras del carruaje que conducía al Ilmo. Sr. Obispo.

Supimos luego que aquella tarde llegaba de Méjico el P. Cuenca y tuvimos el gusto de saludarle. La Sra. D.ª Soledad Joriello, que venía también de la capital, invitó á S. Ilma. para que bendijera un oratorio particular, arreglado en la próxima hacienda de Huaracha, y por la tarde nos trasladamos á dicha finca en carruajes. Terminada la ceremonia, regresamos á Maravatío.

Allí permanecimos del 16 al 20 y hubo más de 1.100 confirmaciones y mucho trabajo en el confesonario.

El 20 salimos, por la tarde, para el mineral de Angangueo, donde trabajan actualmente como 3.000 operarios, por el ramal de Zitácuaro. No dejó de llamarnos la atención ver que, en Irimbo y en Aporo, se encontraba la gente aglomerada en la estación sólo para recibir la bendición que les daba S. Ilma. desde la plataforma de los coches.

El Sr. Cura interino, acompañado de seis vecinos, habían ido en

comisión por el tren hasta Maravatío, para presentar sus respetos á S. Ilma., y regresar en su compañía.

Cuando llegamos á la estación, la multitud se encontraba apiñada; la animación de aquel pueblo no es para descrita. Al subir al carruaje el Sr. Obispo, se escucharon vivas y aplausos.

Es de notar que en esta recepción tan entusiasta tomaron parte muy activa algunos norteamericanos protestantes, y se manejaron tan bien como los católicos.

En coche abierto recorrimos dos kilómetros más ó menos que dista el curato de la estación; y en tan largo trayecto no faltaron elegantes arcos, construídos *ad hoc,* con insignias episcopales, y abundaron los adornos y las flores. Como buenos mineros lucieron sus habilidades en el manejo de la dinamita y hubo cohetes y disparos al por mayor. Ya era de noche cuando llegamos al centro de población, y por lo mismo podía lucir mejor el alumbrado de farolillos venecianos que en buen número adornaban las portadas de las casas y el atrio del templo.

Las señoritas arrojaban flores y *confeti* desde los balcones; pero lo que más agradaba al pueblo, era ver cómo se abrían las granadas colocadas en los arcos y arrojaban *confeti* al pasar el carruaje.

Al llegar al templo el gentío era inmenso; la animación había llegado á lo sumo: y con todo, aquella multitud se encontraba en extremo recogida y devota durante el *Te Deum,* y al dirigirles S. Ilma. unas cuantas frases agradeciéndoles la recepción y haciéndoles saber que venía para confirmar en la fe á todos, grandes y pequeños.

La comisión acompañó á S. Ilma. hasta la sala del curato y en nombre de todos, tomó la palabra un Doctor. Dió la bienvenida á S. Ilma. en frase correcta y dejó ver sus conocimientos de historia.

Allí hubo sobrado en qué trabajar, tanto en la instrucción de los adultos como en el confesonario, á fin de que se confirmaran en gracia. No creo que bajaran de 300 los adultos que recibieron este sacramento. Prediqué algunas noches y en la misa mayor del domingo; además dije algunas pláticas á los obreros, Hijas de María y Catequistas.

Hubo en esa población muy cerca de 3.000 confirmaciones.

La junta encargada de los festejos organizó una velada muy rumbosa en honor de S. Ilma.; constaba de 16 números en el programa; pero además declamó una composición poética en alejandrinos el Secretario de la Jefatura. Duró tres horas y media, tiempo sobrado para discursos, recitaciones, diálogos, canto y piano.

En esto, como en todo, se vió palpable la buena voluntad de aquellos vecinos en colmar de atenciones á S. Ilma., quien les manifestó su reconocimiento en breves frases, al terminar la velada.

La víspera de partir, comieron á la mesa los Sres. Gerentes de las negociaciones mineras y otras cuantas personas de representación y se mostraron todos muy correctos y finos con S. Ilma.

El día 25 después de celebrar el santo sacrificio, salimos á las siete de la mañana para la estación, y á las ocho decíamos adiós al Sr. Cura, que con la comisión había venido á despedirnos. El Sr. Obispo bendijo á todos, y partimos para Irimbo, acompañados de un Vicario de Angangueo; una hora después hacíamos alto en la estación. El Sr. Vicario, algunos particulares, buen número de jinetes y gente del pueblo esperaban á S. Ilma. en el andén. Subió en seguida al carruaje y á todo correr tomaron el camino del pueblo. Todo estaba de antemano arreglado, y así pudieron hacerse poco después las confirmaciones en aquel antiquísimo templo, en número de 589.

A media tarde se presentó en Irimbo el Sr. Cura de Taximaroa ó Villa Hidalgo, acompañado de 8 caballeros de lo más granado de sus feligreses, que llevaban magníficos carruajes para conducir á S. Ilma.

Volando más que corriendo hicimos el camino, que mide 10 kilómetros, y llegamos en medio de las manifestaciones más espontáneas de entusiasmo, fe y piedad.

Taximaroa tiene más pretensiones que importancia, y se esmeró en la recepción del Sr. Obispo. Había varios arcos adornados con gusto y arte. Música, repiques, cohetes, adornos y flores hubo en abundancia y sobre todo un gentío inmenso acompañó á S. Ilma. al templo de la Purísima, donde estuvo un momento, y en seguida vino á hospedarse en el curato; pues el templo parroquial está cerrado al culto, porque lo están decorando: en ello llevan gastados ya cerca de 10.000 pesos.

Los cuatro días que allí permanecimos fueron las confirmaciones en dos corredores del vetusto convento que sirve de habitación al Señor Cura y llegaron á 2.577.

S. Ilma. dirigió la palabra en una Asamblea á las señoras de la Conferencia de San Vicente, y por cierto está muy bien organizada.

Allí también dedicaron al Ilmo. Sr. Obispo una velada modesta, sí, pero la concurrencia fué muy escogida y el Sr. Prefecto tomó asiento al lado de S. Ilma. Sólo duró hora y media; pero los niños y niñas de las escuelas parroquiales, que fueron los que tomaron parte más activa en el acto, lo hicieron bastante bien. El Ilmo. Sr. Obispo dió las gra-

cias á todos y recomendó la misión como medio de conservar la fe y las sanas costumbres.

Informaron á S. Ilma. de la extensión de este curato, que mide más de 40 leguas en su parte longitudinal, y determinó hacer una visita á la Vicaría del Caracol. No faltó quien exagerara la distancia y lo trabajoso del camino; tampoco faltó quien augurara poco éxito en la visita; pero S. Ilma. previendo el inmenso bien que podía hacerse á las almas, no cejó de su propósito y dispuso la salida para el sábado.

En efecto, á las cinco y media de la mañana salíamos de Taximaroa acompañados del Sr. Cura. Este viaje llamó sobremanera la atención de los habitantes de la sierra; pues no había memoria de que Prelado alguno la hubiera emprendido por aquellos rumbos.

Serían las once cuando hicimos alto, y á la sombra de espesos bosques tomamos el alimento y procuramos descansar. A las tres subíamos de nuevo á los caballos y en hora y media llegamos á San Isidro de Buenavista, llamado el *Caracol* por el número sin número de vueltas y revueltas que hay que dar para llegar al pueblo, situado ya en el descenso de la costa.

La gente acudió de muchas leguas á la redonda, y era de ver cómo no hubo un solo rancho en donde no se encontraran arcos rústicos y adornos florales. El pueblo se encontraba muy adornado; el concurso numerosísimo y los cohetes se dispararon á millares para celebrar tan grande acontecimiento.

Sólo dos días permanecimos allí y pasaron de 1.800 los que recibieron la confirmación; pero lo más notable fué que pasaron de 600 los adultos que recibieron este sacramento, y entre ellos había decrépitos ancianos. Esto hizo que pasáramos largas horas en el confesonario disponiendo sus almas para recibir en gracia la confirmación.

El martes 3, al esclarecer el día, la emprendimos de regreso para recorrer los 60 kilómetros que hay de camino á Taximaroa; y en verdad que los caballos trabajaron como buenos. No hubo novedad particular en el camino, fuera del natural cansancio, y llegamos á buen tiempo, después de haber tomado el alimento de pie á la sombra de unos árboles; pero si hubiéramos tardado algo más nos hubiéramos mojado con el chaparrón de aquella tarde.

Allí pasamos la noche, y el 4 por la mañana salimos en carruajes para Irimbo, á fin de tomar el tren que debía conducirnos á Maravatío; pues es de saberse que el Sr. Cura había invitado á S. Ilma. para que celebrase de pontifical el día 5, fiesta de la Ascensión del Señor.

Así se cumplió, con toda la solemnidad del rito; y terminado el Credo subió S. Ilma. al púlpito y predicó un sermón en toda regla, sobre el misterio del día, y fué escuchado con avidez por la multitud que henchía el espacioso templo.

El día 6 por la tarde dejábamos á Maravatío y en el tren de Méjico nos dirigimos á Acámbaro; aquí trasbordamos en el ramal de González y á las siete de la tarde nos deteníamos en Salvatierra. En la estación esperaban á S. Ilma. el Sr. Cura, algunos eclesiásticosy numerosa concurrencia; pero la lluvia hizo que no se luciera el recibimiento. A toda prisa subieron al tranvía, y se dirigieron á la casa cural donde quedó instalado S. Ilma.

Salvatierra es una población de 15.000 almas y regular comercio por la industria; tiene algunos templos hermosos, y en el del Carmen se hicieron las confirmaciones en número de 2.372.

Se venera en el templo parroquial como Patrona la Vigen de la Luz; y es notable la devoción que la tienen. El día 9 la bajaron del nicho para colocarla bajo dosel y acudió muchísima gente á las letanías, procesión y á pasar bajo su manto. A esta solemnidad asistió S. Ilma. de capa y mitra.

En su honor se celebró el día 11 una gran fiesta; los maitines fueron muy lucidos, tanto por la iluminación de cera como por el clero que asistió á ellos. La misa de comunion general no dejó que desear, y á ésta se siguió la de pontifical, que dió principio con la *Tercia* que se entonó á las ocho de la mañana. El sermón estuvo á cargo del señor Canónigo Hinojosa, que es además Gobernador de la S. Mitra. Terminó la solemnidad á las once, y en la tarde hubo un ejercicio muy concurrido, en el cual prediqué con gusto á aquel pueblo tan devoto de la Virgen María.

El día 12 á las seis de la mañana llegaba el Sr. Cura de Tarimoro, con una comisión de sus feligreses, para acompañar á S. Ilma. A las siete subimos á los carruajes y en dos horas llegamos al pueblo, donde fuimos recibidos con las mismas muestras de regocijo y veneración que hicieron á S. Ilma. en todas partes.

La gente es sencilla; pero muy devota y frecuenta los sacramentos; las confirmaciones fueron 1.335. El Sr. Prefecto visitó varias veces á S. Ilma., y según parece hace profesión de católico.

El 14 por la tarde salimos de Tarimoro para la estación de Cacalote y allí montamos en el tren para dirigirnos á ésta de Celaya.

No necesito encarecer á V. R. lo bien que hemos sido recibidos

por el venerable anciano Sr. Cura Góngora; quien no pierde ocasión alguna para mostrar su afecto á la Compañía.

Esta noche saldrá S. Ilma. para Tepatzotlán y yo me dirijo á León, según las instrucciones de V. R.

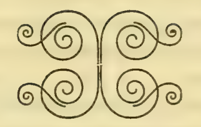
Antes de concluir, debo dejar consignado que los Sres. Curas de la Archidiócesis de Michoacán se han mostrado muy obsequiosos y atentos con S. Ilma.

Haremos el resumen. En 39 días recorrimos 9 parroquias y 3 vicarías; caminamos 332 kilómetros en tren, 121 en coche y 120 á caballo. Hubo: 18.693 confirmaciones, 2.116 confesiones y 17 entre sermones y pláticas.

Sin más por ahora me encomiendo muy de veras en los SS. y OO. de V. R.

Infimus in Cto. s. et f.,

P. CABRERA, S. J.



MÉJICO–RESIDENCIA I

MISIONES EN JUXTLA, CACAHOATÁN, UNIÓN JUÁREZ,
MAPASTEPEC, PIPIJIAPÁM, EL SAGRARIO DE MÉJICO, PACHUCA,
SAN JUAN DEL RIO, SAN LUCAS Y CANATLÁN

Cartas del P. Modesto Izaguirre al R. P. Provincial.

Juxtla Chico 6 de Enero de 1910.

R. P. Provincial.

El 22 de Diciembre de 1909 salimos de Metapa acompañados de más de 60 hombres á caballo. Con la polvareda que se levantaba y con el sudor que nos corría por todo el cuerpo, parecíamos fogoneros.

A una legua del pueblo nos encontramos á los indios que nos esperaban con sus chirimías y tambores, cuyo ruido descomunal tuvimos que tolerar por una hora.

A la entrada del pueblo estaban más de 200 niños y niñas que levantando las banderas mejicanas, vitoreaban á los PP. Misioneros, y acto continuo comenzó una lluvia de flores que nos transformaron en un verdadero jardín.

El pueblo todo vestía sus mejores galas; arcos triunfales se veían por doquiera; y la gente toda acompañó á los misioneros á la iglesia, donde se dió comienzo á la misión.

Aquí hemos tenido que andar entre pintos de diversos colores y fetidez, y combatidos por las ratas, mosquitos, escarabajos y otras tantas alimañas, amén del calor y de la ignorancia crasa y supina de las pobres gentes que no saben la mayor parte de ellos ni persignarse; mas, gracias á Dios, no tenemos otro achaque sino el cansancio y fatiga.

Desde el primer día se entusiasmó mucho la gente, y el entusiasmo creció de día en día, de manera que se han confesado 1.419 personas, cuya mayoría no tenían propósito de hacerlo; pues no acostumbran por aquí á llamar al Padre ni cuando se enferman, sino que mueren como viven, como animales, mas ahora sintieron la gracia de Dios y se acercaron muy arrepentidos á confesar todos sus yerros.

Los protestantes estaban muy bien haciendo su agosto; pero recibieron unos rapapolvos, que creo tendrán que emigrar ó quedarse callados. Varios y varias de estos infelices se acercaron á confesarse, y entre ellas había algunas de esas señoritas, que parecen notabilidades y que vinieron muy humilditas á declarar la gran cosecha espiritual de sus almas.

Como unas 20 de estas personas abjuraron sus errores y era tal el consuelo que sintieron las pobrecitas, que á cada paso se andaban reconciliando para poder comulgar todos los días de la misión.

Esta pobre gente ha estado muy abandonada y de aquí la ignorancia en que se encuentran. Casi reventábamos por el trabajo; pues tuvimos que constituirnos en catequistas, é irlos instruyendo, en grupos, antes de confesarlos; de ahí que á fuerza de darle y darle se les metió en la cabeza lo más esencial. Y se les grababa de tal manera, que al confesarlos y preguntarles: «¿Es la primera vez que te confiesas?—Un solo Dios verdadero, respondían.—No, no te pregunto eso; sino, si te has confesado alguna vez.—En el cielo y en la tierra y en todo lugar, Padrecito.—Bueno, pero cuando vinieron los otros Padrecitos, ¿viniste así como ahora?—Sí, Padrecito». Ya con esto sabía uno que aquella persona se confesó en la otra misión, y no había más que paciencia y tratarlos con toda amabilidad, porque de otra manera se hubieran acabado muy presto las confesioses.

En los sermones sí, clarito y duro, para meterles el miedo en el cuerpo, y así los pobrecitos venían muy arrepentidos. Aunque cuando se les preguntaba: «¿Te arrepientes de tus pecados?», respondían: «No, Padrecito.—¿Quieres que te lleven los diablos y te den tizonazos y te hechen al fuego?—Dios no lo permita, Padrecito». Ya con esto tenía uno el motivo suficiente para la absolución.

Ya puede V. R. imaginarse si estaremos cansados, y por eso determinaré descansar aquí tres días; al mismo tiempo vamos confesando á algunos y algunas de los rezagados y rezagadas.

Cacahoatán 15 de Enero.

El día 9 del presente salimos de Juxtla Chico, acompañados de unos 200 hombres de á caballo, y nos dirigimos á Cacahoatán, donde no se esperaba mucho fruto.

Llegamos al pueblito y nos confirmamos en la idea que nos habían dado; pues ni un alma nos salió á recibir hasta la entrada del pueblo, donde había algunas personas que parecían estar allí por curiosidad.

Se repicaron las campanas y ya comenzó á venir la gente; se descargó el primer cañón, y ya al día siguiente se había oído por todos aquellos alrdedores; comenzó el entusiasmo y en los cuatro días que estuvimos, confesamos más de 500 personas y se hicieron más de 30 matrimonios.

Esta pobre gente que se mostró tan apática al principio, ahora nos quiso acompañar por dos leguas de camino, hasta que les mandamos que se volvieran, lo que hicieron con muchas lágrimas en sus ojos.

Mapastepec 21 de Enero.

El 15 del presente salimos de Cacahoatán y nos dirigimos á la Unión Juarez, pueblo muy digno de llevar tal nombre.

El camino es muy escabroso y montañoso y así tiene uno que ir serpenteando todo el tiempo; hasta que se llega á la falda del volcán de Jakana, territorio guatemalteco.

Las autoridades de este pueblo hicieron cuanto pudieron para que no entrásemos en aquel pueblo, mas no pudiendo evitarlo, prohibieron que se tocase las campanas y que saliese la gente á recibir á los Padres, ó que se hiciese demostración alguna en su favor, y así entramos tan en silencio, que ni siquiera los perros salieron á ladrar.

Habían pensado sin duda que nosotros, al ver aquella frialdad, daríamos media vuelta y nos volveríamos al punto; mas no conocían el temple de los misioneros rurales. Mandamos al P. Cura, que es hombre de puños, se viese con el Presidente y le preguntase claramente lo que intentaba hacer, para que nosotros hiciésemos los arreglos con el

Sr. Jefe Político de Japachula. El Presidente dió miles de excusas y dijo que podíamos tocar las campanas para los actos religiosos: así lo hicimos y nadie se metió con nosotros en los cinco días que estuvimos allí.

El clima de aquel pueblo es muy frío, pero la gente es mucho más fría; pues casi todos son cachucos ó guatemaltecos, que es lo mismo que decir que son un cero á la izquierda en punto de religión.

En aquel pueblo y los alrededores son contadas las personas que han hecho su primera comunión, pues, como dicen los pobrecitos «en nuestra tierra no hay religión».

Mas algo se hizo: se confesaron más de 200 personas, y se arreglaron 21 matrimonios.

No se hizo más, porque los hacendados prohibían á sus trabajadores, bajo pena de fuertes castigos, el que salieran de las haciendas para venir á la misión: ¡y todavía se dirá que no hay esclavitud en Méjico!

Mapastepec 27 de Enero.

Al llegar á este pueblo de Mapastepec, después de la Unión Juárez, creíamos andar de Herodes á Pilatos. Se presentó este pueblecito con una frialdad glacial, y una indiferencia y apatía que sus moradores parecían indios apaches; casi todos huían como ciervos espantados, y á duras penas se atrevían á asomar las narices fuera de la puerta. Mas la paciencia lo vence todo, y con una gota de miel se doblegaron los ánimos, y confesamos 375 personas y se hicieron 14 matrimonios, donde no se esperaba cosa alguna.

Casi toda la juventud del pueblo se confesó, y de los hombres y mujeres sólo los casados por la Iglesia; porque la demás gente se quedó como estaba, «*me quieres talego, te quiero costal*». Así dicen que están contentos. Mas ¿qué culpa tienen los pobrecitos de tanta ignorancia, cuando el Cura los visita sola una vez al año y eso para el día de la fiesta?

Jonalá 1.º de Febrero.

El día 26 del mes pasado salimos de Mapastepec acompañados de toda la población, que tan fría é indiferente se había mostrado y no

quisieron dejarnos hasta que se fué el tren, que llegó con dos horas de retraso.

El mismo día á las tres y media de la tarde llegamos á la estación de Pipijiapám que estaba atestada de gente con palmas, ramos y ramilletes de flores en las manos; y así, en medio de aquella pobre gente llena de entusiasmo, hicimos la entrada triunfal en aquel pueblo.

El entusiasmo creció *to nhite heat* y no podíamos dar abasto á los que se acercaban de todos aquellos montes, que parecían conejos que iban saliendo de las gazaperas.

En los cinco días y medio que duró la misión se confesaron 937 personas, muchos jóvenes de ambos sexos, de 18 años para arriba, y bastantes viejos y viejas; los matrimonios fueron 42.

Al salir del pueblo le avisé al P. Cura que saldríamos sin tocar campanas, ni dar previo aviso; porque bastante incómodo era el excesivo calor que había que sufrir en el largo trayecto desde la iglesia hasta la estación, sin tener el polvo que es tan abundante en estas regiones. Mas nos salió el tiro por la culata; puesto que luego lo supieron, y ahí vienen enjambres de hombres y mujeres, niños y viejos, y así tuvimos que ofrecer al Señor el polvo y el calor, que como la tierra es arenosa, pasaba hasta las plantas de los pies.

Anoche á las once y media llegamos á Jonalá y hallamos á los PP. Tomé y Laviano, que estaban muy entusiasmados de su misión en esta ciudad.

Méjico 12 de Marzo.

La misión del Sagrario Metropolitano, que el P. Pascual Díaz y un servidor de V. R. comenzamos el 15 de Febrero, terminó el 9 del presente mes con un éxito inesperado.

Desde el primer día se dejó ver el entusiasmo, que auguraba el feliz éxito que, por la gracia de Dios, ha tenido.

Casi las tres semanas que duró la misión, se llenaba la iglesia, que es de tres naves, y hubo días que hasta en las pilas del agua bendita se veía subida á la gente. El auditorio en su mayor parte se compuso de la gente acomodada y de la clase media; dejándose ver muchos caballeros y jovencitos sobre todo de la clase acomodada.

También muchísimas señoras y señoritas, de las que usan esos sombreros donde se puede cobijar medio regimiento de caballería; y á pe-

sar de ir tan peripuestas y pintiparadas, se las veía estar de pie desde las seis y media de la tarde hasta las ocho ú ocho y cuarto de la noche, sin que se les ocurriera el irse. Los hombres y los caballeros, de la misma forma: ni se movían siquiera, todos estaban con una atención que le hacía á uno entusiasmarse.

Algunos tontos de capirote decían que era el magnetismo que poseían los Padres, y que como las víboras atraen á los pajaritos, así también tenían al auditorio sin pestañear; mas la gracia de Dios es la que obraba estas maravillas, porque desde el primer día les dije que no esperasen flores, ni poesía, ni se hiciesen la ilusión de que íbamos á hablar para satisfacer la curiosidad, sino que veníamos en nombre de Dios á tratar asuntos de suma importancia y de la manera más sencilla. Y así cumplimos lo prometido, y todos escucharon con tanta atención que se pudiera haber oído el zumbido de una mosca, si hubiera pasado entonces por medio del auditorio.

Ya comprenderá V. R. que el fruto de las confesiones fué, por varios conceptos, muy estimable.

Las comuniones pasaron de 8.000 y los casamientos pasaron de 100; mas con todo este trabajo se enfermó el P. Pascual Díaz que está en cama, y según me dicen estaba ayer delirando por la calentura.

El P. Ortíz, mi antiguo compañero, está tan decaído que á duras penas puede andar; yo, por la gracia de Dios, estoy muy bien.

Pachuca 24 de Marzo.

El 14 del presente mes el P. José González y yo comenzamos la misión en el mineral de Pachuca, población minada por los masones y las diferentes sectas protestantes, que con sus escuelas y sus regalos iban atrayendo á muchas personas.

Con estos antecedentes y la proverbial frialdad del Estado de Hidalgo, echado á perder por los jacobinos Cravioto y comparsa, y el natural descuido y negligencia, especialmente en Pachuca, de la gente minera; el aspecto no podía menos de ser lo más lúgubre y desconsolador para los misioneros: mas la gracia de Dios, tan poderosa, triunfó en los corazones de los pachuqueños.

La iglesia, que es bastante grande, se nos llenaba de bote en bote,

notándose con gran satisfacción que la mitad de la iglesia estaba llena de hombres de todas clases.

Todos los sermones fueron un continuo fuego graneado, sobre todo desenmascarando al protestantismo y sus métodos, y haciéndoles ver cómo los protestantes eran lobos carniceros vestidos con piel de oveja, que aparentando mucho amor á Jesucristo eran sus mayores enemigos.

El entusiasmo del pueblo fué creciendo de día en día, y el auditorio no disminuía; y así, tanto á las cinco de la mañana, en que se tenía la misa, como á la distribución de la noche, la iglesia estaba llenísima de gente.

El día de Nuestra Señora de los Dolores, 18 del presente, hubo la comunión general de los niños y niñas en número de más de 500.

Las confesiones de personas mayores fueron muy cerca de 3.000; consoladoras, no sólo por el número, sino por la calidad. Muchas personas que iban á los oficios protestantes, volvieron muy arrepentidos al redil de Jesucristo; y niños y niñas que asistían á las escuelas protestantes, están dejando de asistir á ellas.

Hay también una escuela particular de un impío, que es un verdadero demonio, y á los 300 ó más alumnos que tiene, les hacía gritar á voz en cuello, todos los días, que habían de aborrecer á los curas, que no se habían de confesar ni ir á misa, que no creyesen que había un Dios; y después, colocando la imágen de María Santísima de Guadalupe en el suelo, les hacía pasar por encima de ella: en varias ocasiones, pero en especial un día, pinté con tales colores el salvajismo é inmoralidad y antipatriotismo de tal escuela, que los padres de familia comenzaron á sacar á sus hijos de aquel foco de corrupción.

También se confesaron de 14 á 16 maestras de las escuelas del Gobierno, y 2 de las directoras; matrimonios fueron unos 70 los que se arreglaron. Dios sea por todo bendito.

San Lucas 3 de Mayo.

El día 20 de Abril llegamos á San Juan del Río, Durango, y entramos tan tranquilos y tan pacíficos, que parecía la ciudad un cementerio. Con tales presagios no nos prometíamos nada halagüeño; mas nos equivocamos completamente.

Por la noche comenzamos la misión, y fué tan grande el gentío, que la iglesia era muy pequeña para contener la gente; el entusiasmo comenzó á cundir por todas las rancherías y pueblos vecinos, y al comenzar las confesiones ya no dábamos abasto los dos Padres misioneros, ayudados por el Sr. Arzobispo y otros cuatro sacerdotes.

La comunión de niños y niñas estuvo muy lucida, no por sus vestidos, pues los más eran pelandines, sino por el número, que pasó de 600, y por la devoción y el fervor con que se acercaron, debido á los grandes esfuerzos del P. Gabriel Ortíz, que es especialista en esta materia; después se les dió una comida en el parque, y la sirvieron las señoritas principales de la población.

Las confesiones fueron más de 4.500; pues el P. Ortíz y yo oímos 2.205, y S. Sría. seguramente que oiría por lo menos unas 602, pues todo el tiempo que podía se pegaba al confesonario, con una asiduidad que edificaba; solamente los curitas, como de costumbre, comenzaron á esquivar el trabajo y á mostrarse remolones; hasta que al tercer día se me acabó la paciencia, y cuando todos ellos estaban con tantas ceremonias ayudando al Sr. Arzobispo en la misa, anuncié al pueblo que acudiese cuanto antes á confesarse, porque todos los Padrecitos se sentarían á confesar, pues esperaba que nos ayudarían por ser este su deber y obligación. ¡Santo remedio! desde entonces estuvieron muy asiduos en el confesonario y así pudimos confesar tanta gente.

El Sr. Arzobispo no llegó hasta el tercer día de comenzada la misión y le hicieron una recepción regia, como se lo merece.

El Sr. Arzobispo de Durango, Sr. Mendoza, es un verdadero jesuíta, no en el hábito, sino en el espíritu; le encanta verdaderamente el estar con nosotros, y cuando estamos solos con él habla con una devoción y una ternura de Nuestra Madre la Compañía, que se siente uno enfervorizado.

En la mesa, tanto en la comida como en la cena, se lee un capítulo del Kempis; después de cada comida se hace la visita al Santísimo; sigue el recreo por unos quince minutos, que lo pasa con nosotros, y después cada mochuelo á su nido, para descansar lo suficiente á fin de que no se corrompa el *subjecto.*

El lunes 1.º de Mayo acabamos la misión con una comunión general de unas 1.500 personas, que ofrecieron la comunión por las benditas almas del Purgatorio. Ya desde el tercero ó cuarto día, la comunión diaria era de 800 á 900 personas.

En San Juan del Río confesamos muchísimos hombres, y entre

ellos unos 30 ó 40 catrines, que no habían pensado en confesarse jamás; pero que al acercarse temblaban como cañas, ellos que pocos días antes hacían alarde de no creer en nada y de no tener miedo alguno de que los Padres misioneros les hiciesen cambiar de opinión. Por esto venían temblando los pobrecitos, mas cuando veían la sonrisa que se asomaba en el rostro del misionero, ya daban un suspiro de desahogo y descubrían su corazón con toda sinceridad y arrepentimiento.

El lunes por la tarde, en medio de un sol abrasador, y una polvareda levantada por más de 300 caballos, llegamos al mineral de San Lucas, y acto continuo comenzaron la Visita Pastoral y la misión; mas todavía es difícil pronosticar cuál será el resultado.

Probablemente estaremos aquí unos seis ú ocho días, y después pasaremos á Canatlán. Aquí será inútil que escriba V. R., pues no hay correo; lo más seguro es escribir al Apartado 114, Durango, que es el del P. Bustamante, quien está al tanto de dónde andamos, y me mandará la carta sin que haya peligro de que se pierda.

De salud estamos bien, gracias á Dios, y el P. Ortíz se está poniendo tan gordo que no se ve que haya estado enfermo.

P. D. Parece que no hay más remedio que seguir con S. Sría., pues le sirve de mucho estar con nosotros, y siempre podremos contar con que nos ayuden el Sr. Arzobispo y los dos Padres que le acompañan.

Canatlán, Durango, 24 de Mayo.

El 12 del presente salimos para Canatlán y la recepción fué tan fría y tan apática (á pesar de que venía el Sr. Arzobispo con nosotros) que jamás he visto, en pueblo alguno de la República, cosa semejante. Las calles estaban desiertas, como si sus habitantes estuvieran todavía bien dormidos, y eso que eran las once de la mañana. Ni un arco, ni una bandera, ni siquiera un trapo viejo: esto nos dió mala espina y creímos haber tropezado con una roca muy dura.

Comenzamos la misión con un auditorio de unas 1.000 almas, pero tan frías y tan indiferentes, que nos oían ó parecían oirnos como quien oye llover. Tres días estuvimos desgañitándonos y descargando fuego ametrallador, y aunque el auditorio iba creciendo, se cumplía lo que dice la Escritura: «*Multiplicasti gentes, sed non multiplicasti laeti-*

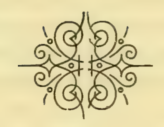
tiam». Porque todos se mostraban de la misma manera. Mientras tanto nosotros nos cubríamos de polvo y de sudor; mas al fin se rompió el hielo y en los doce días que estuvimos aquí, se confesaron como unas 5.000 personas.

Hoy salimos para Durango, en donde encontramos al P. Benitez en casa del P. Bustamante, y aquí estaremos, Dios mediante, hasta el lunes 30, en que el P. Ortíz y yo saldremos para Santiago Papasquiaso y el Sr. Arzobispo nos seguirá ocho días después.

Estamos muy bien de salud y llenos de vida y de fuerzas.

Con saludos y afectuosos recuerdos del P. Ortíz y míos á V. R. y á todos los Padres y Hermanos de esa, quedo de V. R. *inf. servus in Christo,*

M. IZAGUIRRE, S. J.



EL LLANO

PRIMICIAS APOSTÓLICAS DEL P. DIONISIO CABEZAS EN LA PROVINCIA DE MÉJICO

Carta del mismo Padre al R. P. Provincial.

Jacona 25 de Diciembre de 1910.

Amadísimo Padre Provincial: Al pie del Niño Jesús, en su portalito de Belén, acabo de ofrecer al Sumo Bien por nosotros nacido, las primicias de mis trabajos en esta bendita tierra mejicana. Y ya que se las he ofrecido al Señor, se las ofrezco también á V. R., haciendo de ellas un breve relato.

Cuando V. R. me mandó á Tulancingo, á dar los Ejercicios al clero, confieso á V. R. que el corazón se encogió un poco, así como si un grave peso lo oprimiese. Acudí al cielo en demanda de auxilio y me sentí fuerte, trayendo á mi memoria aquellas palabras: *Vir obediens loquetur victorias,* y vea V. R. si son victorias las que le voy á contar.

Los 18 sacerdotes entraron muy bien en los Ejercicios: se caldearon hacia el fin de tal manera, que los vi repetidas veces llorar como unos niños. Ahora sí que entiendo lo eficaces que son los Ejercicios para mover las almas. ¡Si viese V. R. con qué docilidad y confianza ponían aquellos señores sus almas y sus asuntos en mis manos, esperando hallar oportuno remedio! Varios de estos señores habían hecho

los Ejercicios hacía pocos meses con un Religioso de otra Orden, pero según me dijeron, era tal el vacío que les quedó en el alma, que no se sosegaron hasta pedir al Prelado hacer los Ejercicios con un Padre de la Compañía. Al terminar los Ejercicios me dijeron aquellos señores que el vasito del alma quedaba tan lleno, que ansiaban ya el momento de darlo á libar á las muchas almas que los rodean.

El saludo que dichos sacerdotes me hicieron al despedirse fué tan afectuoso y tan encomiástico de nuestra Compañía y de mi inútil persona, que á la par que me confundió, por lo que á mí tocaba, me llenó de consuelo, por lo que oí decir de nuestra santa Madre. Como prueba de afecto quisieron aquellos buenísimos sacerdotes retratarse conmigo, á lo que me pareció oportuno acceder, pues los vi en ello muy empeñados.

Cuando me disponía á salir de Tulancingo para Méjico, recibí la muy atenta de V. R. en la que me decía, habían quedado los señores sacerdotes muy complacidos de los Ejercicios y que podía aceptar los Ejercicios que me ofrecían para las señoras en la Catedral. Aquellos Ejercicios se convirtieron en una misión á toda la ciudad, para preparar la gran Peregrinación á Nuestra Señora de Guadalupe que todos los años tiene lugar. Este año ofrecía varias dificultades dicha Peregrinación, por los temores muy fundados de que los hombres fuesen *enganchados,* como aquí dicen, para la guerra, que entonces comenzaba. Además el año anterior descarriló el tren de los peregrinos, murieron dos y hubo varios heridos. Como comprende V. R. estos antecedentes no favorecían nada á la misión; reconociendo la dificultad, redoblé mi trabajo y acudí al Señor en demanda de auxilio, y vi con grande satisfacción crecer de día en día el entusiasmo por la misión. La prediqué yo solo: el primer sermón era á las seis de la mañana; el segundo, era una conferencia á las señoras, sobre la educación de sus hijos; y el tercer sermón era á las seis de la tarde: á éste, sobre todo, el concurso fué tal que venía á llenar la espaciosa nave del templo. El objeto de la misión no era otro que mover los ánimos para la Peregrinación, y me dijo el Sr. Secretario de la Mitra que si conseguía 100 peregrinos de la ciudad, el éxito sería grande: á Dios gracias, salí de Tulancingo con 1.200 que, unidos á los otros, que de distintas poblaciones de la diócesis acudieron, formaron un contingente de 7.500 peregrinos, á todos los cuales tuve la satisfacción de presentar á la Santísima Virgen de Guadalupe, en el sermón que á las cinco de la tarde prediqué en su gran Basílica mejicana.

Era el día 7 de Diciembre, víspera del gran día en que recordaba mi entrada en la Compañía; 33 años hacía, y tan fausta fecha la vine á celebrar metido en un tren, entre el silbido y el vertiginoso rodar de la locomotora. Pero como era la voluntad de Dios la que me llevaba, celebré allí mi entrada en la Compañía muy contento, y aún me parecía iba despacio el tren que me conducía á Querétaro, á donde llegué á las tres de la tarde, para comenzar aquella misma tarde los Santos Ejercicios á los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Estos eran en número de 60, reunidos de varias casas de la República, con su Provincial al frente. La buena disposición que tiene la espaciosa casa que dió á estos Hermanos el Sr. Obispo, la puntual observancia y silencio de la Comunidad y el fervor con que todos hacían las meditaciones, contribuyeron á hacer de estos Ejercicios, como un trasunto de los nuestros, y confieso á V. R. que me proporcionaron unos días de gloria de que no me olvidaré jamás.

Cuando estaba en el promedio de los Ejercicios me ocurrió un caso edificante, de que es justo dé cuenta á V. R. Deseoso de mandar á Zaragoza algún ejemplar de las célebres minas de ópalos de Querétaro, fuí á visitar á uno de los opaleros de la ciudad, al que me encontré enfermo del trancazo. Apenas me vió el pobre hombre me pidió la mano para besármela con gran respeto, y emocionado me dijo: «¿Qué Angel de Dios le habrá traído á V. á mi casa? Es la primera vez que caigo en cama y creo es un aviso de Dios: por lo que pueda ocurrir, desenrédeme la conciencia que la tengo muy embrollada». Después de esto comenzó el hombre su confesión y la terminó muy á satisfacción mía y creo que á satisfacción del Señor. A los pocos días de mi salida de Querétaro supe que aquél hombre había muerto confortado con todos los santos sacramentos de la Iglesia y entonces, con gran consuelo de mi alma, veneré los justos juicios del Señor, pues vino á mi mente otro caso muy distinto que me sucedió en Tulancingo, y á propósito he reservado para este lugar, porque se vea cuán insondable es el humano corazón.

La víspera de mi salida de Tulancingo me encargó el M. I. Sr. Secretario de la Mitra, fuese á visitar en su nombre á un señor amigo suyo, que estaba en peligro de muerte y había rechazado á cuantos sacerdotes se habían interesado por su bien. Tomé el carruaje á la una de la tarde y en tres cuartos de hora corrí las dos leguas de camino que de aquella casa me separaban. El enfermo me recibió muy bien y entró en conversación muy animada, la que fuí yo conduciendo hacia

el asunto que á los dos nos interesaba: mas ¡ay! que apenas olió el caballero que había de parar aquello en una confesión, con gran cortesía se escapó por la tangente, diciendo que agradecía mucho mi celo por su bien, pero que tenía la satisfacción de decirme lo tenía ya todo arreglado con el cura del pueblo. Figúrese V. R. cómo recibiría yo semejante mentira. Disimulé como pude mi asombro y aunque le hice reflexiones sobre la conveniencia de echar de nuevo una ojeadita hacia el fondo del alma, todo fué inútil, pues siempre se atenía á que todo estaba arreglado. No era prudente insistir más, pues fácilmente hubiera comprendido nos habíamos hablado los sacerdotes y abandoné aquella casa en medio de la consternación de la familia. Cuando me alejaba ya con el coche, me llamaron para confesar, no á aquel caballero, sino á su anciana ama de leche, la cual enterada de la resistencia de aquella alma quiso ofrecerse á Dios para que la ablandase; y para hacer agradable al Señor su oferta, se quiso confesar, como lo hizo, bañada en llanto y proporcionándome á mí un consuelo, del que harto necesitaba. ¡Oh justos juicios de Dios! yo iba á buscar el alma de aquel caballero para llevarla al cielo y se me escapó de las manos, y cuando iba buscando unas piedrecitas en casa de aquel opalero se me vino á la mano el precioso ópalo de su alma, que con grande gozo mío pude ofrecer á Dios. ¡Qué emociones tan diversas proporciona esta vida apostólica!

Terminaron sus Ejercicios los Hermanos muy confortados, como me manifestó el R. H. Provincial, y muy resueltos á que nadie les dé los Ejercicios sino los Padres de la Compañía, que son los únicos con quienes se saben entender con plena satisfacción.

Al terminar estos Ejercicios bendije al Señor con toda mi alma, pues era mucho lo que me había ayudado: una misión y dos tandas de Ejercicios seguidas, tras el largo viaje de España á Méjico, en medio de tantos cambios de climas y de alimentos y con todo me encontraba tan fuerte como en mis mejores tiempos; todo esto ¿no manifiesta á mi alma que ha sido del agrado de Dios mi venida á esta tierra mejicana? Con esta reflexión cobré aliento para seguir mis tareas apostólicas y me dirijí á Jacona, desde donde escribo esta á V. R. Los Hermanos Maristas que acaban hoy de hacer aquí los Ejercicios conmigo, son 32 con su R. H. Provincial. No me han dado mucho trabajo por lo tocante á los actos de los Ejercicios, que siguieron con mucho fervor; pero tuve que trabajar en las instrucciones particulares, pues como estos Hermanos son muy jóvenes, andan muy esparcidos por la República y no tienen la instrucción teológica de los que aspiran en otras Ordenes

al sacerdocio, es necesario trabajar con ellos más. Algo de esto me pasó también en Querétaro, pero creo que á unos y á otros los he dejado consolados en el Señor. ¡Él sea por todo loado y mil veces bendito!

He terminado, mi amadísimo P. Provincial, la primera serie de trabajos que S. P. me ha confiado, y me voy al Llano, según su disposición, no tanto á descansar, pues no siento cansancio, cuanto á caldear mi espíritu con el fervoroso ardor del Noviciado. Bien necesito ese sagrado fuego para comunicarlo pronto á los muchos jóvenes que en el Seminario de Zamora me esperan, á quienes daré los Ejercicios desde el 2 de Enero próximo en adelante.

Tengo muy buenos informes, tanto del copioso número de Profesores y alumnos de ese Seminario, cuanto de la calidad de los sujetos y procuraré disponerme *in scientia et spiritu* para hacerles algún bien, con la ayuda de Dios. Y con ella tendré materia edificante y sabrosa para escribir otra carta á V. R. más interesante que esta, la que no tiene otro mérito que recoger las primeras bendiciones que del Señor he recibido en estas tierras, y las bondades de V. R. que con la confianza y amor que me ha sabido inspirar me tiene tan alentado.

En los SS. y OO. de V. R. mucho se encomienda el menor de sus hijos en Cristo,

DIONISIO CABEZAS, S. J.



RESIDENCIA DE CHIAPAS

EXCURSIÓN APOSTÓLICA POR EL SOCONUSCO

Carta del P. Tomé al R. P. Provincial.

San Cristóbal, L. C., Febrero 25 de 1910.

Amadísimo P. Provincial: Prometí á V. R. un relato de nuestra excursión por el Soconusco; ahí va.

Tres meses estuvimos en ella, y gracias á la poderosa ayuda que nos prestaron los PP. Izaguirre y Ortíz, venidos de esa, con facilidad llenamos el programa prefijado por el Ilmo. Sr. Obispo. Seis parroquias tiene la Vicaría de Tapaduíla: Motocintla, Juxtla Chico, Tapaduíla, Escuintla, Pijijiapám y Tonalá. A Motocintla, divisoria con Guatemala, ya sabe que no pudimos entrar por la viruela: el Jefe político del partido de Mariscal había prohibido toda clase de reuniones ó aglomeraciones. Las cinco parroquias restantes, desde el menor al mayor de sus pueblos, todas se misionaron: á los misioneros chiapanecos nos tocaron las poblaciones de Mazatán, Puerto de San Benito, Huehuetán, Huistla, Tusantán, Pueblo Nuevo, Zacualpa, Excuintla, Tonalá y Jolisco: dos datos de cada una.

1.º—MAZATÁN

Está entre Tapaduíla y el Pacífico, á seis leguas de uno y otro; tiene cerca de 1.000 habitantes, gente toda pobre, humilde y buena, que

nos prodigaron sin fin de muestras de cariño y aprecio durante los ocho días que les dedicamos: se confesaron 500, casi por igual mujeres y hombres; y se casaron 28 parejas. La doctrina de los niños brilló por su ausencia; de una á dos docenas entre niños y niñas fué el máximum de concurrencia.

2.º—SAN BENITO (Ó EL PUERTO)

En otros tiempos se conoce que fué de movimiento; ahora el tren de la costa la ha reducido casi á la nada; allá una que otra vez en el mes llega algun vapor á dejar ó tomar alguna carga para Tapaduíla; de 200 á 300 casas que tiene, la mitad por lo menos estan vacías; de sus pocos moradores actuales la mayoría, sobre todo de hombres, se aprovecharon bien de los cinco días que les dimos de misión; se confesaron como 250 y se casaron 15 parejas. Yo en las tardes me pasé buenos ratos en la playa pescando cangrejos, recogiendo conchas: dos veces me dí sin quererlo un buen baño, proporcionado por las olas de sopetón.

3.º—HUEHUETÁN

Medio indios medio ladinos son los de este pueblo. Entramos como Pedro por su casa; nadie nos esperaba; tres conventos, es decir, tres jacales pusieron á nuestra disposición como viviendas; el mío, que había servido de escuela, estaba con medio techo y más agujeros en las paredes que una criba. Por todo el Soconusco hay muchos chinos y japoneses; casi todo el comercio lo tienen ellos; solo al rededor de la iglesia de Huehuetán se veían cinco tiendas grandes de coletudos. El fruto de esta misión fué bien poco: con ser el pueblo grande, de más de 1.500 habitantes, apenas se confesaron 300, mujeres y muchachos casi todos; matrimonios hubo como 50.

4.º—HUIXTLA

Es una de las estaciones principales del Pan-Americano; dicen que es gente maleada por los viajeros y agentes del tren. Los hechos no lo desmienten; diez días estuvimos llama que llama á la gente, pero en desierto, la iglesia se llena con 300 personas, y raro fué el ejercicio que tuvimos la mitad; el ejercicio de la mañana escasísimo y el de la doc-

trina nulo. A duras penas conseguimos que se confesaran unos 50 hombres, otros tantos jóvenes y como 300 mujeres; matrimonios 25. Desde que entramos hasta que salimos ni una demostración tuvimos de aprecio ó de cariño.

5.º—TUSANTÁN

El desaire de Huixtla, con creces nos lo repararon los tusantecos; indios todos de pura raza, y por ende humildes y cariñosos, como todos los indios de Chiapas, nos recibieron como venidos del cielo y nos obsequiaron con mil demostraciones de regocijo, que sin cesar nos prodigaron mientras estuvimos con ellos. Contando el pueblito sólo con 500 almas, les dedicamos cinco días, en los que contados serían los que quedaron sin confesarse, incluso el Ayuntamiento, menos el presidente y secretario, que eran ladinos. Se dieron 400 comuniones, para la mayoría por primera vez en su vida; y se casaron 12 amancebados.

6.º—PUEBLO NUEVO

Es otra de las estaciones del Pan-Americano, y en ella nos llevamos otro desengaño como el de Huixtla. Nos salieron, sí, á recibir algunos, nos trataron con consideraciones los seis días que estuvimos, y nos acompañó á la estación casi el pueblo todo en masa á la despedida; pero ahí paró todo. La iglesia es un cuartito de cuatro metros en cuadro y en ella entraba perfectamente toda la concurrencia: 50, 60, 80 personas fué el máximum de auditorio; 30, 40, el término medio. Niños y niñas se confesaron bastantes, tal vez como 100; grandecitos y mujeres pasaron de 200; y hombres, de una á dos docenas. Amancebados, por los datos que me dieron, había muchos; sólo uno se presentó la última noche, y le obligué á irse á casar á la misión siguiente.

7.º—LA ZACUALPA

Finca hulera de una poderosa Compañía cosmopolita: americanos, ingleses, franceses y alemanes son los accionistas, todos ellos protestantes. Tuve la consideración de pedirles en atenta carta permiso para pasar y ejercitar en ella, si á bien lo tenían, mis propios ministerios

como ministro del culto católico. Sólo una restricción me pusieron, que los ejercicios que hiciésemos, para nada alterasen la distribución de los trabajadores. La tarea de estos empezaba á las cuatro de la mañana y terminaba para la mayoría á media tarde. Fácil fué el arreglo: la misa á las tres y media, en ella cogíamos á los hombres; las mujeres se instruían durante todo el día; en la noche mujeres y hombres. Tiene La Zacualpa cerca de 1.000 almas y se confesaron en los cinco días escasos que estuvimos 550, casi todas personas mayores, sobre todo hombres; el último día casé una rueda de 70 parejas de amancebados, entre los que figuraban bastantes caporales, tres mayordomos, el mecánico y el segundo ó tercero de los gerentes principales. A estar unos días más, no 70, toda la finca se hubiera casado, pues todos lo necesitaban fuera de dos ó tres.

8.º—EXCUINTLA

Así se llama la estación principal é intermedia del Pan-Americano, entre Tonalá y Tapaduíla: el pueblo, sin embargo, dista más de tres leguas de la estación; tal vez por esto está menos pervertido. Tiene arriba de 3.000 habitantes; dedicamos trece días y se confesaron 1.500; matrimonios solo se hicieron 20, por estar algo subidos los derechos; hombres, así algo visibles, casi no se acercaron; no sé si vi alguno de saco ó chaqueta.

9.º—TONALÁ

Esta fué la principal de las misiones de la temporada. Con Tonalá no reza aquello de que frecuentar las misiones es quitarles la novedad y entusiasmo; hace nueve años estuvimos el P. Arámburu y yo; después fueron los Pasionistas, el año pasado misionó el P. Fernández y ahora volvimos nosotros. Estuvimos 22 días, y si hubiéramos estado otros tantos, para todos hubiéramos tenido trabajo: con la maleta ya en la mano para salir, llegaban aún avalanchas de gente pidiendo confesarse, mas no fué posible detenerse más. Las confesiones se acercaron á 4.000, y 45 fueron los matrimonios. Nuestra despedida fué sentidísima, no sólo para los tonaltecos, sino también para los misioneros, por lo menos para mí.

10.º—JALISCO

Estación inicial para los que entran ó salen del interior de Chiapas; se acabó el tren para los desterrados chiapanescos. La estación de Jalisco tiene ya cerca de 1.000 almas; nunca ha tenido iglesia; los protestantes han sido los primeros en entrar y llevan ya varios años de reinar solos. El Cura de Tonalá, á donde pertenece, va de cuando en cuando, bautiza y dice misa en «Buenos Aires» á las afueras de la población, propiedad de la buenísima familia de D. Alejo Cepeda y hospedaje consabido de cuantos curas y frailes pasan por Jalisco. Dicho se está que allí fuimos también nosotros á esperer el avío para subir á San Cristóbal. Estuvimos tres días, y en ellos hicimos lo que se pudo: casé cinco parejas y confesamos de 60 á 80 personas, en su mayoría muchachitos y muchachitas.

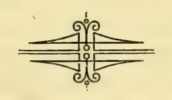
El 18 tomamos el carruaje: *¡res miranda,* en Chiapas viajar arrastrado! No se lo recomiendo, sin embargo, á V. R. para cuando venga á visitarnos; pues esa nueva carretera entre Comitán y Jalisco, hecha para carruajes, está ya tal, que ni para andar á caballo ó á pie es buena.

Dispense V. R. lo largo y monótona de ésta: allá los que trascriben ó imprimen ya se encargarán, como siempre, de acortarla y reformarla.

Resumen: días, 92; comuniones, 6.760; matrimonios, 261.

De V. R. afmo. s. s. en Cristo,

MATEO TOMÉ S. J.



CHIHUAHUA

TRABAJOS APOSTÓLICOS PARA LA CONSERVACIÓN DE LA FE EN LA CAPITAL, EN ALLENDE Y EN MONTE-ESCOBEDO

Carta del P. Pedro Delgado al R. P. Provincial.

Chihuahua 28 de Abril de 1910.

Muy amado en Cristo, P. Provincial: La obra de las escuelas se ha consolidado. Como me dijo V. R., al hablarme de la fundación de la Obra de la Preservación de la Fe, que sería mejor establecer la Sociedad Católica, que desde 1869 fundó el P. Cavaliers; así se hizo, aunque con alguna adición.

El 27 de Marzo presidió el Ilmo. Sr. Obispo una Junta de 40 caballeros á quienes he logrado interesar en este asunto, y quedó constituída la «Sociedad Católica de Instrucción y Beneficencia», que intenta reunir 500 donantes y que contribuyan con 100 pesos cada uno, para formar un capital en beneficio de la enseñanza católica. Luego se juntaron como 80 personas, y con los bienes inmuebles que dos bienhechoras han prometido, puedo contar con 300 acciones ó donativos de á 100 pesos. Esta Junta se entenderá con la fundación del Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, quienes, según me escribió el Hermano Visitador General de Méjico, el mes entrante se embarcarán, y en Junio, Dios mediante, les tendremos aquí.

Esta Junta recibe donativos y hace los gastos de las escuelas; pues yo he procurado que todo lo arreglen ellos y solamente darles alguna dirección, tanto por estar más desocupado para otras obras de celo, cuanto por encarrilar de tal manera esta obra, que cuando la obediencia me lleve á otra parte, las escuelas permanezcan y todo siga ade-

lante, con el favor divino y protección de Nuestra Madre Santísima de Guadalupe.

El Sr. Obispo me ofreció con una instancia é interés como apenas habré visto dos veces, una Asociación de Jóvenes ó «Círculo Juvenil Católico» que fundó en 1909 el Sr. Pbro. D. José Márquez. Como ensayo, y para ver si podría hacer algo, el P. Superior me permitió entusiasmar á estos jóvenes y reorganizar su Sociedad casi próxima á desaparecer. Si V. R. lo aprueba, trabajaré en este sentido siquiera hasta Julio, en que se funde el Colegio de los Hermanos, y hasta dejarles tan reorganizados que cualquier otro sacerdote se entienda con ellos.

Por lo que toca á las misiones, las dos han sido fructosas; aunque mucho más la segunda, de Monte-Escobedo.

En la villa de Allende, diócesis de Chihuahua, misionamos durante la novena de San José. Desde el principio se llenó el templo parroquial, que es de los más capaces del Obispado; pero la gente no se confesaba.

Llegó el 12 de Marzo, en que tuvimos la comunión general de los niños, preparados por el P. Rafael Vargas, Presidente de la Misión, y en esa tarde les llevamos al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, para que renovasen las promesas del bautismo y se consagrasen á la Santísima Virgen. Logré conmover á los padres y madres, é hice que los niños pidiesen á la Santísima Patrona de Méjico por el éxito de la misión, y con sus oraciones puras é inocentes conseguimos que los grandes se enfervorizaran.

Empezaron á confesarse, y animados también por el conmovedor acto del perdón de las injurias, se acercaron en esos días á la santa Mesa más de 2.000 personas.

Mucho nos ayudó, buscando personalmente á los amancebados, la esposa del Jefe municipal. La nombré Presidenta de la Asociación Guadalupana que reorganicé, y quedó comprometida y muy animada para fundar una escuela católica de niñas; pues la escuela oficial está dirigida por profesoras protestantes, educadas en el Colegio Palmori de esta ciudad, que es un foco de viva propaganda metodista, que se extiende á todos los pueblos del Estado de Chihuahua.

Establecimos canónicamente el Apostolado, y quedaron asentados 120 hombres y mayor número de mujeres.

Por lo que se refiere á la misión de Monte-Escobedo (desde el 8 al 18 de Abril) basta decir á V. R. que es gente del interior, y por lo mismo muy fervorosa y entusiasta. El Señor quiso hacer una excepción

misericordiosa en aquello de *Nemo propheta.....*, pues el fruto recogido superó á las esperanzas y deseos concebidos antes. Ya desde el recibimiento demostraron su interés por la misión aquellas buenas gentes.

El día que llegamos á Monte-Escobedo, á una legua de distancia, nos recibieron el Sr. Cura, D. Lauro Márquez, un grupo de niños que, al saludarnos el pueblo y jinetes, entonó un hermoso himno. Acompañados de multitud de pueblo, llegamos al curato, entre el repique de campanas en los tres templos de la villa, cohetes, etc.

Abrimos la misión estando el templo (bastante capaz) enteramente lleno. A la siguiente mañana nos sorprendió ver tanta gente en las misas, como en la noche anterior, cosa no común en las misiones. Siguió aumentando la concurrencia con la gente que acudía de los ranchos y las parroquias limítrofes. Durante ocho días, nueve confesores, ocupados todo el día y hasta medio noche, no fuimos suficientes para despacharlos.

El día 12 fué la comunión de los niños quienes, como en Allende, visitaron en la tarde, formando una procesión, con sus banderas, una devota ermita de la Virgen de Guadalupe. Allí les prediqué y les hice que pidieran á la Virgen Santísima de Guadalupe escuelas católicas, pues por ahora están clausuradas las dos que había, y la conversión de los grandes pecadores. Con tales intercesores el Señor y su Madre Santísima nos concedieron que distribuyéramos 8.000 comuniones. El pueblo tiene 2.500 habitantes, y toda la parroquia como 10.000 feligreses.

El día 17, fiesta del Patrocinio de San José, y día de la comunión general, se repartieron 2.200 comuniones. Alisté en el Apostolado 516 hombres, y quedaron resueltos á la reapertura de las escuelas católicas. La gente muy contenta, y solo con el sentimiento de haber sido la misión tan corta. El Sr. Cura y su familia nos trataron como si fuéramos Prelados. ¡Ayúdenos V. R. á dar gracias al Señor y á María Santísima de Guadalupe, por tantos favores!

V. R. me dió permiso de trabajar con los obreros, y con ayuda de algunas personas celosas y activas, me estoy desocupando de algunas cosas, para trabajar en este ministerio.

Mucho encomiendo en SS. OO. á los niños de nuestras escuelas, á los hombres del Apostolado, de la Sociedad Católica y Círculo Juvenil; y, sobre todo, á este su infímo en Cristo siervo y pobre hijo, que pide su bendición,

PEDRO M. DELGADO, S. J.



MISIÓN DE SAN FRANCISCO JAVIER EN LA THARAHUMARA

RESIDENCIA DE TÓNACHI

CONVERSIONES EN DOS RANCHOS DE GENTILES
FRUTO ESPIRITUAL Y DIFICULTADES EN TÓNACHI

Carta del P. Mariano Guerrero al P. Martín Hábig.

Tónachi, 9 de Febrero de 1910.

Muy amado en Cristo, Padre: Para satisfacer sus deseos de saber lo que hacen sus hermanos en Cristo por estas montañas de la Tharahumara, le envío este relato de sucesos, que creo agradarán á V. R.

En el año 1909 se hicieron las primeras fiestas en dos ranchos grandes de gentiles, así como se hacen entre cristianos. Empecé á ir á estos ranchos hace dos años, y el primer día me recibieron muy mal, hasta amenazarme con piedras en la mano y negarme lumbre, agua, etc. Me decían que si Dios quería que se bautizaran, por qué no había ido antes; siendo así que fui el primero que entré á sus ranchos. Con paciencia y con ofrecer la santa misa por ellos, poco á poco se han ido bautizando y ahora en ambos ranchos, que son como pueblos, casi la mitad están ya bautizados.

Mucho trabajo me ha costado el poder hablar con los no bautizados, pues basta que me acerque á ellos con el Crucifijo, para que huyan todos. Dios provee, y por medio de otros les he podido hablar; unos se

bautizaron y otros no. Creen que si se bautizan se cae el mundo, que ellos solos lo contienen, que ellos son los hijos de Dios y los cristianos son los hijos del diablo, que si reciben el bautismo luego se mueren.

A un gentil viejo que aconsejaba á los otros no se bautizaran, y que yéndole á ver no me quiso recibir, Dios le castigó permitiendo que se muriese él, su mujer y sus dos hijos; servíme de este caso para atemorizarles, y así se bautizaron algunos.

Otro indio hace poco me engañó cuando se iba á casar, diciéndome que no era casado, y sí lo era; á los pocos días se separó de la segunda mujer, y al mes le mataron abriéndole la cabeza de un hachazo. Diciéndole á otro indio que se iba á casar que no me engañara, me contestó: «No, porque entonces Dios me castigaría como á Francisco»; así se llamaba aquel desgraciado.

Llegando á un rancho de gentiles, como ya saben que les doy algunas medicinas, me avisaron que había un gentil muy enfermo: le fuí á ver y después de prepararle se bautizó con gusto él y sus dos hijos, y rezó algo conmigo en su lengua; á la hora de haberse bautizado se murió, y en este caso, temiendo que por la preocupación que tienen de que si se bautizan se mueren, y que ya no me fueran á ver, sucedió lo contrario, pues fueron otros á bautizarse y me dijeron: «José se fué con *tata* Dios»; con ese nombre le había yo bautizado al que murió.

Quedan todavía en estos barrancos muchos gentiles, algunos muy duros de corazón, que hasta me han amenazado; pero cuando voy á verlos no me hacen nada, pues ven que voy sólo, desprovisto de armas, casi sin comida, proporcionándoles en cambio medicinas y á veces suficiente maiz para que se alimenten de él.

Están para hacerse dos capillas en el centro de estos ranchos, que quedan muy distantes con pueblos intermedios. En uno ya la hay: era un establo donde guardaban las chivas, el cual poco á poco se ha ido convirtiendo en un cuarto decente, donde caben de 40 á 50 personas; gracias á Dios, me sirve para todo.

Un gentil los engañaba, diciéndoles que Dios le hablaba, que no se bautizasen, que si yo iba á verle me moriría, etc.; viendo que por sus embustes algunos no se bautizaban, fuí á verle á pie, trepando por riscos y malos pasos; pues él confiado en que no podría yo ir por las escabrosidades del terreno, les decía todas aquellas patrañas. Empezó á arrojarme piedras al atravesar un arroyo desde donde no se podía volver atrás; y aunque cayeron á mis pies, quedando clavadas en el suelo, á mi nada me pasó, fuera del susto que llevamos el indio que me guia-

ba y yo. A la bajada volví solo y llegué al rancho tarde y en ayunas, como había subido, pues el indio ni siquiera me dió un poquito de agua; mas con todo, llegué bien á casa. Con esto quedó muy desacreditado el indio.

Hay otros pueblos donde la capilla ha desaparecido, como en Guérachi, donde sólo existe la campana colgada de un arbol; junto á ella los he reunido haciéndoles rezar, diciéndoles la santa misa y administrándoles los sacramentos. En Oguibo, que está cerca, se va á empezar á edificar una capillita, con lo que Dios proporcione, y allí podrán acudir.

Fuera de las fiestas ó de algún otro tiempo especial cuesta mucho juntarlos, porque en general no viven en los pueblos, sino en los ranchos, bien distantes unos de otros, y algunas veces se pasa uno todo el día sin encontrar á alguno en el camino.

Estos indios tharahumares son tímidos, perezosos y muy borrachos; aunque cuando niños son simpáticos, de mayores son muy feos, tanto hombres como mujeres: serán tal vez las borracheras lo que les desfigura. Los pocos que se apartan de este vicio, se conservan bien. A pesar de todo son fuertes, aunque comen poco y viven peor y nada se cuidan. No trabajan, fuera de sus siembras; y aun estas las hacen en común, resultando poco el trabajo personal: cuando van á los reales ó minas, trabajan un poco, eso les basta y se retiran hasta otra temporada.

En cuanto á esta Residencia de Tónachi, es de puros indios; los blancos son malos y no acuden á la iglesia, fuera de unos cuantos; por esto se puede decir que de las 4 Residencias de los nuestros aquí en la sierra, sólo ésta es de puros indios, que son los que acuden.

En las fiestas vienen de todos los pueblos de esta cabecera y de los ranchos de gentiles algunos que ya están bautizados. Los domingos, á pesar de que viven lejos, vienen á misa; y para llegar á la que se dice á las diez, tienen que salir de madrugada de sus casas, con hielo fino, ó agua, ó buen tiempo. Algo se hizo para educar á sus niños y niñas, pues tenía yo una pequeña escuelita, no solo de indios, porque esto no es de buen resultado. Cuando la escuela es de solo indios, siempre están pensando en irse; pero estando con otros chicos blancos tan pobres como ellos, aprenden más y se portan de otro modo. Este cambio de costumbres lo vi cuando llevé á estos chicos á otra escuela de solos indios; á los que habían ido de aquí ya no les gustaba comer en el suelo, ni estarse tendidos al sol y otras cosas. Con fre-

cuencia me venían á ver en busca de remedios y me llamaban para ir á verlos y curarlos y al mismo tiempo para administrarles los sacramentos. Este convento, ó casa del Padre, se ha compuesto mucho y lo mismo se pensaba hacer en la iglesia, pero ahora tal vez ya no se pueda.

Estando así las cosas, vino la orden del P. Provincial de que se cerrara esta Residencia: despedí enseguida á los chicos, pues no quisieron pasar á Norógachi, se suspendieron algunas obras de reparación de la casa y se devolvieron las cosas que habíamos comprado para nuestra subsistencia. Los indios, á pesar de su indiferencia para todo, se han mostrado tristes; y aunque volverá á estar aquí fijo el Padre, han dado su corta limosna ó primicias, á pesar de que en este año apenas tienen que comer; pues el maiz, su principal alimento, ó se les secó ó se les heló. Se ha conseguido que se quede en el convento una famila buena, á la cual ya conocen los indios, para que les dirija el rezo los domingos; pero á pesar de todo, poco á poco creo se retirarán y sólo volverán como antes á las fiestas. ¡Dios remedie estos males y supla todo la obediencia!

Hay aquí algunos malos que están á temporadas; pero estos ni quitan ni ponen, pues seguirán siendo tan malos con el Padre ó sin él. Casi todas las cosas se han pasado á Norógachi, dejando aquí lo necesario para el Padre cuando venga á hacer visitas, que espero serán frecuentes.

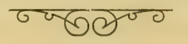
En Rochéachi, está para terminarse una capilla de unos 15 metros de largo, por 6 de ancho: algún bien se hará allí, porque es paso para Tónachi y después á Norógachi. Acabo de firmar el acta de entrega de las tierras que pertenecen á esta Residencia, y que un impío tenía usurpadas; abusando de todo no nos las quería devolver, hasta que le han obligado á ello las autoridades de Botopila, y así quedarán en adelante en posesión de esta iglesia de Tónachi.

Esto es todo lo que puedo decir á V. R. de Tónachi, cumpliendo el encargo del P. Vargas, que me dijo le diera cuenta de ello á V. R.

Este papel que le envío era un borrador; pero hoy salgo á ver unos indios enfermos, distantes un día de camino, y de allí á uno de los ranchos de gentiles, y no teniendo tiempo de ponerlo en limpio, se lo mando á V. R. para que quite ó añada lo que le parezca.

Su hermano en Cristo Jesús,

MARIANO GUERRERO, S. J.



RESIDENCIA DE SISÓGUICHI

FUNCIONES RELIGIOSAS EN LA RESIDENCIA Y EXCURSIONES A LOS PUEBLOS THARAHUMARES

Cartas del P. Narciso Ortíz al R. P. Provincial y al P. Pascual Diaz.

Estación Creel, Enero 31 de 1910.

Muy amado en Cristo, R. P. Provincial: Catorce días hace que salí de casa; salí violentamente rumbo á Cuiteco, con el fin de auxiliar á un enfermo residente en Bahuina, jurisdicción de Chínipas. Una vez más he conocido que cuando Dios trastorna los planes mejor combinados, es con algún santo fin.

Salí de Cuiteco, á las dos de la mañana, con el propósito de volver el mismo día, mas después de haber auxiliado al enfermo me suplicó la esposa de él me quedara hasta el siguiente día; accedí á su deseo, con la esperanza de hacer algún bien á toda la familia y, por favor de Dios, conseguí más de lo que deseaba. Permanecí tres días, durante los cuales pude confesar á todo la familia, no sin vencer, por parte de alguno, grandes dificultades. Pero, sobre todo, logré casar al Doctor que asistía al enfermo. ¡Qué matrimonio tan singular! El papá de la novia casi á las puertas de la muerte, y una hija casándose allí mismo no lejos de su lecho, de muerte tal vez; pero, así lo quiso el mismo enfermo, así lo deseaba toda la familia y el mismo Doctor.

Como estas relaciones eran de personas distinguidas, estaban al tan-

to de ellas muchas de las que viven en el pueblo ó rancherías vecinas; así es que al saber tal matrimonio todos se alegraron, pues, á lo que entiendo, la permanencia del Doctor por tres años en la misma casa, daba origen á algunas hablillas. Mas todo se arregló con gran contento de la familia, y hasta el mismo Sr. Cura de Chínipas, á quien escribí pidiendo su autorización para asistir á tal matrimonio, se manifestó bondadoso concediéndome licencia para todos los que se me ofrecieran en lo sucesivo. ¡Bendito sea Dios!

En el camino me detuve en algunas casas ó campos en donde trabajan los operarios del camino del tren. En una casa confesé á la mayor parte de la familia; pero el papá, hombre por otra parte bueno, no quiso hacerlo, poniéndose al parecer de mal humor al solo oir hablar de confesión. Dos días permanecí en uno de los campos, aprovechando las buenas disposiciones de esta gente, que en su mayor parte es del interior; hice de las mías y en verdad no sin provecho. Me dediqué desde luego á la enseñanza de la doctrina cristiana con los niños, para esto salía á buscarlos á sus casitas ó chozas, en el fondo de los barrancos, sin dificultad se me iban agregando y era cosa de ver á una tropa de chiquillos trepando empinadas cuestas sin mucho trabajo, alegres y bulliciosos rodeando al Padre. ¡Qué contento me sentía con esto! De un campo junté unos 16 y de otro como unos 10 ó 12. Arreglé 6 matrimonios y tuve 66 comuniones. ¡Pobres gentes! Me dan ganas de exclamar con el Apóstol: «Ellas son mí corona». Un pobre me decía muy compungido: «Padre, aquí tiene á esta oveja descarriada, que quiere volver al rebañito que V. cuida».

Ahora estoy en esta gran estación, que tiene ya alguna semejanza de pueblo: es gente buena en su mayor parte, pero olvidadiza de lo que más le importa.

Pronto tendré que venir á bendecir una capilla que han levantado y entonces tal vez daré la misioncita que tengo proyectada hace tiempo.

Sisóguichi, Abril 15 de 1910.

Muy amado en Cristo, R. P. Provincial: Apenas descansé unos días en este mi amado rinconcito, me volví á Bocoyna, con el fin de preparar á los niños y á la gente grande para el cumplimiento pascual.

Me encontré á dicho pueblo en movimiento; los indios habían arreglado una carrera y con tal motivo todos habían hecho apuestas de mucha consideración.

Comprendí desde luego que no sería muy copioso el fruto de mis trabajos; no obstante, anuncié plática á las doce para los niños, y para los grandes otra en el ejercicio de la tarde. Al principio hubo poca animación, pero fué aumentando el número de niños; además hice una salida por las casas invitando á la doctrina y á la confesión y con esto creció el auditorio, sobre todo de hombres. Mas algunos de estos, aunque poquísimos, cuando seguramente les tocaba de lleno lo que decía, no podían resistir y se salían; otros se quedaban, tal vez por atención, pues no se confesaron.

En fin la víspera de lo que di en llamar comunión general, salí con una tropa de chiquillos al monte á traer sendas ramas verdes para adornar la iglesia; esto debió excitar la curiosidad de muchos: es el caso que el domingo tuve un grandísimo concurso y que también algunas mujeres y algunos hombres se acercaron á confesar.

Yo ya estaba resuelto á todo y me decía: «una sola persona que cumpla con el precepto, compensará mi trabajo»; parece que Dios me la envió, pues una mañana se me acerca una mujer para pedirme la confesara, y esta mujer abrió el camino para que se acercaran otras. Comulgaron 70 personas y dicha comunión resultó solemne y devota.

Aquí me tiene ahora V. R. quietecito por unos días y además sólo, viendo como en perspectiva el mes de María, que de seguro ahora estará más triste que otros años, pues no tendremos música; sin embargo, ya veré qué puedo hacer para que resulte animado.

Entre tanto, el tiempo se pasa sin sentir, declinando nombres en tharahumara y aprendiendo nombres y más nombres un día, para no acordarme de ellos al día siguiente. ¡Sea por Dios!

Sisóguichi, Mayo 2 de 1910.

Muy amado en Cristo, R. P. Provincial: Aquí me tiene V. R. de gran superior, haciendo de las mías en este bendito mes. Mi vida es la de siempre: unos días alegre, al ver los efectos de la gracia en las almas; otros algo triste, naturalmente, pero siempre tranquilo, al ver la frialdad é indiferencia de otras pobres almas.

He salido en busca de los rezagados y me he encontrado también rezagadas; unos y otras se han quedado en su sueño habitual, no ha habido medio de despertarlos. Afortunadamente se van reduciendo á menor número, y quizá no tardará mucho el día en que se vean como ovejas sarnosas abandonadas de todos, pues muchas familias alejadas de Dios se van acercando á Él.

Salí á invitar á las familias para el mes de María, anunciándoles dos cosas para el 1.º de este mes: el rosario de la aurora y la bendición de una corona que ofreceríamos á la Virgen Santísima. Parece que todos recibieron bien la invitación. Dicho día, á las cinco y media de la mañana, salíamos en ordenada procesión llevando en andas la imágen de la Inmaculada; era llevada en hombros de algunas niñas de la escuela y seguida, puedo decir, de casi toda la gente que hay aquí. ¡Hasta el Jefe y otro de los principales vecinos concurrieron! ¡Qué bien se oía el canto de las avecillas que á esa misma hora alababan, á su modo, al Señor!

Al volver de la procesión, cantamos las letanías, y terminadas di la sagrada comunión como á unas 70 personas, contándose entre estas algunos hombres.

A las ocho y media de la mañana debía comenzar la misa: mas antes había que bendecir la corona; ésta fué traída como en procesión por las niñas del Asilo, dos de las cuales, vestidas de ángeles, la traían en una charola adornada convenientemente. Fueron madrinas todas las Hermanas del Asilo y sus niñas; padrinos, el Jefe, otros vecinos principales, el gobernadorcillo de los tharahumaras y otros indios é indias de los más pobrecitos, todos con vela en mano. Antes de la bendición les hablé unas cuantas palabras de lo que aquello significaba, y algo debieron entender, pues parece que se conmovieron y creo que más de alguna lágrima corrió furtivamente. Hice la bendición, y acto continuo las mismas niñas que habían traído la corona, la volvieron á tomar y fueron á ofrecerla en nombre de todo el pueblo á la Santísima Virgen. ¡Qué agradable debió ser á la celestial Señora aquel obsequio ofrecido por dos niñas pequeñitas, verdaderos ángeles por su pureza é inocencia! El altar estaba adornado con sencillez, pero con gracia. En cuanto á luces, aquello fué un derroche, atendida nuestra pobreza: arderían en el altar como unas 20 ó 25 velas de estearina.

El rosario por la tarde ha estado bastante concurrido y la gente sigue confesándose; en este momento acabo de confesar á un joven de 22 años, á quien había invitado hacía mucho y no había querido. ¡Qué

bien se dice que este mes es el de las grandes conversiones y de las grandes gracias!

He prometido á estas niñas un premio, á fin de mes, si continúan asistiendo con puntualidad al mes de María. ¡Qué bien les vendrían algunas estampas de la Inmaculada y algunos libritos de aquellos que me mandó V. R. para la misioncita de Creel! Las niñas serán como unas 50.

Ahora que venga el P. Superior, pienso salir de nuevo á visitar algunos puntos, donde creo hacer algún fruto, y aun quisiera visitar con ese mismo fin alguna de las casas vecinas, por ejemplo, Cárichic.

Sisóguichi, Mayo 16 de 1910.

Muy amado en Cristo, P. Pascual Díaz: Seré el primero en romper el silencio para felicitarle el día de su santo y contarle algunas cosillas, que quizá le harán dejar por unos momentos los libros de texto y por consiguiente reir, en lugar de fruncir el entrecejo porque tal ó cual muchacho no supo la lección.

Deseará V. R. saber algo de lo mucho que podía decirle de mis excursiones. Que me place. Si, como dicen, en la variedad está el gusto, no puede darse más cumplido, pues de todo hay en estos viajes. Unas veces todo sale á pedir de boca, comenzando desde la cabalgadura que, sin dificultad y aun con bríos, sube y baja empinados desfiladeros: el cielo se nubla, la temperatura es agradable, la sombra de los árboles deliciosa, las aguas cristalinas, el alimento abundante y bien sazonado, diríase que iba á un día de campo con los Maestrillos de Mascarones. Mas, ¡cata aquí, hermano! esto no sucede sino raras veces. Otras hay en que es necesario un gran acopio de paciencia, resignación y fortaleza, porque de estas virtudes, y otras más, necesitará el misionero al verse convertido, como por encanto, en cocinero, arriero, sacristán, acólito, campanero; por supuesto que no todo á la vez, pero á su tiempo ya tiene que hacer de la necesidad virtud, contentándose con los frutos de su inexperiencia: pues unas veces se quemará los dedos de lo lindo al cocinar, otras cargará la mula á lo estudiante, es decir, mal; aquí tendrá que guardar el equilibrio, haciendo ejercicios gimnásticos, subiendo por un palo, á guisa de escalera, al

campanario para repicar; allá tendrá que tomar la olla ó cántaro para traer agua y tomar también en seguida la escoba para barrer, sabe Dios cómo, no porque ignore este dificil arte, pues para esto fué el dichoso tiempo del Noviciado, sino porque hay tantos escombros que remover, tanto polvo que sacudir, que es poco menos que imposible dejar todo listo en tan poco tiempo. Si á todo esto agrega V. R., ya la nieve que cae; ya el frío, no que sopla, sino que azota y corta; ya las exigencias del pobre estómago, que no quiere renunciar á la ración que le corresponde en la cantidad y tiempo que él la desea; y, por fin, el no entender á veces ni hacerse entender del tharahumar que le sirve de guía, tendrá una idea de todo lo que forma la corona del misionero. Sí, mi amado Padre, riquezas de inestimable valor son todas estas, para el que recordando que es hijo de Santos, se aprovecha de ellas para llegar á donde ellos llegaron.

Mas, en resumidas cuentas, ¿cuál es el fruto efectivo de todo esto? Para el que quisiera medirlo, comparándolo con el que aparece á la simple vista en una misión, por ejemplo, dada en Jolisco, es nada ó muy poco; pero si se atiende á las circuntancias especiales que median para recogerlo, lo estimará tal vez mayor que aquel. Porque tengo para mí, que sabe más una confesión oída aun en medio del bosque, al pie de un arbol, después de haber andado todo el día, que muchas, aun de muchos años, de los que viven en ciudades. Tal vez me equivoque, pero yo así lo he sentido. Una vez me encontré en medio de la sierra á unos tres arrieros, uno de 25 años, otro de 18 y el último de 14 á 15; ninguno se había confesado nunca, ni sabían nada absolutamente; les enseñé lo más indispensable; al día siguiente confesé á dos de ellos, y allí bajo un árbol, donde había levantado un altar, en la imponente soledad interrumpida á veces por el melancólico canto de alguna paloma, hicieron su primera comunión. ¡Qué hermoso me pareció este cuadro iluminado por los primeros destellos del sol naciente!

No es esto todo. Los niños que bautizo, los matrimonios que arreglo, las confesiones que oigo, las instrucciones y predicaciones que hago á esta gente, sepultada en el fondo de estos barrancos, no es pequeño fruto, si se atiende al cambio que se obra en algunos de estos hombres, mal prevenidos contra el misionero. A veces tengo verdaderas comuniones generales y funciones solemnes en estos campos. 76 comuniones tuve una de las últimas excursiones en una pobre casita. ¿Y cómo? A mi llegada todos se ponen en movimiento: unos arreglan el altar que se levanta, por lo regular, casi al aire libre; otros van á

cortar ramas de cedro, pino ó manzanilla; estos cuelgan la campana (un pedazo de riel); aquellos traen velas; y los niños, bulliciosos como en todas partes, me acompañan de casa en casa, aunque disten mucho, volviendo luego con un verdadero enjambre de chiquillos: los hay que no pudiendo andar al paso de los grandes, se los echan éstos á cuestas y así llegamos para dar principio á los cantos y al estudio de la doctrina; por supuesto, que como si fuera yo algo así como tienda ambulante, todos quieren estampas, medallas, rosarios, crucifijos, etc., etc. ¿Cómo no estar alegre en medio de este barullo?

El papel se acaba, y también quizá la paciencia de V. R.; por eso voy á poner punto final. Si lo cree prudente, mande ésta á nuestros hermanos de España: á todos quisiera escribirles, pues á todos los amo en el Señor; pero no me es posible.

Sisóguichi, Julio 13 de 1910.

Muy amado en Cristo, R. P. Provincial: En mi última prometí á V. R. decirle algo del resultado final de los ejercicios piadosos del mes del Sagrado Corazón. Parece que Él quiso bendecirlos muy especialmente, como lo indican los resultados. Durante ese mes invité al pueblo á un ejercicio expiatorio los domingos y los jueves, y desde el primero hasta el último, el ejercicio estuvo siempre concurrido. Predicaba diariamente, aunque muy breve, y advertí á los fieles que esto lo hacía para ganar el domingo último el jubileo concedido por el Sumo Pontífice.

En los últimos días me propuse explicar las promesas del Divino Corazón; con este motivo me ocurrió un pensamiento que, gracias á Dios, me dió buen resultado. Les dije que el Señor había prometido escribir en su Corazón Santísimo los nombres de aquellos que más se distinguieran por su devoción á Èl; que el mejor obsequio que podrían ofrecerle sería prometerle muy formalmente hacer los nueve viernes; que los que hicieran tal promesa, me dieran sus nombres por escrito y que los colocaría á los pies del divino Salvador, para significar el deseo de que Él los escribiera en su amante Corazón. Parece que agradó este pensamiento y hasta el Jefe mismo quiso ser inscrito, haciendo desde luego una confesión. Serían como unas 50 ó 60 personas las que hicieron la promesa; la comunión del viernes primero sería como de

unas 80 personas. Tuvimos al fin una pequeña peregrinación, pero muy lucida, y sobre todo muy devota.

Hemos tenido también algunas procesiones al aire libre llevando la imágen de la Virgen de Guadalupe: á todas asistió el Jefe y algunos de los vecinos principales. El Señor nos había retardado la lluvia, pero ahora se ha compadecido de nosotros y nos la ha mandado en abundancia.

Aquí me tiene ahora V. R. después de dos meses de encierro, con deseos de salir á mis excursiones, para ver los pobrecitos de los campos; y efectivamente, con el auxilio de Dios, saldré el día 16.

Agua Amarilla, Julio 25 de 1910.

Muy amado en Cristo, Padre: Hace diez días salí de casa y he sido recibido en estos campos como siempre, es decir, con gusto. Mi ocupación en la misma: durante el día voy buscando á los niños, los junto en algún campo céntrico y allí les enseño la doctrina; después de hacer esto en un campo, me voy á otro, seguido á veces de una verdadera tropa de los que me oyeron ya en alguno, aunque esté muy distante del punto al cual me encamino.

En una de estas ocasiones me pasó una cosa singular: había caminado ya mucho en compañía de unos 15 ó 20 niños de todos tamaños, cuando al fin hice alto en el sitio que me pareció más á propósito; había allí un frondoso arbol, no lejos, ó mejor, casi á la orilla de un bonito arroyuelo; ya daba mis instruciones á mi alegre turba de chiquillos para que se acomodaran bajo el arbol, mientras yo corría las últimas casitas, cuando el dueño de la casa principal, y que acá llaman Comisaría y que nosotros llamaríamos Proveeduría ó Procura, me habló para ofrecerme el portal de su casa. Acepté, como era natural, y era de ver el empeño con que él mismo andaba sacando bancos y sillas para sentar á sus importunos visitantes. Llegué á reunir hasta unos 40 niños, ó quizá más; comencé el estudio; seguí después con la explicación y terminé con el canto de «Al cielo, al cielo», que tanto gusta á los niños.

El mencionado señor y su esposa asistieron á todo y estaban como admirados de ver aquello. Cuando terminé, repartí estampas á todos los niños, y no sin sorpresa vi á mi buen señor que se me acercaba á

pedirme también algunas estampitas, como recuerdo, según él decía, de mi visita á su casa. «No soy de la Religión de V., me dijo, pero la respeto mucho». Me hizo varias preguntas á las cuales contesté, y me despedí bien impresionado de su finura.

El trabajar con los niños siempre es grato, porque casi siempre hay corazones bien dispuestos; digo casi siempre, porque á veces hallo algunos que me huyen ó que rehusan acompañarme, pero son poquísimos. El mayor trabajo es con los grandes, y entre estos con los amancebados, que, dicho sea de paso, aquí abundan muchísimo. Tropieza uno á cada paso con ellos y no todos bien dispuestos; con algunos hay que emplear el *compelle intrare* del Evangelio y ni aún así se consigue dejen su mala vida. Sin embargo, por uno que resiste, se presentan dos ó más que se rinden: ya llevo legitimadas 8 parejas, oídas 72 confesiones y hechos unos 30 bautismos. Parece poco, es verdad; pero, Padre, cuando me siento bañado de sudor por el trabajo de subir una y muchas veces empinadas cuestas; cuando recuerdo que para ganar alguna alma de estas, ha sido preciso disputar el terreno al enemigo, palmo á palmo, me siento satisfecho, no por lo que yo hago, sino porque mi Padre Dios puede contar una oveja más en su redil.

Con tal ocupación, los días no se hacen monótonos acá en la soledad: los ratos que me quedan libres los empleo ya en visitar, conversar y aun trabajar con los hombres, ayudándoles en sus duras faenas, ya en hacer mi lectura espiritual, mi oración y examen, á veces en sitios verdaderamente hermosos y que convidan á la contemplación. ¡Cuánto gozo en mi soledad! Ya bajo la sombra de elevados pinos, ya á la orilla del arroyo cuyas aguas van jugueteando entre las piedras, ya en fin, en el fondo de alguna cueva, en todas partes parece que siento á Dios conmigo. Así voy pasando mis días alegre y contento, mientras llega aquel, cuyo recuerdo aviva en mí el deseo de Dios.

De aquí pienso salir mañana para Creel y después para Arareco, en donde, Dios mediante, pasaré el día de mi Santo Padre. Volveré luego á casa, pues el Padre me ha escrito que será bueno lo haga así, para arreglar un asunto que hay pendiente.

———

Píchachic, Agosto 22 de 1910.

Muy amado en Cristo, Padre: No recuerdo de qué punto mandé á V. R. mi última reseña. Ultimamente di una pequeña misión en Creel y de ella voy á decir á V. R. algo que puede consolarle en el Señor. La gente de aquella estación es como toda la de por aquí, de fuego para todas las diversiones mundanas, especialmente los bailes, y de hielo para todo lo bueno. Aquí hay la ventaja de que las señoras y las jóvenes no están del todo divorciadas de las cosas de piedad y también reciben con entusiasmo las invitaciones que para ellas se les hacen. Me ocurrió repartir el cargo de arreglar el altar los días del octavario entre las familias principales, y me dió buen resultado la idea; pues entraron como en competencia, y cada día iba creciendo el entusiasmo, hasta el punto que el día de la Asunción estuvo el altar á la altura de cualquiera de Chihuahua. Piezas de tela de azul y blanco, velas de cera y hasta cirios, cortinas improvisadas y abundantísimas flores, de todo esto supieron aprovecharse estas buenas jóvenes para dar mayor brillo á la fiesta.

En cuanto al orden de los ejercicios era el de una misión: por la mañana, después de misa, daba una explicación doctrinal para la gente grande; á mediodía otra para los niños; y por la tarde, después del rosario solemne con misterios cantados y ofrecimiento de flores, seguía el sermón moral sobre verdades eternas. No quise acomodarme al plan estricto de una misión, propiamente dicha, porque esta gente no resistiría tanta seriedad.

Aparte de algunos trabajillos personales, en cuanto alojamiento, comida, etc., etc., todo caminaba bien; pero no faltó algún pretexto de que el diablo quiso valerse, y tentó á esta gente por su lado flaco: el baile. Y la misma noche que había predicado sobre el infierno, estos hombres que no ponen un pie en la iglesia, pero que los tienen bastante sueltos para bailar, organizaron un baile, y allí tiene V. R. á las jóvenes saltando toda la noche. Esto pasaba la antevíspera de la comunión general. ¡Excelente preparación! Mas hube de callar, aunque no tanto que no hiciera subir los colores al rostro á alguno de los promotores que asistió al rosario. Salió de allí muy compungido. A pesar de todo, la comunión resultó brillante: comulgaron unas 67 personas.

Pronto se vió que no en todos los corazones las verdades eternas habían pasado como agua sobre piedras: una joven de las más bailado-

ras, supo resistir á las repetidas instancias de sus amigas, que á todo trance se habían propuesto llevarla al baile por ser día de su santo; otras quedaron mejor dispuestas para irse alejando poco á poco de tales diversiones.

Todos, al parecer, quedaron muy contentos de nuestra fiesta, y más aún del misionero: yo conozco esto por las menores dificultades que hallo en los niños para asistir á la doctrina y aun por la libertad que les dan para que puedan confesarse y comulgar. Cada día van desapareciendo las preocupaciones que tenían contra nosotros.

Ahora me tiene aquí V. R., podría decir entre infieles; pues esta gente de Píchachic es peor que ellos, y se necesita grande gracia del Señor para conquistarla. Está ayuna de doctrina cristiana, pero al parecer bastante imbuída en mil preocupaciones; por eso sin duda oye la predicación con la misma indiferencia que si la oyera en chino. Aquí aun los niños huyen del misionero; mas no por esto he dejado de buscarlos, ni de predicar; y al cabo de algunos esfuerzos he tenido 12 comuniones, 5 de ellas primeras.

Me encontré aquí un hombre, que actualmente es presidente nada menos: tiene ya nietos de 18 á 20 años, y no sabe todavía lo que es confesión, pues nunca se ha confesado; le hablé de esto, y lo más pronto posible se escapó y se fué á reponerse del susto en la taberna, donde, como es natural, se embriagó.

Por todo esto inferirá V. R. lo que pasa por el corazón del misionero. Siento, Padre mío, estas espinitas que, agregadas á otras, algo afligen al pobre corazón; pero no le quitan la paz, ni la alegría con que el Señor se digna regalarle.

De aquí saldré hoy para Cuesta Prieta; ya escribiré á V. R. acerca del resultado de estas misioncitas rurales, que son como escaramuzas ó guerrillas en que el diablo pierde no pocos de los suyos, y Dios ve engrosar sus filas.

Sisóguichi, Septiembre 10 de 1910.

Muy amado en Cristo, Padre: Recibí la carta de V. R. en Bocoyna: pensaba ya escribirle dándole cuenta del resultado de la misioncita de Cuesta Prieta, pero como estaba para terminar la de este pueblo, quise esperar para decirle algo de las dos.

En el primero de los puntos indicados estuve cinco días; me sirvió de capilla un pequeño cuarto hecho de tablas, pero que bien adornado con arcos de verdura, ramos de flores y coronas, parecía un diminuto jardín. La gente de aquella estación es, como toda la de por acá, fría, indolente, con sus resabios de incrédula, y por añadidura completamente ignorante en materia de instrucción religiosa.

Esto le explicará el trabajo del misionero para atraerla y le hará apreciar más los triunfos de la gracia, que siguen casi siempre á estos trabajos.

Desde el primer día comencé mis conquistas; logré reunir 28 niños de ambos sexos: para esto anduve sacándolos de sus casas. ¡Cuántas peripecias! Unos se escondían al verme, otros se negaban á seguirme, alguno lo hacía casi llorando y preguntándome «si no se moría; si el policía no le hacía nada». Algunas niñas ya de 12 años se excusaban pretextando ocupaciones; mas al día siguiente atraídos todos por el interés de las estampas y medallas, olvidaron sus temores, dejaron sus ocupaciones y continuaron asistiendo con puntualidad hasta formar un grupo de 48 á 50.

En éste había como 8 ó 10 niñas de 12 á 13 años que apenas sabían mal formar la señal de la cruz. Mas, ¡cuán cierto es que el Señor derrama con profusión sus gracias donde halla los vasos vacíos! Pronto estos niños cobraron tal amor á la explicación doctrinal, que no solamente acudían cuando se les llamaba á campana tañida (una barra vieja colgada de un palo), sino que espontáneamente se presentaban también por la tarde sin ser llamados; y así, aprovechando su buena voluntad, les enseñaba la doctrina mañana y tarde. Por supuesto que algunos se hacían pagar su asistencia muy bien; pues, con el fin de ganarlos y excitar la emulación en los demás, por cualquiera cosilla que respondían les daba una estampa; á otros, aun sin esto. Hubo uno de los más rehacios al principio y que después era de los más constantes, que no contento con los regalillos que le hacía, se quedó mirándome muy atento y me dijo con mucha frescura: «Déme ese *Tata Dios* grande que tiene en el pecho», (mi crucifijo).

Preparados, pues, del mejor modo posible, tuve una comunión general de 40 personas, siendo la mayor parte niñas desde 8 hasta 13 años. ¡Qué hermosas se veían con sus trajecitos blancos y sus coronas de margaritas silvestres! El humilde altar en que sólo se veía una pobre cruz de madera, se trasformó por un momento como en un pedacito de cielo. Allí, ante multitud de luces, cuya llama subía á lo alto,

como los corazones de aquellas niñas en que habitaba Dios, expresábamos, cantando, los deseos que llenaban por entonces aquellos mismos corazones:

«Volemos, volemos
al cielo, alma mía,
buscando á María
que allí se ha de ver».

Legitimé, además, 4 uniones ilícitas y arreglé un matrimonio desavenido, logrando que se confesaran los dos esposos, la familia toda y además otra persona que había sido como la manzana de la discordia. Al despedirme, los que antes me veían con cierta indiferencia, me preguntaban con verdadero interés: «¿Cuándo vuelve, Padre; cuándo vuelve?» Si yo fuera como el Apóstol San Pablo, podría decir, refiriéndome á mis pobres evangelizados: «Vosotros sois mi corona». ¡Bendito sea Dios y su Madre Inmaculada!

Descansé un día en casa y me volví á Bocoyna, pues había concebido el pensamiento de celebrar allí el novenario de la Virgen. V. R. sabe ya lo que es Bocoyna, así es que hallará justos los temores que tenía de un fracaso en la empresa que trataba de acometer. No obstante, con la confianza en Dios y en su Madre Santísima di principio á mi obra. Me ocurrió la idea de distribuir los días del novenario entre algunas familias para el adorno del altar: pronto se completaron. No exigía nada de gastos, sólo pedía abundantes flores que pudieran ofrecer las niñas durante el rosario. Entró luego la emulación y comenzaron á llevar velas y á componer el altar con más ó menos gusto. El día último lo reservé á las niñas y á las jóvenes.

Desde un principio tuve regular asistencia, tanto á misa, como al rosario; solamente mujeres asistían; pues los hombres no se consiguen, ya por andar en el trabajo, ó bien porque son poco amantes de las cosas de piedad. Determiné salir á invitar personalmente á las familias, y mucho conseguí con esto; pues llegué á reunir también mayor número de niños que otras veces. Formé un coro de señoritas de las principales, para que cantaran los misterios; precisamente eran las menos piadosas, y entre ellas había algunas ya bastante crecidas, que nunca se habrían confesado, ó que haría mucho tiempo vivían alejados de la confesión.

Sabía yo que tenían miedo y que por otra parte estaban bien necesitadas de instrucción; mas no hallaba como insinuar mis deseos, por

temor de que se alejaran de la iglesia, precisamente en el tiempo que deseaba asistiesen. Me ocurrió una industria, que afortunadamente surtió efecto. Dije en una de mis exhortaciones, que así como en los días solemnes para algunos personajes de gran representación, según el mundo, se buscaban personas distinguidas para que en nombre de tal ó cual corporación y á veces de todo un pueblo, las felicitasen ú ofreciesen algún obsequio, así yo iba á nombrar una comisión de señoritas y niñas para que, en nombre del pueblo, ofreciese á la Virgen Santísima algún obsequio, como felicitación por su Nacimiento.

El obsequio sería muy sencillo y humilde, consistiría en un ramo de flores hecho por ellas mismas; mas que, para tener tal honor, era preciso se confesaran todas. Todas aceptaron la invitación proponiendo hacerlo así y desde entonces todo fué entusiasmo y aún diré fervor. Viendo ganado el campo, les propuse que les daría á ellas solas alguna explicación: aceptaron con gusto y así desecharon las preocupaciones que tenían contra la confesión, pues es de advertir que los protestantes han hecho aquí su propaganda. Diez ó doce de los principales se confesaron.

El día de la comunión general se presentaron, con sus vestidos blancos y sus coronas, en medio de un numeroso concurso. El templo estaba como nunca, muy adornado, así como también el altar: ellas mismas habían ido al campo á traer flores, y yo con algunos niños había ido también á traer cedro para las coronas y otros adornos. Poco antes de la misa entraron las de la comisión, trayendo un gran corazón hecho de puras flores, pero con tal arte y primor que con justicia llamaba la atención. Se colocó en medio del altar rodeado de flores blancas, ramos y luces, materialmente á los pies de la hermosa estatua del Sagrado Corazón. En el centro de aquel había una tarjeta con esta dedicatoria: «¡Oh Virgen Purísima! En este día de tu glorioso Nacimiento en que la Iglesia se alegra, nosotras también como hijas tuyas nos alegramos. Sean prendas de nuestro amor nuestros corazones, que con gusto te entregamos, hoy que han renacido á la vida de la gracia. Guárdalos, bendícelos y haz que vivan solo para amarte. Tuyas hasta el cielo». Seguían después los nombres

Otra circunstancia vino á realzar más la solemnidad de nuestra fiesta. Me presentaron, para bautizarle, un niño de 6 á 7 años; dispuse inmediamente que se adornara la pila bautismal, y que todas las niñas vestidas de blanco y las señoritas asistieran al bautismo; así lo hicieron y terminado éste, dos de las señoritas que iban á comulgar por vez

primera, le condujeron de la mano hasta el presbiterio, seguidas de todas las demás. Comenzó la misa y á la hora del Evangelio hablé de algo que debió llegarles á lo vivo, pues hubo sus lágrimas. A la hora de la consagración el fervor llegó á su colmo: al canto popular de «En los cielos y en la tierra», se siguió una lluvia de flores lanzadas hasta los pies de Jesús-Hostia. ¿Cómo no sentirme feliz, Padre mío, en esos momentos, y no exclamar: «*¿Quid retribuam Domino?*».

El fruto total fueron 74 confesiones y en la comunión general hubo 52 personas que recibieron al Señor.

En medio de todos estos gustos hay sus cosillas capaces de hacer llorar y otras de hacer reir. Hubo una jovencita que estudia en el Colegio Palmori y que está aquí en vacaciones, que no quiso confesarse á pesar de las instancias de sus amigas. Esto causa tristeza.

Acababa de celebrar un matrimonio, y poco después se me presenta la desposada y me dice con mucha naturalidad: «No quiero que me dé á mi esposo, dado: tenga, ahí le regalo esa lata de sardinas». ¿Verdad que esto es para causar risa?

Ahí va, Padre, esta reseña, que si tiene algo bueno, es la voluntad y gusto con que está escrita, pues sé que V. R. goza con lo que hago por Dios, ó mejor, con lo que Dios hace por mí. Quizá daré demasiada importancia á cosas que parecerán niñerías; pero, no sé por qué, ¡siento tanto consuelo cuando veo que un alma siquiera se convierte á Dios! ¿Cómo no alegrarme cuando son más de una?

Sisóguichi, Octubre 17 de 1910.

Muy amado en Cristo, Padre: La visita de V. R. á esta casa me pareció un sueño; apenas comenzaba á gustar la dulzura de las santas expansiones que un hijo puede tener con un padre á quien mucho ama, cuando fué preciso interrumpirlas: se oyó la voz de Dios que pedía un sacrificio, y marché sereno del descanso al trabajo, y del suave calorcito del hogar al frío de los bosques. Heme aquí, ya de vuelta de mi excursión: voy á decir algo de ella á V. R. ya que tanto gusta de saber las menores cosas que pasan á sus misioneros.

El primer día llegué á los campos del Agua Amarilla, en donde ya me esperaban aquellas buenas gentes, que parece me quieren bien. Confesé á varias personas y en la misa que celebré á las cuatro de la

mañana tuve regular asistencia de hombres. Salí de allí á las seis y media, y después de caminar todo el día, llegué á Cuiteco á las siete de la noche.

Pronto me vi rodeado de niños que me llevaban unos leña, otros ocote, estos agua, aquellos cena, en fin, uno de los vecinos principales fué también á visitarme.

Afuera, en un portalito, con los maderos del caballo por colchón y la silla de montar por almohada, dormí unas tres horas y á las doce de la noche comenzamos de nuevo la marcha; llegué á Cerocahui á las seis y media de la mañana y me encontré con que la enferma estaba loca. Celebré la santa misa y poco después volví á visitarla; aproveché un intervalo de lucidez y pude confesarla: puede decirse que desde aquel momento comenzó su mejoría, hasta el punto de poder comulgar con mucha devoción.

Acabado este asunto, que era el principal, empecé mi conquista de niños de casa en casa, reuní como unos 15 y después de enseñarles la doctrina di principio á la explicación; pero con tan mala suerte, que me sobrecogió el sueño con tal fuerza que hube de terminarla pronto.

Quise dormir y aquí de mis apuros. La casita que otras veces habito, estaba cerrada; la pieza que me habían prestado, no ofrecía comodidad, por las personas que entraban y salían; el campo apropósito, estaba á gran distancia, pues había que atravesar sembrados y el río para llegar al monte. ¿Qué hacer? Poner á prueba la agilidad de mis piernas, y subirme por unos palos que sirven de escalera para el campanario: hasta allí fuí á parar y nadie fué á turbar mi sueño. Tuve unas 18 confesiones.

Supe que en Churo había una enferma, y me volví por allí para confesarla, mas al llegar al pueblo me dijeron que se había cambiado á otro sitio. Encontré el portalito de casa convertido casi en establo, la pieza estaba cerrada; me disponía ya á buscar el sitio más apropósito para pasar la noche, cuando se presentó una buena señora de Urique á ofrecerme su casa; acepté la invitación, confesé á la hija de dicha señora y á las ocho de la mañana salí de nuevo. Mi guía no sabía el camino, y á poco andar lo perdió y aquí comenzaron las aventuras: me llevó por unas cañadas tan pendientes, que me fué preciso bajar de la mula, y aún así no me escapé de rodar, cayendo completamente de espalda entre un pequeño zarzal. Al fin llegamos al fondo de un arroyo y encontramos el camino.

Como llegué temprano á El Agua Amarilla tuve tiempo para invi-

tar á la gente al rosario, acudió bastante y confesé como á unas 20 personas; otro día muy de madrugada, antes de las tres, comenzaron á llegar con hachones de ocote. Todas comulgaron con mucha devoción. ¡Cuánto se aumenta ésta al ver el fervor de esta gente, al orar en esta imponente soledad, teniendo por templo un humilde portal y por adorno los gigantescos pinos que le rodean!

Llegué á mi rinconcito, descansé dos días, y emprendí mi marcha para Bocoyna: aquí me esperaba una pequeña prueba. Supe que había algunos enfermos y fuí á visitarlos; logré confesar una hija y un hijo de uno que diz que ha jurado no confesarse ni á la hora de la muerte; al día siguiente, determiné llevarles el Viático. Sabiendo el terreno que pisaba, dispuse que se llevara solamente una vela encendida, y que me acompañaran unas cuantas personas: no pasarían de seis.

Apenas llegué de vuelta á casa, cuando recibí un recado del Jefe mandándome llamar á la Jefatura: en el acto fuí allá. Me recibió muy serio y me dijo que estaba estrictamente prohibido sacar procesiones; que no se repitiera el caso, porque le daría ocasión de proceder contra mí; que en adelante, ni una persona podía acompañarme en semejantes actos; y que la vela había de llevarse oculta. Yo le hice ver con el debido respeto, pero con energía, lo injusto de tal proceder; nada conseguí y él quedó al parecer muy satisfecho. No sé á dónde irán á parar estas cosas, pues han venido aumentando gradualmente. Comenzó por hacerme un extrañamiento, por haber repicado para el rosario, creyendo él que el repique era solamente por mi llegada; siguió después la prohibición de la sotana, y ahora ha pasado lo que llevo referido; quizá lo haga en desquite del bochorno que sufrió, por haberle rechazado los padrinos, en el bautismo de que hablé á V. R.

Ahora me estoy preparando para salir á la visita de los pueblos; con el favor de Dios seguiré informando á V. R. de todo. Le incluyo la listita de libros que, según manifesté á V. R., deseo tener; para que cuando buenamente se presente la oportunidad vaya mandando los que pueda.

Cerocahui, Noviembre 13 de 1910.

Muy amado en Cristo R. P. Provincial: Aquí estoy descansando un poco, en espera de las fiestas de este pueblo; llegué hace dos días de

mi excursion á Piedras Verdes. Aquí, aunque no hay iglesia, sino una humildísima capilla (si puede darse tal nombre á un cuartito, que apenas medirá cuatro metros de largo, que está casi en ruinas), como hay muchos indios que viven en estas hondísimas barrancas, conviene visitarlos, pues reciben mucho gusto con la visita del misionero.

Esta vez se juntaron muchos; con gusto se pusieron á levantar una enramada, un gran arco de flores de una planta que se llama *sótol,* y pronto quedó listo todo lo necesario para poder celebrar allí la santa misa. Hice unos 20 bautismos, casé á unas 5 parejas y oí unas 17 confesiones. Todas estas fueron de indios. ¡Qué alientos y alegría siente el corazón cuando descubre algunos de los efectos de la gracia de Dios en estas almas tan sencillas! ¡Qué fidelidad en los esposos! ¡Qué pureza é inocencia en los jóvenes de ambos sexos! ¿Qué jóvenes de los que viven en las grandes ciudades, podrán dejar de presentar á los 18 años materia de absolución, como éstos, que practican, sin saberlo ellos, actos grandes de virtud? Esto, como digo á V. R., hace olvidar las penas y aun las hace amables.

Estos pobres, aunque no pueden hablar con la soltura de un castellano, con sus obras dan bien á entender lo que sienten. Les habla el misionero y se descubren; les manda algo y lo hacen; apenas advierten que se les habla de Dios, y se ponen de pie y se descubren, permaneciendo así oyendo con suma atención cuanto se les dice. Al despedir al misionero no se contentan con arrodillarse para que les dé la bendición, ni tampoco con darle la mano uno por uno; todavía quieren encaminarle llevándole como en procesión, tocando entre tanto las campanas en señal de duelo. Por eso cuando el misionero les deja para internarse en los bosques, ó bien para comenzar su acostumbrada tarea de subir y bajar empinadas cuestas por entre pedregales, lleva en su corazón una impresión dulcísima, un recuerdo consolador y la dulce esperanza de que fructificará en aquellos corazones la semilla que ha sembrado.

Esta vez tuve que dormir al aire libre al pie de una gran peña. Al calor del fuego se mitigó el frío; mas al despertar por la mañana, el hielo blanqueaba en torno mío: medio entumecido arreglé mi altar para la misa. ¡Cuánta hermosura en medio de tanta sencillez! Una tabla á medio aserrar me sirvió de mesa; el tronco de un árbol y una gran piedra cubierta de musgo, fueron como las columnas en que aquella se sostuvo; por alfombra, el suelo tapizado de verdura; por dosel, el cielo azul; por adornos, los verdes pinos que me rodeaban; por músicos, las

avecillas que en aquella hora se despertaban como para alabar á su Creador; mis dos indios arrodillados asistían á esta misa con gran devoción. En esta imponente soledad, tan lejos del bullicio de los hombres ¡cuán fácilmente vuela el espíritu, en alas de la fe, hasta el trono de Dios! Aquí, en medio de tantas obras que nos hablan de la grandeza de Dios, parece que más á boca llena se le dicen estas palabras: *Suscipe, Sancte Pater, omnipotens, aeterne Deus, hanc immaculatam hostiam.*

Perdone V. R. le entretenga con mis niñerías; quiero ser poeta, pintando con vivos colores lo que veo, y lo soy á mi modo diciendo lo que siento, aunque sea sin orden ni concierto.

Ahora estoy en este pueblo donde los indios están un poco fríos, porque, según dicen, no es el tiempo en que ellos hacen sus fiestas, y por eso muchos no han venido; mas quisieron aprovechar la oportunidad de que yo pasara por aquí y se resolvieron á salir como puedan.

En esta ocasión, más que en otras, he tenido que experimentar los efectos de la santa pobreza, especialmente en cuanto á los alimentos; pero he sacado ventaja, porque ya me voy acostumbrando al pinole. ¡Bendito sea Dios!

Pronto saldré de aquí para Cuiteco; ya iré escribiendo á V. R. según pueda.

San Alonso, Noviembre 19 de 1910.

R. P. Pascual Díaz, S. J.

Muy amado en Cristo, Padre: Perdone le escriba con lápiz, entre otras razones porque estoy en el campo; y, por sabido se calla, aquí no abundan los útiles de escritorio.

Desde el 23 del mes pasado ando fuera de casa: he visitado solamente tres pueblos, distantes entre sí unos dos días de camino por entre la Sierra. Tanto en el camino, como en dichos pueblos, no han escaseado, sino que han abundado y abundarán las aventuras.

Recibí su carta á mi llegada á Cuiteco, por la noche. Ese día había amanecido el cielo así como de mal humor, encapotado y triste, soltando al fin una menuda lluvia, como si fuesen las lágrimas vertidas por su tristeza; de vez en cuando soplaba un vientecillo helado que al

acariciar las mejillas parece que lo hacía á *pajuelazos:* ese día también había de salir del pueblo de Cerocahui, y con tal motivo los indios rezagados que en tales circunstancias ponen á prueba mi paciencia, menudeaban de lo lindo.

Aquí se me presenta un indito: «Oye, me dice, quiero me bautices un muchacho». Tras este viene otro y otro; allá es uno que quiere le bendiga unos santos; acullá es otro que quiere agua bendita: entre tanto el tiempo pasa, pero el alimento no pasa á mi estómago, con ser ya las once y media de la mañana. Mis indios se han dormido y hay que esperar más y más; pero como la salida urge, había que mendigar por allí un desayunito, siquiera fuese de café caliente; pues dicho sea de paso, éste suele ser el alimento ordinario aun entre los más pobres.

Llega la hora de salida, está ya mi mula impaciente por salir y resulta que el diablo de la pereza se ha metido en los que han de acompañarme y se han escondido. Al fin, después de muchas pesquisas, viene uno en lugar de dos y hay que resignarse á todo lo que venga que no tarda mucho en llegar: pronto hay que compartir el peso de la carga; parte lleva mi guía, parte mi mula, y á veces mis espaldas también toman la suya.

Ese día, después de mucho andar, llegué á Cuiteco algo cansado. Pronto me entregan un mazo de cartas; y sin el valor y santidad de mi amado Padre San Ignacio, en lugar de hacer lo que él hizo, me pongo á leer ó *relamerme* con su contenido, como diría nuestro P. Rodríguez. La primera que topé fué una cuya letra no conocí de pronto, busqué la firma y hallá está más que lacónica: «P. Díaz». Inmediatamente dije para mis adentros: «*Hasta que llovió en la yula*». Por todo lo expuesto ya puede suponer V. R. si gocé con su lectura, y no en verdad por los piropos con que en ella me regala, sino por ser del mismísimo Padre Díaz, aquel cuya virtud y bríos puse á prueba en el primer paseo, allá en el tiempo feliz del Noviciado. «Y ¿á eso se reduce todo?», me dirá V. R. No, Padre mío, esta es la corteza, ó como si dijéramos, las sombras que Dios hace aparecer en el magnífico cuadro cuyos colores quiere hacer resaltar.

Le diré algo de la piedad, que como delicado perfume supieron infiltrar nuestros antiguos Padres en el corazón de estos pobrecitos. En todas sus iglesias lo primero que se ve, en lo que parece atrio, es la cruz: digo esto, porque á veces es un campo mal cercado de piedra y en cuyo centro hay siempre una cruz ennegrecida por el tiempo, cubierta tal vez de verde yerba.

Siempre se descubren delante de ella y en todos los caminos la cruz aparece dos ó más veces, por lo regular en puntos elevados, como recordando al viajero que la vida es un Calvario y que es la cruz la escala para subir de allí al cielo.

Hay pueblos en donde todos los domingos, aunque el Padre no esté, se reunen á rezar; tienen después su junta, en donde tratan sus negocios, ó bien reprenden ó castigan á algún culpable. En la iglesia tienen sus cantos. ¡Qué sencillez y qué fe! No saben hablar, ni cantar, pero lo hacen como pueden. Traduzca este canto:

> *«Viggen pura, quique santo,*
> *Viggen y Magre de Dio,*
> *nosotros ponemos la esperanza á vos;*
> *subir á los cielo á alabar á Dio».*

Ahora en lo que he andado, he conferido el bautismo á niños ya de 11 años. Me veo rodeado de 20, 30 ó más niños que he de bautizar. Aquí hay que hacerse de la vista gorda y rechazar escrúpulos para poder tocar ciertas cosas en estas criaturas, algunas de las cuales parece que las levantaron de algún basurero. ¡Qué variedad! Al lado de un niño de unos cuantos días de nacido, está otro de dos ó tres años, que sonríe graciosamente y trata de jugar con mi estola ó de quitarme el libro de las manos. Más adelante, está otro como si el mismo demonio lo incitara á rebelarse; ha habido alguno que ha tratado de pegarme en la cara. En cambio, niños de 11 años se inclinan suavemente para que las aguas regeneradoras laven su larga y tupida cabellera. En cuanto á los matrimonios, hay algo que maravilla. Se dan casos en que los novios se ven por vez primera, se hablan, se quieren y se casan. «Así serán los resultados», dirá V. R. Habrá sus excepciones, pero lo que se ve es que hay suma fidelidad y pureza de costumbres. Me he encontrado jóvenes de ambos sexos, que á los 18 años no han presentado materia de absolución.

Se confiesan con la mayor facilidad y no reparan en decir todo lo que tienen á cualquiera que el Padre elige por intérprete: ellos mismos lo solicitan. Un día me decía uno: «Mira, mi esposa quiere confesarse, pero no sabe la *castilla,* dice que me dirá á mí todo y yo te lo diga á tí». No acepté tal proposición y busqué otro intérprete. Pero ¿y las borracheras de que se habla tanto? Sí, por desgracia las hay, tanto en los hombres, como en las mujeres; pero la culpa no está tanto en ellos, co-

mo en los blancos, que sabiendo el lado flaco de los indios les proporcionan el licor; muchas veces para mejor abusar de su ignorancia.

Una cosa he notado: que aquellos pueblos que están más aislados del roce con los blancos, están mejor en todos los sentidos.

Tal vez le habré dicho algunas cosas que V. R. ya sabía ó que yo mismo le habré escrito otras veces. Ahora aquí me tiene en este pueblo: llegué anoche y me hospedé bajo un cobertizo de palos, recostado á una pared. Pasé la noche enteramente solo, y lo estoy todavía, escribiéndole de pie y apoyado en un poste. Estoy en espera de mis indios; entre tanto platico con mis hermanos ausentes. Tengo que rectificar: he dicho que estoy solo, pero no enteramente. Andan conmigo el amenísimo P. Rodríguez, el espiritual Kempis, el sentencioso Croisset y el erudito y sabio Deharbe. ¡Vaya si me codeo con personajes ilustres! ¿Quién había de decir á estos santos varones que, después de ilustrar al mundo con sus escritos, habían de correr la suerte de andar por entre estas sierras, encerrados en unas bolsas de cuero? Con que no desespere V. R.: los grandes, vienen á hacerse pequeños, por amor de Dios; y así no será difícil que de grande músico ó teólogo venga á sepultarse acá en esta dulce soledad.

Todavía me faltan seis pueblos que visitar; si mi buen Padre quiere hacer actos de paciencia, leyendo las cartas kilométricas de su hermano, ya me lo dirá: tengo el mayor placer en escribir como yo pueda á mis hermanos. ¡Quién sabe si un pensamiento leído en mi carta despierte un deseo, avive una vocación para servir á Dios en esta mies, algo ingrata y trabajosa, pero muy propia de nuestro Instituto!

Adiós, Padre. Recuerdos á todos los paisanos y V. R. no me olvide en SS. SS. y OO.

Ínfimo siervo en Cristo,

NARCISO ORTÍZ, S. J.



COLOMBIA

SANTA FE DE BOGOTÁ

SOLEMNES FIESTAS EN EL XXV ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DEL COLEGIO

Carta del H. Ricardo Tejada al H. José Vargas.

Bogotá 31 de Julio de 1910.

Carísimo en Cristo H. Vargas: Quiero hoy, fiesta de nuestro Santo Padre, describirle, aunque sea á vuela pluma, las fiestas que hemos tenido en el Colegio.

Esperábanse con ansia. Habíase de celebrar en este mes de Julio el primer Centenario de la Independencia de Colombia y las Bodas de Plata del Colegio de San Bartolomé. Hermosa coincidencia que no podía dejarse pasar inadvertida. Movíanse ya el Presidente y Secretario de la Junta de Bachilleres, organizada por iniciativa propia, para hacer correr la noticia de tan fausto acontecimiento y pasar el programa de los festejos é invitación al mayor número posible de bachilleres. Encargaron además una hermosa placa de mármol que perpetuase en su nombre el vigésimoquinto aniversario de su querido plantel.

El R. P. Superior, por su parte, tampoco dejaba de mover todos los resortes que estaban á su alcance para que los actos revistiesen la mayor esplendidez y pompa posibles, sin reparar en gastos ni trabajos. Hizo imprimir elegantísimos progamas de tres clases, boletas personales para cada uno de los tres días de festejos y, en cinco periódicos de circulación, la invitación á las fiestas á los que sobreviviesen de los 10.000 estudiantes de estos 25 años, y al banquete del segundo día

á solos los bachilleres, que pasaban de 300. Para éste pasó además previa invitación al Excmo. Sr. Presidente de la República y Ministros, al Excmo. Sr. Delegado Apostólico, al Ilmo. Sr. Arzobispo Primado, á los Rectores de la Universidad Nacional, á varios miembros de la Asamblea, que entonces hacía las veces de Supremo Congreso y trataba de elegir nuevo Presidente, y á todo lo más granado de Bogotá. Todos aceptaron y de hecho vinieron, menos los dos Ministros liberales Eastman y Delgado. Mandó además el Padre que se hiciesen colgaduras de lujo para la parte superior é inferior del patio principal, que se pintasen escudos de Colombia y del Colegio, que se encargasen vistas de primera clase á la Buena Prensa para los actos, que se trajesen postales impresionables para conmemorar las obras del Colegio, que se retocase éste, interior y exteriormente, se terminase la capilla y altar de la quinta de la Merced y se completase lo más posible la casa y sitio de las carreras de cintas. Ordenó además que se hiciesen mesas suficientes para los 600 comensales, buena provisión de aves en la Merced y una decente instalación eléctrica en el patio-salón, donde había de darse el banquete.

DÍA 16

Grata fué la sorpresa de los concurrentes cuando, al salir del solemne *Te Deum*, que se tuvo á las seis de la tarde, encontraron el inmenso patio primorosamente adornado. Colgaduras de pana roja y azul, con crespones amarillos y escudos de Colombia y del Colegio alternando, adornaban los claustros superiores. De los cuatro ángulos arrancaban festones tricolores, imitando la bandera, sembrados de bombillos eléctricos y que remataban en hermosa corona de luces, entrelazada en el palo central que sostiene el amplio toldo de lona. El claustro inferior estaba con el mismo gusto adornado y con los escudos de las naciones americanas. Por las galerías interiores veíanse los retratos de los próceres de la Independencia, entrelazados con festones de colores.

Eran ya las siete y cuarto de la noche, cuando se dió principio al acto de Historia Patria. Ocupaban la presidencia el Ilmo. Sr. Arzobispo, los Representantes de la Asamblea, que fueron el Dr. Ferrero, Presidente de la misma; Rodríguez, conservador, y Llorente, liberal, y otros personajes. El Sr. Presidente y los Ministros, tenían á la sazón no sé qué reunión; el Sr. Ragonesi vino *privatim*, por no aparecer en público

la víspera de pontificar. La concurrencia llegaría á 2.500 personas.

La academia de esta primera noche gustó tanto, que varios pidieron se repitiese. El primer cuadro llevaba por título *La Patria antigua*. Aparecieron: el Convento de la Rábida; La reina Isabel vendiendo sus joyas; Partida de Colón; ¡¡Tierra!!; Quesada; El Valle de los Alcázares; Fundación de Bogotá; Balboa, etc. Los primeros aplausos fueron para el escudo de Castilla, primorosamente iluminado, Quesada y Balboa. Pero sobre todo fué aplaudida la alegoría de los escudos de Colombia y España, al pie del busto de Bolívar, cobijados por los pliegues de las banderas española y colombiana.

El interés iba creciendo á medida que se desarrollaba el cuadro segundo *La Transformación*. Pero al aparecer la figura del Libertador, estalló en una salva de aplausos. Instintivamente la banda entonó el Himno Nacional, al que se siguieron cuatro concertadísimos vivas á Bolivar, á España, al Colegio de San Bartolomé y á los Jesuítas. El mismo entusiasmo se desbordó al proyectarse el campo de Boyacá. La banda entonó el himno «Cantemos la gloria».

En el cuadro tercero, *La Patria nueva*, desfiló toda la serie de Presidentes notables que sucedieron á Bolívar, siendo muy celebrado el Dr. Caro, alumno de San Bartolomé y competidor, durante su vida en el Colegio, del Sr. Herrera, actual Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia. También el retrato de S. Sría., el de Msr. Ragonesi, el de Pío X y el del Corazón de Jesús, protegiendo nuestro escudo, fueron muy aplaudidos. Terminó el acto cantando el Himno Nacional á 600 voces.

DÍA 17.—DEDICADO Á LOS BACHILLERES

A las nueve de la mañana, en sitio preferente de nuestra iglesia, adornado con tapicería y ricos almohadones, esperaba ya la misa pontifical el Excmo. Sr. Presidente, D. Ramón González Valencia; su hermano D. José María, Secretario General de la República; los Sres. Ministros, Jefes del Ejército, Edecán, etc.; y á un lado la esposa del señor Presidente y su hija en lujosos reclinatorios. La iglesia, de las más esbeltas de Bogotá, estaba artísticamente decorada é iluminada por nuestro motor y batería. Pontificó el Excmo. Sr. Ragonesi, Decano del Cuerpo Diplomático y Delegado Apostólico. Predicó el P. José María Vélez, S. J., alumno fundador del Colegio y de los primeros bachilleres del mismo, en forma sencilla y elegante y de exquisito gusto, según di-

cen los que le escucharon, y ejecutó el canto de la misa el Seminario Conciliar.

Terminada la misa á eso de las once y cuarto, se dirigieron los invitados al salón del banquete, que no era otro que el inmenso patio cubierto de fuerte lona y espléndidamente adornado bajo la inmediata dirección de nuestro activo é infatigable P. Superior. Mas antes se dirigieron á la portería para descubrir la lápida conmemorativa de que hablé. Tuvo la oración ó discurso el joven Laureano Gómez, excelente bachiller de este Colegio y fué tan oratorio y conmovedor, que el señor Arzobispo se enterneció y el Excmo. Sr. Presidente dicen que le abrazó al terminar.

En medio del patio formó el R. P. Superior una especie de jardín botánico y zoológico á la vez; pues refrescados por el surtidor que puso en el centro, veíase un grande ciervo y un enorme *boa* con un venado entre sus roscas. Alrededor de este jardín, menos por uno de los lados, estaban dispuestas las mesas y los 300 cubiertos de etiqueta para los invitados. Guardando la misma simetría, pero dentro del claustro y ocupando tres corredores, iban las otras mesas para los 300 alumnos internos y semi-internos. Al dirigirse el Sr. Presidente á la mesa, la 1.ª Banda Nacional, dirigida por el maestro Conti, entonó el Himno Colombiano, á que se siguieron con pocos intervalos muy escogidas piezas. Vióse en este convite, como dije, la flor y nata de Bogotá, y se puede decir que de Colombia, por haber concurrido lo principal de la Asamblea Nacional y no haber quedado persona notable en lo eclesiástico y civil que no aceptase la amable invitación del R. P. Leza. También asistieron los cónsules de España, Ecuador y Perú.

Por esto levantóse el Padre, hacia el fin del banquete, y con frase correcta y voz sonora y bien templada, dió las gracias más expresivas al Excmo. Sr. González Valencia, al Excmo. Sr. Ragonesi, al Ilmo. señor Herrera Restrepo y demás caballeros, por habernos honrado con su presencia, maravillándose de que gente tan conspicua honrase de semejante manera á unos pobres religiosos. Refutó en seguida y brevemente las calumnias que esparcen nuestros enemigos, de que ni enseñamos, ni formamos el corazón. «Mirad, dijo, contemplad esos 150 bachilleres que tenéis á la vista, y decid si no son la honra de todos los ramos de la sociedad y la gloria inmaculada del catolicismo colombiano». Y terminó exhortándolos á que una vez cada año se reuniesen para estrechar más y más los vínculos de su fraternal unión.

Luego el comisionado por la Junta de los Bachilleres leyó un bien

razonado discurso, cuya síntesis era una brillante apología de los Jesuítas en Colombia. En seguida hizo sus primeros ensayos la estudiantina del Colegio, tocando admirablemente una delicada pieza, que fué vivamente aplaudida.

Eran las dos de la tarde cuando se retiró la presidencia. Entonces fué el tiempo de la mayor expansión de los bachilleres. Veíanse por todos lados estrechos abrazos, fuertes apretones de manos, brindis con tazas de café. Doctores en Leyes, en Medicina, magistrados, jueces, literatos, ingenieros, comerciantes, hacendados, todos se confundían, todos se saludaban y se espantaban de lo que había cambiado cada uno en su fisonomía. Los primeros bachilleres fueron en seguida á reconocer la capilla y la enfermería, pero ya no las encontraron en su sitio. En cambio, en los salones de estudio señalaban el lugar donde tenían su pupitre; en los dormitorios mostraban sus camarillas; y cada departamento de la casa les traía á la memoria, ya las travesuras que hicieron, ya los compañeros que tuvieron, ya los Padres que los dirigieron. En fin, mucho gozaron nuestros bachilleres, mucho se habló en Bogotá de nuestra fiesta y la fama del Colegio creció como la espuma, á mayor gloria de Dios.

Echábase encima el acto de la noche y no había que perder tiempo, pues el patio-comedor había de convertirse en salón de actos. A las seis y media ya estaban en la presidencia nuestros grandes amigos los dos Arzobispos, Sres. Ragonesi y Herrera. La banda del batallón Sucre había de amenizar el acto, como la noche anterior le amenizó la del Bolívar. Los títulos del programa, aunque lacónicos, eran llamativos. «*Primera parte:* 1. Fuisteis niños; 2. Recuerdos de ayer; 3. Un día de Colegio. *Segunda parte:* 1. Seremos hombres; 2. Ilusiones de mañana; 3. A nuestros padres». Todo lo desarrolló el P. Rodrigo con el gusto que le distingue, y lo declamaron los alumnos con la amenidad y familiaridad que se esperaba. La comedia *Un patriota y un traidor* hubo de trasferirse, por no haberse alcanzado á disponer el aparato escénico. En cambio hubo cinematógrafo.

DÍA 18

A las siete y media de la mañana ya estaba todo el Colegio en marcha para la quinta de la Merced. El Ilmo. Sr. Arzobispo iba á bendecir la nueva capilla y había de colocarse la hermosa estatua de las Mercedes, traída de España. En la iglesia de San Victorino estaba ya la Virgen puesta en sus andas. Desde aquí, á los acordes de la banda,

con cantos y escolta militar, fué llevada en procesión hasta la quinta, donde fué recibida por una salva de cohetes y echando á vuelo la campana de la capilla. Bendíjose ésta solemnemente, se colocó la imágen en su altar y comenzó la misa solemne, cantada por todo el Colegio, y celebrada por el R. P. Superior, con asistencia del Sr. Arzobispo. Después de almorzar tuviéronse carreras de cintas en bicicleta y á caballo, con asistencia de señoras y caballeros y presididas por Su Ilustrísima. Diéronse buenos premios, como fueron un prendedor de oro, dos relojes, cajas de dulces finos, etc. Al almuerzo en la Merced vinieron varios de los antiguos bachilleres y entre ellos el Presidente de la Junta, quien brindó por los bartolinos y prosperidad del Colegio. Le contestó el ex-prefecto de la Congregación Mariana.

Y no había que perder tiempo; pues se acercaba el acto de la noche, en que tanto había de lucirse el P. Domínguez. Versó sobre la *Cosmogonía bíblica y la Ciencia.* Para que la primera parte no saliese demasiado larga, se omitieron los períodos *cósmico* y *azoico,* en que nos habían de llevar, por medio de proyecciones magníficas, á través de los mundos, viendo la tierra desde el sol, contemplando el origen del Globo en la nebulosa terrestre; examinando los terrenos del suelo primitivo, los agentes geogénicos, volcanes y terremotos. Solamente se expusieron los períodos *paleozoico, mesozoico* y *Cenozoico,* en que contemplamos la vida en la tierra, los fósiles primarios, los Trilobites, el reinado de las plantas carbóniferas, la fauna secundaria, los saurios, plesiosaurios, labirintodontes, nummulites, etc. Todo se redujo á una brillantísima apología de Moisés y de los Libros Santos, á una contundente refutación del darwinismo y de la leyenda del hombre prehistórico, y á un soberbio barapalo á Darwin, Flammarión, Draper y demás impíos deslenguados y blasfemos, con frenéticos aplausos de los 3.000 y quizá más concurrentes. Terminóse esta parte con el origen divino del hombre y se pasó á la segunda, ó sea, *El Génesis,* ópera de la Buena Prensa, artística, poética y arrebatadora.

El público se mostró plenísimamente satisfecho, tanto de lo magistralmente que desempeñó el P. Daniel Restrepo su academia de Historia Patria, el P. Rodrigo la de los Bachilleres y el P. Domínguez la de Geología, como de nuestros excelentes aparatos de proyección é intensidad y fijeza de la luz de nuestro motor y batería. El Sr. Delegado, al salir de esta última academia, dijo que este acto podía dignamente presentarse en cualquiera de las capitales de Europa.

Para no defraudar al público de lo anunciado en el programa de la

segunda noche, resolvieron los Superiores anunciar que al día siguiente se repitiera la segunda parte del acto de Historia y se tendría la pieza dramática. No parecía que los espectadores estuviesen ya cansados. La boleta era personal, y solamente se daban dos á cada alumno y una á los amigos del Colegio y personas conspicuas de Bogotá. Con todo, fué necesario colocar hasta 20 y 30 policías y poner dos entradas: una para las señoras y otra para los caballeros. Persuadida la gente de que no podía entrar sin boleta, resolvieron comprarla á los que las tuviesen, ofreciendo por una hasta 150 y 200 pesos.

Salieron de esta última velada con la misma buena impresión de las otras noches y diciendo que las fiestas de San Bartolomé habían sido la piedra preciosa del anillo de oro de los festejos del Centenario de la Independencia.

Como habrá notado mi carísimo H. Vargas, la benevolencia del Sr. Arzobispo Primado y del Sr. Ragonesi, no pudo ser más decidida por nuestras cosas. El primero no perdió ni uno sólo de los actos, y á los que le convidaban para otras de las muchas fiestas que se celebraron estos días, respondió que como él era *bartolino* tendría que asistir á las del Colegio. También el Sr. Delegado asistió á casi todos y dió además el vino de Viterbo que se sirvió en el banquete.

De todo lo que se pudo, sacó el H. García fotografías para el álbum conmemorativo de las fiestas.

Sin más, me encomiendo en sus fervorosas oraciones.

Infímo hermano y siervo en Cristo,

RICARDO J. TEJADA, S. J.

CONVERSIONES ADMIRABLES

EN LA SERIE DE MISIONES DADA POR LOS PP. RAFAEL LÓPEZ Y FERNANDO ARANGO EN EL DEPARTAMENTO DEL TOLIMA

Carta del P. Arango al P. Juan M. Restrepo.

Bogotá 4 de Abril de 1910.

Amadísimo en Cristo, P. Juan María: Terminada la serie de misiones, que acabo de dar en compañía del P. López, voy á cumplir mi

palabra refiriéndole algunas de las misericordias del Señor para con los pueblos misionados.

MISIÓN DE PAYANDÉ.—*(Empezada el 6 de Enero)*.—Es la población de Payandé, llamada también «La Mina», por una muy rica de esmeraldas que posee, hermosa por la posición que ocupa á medio kilómetro del río Coello y sobre una planicie rica en pastos y abundante en platanares y demás producciones de tierra caliente; abarca un territorio considerable en su jurisdicción, de manera que llega á lindar con Ibagué y Miraflores á una jornada de distancia; tiene poco más ó menos 1.500 habitantes, y carece de cura fijo, pues uno solo, ahora el P. Luna, administra ésta y las parroquias de San Luis y el Valle, más extensas todavía; con que ya puede figurarse el cultivo espiritual de estas pobrecitas gentes y cuántas tienen que partir á la eternidad sin poder conseguir sacerdote para recibir los sacramentos.

De la estación de Girardot, en que dejamos el tren y tomamos las mulas no pudimos llegar en un día á Payandé y hubimos de pernoctar en La Laguna, vereda distante legua y media del pueblo en que íbamos á misionar; de donde resultó que el numeroso grupo de jinetes que había salido á encontrarnos tuvo que regresar solo y ya de noche, y nosotros antes de amanecer montar en nuestras mulas y subir por aquellos despeñaperros á fin de llegar á tiempo de celebrar la santa misa.

Abrimos la misión el día prefijado, fiesta de los Santos Reyes, y el concurso, bueno ya desde el principio, fué siempre en aumento hasta el último día, que llegó á su apogeo; era de ver los pobrecitos cómo llegaban desde sus veredas tan lejanas, cargados con el escaso sustento que había de servirles durante los santos días de la misión, y partía el alma cuando narraban sencillamente los heróicos sacrificios, á los cuales les sometía la pobreza.

Salimos una tarde á dar una vueltecita, cuando daban el primer toque para el rosario y ejercicio de la noche, y nos encontramos con dos pequeñuelos que, sentados en el prado, miraban hacia las vueltas de un camino lejano; les preguntamos qué esperaban y respondieron que á mamacita, porque desde la mañana los había mandado del campo y ella se había quedado buscando alguna cosa de comer para traerles; entraron con nosotros en la iglesia, rezaron el santo rosario, oyeron el sermón, y á las ocho de la noche salieron á desayunarse, felices de haber asistido á la cosa buena, como llaman ellos á todos los ejercicios de la santa misión.

Llegó un niño de unos 14 años de edad y me suplicó le enseñara lo necesario y le oyera en penitencia, puesto que nada había aprendido en su casa, donde sus padres y las dos hermanas que con él vivían estaban en mal estado, y su casa era como una cueva de animales inmundos; después de hacerle algunas preguntas, no pude menos de bendecir á Dios, que tantas veces repite el milagro de los niños conservados ilesos en medio de las llamas. Después de confesarse, salió este niño con fervor de apóstol; habló con el alcalde, condujo á los comisarios, se interesó con el dueño de tierras, removió obstáculos y no dejó piedra por mover, hasta salir del templo, á los dos días de brega, con su madre y hermanas ya confesadas y unidas en legítimo matrimonio con sus correspondientes mancebos; antes de volver al campo fueron todos juntos á pedir la bendición con lágrimas que brotaban de sus ojos por el agradecimiento.

Las comuniones llegaron á 2.000, á 20 los matrimonios y algunos separados se arreglaron.

MIRAFLORES.—*(Del 16 al 28 de Enero)*.—De Payandé á Miraflores nos trasladamos en una jornada á caballo, por campos fertilísimos y hermosos, cubiertos de palmeras y regados por el Luisa, río que trae su nombre de San Luis Gonzaga, así como la población más adelante misionada, y marcan huellas de nuestros antiguos Padres por las selvas vírgenes de América.

Esta parroquia de Miraflores tiene una extensión apenas creíble, pues llega hasta el límite con el Cauca, á cinco días de camino, y encierra La Platina y Río Manso, á tres jornadas bien hechas. Llegamos á eso de las seis de la tarde, acompañados de dos ó tres docenas de jinetes que habían salido á encontrarnos á mitad del camino; al día siguiente disparamos los primeros tiros, y esta noche primera ya no cabía la gente en la iglesia bien capaz.

La misión fué de las buenas; cada día la gente se renovaba de montañeses que venían á suplir á los que se volvían para no dejar solos las casitas y los sembrados. La *Crème* se mostró muy rebelde en los principios, mas poco á poco principió á domesticarse y ya para los últimos días estuvo casi en su totalidad confesada y comulgada; se secaron muchos pantanos morales, repáronse no pocos escándalos públicos y se previnieron algunos.

Un pobre antioqueño bajó de la montaña con la compañera de pecado durante 10 años, á fin de unirse con ella en legítimo matrimonio; al llegar á la población la mujer le llamó aparte y le dijo cómo ella

era casada desde 20 años hacía y que su marido estaba vivo y con salud. El hombre estaba en tan buenas disposiciones que, sin alterarse, le entregó cuanto á ella pertenecía y se marchó resignado á buscar en otro pueblo de los que habíamos de misionar, otra *cruz* que no tuviera dueño. También se arreglaron aquí otros matrimonios, desunidos ya mucho tiempo hacía.

Una joven llevaba 5 años viviendo con un señorón venido de la capital, lleno de audacia, y con pujos de protestante; al tener éste noticias de la próxima misión se remontó á una hacienda mientras cesaba la quema; entretanto la joven se convierte, llora públicamente sus pecados, y después de abandonar la guarida de la fiera, se coloca en una casa honrada; á la primera noticia del hecho, viene nuestro hombre furioso, golpea á las puertas de la querida, ya muy entrada la noche; niégase ella á abrirle, y cuando él fuera de sí logra romper la puerta y penetrar dentro, revólver en mano, la encuentra de pie en medio de la sala, aguardándole con largo cuchillo en la mano y la majestad de la virtud en el rostro; sólo le dijo estas palabras: «Yo me he vuelto á Dios y nada tengo con V.; si se empeña, me mata ó le mato, y en ello yo no peco». Él desató la lengua contra Dios, contra los Jesuítas, falsarios, etc., etc., y despechado tomó el camino de la montaña, de donde no ha vuelto á salir.

Comuniones hubo 2.500, de las cuales 290 fueron de niños; se celebraron 37 matrimonios de gentes que vivían en mal estado; se fundaron las Congregaciones de Hijas de María y de la Doctrina Cristiana y se dió poderoso impulso á la obra del templo en construcción y de algunos centros moralizadores.

MISIÓN DEL VALLE.—*(Del 28 de Enero al 3 de Febrero).*—Salimos por la mañana el P. López y yo de Miraflores, dejando al señor Cura con el pie en el estribo y resuelto á alcanzarnos á poca distancia; por esta causa nos determinamos á esperarle en el camino é hicimos largas demoras. Visto que no aparecía, seguimos adelante y llegamos solos á la población, aquí nos aguardaban buenas pruebas.

Los dos misioneros, sin párroco ni otro sacerdote conocedor del terreno, entramos en la iglesia y abrimos la misión. Pero aquello estaba frío como un témpano de hielo, desierto más que el de Sahara: mientras el uno predicaba, el otro constituía el auditorio, y lo restante del amplio templo estaba ocupado por una nube de los más grandes y chilladores murciélagos que en los trópicos se han criado.

Amaneció el segundo día de misión, y no teníamos noticia de lo

que pudiera haber sucedido al Sr. Cura; principiábamos á deliberar, según el primer método de elección, á ver si dejábamos la empresa ó seguíamos en ella, siempre con la esperanza de que de un momento á otro las cosas tomaran nuevo rumbo y todo cediera en mucha gloria de Dios, puesto caso que la resistencia de parte del demonio era grande y la población se hallaba en gran necesidad. Así fué: al caer la tarde recibimos carta del Sr. Párroco en la cual nos anunciaba su próxima llegada, restablecido de la fuerte y repentina fiebre que le había postrado, y la noticia de la venida de dos buenos y virtuosos sacerdotes enviados por el Sr. Obispo, sabedor de nuestros apuros; esa misma tarde todos los habitantes de la población y de los campos se lanzaron en masa á la iglesia y la llenaron, como citados por el ángel custodio del pueblo, á formar ejército y marchar al cielo.

A partir de esta fecha hasta finalizar la misión, se trocaron las cosas: nuestro trabajo fué físico, y nuestro gozo, espiritual; porque no nos volvieron á conceder un minuto de reposo, sino que el día y parte de la noche lo consumíamos los seis operarios en recoger á manos llenas la mies abundante y rica.

Tres pares de amancebados, envejecidos en el crimen y la desvergüenza, se habían resistido en tiempos anteriores, aun á las amonestaciones personales del Ilmo. Sr. Obispo, y continuaban en público el escándalo á la faz de todo el pueblo, arrastrando á muchos de inferior categoría. Los tres encabezaron la lista de informaciones matrimoniales y en pos de ellos fueron desfilando los demás, de suerte que sólo quedaron al fin uno ó dos pares, y estos despreciados de todos y en vías de arreglo. No poco nos ayudó en este negocio el Sr. Alcalde, hijo legítimo de un suicida, que no desdice de la cepa; mas le intimidamos con el presunto prestigio que tenemos ante el alto Gobierno, y el pobrecito sirvió como un esclavo; lo mismo han hecho, sin excepción, todos los que en estos pueblos hemos encontrado, tan serviles como indiferentes.

En esta misión se presentó un viejo gordo, rechoncho, feo, cabezón, pecoso y calvo, que lo mejor que tenía era la figura; porque llevaba 50 años entregado á la deshonestidad pública. Venía conducido por un agente y con la mayor desvergüenza dijo al saludar: «Yo no me caso, porque tengo 7, y á todas las quiero por igual». Le arengué, le puse delante el infierno y terminé por decirle que á seguir así estaba condenado; aquí soltó la más estóica risotada y me contestó: «Si ya estoy condenado, sigo como hasta ahora, pues nadie sale del infierno».

Y volviéndome la espalda, se marchó; después volvió á hablar espontáneamente con el P. López, siguió asistiendo á los sermones y concluyó por hacer dos confesiones y recibir, otras tantas veces, la Sagrada Comunión.

Aquí en el Valle la comunión de los niños revistió un carácter especial, por el crecido número de ellos, por lo muy listos é inocentes, y por las magníficas voces con que amenizaron la funcioncita infantil; el P. López, veterano en este género de ministerios, quedó plenamente satisfecho ese día y recuerda con mucho agrado á aquellos niños.

Una noche se me presentó un hombre de cara ya conocida para mí, y me dijo ser de Payandé, donde había recibido los tres sacramentos de la comunión, confesión y matrimonio, pero que venía á gozar más de la cosa buena, y luego me dijo que estaba para llegar Gregoria con su *arrimao*, á ponerse en gracia de Dios. Porque ¿qué remedio? Cuando dimos la misión de Payandé días antes, vivía la dicha Gregoria en el casco de la población, amancebada con un pobre diablo. El Sr. Cura de Payandé había exhortado á Gregoria en su tienda de licores, para que contragese matrimonio durante la misión, y nada había podido conseguir. ¿Qué movió, pues, á esta mujer á venir después de tantos días en busca de los misioneros para arreglar su vida y enderezar los pasos, si no asistió á un sólo sermón ó plática? La actitud de la gente fervorosa de aquel pueblo, convertido en su totalidad. Como al cerrar la misión les habíamos dicho lo de costumbre, que no se debía ni podía tratar con los escandalizadores, á los cuales era necesario aislarlos como á leprosos; el pueblo de Payandé lo entendió sin glosa y lo ejecutó á la letra, hasta el punto de no entrar ni los hermanos de la Gregoria en su casa de ella, con lo cual se vió en tales apuros sociales y pecuniarios, que se determinó á buscarnos y optó por convertirse; con esto aquella simpática poblacioncita quedó limpia de polvo y paja.

También fué de gran consuelo ver llegar á un joven, antiguo director del Club liberal, revolucionario rico y prestigioso, con propósito de hacer la primera confesión, antes de la cual dijo que en los primeros sermones se había reído, en los segundos se había puesto serio y en los postreros había llorado á su pesar; lo cual dicho, cayó de rodillas y, bramando más que llorando, pedía perdón por lo que había ofendido á Dios y á la Iglesia..... Al retirarse, después de confesado, no podía contener el gozo en el pecho y lo manifestaba con ingenuidad de niño.

Total: hubo en el Valle 50 matrimonios de gentes que vivían en

el pecado; se repararon públicos escándalos y se fundó la Congregación de la Doctrina Cristiana, las comuniones anduvieron al rededor de 3.000 y todas aquellas sencillas gentes quedaron hambrientas de las cosas santas.

MISIÓN EN LA PARROQUIA DE SAN LUIS GONZAGA. —*(Del 8 de Febrero al 19).*—Ya puede figurarse, lo simpática que para nosotros sería población de tan angélico nombre y con cuánto placer y esperanza de fruto cierto marcharíamos á misionarla.

Salimos del Valle al mediodía, acompañados de buen número de jinetes, bajo un sol tropical y, andando á buen paso, dimos con nuestras personas é impedimenta en la población del Angélico Joven, al caer de la tarde; eran muchos los señores que á alguna distancia nos esperaban bien montados, y una nube de niños y niñas á la entrada. Ya desde la primera noche empezó el Señor á preparar los caminos de su misericordia con un acto del rigor de su justicia; porque á la hora en que íbamos á acostarnos, llegaron corriendo algunos vecinos en busca de un sacerdote para una moribunda; corrió allá el Sr. Cura y la encontró muerta, pues un ataque repentino la había privado de la vida sin dejarla decir Jesús. Era esta pobre mujer como *la Catalina* de la historia, en cuanto á su vida rota, y tuvo la misma muerte; quién sabe qué hubiera respondido si otro San Francisco la hubiera preguntado: «¿En dónde estás?». Más de 30 años llevaba en ilícita unión con varios hombres, y se había hecho sorda siempre al llamamiento de Dios; ahora cuando quiso la divina Justicia, se realizó en ella el *«non invenietis, et in peccato vestro moriemini»*.

Quedaban en San Luis escándalos públicos casi increíbles, y lo peor del caso es que en campo eclesiástico se había afianzado en años próximos este árbol podrido.

Desde el instante en que dimos principio á la misión, todos, sin distinción de clases ni de costumbres, acudieron al templo con visible empeño de mejorar las vidas. El principal de los señores y el más conspicuo por sus riquezas y apellido, vivía con la suegra de su propio hijo, sin respeto á sus hijos, ni vergüenza alguna. Otra señora, no contenta con ser ella de lo peor en este sentido, era la perdición de varias jóvenes de su familia. Todos fueron voluntariamente á arreglar los asuntos, se confesaron y quedaron en buen camino. Uno había, conocido de todos como encallecido en el vicio é insensible á toda reflexión ó consejo; éste vino con su arrimada mitad y con los hijos que el crimen le había dado; hizo informaciones, se casó, legitimó á los

pimpollos y quedó bañado en agua de rosas, después de haber arrojado de su ya cristiano hogar á otros dos pares de pícaros que allí estaban encuevados y que al fin se rindieron también á la gracia.

El cuarto día de misión se presentó un joven de buen porte con su esposa y narró lo siguiente á uno de los misioneros: «Padre, creo que ya me conocerá; tres años hace que mi esposa y yo nos separamos por motivo de honor; cuando llegó la misión á Payandé, asistí á toda ella, pero no me confesé por ignorar el paradero de mi mujer; les he ido siguiendo con la esperanza de que ella saldría á alguna de las santas misiones; en Miraflores estuve á toda; en el Valle no perdí un sermón, y hoy por fin, al salir de la iglesia nos encontramos manos á boca, en San Luis; aquí nos tiene dispuestos á todo.—Arrodíllense y pídanse perdón, les dijo el Padre, sin recordarse agravios pasados»; lo hicieron con palabras sinceras y conmovedoras, y pasada la misión, fueron juntos á despedirse de nosotros, para vivir como Dios manda.

El primer sastre de la población era un tipo digno de estudiarse. Fernando se llamaba, nacido en Medellín de Antioquia, sin más conocimientos que la aguja, muy versado en novelas y periódicos; de sombrerito medio caído, bigote naciente, anillo al dedo y zapatos ingleses; se había llevado á casi todos los pisaverdes á su taller, en el cual les electrizaba con su charla de sacamuelas. Cuando nuestro *petit Robespierre* supo que los misioneros se aproximaban, convocó á los *enfants de la Patrie* y les dijo, en acalorada arenga, como él estaba dispuesto á no perder sermón, á fin de mostrarles que ni dos ni veinte, ni cuatro mil jesuítas le despojaban de sus principios. La primera parte la cumplió, pues á todo asistió; pero la segunda, para su fortuna de él, no se realizó. En efecto, á los tres días de misión reunió en sesión plena el círculo juvenil y les declaró su última é irrevocable determinación de confesarse y hacer vida cristiana, puesto caso que la verdad se imponía; les invitaba, por consiguiente, á todos á purificarse en su compañía en las fuentes *penitenciales*. Así lo hicieron la misma noche con gran consuelo de sus almas.

Liquidando cuentas, nos resultaron en San Luis sobre 3.000 comuniones, entre las cuales 300 fueron de niños; y 97 matrimonios.

El 19 de Febrero salimos de San Luis en dirección á Coyaima; habíamos de pernoctar en una hacienda del católico general Caicedo, denominada *Calzón*. Toda la población, literalmente hablando, salió á despedirnos hasta las afueras, de donde regresaron llorando, después de pedirnos de rodillas la bendición; numerosa cabalgata nos acom-

pañó hasta la hacienda misma, á la cual llegamos cerca de las siete de la noche, y á esa hora se volvieron todos menos uno.

Era este un joven de 18 años, bastante maleado y asíduo oyente del sastre de Antioquia; mi tocayo mismo, ó sea, el sastre Fernando, me suplicó durante el camino que le hablara y procurara confesarle, porque de su círculo sólo él no lo había hecho; el P. López y el otro le amonestaron, pero el golpe de gracia lo dió el buen Fernando cuando, antes de despedirse, buscó posada en la hacienda para aquel amigo extraviado, y le suplicó se quedara aquella noche en nuestra compañía y no volviera á casa sin haberse puesto en paz con Dios. Total, durmió allí, hizo una muy contrita confesión y al día siguiente le costaba arrancarse de nuestro lado.

La noche que en la hacienda dormimos, ganamos la cena; pues, á más del triunfo referido, el Padre les predicó á los mayordomos y peones; confesamos y repartimos la Sagrada Comunión á 50 personas y se prestaron los últimos auxilios á tres enfermos de gravedad, sepultados en aquellas soledades.

El 20 por la mañana proseguimos el viaje y de tarde llegamos á Coyaima, quemados por el sol de los trópicos, muertos de hambre y jadeantes de sed, pero vitoreados por un pueblo sin cultivo espiritual, mas lleno de fe y amor al sacerdote.

MISIÓN DE COYAIMA.—*(Del 21 de Febrero al 2 de Marzo).*— Por lo que á la situación física atañe, la de Coyaima es envidiable: á orillas del Saldaña, el más caudaloso y de más limpias aguas de todos los tributarios del alto Magdalena, queda en fácil y rápida comunicación con los principales centros de la República y del extranjero, posee grandes y fértiles llanuras, cubiertas hoy de pasto, donde se crían partidas fabulosas de ganado. El vecindario tiene 7.000 habitantes y está á cargo mediato de un celoso párroco, que reside en Natagaima, á 5 leguas de distancia, y al inmediato de otro, coadjutor del primero, que allí pasa la vida.

Hay en Coyaima un círculo impío y blasfemo del cual es jefe el sujeto de quien hablé últimamente; en vez de sotana viste una bata de color; todo el pueblo dice que hace porque le suspendan, tiene y propaga libros y novelas de los más infames autores, dice al pueblo que basta creer en Dios, y las demás historias religiosas ó dogmas de fe huelgan de todo punto, etc., etc. Por lo que toca á la predicación, jamás la practica, ni celebra sino los domingos. ¿Cómo se portará en otras materias? Imagínelo; pues lo que hay en la realidad no es para

escrito. Este señor, poco antes de llegar los misioneros, subió por vez primera al púlpito para decir á los fieles que la tal misión era perfectamente inútil, etc., etc..... Con que ya ve si se disponía el terreno; agregue á esto el mal vivir y la ignorancia de gentes tan escandalizadas, donde sólo había en el casco de la población 6 matrimonios legítimos; sume los mil enredos que todo esto supone, y dígame si no le viene de molde la estrofita que por aquí le cantan:

«Para naranjas, El Guamo;
para vientos, Natagaima,
y para enredos, La Villa;
pero la gana *Coyaima*».

A nuestra llegada vino el edificante pastor de Natagaima y mandó allá al *pícaro lobo:* disparamos los primeros cañonazos al infierno, llenos de confianza en la Virgen del Carmen, patrona del pueblo, y ya desde entonces se inclinó á nuestro lado la victoria.

Al tercer día las redes se rompían por el número y magnitud de los peces, tanto que á duras penas las alcanzamos á sacar con ayuda de dos celosos operarios que volaron en nuestro socorro: en los sermones la concurrencia no dejaba que desear, todas aquellas pobres gentes lloraban á gritos su ignorancia, origen de todos sus males; ni paraba en llanto estéril, sino que volaban á toda hora en busca de los confesores, á fin de limpiar sus almas y poder comulgar; de modo que casi todos los días se hubo de dar comunión á las cuatro y media de la tarde.

Entre tanto no vagaba el Sr. Cura, haciendo informaciones y casando pares de amancebados. Un par bajó, de más de 70 años de edad; llevaban sobre 50 de ilícitas relaciones y tenían hijos de más de 40, que también vivían mal y siguieron ahora el buen ejemplo de sus padres, como habían antes seguido el malo.

Aquí en esta población (y es dato muy importante para el Rdo. Padre Provincial y demás Padres pudientes y generosos de la Península) agotamos completamente la corta suma de objetos piadosos que habíamos traído, y eso que no llegaron á 80 los que allí distribuímos. «Padre, déjeme una reliquia», decían los pobrecitos, y al recibir la estampita de colorines ó la medallita, la besaban de rodillas y la llevaban envuelta en el pañuelo limpio que al efecto traían.

Puede decirse que en Coyaima todos los habitantes se aprovecha-

ron de la santa misión; pues sólo quedaron sin recibir los santos sacramentos, aquellos presumidos enzapatados que forman el círculo impío. Los pobres campesinos acudían de siete y ocho horas de distancia, atravesando selvas y ardientes llanuras, quién con la única gallina que poseía para los Padres Santos, quién con un racimito de plátanos ú otro presente cualquiera; las madres llegaban con los hijitos á las costillas, y nos contaban los vecinos que, muchas de ellas, atravesaban anchos y caudalosos ríos á nado con esas criaturitas atadas á la espalda.

Con esta misión se consiguió prevenir prudentemente al pueblo para que distinga al verdadero pastor y al lobo disfrazado de tal; en ella se repartieron 3.200 comuniones, de las cuales 400 á la turba menuda; se celebraron 120 matrimonios de pecadores envejecidos en el concubinato, y se arreglaron algunos separados; se fundó la Congregación de la Doctrina Cristiana y se impuso el escapulario azul á 42 jóvenes, como preparación para la Congregación de Hijas de María, que se fundará cuando haya párroco digno.

MISIÓN DEL ATACO.—*(Del 4 de Marzo al 14)*.—El 2 por la mañana salimos de Coyaima en dirección al Ataco; dos caminos hay para dicho viaje: por la pampa el uno y el otro por la montaña; por el primero es preciso atravesar cinco ríos, dos en canoa y los demás á caballo, fuera de muchos torrentes y pantanos. En esos ríos lanza uno la bestia, la cual tiene que nadar, y el agua pasando sobre ella, moja al jinete hasta el pecho; de modo que es preciso, ó ponerse en traje de baño *toties quoties*, ó someterse á la más soberana mojadura y andar todo el día con la ropa destilando; el peligro de ahogarse queda conjurado con la compañía de dos ó tres paseros que van nadando cerca del viajero para sostenerle ó sacarle en caso de que le arrastre la corriente, cosa que sucede no pocas veces. El camino de la montaña es de lo más primitivo, practicado entre precipicios que le flanquean, y con piso de piedras y greda lisas ó piedras rodadas. Estábamos, pues, en un dilema: ó arriesgar la pelleja en un río, ó dejarla en un abismo; optamos por lo último y ehamos por los cerros.

Todo el santo día estuvimos andando sin probar bocado, y como los caminos no permitían acelerar el paso, nos cogió la noche oscurísima á considerable distancia de la única casita que hay en esta jornada. Tres veces cayó de espaldas el caballo de uno de los señores curas que nos acompañaban, y no recibió golpe, gracias á Dios y á su agilidad; al subir una peña alta, sintió el P. López el esfuerzo de su

macho y dijo que algo se había roto en su montura; el peón á tientas la examinó y halló rota la grupa; la remendó á oscuras con la correa de sus propios calzones y... ¡adelante! A poco trecho, y cuando ya la oscuridad era completa, llegamos á una bajada de más de medio kilómetro, lisa como jabón y pendientísima; el grito del conductor era: «Mano á la grupa», porque toda la fuerza la hace en las cuestas dicho apéndice de la montura; un hombrecito, que á pie nos seguía, se enencontró, por habérsele enredado en los pies, una grupa; cuando oimos la noticia, todos llevamos la mano á la cola de nuestras caballerías á ver si le faltaba aquel arreo. Con estos temores y peligros, ordenó el Padre el batallón, señalándome la vanguardia, por la seguridad de la mula, no por la del jinete.

Así proseguimos el camino con el mayor peligro imaginable; á veces perdía el peón la senda, y mi mula, ó trepaba en un barranco, ó resbalaba y caía; entonces daba el grito de alarma y los demás buscaban á tientas el camino y aguardaban hasta que mi bruto salía del atolladero y entraba en terreno seguro; por fin, á las ocho de la noche llegamos á una casita de cristianos viejos, fervorosos y caritativos, cuando el más terrible aguacero estaba para desplomarse sobre aquella región. Nos sirvieron una cena buena y confortable, nos prepararon camas de cuero, más suaves al cansado cuerpo que son los colchones de pluma á los delicados del mundo, y á la mañana siguiente, montaron todos los de la familia y siguieron con nosotros hacia el Ataco á fin de hallarse en la santa misión. El trayecto recorrido desde allí al pueblo no le va en zaga al anterior en lo peligroso y malo; pero no se siente, por los paisajes que desde todas aquellas colinas pone á la vista del viajero; me atrevo á decir que todo aquello es de lo más hermoso que Dios puso en la joven América. La vista del Ataco, desde un punto denominado *el Mirador*, con el precioso Saldaña al Oriente y otro majestuoso río al Sur, es encantadora.

También tuvimos en el Ataco precursores enviados por Satanás á preparar la santa misión, porque un infame llegó días antes y dijo á quienes la estaban preparando que él mismo había estado en Coyaima con los Padres misioneros, los cuales le habían recomendado les dijera que darían la misión por 22.000 pesos, sin rebajar un céntimo; el Señor Cura, que lo es de varios pueblos, no dió paso alguno para disponer á las gentes; mas Dios con flacos instrumentos lleva adelante las empresas de su divina gloria, como lo hizo en nuestro caso, pues una rica y fervorosa señorita, que allí maneja al alcalde, maestros, etc., etc.,

se puso al frente y lo arregló todo, de suerte que ni se echaba de menos la influencia del párroco.

Dimos principio á la misión con esperanzas ciertas de abundante fruto, y estas no sólo no se frustraron, sino que las superó el éxito: campesinos, hasta de muchas leguas de distancia, se apresuraron á buscar el remedio para sus almas; los que vivían mal, sólo pensaban en casarse ó separarse; con tales disposiciones, ya puede figurarse cómo entraría á torrentes la gracia en aquellas almas.

El mismo día en que llegamos por la tarde, mientras el Padre y los otros sacerdotes descansaban un ratico, me puse á escribir en la sala, cuando he aquí que se me entra por las puertas un apuesto turco en compañía de un joven y una joven, también *embotinados;* pensaba yo estar recibiendo una visita de etiqueta; ya el turco portador de la palabra, me había preguntado por la prosperidad de nuestro viaje, etc., etc., y habíamos hecho los augurios de cajón respecto al próximo invierno ó verano, cuando observé que mi hombre le tiraba disimuladamente de la levita al compañero y le guiñaba el ojo. Me hice el distraído para darles libertad á fin de que se comunicaran lo que deseaban, y entonces dijo muy bajo el primero al segundo: «Hable, compadre». El otro, muy colorado, me dijo con timidez: «Yo, mi santo Padre, vengo á ver si me puede mandar cautivar con esta joven, prima de la mamá de yo.....» Al despedirse, después de pedir la bendición arrodillados, me pidieron el indulto de carnes santas para no cometer más *laticinios;* hicieron la genuflexión acostumbrada, y salieron dando largos é irregulares pasos, como suelen hacerlo cuando se ponen zapatos por primera vez. *Mutatis mutandis,* esto es lo que sucede con cuantos vienen á tratar negocios con los misioneros; un botón basta para muestra.

Allá va otro que le servirá como ejemplo de las conversiones y casos edificantes. Cuando entré por la noche en la sacristía á oir confesiones, rompió, á través del numeroso grupo que esperaba, un venerable señor, y puesto delante dijo en voz alta, que llevaba 40 años alejado de Dios y entregado al demonio en revoluciones, que le confesara primero, porque no podía vivir un momento más con tantos crímenes en el alma; ante argumentos tan contundentes accedí al punto; cuando le absolví rompió á llorar con verdaderos bramidos y decía: «¡Cuántos años hace que yo no sentía un momento de felicidad! ¡Bendito sea Dios! ¡no vuelvo á pecar jamás! ¡qué feliz soy!...» Le moderé un tanto los sollozos y le envié á orar delante de Cristo Crucificado, en donde permaneció no sé cuánto tiempo rezando y llorando; no hay que decir

el dolor que esta escena puso en el corazón de los demás penitentes.

Y ¿qué le diré de la reverencia con que nos trata el pueblo? Que raya en veneración: siempre están en nuestra presencia callados y con el sombrero en la mano; al llegar y al despedirse hacen genuflexión; donde quiera que nos ven se arrodillan á pedir la bendición, lo cual me iba costando caro una mañana: porque saliendo yo de casa á las cuatro y media para ir á la iglesia, mientras llovía, se postró delante un hombrecito para que le impartiera la bendición; la oscuridad me impidió ver el peligro, y ¡zás! á un charco de cabeza. Me levanté, y advirtiendo lo que pasaba, no me quedó más remedio que bendecir con una mano al imprudente devoto, mientras quitaba con la otra el barro de la sotana. Por lo que hace á títulos, agotan el diccionario cuando hablan con el misionero.

Los niños de este departamento son de lo más salado y listo que puede darse en su género; pregunto á un pequeñín en el catecismo: «¿A dónde van los malos?---Al cementerio, contesta sin vacilar.—¿Y los buenos?—Aquí también los llevan al cementerio; en Bogotá no sé». «¿Cuándo se acabará el infierno? pregunté á otro.—Cuando se muera el diablo, respondió.—¿Cuándo muere el diablo?—El diablo no enferma», contestó otro al momento. Niñerías son, á no dudarlo, estas; pero que, en niños de campo y sin ningún cultivo, no dejan de hacer gracia, y dan pie para hacerles explicaciones al alcance de ellos.

Por lo que á escándalos atañe, no ha quedado títere con cabeza en el casco de la población, y son muchos los remediados en los campos; el alcalde es un verdadero pobre de espíritu y materia plástica respecto á la piadosa señorita de que antes le hablé; ella le llamó, le dió órdenes terminantes y hasta le señaló el día en que debía confesarse; todo lo cual cumplió él con energía y religiosa obediencia. Trabajando así unidos los dos poderes, eclesiástico y civil, sucedió lo de siempre: que ni el gamonal más déspota puede resistir, y todo queda remediado.

En el Ataco se repartieron sobre 2.000 comuniones; celebráronse 45 matrimonios de amañados; asistieron á la función de los niños y comulgaron 220 de ellos; se fundaron la Asociación de la Doctrina Cristiana y la Congregación de San Luis Gonzaga.

SEMANA SANTA EN CHAPARRAL Y GUAMO.—El día 15 por la mañana los dos misioneros, en compañía de los párrocos del Guamo y Chaparral, nos echamos en una tenue balsa al río Saldaña, que es de los más rápidos y peligrosos de cuantos bañan el suelo co-

lombiano; en la desembocadura del Amoyá nos despedimos hasta el martes de Pascua, cuando yo había de bajar para juntarnos de nuevo los dos Padres en las bocas del Magdalena. El P. López siguió río abajo en compañía de su párroco; y yo, con el mío, caballeros los dos en buenas mulas, me dirigí al Chaparral, á donde llegué calado de agua hasta los huesos, por el fuerte aguacero que no cesó durante las cuatro horas de penoso viaje por entre ríos y pantanos.

En aquella fervorosa población me aguardaba un trabajo ímprobo: al saber que había llegado á ella un misionero jesuíta, cayó sobre mí una nube de fieles pidiendo que los confesara, que les predicara y hasta que los casara: dejamos, pues, arreglados varios matrimonios; durante los 14 días de mi permanencia oí confesiones sin descanso durante el día y gran parte de la noche, de modo que mi contador señaló el número 2.080; repartí sobre 5.000 comuniones; pedí y obtuve del Sr. Alcalde me entregara, sueltos y sin cadenas, los presos durante 24 horas, los confesé, los llevé al templo á oir misa y á comulgar y luego me senté con ellos á la mesa en la casa cural, á disfrutar de la magnífica comida obsequiada y servida por las principales señoras y señoritas de la población; prediqué el panegírico de San José, los cuatro sermones de tabla, una plática á las catequistas y otra á las Hijas de María; visité los enfermos del hospital y de las casas particulares, en compañía del Sr. Cura; y preparé la maleta para marchar, dejando muchas personas suspirando por la vuelta de un jesuíta para confesarse, ya que conmigo no habían podido hacerlo á causa de la gran concurrencia.

El P. López dió en el Guamo Ejercicios á hombres, con no poco fruto y edificación; oyó muchas confesiones, predicó dos de los sermones de Semana Santa y se marchó á una hacienda denominada «El Palmar», con el objeto de dar un retiro á 60 niños, que resultó magnífico.

Entre tanto monté en mi mula, fuerte y buena nadadora, y bajé aquellas pendientes, sin otro percance que una rodada de bestia y jinete, en la cual se me rozó un brazo; al llegar á la llanura, la encontré inundada, y muy crecidos los cinco ríos que tenía que pasar á caballo hasta llegar al Saldaña, por los aguaceros torrenciales de aquellos días; en dos de aquellos pasos sólo aparecía la cabeza de la mula y mi pobre busto rígido por el miedo y el frío. Al llegar á las orillas del Saldaña, aquel día grande y tormentoso, por la excepcional creciente que bajaba, vi á mi boga, el cual, remo en mano, me aguardaba en la bal-

sita de cuatro palos con cubierta de hojas de palmera, que me había de conducir; remedando lo mejor que pude la serenidad de los héroes, y ocultando el miedo pánico que tenía, subí y le mandé soltar amarras. La balsa volaba como una flecha, cruzaba por junto á los peñones, dejando á veces ramas de la tolda; la noche se nos echó encima y con ella una fuerte tempestad de rayos y agua, con lo cual las olas del río se encresparon más y más; quise rezar el itinerario y encendí debajo de mi tolda una esperma que llevaba, pero al instante una ola cubrió la balsa, me bañó de pies á cabeza y se llevó la esperma con la *botella-candelero.* En esto observé que el buen boga se quitaba la camisa, le pregunté la causa y me contestó que para poder nadar porque estábamos en peligro; le ordené entonces que sacara la balsa á la primera playa que diera arribo; lo hizo con esfuerzos grandes, y allí permanecimos, sentados en las piedras de la orilla, hasta que apareció la luna por entre nubarrones. De nuevo nos echamos al río, y á poco rato llegamos al puerto de Coyaima, inundado entonces por la creciente. El boga se lanzó á nado y amarró las cuerdas, con lo cual pudo acercarme á la orilla y sacarme á la espalda por aquellos andurriales hasta ponerme en camino real.

Fuí á casa del Sr. Cura, el cual me brindó un buen vaso de agua fresca y una hamaca para descansar el resto de la noche, ya muy corto por desgracia. Tempranito dije la santa misa; bebí un poco de leche, y á la balsa, con un aguacero terrible que nos acompañó hasta después del mediodía. Al pasar por frente á la hacienda del Palmar, un muchacho apostado por el P. López para detener la balsa, entabló diálogo con mi boga, pero no pudieron entenderse por el ruido atronador de la creciente; de manera que seguimos agua abajo hasta el puerto convenido de antemano.

Llego, salto á tierra, pregunto en una casita por el Padre, y ni ha llegado ni de él tienen la menor noticia; procuro entonces secar la ropa al fuego, pido algo para calentar el estómago y me dan al rato un poco de caldo y dos huevos. Busco y encuentro un caballo de mala muerte; monto, y por aquellos barrizales llego al Guamo á las nueve y media de la noche; en la casa cural me dicen que el Sr. Párroco se encuentra con el P. López en el Palmar; los prójimos que allí viven, matan mi hambre de dos días con mucha caridad y buena comida; descanso bien, digo temprano la misa, y después de haber dejado al Padre razón de mi paradero, regreso á la balsa para esperarle en ella. A eso de las dos de la tarde llegó el Padre en otra balsita, pasó á la

mía y bajamos ya juntos por el majestuoso Magdalena hasta Girardot.

De esta población á Bogotá se viene en tren, pero ¡qué tren! El trayecto que en tiempo seco recorre en diez horas, lo anduvo ahora en dos días y una noche; descarriló una vez, nos detuvo en despoblado por varias horas consecutivas; al llegar á San Javier, estación desprovista de todo, nos dijeron que era preciso pasar allí la noche. El Padre y yo fuimos los mejor librados, puesto que, por deferencia especial, nos subieron al zarzo de la cocina, después de poner una silla sobre la mesa, donde nos habían servido el chocolatico. Pero á las tres de la mañana prendieron fuego debajo, y nos hicieron bajar con el humo, como quien saca armadillos de las cuevas. A las seis de la mañana siguió el tren, más á poco se nos dió orden de bajar y seguir á pie por medio de lodo y piedras, que en gran trecho habían cubierto la carrilera, á fin de llevarnos las dos horas largas de camino que faltaban, sobre tres plataformas descubiertas. Allí nos apretaron á todos los viajeros, revueltos caballeros, monjas, peones, jesuítas, señoras, y hasta dos locos que atados conducían al manicomio de Bogotá: debajo llevábamos lodo y encima la lluvia.

Aquí nos tiene ya en este Colegio, en la dulce compañía de nuestros hermanos, descansando algunos días para salir á nueva campaña; los trabajos son considerables, pero les supera con mucho el precioso y abundante fruto. ¿No siente envidia santa? Pues aquí hay campo para todos.

En sus SS. SS. y OO. me encomiendo.

Siervo en Cristo,

FERNANDO ARANGO, S. J.



MEDELLÍN

EL XXV ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DEL COLEGIO

Carta del P. Villarraya al P. Martín Garmendia.

Medellín, Febrero 5 de 1911.

Amadísimo P. Socio: Como V. R. conserva tan gratos recuerdos de Colombia, donde Dios quiso devolverle la salud y la vida, para gloria de la Compañía, creo que tendrá mucho gusto en leer algunas noticias sobre el modo como se celebraron las Bodas de Plata de este Colegio. Podrá asimismo V. R. aprovechar estas noticias para las CARTAS EDIFICANTES.

El R. P. Luis Londoño fué nombrado Superior del Colegio el 2 de Febrero del año pasado, que es cuando comienza aquí el curso escolar, como V. R. recordará muy bien, y desde luego fué su primera idea el irlo disponiendo todo para celebrar el vigésimoquinto aniversario de la fundación del Colegio, si no de un modo esplendoroso, á lo menos de una manera digna. Mucho no se podía hacer, dadas las difíciles circunstancias en que nos hallábamos, pues el número de alumnos había ido disminuyendo notablemente desde hacía años y era muy cruda la guerra que se hacía á nuestra educación. Sin embargo, las fiestas resultaron mucho más lucidas de lo que se podía esperar en un principio.

Lo que más urgía era preparar un salón de actos adecuado, pues el patio-salón con que cuenta el Colegio no poseía más que un toldo viejo, casi inutilizado. Encargóse, en efecto, un nuevo y magnífico toldo

á una casa alemana especialista en la materia, y llegó tan á tiempo que precisamente se estrenó en las fiestas proyectadas. Pidiéronse además numerosas colecciones de cuadros murales para la Historia Natural, un aparato de proyección universal y cinematógrafo, el más perfecto que se conoce hoy, y otros aparatos de Física. Se procuró ir formando durante el año un buen Museo de Historia Natural; pues si bien el Colegio poseía un soberbio Gabinete de Física, carecía en absoluto de Museos.

Estos preparativos se puede decir que fueron secretos, y nadie, fuera de casa, se dió cuenta de que se trataba de celebrar las Bodas de Plata del Colegio, hasta que el P. Rector lanzó á los cuatro vientos la noticia en casi todos los periódicos de Medellín. Poco después aparecieron los programas, que sosprendieron á todos agradablemente por su exquisito gusto y sencillez.

Los festejos abarcaban un espacio de cuatro días, tres de las fiestas, propiamente dichas, y el cuarto de la Distribución de Premios. El escudo del Colegio, que figuraba en la portada del programa, pareció á todos bellísimo: sobre el fondo tricolor de la bandera patria, brillaba el monograma del Colegio, orlado por dos ramos de laurel dorado; el condor de nuestro escudo nacional apoyaba las garras en el reborde superior y cobijaba el conjunto con sus poderosas alas; esta bella concepción artística se la debemos á nuestro conocido pintor el P. Juan Francisco Roldán y fué admirablemente cromolitografiada en el Establecimiento de los Sres. Arango Hermanos, de esta ciudad.

Los festejos comenzaron el día 20 de Noviembre; pero en los programas no figura el primer número, que fué, sin embargo, uno de los más tiernos: la comunión general. A las seis de la mañana tuvo ésta lugar en nuestra iglesia, hermosamente decorada: era la última comunión del año, la que cerraba 25 años de esfuerzos por formar para Jesucristo corazones juveniles; allí á los pies del Salvador se hallaban los antiguos alumnos, que volvían como en los días de la infancia á recibir á su Señor y allí estaban los alumnos actuales, poseídos de ese extraño recogimiento que domina á todos en presencia de los grandes acontecimientos. ¡Qué hermosos fueron aquellos instantes!

A las ocho de la mañana se celebró la gran misa pontifical oficiada por el Ilmo. y Rdmo. Sr. Arzobispo de Medellín. El adorno de nuestro hermoso templo, la solemnidad y belleza de la música, lo escogido de la concurrencia, todo contribuía á dar esplendor á la misa, que en acción de gracias por los beneficios recibidos en 25 años, ofre-

cía el Colegio al Dador de todo bien. A la hora del sermón todas las miradas se volvieron al P. Carlos Salcedo, todos los corazones palpitaron de emoción, todos deseábamos que él interpretara los sentimientos que nos embargaban. Y á fe que supo hacerlo: su palabra vibrante recorrió todos los campos de nuestras labores evangélicas en Medellín: las congregaciones, el confesonario, el púlpito, la obra magna de los Ejercicios de San Ignacio, las aulas del Colegio. Tuvo arranques oratorios de primer orden y supo tocar las fibras más delicadas del corazón humano.

Terminado el *Te Deum,* que se cantó á la una de la tarde, se dió principio al suntuoso *lunch* que el Colegio ofrecía á los antiguos bachilleres. El gran patio-salón se hallaba convertido en comedor, artísticamente ornamentado. Este *lunch*, de cerca de 300 convidados, ha sido uno de los más notables que ha visto la ciudad, por el número y calidad de las personas que se sentaban á la mesa. Presidían el ilustrísimo señor Arzobispo, el Sr. Gobernador y el R. P. Rector, y se hallaban allí reunidas las personas más caracterizadas de la Iglesia, del Gobierno, de la política, del dinero y de las letras. Los exquisitos platos y los vinos regalados, fortalecían el cuerpo y alegraban el corazón; pero nada hay comparable á la dulce cordialidad que reinó en aquel banquete de familia. El cuchicheo de los comensales y las armonías de la música, eran con frecuencia interrumpidas por delicados brindis, ya en prosa, ya en verso. El último que habló fué el Prelado: sus palabras graves y sentidas, llenas de amor á la Compañía, fueron muy aplaudidas y quedaron hondamente grabadas en todos los corazones.

Siguieron luego los Juegos Olímpicos en el gran patio del Colegio, que, como cosa nueva entre nosotros, llamaron mucho la atención. Sin embargo, una tenaz llovizna, hizo que los juegos no lucieran tanto como hubiera sido de esperar, y por otra parte la gente, que por nada quería perder la gran velada de la noche, comenzaba á retirarse para ir á comer y volver á tomar puesto. Fué así que, aunque la velada estaba anunciada para las seis y media, una hora antes ya la gente se aglomeraba en la puerta de entrada y las mismas señoras y señoritas, arrollando todos los obstáculos, lograban penetrar hasta el patio-salón; y al advertirles que todavía tendrían que aguardar una hora, respondían con naturalidad: «Eso no importa, Padre».

El aspecto del patio-comedor, convertido en patio-salón, era deslumbrador: el gran toldo se mecía suavemente con las últimas brisas de la tarde y cobijaba bajo sus gigantescas alas aquel espectáculo de vida y

animación; en los intercolumnios y en los ángulos brillaban focos poderosos, y en lo más alto del toldo una soberbia araña eléctrica difundía torrentes de claridad. Todos los corredores superiores lucían con los ricos y vistosos trajes de numerosísima concurrencia, la flor y nata de esta sociedad; abajo el patio se hallaba cuajado de caballeros. De 2.500 á 2.800 se calcularon las personas que ocupaban el patio, y no era más que una mínima parte del inmenso gentío que se aglomeraba á las puertas y se arremolinaba en la plaza. La doble guardia de policía y tropa regular, era impotente para contener la muchedumbre; y no era muchedumbre de gente del pueblo, sino de señoras y caballeros. Una vez repleto el patio-salón hasta en sus últimos rincones, fué preciso cerrar las puertas, trancarlas fuertemente y conservar por dentro las guardias. A nadie se permitía la entrada sin invitación; pero en estos casos las invitaciones parece que se multiplican por arte de magia.

La velada de esta noche era toda de recuerdos y esperanzas, conmemorativa toda del fausto acontecimiento que se celebraba. Como introducción al acto tuve yo que pronunciar, por disposición de los Superiores, un discursito; en el cual procuré, con la brevedad que las circunstancias requerían, dar alguna idea de lo que es la educación que da la Compañía, y por qué en nuestro sistema de enseñanza se cosechan tan delicados frutos: esto pareció necesario, pues la decadencia de nuestro Colegio en los últimos años se debe en parte á la activa propaganda que contra nuestra educación se ha hecho en todo el departamento. Siguiéronse luego bellas poesías de antiguos alumnos, que fueron calurosamente aplaudidas.

Al comienzo de la segunda parte, el P. Puente pronunció otro breve discurso para trazar á grandes rasgos lo que Antioquia ha hecho por la Compañía estos 25 años, y dar las gracias á la ciudad y á todos nuestros amigos. El acto fué amenizado por la gran orquesta contratada por el maestro Arriola, que ejecutó á maravilla admirables piezas de sabor clásico. Las proyecciones fueron también uno de los encantos de la concurrencia. Los retratos de los gobernantes que más han favorecido con su apoyo este Colegio, las vistas de escenas patrias y de las grandes comuniones de ejercitantes, fueron muy aplaudidas. Al fin de cada parte una escogida película cinematográfica daba un rato de alegría y esparcimiento á los concurrentes.

Dos fueron los caracteres principales de esta velada: mucha variedad é interés por parte de los materiales que la componían, y admirable cultura por parte de la concurrencia, que á pesar del entusiasmo

que la dominaba, no se excedió ni siquiera en un aplauso un poco más prolongado de lo que conviene.

El día 21 fué el segundo de las fiestas, y toda la mañana estuvo dedicada á la inauguración de la nueva casa de campo y del tanque de natación, construídos durante el año, y que han de constituir en adelante uno de los grandes atractivos del Colegio. La misa se cantó en la capilla de Nuestra Señora de Loreto, que hace años edificaron nuestros Padres para atender al cultivo espiritual de aquella barriada. El sermón estuvo á cargo del P. Cayetano Sarmiento, quien, en breves pero atinadas frases, refirió los orígenes de aquella capilla y el significado de la fiesta que se celebraba.

Terminada la misa nos dirigimos, acompañados del Colegio y de la selecta concurrencia, á la vecina casa de campo, cuya bendición iba á tener lugar, y ésta terminada, se permitió á los asistentes recorrer la casa y visitar el tanque. Siguióse luego un suculento almuerzo servido á todos los alumnos internos y externos, quienes hicieron á maravilla los honores á los manjares que se les servían, pues la hora era avanzada y el paseo de la mañana les había excitado el apetito. Comimos en amigable compañía, alumnos y Padres mezclados, y hubo cordiales y regocijados brindis. Se tomaron varias fotografías, gozamos del bello panorama que ofrecía el valle de Medellín, tendido á nuestros pies, cubierto de plantas y esmaltado de poblaciones, y por fin bajamos, porque era ya tiempo de irse previniendo para el acto de la noche, que había de versar sobre Historia Natural.

La concurrencia fué como la primera noche, y todo salió muy bien, sobre todo la parte de Zoología. Gran servicio prestaron los innumerables diapositivos sobre la materia, que de antemano se habían encargado á París. Pero donde el entusiasmo del público llegó al colmo, fué durante la proyección cinematográfica del Museo Zoológico de Londres. La música fué escogidísima y la orquesta y el coro del Colegio cautivaron al auditorio con la ejecución de escogidas piezas de los grandes maestros.

La mañana del día 22 fué un paréntesis de tristeza y melancolía en medio de los grandes regocijos. Las campanas de nuestra iglesia doblaban lánguidamente; los coches que paraban á la puerta traían familias enlutadas, que descendían, cruzaban el átrio y se perdían en las sombrías naves del templo, llenas de gallardetes, de flores y perfumes el día primero y hoy cubiertas de crespones. Los funerales por nuestros Padres y Hermanos, muertos en la ruda pelea de 25 años, y de los

alumnos del Colegio que nos habían dejado para siempre sobre la tierra, iban á celebrarse con imponente pompa funeral.

A las ocho de la mañana el gran templo se hallaba lleno de gente, todos enlutados, poseídos todos de esa dulce melancolía que inspira la liturgia de la Iglesia. El solo catafalco, en su misma sencillez y originalidad, arrancaba lágrimas de ternura. En lo más alto de él brillaba la Cruz, como faro salvador, que ilumina los restos del naufragio y señala la vecina playa de salvamento; á su lado dos ángeles lloraban y al parecer elevaban al cielo sus plegarias. El resto del catafalco figuraba una especie de colina, en la cual brillaban 113 cirios, cada uno de los cuales llevaba una corona de laurel y una cinta blanca, y en ella el nombre, en grandes letras de oro, de uno de los muertos por quienes se celebraba el funeral. Algunas siemprevivas y margaritas blancas se levantaban tímidamente al pie de aquella que, con razón, pudiéramos llamar la colina de los muertos. El público podía acercarse y leer en cada uno de aquellos caracteres mudos, toda una historia de dolor y de lágrimas, que sólo la Religión de Jesucristo sabe enjugar. Por eso se veían numerosos caballeros y señoras que llegaban al pie del catafalco, mirando con ansia, y al ver el nombre querido se echaban de rodillas, apoyaban la frente sobre la verja y lloraban y oraban en silencio.

Una vez terminado el oficio y la pontifical de *Requiem,* que cantó el Ilmo. Sr. Arzobispo, subió al púlpito el P. Abraham Cerón, encargado de pronunciar la oración fúnebre. Mucho fué que pudiera conservar la serenidad en medio de aquellas imponentes ceremonias. Hubo, sin embargo, un momento en que el orador perdió los estribos, se le anudó la voz en la garganta y ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas: el silencio que entonces reinó en el templo fué más conmovedor aún. Los cirios del catafalco permanecieron encendidos después de la función, y el Ilmo. Sr. Arzobispo concedió, en nombre de Su Santidad, una indulgencia plenaria á los que visitaran nuestra iglesia aquel día.

Mucho podría decir á V. R. del acto de aquella noche, que fué de Filosofía y gustó mucho. Pero lo dejo por no alargar demasiado esta carta que ya parece interminable. La concurrencia fué como las noches anteriores; los jóvenes que iban á tomar el grado de Bachiller dieron plena satisfacción y mostraron gran serenidad y dominio cuando les arguyeron algunos sacerdotes profesores del Seminario y varios caballeros. Al dar la solución final llevaban todos calurosos aplausos. No poco contribuyó á la amenidad del acto la orquesta, el coro del Colegio y el cinematógrafo.

El cuarto día, ó sea el 23, se celebró la Distribución de Premios, con una solemnidad verdaderamente regia, y se clausuraron las tareas escolares. Aplaudidísimo fué el discurso, que en esta ocasión pronunció el P. Luis J. Muñoz, que acababa de regresar de una de sus grandes correrías apostólicas.

Sólo me resta decir á V. R. dos palabras, sobre una de las cosas que más llamaron la atención del público: la bellísima Exposición Escolar organizada con motivo de las fiestas. Dedicóse al efecto un enorme salón de 74 metros de largo, y allí se colocaron casi todos los elementos de educación que posee el Colegio, la mayor parte de ellos adquiridos durante el año, gracias á la inagotable generosidad y amplias miras del R. P. Londoño, Superior del Colegio, quien á pesar de las malas condiciones económicas en que se halla la Procura, no ha reparado en hacer gastos, que para el caso han sido colosales.

Comprendía la Exposición varias secciones: 1.ª la de Dibujo y Escultura, en donde lucían los hermosos trabajos hechos por los alumnos durante el año, muchos de ellos en marcos artísticos, que hacían resaltar el mérito de la obra; y las afamadas esculturas de nuestro H. Guarín. 2.ª La sección de Geografía, en la cual figuraban en primera línea los gigantescos mapas pintados por el P. Juan Francisco Roldán, obra no sólo de mérito artístico, sino de grande utilidad para el Colegio; pues los mapas de fabricación europea resultan del todo inaceptables, por sus pequeñas dimensiones, para un patio-salón. Al lado de los mapas del maestro se hallaban los de los alumnos de Geografía, como prueba palpable de sus adelantos. 3.ª La sección de Comercio, que, aunque comienza ahora, pudo presentar buenas muestras de libros de cuentas llevados por los alumnos; los mecanógrafos empleados en las clases de escritura mecánica, etc. 4.ª La sección de Mineralogía y Botánica, con sus bellas colecciones, adquiridas todas durante el año, y numerosos cuadros murales; la de Zoología, acrecentada con las riquísimas colecciones de aves que acababan de regalarnos. 5.ª Figuraba, por último, la más rica de todas las secciones, que comprendía íntegramente el Gabinete de Física, que es excelente por todos conceptos. Para que se pudiera apreciar en lo que vale, se sacaron los aparatos de la estantería y se colocaron en mesas cubiertas con la bandera tricolor de la República, lo cual daba un aspecto tan encantador á todo el conjunto, que la gente no acertaba á apartarse de allí. Unos se acercaban á mirar los objetos dispuestos en los microscopios, otros dirigían los anteojos ó el telescopio á las cumbres de la montaña vecina,

aquellos reían ruidosamente al verse retratados en los grandes espejos cóncavos y convexos, ó saltaban nerviosamente cuando los jóvenes que los acompañaban les hacían tomar parte en algún experimento con las máquinas eléctricas.

Entre tanto llenaba de armonías el salón un magnífico grafófono que los antiguos bachilleres nos acababan de regalar, como obsequio al Colegio en las Bodas de Plata. Es la última perfección que en Norte-América ha alcanzado el prodigioso aparato, despojado ya de la fea bocina y con resonadores de madera que le quitan la aspereza y le permiten reproducir los sonidos más delicados. Ya comprenderá V. R. que para ser un regalo dado en tal ocasión no puede menos de ser cosa muy buena.

Finalmente, el resultado de las fiestas parece haber sido muy satisfactorio: se trataba sobre todo de levantar el buen nombre y el prestigio del Colegio para mayor gloria de Dios, y todo parece indicar que se obtuvo en gran parte lo que se deseaba: la prensa habló muy bien de nosotros y la gente comprendió que el Colegio tiene grandes elementos de vida, y que la educación que reciben aquí los jóvenes es sólida y moderna. Así que para este curso que vamos á comenzar han acudido ya numerosos niños y jóvenes de otros Colegios, que antes eran considerados como los mejores de la ciudad, y esperamos que con el favor de Dios vuelva el Colegio, en día no lejano, á ser estrecho, como lo fué en tiempos pasados, para el número de jóvenes que deseen educarse cristianamente en nuestras aulas.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

Siervo en Cristo,

TOMÁS VILLARRAGA, S. J.

TANDAS DE EJERCICIOS Á HOMBRES

Carta del mismo Padre al P. Miguel Montoya.

Jericó, Enero 1 de 1911.

Amadísimo Padre: Voy á cumplir una promesa, que hace ya tiempo hice á V. R. de escribirle largo. Precisamente tengo ahora algo que

contarle acerca de las tandas de Ejercicios para hombres, que acabamos de dar el P. Puente y yo, á imitación de las iniciadas por el Padre Luis Javier Muñoz, y que tan sorprendentes resultados han producido en esta República. Le voy á referir mis impresiones en esta campaña, nueva para mí.

El día 23 de Noviembre terminamos las tareas escolares en nuestro Colegio de Medellín y los grandes festejos celebrados con motivo del vigésimoquinto aniversario de la fundación del Colegio. Tuve un día de descanso y para preparar el viaje, y el 25 me dirigí con el P. Puente á esta población. Después de dos días de penoso viaje al través de estas interminables montañas colombianas, llegamos á esta población, *Jericó*, cuyo nombre, embalsamado con tantos recuerdos del pueblo de Israel, suena tan dulcemente en los oídos del cristiano.

Si V. R. desea venir á Colombia, vaya apaciguando los nervios; que para recorrer á caballo estas empinadas ramificaciones de los Andes, se necesita la sangre fría de un aeronauta. Hay momentos en que la aguerrida mula desaparece entre los riscos como un gamo, trepa las cuestas, cruza los desfiladeros con asombrosa seguridad y firme casco y va á hundirse entre fangales en que teme uno desaparecer para siempre: y la mula siempre audaz, siempre serena, como soldado aguerrido y avezado á la batalla.

Mas, por fin, llegué sano y salvo á la cumbre de estas montañas gigantescas. Aquí se asienta Jericó en la falda de un peñasco coronado por bosques vírgenes, mecida por las perfumadas brisas de la selva, fijos los ojos en la serie de picachos que se extienden á inconmensurables distancias. A sus pies, allá perdido en el fondo de los barrancos, rueda el majestuoso Cauca, uno de nuestros ríos gigantes, cruzado por un maravilloso puente colgante de hierro, obra de un afamado ingeniero colombiano. En cuanto á la ciudad, aunque pequeña, es de una riqueza muy notable: cuenta 22.000 habitantes en el vecindario, desparramados por las laderas y filos de las montañas, y dedicados á la ganadería y al cultivo del café, que es uno de los más estimados en los mercados de Europa y Estados Unidos.

La casa destinada para los Ejercicios fué el Colegio de la Presentación, que en esta ciudad dirigen las Hermanas de la Caridad. Tienen por ahora estas Hermanas, en Colombia, más de 100 casas. Ellas, pues, ofrecieron su Colegio de muy buena voluntad y se quedaron para dirigir las penosas faenas de comedor, cocina, etc. El local es muy amplio, ventilado y tiene abundancia de aguas.

Así, pues, dispuesto todo se dió principio á la primera tanda el día 3 de Diciembre por la noche. El número de *encerrados* llegó á 64, de todas las clases sociales y de toda edad, jóvenes y viejos. Como es natural no quisimos admitir niños, ni jóvenes menores de 16 años: la razón es clara, pues hallándose peces tan corpulentos, en casi todas las tandas de Ejercicios que se den, es preciso hablarles claro en materias delicadas, y esto no sería posible si se admitieran jóvenes de corta edad.

Los ejercitantes se mostraron desde el primer día devotos y dóciles. Sin embargo, como yo les hablé claro sobre el liberalismo, asunto delicadísimo en Colombia, algunos se resintieron, sobre todo uno de los caballeros más notables que teníamos, hombre de gran influencia y miembro del Ayuntamiento. Vino á hablar conmigo y me dijo que le parecía mejor no confesarse, pues él no se hallaba dispuesto á renunciar al liberalismo, que él no consideraba como herejía. Le hice ver que él no era liberal más que de nombre, que sus doctrinas no eran liberales y que el solo nombre no es pecado. Quedó sumamente satisfecho, y me prometió dos cosas que yo le exigí: que cancelara su suscripción á los periódicos liberales, y que me prometiera no votar por candidatos liberales. Este caballero tranquilizó á otros y ha sido desde entonces uno de nuestros mejores apoyos en la tarea.

Cada tanda es de cuatro días, que con la noche de entrada y la mañana del día de salida vienen á resultar casi cinco. No es fácil ni prudente hacer tandas de mayor duración, pues los hombres, sobre todo los campesinos, tienen ocupaciones que no pueden abandonar por muchos días, y hay algunos entre ellos que toman la cosa con tal empeño, que pueden volverse locos. Sin ir más lejos, hace algunos años estuvo dando Ejercicios un Padre Franciscano en esta misma ciudad y uno de los ejercitantes se volvió loco y loco está. Y á pesar de este contratiempo, sus tres hijos acaban de hacer los Ejercicios con nosotros.

Les hemos puesto tres meditaciones y dos instrucciones diarias, procurando acomodarlo todo al método seguido por los PP. Muñoz y García, que tan admirables resultados está dando. Las meditaciones, de una hora; tres cuartos, más ó menos, para exponer las verdades eternas y el tiempo que sobra para que mediten ó reflexionen. Las dos instrucciones son sobre los mandamientos, duran una hora y he procurado que me quede tiempo para hacerles una conferencia sobre los peligros de la fe en nuestros días. He visto á las claras que es asunto

de mucha importancia. Tienen además dos lecturas: una de verdades eternas, otra de vidas de santos; y en el comedor la vida de Jesucristo. Para prepararse á la confesión les quedan los tiempos libres y una hora á mediodía.

El trabajo nuestro durante los dos primeros días, es bastante suave; el tercer dia, es duro, porque ya comienzan las confesiones; y el último día es de aquellos que dejan rendido al hombre. Rarísimos son los que no desean hacer una confesión general de muchos años, ó de toda la vida, y es preciso dejarlos que expongan con calma sus asuntos y lean sus apuntes.

Este trabajo se alivia mucho con las consultas, que ya desde el principio comienzan á hacer sobre el estado de sus negocios, dificultades de familia, asuntos matrimoniales, etc. Otros vienen á consolarse y curar las heridas del alma: hay casos en que quisiera uno disponer de la amabilidad infinita del Corazón de Cristo para consolar y robustecer esas pobres almas. ¡Qué ministerio tan divino! ¡Y qué alegres quedan esas pobrecitas gentes después de la confesión! Con un joven me sucedió que al terminar la confesión se echó á llorar como un niño, le animé, le consolé, pero él se fué á un rincón del cuarto y siguió sollozando, bañado en lágrimas. Otros piden que se les impongan ayunos y grandes penitencias...; pero estas escenas de lágrimas, de dolor, de excesos de contrición, son tan frecuentes que llegan á hacérsele á uno familiares.

Así volaron como un soplo los días de la primera tanda, que terminó el 8 de Diciembre. A las seis de la mañana de este día, salió de la Casa de Ejercicios la devota procesión: á la cabeza marchaba la imágen de Jesús Crucificado, tras él los 64 ejercitantes, de dos en dos, rezando el rosario. Así atravesamos las calles y llegamos á la iglesia en donde iba á tener lugar la comunión. Todos al vernos se descubrían con religioso respeto.

Terminada la misa de comunión volvimos todos en el mismo orden á la Casa de Ejercicios á tomar el desayuno de despedida. En cada puesto del comedor encontraron los ejercitantes un lindo ramillete para el ojal. Uno de los caballeros más caracterizados pronunció un bellísimo discurso de acción de gracias á los Padres y de despedida á sus compañeros. Las lágrimas de ternura que rodaban por todas las mejillas eran abundantes; algunos enjugaban el llanto con disimulo, otros sin poderse contener apoyaban la frente sobre la mesa y lloraban en silencio. Hubo un momento en que el orador dijo con voz trémula:

«Vamos á partir», y entonces todos los corazones latieron con violencia. ¡Ah! esos hombres, antes disipados en mil cosas del mundo, hubieran deseado que los Ejercicios no terminaran jamás.

Así acabó la primera tanda: estos 64 ejercitantes se dispersaron y comenzaron á reclutar nuevos soldados.

Dos días después comenzamos la segunda tanda: ésta fué de 87. Como es natural, á nadie se le permite repetir por más ruegos que haga y razones que interponga; si se les permitiera, sería cosa de nunca acabar.

La tanda marchó con toda regularidad: los prodigios de la gracia los mismos, idénticas las escenas de contrición y de ternura. Para la comunión se juntaron todos los de la tanda anterior que se hallaban en la ciudad ó que pudieron venir de los vecinos campos: el desfile resultó, pues, mucho más solemne y respetable.

Dos días se dejaron pasar, necesarios para el arreglo de camas, etc., y dimos principio á la tercera tanda. Esta fué la más clásica y ruidosa. Los 151 ejercitantes de las dos tandas primeras se volvieron celosos propagandistas, que empujaron con verdadera violencia á los caballeros y jóvenes más despreocupados de la ciudad.

Sucedió lo que pocas veces puede pasar, que entraron muchos casi contra su voluntad. A las seis de la tarde comenzaron á reunirse en el patio y corredores interiores del Colegio: notamos un ruido sordo algo sospechoso. A las siete comenzó la plática de preparación: yo vi que muchos, á pesar de haber tocado la campana, permanecían en los corredores y no querían entrar á la capilla; fuí á indagar la causa y hallé que muchos habían entrado completamente ébrios, y otros con más copas de las que fuera menester. Comencé á deshacer los grupos y á buscar dispersos: algunos se habían retirado á la huerta, y no poco trabajo costó hacerlos ir á la capilla.

Aquella fué noche de turbulencia: en los dormitorios estuvieron conversando y riéndose y tirándose con almohadas hasta después de media noche: era preciso aguardar á que los vapores del alcohol se fueran deshaciendo. A la mañana, la escena había cambiado de aspecto: los borrachos de la víspera se hallaban mohinos y cabizbajos, los demás recogidos y devotos; ésta fué la nuestra: les hicimos una descarga cerrada de metralla teológica, y Dios Nuestro Señor perfeccionó la obra. Nada tuvo de extraño esta escena, si se considera que entre los 157 ejercitantes de esta tanda se hallaba, según la frase gráfica del Cura, *todo el ganado bravo* de la ciudad, y en realidad *bravo* no sólo

por los vicios, sino porque entre ellos se hallaban varios jóvenes que acababan de figurar como escritores volterianos de algunos periódicos liberales.

La red se hallaba, pues, completamente llena de peces de primera magnitud. Mas la gracia de Dios es infinitamente poderosa, é incalculablemente grande el mágico poder de los santos Ejercicios. Esta numerosa tanda fué la que causó mayor alegría y edificación en la ciudad. Uno de los que se presentaron casi ébrios la primera noche, vino á pedirme humildemente perdón y me dijo: «Padre, fué una absoluta necesidad lo que me obligó á tomar aquellas copas antes de entrar: era tal el temor que sentía, que me vi forzado á recurrir á aquel medio para hallar el valor suficiente para entrar en Ejercicios». Todos se confesaron con la mayor compunción, y el día que salieron del retiro se puede decir que toda la ciudad se llenó del buen olor de tantas conversiones.

Uno de los convertidos fué un joven de una de las principales familias, que habiendo ido á estudiar á Bogotá, dió con malos amigos que lograron casi arrancarle la fe del alma. Hízose indiferente, volteriano, y comenzó á colaborar en los peores periódicos de la capital. Hacía poco que había vuelto á esta su ciudad natal: era la piedra de escándalo de toda la juventud, que ciega se dejaba dominar por él. Movido por la gracia de Dios se cambió en otro hombre, y el día de la salida de Ejercicios pronunció un discurso admirable: «Yo soy el Hijo Pródigo, dijo, que hoy vuelvo á la casa paterna; yo he perseguido al clero, á las comunidades religiosas, á Jesucristo: de hoy en adelante, me esforzaré por ser el más abnegado defensor de la causa de Jesucristo, de las comunidades religiosas y del clero».

Cuando este joven volvió á su casa, después de la comunión, cayó en brazos de su madre, que cual otra Mónica había llorado á solas por él, y en aquel apretado abrazo estuvieron llorando largo rato sin poderse hablar ni una palabra. Todos los demás miembros de la familia lloraban también de ternura. Ni es esto solo: cuando aquel joven acabó de pronunciar su discurso en el patio de la casa de Ejercicios, muchos hombres llevaron su encallecida mano para enjugar el llanto; uno que estaba á mi lado sin poderse contener, se recostó á la pared y comenzó á sollozar como un niño; algunos se acercaron á consolarle; pero la voz de un anciano dijo conmovida: «Déjenle que se desahogue, esto es necesario».

Aquel día no se habló en la ciudad más que de las maravillosas

transformaciones verificadas por medio de los santos Ejercicios. El Santísimo Sacramento permaneció todo el día expuesto en acción de gracias, á petición de las familias.

La cuarta tanda fué de 156 ejercitantes, que desde el primero hasta el último momento se mostraron recogidos y edificantes.

Hoy es 4 de Enero, y estamos en la quinta y última tanda, que es de semi-internos, es decir, en la iglesia, en donde pasan todo el día y sólo van á almorzar y á comer á sus casas. El número exacto no lo sé; pero ciertamente hay más de 300 hombres.

Pasado mañana, día de los Santos Reyes, tendremos la comunión generalísima, en que recibirán al Señor todos los que en las diversas tandas han hecho Ejercicios: les diré cuatro palabras de despedida, si Dios me da fuerzas para ello; nombraremos, como hace el P. Muñoz, la junta directiva de la Asociación para conservar el fruto de los santos Ejercicios; y en seguida montar á caballo y volver á Medellín, á hacer Ejercicios y comenzar las arduas faenas del Colegio. Ya ve V. R., que por acá las vacaciones se aprovechan.

Como habrá notado, las tandas han ido aumentando en número de ejercitantes. Es lo mismo que sucede á los PP. Muñoz y García. Llegan á una población, donde todos creen que los Ejercicios resultarán un fracaso; empiezan sus tareas; en la primera tanda se reunen á veces menos de 30 ejercitantes; en la 2.ª algunos más; pero aquellos van formando atmósfera; y por fin la ciudad se caldea de tal modo, que en las últimas tandas no hay local donde acomodar á tanta gente.

Creo haber cumplido satisfactoriamente mi promesa de escribirle largo, y espero que esta relación de mi primera campaña, en materia de dar Ejercicios privados á hombres, le haya dado un rato agradable. Ruegue V. R. para que Dios Nuestro Señor me conceda la gracia de poderme dedicar de lleno á ministerio tan propio de la Compañía, y de tanta gloria de Dios.

Siervo en Cristo,

TOMÁS VILLARRAGA, S. J.



CARTAGENA

PRODIGIOS DE LA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN Y DEL AGUA DE SAN IGNACIO, EN VARIAS MISIONES DADAS POR LOS PP. ALBELA Y ARIAS

Carta del P. Arias á los PP. Cid y Arregui.

Cartagena 17 de Abril de 1910.

Amadísimos Padres: Les prometí hablarles de lo que se hizo en Barranquilla, y lo voy á hacer añadiendo lo referente á algunas misiones que se dieron después.

En Barranquilla estuvimos como un mes el P. Beristain y yo, viviendo en un cuarto en el hospital; el P. Beristain dió Ejercicios á las Hijas de María y á las señoras, y á las mujeres que trabajaban en una fábrica. Como yo trabajaba al mismo tiempo con otras personas, no sé cosas particulares, sino que hizo mucho bien con poco ruido y con honra de la Compañía; el Padre escribirá, según creo, acerca de esos ministerios.

Yo di Ejercicios á las tres comunidades de religiosas del mismo Instituto que hay en la ciudad, y se reunieron en el hospital, donde residía la Superiora de todas ellas. También me pidieron Ejercicios los PP. Salesianos, y se los di con harta confusión mía; y como en el hospital había muchos enfermos, bastantes de ellos soldados, también á estos di Ejercicios, aunque en otra forma, visitándolos á menudo y hablándoles de cosas de Dios; se confesaron todos unas tres veces, y dos

enfermos murieron después que hice por ellos lo que pude, y espero que están en vías de salvación. Por fin di Ejercicios en la cárcel y á los soldados del cuartel; en estos Ejercicios me ayudó el P. Beristain.

Quiso el Señor darnos el último día una sorpresa agradable: creyó el P. Beristain que había dos misas en el cuartel, y resultó que no se celebraba más que una; manifestó al celebrante, que era un P. Agustino, que las formas que sobrasen de la comunión de los soldados se dejaran para consumirlas en la segunda misa; pero como no la había, fué preciso llevarlas á la iglesia de San Nicolás, y resultó el acto hermosísimo, porque los soldados formaron en ordenada procesión, y la banda del Ejército acompañó á la Divina Majestad; la gente se agolpaba en los balcones y Dios fué glorificado aquel día. Hubo dos matrimonios de soldados que vivían mal.

Aquí, en Cartagena, también di Ejercicios á los soldados, después que llegué de las últimas misiones, y á los presos del presidio y á los niños de un colegio; voy al hospital, aunque no tanto como en Barranquilla, claro está.

Desde Barranquilla, pasamos á Repelón el P. Albela, mi compañero, el Sr. Párroco y yo. Aquí se vió, más que en ninguna misión de las que habíamos dado, la protección de la Santísima Virgen y San Ignacio; cierto es que algo cambiamos de táctica, y nos propusimos llevar el pueblo á Jesucristo por medio de María, lo cual seguimos después en las otras misiones.

Por la mañana muy temprano teníamos rosario de la aurora; yo llevaba mi imágen de Lourdes y cantaba el avemaría ó el santamaría, el pueblo rezaba lo que le tocaba, y el P. Albela iba invitando á la gente á que se levantara; por la noche teníamos de nuevo rosario en la misma forma, y con mucho orden y concurso, antes del sermón que se hacía en la iglesia. Así enseñados por aquella bendita Señora que se apareció en Lourdes con el rosario en la mano, conseguíamos que el pueblo cumpliese con los deseos de la Virgen, y los ecos del avemaría ahuyentaban al demonio de todos aquellos contornos; así también aprendían fácilmente las oraciones muchos que no las sabían, hombres, mujeres y niños, y el que menos hacía, invocaba varias veces el auxilio de la Madre de Dios, acompañando en sus plegarias á los que iban en el rosario.

Santa idea que nos inspiró la Virgen amantísima y llena de compasión para con los pobres y desvalidos; estos de Repelón, aunque bastantes en número, no tienen párroco que esté siempre con ellos, pues

pertenece el pueblo y los demás que recorrimos á la parroquia de Villanueva; por esta razón, y porque los deseos de María son que se rece el rosario y se rece bien, procuramos inculcar mucho esta idea, y el pueblo correspondió, como no podíamos esperar sin favor especialísimo de Nuestra Señora. El P. Albela y el Sr. Párroco, D. Nicolás Figueroa, celosísimo por cierto, dejaron muy bien establecida una junta que lo rezara el domingo en la iglesia, y lo fomentara en las familias para los demás días; viendo la junta que el pueblo acudía, lo ha puesto diario en la iglesia.

Entre los muchos favores que hicieron aquí nuestra amorosísima Madre y San Ignacio, voy á escoger algunos y contarlos detenidamente.

Enfermó de repente una joven llamada María del Pilar, á quien habíamos casado hacía dos días con un buen hombre, con el cual vivía en mal estado; quedó la pobre privada completamente, y ni oía ni veía, ni apenas podía respirar; el P. Figueroa le puso los santos óleos y yo, que le acompañaba, me volví á Nuestra Señora de Lourdes, y la lástima que me daba aquel espectáculo me hizo suplicarla con alguna ternura; al poco rato dió la joven algunos suspiros, y de esto me valí para darla agua de San Ignacio, pues antes tenía cerrada la boca; bebió el agua y me fuí muy confiado de que Nuestra Señora y San Ignacio harían alguna cosa buena. Así fué, que á la tarde estaba sana María del Pilar, y á los tres días la vimos en el otro pueblo, donde dimos misión.

Había un anciano que se apellidaba Berrío, y vivía en mal estado con su mujer, anciana también; frisaban en los 80 ó pasaban algo de ellos. Fuí á su casa varias veces, y no pude conseguir nada; la última vez me recibió con muy poco respeto, le contesté blandamente, y él se desconcertó; aprovechando los primeros momentos de sorpresa, le pedí que rezara conmigo un avemaría, lo hizo burlándose, y guiñando el ojo á otra persona mientras rezaba; al fin acabó el avemaría. Después de conversar buen rato me dijo: «Tengo hecho un juramento de que jamás me casaré; y me he echado una maldición, si lo llegara á hacer algún día. ¿Toma V. sobre sí la maldición?—Venga sobre mí esa maldición y cumpla por su parte con lo que le pide el Señor». Así le dejé persuadido de que seguía burlándose de mí, pero el avemaría había triunfado; á la tarde me llamó y lleno de alegría se confesó y recibió el santo yugo del matrimonio, con otros dos hijos suyos, antiguos amancebados, en uno de los cuales había producido parecido efecto la salutación angélica. 105 matrimonios hemos hecho en este mes que

acaba de pasar y gran número de ellos sólo por el avemaría; haciéndonos ver el Señor palpablemente, cómo todas las gracias redundan del seno virginal que encerró el tesoro infinito de la misericordia.

Acabados tan felizmente los ministerios de Repelón, pasamos á Rotiné, pueblo distante más de una legua del anterior. Se habían venido aquí algunos mal contentos de la misión pasada; á uno le había despedido de sí su mujer con quien vivía mal, y que era una de las muchas que nos consolaron con actos parecidos. Fuese por las hablillas de gente tan perdida, ó fuese por otra causa, es lo cierto que Rotiné estaba muy frío. Se pasaban los días y el pueblo no se entusiasmaba ni con la Virgen; lo tuvimos por malísima señal, y pensamos que aquella misión fracasaría, y hubiera sucedido así á no ser por la prudencia del P. Albela, que en todo busca sinceramente la gloria del Señor.

Fué el caso que en una de las correrías que hacíamos por las casas el Sr. Párroco y yo, oímos cosas que parecía imposible salieran de boca de aquellas gentes sencillas. Como se habían agotado los medios suaves y amorosos, herido como estaba por aquellas frases horrendas, salí por las calles diciendo en alta voz: «Pueblo malo y rebelde, nos vamos y sacudiremos el polvo de nuestro calzado contra tí. ¿Qué dirán de Rotiné los otros pueblos, cuando sepan que los Padres le han abandonado?» Estas palabras cortas cayeron como un rayo sobre los que las oían, y empezaron á temer no pusiéramos en ejecución la amenaza. Aprobó lo hecho el P. Albela, pero no la resolución que el señor Párroco y yo, como jóvenes, teníamos de irnos, diciendo que eso era lo que deseaba el demonio. Cedimos en seguida, y aquella noche concurrió el pueblo, y cambió de aspecto la misión, que resultó fructuosísima.

Hubo cosas de mucha edificación. Aquella mañana tan amarga que salí por las calles del modo indicado, ya había recibido uno de esos consuelos cuya suavidad y dulzura siempre manan: me llamó á prisa uno á bautizar á un niño, que por momentos se moría; corrí, lo encuentro en la calle en brazos de una mujer que le llevaba á bautizar; le toco y estaba frío, pero vivo; pedí agua, y en el mismo camino le bauticé; le llamé Ignacio; al poco tiempo Ignacito estaba en la gloria, donde ruega á mi Madre por mí.

Un hombre principal venido de Cartagena vivía en mal estado con una mujer de calidad muy inferior á él; había dicho que no se casaba, pero la gracia le cogió por su cuenta; aun cuando era sordo, que nada

oía, iba todos los días al rosario y al sermón, el Señor le habló interiormente, y fué el primero que contrajo matrimonio en Rotiné; desde entonces reza el rosario con toda la familia. El dueño de la casa en que vivíamos tenía una hija que vivía mal y no se atrevía el pobre á hacer, para sacarla de aquel estado, todos los esfuerzos que fueran de desear; el P. Albela prudentemente le toleró, y el avemaría y un sermón resolvieron el caso favorablemente, pues el joven con quien vivía la hija se casó con ella.

Como al mes de salir nosotros de allí, este mismo dueño de la casa hizo un acto de admirable fortaleza cristiana: un hombre de los que no se aprovecharon en Repelón, el mismo que, según dije antes, había sido despedido por aquella valerosa joven con quien vivía mal, arrebató á este buen señor una de las hijas, y se la llevó á Repelón. Nuestro huésped, tan tímido antes, fortalecido ya con el rezo del santo rosario, corrió ahora á casa del atrevido; y aunque éste le disparó un tiro de revólver, el buen padre de familia se vino á Rotiné trayendo á su hija.

El pueblo todo ha seguido rezando el rosario desde la misión, y las familias principales se han reunido para perpetuar en sus hogares esta devoción y el amor á María; no pregunten, pues, por qué dos pobres misioneros hacen de gente pobre también y desvalida, fruto superior á sus fuerzas: viéndolas tan escasas, ponen su confianza toda en su Reina y Señora; y Ella como tan buena, da misión con sus esclavos, y parece que hacen ellos las cosas, y las hace la Madre de Dios.

De Rotiné volvimos á Repelón, donde descansamos y trabajamos un día, atendidos por el pueblo, que estaba lleno de agradecimiento; nos dió buenas cabalgaduras, y subimos á la cumbre de la altísima montaña, donde hay unas casitas llamadas las Tablas. Eran 11, y había más amancebamientos; se casaron todos los que pudieron hacerlo, con lo que se celebraron 11 matrimonios; un hombre se separó de la mujer con quien vivía, y recibieron al Señor todos los que pudieron comulgar.

Aquí llevamos al Señor muy lejos y á pie á algún enfermo, y anduvimos buscando almas por aquellas cumbres llenas de serpientes y tigres grandes; el dueño en cuya casa morábamos había matado 14 tigres; afortunadamente no se cuenta que hayan devorado á personas: la mordedura de culebra, por el contrario, es frecuente. El padre del señor Párroco había muerto envenenado por la serpiente que llaman mapañá ó equis. Es de dos clases: una negra, con veneno también en la cola, y la llaman aquí mapañá de uña; otra tiene rayas amarillas, que forman

equis, de donde se la ha dado este nombre. En Repelón hicimos el cabo de año á uno que había muerto envenenado por esta serpiente; y á la hermana de uno de los que casamos, la había matado otra mapañá en la misma casa.

Hubo favores de San Ignacio á enfermos graves de diversas dolencias, y la Virgen ganó almas como siempre. Una mujer decía: «Padre, no se canse, que no haré lo que debo; el P. de Arenal quiso convertirme, y no lo consiguió: á V. le pasará lo mismo». La dejé, pero me dió mucha compasión, y al fin la dije: «Bien, hija mía, con el P. de Arenal has podido y conmigo también, pero con la Virgen no podrás». Invocó á nuestra Señora, y la pobrecita á los dos días fué donde estábamos, á buscar ansiosamente la gracia.

De las Tablas pasamos á Ciempesos, donde trabajamos con el mismo sistema y éxito y favores parecidos, y muy bien acompañados de la santa pobreza. Este camino hasta Santa Cruz lo anduve á pie armado de un palo y de la invocación del ángel de la guarda contra la culebra.

Mientras el P. Albela y el Sr. Párroco daban los primeros pasos para la misión de Santa Cruz, yo me desvié del camino á un pueblo, distante una legua de Ciempesos, llamado las Caras. La gente tenía ansia de la misión; pero estaba tan mal, que en algunas casas había cuatro enfermos de terribles calenturas. Visité las casas una á una, bendije en todas el agua de San Ignacio, y se la di á los enfermos; á un niño principalmente, que me llenó de lástima, pues empezaba á revolver los ojos y torcerse, con peligro de quedarse toda la vida baldado. El resultado fué que al día siguiente fué el Sr. Párroco al pueblecito, para atender á los enfermos, y los encontró sanos á todos, con espanto mío, que no sabía como agradecer á San Ignacio cuidados tan paternales.

Después de explicarles dos veces la doctrina, partí para Santa Cruz, acompañado de algunos de las Caras. El P. Albela abrió como siempre la misión; tuvimos rosario que resultó muy concurrido, á pesar de los grandes temores que teníamos, porque este pueblo había sido guarida de terribles guerrilleros en la pasada guerra civil: iban, pues, muy bien las cosas en esta misión, cuando recibimos un parte y una carta de Cartagena, en que se nos ordenaba que volviéramos inmediatamente. Así quedó cortada en el primer día la misión de Santa Cruz.

El M. R. P. General me había concedido los últimos votos, y debía hacerlos el 19 de Marzo, día de San José. Nada de esto se decía en la carta que escribió el P. Cáceres al P. Albela, y veníamos sin saber el

motivo de tan urgente llamamiento; me dieron, cuando llegué, la faustísima nueva, y fuí á dar gracias ante todo á la Santísima Virgen. En casa me hallé una postal del P. Nazario Pérez y un ejemplar de «El Esclavo de María»; y como llegó tan á tiempo, antes de hacer los últimos votos, pude hacerme esclavo de nuestra Señora, en aquella misma misa del día de San José, que fué sábado. ¡Qué cosa más dulce que ser esclavo de una Madre!

Así terminamos estas últimas misiones: el Señor pague la grande caridad y muchos trabajos del P. Albela, aunque enfermo, incansable en todo; pero principalmente en el confesonario, y siempre dispuesto á darle ánimos á uno, para que trabajara lo que pudiera.

Espero que VV. RR. me harán la limosna de enviarme estampas y medallas; regaladas han de ser, porque la casa es pobre, y la necesidad mucha.

No se olviden de encomendar á Dios, á su indigno hijo y siervo en Cristo,

Antonio Arias, S. J.



PANAMÁ

NOTICIAS DE LA MISIÓN DE LOS CARIBES

Carta del P. Jesús M.ª Fernández al P. Juan M.ª Restrepo.

Colón, Septiembre 11 de 1910.
A bordo del *Buenos Aires*.

Amadísimo P. Juan María: Antes de continuar mañana nuestro viaje; voy á llenar las cuartillas que pueda con la relación de varias noticias, referentes á la misión caribe.

Llegados á Colón el 8 á las siete de la mañana y después de las minuciosas formalidades de sanidad que estilan los yanques: revista del pasaje y de la tripulación, contador en mano; vacunación del pasaje de desembarque, todo hecho aquí por médicos yanques con admirable expedición y rapidez; después de esto, digo, á las nueve se presentaron á bordo el P. Lora y el P. Gassó con dos caribes, y nos convidaron con dos pasajes gratis de ida y vuelta para Panamá, obtenidos por los HH. Cristianos, como institutores oficiales del Gobierno. Como ya había tomado el tren de las nueve el P. Sarasola, nos aprovechamos de la gracia el P. Salazar y yo y en el tren de las cinco y media salimos para Panamá á donde llegamos á las ocho. El tren, ya que he hablado de él, es de vía doble y á veces triple, de comodísimos coches salones de unos 20 metros de largo ó más, pero así cuesta de caro.

No sé si por especial providencia de Dios coincidió nuestra llegada

á Colón con la del P. Gassó, acompañado de dos indios catecúmenos de su querido pueblo de San José de Narganá, los cuales entraron en nuestro barco tan pronto como este atracó en el muelle. ¡Qué impresión de veneración y respeto hacia el pobre misionero, demacrado por las cuartanas y vestido de una blusa-sotana, como la que usan nuestros sacristanes de allá, pero alegre y risueño como unas pascuas! Sólo puede compararse con la curiosidad que inspiraba en el pasaje y tripulación el ver aquellos dos indios que no entendían el castellano, en ademán humilde pero digno. Son de tez morena, de estatura mediana, con muy escasa barba, de facciones abultadas y pómulos salientes, y de una caja torácica descomunal. Los llevamos por el barco mostrándoles todo, y de nada se admiraban, antes ostentaban una impavidez y seriedad de grandes personajes. Al vernos á nosotros en el barco, les dijo el Padre que de nosotros iba á llevar dos que le vienen pidiendo hace tiempo, uno para maestro de Narganá y otro para otro pueblo, y entonces el subcacique José le dijo: «Escoge uno prudente, y que nos quiera como tú». Aunque tienen poca memoria, son de mucha discreción.

Después conferencié largamente con el P. Gassó, y de él saqué lo siguiente:

LO QUE ES Y SERÁ LA MISIÓN

Lo que es. Los indios de Narganá son todos catecúmenos ó cristianos, en número de 500. Han dejado ya absolutamente la idolatría, y quieren al Padre como tal, y cuanto hacen ó acuerdan en sus reuniones lo someten á su aprobación. En la isla vecina del Corazón de Jesús hay unos 300 ó más, que están ya bastante instruídos con las muchas idas del Padre á ellos, y de ellos á él, como varios de otros lugares; de suerte que habrá unos 1.000 que están en vía de hacerse cristianos; y los otros vecinos están á la expectativa, á ver si el Padre cumple su promesa de no introducir á los blancos comerciantes. Toda la indiada, en número de unos 20.000, se extiende por el continente, en territorio panameño y colombiano, hasta tocar con los indios del Chocó.

Los de las islitas son muchos. Tienen las tierras de labor en el continente, como también la caza de conejos, etc., porque las islas son pequeñas. La de Narganá se rodea en menos de media hora. Ella les sirve sólo de vivienda, á manera de castillo que les defiende de fieras y enemigos. En ellas no hay culebras, ni mosquitos. Tienen brisa continua: son sanas como ninguna región del continente de igual clima.

El Padre tiene en esta isla dos buenas casas de zinc, que han dejado admirados al Presidente de Panamá, Carlos A. Mendoza, y á sus compañeros, en la jira que hicieron por todo el país. El diario de Panamá, á pesar de ser liberal, ha alabado mucho la civilización de los narganeños. La administración civil está á cargo del cacique Carlos Róbinson y de cuatro polizontes que el Padre subvenciona por cuenta del Gobierno, de los 80 dólares mensuales que para ello le señalan. De esta suma se sacan dos pensiones para educar dos niños con los Salesianos en Panamá, uno en carpintería y otro en sastrería. Tiene además al hijo del subcacique en el Colegio de los Hermanos y come y vive en nuestra Residencia. Tuve el gusto de que me ayudara dos misas. Sabe bien el catecismo y el castellano, y no es del todo corto.

Hablando de lo que es la misión caribe actualmente, el P. Gassó entusiasmado me decía: «Aquello es una delicia. ¿Qué Paraguay tiene comparación con lo que pasa en San José? Allí no se habla sino de Dios y de los caminos de Dios, ó sea, de los mandamientos y de aprender la doctrina cristiana».

A los ciento y tantos niños les reune mañana y tarde en la escuela para enseñarles la doctrina, y en la iglesia para la misa, á la cual asisten diariamente los bautizados.

La gente mayor, muy de mañana, coge las barcas, y se va al continente á trabajar en coger sus cocos, etc., otros van de caza y otros á la pesca. A las tres de la tarde ya están de vuelta en el pueblo y cesa todo trabajo, con lo cual se juntan gustosos en la mejor casa, que es la del Padre, para oirle hablar de las cosas de Dios, por más de una hora. Los domingos asisten todos á misa, y les instruye más largamente. Ya van entrando por guardar las fiestas.

Mientras el Padre estaba fuera, se reunieron en junta general de hombres y mujeres para deliberar si convenía dejar la idolatría y quedarse con sólo el culto del Dios verdadero, y decidieron abandonar toda superstición; cuando volvió se lo dijeron; y como lo prometieron lo han cumplido.

En dar el bautismo va despacio, fuera de peligro de muerte. Ya bautiza á todos los niños, aunque sean hijos de catecúmenos, de suerte que los niños forman un buen núcleo de cristianos. A los adultos no los bautiza hasta que sepan bien el credo, el padrenuestro, el avemaría, los sacramentos y mandamientos; y si son casados, los hace esperar hasta que ambos lo sepan y reciban á la vez el bautismo, comunión y matrimonio. Hay mucha moralidad entre ellos y observan rigurosa-

mente la monogamia. Hace poco probaron á una casada un desliz, y con anuncia del Padre, la dieron 25 azotes en público.

Esto es al presente la misión; ¿qué será de ella en lo porvenir? Mucho bueno espera el Padre, verdaderas utopias; pero utopias realizables, según él, sólo allí. Los indios de Narganá y de Corazón de Jesús adoran á su amabilísimo misionero y le tienen cariño filial. Hace poco le dijeron: «Antes faltará el pescado y la caza para nuestros hijos, que para tí». Y como lo prometieron lo cumplen, de suerte que tiene abundancia de pescado fresco, de caza, de huevos, plátano, yuca, etc.

Pero lo que más esperanzas y mejor fundadas da es la plena confianza que tienen los indios en el Padre. Ya le han pedido otros dos sujetos como él: uno para maestro en Narganá y otro para que resida en Corazón de Jesús; y los de otras islas pronto harán lo mismo, pues varios vienen á tratar con el Padre. El P. Bernardo González irá á Corazón de Jesús con el P. Gassó dentro de doce días. Ya, dice el Padre, no hay ningún peligro; tanto que el H. Domingo González está en Narganá solo entre los indios, en vez del H. Mejicanos que enfermó en Santa Isabel antes de entrar en la misión. De manera que puede esperarse, si no falta personal decidido á ir allá, una rápida reducción de las islas, á la que pronto seguirá la del continente.

Y el problema económico ¿cómo lo resuelve ó desea resolver el Padre? Por la providencia de Dios. Hoy tiene dos casas, con infinidad de objetos de todas clases, que han venido á la misión sin gastar un céntimo. Va al Gobernador de Colón, liberalísimo, y pídele unas 1.000 hojas de zinc para una escuela, y al punto una orden para que le den cuantas desee. Otra orden manda le den las puertas de un buen edificio que se está desbaratando. Un húngaro católico le dió también 500 hojas de zinc. Con esto y con los misas (aquí la nueva tarifa es de un dólar, aunque no está aún introducida del todo), más lo que le dan para el ramo de policía, tenemos las entradas en caja. Los indios prestan gustosos el servicio personal para la construcción de la casa y dan pescado diario y legumbres para el misionero y el Hermano.

Los viajes los hace en las canoas de los indios, que tienen gusto en llevar en ellas al Padre cuando van á Colón ó vuelven de él, con motivo de sus compras y ventas. Allí tuve el gusto de ver en el muelle ó cuasi muelle que hay para el tráfico con los indios, frente á la estación, unas cuantas canoas de estas, todas iguales, pintadas de negro con borda roja y buenas velas y remos. En una de ellas vimos al famoso Estanislao que hizo su jira con el P. Gassó por Europa y des-

pués apostató. Ya se ha convertido, y es un buen cristiano y amigo del Padre.

Cabos sueltos: El P. Gassó dice que ya no es del todo necesaria la formación de una casa intermedia entre Santa Isabel y Colón, aunque ardientemente lo desea. Basta que vengan sujetos que valgan para el caso, los cuales pueden aclimatarse en Panamá, y de allí pasar á la misión. Cree que yendo con alguna prudencia, hay seguridad para los nuestros de parte de los indios. Desea que vayan sujetos hábiles en oficios, que puedan aprender la lengua, y animosos para sufrir.

No quiere cacarear la misión y la suma facilidad de reducir á los indios, por miedo á las misiones protestantes, que lo invadirían todo en seguida. Tampoco quiere manifestarse como jesuíta, sino como cura de Santa Isabel, y por eso anda sin fajín, para evitar la odiosidad y oposición que este nombre suscita entre los liberales y masones de esta cuasi exrepública, que son los que gobiernan. Por eso no se aloja en Panamá en nuestra Residencia, sino en el Palacio del Obispo.

Y con esto, Padre mío, voy á poner fin á esta carta, escrita abominablemente mal y varias veces interrumpida, para ir á la borda mareado.

Perdone la confianza, en gracia del buen deseo de complacerles y hacer lo que puedo por esta misión; y, por fin, ruegue al Señor por este su affmo. s. en Cristo,

JESÚS MARÍA FERNÁNDEZ, S. J.

FUNCIONES RELIGIOSAS Y BAUTIZO DE CATECÚMENOS ENTRE LOS CARIBES
CONVERSIONES Á LA HORA DE LA MUERTE

Carta del P. Gassó al P. Cesáreo Ibero.

Panamá 14 de Septiembre de 1910.

Amadísimo P. Cesáreo Ibero: Como sabe V. R., en estas cartas largas apunto la historia de la misión.

El 6 de Enero salí de Colón para Narganá y al pasar por Santa

Isabel se me juntó el H. Domingo. Tuvimos que ir, porque los indios ya no pueden estar largo tiempo sin Padre, y así me mandaron este recado caribe: «Vente, Padre, pronto; si no, te quemamos la casa». Con razón en otro viaje, mientras yo dormitaba, oí que los bogas iban tratando de la misión y decían: «Y si muriera el Padre, ¿cómo nos arreglaríamos?». El otro contestó: «Pues lo que es ahora no, ya no podemos vivir sin Padre. Tendríamos que buscar otro Padre». ¡Oh estupendo cambio! cuando hace dos años ni imaginar podían que pudiera llegar á vivir entre ellos un extranjero!

A la hora de las vísperas del Nombre de Jesús, 15 de Enero, inaugurábamos el preciosísimo Cristo que el Sr. Obispo nos trajo de Barcelona; y aunque al descubrirlo algunos indios, como salvajes, se rieron, otros conmovidos dijeron: «No es cosa de reirse, sino de ponderar cómo el Señor derramó su sangre para pagar por nuestros pecados». Y empezaron, con gran devoción, unos á ponderar los cardenales, otros los clavos, sangre, etc., cosa que enternecía oir á estos gentiles. Celebramos esta fiesta también estrenando la colección de cuadros doctrinales del P. Wasseur, con que quedó la iglesia adornadísima.

El cuadro de la mala muerte les hizo honda impresión; y al explicarles el de la buena muerte, les conté cómo el mes pasado, en Santa Isabel, había muerto un negro, que siendo protestante amancebado y habiendo huído de convertirse, al fin Dios le cogió con una enfermedad á él y á su manceba, que era católica. Viéndose tan postrados dijeron: «Padre, nos ponemos en sus manos; ¿qué haremos para salvarnos?—Arrepentíos de vuestros pecados; Fingles que se bautice y luego casaos». Se bautizó; al otro día ambos se confesaron y comulgaron, cada uno en su cama. Al día siguiente la mujer pudo venir por su pie á la iglesia y el hombre se hizo traer; de nuevo comulgaron, se casaron y los dos se mejoraron. A los cuatro días, á Plácido, que así se llamó Flingles, un amigo, para entonarle, le dió un poco de vino. Con eso le volvió la calentura, recayó, le di la extremaunción y luego leí la recomendación del alma; y, entre actos de contrición, murió Plácido tan placidísimamente que, de feísimo jamaicano, negro como era en vida, tras tanto sacramento en la muerte, como que se hizo hermoso, y daba devoción mirarle, que hasta los niños le miraban con gusto y nada de horror. «Veis, les decía, ¿cómo la gracia cambia? Pues muchísimo más nos cambiará en la resurrección».

Oído este relato, mi bueno y piadoso cacique Carlos tomó la palabra: «Pues, Padre, aquí todos mueren viendo al diablo, y mueren tan

mal y horripilantemente, que se les erizan los cabellos, gritan y mueren como desesperados, después de haber servido al diablo en la gentilidad. No pocas veces tienen los parientes que amenazar al moribundo, y á veces lo queman vivo, porque está endiablado y para que no haga padecer tanto á los parientes. Y una cosa hemos notado: que todos los viejos que te han sido adversos, todos han acabado mal y ya no queda casi ninguno; y los viejos que quedan, todos te respetan y se han convertido, como el viejito Pablo que, de tan bravo como era, es ahora un niño cariñoso». Y es así, que en cosa de dos años ha habido una limpia de viejos satánicos y brujas, que da esperanza que pronto ha de haber aquí una buena cristiandad, pues Dios ha quitado tanto óbice á la fe.

¿Quién no vendrá acá aun á costa de tanto trabajo de mar y tierra, de dentro y de fuera, como aquí hay que pasar, á trueque de ayudar á librar esas almas de las garras del demonio? Dios, oígase bien, parece que ha vinculado al sufrimiento del misionero la salvación de las almas. A mucho padecer, mucho fruto; á poco padecer, poco fruto. Así le pasó también á San Pablo y á los demás Apóstoles, y pasa hoy día en las demás misiones, como se ve en la revista *Misiones Católicas*. Con que no se haga ilusiones el que acá quiera venir. Es cosa de que quiera venir como propone San Ignacio, en el llamamiento del rey temporal, al pie de la letra. Y el que no quiera polvo, que no venga á la era.

Al anochecer viene el pueblo á aprender la doctrina con la fresca; se pasa el padrón y se explica algún pasaje del Evangelio ó la doctrina, según los eventos, preguntas ó conversaciones del día, sobre religión, para aclarar ideas, ya que en este pueblo el regocijo principal es el de tratar de las cosas de Dios. Hoy expliqué la resurrección de Lázaro, y al llegar á lo que los judíos decían, añadió el cacique: «También hay entre los indios de esos judíos; pues aunque ven los portentos y los comentan, no por eso se convierten. ¿Qué cosa más clara que la curación de Fortunata, la cual siendo gentil, estando ya tres días sin habla, muriéndose, y su marido, el actual catecúmeno Juan Alipa, queriéndola abandonar, porque ya no servía, el Padre le dijo que no la abandonase, que si se lograba bautizarla el bautismo la daría vida; y habiendo esperado un momento lúcido, el Padre la instruyó brevemente y ella, diciendo que quería ser hija de Dios, se bautizó, y al poco quedó sana y tan gorda como ahí la veis, rodeada de sus tres hijitos?». (Todos la miraron, se sonrieron y ella misma se rió). «¿No hizo llamar al Padre

el otro día desde el Sagrado Corazón el que ahora se llama Salvador, que tan matador, bravo y borracho había sido, rendido en la hamaca moribundo, y ese hombre que no creía y llamaba al Padre demonio, hace pocos días se bautizó y á los dos días estaba bueno? ¿Y no vino ayer, á dar gracias de igual curación, el hermano de Isabel, (estaba presente y todos le miraron sonriendo), por su pie desde la otra isla, estando hace tres días tan malo? Pues á pesar de todo, también hay en estos pueblos quienes no creen, como los judíos, aunque no pueden negar esos hechos. Es que son malos y por eso Dios los deja ciegos, no viendo lo que tienen á la vista». En fin, hizo Carlos un sermón sublime y *ad hominem*. Cantamos la salve, á cuenta de vísperas de la gran festividad de mañana.

Día 16.—Se solemnizó la fiesta con la comunión de 5 mozos, únicos cristianos, tras los fervorines en la misa. Ya la *pila*, quiero decir baptisterio, pues *pila* en caribe quiere decir bruja y bastaría ese nombre para que nadie quisiera llegarse al baptisterio, la había estrenado con el parvulito del cacique Carlos, á quien llamé Cesáreo, en memoria del P. Cesáreo Ibero que, cuando Maestro de Novicios en Loyola, como reza la inscripción, la había regalado á nombre de Loyola. Tras Cesáreo se bautizaron otros 14 parvulitos: alguno está ya en el cielo; tras ellos el adulto Edmundo Capión que debe de estar también en el cielo.

Día 2 de Febrero.—De mañanita comparecieron vestidos *in albis* los 7 mocitos que iban á bautizarse, pues han aprendido casi todo el texto de la doctrina, muchas preguntas del Catecismo, y han dado pruebas de constancia al rezo de la doctrina y misa, durante tres años de catecumenado. Con la camisita blanca al brazo, y de pie á la puerta de la iglesia, los bautizandos estaban asistidos de otros 5 mozos mayores, en calidad de padrinos. Estos con su rosario al cuello, y el del ahijado en la mano, para imponérselo acabado el bautismo. Fué acto de mucha devoción, pues aunque de vía ordinaria no se expliquen las ceremonias en el bautismo, como aquí estaba el pueblo gentil y catecúmeno presente, era esta la mejor ocasión para una explicación objetiva, y así todos entendieron acto tan imponente.

¿Qué día les tocará á los casados? Les digo que salvo raras y necesarias excepciones, mientras no sepan *pater*, ave, credo, acto de contrición y santiguarse, y sigan asistiendo los domingos, sin trabajar, puntuales á la misa, no les he de bautizar; pues no se trata de que luego tengamos pueblos apóstatas, de los que está hoy el mundo lleno. Tanto más que aquí corre riesgo la fe, por estar rodeados de ateos,

apóstatas y herejes. Es, pues, necesario estar instruídos y probados. Los antiguos Padres no temían tantos peligros como nosotros, y tenían 8 y 10 años en el catecumenado. Lo mismo se nota en las *Misiones Católicas,* donde hay misioneros experimentados.

Acabado el bautizo pasaron ahijados y padrinos á bancos preferentes, cerca de las autoridades, donde se les puso comulgatorio por vez primera. Después de los fervorines en la misa, comulgaron bautizados y padrinos, total 12, que hoy son los cristianos capaces. Tras la acción de gracias y rezo de la doctrina, fué el desayuno, para los comulgados, á los que se añadieron Carlos y su ayudante el noble José, que fué el que machete en mano salió á mi defensa en los primeros tiempos, y desde entonces ha crecido en nobleza de corazón y de fe. Durante el desayuno les fuí contando la vida y martirio del V. P. Ferrer. «En efecto, dijo Carlos, que fué indio malo ese cacique Cofan que mató al Padre.—Algún día ¿harán tal conmigo?, pregunté.—Puede ser, Padre, si te vas para los monteses; pero luego te traeremos para enterrarte al pie del magnífico baptisterio».

In honorem tanti festi, cedí hoy el oficio de cocinero al H. Domingo, para que él, que además de otros oficios profesa éste, preparase mejor comida. Convidamos á la comida á Carlos, á José y al nuevo cacique del Sagrado Corazón, Ico Sho. Estuvo todo muy bien y comimos con gusto. Se ratificó en su adhesión el nuevo cacique. Toda la tarde estuvieron visitando casa é iglesia las gentes, pidiendo explicación de los muchísimos cuadros de la Sagrada Escritura y Doctrina Cristiana que adornan los edificios. En la doctrina de la noche hubo un lleno de mujeres que admiró, ya que en pueblos gentiles más devotos son los hombres que las mujeres.

Tras tantos gustazos, nos cogió á media noche un cólico al Hermano y á mí, que ¡aplaca, Señor, tu ira! Quizá por el cardenillo de la noche ó algún aire; pues los demás comensales no tuvieron novedad. Lo cierto es que á la mañana, viendo los indios que no nos levantábamos, tocaron á la puerta para saber la causa. Dije desde la cama que estábamos enfermos y luego indios y sobre todo indias ¡cosa admirable por lo retraídas que son!, empezaron á interesarse por nuestra salud, trayéndonos medicinas y comidas. No estábamos para comer, sino para descansar; tan abatidos nos encontrábamos. A eso de la tarde empecé á levantar cabeza. El Hermano todavía quedó día y medio postrado.

Día 19.—Efecto de la buena fama del convite, y de lo que había-

mos hablado sobre el que se aunasen los caciques, dejando sus antiguas preocupaciones, y se juntasen con el Padre para salvarse; vinieron el cacique del Playón, Ukinreni, á quien nombramos Santiago, y se encargó de traer á los de Unlatupu y Chachardi. El cacique del Tigre, á quien por su candor llamé Estanislao, se encargó de traer á sus vecinos. El cacique Javier Sho se encargó de traer á los de San Ignacio y Cardi.

Un viejo de los pocos que van quedando, llamado Celso, enfermó. No supe nada hasta ahora, en que su hijo Pedro, catecúmeno, me dijo que le fuera á rezar, no se fuera el viejo á morir como hijo del demonio. Propuse al enfermo que se bautizara. «Sí, Padre; yo quiero ser hijo de Dios, porque lo que enseñas yo creo que es verdad; además que Dios ha castigado á mis coetáneos que no querían saber de tu camino (ley)». Como estaba tan acabado y alguna vez había venido á aprender, le propuse la doctrina; hizo los actos conmigo con mucha piedad; y pues mostraba tan bonísima voluntad, luego le traje el altar portátil y á eso de las nueve de la noche, en su hamaca, le bauticé, contestando á todo con gran edificación de los numerosos gentiles presentes. Luego le preparé una sopita de leche, pues vi que moría de anemia, ya que estos indios no saben cuidar á los enfermos, y cuando no pueden comer plátanos ni pescado no les dan ya ningún otro alimento. Revivía con la sopita, y al otro día me dijo le mandase más. Así le fuí alargando la vida día y medio, en que le vi tan acabado que le di la extremaunción.

Tras esto llamaron á unas brujas de otra isla, y sabido cómo yo le había asistido, echaron pestes contra mí, diciendo que no me dejasen llegar al enfermo. Ignorante de esto, fuí yo solo más tarde á ver al enfermo. ¡Amigo! empezaron á gritarme y se armó tal zambra, que una buena india que estaba en aquel gran cortejo, se me acercó y por lo bajo me dijo: «Vete corriendo á casa y yo te avisaré cuando vaya á morir». Obedecí y se serenaron. Es increíble la profunda tristeza que les coge á los parientes más cercanos de un moribundo; la demuestran por una seriedad estupenda de rostro, sin derramar una lágrima, ni dirigir una mirada á nada ni á nadie. Allí estaba sentado en otra hamaca Pedro, catecúmeno, hijo de Celso. Ni me contestó á mis preguntas; siendo él antes tan obsequioso conmigo. Más tarde la india me mandó un niño: «Padre, Celso se está muriendo». Fuí á la recomendación del alma.

La turba de plañideras, cuyo cantante llevaba la bruja ó sacerdo-

tisa dicha, empezaron á gritar é impedirme, con los pañuelos y mantillas con que se tapan la cara y con el cortinaje de la hamaca, que yo pudiera ver ni hablar al enfermo, que debía estar aturdido con tanto vociferar. Entonces me arrodillé á la cabecera, y detrás de mí el Hermano, y empezamos la recomendación. Acabada, para que no se sulfurasen más, me retiré. Vinieron José y los principales y dijeron: «Padre, no vuelvas más allá, porque esos viejos parientes, si tu vives, es imposible que mueran con sus costumbres. Ahora ya está bautizado, y está sin sentido.—Bueno; ¿pero le haremos los funerales?—Ca, no han de querer sus parientes.—¿Cómo no, si Pedro es catecúmeno?—El sí, pero sus tíos y tías con todos los de la otra isla, no han de venir en ello, diciendo que tú eres el diablo, que con tus hechizos le has matado. Lo único, si tú quieres, dices la misa en su casa, pero á la casa de Dios no le han de traer. Cuando nosotros, los no viejos, muramos, sí harás con nosotros lo que quieras, porque nosotros queremos; pero los viejos no entienden bien todavía.—Siquiera le iré á cantar el responso cuando vayan á meterle en la barca para llevarle al cementerio, que está en tierra firme.—Eso podrá ser».

De madrugada me fuí á casa del cacique, por donde debían embarcarle. Estaban ya poniendo tres cayucos, porque el viejo era de familia larga y todos los parientes acompañan y llevan los instrumentos para el hoyo, de lo cual se encargan los sepultureros, que reciben buena paga. Llevan, además, todas las cosas que usó el difunto: armas, hamaca, ropa, etc., en sus correspondientes baules ó capazos; pues todo se entierra con el difunto para la otra vida. También se le pone durante algunos días comida, que se la comen las fieras; pero se la ponen hasta que el difunto se va acostumbrando á la comida de la otra vida. De ahí creo dicen se les aparecen las almas y les asustan con visiones. Ahora dicen que las de los cristianos no se les aparecen, ni las lloran como las de los gentiles. Esa es la causa, dicen ellos, por la que apenas hay un enfermo grave, me llaman los parientes en esta isla de San José. Ya que dan tierra al muerto, las plañideras hacen los últimos gimoteos, acompañados de los *absoguetas* ó sacerdotes que los acompañan; bajan todos al río, se dan un baño (será para purificarse), y se procuran olvidar del muerto oficialmente; siendo falta de educación aun el preguntar á un pariente: «¿Cuándo murió fulano?». Los *absoguetas,* con celo digno de mejor causa, asisten al enfermo grave remudándose, platicándole de Dios, según sus creencias, y no dejan al enfermo hasta llevarle al sepulcro.

Y no pude salir á cantar á la despedida del cadáver, pues ni Pedro quiso venir á nuestra llamada á casa del cacique, contestando por el recadero que había muchos parientes allí, y no podía desatenderlos. Dios le asistiría á Celso en sus últimos momentos, pues sus deseos de morir como hijo de Dios, sí fueron verdaderos, según él me dijo en la última visita. En efecto, estuvo día y medio sin hablar á nadie; y cuando fuí y le hablé, me contestó muy atento, arrepintiéndose de su vida.

A los pocos días supe, y por cierto á última hora, que había una india moribunda. En un tiempo había sido catecúmena. Después se dejó, porque sus parientes la hostilizaron, pero como estaba en casa de catecúmenos tuve más confianza. Aunque poco podía ya entender por su debilidad, le fuí diciendo lo de *necessitate medii* y ella asintiendo; y cuando la llamaba la atención en el sopor que por la debilidad la cogía, respondía que quería ser cristiana. Así, pues, hecho todo lo posible, bauticé á Magdalena, y al poco tiempo murió. A esta tampoco permitieron sus parientes que la trajera á la iglesia para las exequias; pero siquiera logré acompañarla desde la casa á la barca. Embarcados todos, según antes dije, dimos el doble de las campanas, cosa que les cayó muy bien. Era eso poco antes de salir el sol, tiempo destinado al sepelio, pues es necesario que los muertos vayan á ver á su Padre Dios, poco después de puesto el sol. Esta, como era pobre, pues estaba casi sola, ya que su gentil marido la había abandonado hacía poco, no tuvo lujo de plañideras, ni truenos, ni gritos con los que suelen avisar á los del cielo que allí va un muerto, para que salgan á subirle; pero tuvo lo indispensable á cualquier indio en tal trance. Entre estas gentes todos dicen van al cielo, si no son contados indios que dicen mueren endemoniados; á los cuales suelen quemar á fuego lento, entre una gran humareda de cierto palo del bosque que exprofeso traen para tales ocasiones.

Ahí tiene V. R. lo que suelen hacer los indios en sus últimos días.

Ruegue V. R. mucho á Dios, para que ellos y yo consigamos el fin para que somos criados.

De V. R. ínfimo siervo en Cristo,

LEONARDO GASSÓ, S. J.



MISIÓN ECUATORIANA Y PERUANA

LA PAZ (BOLIVIA)

NOTICIAS DEL COLEGIO
DESEOS DE NUEVAS CASAS DE LA COMPAÑÍA

Carta del P. Alberto Risco al H. Luis del Ojo.

Colegio de San Calixto, 27 Septiembre de 1910.

Mi querido Hermano: ¿Cuántas cartas le debo? Pues allá van unas cuantas noticias de esta tierra, en pago de su caridad.

Y en primer lugar, acerca del Colegio. Aquí los exámenes son en Octubre; y el curso comienza en Enero; por eso y por varias cosas más, el P. Tovía llama á América el país de las *viceversas*. Aunque nos quejamos de varios asuntos de enseñanza, porque no podemos vivir sin quejarnos de algo, es muy distinta nuestra suerte de la de España. Además de nuestro Colegio, está aquí el Nacional ó Instituto. Durante el curso nosotros ponemos los libros de texto y programas que nos place, y no necesitamos títulos para enseñar. Los tribunales de exámenes los formarán este año los siguientes: en nuestro Colegio, el P. Rector, el P. Profesor de la asignatura y un delegado del Nacional (que tal vez no venga); y los del Nacional lo formarán, el Rector ó Director, el profesor de la asignatura y un Padre nuestro como delegado. Tenemos, por supuesto, voz y voto y todo lo demás.

Recuerdo que, al poner un nuevo programa general, al cual adaptase después cada profesor su programa ó cuestinario, el Ministro de Instrucción Pública reunió á todos los profesores y fuimos los del Colegio, y casi todos los programas oficiales se redactaron en casa. Esto no quiere decir que no nos hagan la contra, que sí nos la hacen; pero no llega ni con mucho á lo de nuestra tierra.

El actual Presidente come con nosotros algunas veces; y el día de San Ignacio asistió á la misa cantada con mucho recogimiento. ¡Lástima que entre sus ministros los haya de la cáscara amarga!

Ya que hablamos de ministros, no quiero dejar de decir algo sobre uno de los *honorables*, como aquí llaman á los diputados del Congreso. Se llama D. Abel Iturralde y tiene unos treinta y tantos años. Dios le conserve muchos. De su vida privada baste decir que tiene á su único hijo varón en el Colegio de Deusto, porque dice que hoy sólo se puede estudiar en España sin peligro de perder la fe; que comulga casi cada día y todo lo consiguiente. En su vida pública, ya le he dicho que es diputado. Por su porte recogido, cualquiera le tendría por un infeliz matapalomas; pero creo que no es así, y ya verá en lo que me fundo.

Hace unos días, defendiendo en el Congreso el acta de un diputado católico, gritó uno del partido liberal: «Ese beato, que se calle». D. Abel se levantó lleno de ira, y le dijo sólo estas palabras: «Cuanto al callarme no me da la gana, porque cumplo con mi deber; cuanto á lo de beato, me honro con ello: más vale ser un beato como yo, que un vil y un miserable». El diputado se calló; y se callan todos, porque saben que de palabra los acogota con su lógica aprendida en estas aulas: es antiguo alumno de este Colegio. Saben también que lleva en el bolsillo algo que no va vacío. No hace mucho, que cierto honorable le dijo en pública cámara: «D. Abel, hoy viene V. oliendo á incienso». Él se levantó, y lo clavó con esta respuesta edificante: «Más vale oler á incienso que á vino». Como todos entendieron la indirectilla, fué una bomba. Tiene mucho prestigio, es muy rico y le quieren mucho; ha tenido en alguna ocasión varios miles de votos para Presidente; y todos ven que pronto lo llegará á ser. Y vamos á otro asunto.

En toda la República se deja sentir la falta de colegios de Jesuítas, como va á ver. El Obispo de Cochabamba, región la más simpática y la más católica de Bolivia, de acuerdo con los señores ricos, ha pedido al P. Granero un colegio de la Compañía, ofreciendo la antigua iglesia nuestra, y yo no sé cuánto más. El P. Granero se negó á la comisión que vino expresamente para hablarle de este asunto, por falta de sujetos. Por esto le dieron el colegio é iglesia á cierta Orden religiosa. Esta no ha podido hacer nada, y ahora vuelven los cochabambinos á sus antiguas pretensiones, pues los de esa Orden ya han abandonado la ciudad. Veremos en qué para el asunto, pues los de Cochabamba permanecen en sus planes, y dicen que acudirán á Roma y yo no sé qué cosas.

El Arzobispo de Sucre, la antigua capital de la República (Chuquisaca), escribía á nuestro P. Rector hace un mes lo siguiente: «Rdo. Padre: voy á la visita *Ad limina*. Llevo *in capite libri*, y como asunto principal, el pedir al P. General, y si no lo consigo al Papa, el fundar un colegio de la Compañía en mi arzobispado; pues veo que es el único medio de mantener la fe en mi diócesis». ¿Lo conseguirá?

Hace pocas semanas estuvo aquí el Sr. Obispo de Puno, Monseñor Ampuero. Puno es una ciudad del Perú. Este Sr. Obispo está empeñado en fundar una residencia en su obispado, estableciéndola en el pueblo de Juli, pueblo que es de gratos recuerdos para la Compañía. Es puerto sobre el lago Titi, y allí estuvo nuestra casa de estudios superiores y la tercera probación. Se conserva aún intacta nuestra iglesia, con los altares de plata maciza y cuadros y estatuas de nuestros santos; el refectorio, los cuartos del P. Alvarez de Paz y demás Padres y creo que la biblioteca. En esta casa fué donde se instaló la primera imprenta que se vió en América, y en nuestra biblioteca tenemos varios libros impresos allí.

¿Se da V. por pagado con estas noticias? Así lo deseo, pues por ahora no tengo tiempo para más.

Me encomiendo en sus oraciones. Suyo hermano en Cristo,

ALBERTO RISCO, S. J.

LAS CONGREGACIONES ESTABLECIDAS EN NUESTRA IGLESIA
APROVECHAMIENTO DE LOS ALUMNOS DEL COLEGIO
TANDAS DE EJERCICIOS Y MISIONES

Carta del P. Juan Antonio García al P. Salazar.

Colegio de San Calixto, 28 de Septiembre de 1910.

Apreciado Padre: Por dar contento á V. R., me pongo á escribir esta relación de lo que, durante el curso pasado, hemos hecho los Padres de este Colegio, para la mayor gloria de Dios.

Desde que los Padres primeros venidos á esta República y ciudad de La Paz, comenzaron los trabajos apostólicos, tomó la Compañía á su cargo el predicar las ferias en la Catedral y ha continuado sosteniendo la buena fama que ellos dejaron. Y si no ha seguido dando los Ejercicios espirituales para caballeros y artesanos en la casa de la Tercera Orden, fué porque un Padre Comisario de San Francisco mandó á los suyos que no permitieran pusiéramos los pies en la Tercera Orden para dar los Ejercicios, ni en su iglesia para predicar. La prohibición de predicar en su iglesia hanla quitado Comisarios posteriores; pero suspendida sigue la de no dar los nuestros Ejercicios en dicha casa, con sentimiento de los caballeros que, desde que allí no predicamos, apenas asisten. Por estas razones, el P. Agustín Moral propuso hace unos años al P. Rector, Gaspar Tovía, intentáramos nosotros dar Ejercicios á hombres en nuestra iglesia, ya que los dábamos á las señoras. El P. Rector le decía: «Será inútil; no vendrá apenas nadie».

Obtenida la licencia, repartió el P. Moral un centenar de invitaciones; los primeros días vinieron por curiosidad; los siguientes, por interés; cuando se les propuso la confesión, algunos se fueron acabada la plática, otros se quedaron. Al día siguiente, que fué Jueves Santo, comulgaron, en la misa de ocho, unos 33. «Gran número, decía la gente; nunca hemos visto comulgar en público tantos caballeros juntos». El año siguiente, aumentó el número de invitaciones, y aumentó la concurrencia; este año dieron los Ejercicios los PP. Moral y Luque: el número de comuniones llegó á 70. El siguiente, que los dió el P. La Cruz, pasaron de 100.

En 1908 que también los dió el P. La Cruz, se habían preparado los ánimos con la venida del Sr. Delegado Apostólico á principios de Cuaresma. La concurrencia fué muy numerosa, y como no había sino sólo caballeros y artesanos, daba devoción ver á tantos hombres juntos, y oir cantar el «Perdón» á tantas voces unidas. El día de la comunión, que fué el domingo de Ramos, salieron de casa temprano para traer al Sr. Delegado más de 80 hombres, entre caballeros y artesanos. Las personas que vieron venir al Sr. Delegado en medio de dos filas de hombres, con su medalla de San José é insignia de la Congregación, se admiraban de cosa nunca vista en la ciudad, y por curiosidad se venían á oir misa. El templo estaba repleto, pues á los ejercitantes se habían juntado los cadetes, á quienes durante la semana había preparado en la capilla, como todos los años, el P. Cerro. La comunión pasó de 300 hombres. No cabía la satisfacción en el pecho

del Sr. Delegado. Acabado el desayuno, que tomó en nuestra casa, S. E. salió al corredor del patio de la portería, donde en dos grandes filas estaban formados caballeros y artesanos. Breves palabras de acción de gracias, dirigidas al Sr. Delegado por el P. Francisco de La Cruz, arrancaron vivas á la concurrencia para Cristo y su Iglesia, para el Papa, su representante y la Compañía.

Quince días después, ofrecíamos al dicho Sr. Delegado espectáculo parecido en la cárcel. Es aquí costumbre de hace muchos años, acabada la Cuaresma, preparar los presos al cumplimiento pascual para el domingo de *Quasi modo*. Para esto llaman las señoras de Beneficencia á un Padre del Colegio, con el fin de que vaya á dar Ejercicios á los presos. Este año tocóme la dicha de dárseles. Dos pláticas les hacía yo: una, después de la misa; y otra, al caer la tarde. El fruto que este año se sacó, no fué poco: de 200 presos 150 se acercaron á la Sagrada Comunión que en la misa les repartió el Sr. Delegado. Con esto, y con unos «Detentes» del Sagrado Corazón que les distribuí, todos salieron contentos. Y porque la fiesta fuese completa, no faltó á los presos de *pinguedine terrae*, pues las señoras les sirvieron después un buen almuerzo y acabado éste les dieron ropa blanca y de color, como lo tienen de costumbre.

Aquí, es difícil conservar el fervor de Cuaresma. Con el fin de conservarlo, el P. La Cruz había concebido el año anterior la idea de fundar una Asociación que, con el título de «Caballeros del Sagrado Corazón», sirviese no sólo para levantar el espíritu cristiano, mediante las comuniones mensuales y la Hora Santa, durante la noche del primer jueves de mes, sino también oponerse de palabra y con la acción al torrente de folletos, estampas y libros pornográficos que desmoralizan la sociedad. Lo primero, ó sea, la comunión mensual en corporación, aunque no muy grande, lo ha conseguido, no sin pequeño esfuerzo y perseverancia; pues todos los segundos domingos de mes á las nueve, en nuestra iglesia, tiene su reunión de caballeros, quienes oyen devotamente la misa, expuesto el Santísimo, y una breve plática que les hace durante la misa sirve para mantener el espíritu. Al fin de ella comulgan bastantes de la Asociación. Esta, que comenzó con una veintena de caballeros, cuenta ahora con un centenar, y no pocos de representación en la sociedad paceña y en el Congreso; por lo que se cree que, andando el tiempo, llegará á ser un sostén de la Religión Católica, y una palanca de que se sirvan los Sres. Obispos para defenderla en los Congresos contra los ataques de ignorantes y radicales.

Dios quiera que, de entre dichos caballeros, salgan algunos que puedan fundar un diario católico que refrene la audacia de los malos, y difunda en el pueblo y la gente culta los rayos de luz que de sí esparce la verdad, para que ilustre á los ignorantes y convierta á los extraviados.

La Congregación de Artesanos, fundada el año 1882 por el P. Gabino Astráin, ha llevado una vida lánguida hasta 1907 que de ella se hizo cargo el P. La Cruz. Con pláticas semanales y comunión mensual el cuarto domingo, procura conservarlos en fervor. El aumento de la Congregación es lento, pero seguro. Valen más pocos y buenos que muchos y tibios.

No parece deben echarse en olvido los ministerios que se ejercitan dentro de casa con los alumnos, pues no dejan de causar edificación por ser ellos muchos, y pocos los moradores de este Colegio.

A los que han pasado varios años en colegios, mayormente en América, y con internado, no será difícil ponderar cuánto hay de trabajo en mantener la disciplina y juntamente con ella fomentar la piedad, cuando los niños son muchos como aquí, que pasan de 400, de los cuales 125 son internos. Lo uno y lo otro se procura en este Colegio, más aún desde que el Pontífice actual quiere se comience por los colegios el fomento de la comunión frecuente. Ya ésta se fomentaba bastante; además de la comunión mensual de todo el Colegio, nos servían para este fin los siete domingos de San José, la seisena de San Luis, y el mes de María, llamado el mes de las flores en Europa, y aquí la entrada del invierno, por lo que nada favorece la naturaleza, más bien con el frío desayuda; ya que entonces los internos se levantan más tarde, y los externos dejan de venir temprano, á causa del mal tiempo que hace en las mañanas. Pues á pesar de todo esto, celebrar con fervor este mes de Mayo, y poner los de casa empeño porque compita su fiesta, á honra de la Virgen, con las de Europa, será sin duda cosa en que mucho se agradará la bondadosa Madre. Como en este mes de Mayo se da principio á la seisena, se aumentan las comuniones. Niños ha habido este año que han comulgado todo el mes de Mayo y Junio, y se mostraba el fruto por su conducta en el estudio y aprovechamiento en las clases.

La fiesta principal del Colegio es la de San Luis, que se procura revestir con la mayor solemnidad posible. El patio principal se engalana la víspera con colgaduras, banderas y gallardetes, y por la noche con iluminación á la veneciana. La mañana de San Luis, todos los niños aparecen de fiesta, mayormente los de primera comunión, cuyas mamás

se esmeran en componer á sus hijitos lo más decentemente que pueden. Niños ha habido que se han presentado con vestidos de terciopelo ó de raso. Este año comulgaron por primera vez como 60, detrás de ellos los internos y después los externos y la gente de fuera, especialmente las familias; pues se tiene este acto en la iglesia y con misa cantada. Quedaron todos muy complacidos. Año ha habido que vinieron á la iglesia, por ver la comunión de sus hijos, papás que hacía 30 años no habían puesto los pies en un templo. Después de la comunión, bajan á desayunar internos y externos que han hecho por vez primera la comunión, obsequiándoles después con dulces y alguna estampa ó medalla el P. Rector. La fotografía de los niños de primera comunión es lo que más les gusta, y nadie hay que no la quiera para recuerdo. Por la tarde vienen á la iglesia á rezar el rosario, expuesto el Santísimo, sígue-se el panegírico del Santo y después la procesión en el patio. Esta se tuvo en la iglesia este año porque fuera estaba nevando. Así venimos haciendo varios años, hasta que podamos hacerla, Dios mediante, por las calles próximas al templo.

Si del Colegio pasamos á la iglesia, no faltan ocupaciones, especialmente los primeros jueves de mes y vísperas de fiestas. En los primeros viernes de mes las comuniones llegan á 700 de la Comunión Reparadora. Su fiesta principal, es el último domingo de Junio, que con el jubileo pontificio concedido á este día, nuestra iglesia ricamente engalanada, y el concurso de gente, resulta solemnísima. Pero donde más solemne aparece, es en la procesión por la tarde, y señaladamente este año, en que se estrenaron los ricos ornamentos blancos que de Valencia hizo traer el P. Rector. La procesión recorrió la carrera con un orden admirable, por las calles próximas á nuestra iglesia, que estaban lujosamente adornadas. No faltó la escolta de la Guardia Municipal y de la Policía. El rezo del santo rosario alternaba con los acordes de la banda de los PP. Salesianos. Unos 20 estandartes, que representaban otras tantas cofradías y congregaciones, formaban todo el cuerpo de la procesión. Las Asociaciones de Artesanos y Caballeros del Sagrado Corazón, escoltaban al Santísimo con sus cirios encendidos; la aristocracia de la ciudad, hizo gala de su piedad en ese día. Acabada la procesión, decían muchos: «En dos años que hace sale esta procesión por las calles (antes las hacíamos en la iglesia y de noche), han superado VV. á la antiquísima de la Catedral, el día del Corpus, en orden, número y devoción de los asistentes».

Las Hijas de María, aunque menos en número que las socias de la

Comunión Reparadora, obsequian á su excelsa Patrona, por lo menos una vez al mes, con un día de retiro y una comunión cada tercer sábado. Las flores de Mayo no dejan de estar concurridas, á pesar de celebrarse en otras iglesias, en que se han establecido á imitación de las nuestras. Comulgan por coros los miércoles y los sábados, siendo la comunión general de más de 200 el último de Mayo.

En los últimos meses las Hijas de María se esmeraron más con la devoción de los quince sábados, devoción aquí muy extendida, en que se comprometieron á rezar el rosario entero, y comulgar todos los sábados, para terminar con la fiesta de la Inmaculada. Esta fiesta precedida de una novena de sermones, resultó más solemne que otros años; pues hubo en ella unas 500 comuniones, como se vió por los recuerdos, que, como en otras festividades, se repartieron en este gran día.

Las comuniones en todo este año han subido á 26.300; muchas, si se atiende á lo separada que está nuestra iglesia del centro de la ciudad; pero menos que las confesiones, por irse las personas aquí confesadas á comulgar una ó varias veces en las iglesias vecinas durante la semana. Mas el aseo y lo devoto de la iglesia, el orden fijo de las misas, y las horas para dar la comunión, hace que concurra mucha gente, aunque no de corta distancia. Es ya proverbial entre los moradores de esta ciudad el decir: «Para oir misa con devoción, no hay otra iglesia que la de los Jesuítas».

No acaban aquí nuestros trabajos apostólicos. El celo y caridad de los Superiores, no contentos con el bien espiritual y moral que se hace dentro de las paredes de la iglesia y Colegio, los impele á salir fuera en busca de nuevas obras de caridad con los prójimos. Así se ha continuado ejercitando como ministerio nuestro, establecido desde un principio, la explicación del catecismo á niños y niñas de las escuelas municipales, con sus correspondientes triduos de preparación á la comunión pascual. De no poco tiempo á esta parte se viene haciendo lo mismo con las niñas del Colegio de las Hijas de Santa Ana, con las alumnas del Colegio de los Sagrados Corazones, con las niñas y penitentes del Buen Pastor. A todas estas se les dan unos cuatro ó cinco días de Ejercicios.

Allégase á esto lo que otros Padres toman sobre sí, llevados de su celo. Cuatro pláticas doctrinales tienen los domingos, durante la misa de doce, los PP. Simeón García Sáenz, Luis Gallo Almeida, y Juan Manuel Cordero, en las iglesias de San Sebastián, San Pedro y San Agustín; el P. Ministro la tiene en nuestra iglesia á las dos de la tarde,

para las sirvientas é hijas de familia. Con tanta plática, se conserva, á Dios gracias, el espíritu religioso en esta ciudad.

Vése esto bien en lo pronto que llaman confesores, cuando se sienten gravemente enfermos, á cualquiera hora del día ó de la noche, porque saben que á nadie nos negamos; y también en los hospitales, donde diariamente coge abundante fruto el P. Simeón García, único operario de nuestro Colegio. Otros Padres ejercitan también allí, de cuando en cuando, el ministerio de confesar en inglés, francés, alemán, italiano y aymará, además del idioma del país, que es el castellano. En la cárcel también hace su fruto el P. Cordero, donde predica todos los domingos á las ocho. Él es el paño de lágrimas de no pocos presos, quien por los muchos años que lleva visitándolos y proveyéndoles de ropa, dinero y aún medicinas, es muy querido.

Aquí parece, amado P. Salazar, debería hacer punto final, pues esta carta ya va saliendo demasiado larga; mas como en ella me había propuesto decir todo lo que de edificación habíamos hecho este año en el Colegio y ciudad, quedaría incompleta la relación, si no narrase, si bien sucintamente, los trabajos apostólicos verificados durante estas vacaciones en Cochabamba, Irupana y Tiahumaco. Añadiré, pues, lo necesario para decir toda la verdad, que aunque no hay aquí más que dos meses de vacaciones, el curso escolar dura diez, por ley del Estado; en esos dos meses, por vía de descanso, emprendieron los nuestros tales diversiones.

Dos años antes de estos sucesos que voy relatando, por llamamiento del Sr. Obispo de Cochabamba, el P. Rector y yo fuimos allá á predicar la novena de la Buena Muerte, allí tan célebre y tan concurrida como el septenario de Dolores en La Paz. Llegados después de una semana, por las dificultades del camino, comenzamos la novena de sermones, de que quedó el Sr. Obispo, por haber asistido á ellos, muy satisfecho. Rogónos que diéramos Ejercicios á las diversas clases de la sociedad. El P. Rector los dió á los caballeros, y un servidor á los niños y á las señoras. Mucho sintió el Obispo no los pudiéramos dar al clero, por ser tiempo de Cuaresma y estar ocupados en sus ministerios.

Reservóse, empero, el llamarnos en otra ocasión. Esta fué las vacaciones de este año. Para esto citó por carta circular á todos los curas, con el fin de que se reuniesen en el Seminario, la mitad de ellos el 7 y la otra mitad el 19 de Noviembre. El camino de 80 leguas recorrieron en menos tiempo los PP. Rector, Próspero N. Malzieu, y Rafael Luque. De aquí á Oruro fueron en tren, y de allí, en dos días de diligencia, á

Cochabamba. Llegados los referidos Padres, ya los estaban esperando los sacerdotes de la primera tanda, que constaba de 80. A los dos días siguientes de llegar, empezaron á dar los Ejercicios á este primer grupo, que presidía el Sr. Obispo; los dió el P. Rector, y entre tanto el P. Luque los daba á las religiosas del Hospital. El Sr. Obispo, D. Jacinto Amaya, ya bien anciano, lloraba de ver tanto sacerdote junto, que á la voz de su Prelado había acudido prontamente de cuatro, cinco y hasta siete días de camino, en cabalgadura, y algunos con 60 y 70 años encima. El P. Rector estaba también edificado de ver tantas cabezas calvas, más aún que la suya, agachadas para oir las tremendas verdades que les explicaba.

Acabada esta tanda, siguióse el 19 la otra de igual número de sacerdotes, presididos por el Sr. Deán. Dió estos Ejercicios el P. Luque, y entre tanto el P. Rector los daba á las religiosas, Hijas de Santa Ana, que tienen allí colegio de educandas. No quedaron en la diócesis sin hacer los Ejercicios más que cinco sacerdotes, que de viejos y enfermos no pudieron emprender el viaje. Casos edificantes se podrían contar bastantes. Vaya uno que vale por muchos. Resistíase un sacerdote á ir á una parroquia; después de los Ejercicios, de rodillas y con las lágrimas en los ojos, pedía perdón al Sr. Obispo, y se ofrecía á ir á la última de la diócesis.

Terminada esta misión, y partidos los Padres con las demostraciones de satisfacción que se dejan entender detuviéronse en Oruro cuatro días, para dar Ejercicios á las religiosas del hospital y del colegio que tienen allí las Hijas de Santa Ana, y se volvieron á La Paz, al mes justo de haber salido.

El día 3 de Noviembre emprendieron viaje para Irupana, los Padres Cordero y Serrano á dar una misión. Como habíamos sido pedidos por el Sr. Cura Párroco, con beneplácito del pueblo, fueron bien recibidos; y sin pérdida de tiempo, después de cuatro días de camino á caballo, empezaron la misión al día siguiente de su llegada.

Acudió bastante gente, aunque los más eran indios venidos de las haciendas vecinas, pero entendían el castellano; por esto el fruto no fué escaso, pues se confesaron unas 600 personas, se arreglaron algunos matrimonios, é inmediatamente se procedió al sacramento de la confirmación, que administró el P. Juan Manuel Cordero, con la facultad liberalmente concedida por el Sr. Obispo, Fray Nicolás Armentía. Decían los Padres que si hubieran estado más tiempo, hubieran confesado á todos los vecinos; uno de los principales quedó sin hacerlo, si bien bas-

tante conmovido, y con la enfermedad que Dios le envió después, se rindió: murió cristianamente, sirviendo de escarmiento á otros que no habían confesado. Otra misioncita dió el P. Cordero, del 18 de Diciembre al 25, en Tiahuanaco, logrando entre blancos, indios y artesanos unas 175 comuniones.

Los que aquí nos quedamos ¿qué hicimos entre tanto?, preguntará V. R. No nos faltó trabajo en dar Ejercicios á los religiosos y religiosas que suelen hacerlos en este tiempo.

También en el mes de Noviembre el P. La Cruz promovió con sus Artesanos de San José una peregrinación al Santuario de Copacabana. No dejó de agradar, tanto á los demás peregrinos que allí encontraron, como á los PP. de San Francisco que allí residen. Después de un triduo de pláticas que les hizo el P. La Cruz, tuvieron su comunión. Algunos Padres y Hermanos que no habían salido á vacaciones se incorporaron á esta peregrinación.

Ya podrá V. R. quedar satisfecho con esta relación; yo al menos quedo contento de haber cumplido con un deber exigido por V. R. de dar cuenta, aunque tarde, de los hechos memorables acaecidos durante todo un año, en este Colegio de La Paz.

No deje V. R., y los de esa santa casa, de encomendarnos en sus santos sacrificios y oraciones.

Servus in Christo Jesu,

JUAN ANTONIO GARCÍA, S. J



GUAYAQUIL

MINISTERIOS EN LA RESIDENCIA
Y EN OTROS CENTROS DE LA POBLACIÓN
LAS OBRAS DE LA IGLESIA

Carta del P. Maurilio Detroux al H. Próspero Werner.

Guayaquil, Abril 18 de 1910.

Muy amado en Cristo, H. Werner: Mucho he tardado en contestar á su grata del mes de Diciembre, en la que me pedía noticias de lo que se ha hecho en esta Residencia el año pasado.

En nuestra iglesia ha habido aumento notable de comuniones, pues han llegado á 31.000 en el año, á pesar de no haber estado más que tres Padres, por haber ido á Pifo el P. Barna para hacer la Tercera Probación. En otras partes no significa gran cosa este número; pero atendida la indiferencia religiosa que reina aquí, y conociendo el ambiente en que vivimos, vemos que desde los decretos y declaraciones de S. S. Pío X sobre la frecuente comunión va en aumento el número de personas que comulgan diariamente ó al menos con frecuencia.

Pero aquí, si no se sale de la iglesia, no hay que contar con los hombres, fuera de unos pocos. Hay que buscarles, pues, donde se pueda, es decir, generalmente en los hospitales. Allí es mi campo de acción. Diariamente voy una vez, y á veces dos, al lazareto de peste bubónica y fiebre amarilla, y después, si hay tiempo, al hospital general; y no regreso contento á casa cuando no he confesado uno, dos, tres y más hombres ó mujeres de los más necesitados.

Agosto 10.

¿Habrá necesidad de volverme á excusar de no haber siquiera terminado mi carta en el mes en que la empecé? Así somos: tan pobres y miserables.

Entre tanto, hemos inaugurado, el 5 de Junio, nuestro altar mayor de mármol (el primero que yo sepa de este material en el Ecuador) dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. Ha quedado muy bonito, lo ha trabajado un marmolista italiano muy hábil. Los demás altares también van á ser de mármol, ó quizá de alabastro ú ónice, si hay facilidad para extraerlo de una mina que han encontrado en Alausí.

Las congregaciones costearán casi todos los altares. El Sagrado Corazón de Jesús con Nuestra Señora del Sagrado Corazón y San José, á quienes acudimos mensualmente por medio de novenas, nos van favoreciendo de una manera admirable. Hemos gastado ya más de 95.000 sucres en la obra, casi todo de limosna. Está hecho casi todo el casco de la iglesia: falta sólo la torre. La cúpula ha quedado muy graciosa.

En este mes pasado hemos dado un gran empuje á las doctrinas de niños y niñas. Provocamos una reunión de sacerdotes seglares y regulares en la Curia eclesiástica, que dió muy buen resultado, en orden á organizar doctrinas en todas las iglesias de la ciudad, con sendos comités de señoras, que ayudan, ya como socias activas, ya como protectoras. Tenemos á nuestro cargo unos nueve centros el P. Becerra y este servidor.

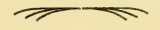
El P. Becerra ha tenido estos dos últimos domingos 300 niñas en nuestra iglesia, y cerca de 100 niños en otros días; y yo en la Catedral he tenido hasta 180 niñas. En el hospicio, en el hospital, en la iglesia del Purísimo Corazón de María y en un asilo de niñas, tengo cerca de 100 oyentes en cada uno de los centros.

Se ve cómo Nuestro Señor bendice los trabajos que se emprenden por obediencia; empecé, en efecto, á trabajar con más empeño en las doctrinas, movido por una carta de N. M. R. P. General, que me las recomendaba como de suma necesidad.

En las OO. de mi Hermano me encomiendo.

Suyo afectísimo en Cristo,

MAURILIO DETROUX, S. J.



MISIÓN CHILENO-ARGENTINA

SANTIAGO DE CHILE

PARTE RELIGIOSA
DEL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA

Carta del P. Luis M. Bassóls al R. P. Superior de la Misión.

Santiago de Chile 30 de Octubre de 1910.

Muy amado en Cristo, R. P. Superior: Han terminado los solemnes festivales en conmemoración del primer Centenario de la Independencia de esta tierra, en los que, no hay que negarlo, la parte religiosa ha tenido un lugar preeminente.

Poco le hablaré de las solemnidades cívicas; nada de la llegada de los Embajadores extraordinarios enviados por las diferentes naciones de Europa, América y aun del Asia; pasaré por alto la recepción brillante y entusiasta despedida hecha al Presidente de la República Argentina, á quien, además de otros personajes, acompañaba el dignísimo Arzobispo de Buenos Aires, D. Mariano Espinosa, tan amante de la Compañía como sabe V. R., y que quiso darnos una muestra de su afecto, viniendo á visitar al Colegio á las pocas horas de su llegada, á pesar de sus múltiples atenciones en aquellos días.

Una cosa no dejaré de decir, por relacionarse con el fin de la presente, y es, que habiendo mostrado las diferentes naciones su simpatía á Chile, levantando en la capital diversos y valiosos monumentos, precedió siempre á su inauguración, salvos los de naciones herejes ó

gentiles, la solemne bendición dada por algún Prelado de la Iglesia, sin que se notara en los discursos pronunciados ninguna palabra que ofendiera la Religión, antes al contrario, resplandeciendo en algunos de ellos el espíritu de fe y verdadera piedad. En la plaza de España se erigió el que nuestra querida Patria dedicaba á los hijos de Chile; y anduvo muy acertada en consagrarlo á un héroe de la madre Patria, guerrero y literato, quien con su brillante imaginación poética y bien cortada pluma, inmortalizó el nombre de Chile, en su célebre poema «La Araucana», D. Alonso de Ercilla.

Vengamos á decir algo de los actos religiosos que, como dije antes, tuvieron lugar muy digno en el programa de las fiestas centenarias. Dios Nuestro Señor, en cuyas manos están los cetros y coronas y las bandas presidenciales, quiso darnos provechosa lección y que palpásemos como con la mano, cuán vanas son las honras y riquezas del mundo. Faltaba un mes para las fiestas del Centenario y el telégrafo sorprendió á la República con la muerte del Presidente, Excmo. Sr. D. Pedro Montt, quien expiraba lejos de la Patria, en Alemania, á donde había ido en busca de alivio á sus dolencias: no habían transcurrido más que 22 días del fallecimiento del Sr. Montt, cuando su sucesor, el Excmo. Sr. D. Elías Fernández, confortado con los sacramentos de la Iglesia, bajaba también á la tumba, sumiendo á la nación en amargo sentimiento. Aquí si que podemos exclamar: «*Sic transit gloria mundi*». ¡Cuán poco valen los títulos de grandeza para detener la guadaña de la muerte, cuando ha llegado la hora determinada por Dios! Se hizo entonces cargo de la Vice-presidencia, mientras se convocaba al pueblo para nuevas elecciones presidenciales, el Ministro más antiguo, Excelentisimo Sr. D. Emiliano Figueroa, alumno que fué de nuestro Colegio. Las honras fúnebres del Sr. Fernández fueron espléndidas, pues como su muerte cayó en vísperas de las fiestas, se encontraban en Santiago todos los Prelados chilenos, junto con la mayor parte de las Embajadas extranjeras. Estos trofeos de la muerte forman la vanguardia de las fiestas del Centenario.

Entrando ya en materia, comenzaré por la solemne manifestación religiosa de los colegios católicos de la capital. Deseoso el Sr. Arzobispo de que apareciese de manifiesto la importancia que las familias dan á la enseñanza sólidamente cristiana, en esta República, quiso que todos los colegios y escuelas católicas de la capital, tributasen un obsequio á los antiguos héroes, que tienen su estatua en la extensa y hermosa Avenida de Las Delicias. De acuerdo con los directores de los

establecimientos, se fijó para el domingo 4 de Septiembre, á las dos de la tarde, la fiesta estudiantil. Acudieron á la Catedral con sus banderas y uniformes los alumnos de los colegios católicos, llenando por completo el anchuroso templo y parte de la plaza. Una vez en la Catedral el Ilmo. Sr. Jara bendijo solemnemente todas las banderas de los colegios allí reunidos, y el Vicario General Castrense, Sr. D. Rafael Edwards, alumno de nuestro Colegio en pasados años, les dirigió una hermosa y sentida plática en que animó á los jóvenes, esperanza de la República, á defender á la patria, defendiendo antes los derechos de Dios.

Recibida la bendición episcopal, se dirigieron en apretada columna hacia la Alameda, con el fin de depositar sus banderas á los pies de sus héroes y oir la elocuente voz de diputados católicos y de jóvenes estudiantes de la Universidad Católica. En cerca de 20.000 se calcula el número de niños allí reunidos, que, llenos de entusiasmo, vitorearon á los Prelados que se encontraban en el balcón del Palacio Arzobispal y al Excmo. Sr. Internuncio, al pasar por delante de la Legación Pontificia, recibiendo la bendición de S. Sría. Rdma. Las bandas de música de la capital, fueron pocas aquel día para acompañar á los niños de los colegios, y la Alameda era pequeña para contener á los millares de espectadores, que contemplaban entusiasmados aquella manifestación católica.

En ella se encontraban representadas también las órdenes religiosas, pues Franciscanos y Dominicos acudieron con sus escuelas, los PP. Escolapios con los huérfanos que á su sombra bienhechora se forman en letras y virtud, los PP. de los Sagrados Corazones con sus 400 alumnos, los Mercedarios con sus 250 discípulos, los nuestros en número de 400 acompañados de varios Padres, los niños del acreditado Colegio que aquí tienen los PP. Salesianos y los PP. Agustinos, los casi 500 alumnos del Instituto de Humanidades, el Colegio Arzobispal, regido por acreditados sacerdotes de la capital, y varios otros que no recuerdo. La manifestación se disolvió en la Alameda, dirigiéndose cada grupo, con sus maestros, á los propios establecimientos. Al llegar á casa nuestros niños salimos todos los Padres á recibirlos á la portería: daba gusto verlos llenos del amor más puro á su Religión y á su Patria, dar vivas entusiastas al Colegio y á sus Profesores. La jornada duró más de cuatro horas, por lo cual los niños, especialmente los pequeños, estaban rendidos de cansancio: el P. Rector les concedió vacación la mañana del siguiente día para que, con un buen sueño, echasen en ol-

vido la fatiga, quedándoles tan sólo la grata impresión de tan simpática fiesta.

Este mismo día tuvo lugar la inauguración del Congreso Católico, que duró hasta el domingo siguiente. Los católicos respondieron á la voz de sus Prelados y el pueblo manifestó su amor á Nuestro Señor Jesucristo, sobre todo el último día, como diré después. En la mañana de este domingo, 4 de Septiembre, las naves del templo Metropolitano se vieron invadidas por una enorme muchedumbre de gente: los congresistas en masa, las comunidades religiosas, delegaciones provinciales, los directorios de las sociedades obreras, con sus estandartes, y las congregaciones y cofradías piadosas, se encontraban presentes á la solemne misa pontificada por el Ilmo. Sr. Obispo de Concepción. A las cuatro y media de la tarde, en el Salón de Honor de la Universidad Católica, se abrió el Congreso. El extenso local no bastó para contener la escogida concurrencia que acudió á la Asamblea. Empezó ésta con el himno patrio, y á continuación el Sr. Internuncio, Presidente honorario, inauguró las sesiones con un magistral discurso, en que diseñó el programa del Congreso. Terminó la sesión con la lectura de un autógrafo del Soberano Pontífice á los miembros del Congreso y la bendición papal.

El Congreso tuvo sus sesiones privadas y públicas. Las comisiones en que se trataban los diferentes asuntos, las presidía un Prelado ó un prebendado, y la componían respetables sacerdotes, representantes de todas las Órdenes religiosas, en que entraban varios de nuestros Padres, y en fin acreditados y fervientes seglares católicos.

Muy bien dice la *Revista Católica* de esta ciudad, que el Congreso ha sido la manifestación más elocuente de la vitalidad de la Iglesia en Chile, y la prueba más irrefragable de la tesis tantas veces sostenida, es á saber: que en Chile, como en todas partes, los verdaderos amigos del pueblo, los que trabajan sinceramente por su bienestar espiritual y temporal, son los católicos. Llamó justamente la atención el espíritu esencialmente práctico, dado por los congresistas á sus deliberaciones: la consigna general del Congreso parece como si hubiera sido, tratar pocas cuestiones, pero las que se tratasen llevarlas á la práctica; por esto puede afirmarse, que de este Congreso han de resultar grandes bienes para el pueblo y una corona inmarcesible de gloria para la Iglesia que lo ha promovido. Cinco fueron las secciones del Congreso: 1.ª Sección Religioso-Social, cuyo objeto era el estudio de todas aquellas cuestiones que atañen propiamente al desarrollo de la Religión y de

los medios prácticos de hacerla amar, y extender su influencia al mayor número de personas; 2.ª Sección de Obras Sociales; 3.ª Sección de Educación popular; 4.ª Sección Económico-social, encaminada á procurar el bienestar del pueblo; y 5.ª, finalmente, Sección de Propaganda».

El día 10 de Septiembre celebróse la sesión de clausura: fué ésta brillante. El Ilmo. Sr. D. Luis Enrique Izquierdo, Obispo de Concepción, pronunció un brillante discurso, y todos los oradores invitaron á los católicos á la acción y á llevar á feliz término las resoluciones del Congreso. Concluyó la sesión con el siguiente voto de acción de gracias, que fué formulado de pie: «El Primer Congreso Social Católico, convocado para conmemorar el Centenario de la Independencia Nacional, tributa á Dios Todopoderoso, Rey de los hombres y de las Naciones, un solemne voto de acción de gracias, por los beneficios que con divina y generosa munificencia ha derramado sobre Chile en la centuria de 1810 á 1910».

El domingo 11 el Ilmo. y Rdmo. Sr. Arzobispo ofreció un espléndido banquete á todos los delegados al Congreso, y en él dijo que esperaba toda la cooperación de los congresistas para realizar el programa del Congreso, para lo cual recomendó tres virtudes: unión estrecha de los católicos entre sí y con sus superiores jerárquicos; espíritu de fe, que tenga á Dios como fin de nuestras obras; y, por último, espíritu de sacrificio, sin el cual no hay perseverancia en nuestra actividad.

Digna coronación de los magníficos actos del Congreso, homenaje espléndido de la Patria á Cristo Rey en el Centenario, fué la colosal procesión que se celebró el domingo 11, bajo la Presidencia del Excmo. Sr. Internuncio de S. S., del Rvmo. Sr. Arzobispo y de los Ilmos. Sres. Obispos de Concepción, La Serena, Preconeso (Administrador de Ancud) y Legiona. Fué una manifestación de fe, que no se borrará jamás de la memoria de los que tuvimos la suerte de presenciarla: Jesucristo Nuestro Señor, realmente presente en la Hostia consagrada, fué paseado en carroza de triunfo por nuestras calles, vitoreado como Rey de las naciones y escoltado por 50.000 personas, venidas de todas partes á formar la guardia de honor en el día de su gloria. El Rvmo. Sr. Arzobispo invitó á los Colegios, que acudieron todos á acompañar á Jesús Sacramentado en su triunfal carrera. Magnífico espectáculo ofrecía la espaciosísima Plaza de Armas al terminar la procesión. Un altar se levantaba en el atrio de la Catedral, desde el que el Rdmo. Sr. Internuncio dió la bendición con el Santísimo al in-

menso gentío que llenaba por completo el templo, la plaza y las calles que en ella desembocan, mientras las varias bandas que acompañaron al Señor de cielos y tierra en la procesión, le tributaban sus homenajes en armoniosos y marciales himnos. Dios Nuestro Señor, que ha visto una manifestación tan viva de la fe de todo un pueblo, se digne bendecirlo, dando á esta República días prósperos y felices, cobijada bajo el manto de la Iglesia, que ha sido siempre la promotora de la verdadera civilización.

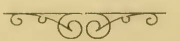
El 18 de Septiembre, que, como sabe V. R., es la fiesta patria, el Sr. Arzobispo cedió su lugar al Metropolitano de Buenos Aires en el canto del *Te Deum,* al que asistió lo más granado de la sociedad.

En nuestro Colegio procuramos aprovecharnos de las circunstancias y promovimos para el día 8 de Septiembre, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, una solemne comunión, que distribuyó el Sr. Internuncio y que resultó lucidísima. El día 9 tuvimos la revista general de recreos gimnásticos, que fué brillante como ningún año, ya por la hermosa concurrencia, ya también por la variedad de escogidos ejercicios que ejecutaron los niños con el mayor arte. El día 10 por la tarde se tuvo el acto literario-musical. El salón estaba adornado con multitud de guirnaldas y bombillas eléctricas que irradiaban sus resplandores sobre los escudos de la Nación, de la Argentina, del Vicario de Jesucristo de España y de las demás Repúblicas ibero-americanas, hábilmente distribuídos por el salón. El P. Rector quiso que tomasen parte en el acto todas las clases sociales que han recibido educación cristiana en el Colegio, hablando un diputado nacional en nombre de los antiguos alumnos, y un consejero de Estado en el de la Congregación Mariana; un ex-alumno representó á la Academia Filosófica de Santo Tomás de Aquino, y el Presidente de la Congregación del Colegio y de la Academia Literaria á los actuales alumnos. El R. P. Rector cerró el acto con un discurso.

Aquí tiene, Rdo. Padre, brevemente narradas las fiestas centenarias chilenas. Quiera Dios que todo redunde en su mayor gloria y que los hijos de esta tierra sepan aprovecharse de los favores recibidos del cielo.

En los SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo.

LUIS M.ª BASSÓLS, S. J.



BUENOS AIRES

CORRERÍAS APOSTOLICAS
DE LOS PADRES ISOLA, ISERN Y GÓMEZ
POR EL DELTA DEL PARANÁ

Existe á pocas horas de vapor, río del Plata arriba, saliendo de Buenos Aires, una región poco menos que desconocida aún de la República Argentina, de la que no dudamos afirmar que es uno de sus más bellos ornatos y que está llamada á ser uno de sus mayores veneros de riqueza. Es el Delta del Paraná.

Este inmenso río, al juntarse con el Uruguay, ensancha de un modo prodigioso el lecho de sus aguas, habiendo dado lugar, por razón de los diferentes y caprichosos cauces que sus corrientes han abierto en la tierra, á la formación de una infinidad de islas, rodeadas por ríos caudalosos, canales, arroyos y torrentes. Estas islas, pobladas ya hoy en gran parte, se explotan para la producción de las maderas de construcción y para el cultivo, en grande escala, de los árboles frutales de que se abastece la populosa metrópoli argentina.

Aspecto fantástico y sumamente hermoso ofrecen aquellos interminables y frondosos bosques de álamos, sauces, palmeras, platános, tilos, por entre los que asoman los indígenas seibos, de flor de púrpura, ó bien los membrillares, manzanares, duraznales y naranjales, cuyas ramas cargadas de fruta se doblan y arrastran sobre las corrientes de las aguas, únicas calles de aquella ciudad nueva y encantada.

Pero en medio de tanta belleza física el cultivo espiritual de sus pobladores ha dejado hasta el presente mucho que desear; y he aquí de

qué manera la Divina Providencia inspiró á los nuestros la idea de ir á evangelizar aquellas almas.

El Sr. Rómulo Ayerza, nuestro gran amigo, convidó á algunos Padres, en el verano de 1910, para dar un paseo por aquellas islas en un vapor suyo propio; y ¡cuál no fué la sorpresa de ellos, al hallarse en medio de aquel mundo desconocido y más aún, al enterarse del absoluto abandono espiritual en que se hallaba aquella dilatada región, cuya extensión superficial sube hasta 6.000 kilómetros cuadrados y cuya población asciende tal vez á 30.000 habitantes! En seguida concibieron el plan de hacer algo en su favor; y, efectivamente, bendecidos por el Señor Arzobispo de La Plata, á cuya diócesis pertenece el Delta, y otorgadas á ellos las muchas facultades que puede otorgar, por concesión especial de la Santa Sede, aun la facultad para confirmar, allá fueron nuestros misioneros, en donde permanecieron durante un mes.

Esparcióse de antemano en todas direcciones una invitación á los isleños, que decía así:

«Á LOS HABITANTES DEL DELTA DEL PARANÁ
Y DE LAS ISLAS DEL TIGRE

La paz de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros: Dios, que tan á manos llenas ha prodigado las riquezas y los encantos de la naturaleza en ese paraíso de la República Argentina, quiere derramar con no menor abundancia los tesoros de su gracia, á fin de que vosotros, hijos suyos, criados á su imágen y semejanza, y redimidos con la sangre preciosa de su Hijo Unigénito, Jesucristo, no os veáis ya más privados de los bienes inapreciables de la Redención.

Hermanos muy amados en Nuestro Señor Jesucristo: Los Misioneros vienen á vosotros con la paz en sus labios y el amor en su corazón. No vienen á buscar vuestos intereses materiales, sino á enriquecer vuestras almas con la gracia de Dios. Abrid, por lo tanto, vuestro pecho á la confianza y á la alegría; deponed las prevenciones é id á ellos con la certidumbre de que hallaréis consuelo en vuestras penas, alivio en vuestras tribulaciones, luz en vuestras dudas, y paz y sosiego en vuestras almas.

Comó debéis prepararos para la misión.—Antes que todo, dando gracias á Dios por este beneficio que os quiere hacer.

En segundo lugar, viendo cuáles son los miembros de vuestra familia y parentela y servicio que han de recibir el santo bautismo; los

que han de tomar la primera comunión; los que hace tiempo que no han confesado y comulgado; y los que han de celebrar el santo matrimonio en presencia de la Iglesia.

Animados, pues, á recibir la gracia de Dios, haced el pequeño sacrificio, los que podáis, de ir á la capilla de Miní, centro principal de la misión. Los demás centros que se señalen, juntamente con los días de misión en cada uno, se os anunciará con oportunidad.

Y aun cuando á cualquiera hora del día (á partir del 6 de Enero) seréis bien recibidos por los Padres Misioneros; sin embargo, bueno será que procuréis asistir á los actos principales de la misión, en las horas que se fijarán.

Gracias especiales.—El Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, Dr. Juan N. Terrero, movido por el entrañable amor que os profesa, nos ha concedido amplísimas facultades para la resolución de todas las dificultades que puedan ocurriros, sobre todo lo referente á la celebración del matrimonio.

Además, son innumerables las indulgencias y gracias que os pueden otorgar los Misioneros, ya para la vida, ya para la hora de la muerte.

Aprovechaos, pues, de tantos favores y no recibáis en vano la gracia de Dios.

Acordáos que una misión se ve pocas veces. Que tal vez para muchos de vosotros será el último aviso que el Cielo os envía antes de llamaros al divino tribunal, y que de corresponder á esta gracia, dependa quizás vuestra felicidad en el tiempo y en la eternidad.

Quiera el Señor haceros comprender bien esta verdad, y en tanto os saludan y os esperan para haceros participantes de las bendiciones y de las misericordias de Dios,

LOS MISIONEROS».

Cartas del P. Isérn acerca de estas correrías apostólicas.

Paraná-Miní 10 de Enero.

Muy amado en Cto., R. P. Rector: Esta mañana, después de la santa misa, hemos emprendido una expedición en dirección al Guazú, á pie

primero y luego en lancha, con el objeto de determinar un sitio apto para dar una misioncita. Visitamos al Dr. Moreyra, médico gallego, á quien consultan todos los isleños, que nos ha recibido con suma amabilidad, prestándonos desde luego su lancha y siendo su propio hijo nuestro remero. Nos alejamos, pues, algo más, visitando varias familias, entre ôtras la de Corróns, procedente de Manresa, una de cuyas lanchas ancladas en el río se intitula *Mare de Deu*, y finalmente, á una hora y media de camino, hallamos un sitio y una familia que nos pareció que serviría para el caso.

De vuelta á casa, comimos, y esta tarde, en el vapor de la carrera ha ido mi compañero á explorar otro sitio, situado á unas cuatro horas, muy poblado, y ha hallado en él muy buena disposición, quedando también medio comprometida una pequeña misión. Yo me he quedado para atender al catecismo en la capilla, al que han asistido 23 criaturas, casi todas con su lancha, el mayor número obtenido hasta ahora, pues los tres días en que ha habido catecismo, han dado el siguiente aumento 14, 17, 23. Finalmente, de vuelta el P. Isola, se han presentado dos para recibir el bautismo, que hemos administrado á cada uno un misionero. Ayer, domingo, vino otro, de la respetable distancia de 200 *cuadras*. El joven remero me mostró sus manos callosas, llagadas por los remos; era la una de la tarde y caía un sol abrasador. ¡Qué lástima me dió y cuán edificante me pareció!

Con esto, son cuatro los bautismos hechos, pero sabemos que por estos alrededores hay varias criaturas que irán viniendo; y un poco más lejos de estos alrededores..... ¡quién sabe lo que hay! Da, Rdo. Padre, una pena inmensa, el considerar lo desolada que está espiritualmente esta porción tan hermosa de la Argentina, extensa como una provincia. La ignorancia que hay aquí llega á lo inconcebible, y la gente vive y muere sin acordarse de Dios ni de su alma.

---

11 de Enero de 1910.

Muy amado en Cto, R. P. Rector: Hoy hemos escrito al Sr. Obispo de La Plata, diciéndole que de la fiesta que había hablado con el P. Isola y que debería tener lugar el día 16, á la cual se había ofrecido á asistir S. Sría., nos parecía imposible poderse celebrar, á causa de estar ahora estas gentes muy atareadas en la recolección de la fruta; y que si á fin de mes, creíamos posible una fiestecita, que ya avisaríamos á S. Sría. En

verdad, Rdo. Padre, que lo que necesita este país es una evangelización en toda regla, más que fiestas. Según cálculos, tienen estas islas una extensión superficial de 6.000 kilómetros cuadrados, con una población mínima de 30. 000 almas, esparcidas en estas inmensas y frondosas soledades. ¿Quién cuida de ellas? El que alguna vez haya venido á esta capilla un sacerdote, y haya bautizado algunos párvulos de estos alrededores, es muy poca cosa para lo que se necesita. Hoy, martes, ha acudido alguna gente á misa y se les ha explicado el catecismo.

Más tarde ha estado á visitarnos un joven, hijo único varón del doctor Moreyra, médico de las islas. Este joven ha sido educado con todo el científico abandono de que hacen gala los *espíritus superiores.* Dos años tan solo hace que se halla en las islas; su educación la recibió en Buenos Aires. Allí fué á una escuela protestante, á un Colegio Nacional y, finalmente, al Instituto «Llavallol» de Agricultura, internado de un mal olor moral que apesta. Pero he aquí que ahora reconoce su padre que se ha equivocado en la educación de su hijo; que debía haberle puesto en un colegio de religiosos, como había deseado, y, por último, que ordena á su hijo, á voz en grito, *que es preciso confesarse.*

Porque es de saber, que el pobre joven no sólo no ha tomado la primera comunión, pero ni se ha confesado nunca. Por otra parte él que ha asistido á todos los *clubs* gimnásticos, y á todos los *sports* atléticos, y á todas las regatas y tiros de florete y al blanco, y se ha desarrollado, finalmente, como un buen ejemplar de raza, se encuentra con un alma tan vacía y tan desflorada, que da lástima. Vino, pues, y con una humildad de niño, recibió el Catecismo, y se enteró de las oraciones que debía aprender, y con una avidez, que yo nunca había visto, se manifestó dispuesto á todo, á fin de conocer las verdades de nuestra santa Religión. Yo le dije que Nuestro Señor nos había traído á las islas, especialmente para él, y así lo creo.

Durante toda la tarde hemos tenido un temporal deshecho que ha impedido movernos y que viniesen niños al catecismo. Mañana, miércoles, empezaremos nuestras excursiones. Esperamos la lancha de la Subprefectura del Tigre, que hemos pedido, ó la de un tal Giudice, á quien conocimos el día de la excursión con D. Rómulo, y á quien también nos hemos dirigido. Las dos nos servirían; pero pedimos á Dios, que venga una al menos. En el movimiento que tenemos ahora planteado, nos es indispensable una lancha.

Paraná-Miní 20 de Enero de 1910.

Muy amado en Cristo, R. P. Rector: Acabo de llegar del Correntoso, á donde fuí, solo, para dar una pequeña misión. Salí del Miní el día 17 á la una y media de la tarde y llegué al término de mi viaje á las cinco. Las impresiones que se reciben durante estas cuatro horas de vapor, que se interna siempre como hacia un país por descubrir, son difíciles de explicar. El profundo silencio de aquellas soledades de aguas y de selvas impenetrables; su extensión inmensa; los intrincados laberintos fluviales, que á lo mejor se transforman en majestuosos brazos que más que de río, parecen de mar, como La Barquilla y La Barca, canal este último que mide una anchura invariable de 500 metros y una profundidad media de 40; masas enormes, que reunen más agua, una sola de ellas, que todos los ríos de España juntos: todo ello, Rdo. Padre, llega á producirle á uno la impresión de lo sublime.

La región que se recorre para llegar al Correntoso, es de las menos pobladas del Delta. Se calcula que hay un *rancho* ó una *ranchada* (conjunto de viviendas) cada dos kilómetros.

La casa en que debía hospedarme en el Correntoso era un almacén. De lejos se oía ya la gritería de una cincuentena de personas que me esperaban, algunos desde la mañana. Llegué, é inmediatamente me presentaron dos criaturas para bautizar, lo cual hice, sin quitarme como quien dice el polvo del camino, pues les urgía irse, por ser de muy lejos. Hablé á los grandes y tuvieron gran gusto de saber que permanecería allí dos días.

Entra tanto iba conociendo mi vivienda y la familia del ventero. Era la primera una casita construída de barro y troncos entrelazados y techada con paja de río: una planta oscura que, seca, es casi negra y que da á la choza un aspecto pobrísimo. Era la segunda una familia francesa, cristiana y honradísima, compuesta de padre, madre é hijo de unos 16 años. Hace ventitantos que viven en aquellas profundidades del Delta y por ellos supe que al llegar, era todo aquello un desierto, que cruzaban de vez en cuando en canoas podridas y deshechas algunos *carpincheros*, indígenas medio indios medio fieras, que con el pretexto de cazar *carpinchos*, hacían su vida nómada cometiendo toda suerte de fechorías; que se pasaban meses y meses y aun años enteros sin ver una persona civilizada; y que allí habían formado una numerosa familia, que llegó á contar muchos hijos, que Dios les quitó, y que ellos enterraron debajo de aquellos seibos.

Desde entonces, las cosas han cambiado mucho. Han desaparecido los *carpincheros;* se ha poblado el país de gente honrada y hasta allí llega, tres veces por semana, un vaporcito que sale de San Fernando. En este vaporcito también les llega el misionero. ¡Benditos sean los adelantos modernos cuando ellos también dan gloria á Jesucristo!

El día siguiente de mi llegada amaneció diluviando. Tuve que decir misa en compañía sólo de la familia de la casa y me pude dedicar á preparar á Pedrito, que así se llama el hijo, para confesar y comulgar. Poco pude hacer aquel día, fuera del bautismo de un adulto, y de algunas visitas á las casas más cercanas para entusiasmarles, á fin de que nadie faltase al día siguiente. Y así fué, que nadie faltó. De buena mañana llegaban las lanchas y canoas, algunas de muchas leguas lejos, atestadas de gente. Es de notar que los niños, y aun los jóvenes, nunca habían visto un sacerdote; así es que su admiración era notable. Pero ¡qué respeto y aun encogimiento delante de mí! Mas yo debía apurarme. Era preciso bautizar é instruir á los que debían confesarse, confirmarse y comulgar, aun por primera vez, é ignoraban aún lo esencial. Dios debió de andar en ello, á favor de aquellas pobres almas que le buscaban de tan lejos, pues yo no sé de qué manera lo hubiera podido hacer. Para la misa de aquel día, se había adornado mucho la vivienda que hacía de capilla, con flores y retamas; pararon las obras del embarcadero que se construía allí cerca, y todos vestían de fiesta. Y á la verdad que lo fué y grande. Nueve jóvenes tomaron la primera comunión; oí unas 25 confesiones y confirmé á 29, entre grandes y chicos. Allí pude comprender un poco lo que son las vivas satisfacciones del corazón del misionero, sobre todo al ver la intensa alegría pintada en el rostro de venerables ancianos, que á la vista del sacerdote recordaban los hermosos días de su tierra y de su infancia y exclamaban sin poderse contener: «Gracias á Dios que un día en la vida nos hemos acordado que éramos cristianos».

Por la tarde tuve otro consuelo. Un fornido joven, hijo de un desalmado padre español, que no había permitido que su hijo fuese bautizado, al saber que yo me hallaba en aquellas cercanías, se me presenta para que le bautice. Le instruí y bauticé y confirmé, con una devoción de su parte que dejó edificados á todos.

Este ha sido, Rdo. Padre, el fruto de esta pequeña excursión.

Esta madrugada á las tres y media salíamos de Correntoso para el Miní, tachonado aún el cielo de estrellas, y he tenido el placer de

contemplar la salida del sol por entre aquellas islas y ríos y bosques, espectáculo que resulta incomparable. Loado sea Dios por todas sus obras. De seis á siete llegaba el vapor al Miní.

De V. R. afmo. hijo y siervo en Cristo,

JUAN ISÉRN, S. J.

Carta del P. Gómez acerca de la misma excursión.

Paraná-Miní, 2 de Febrero.

Muy amado en Cristo, P. Rector: Desde mi arribo á estas islas, para suplir al P. Isérn y acompañar al P. Isola en su apostólica tarea, me he convencido cada vez más de la importancia de la obra que aquí podría realizarse.

Es, Rdo. Padre, ésta una tierra virgen admirablemente preparada para recibir la semilla evangélica; hay en ella multitud de almas ignorantes, es cierto, pero sencillas y puras que reclaman nuestro celo, para prevenirse contra la barbarie de la moderna civilización, que no tardará en invadirlas; algunos protestantes han hecho ya sus tentativas, queriendo repartir biblias, pero no han dejado huella de su paso, gracias á Dios.

Si tuviésemos recursos suficientes para trasladarnos de una parte á otra, podríamos recorrer centenares de leguas sin salir de las islas y llevar la gracia de Dios á infinidad de almas que viven privadas de todo cultivo religioso. ¡Cuán bien empleados estarían en estos ministerios unos cuantos Padres de buen celo! ¡Cuánta gloria para Dios Nuestro Señor y para la Compañía podría seguirse de una pequeña Residencia establecida entre estas pobres gentes!

El Padre sería para ellas un verdadero padre de familia, investido de la dignidad sacerdotal: escuchan su palabra con reverencia filial, obedecen como niños y se muestran dispuestos á todo.

Ahí va un ejemplo en confirmación de lo dicho. Hace pocos días se me presentó una pareja con un hijito para que lo bautizase. Al anotar la partida, supe que los padres no estaban casados, sino con ese mal llamado matrimonio civil que quita el horror al concubinato y que

á estas pobres é ignorantes gentes basta para acallar sus remordimientos. Sin más dares ni tomares les intimé la orden *(ut sonat)* de casarse, y como tenemos facultad para dispensar impedimentos, proclamas, etc., acto contínuo los confesamos. Todos los que formaban el acompañamiento se confesaron también, y todos regresaron á sus apartadas viviendas con una alegría del cielo.

Y ya que he comenzado, aunque no quiero alargarme mucho, voy á contar á V. R. otro caso que manifiesta la docilidad de esta gente aun de los más empecatados.

Tuvimos noticia de que un viejo de 72 años vivía malamente con una infeliz que suspiraba por ponerse bien con Dios. Un día nos presentamos de improviso en su casa. El desgraciadamente estaba ausente. Por no perder el viaje, harto largo y molesto, propusimos esperarle y entre tanto el P. Isola, la mujer y yo empezamos el rezo del santo rosario. Estábamos como á la mitad de este piadoso ejercicio cuando compareció nuestro hombre. Era un viejo de aspecto venerable, con el bautismo por toda religión y sordo como una tapia. Verlo, saludarlo y dirigirle la proa todo fué uno: convenía sorprenderle y arrancarle la promesa de casarse antes de que tomara confianza con nosotros: era preciso que nos impusiéramos por la autoridad. Así sucedió en efecto; el viejo quiso esquivar el asunto, pero acometido por los cuatro costados quedó sin resuello y, mediante la divina gracia y la protección de San Ignacio, cuya bendita agua bebió por varios días sin saberlo, se nos entregó con armas y bagajes.

Hoy, día de la Purificación de Nuestra Señora, entre otros casos, es digno de notarse que dos jóvenes de 17 y 18 años, vinieran remando toda la noche, como unas diez horas, para recibir el santo bautismo, y emprendieron viaje de regreso con un sol de justicia que partía las piedras.

En todo lo demás dejo la palabra al P. Isola, que es quien ha sostenido el *pondus diei et aestus*.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

Siervo en Cristo,

MARTÍN GÓMEZ, S. J.

Carta del P. Isola acerca de las siguientes excursiones por la misma región del Paraná.

Paraná-Miní 3 de Febrero.

Muy amado en Cristo, P. Rector: Hemos acabado ya el plazo que fijaba nuestra permanencia en estas islas. Emprenderemos pronto el regreso á esa capital para prepararnos al nuevo curso escolar. Antes, sin embargo, me será grato enviar á V. R. una información detallada de nuestra jira por estas encantadoras islas.

Pertrechados con tantas facultades episcopales, pues el Sr. Obispo de La Plata, excepto el ordenar, nos concedió todo lo que él puede, y aquí en América los Obispos pueden mucho; repletas las maletas con objetos de propaganda, que una buena señora se encargó de proporcionarnos; provistos de nuestro altar portátil; teniendo á nuestra disposición un vapor de la escuadra y á nuestras órdenes personal de la misma, como nos había concedido el Jefe Superior de la Armada; el día 5 de Enero, día apacible y encantador, emprendimos la marcha hacia estas abandonadas y desconocidas regiones.

La primera casa que se presenta al viajero que viniendo por el río Chaná entra en el Paraná-Miní, es una sencilla y modesta construcción de madera que, ostentando en su frente el signo sacrosanto de nuestra Redención, determina la única morada que Dios tiene en este dilatado y hermoso territorio. ¡Loado sea Dios! Esta rústica capilla era el centro de nuestras operaciones; éste el cuartel general de nuestra campaña contra el demonio, tirano de tantas almas.

Próxima á la capilla hállase una pequeña casita, que es la escuela, y aneja á ella la vivienda del alcalde de este distrito; el cual, como empleado civil, lleva el registro y levanta actas de nacimientos, defunciones, matrimonios y despacha otros documentos propios de sus atribuciones civiles. Este buen señor nos recibió bien, aunque con alguna extrañeza; pues, según decía, no había recibido noticia de nuestra venida. Nos alojó lo mejor que pudo en la escuela y nos atendió y sirvió no poco durante el tiempo que permanecimos en el Miní.

Después de cumplir los primeros actos de cortesía y presentación, y despedidos de los buenos marinos que nos habían traído, nuestra primera diligencia fué visitar la capilla. Un salón de 10 metros por 8, y

en cuyo humilde altar aparece una regular estatua del Divino Corazón, es la casa que por ahora tiene Dios en esta dilatada comarca. Lo restante de la tarde lo pasamos en limpiar y disponer dicha capilla para la festividad del día siguiente, haciendo al mismo tiempo correr la voz de que acudiesen los vecinos y moradores de las islas cercanas á oir la palabra de Dios y asistir al santo sacrificio de la misa.

Dispuesto nuestro alojamiento, y contratada nuestra manutención con un D. Fermín Cruz, que tiene un *boliche* ó pulpería aquí próximo, quedamos con él en que nos llevaría la comida á nuestra vivienda.

Quiso el Sr. Alcalde que aquella noche cenáramos en su casa; durante la cena se habló de nuestros proyectos, y el buen señor manifestó interés en ayudarnos y ofreció sus servicios y cooperación para ello.

Amaneció el día de Reyes hermoso y esplendente. Desde muy temprano estábamos ya esperando á los fieles, mas éstos no llegaban. Largos toques de campana reunieron al fin á algunos para la misa de siete. Para la misa siguiente la concurrencia fué parecida.

Después de misa hablamos á los asistentes, animándolos y exhortándolos á concurrir á la iglesia; y averiguando la causa de su tardanza en acudir, encontramos que no estaban tan avisados como creíamos, dificultando además su concurrencia las grandes distancias, lo difícil de la comunicación y la absoluta necesidad de trasladarse en embarcación; pues si en el campo una legua de camino se puede hacer á pie sin mucho trabajo, aquí, careciendo de embarcación, casi no se puede dar un paso. Sin embargo, á la tarde nos consoló el número de niños que asistieron al catecismo, y con promesas y regalillos se comprometieron á traernos á otros. La lluvia, que cayó copiosa después del ejercicio de la doctrina, nos impidió ocuparnos en otra cosa.

Al día siguiente, después de misa, emprendimos la marcha para ir de isla en isla, darnos á conocer, averiguar si había niños que bautizar, parejas que casar y convidar á todos á que acudiesen á confesarse, comulgar é instruirse en la Religión, y al mismo tiempo para reconocer y averiguar qué necesidades hay y el modo de remediarlas. Nuestra jira resultó de no escasa utilidad. Por ella pudimos en parte hacernos cargo de la dificultad en que se hallan ahora los naturales de asistir á todos los actos de una misión formal.

Hállanse ahora en la época de la recolección. En ella recogen el fruto de todo el año y es la única entrada que tienen. Los barcos fruteros que en puntos determinados acuden, no dan espera y si los pobres colonos no se apuran á embarcar pronto sus productos, se quedan

sin poder dar salida al fruto de sus sudores y con esto perdido el trabajo de todo un año. Exigirles que acudan á la misión por la noche, es pedir un imposible: que un pobre trabajador que ha bregado de sol á sol, venga remando una ó dos horas, y después de oir un sermón vuelva con el mismo trabajo á su casa, á donde llegará casi al amanecer. Esto si no sucede á las pocas casas que están relativamente cerca de la capilla, acontece á la mayor parte. Lo más práctico parece, por ahora, dar una pequeña misión contentándonos con los que por aquí se hallan cercanos. Luego, buscando otro centro, dar otra pequeña misión á los moradores de aquel paraje; luego en otro; y así, con pequeñas misiones escalonadas, será más fácil para ellos aprovecharse de este beneficio. El abandono y necesidad en que se halla esta pobre gente lo exige, y su docilidad hace esperar que se aprovecharán.

Domingo 16.—A Dios gracias, esta semana fué de mucha ocupación y no escaso fruto. La gente, que ya empezaba á tener conocimiento de nuestra presencia en estas islas, dió señales de vida. Corre la voz de isla en isla, y nosotros valiéndonos de todos los medios de locomoción que podemos, ya de las canoas á remo, ya de los vaporcitos que recorren estos ríos y canales, remolcando los barcos cargados de fruta, ya valiéndonos del vapor de la Prefectura, puesto á nuestra disposición, y que siempre con buena voluntad nos envían cada vez que lo pedimos, predicamos la Buena Nueva en los puntos de mayor concurrencia y cumplimos con nuestro ministerio en todas partes.

Estas correrías son las que dan mejor resultado. El plan que observamos en ellas es este. Sale uno de nosotros recorriendo la comarca, avisando á todos los moradores de las cabañas que se encuentran á la orilla del río para que lo anuncien á todos sus conocidos, que tal día acudan á tal paraje, para ellos cercano, pues habrá Padre para celebrar la santa misa, confesar, bautizar, casar y confirmar. En otro punto más apartado se hace otro tanto, y dispuestos así varios puntos estratégicos y entusiasmados los vecinos, vuelve á la capilla, donde ha permanecido el otro, para atender á los que acuden, algunos de los cuales vienen de muy lejos, y es imposible descuidarlos. Provisto de su altar portátil, sale después uno de los misioneros á dar la batalla en uno de los puntos prefijados. Esgrime allí las armas durante dos días, gana para Cristo almas que el demonio creía para siempre suyas; se embarca y de allí vuela á repetir la misma operación en otra parte. Así, mi buen P. Rector, predicando, casando, bautizando, confesando, confirmando y navegando, nos hemos convertido en misioneros marítimos.

Los domingos procuramos siempre estar los dos en la fortaleza. En ese día acuden á ella no ya los vecinos solamente, sino aquellos que en nuestras correrías no han tenido tiempo de arreglar sus cosas, y otros de muy lejos á quienes ha llegado la noticia de que en la iglesia de Paraná-Miní hay Padres misioneros. Es cosa conmovedora, y que causa gran consuelo á la vez, ver á hombres robustos y á fornidos mocetones, rendidos de fatiga y con las manos deshechas de tanto remar, para venir á la iglesia y entregarse á Dios. Esta mañana llegaron dos canoas llenas de gentes que habían salido de sus *ranchadas* á las dos de la mañana. A todos ellos había entusiasmado y traía á la iglesia una buena mujer lombarda, muy instruída en las cosas de la Religión y de gran celo de la salvación de sus vecinos, á quien tuve que prometer una visita en su tierra.

El miércoles, recorriendo el Tuyuparé, el Arroyo Largo, el caudaloso Barca Grande, llegué al Correntoso, donde dispuse una misioncita para la semana próxima. ¡Qué buena acogida la de aquella gente y qué materia tan bien dispuesta para recibir la gracia de Dios!

En Méndez Grande me encontré con una colonia de italianos, la mayor parte genoveses y lombardos. Así que me vieron y supieron que había venido un Padre italiano, todos á porfía me rogaban que no dejase de quedarme algún día, pues ellos eran católicos y partidarios del Papa; que querían cumplir con Pascua como lo hacían en Italia; y para moverme más á ello, me decían: el uno, que hacía tanto tiempo que no había podido confesarse; el otro, que desde que estaba en América; el de más allá, que desde que había venido de Buenos Aires; que había niños para bautizar, etc., etc. El día convenido fuí allá y, á Dios gracias, correspondieron muy bien. Varias pláticas fueron en italiano, pues la gente mayor decía que así entendían mejor, y les parecía estar en la tierra de sus abuelos. ¡Pobrecitos y cuán arraigada conservan la fe de sus mayores!

Antes de las cinco empezó la tarea: preparación de los niños para confesar y comulgar; luego ya no eran niños de 10 años, sino de 40 y 60. Terminadas las confesiones, á las nueve se celebró la santa misa, que fué ayudada por un buen hombre, persona importante entre ellos. Después de misa, habiendo llegado mayor número de gente, no les faltó una plática. Entre los que comulgaron ha habido algunos, ya crecidos, que por primera vez recibían el Pan de los Ángeles. Como muy devotos de la Santísima Virgen, quisieron que les impusiese el escapulario del Carmen, y apreciaron muchísimo el agua de San Ignacio.

A la tarde estaba ya en el muelle para embarcarme en el vapor que debía conducirme al Miní, para no faltar allí el día siguiente, que era domingo, cuando oigo que me llaman. Llegaba entonces una canoa con gente que traía una criatura para bautizar. Venían de lejos y se habían demorado para buscar los padrinos. ¿Cómo podía permitir que aquel párvulo fuera el único que quedara en poder de Satanás? Avisado el capitán del vapor que podía marchar, me quede, pensando que Dios me proporcionaría medio para trasladarme á la capilla. Cumplí con mi ministerio, ellos se fueron contentos, y buscando donde encontraría una embarcación que me llevase á mi destino, un buen señor, sabedor del caso, ofreció conducirme en su lancha automóvil, con la cual antes de la noche ya estaba en mi puesto, donde mi compañero de trabajos y fatigas, el P. Isérn, había cosechado no escaso fruto durante mi ausencia.

En esto nos viene aviso de Merlo, del Guazú, del Naranjo y del Manzano, que pertenecen á las islas de Entre Ríos, que vayamos allá, que también ellos son cristianos y quieren ir al Cielo. ¡Oh si tuviésemos á nuestra disposición una canoa-automóvil! La hace necesaria para el misionero un mal muy grave que por aquí reina. Esta pobre gente vive muy lejos de la parroquia; por aquí no hay ningún sacerdote, y la funesta ley del matrimonio civil tiene su ministro, que es el mismo alcalde, jefe del registro civil. Cumplidos los requisitos que manda la ley, esta pobre gente vive largos años en criminal unión, y si uno no los va á buscar, no les intima el mandato de Dios; muchos, como no se ponen á tiro, siguen en su nefando estado, contentos y satisfechos de haber en lo oficial cumplido con su deber. Verdad es que, dada la ignorancia de que adolecen, no faltan quienes de buena fe creen estar bien con Dios; mas no pasa con todos, y menos con los que están simplemente amancebados. Lo cierto es que ninguna pareja de los que estaban mal unidos, hemos reconciliado con Dios sin que hayamos ido á burcarlos á su misma cabaña, animándolos y facilitándoles el santo sacramento del matrimonio.

Estos días estoy de guardia en el cuartel general del Miní. Me avisan que en un arroyo llamado «Las Tres Naciones», hay una pareja mal unida. Él quiere casarse, ella no. Aprovecho la lancha de D. Bernardo Aller, secretario de la comisión que cuida de la capilla, y él mismo me conduce allá. Al desembarcar salta una víbora de las llamadas de la cruz y se esconde en un agujero que hay en el único punto que, despejado de maleza, permite poner el pie para salir á la

orilla. ¡Bueno va eso, el demonio se esconde! Subo al rancho y al pobre hombre, que asombrado de ver á un Padre en su casa me había recibido como venido del cielo, le expliqué el motivo de mi venida. Llamo á ella, y hago otro tanto. ¡Pobrecitos! en ninguno de ellos había mala voluntad. Hablándoles del cielo, de un Dios encarnado y muerto por nosotros, se ablandaron de tal modo, que manifestaron á las claras no haber jamás oído tal lenguaje. Él nada sabía; ella muy poco. Dejéles, después de instruirles en lo principal, un catecismo para que se enteraran, mientras se arreglaba el asunto del registro civil. Más tarde han cumplido con todo, y ahora viven contentos y felices. El catecismo de los niños, con regularidad enseñado á la misma hora cada día, produce su efecto.

En la mañana del día 21, salí acompañado del P. Gómez, que vino á sustituir al P. Isérn, y nos dirigimos á San Lorenzo de Guazú, donde me quedé yo, volviendo él para atender á la capilla. Me instalé en la casa de la familia Ussai, propietaria de varias islas en aquellas regiones. El dueño de esta casa, antiguo alumno del Salvador, viajando una vez en el mismo vapor que nosotros, nos rogó pasáramos al Guazú; pues si en el Miní la gente estaba necesitada, allá lo estaba en grado superlativo.

Con una lancha automóvil, que pertenece á la familia, he hecho una correría por el Manzano, por el Guazú y parte del Arroyo Merlo. Las viviendas de los moradores están muy esparcidas, y para poder visitar cuatro ó cinco cabañas hay que emplear varias horas de navegación en este inmenso río del Guazú. Los amancebados aquí abundan y algunos de difícil compostura, pues separados del legítimo consorte viven mal con otro. Desgraciadamente este desorden va generalizándose mucho; la gente se acostumbra á él, y la infame ley del mal llamado matrimonio civil lo legaliza. Como les es difícil, y para muchos casi imposible, ir á San Fernando, ó sea á la parroquia á que pertenece esta inmensa comarca, y el registro está más cerca, de aquí el que abunde tal calamidad.

El sábado por la noche, á causa de varios bautizos y otros ministerios que se ofrecieron, se había atrasado mucho la cena; y siendo muy tarde, arreglaba mi maleta y el altar portatil, pues había de embarcarme á las dos de la mañana, para estar el domingo en la iglesia. Suspendo mi tarea al recibir aviso de que llegan dos canoas con mucha gente.

Van entrando en la habitación que me servía de capilla, y me di-

cen; «Padre, traemos esta criatura infiel para que la bauticen». Accedí gustoso y me dispuse á cumplir con mi deber. Me llamaba, empero, la atención que hubiese venido tanta gente para solo esto. Terminada la ceremonia del bautismo, se adelanta un mocetón y me dice: «Padre, nosotros ahora queremos casarnos». Entonces comprendí el por qué de tanta gente. Tentado estuve de casarlos. Mas como no traía los documentos que exige el Gobierno, con grande pena de ellos y mía, hubo de dilatarse la celebración del matrimonio.

A las dos y media el vapor *Mari* me conducía al Miní, donde no faltó un buen número de confesiones que nos ocuparon buen rato de la mañana, y algunos bautizos de niños que traían de lugares lejanos.

Los días siguientes el P. Gómez y yo emprendimos la tarea de visitar cabaña por cabaña á la gente que mora en algún arroyo que aún no habíamos visitado. La cosecha fué satisfactoria. Se arreglaron parejas mal unidas y la gracia y la paz de Dios volvió á algunos hogares donde reinaba el demonio ejerciendo su tiranía de un modo extraño y terrible. Ha sido esta la semana en que abundaron más los ministerios de confesar, bautizar, casar y confirmar.

El viernes en el vapor de la Prefectura salí para el Guazú, con intención de recorrer Merlo, el Manzano y otros puntos, y acabar de componer algunos asuntos que tenía entre manos. En la correría no he hallado resistencia positiva á la gracia, sino en una sola persona; en cambio son muchos los casos en que los dones de Dios han bajado á torrentes sobre aquellos hijos suyos abandonados.

Una vez, al pasar mi canoa enfrente á una choza, una joven me pregunta si es verdad que pueden casarse sin tener que ir al Miní. Animada ella y su marido á cumplir con su deber y determinada la hora y lugar en que se había de verificar la ceremonia, celebraron su matrimonio, después de preparados y confesados en una casa de un buen hombre, que no muy lejos de allí vivía, quien pocos días antes había legitimado su unión *in facie Ecclesiae*.

Había sido testigo de todo un viejo marino catalán de 77 años, el cual al hablarle yo por la mañana de confesión me había dicho: «Mire, Padre, yo creo en Dios y en la Virgen de Monserrat y eso á mí me basta». Ahora al ver la alegría y santa paz de los recién casados, mi buen hombre sin duda algo rumiaba, y no sufriéndome el corazón abandonar de esta manera á aquel anciano, que ya tenía un pie en la tumba, toméle por el brazo, le saqué de la habitación y le conduje á la orilla del río donde estaba mi lancha á vapor que me aguardaba, y le

dije: «Mire amigo, V. es muy viejo, poco tiempo le queda de vida. Aquí está el vapor que espera. Si V. no aprovecha esta ocasión en que tiene un Padre con quien confesarse, puede ser que se muera sin confesión y entonces ¡qué remordimientos no tendrá V! Dios me ha traído aquí para que le abra el cielo á V. también: así, pues, déle este gusto á Dios y á la Virgen de Monserrat y verá que contento quedará V. después de la confesión. Y sin más, á orilla del Guazú, á la luz de las estrellas, establecí mi santo tribunal. ¡Cómo se alegrarían Dios y los Angeles y la Virgen Santísima cuando contemplaron al viejo marino que, de rodillas sobre el barro, recibía la absolución de manos de este pobre misionero!

Eran las once. Cumplido mi deber, doy un abrazo al buen viejo, y me dirijo al Naranjo para pasar la noche.

El día 2 de Febrero, fiesta de la Virgen Santísima, era el señalado para terminar nuestra permanencia en estas regiones. Aquel día fué mayor que nunca la concurrencia, y en la comunión general un crecido número recibió por vez primera el Pan de los Angeles. A continuación se administró el sacramento de la confirmación á los que no lo habían recibido, con imposición del santo escapulario del Carmen. Se repartieron objetos de devoción, como recuerdo de la misión y se dió la despedida á la gente con esperanzas de una probable vuelta, lo cual atenuó el sentimiento de la separación.

He aquí, Padre mío, el resultado de nuestra jira por el Paraná y sus islas. Si el fruto se considera en cifras, no podrá compararse con el de otras misiones; pero si atendemos á las dificultades vencidas y al desamparo y necesidades en que yacían los que han vuelto á los brazos del Padre celestial, tal vez este fruto será muy consolador.

Quiera Dios, en su infinita Bondad, abrir esta puerta, para que aquellos pobres isleños no se vean privados de los bienes de la Redención. Tal vez de ellos se podrá decir, como lo esperamos: «*Habitantibus in umbra mortis lux orta est eis*».

De V. R. humilde siervo en Cto.,

LUIS CÉSAR ISOLA, S. J.

Vueltos ya los misioneros á la capital, teniendo en cuenta los buenos resultados de nuestras excursiones evangélicas y la buena corres-

pondencia de aquellos isleños; hemos creído conveniente, con el permiso de los Superiores, propagar la adjunta proclama impresa:

«SEMANA SANTA

—

Á LOS HABITANTES DEL DELTA DEL PARANÁ

La gracia y paz de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros.— Acercándose los solemnes días en que conmemora la Iglesia la sagrada Pasión y gloriosa Resurrección de Nuestro Divino Salvador, y recordando, con mucho consuelo de nuestras almas, los copiosos frutos de bendición que recogimos entre vosotros en nuestra última excursión apostólica, hemos resuelto visitaros de nuevo durante la Semana Santa.

Ningún tiempo más á propósito para vosotros; ninguno más digno de ser aprovechado, para arreglar los asuntos de vuestra eterna salvación.

Capilla del Paraná-Miní.—Desde el día 19 de Marzo, víspera del Domingo de Ramos, hasta el día de Pascua, inclusive, 27 del mismo mes, habrá un Padre misionero en la capilla del Miní, á donde podrán acudir todos durante la Semana Santa, para bautismos, confesiones, casamientos, etc. También habrá en la capilla enseñanza del Catecismo y funciones de Semana Santa.

Otros sitios de misión.—Además, otro Padre misionero recorrerá distintos parajes y dará misión: desde el día 20 al día 22 de Marzo, en Guazú y Naranjo; desde el día 22 al 24 de Marzo, en el Bravo y Arroyo Negro; desde el día 24 al 26 de Marzo, en Paraná de las Palmas y Carabelas; á donde podrán también acudir del mismo modo que á la capilla del Miní.

Quiera el Señor colmaros de sus gracias y bendiciones, como se lo piden de todo corazón los misioneros.

Buenos Aires (Callao 542), á 15 de Febrero de 1910.

Se suplica la difusión de esta hoja».

Carta del Ilmo. Sr. Obispo de La Plata al P. Isola.

Muy Reverendo y estimado P. Isola: No tengo palabras para agradecer á V. R. y á sus compañeros el bien que han hecho á mis diocesanos de las Islas. El Señor recompense su celo que ha bendecido copiosamente, pues la relación de esa misión me ha llenado de consuelo.

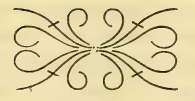
No sólo confirmo las licencias y facultades que les concedí para siempre que deseen volver; sino que les pido encarecidamente que consideren esa región como suya, y la visiten frecuentemente; pues con eso alivian mi pesada carga, y, al dar gloria á Dios, salvan también muchas almas.

Siempre me han preocupado esos pobres isleños; pero la mies era mucha y los operarios pocos. Ahora que el Señor me los ha enviado, los recibo agradecido con los brazos abiertos, y bendigo á Dios por este nuevo favor.

Salude al R. P. Rector y á los demás misioneros en mi nombre, y V. R., Rdo. Padre, créame su affmo. en Cristo,

JUAN NEPOMUCENO,

Obispo de La Plata.



VILLA DEVOTO

LA PERMANENCIA DE LOS PADRES Y HERMANOS PORTUGUESES DESTERRADOS EN BUENOS AIRES

Carta del P. Lapalma al H. Francisco Galarza.

Villa Devoto, Diciembre 13 de 1910.

Muy amado en Cristo, H. Galarza: Estamos de enhorabuena en nuestra misión, y principalmente en estas tres casas de Buenos Aires, porque hemos podido ejercitar, como nunca, la caridad con nuestros pobres Padres y Hermanos de Portugal, tan perseguidos y necesitados.

Edificadísimos y llenos de un dulce consuelo estábamos aquí, por los admirables ejemplos de fortaleza en los trabajos y constancia en su santa vocación, dadas por todos los miembros de nuestra gloriosa dispersa Provincia de Portugal, cuando el 25 del pasado Noviembre recibimos la más grata de las sorpresas con la repentina é inesperada llegada á nuestro puerto de 21 Padres y 16 Hermanos Coadjutores, los primeros que cruzan el Océano después de mil zozobras y peripecias de todo género. ¡Oh!, ¡y qué llegada aquella, Hermano carísimo! Disfrazados todos ellos, cada cual como Dios le había dado á entender, quiénes con barbas, quiénes con patillas, quiénes con bigote y perilla, etc., etc., causaba su vista, más bien que risa, compasión y santa envidia al mismo tiempo.

Habíanse embarcado en el Puerto de Santa María y tomado luego

á la salida de Cádiz el vapor *Satrústegui*, con destino al Brasil, pero como dicho buque no pudo tocar en ningún puerto de aquella República, tuvieron que venirse hasta Buenos Aires. Recomendados especialísimamente por el Marqués de Comillas, fueron todo el viaje muy bien tratados y atendidos, no solamente por el capitán, oficiales y tripulación, sino también por los pasajeros todos sin excepción, que sabían eran jesuítas expulsados de Portugal: ¡bien lo necesitaban los pobres, después de haber sufrido tanto por amor de Dios! Quiso, sin embargo, Su Divina Majestad que siguiesen gustando el cáliz de la tribulación hasta el término mismo de su viaje, sin duda para que les fuesen luego más dulces los raudales de consuelo que aquí les esperaban; porque, á causa quizás de las alharacas promovidas pocos días antes en nuestra capital por los periódicos y chusma masónico-liberal, con achaque de la supuesta invasión jesuítico-portuguesa, no faltó quien los amedrentase diciéndoles que en Buenos Aires serían recibidos con manifestaciones de hostilidad. Esto les tenía con el alma en un hilo, como era natural, obligándoles á tomar toda clase de precauciones para desembarcar de manera que nadie notase su llegada.

Imagínese, pues, cuál sería su extrañeza cuando, al llegar á la dársena y comenzar á salir del vapor en pequeños grupos y como agazapándose entre los demás pasajeros, advirtieron que nadie reparaba en ellos de un modo especial, á no ser un caballero (no he podido averiguar si médico de sanidad ó empleado de la aduana), quien, sospechando fuesen Padres de la Compañía, les dijo que se dirigiesen sin ningún reparo al Salvador, pues allí encontrarían hospedaje para todos. Esto les animó, y desistiendo de su primer propósito de repartirse por los hoteles de la ciudad, se presentaron entre once y once y media de la mañana, con pequeños intervalos, en la portería de nuestro Colegio, habiendo dejado por precaución en el vapor sus pobres equipajes.

¡Providencia de Dios! Uno ó dos días antes, si mal no recuerdo, habían terminado los exámenes, de modo que, no habiendo ya niños ni ocupaciones de clases á que atender, pudieron todos los nuestros ponerse desde el primer momento al servicio de tan queridos huéspedes. Además, la hora en que llegaron fué precisamente aquella en que se interrumpe casi por completo el enorme tráfico y movimiento de la calle Callao, así que su entrada en nuestra casa puede decirse que pasó enteramente inadvertida. Al momento salieron de las Letanías el R. P. Superior de la Misión y el P. Rector, y les fueron recibiendo

con entrañas de mucho amor y entreteniéndoles en el salón de actos hasta que acabó de comer la comunidad, pues ellos ya lo habían hecho en el buque: acudieron luego todos los demás, y aquello fué una verdadera explosión de tiernos abrazos y muestras de la más entrañable caridad. Todos los Padres, hasta los más ancianos y respetables, ofrecieron luego gustosísimos sus aposentos, de suerte que los 21 sacerdotes han podido tener su cuarto por separado, y los jóvenes fueron á instalarse en las camarillas. Aquella misma tarde se dió en su honor una solemnísima merienda-cena, y desde ese momento no cesaron ya los obsequios y las atenciones más exquisitas. ¡Eran al cabo siervos de Dios perseguidos por confesar la fe y hermanos nuestros queridísimos!

Una de las primeras precauciones que se tomaron, fué dar parte de su arribo aquel mismo día al Jefe de Policía, y la respuesta del General Dellepiane fué un nuevo motivo de aliento y consuelo para los desterrados. «Díganles á los Padres, contestó, que me alegro mucho de su llegada y les doy la más cordial bienvenida, que pueden permanecer en Buenos Aires todo el tiempo que gusten, y que estén tranquilos, pues no les ha de pasar nada». Avisóse también al Sr. Ministro del Interior, y ya puede V. suponer que la contestación del Dr. Gómez, siendo como es tan buen católico, no podía dejar de ser también satisfactoria y tranquilizadora. Todo el peligro estaba, pues, en que los diarios liberales comenzasen de nuevo á meter bulla; pero debiéronles sin duda imponer silencio las autoridades, porque, aunque uno de ellos dió aquella misma tarde la noticia de su llegada, indicando solamente el número y sin comentarios, todos los demás se han callado como muertos. Cosa es esta, á la verdad, bien prodigiosa, por no decir providencial, pues sábese que había telegrafiado algún corresponsal que venían en el *Satrústegui* 300 jesuítas. Otros me han dicho que quien telegrafió esa paparrucha (y esto me lo aseguran también como cosa cierta), fué el mismo Gobierno portugués al nuestro, y que éste se calló la boca, avisando empero á los empleados de la aduana para que no los molestasen en lo más mínimo. Así se explicaría el que los encaminasen á nuestra casa y también lo que me dicen algunos Padres, á saber, que en el puerto les preguntó un agente de policía cuántos eran, y que habiéndole contestado ellos que 37, les dijo: «Pocos son; esperábamos 300».

La mayor parte de los que forman esta expedición, pertenecen á la comunidad de San Fiel. Viene por Superior de todos su mismo Rector,

el P. Tavares, célebre naturalista, bien conocido en España y en todo el mundo científico, y director de la importante revista de Historia Natural titulada *Broteria*. Trae consigo el archivo de su Colegio, dos microscopios, una máquina fotográfica y alguna que otra pequeña chuchería que logró salvar. Por el camino, al entrar en España, le robaron de la maleta el hermoso y artístico collar de plata dorada, condecoración de no sé que sociedad científica y con el cual había asistido como miembro á las sesiones del último Congreso de Medicina de Lisboa, dejándole solamente la medalla; pero lo que más siente el pobre Padre, como me lo ha dicho varias veces, es la pérdida de varias valiosísimas colecciones científicas que allá tenía.

El P. Barcellos, su Prefecto de Estudios, quedóse algunos días en San Fiel, después de evacuado el Colegio por los demás, y esto le valió tener que dormir una noche en la cárcel pública como un malhechor cualquiera. Cuenta este Padre mil lástimas de lo que aquellos días vió: lloraban los niños, pidiendo volverse á confesar con él una y otra vez en lenitivo de su dolor, escena que ya había tenido lugar en la iglesia con la gente del pueblo en el momento en que salieron los demás Padres. Los otros sacerdotes de la mencionada comunidad son los siguientes: P. Bernardo, Profesor de inglés y á quien conoció en Dublín el P. Corominas; P. Rebimbas, Profesor de Ciencias y uno de los redactores de la revista antes citada, que vino afeitado y poco menos que en calidad de ministro protestante; P. Geraldes, Profesor de Dibujo, alto y barbado como un cabo de gastadores; P. Velloso, Prefecto de división ó Inspector; P. Chorao, otro de los Profesores de Ciencias, antiguo colegial é hijo del que desde hace, creo, 20 años era médico de aquel Colegio: su padre agotó su ropero para proveer de trajes de seglares á los nuestros de aquella casa; y, finalmente, P. Guerra, que tenía el cargo de P. Espiritual. Los Coadjutores son: H. Lopes, ropero; HH. Cardoso y Pereira, Profesores de Instrucción Primaria; H. Fonseca, enfermero; H. Lima, Secretario del Colegio; H. Affonso (Antonio), portero; H. Affonso (José), primo del anterior, que tenía á su cargo el cuidado de la servidumbre; H. Rato, despensero; H. Nunes, sastre, que dicen es una verdadera notabilidad en el cortar, tanto que lo han mandado por unos días con el H. Vila á hacerles ropa á los nuestros de Mendoza; y H. Almeida, cocinero. Olvidábaseme de esta comunidad el P. Pimenta, operario, que hallándose ejercitando sus ministerios en no sé que pueblo, y rodeando los esbirros la casa del cura, con objeto de prenderle, hubo de esconderse á instancias de la casera

debajo de una cama: entraron, revisaron el aposento, y no hallándole se marcharon; pero á cabo de poco volvieron otra vez con el fin de sorprenderle, salvándole de nuevo su escondite de la cama.

De la comunidad de Guimaraes, donde tenían la Escuela Apostólica, y cuyos Padres y Hermanos pudieron refugiarse en La Guardia, atravesando el Miño, vienen dos operarios, los PP. Pinheiro y Cunha, y dos misioneros *discurrentes,* los PP. Sanctos y Rocha, sorprendidos todos por la revolución, fuera de casa. A los dos últimos, mientras misionaban en un pueblo de Traz-os-Montes, cuyo cura se hallaba ausente, corrió llorando á darles aviso una pobre mujer, y tuvieron que escaparse y andar uno ó dos días errantes á pie por valles y montañas hasta internarse en España: un buen hombre, por especial providencia del Señor, como me decía el P. Sanctos, se les ofreció por guía, no dejándolos un momento hasta ponerlos en salvo, y encargándose luego también de llevarles las balijas á España. Los nuestros de aquella Residencia debieron su salvación al Alcalde del pueblo, quien se les presentó uno ó dos días antes diciéndoles que procurasen poner en salvo cuanto pudiesen, porque probablemente recibiría orden de Lisboa para prenderlos; que ya les avisaría con veinticuatro horas de anticipación, y en efecto, recibida la orden, se fué á comunicarsela en secreto diciéndoles que dentro de veinticuatro horas iría á prenderlos. Esta conducta dicen que le valió una buena reprimenda del Gobierno sectario. De esta casa viene también el sastre H. García.

Dos Padres y un Hermano vienen de los de Campolide, á saber: el P. Nazareth, que era allí Profesor de Ciencias, el P. Macedo, que desempeñaba el cargo de Secretario del Colegio, y el H. Vaz, cocinero. El P. Nazareth logró escabullirse de los primeros y tomar un tren rápido para Oporto, su patria, desde donde en el automóvil de un hermano suyo, pudo llegar á Caminha, población frontera á La Guardia de este lado del Miño, sin ser molestado. Salió de Lisboa con 30 duros, y decíanos con gracia que, después de haber gastado más de la mitad por el camino y socorrido á algún otro Padre necesitado que se le juntó, todavía pudo entregarle en Salamanca á su Provincial 60 duros, diciéndole: «*Domine, quinque talenta,* etc.; *ecce alia quinque*», etc. Yo no tuve nada que sufrir, añadía; pero por las circunstancias de la despedida de su familia que nos refirió (viven aún sus ancianos padres) se deja bien adivinar cuánto hubo de padecer moralmente. El P. Macedo fué uno de aquellos cinco perseguidos á tiros en el camino de la estación, con el H. Faria, y tuvieron que ocultarle los empleados en el techo ó

desván de la misma para sustraerle al furor de las turbas. Pasó por delante mismo de su casa, mientras huía, y no pudo siquiera entrar á despedirse de su anciana madre. El H. Vaz fué uno de los últimos en abandonar el Colegio, mezclándose con las turbas que merodeaban por sus alrededores: estuvo oculto en casa de uno de los criados y de allí logró salir á duras penas en un carro en dirección á la frontera: su repentina aparición en San Fiel apresuró la salida de los nuestros de esta comunidad, que sólo entonces se acabaron de persuadir de que la cosa iba seria. A siete leguas de Lisboa todavía le salieron á perseguir aquellas fieras, y hasta le hicieron bajar del carro para registrarle: le tiraban del pelo de la coronilla para ver si acaso era postizo, y hubo de mostrarles las callosidades de sus manos para convencerlos de que no podía ser sacerdote: hiciéronle pedazos un rosario que llevaba en el bolsillo, y nos enseñó lleno de consuelo el crucifijo de los votos que había podido esconder en una de las medias y otro rosarito que también salvó entre los calzoncillos.

El ancianito P. Sequeira, operario de la Residencia de Oporto y hombre de muy buen humor, á pesar de sus 64 años y de su casi completa ceguera, que también forma parte de la expedición, pudo salir á tiempo y ganar en un tren rápido la frontera. Antes de entrar en la Compañía era canónigo de Lamego y Doctor en Sagrada Teología por la Universidad de Coimbra, y es uno de los que han dado más hermosa prueba de su amor á la vocación. Tiene un hermano general en el Ejército portugués, el cual, hallándose en Lisboa al estallar la revolución, hubo por fin de plegarse á la República como muchos otros. Este le escribió una carta en que le decía que, siendo forzoso obedecer á las leyes, habían de salir expulsados de Portugal todos los jesuítas; pero que había obtenido permiso para que él pudiese quedarse en su patria viviendo como clérigo secular en casa de su familia; que después de la borrasca vendría la calma y todo se arreglaría. ¿Y sabe V. qué le contestó el viejecito á vuelta de correo? Esto en substancia: «Excmo. Sr. General Sequeira: Muy señor mío y de mi consideración.—Acabo de recibir su carta, en que me dice que hay que obedecer á las leyes: ¿á cuáles, Señor Excelentísimo? ¿á las divinas ó á las humanas? porque yo entiendo que cuando las humanas se oponen á las divinas, son éstas y no aquéllas á las que hay que obedecer. En cuanto al ofrecimiento que me hace V. E. de poderme quedar en Portugal, digo que lo agradezco y prefiero seguir la suerte de mis hermanos. Después de la borrasca, añade V. E., vendrá la calma: el pri-

mer fruto de esa borrasca es el destierro de su a. y s. s. q. b. l. m. de V. E.—P. SEQUEIRA, S. J.» ¡Cuántos ejemplos tan bellos como éste podrá registrar un día la historia de esta satánica persecución! Aprendamos para cuando nos llegue el caso á nosotros.

Otro de los ancianos perseguidos que hemos tenido el consuelo de abrazar es el P. Falcao, operario de Povoa de Varzim, de 69 años de edad: es un tipo verdaderamente angelical y muy callado, de modo que no he podido sacarle cosa particular, sino es que se escapó á tiempo de los sabuesos republicanos. De la misma Residencia viene otro de los operarios, el P. Alves, con quien no he tenido el gusto de hablar detenidamente. Y vienen también de la de Covilhan el operario P. Pinto y el H. Díaz, que era en ella cocinero; y el H. Ramos, portero de Braga; y H. Cordeiro, *ad omnia* de Vianna do Castello; y el H. Giuliani, italiano, conocido por sus notabilísimas habilidades, y que lleva sufridas ya cuatro expulsiones: una de Italia, dos del Brasil y esta última de Portugal.

No podía tampoco faltar uno de los que estuvieron presos en las famosas cárceles de Limoeiro, el P. Ferreira, operario de la Residencia de Quelhas: es de los que más sufrieron, según me dicen los demás Padres, sobre todo con los impertinentes interrogatorios del ministro Costa, y conserva como reliquia la cuchara de palo que hubo de hacerse comprar para comer el rancho aquel, nada apetecible, de que nos hablaban las cartas que de ahí tuvieron la caridad de transmitirnos. Finalmente, el P. Lopes, contercerón de seis de los que actualmente nos hallamos en Buenos Aires, quien después de haber sido por espacio de seis años misionero en el Zambese, y cuando acababa apenas de llegar á Portugal para descansar un poco y reponerse algún tanto de las quiebras ocasionadas en su salud por tan rudos trabajos apostólicos, se vió obligado á huir de su patria y venir á buscarse en América el descanso que tanto necesitaba. «Desde el mes de Julio, me decía el pobre Padre, ando viajando sin parar; pero lo que más me llega al alma es el pensar que aquellos mis pobres negritos han de volverse al estado de salvajismo de que les habíamos sacado los misioneros». Y creo que los he nombrado á todos: prosigamos el interrumpido relato.

Como venían tan faltos de ropa y otros objetos que podríamos llamar de primera necesidad, y ellos por su modestia no querían decir lo que les faltaba, fué menester que el R. P. Superior de la Misión les impusiese la seria obligación de que, conforme á la lista que se les presentó, dijese cada cual lo que tenía y en qué cantidad. Aquí fueron

de ver las lágrimas de todos ellos y del mismo que les presentaba la lista; y merced á tal estratagema se les ha podido proveer de todo, conforme á los ardientes deseos de nuestros corazones y al espíritu de caridad tan propio de nuestra Compañía: aunque hubiera sido necesario, decía el P. Superior, hipotecar el mismo Colegio del Salvador, no hubiese jamás permitido que se dejase de remediar su pobreza. Gracias á esto, ahora ya parecen otros con sus nuevos trajes de verano, decentes y cortados á la medida de cada uno.

A más de esto, hanse dado nuestros Padres operarios á buscarles limosnas entre los devotos de nuestra Compañía, con el éxito que era de esperar: más de 5.000 pesos hay ya recogidos: una sola persona ha dado 1.000, varias 500, otra 300 y las que menos 100. ¡Cuánto puede la cristiana caridad en los corazones piadosos y compasivos! ¡Dios les premie á estos insignes bienhechores su generosidad para con los pobres de Cristo! Ni es esto sólo: el R. P. Superior escribió á todas las casas de la Misión preguntándoles con qué cantidad podía contribuir cada una á obra tan santa y del agrado de Dios nuestro Señor, y todas han ofrecido más de lo que se calcula que se necesita para los gastos de los ya llegados y de los que han de llegar aún, y más de lo que algunas casas podían dar por su pobreza. Querían ellos costearse el viaje hasta el Brasil, pues dicen que tienen el dinero suficiente para ello, pero se lo pagará también nuestra Misión, y aun se les ha prohibido severamente gastar ni un centavo de su peculio mientras permanezcan entre nosotros. De 15 á 16.000 pesos calculamos que habremos de desembolsar, esto sin tocar la cantidad que se llegue á recoger de limosna, que se les dará íntegra en metálico; pero ¡con qué gusto lo haremos!

Por otra parte, como la caridad exige también el que se les procure hacer lo más agradable que sea posible su estancia entre nosotros, todos los nuestros, tanto del Salvador como de Regina (los de Villa Devoto no podemos hacerlo), procuran sacarlos á conocer la ciudad y las cosas más notables de ella, aunque con las debidas precauciones para no llamar la atención; y tienen además todas las tardes á la puerta del Colegio, á su disposición, el coche del Dr. D. Ezequiel Pereira, amén de algún automóvil generosamente cedido por persona amiga y de confianza. Así es como han podido ir visitando poco á poco las exposiciones del Centenario, que duran todavía, el Museo y Observatorio de La Plata, etc., etc.

Ya desde el primer día se pensó en que cada una de las tres comu-

nidades les obsequiase por separado con una primera clase, mas como el hacerlo en nuestras propias casas podía tener sus inconvenientes, se determinó que se tuviesen las tres en el Salvador en distintos días. A los del Seminario nos tocó el domingo 26, y asistimos de aquí unos 12 entre Padres y Hermanos, con una representación de Regina. ¡Qué consuelo daba ver en las Letanías, diseminados por aquella espaciosa capilla de los colegiales, á tantos de los nuestros!: desde la expulsión de Carlos III no se habían visto tantos jesuítas juntos en Buenos Aires; y luego el comedor de los medio-pupilos, ¡qué lleno y rebosante de santa fraternal alegría! El martes siguiente tocó su turno á los de Regina, y aquella misma noche se les dió una funcioncita de cinematógrafo en el salón de actos. Pero lo que llenó casi por completo nuestras aspiraciones, pues pudimos explayar de veras las velas de nuestra caridad, fué la fiestecita del sábado 3 de Diciembre, á que prestamos nuestra cooperación los de las tres comunidades.

Día consagrado al gran Apóstol de las Indias, santo que puede decirse les pertenece tan especialmente á ellos como á nosotros, y en que tenían los del Salvador su renovación de votos, venía que ni mandado hacer para el caso. Renovaron también un Padre y ocho Hermanos portugueses, á los cuales su Superior, el P. Tavares, quiso que se les leyesen los capelos en castellano, á pesar de que se les había dicho que los podían escribir en portugués, y tuvo el R. P. Crexans la atención de hacerle celebrar á dicho Padre la misa de renovación, aunque lo rehusaba él por humildad. Entre los confesores extraordinarios para durante el triduo se había nombrado también *honoris ergo* á dos Padres portugueses. La primera clase de aquel día fué, por consiguiente, más solemne que las dos anteriores, y celebróse con asistencia del Internuncio, Mons. Locatelli, del nuevo Delegado Apostólico del Perú, Mons. Scapardini, que á la sazón se hallaba de paso en esta ciudad, de sus respectivos Secretarios y de los Sres. Dr. Lamarca y D. Rómulo Ayerza, que ambos tienen carta de hermandad, no habiéndose invitado á más personas por no hacer ruido. El Sr. Arzobispo no pudo asistir: ya había estado á visitarlos la mañana siguiente al día de su llegada, y los había abrazado á todos llorando y riendo á la vez, de puro consuelo y devoción. Terminada la comida y tomado allí mismo el café, se dió comienzo al pequeño acto literario que se les había preparado con los apuros que la urgencia del tiempo exigía. El primero en hablar fué el mismo R. P. Superior, que no quiso ceder á nadie ese consuelo y esa gloria, é hízolo con tanto fervor y entusiasmo, que

arrancó lágrimas de los ojos de todos, incluso Mons. Scapardini. Y cierto que no era para menos, pues dijo cosas preciosas de la caridad de la Compañía y de la dicha de padecer persecuciones por nuestro Capitán Jesús, asegurando que todos estábamos dispuestos, por ayudar á nuestros hermanos desvalidos y atribulados, hasta á *mendigar ostiatim*, si fuera menester, como lo manda nuestro santo Instituto, y desarrollando el *beati eritis cum persecuuti vos fuerint* y el *ibant gaudentes* del Evangelio y los Hechos Apostólicos. No recuerdo bien el orden de los demás actuantes, y así diré de cada uno lo que me venga en estos instantes á la memoria.

El P. Hernández con una buena voluntad que le honra sobremanera, declamó una oda portuguesa, hermosísima composición de alto vuelo en que se cantaban las glorias de nuestros misioneros: daba á la verdad gran consuelo verle á sus años hacer esfuerzos inauditos por acomodar su lengua á las difíciles flexiones del idioma portugués. Pidiéronle luego que hablara al Dr. Lamarca: levantóse impresionadísimo, diciendo que como hermano nuestro hacía un acto de obediencia, aunque no estaba para hilvanar razones académicas y discurrir con serenidad. Anatematizó á la revolución que perseguía á unos inocentes religiosos y maldijo los tristes tiempos qne atravesamos y que nos obligan á andar disimulando la llegada á nuestro país de un puñado de jesuítas, cuya única misión era obrar el bien; cosa tan repugnante, dijo, á su carácter franco, que no se había avergonzado jamás de profesar públicamente las creencias que desde su niñez le había sabido inculcar la Compañía, y tan ajena á la noble hidalguía de nuestra tierra; y terminó rogando á los Padres y Hermanos portugueses que pidiesen al Señor porque no tuviésemos nunca nosotros la desgracia de ver expulsados de la Argentina á los jesuítas.

Luego, creo que me nombraron á mí para que hablara: estaba yo desde un principio tan vehementemente impresionado, que ni podía ver lo que tenía escrito ni volver casi las hojas del papel, de modo que no sé si lo dije todo ni cómo lo dije. El P. Gros declamó una bonita visión de San Ignacio en el cielo, recibiendo los plácemes de la Compañía triunfante, por la heroicidad de la militante de Portugal en sufrir los rigores de la persecución. Al P. Marzal, al declamar su sentimental composición, en que pronosticaba la vuelta á la patria de los desterrados, le pasó casi lo mismo que á mí, llegando á un punto en que apenas pudo continuar por los sollozos que le ahogaban. El «Adiós á la Patria» del P. Moliné estuvo lleno de ideas tiernas y patéticas; y muy

conmovedora también la poesía del P. Lérida, en que describió el gran premio que aguardaba en la patria celestial á los expulsados de la terrena. El P. Llobera tuvo la feliz ocurrencia de recitar una oda pindárica, compuesta por él cuando estuvo en Portugal, para conmemorar las glorias de aquella heróica Provincia. De corte y estilo rigurosamente clásicos, traía á la memoria el «Cuando con resonante» de Herrera, á quien y á Fray Luis de León imitaba con mucha felicidad en varios de sus pasajes.

Hubo también varios cantos muy tiernos, en que tomaron parte principal los PP. Morell y Salcedo: el «Mañana en un frágil barco», con letra acomodada á las circunstancias, fué uno de los que más lágrimas hicieron verter, por su sentimental ternura y melancolía. No faltó tampoco la parte cómica, pues el P. Gros cantó una letrilla en que se describían los carnavales con trajes de los jesuítas portugueses, que gustó mucho por sus chistosas al par que caritativas ocurrencias, lo mismo que el monólogo declamado por el P. Marzal pintando las impresiones de un *repórter* al verlos desembarcar. Allá casi al fin se levantó á hablar D. Rómulo, y en su estilo familiar y bromista dijo entre otras cosas, que los revolucionarios de Portugal habían hecho muy bien en echar á los nuestros, y esto por dos razones: por los méritos envidiables que les habían á ellos proporcionado, y por el gusto que nos habían dado á nosotros de poderlos ver y tener en nuestra tierra.

Luego que se hubo puesto fin al acto con el último número de música, quiso el P. Tavares dar las gracias en nombre de todos sus hermanos, é hízolo en efecto con mucha unción y grandísimos afectos de humildad. Dijo cosas hermosísimas: ponderó la caridad de nuestra santa Compañía, sacando muy oportunamente á colación aquellas palabras que tanto repetía San Francisco Javier: «*Societas Jesu, societas amoris*» se comparó á sí mismo y á sus compañeros con el Hijo Pródigo, pues habían venido como aquel llenos de temor é incertidumbre acerca del recibimiento que aquí se les haría, y á nosotros con su padre, que lo había recibido con los brazos abiertos y llamado á los músicos y celebrado fiesta de alegría; fiesta, añadió, que habiendo comenzado el día mismo de su llegada, continuaba aún sin interrupción, y sabe Dios cuándo tendría término. Muchas mentiras, prosiguió, se han dicho y una sola verdad: mentiras, cuantas se relacionaban con el creerlos coronados de más méritos de los que en realidad tenían; verdad, el que habían padecido por Cristo los trabajos de la persecución. Por consiguiente, concluyó, no puedo decir otra cosa que *muito obrigado*.

ó en castellano, muchas gracias, muchísimas gracias. Imposible el explicar, Hermano mío, las emociones que todos, ellos y nosotros, experimentamos durante aquel acto, el más hermoso que he presenciado ni pienso presenciar jamás en toda mi vida religiosa. No hacíamos más que llorar de santo consuelo.

Por la noche se celebró en la capilla un acto de desagravio al Señor por las ofensas cometidas contra Él, persiguiendo tan encarnizadamente á sus siervos, y se cantó un solemne *Te Deum* en acción de gracias por la especialísima providencia con que los ha protegido el Todopoderoso. En esta función hicieron de Preste el R. P. Superior, de Diácono, el P. Tavares, y de Subdiácono el P. Rector del Salvador.

Como recuerdo de su estancia en Buenos Aires, dispuso el R. P. Superior que se les hiciese retratar á todos formando grupo, y se le dará á cada uno una copia de la fotografía, que salió muy bien. El P. Tavares quiso á su vez sacar otro grupo de toda la comunidad del Salvador con el R. P. Superior á la cabeza, aunque nosotros, á decir verdad, preferiríamos otro mejor recuerdo: el que se quedasen en nuestra Misión algunos al menos de ellos, y así se lo ha pedido por carta el P. Superior á su Vice-provincial, ofreciéndole todas las casas de la Misión para cuantos quisieran quedarse en ella.

Aquí en el Seminario todos los niños estaban ansiosos de verlos, y como se les habían leído las cartas venidas de España, en que se relataban sus padecimientos y constancia, su deseo nacía, más bien que de curiosidad, de admiración; así es que no cesaban un punto de importunarnos para que se los trajésemos á casa un día. Fueron viniendo, por fin, poco á poco á comer y pasar el día con nosotros, y es indescriptible el entusiasmo que despertó su vista en todos los seminaristas. Les aplaudían apenas se presentaban en recreo, les besaban respetuosos las manos, no sabían apartar de ellos los ojos, y más de uno lloró de devoción al verlos. Nosotros, por nuestra parte, hemos hecho cuanto podíamos por agasajarlos, como era nuestro deber, y el R. P. Rector concedió vacación el 30 de Noviembre por la tarde, día en que vinieron los seis primeros con su Rector. Esperamos que su visita al Seminario habrá sido de gran provecho espiritual para chicos y grandes.

Un detalle edificante: la conmovedora circular de nuestro muy R. P. General á los Provinciales, sobre la borrasca de Portugal, llegó aquí precisamente al otro día de su arribo, y sin ellos saber nada se leyó en el comedor á la comunidad del Salvador: ¡imagínese la consoladora impresión que debió producirles á todos su lectura! Otro: dos de

ellos, precisamente los más ancianos, el P. Sequeira y el H. Giuliani, se habían ido á hospedar en una fonda de mala muerte: fuélos á buscar el H. Hernández aquella misma noche, y los encontró pobrísimamente aposentados, sin haber cenado aún, y con un duro español y tres pesetas solamente para pagar todos sus gastos: lloraron de consuelo al ver tanta caridad, y el Padre, cada vez que encuentra por los corredores al H. Hernández, le llama su ángel del cielo.

Con que, aquí tiene, Hermano carísimo, lo que por aliviar la necesidad apremiante de nuestros amadísimos hermanos perseguidos hemos podido hacer: ellos no saben cómo agradecérnoslo; ¡y á nosotros nos parece todavía tan poco! ¡Quisiéramos deshacernos por agasajarlos! ¡Oh! ¡qué santa es nuestra madre la Compañía, que tales sentimientos sabe despertar en los corazones de sus hijos! ¡y qué bien se la conoce y cómo se aprende á amarla en circunstancias como estas! ¡El Señor nos conceda su gracia para confirmarnos cada día más y más en el amor á nuestra santa vocación.

En los SS. SS. y OO. de todos los de esa casa mucho me encomiendo.

Infimo en Cristo, s.,

LUCIO A. LAPALMA, S. J.



FILIPINAS

NOTICIAS GENERALES

MES DE MARZO

MANILA.— Para el próximo curso el Seminario de San Javier, de acuerdo con el Ateneo de Manila, admitirá, según el prospecto, no sólo seminaristas, sino también colegiales internos y medio internos no seminaristas. La enseñanza será exactamente la misma que en el Ateneo; los niños que salgan aprobados de San Javier podrán pasar al Ateneo á continuar sus estudios; el trato también será igual, con algún menor dispendio en el equipo y en algunos pagos.

Con ocasión del cometa Halley, y con el fin de desvanecer algunas paparruchas del vulgo, nuestros Padres del Observatorio han escrito algunos artículos en los periódicos; y el P. Zwack, secretario de aquél, ha publicado un folleto de 22 páginas, en inglés, titulado «*The return of Halley's comet and popular apprehensions*».

El 17 último celebró una sesión pública en el salón de visitas del Ateneo la Liga Antipornográfica de San Francisco Javier, en conmemoración del año de su fundación; asistiendo al acto el Vice-gobernador General y Secretario de Instrucción pública, Mr. Gilbert, con el comisionado Elliott. El mismo Vice-gobernador con los jueces americanos Jenkins, Crosfield, Lobingier y Johnoon, el abogado Kincaid, todos ó casi todos con sus señoras, y otros muchos americanos, concurrieron el 20 al salón de actos del Ateneo, en el cual se honró á Washington poniendo en escena el drama, todo en inglés, *The lost their*. Gustó notablemente á todos, y así lo manifestaron, por lo cortito (5 cuartos de hora) y lo magníficamente ejecutado, tanto en la decoración y propiedad de los trajes, como principalmente por el gesto y buena pronunciación del inglés, tratándose de alumnos todos filipinos.

Dos días más tarde, aprovechando la vacación oficial, los Congregantes Marianos externos representaron en el mismo sitio, y por segunda vez, el drama *El Rey de las Mazmorras*. Como el acto se verificaba en beneficio de las MM. Agustinas, cuyo Colegio destruyó un incendio el 28 de Diciembre, la entrada fué mediante cierta cantidad, cuyo total ascendió á 1.125 pesos; los actores y la música constabularia trabajaron gratis, conforme á su ofrecimiento. La ejecución mereció los plácemes del pueblo, que llenó el salón.

A los mismos congregantes cabe no poca parte en las distribuciones de premios tenidas el 6 en los varios Centros catequísticos en que ayudan á los seminaristas de San Carlos y de San Javier, todos bajo la dirección y cooperación de los nuestros. En dichos Centros se procuró conseguir el mayor número de comuniones posible; y así el de la parroquia de Binondo, contó 400 comulgantes y la de Tondo 700 y de ellos en ambos sitios más de 50 comulgaron por primera vez.

VIGÁN.—Los internos y seminaristas de aquel Colegio, después de haber oído misa, en que muchos comulgaron divididos en grupos y presididos por algunos de los nuestros, llevando enhiesta la bandera de la Inmaculada, patrona del Colegio, y acompañada de otras banderas menores, salieron en expedición á Bangued, capital del Abra, el 27 de Diciembre. La ida fué dificil y llena de peripecias, á causa del impetuoso viento que impedía remontar el río Abra, pero todo se llevó con ánimo y brío, sobre todo después del cariñoso recibimiento que les dispensó el pueblo de Bangued y en especial su Cura Párroco, el P. Espíritu, y el sub-gobernador Sr. Ortega. Los alumnos correspondieron en cuanto les fué posible á tales agasajos los días 28 y 29 que allí permanecieron, entreteniendo gratamente al pueblo con los juegos del Colegio allí ignorados, cantando la misa de *Angelis* y dando una velada literario musical como obsequio á las autoridades. El 30, oída también la santa misa, etc., unos en vehículos, otros montados en caballos bien ensillados y otros á pie, rodeando la bandera de la Inmaculada, salieron de Bangued para el embarcadero entre vivas y aplausos del pueblo. La vuelta fué del todo grata y alegre.

El 19 último dió aquel Colegio-Seminario una velada en honor de Washington que salió muy bien. La concurrencia, aunque fué bastante, no llegó á ser tanta como otras veces, parte por ser el acto casi todo en inglés y parte también porque los americanos y otras personas distinguidas habían salido de expedición al Abra, invitados por el jefe de Constables.

El R. P. Superior durante su estancia allí, presenció el Catecismo que los nuestros, ayudados por personas piadosas, dirigen en la Catedral y dos ó tres barrios, y escribía que sintió un consuelo especial al ver tanta muchedumbre de niños y niñas, en largas y bien ordenadas filas con sus respectivos maestros y maestras, aprender y recitar el catecismo y cantar al fin el himno «Corazón Santo».

ZAMBOANGA.—A fines de Enero el P. Cavallería hizo la fiesta patronal, que resultó concurrida y devota; en Ayala, obtuvo 300 confesiones, 8 bautismos, un casamiento, etc., pero lamentaba el escaso número de escuelas católicas que halló después de tantas promesas y juntas de los naturales en orden á ellas.

El 24 último los PP. Rivas y Camps celebraron la fiesta de Santa María; y el segundo tenía á su cargo los sermones de los domingos, y el platicar los santos Ejercicios en la semana de Pasión.

COTABATO.—Como al abrirse la escuela católica de Malabang se pasarán á ella todas las niñas de la neutra, y sintiera este traslado el presidente local americano, el P. Arnalot procuró darle á entender y convencerle de la verdadera libertad que en esta parte disfrutaban en América las familias, y parece consiguió su objeto.

El Padre ha encontrado ya maestra católica para Pollok y la busca para Parang.

CARAGA.—En Baganga las fiestas de la Inmaculada y Navidad se distinguieron por el número de confesiones, pues en sólo el día de Navidad confesaron 200 personas, y no más porque el P. Barber, allí único, no pudo oir mayor número de ellas.

El baguío del 18 y 19 de Diciembre causó allí bastante daño: derribó muchas plantaciones de abacá que, por falta de brazos que lo beneficiaran, quedó inutilizado y podrido; derrumbó una casa, que en su caída aplastó á dos hombres; comenzó á destechar la iglesia y rompió la veleta del campanario, llevándose á bastante distancia el trozo separado.

Por aquellos días también ciertos hombres que limpiaban el cementerio, al terminar pegaron fuego á la broza amontonada, vino un viento fuerte que acercó la llama á la capillita y quedó ésta reducida á cenizas; una mujer piadosa murió abrasada por la llama de alcohol que ella misma descuidadamente había prendido; y una tercera parte de los principales han solicitado del Gobierno el establecimiento de escuelas oficiales.

En Caraga han dimitido sus cargos respectivos el Presidente, el

Juez de paz y el Tesorero; las fiestas de Navidad fueron celebradas con más cantos del pueblo que otros años y, en ellos, se verificó el simulacro de la llegada de los Reyes Magos y adoración del Niño Jesús en la iglesia; por la tarde del mismo día se organizó una procesión en obsequio á la Sagrada Familia cuyas imágenes iban en hermosa carroza y acompañaban los Reyes, la corte de Herodes y los doctores de Jerusalén, etc.

BUTÚAN.—El P. Giralt, el 16 de Enero, daba cuenta detallada de la excursión que acaba de realizar por espacio de dos meses, en la que ha visitado por segunda vez los pueblos y reducciones que formaban en 1898 las misiones de Játiva y Veruela, á saber: Veruela, Patrocinio, Vigo, San Juan, San Rafael, Buay, Moncayo, Gerona, Gandía, Pilar y Compostela, en el Alto Agúsan; Bunaúan (San José), Libertad, Baza, Tudela, San Isidro y Mambabili en el Simúlao; Trento y Cueves en el Bojayan.

En todos estos pueblecitos había hecho ya, en Junio y Julio, el cumplimiento pascual; ahora subió para celebrar las fiestas patronales, mas no fué posible sino en algunos, pues muchos padecían hambre, por no haber sembrado á su tiempo, dando oídos á las idolatrías y supersticiones de un embaucador. Aunque ha ido de fiesta en fiesta no todo fué fiesta para él.

He aquí la nota de los principales ministerios ejercidos: bautismos 102, confesiones 272, comuniones 220, sermones ó pláticas 43, primeras comuniones 42, misas cantadas 13, matrimonios bendecidos 30, catecismos á los niños de las escuelas en casi todos los pueblos.

La impresión general que de tales pueblecitos se llevó, prescindiendo de la gran ignorancia del catecismo y de las dificultades y peripecias propias del misionero y ahora mayores por las circunstancias actuales, es que la idea de *libres*, ó desligados de la autoridad del misionero, por la separación de la Iglesia y el Estado, penetra en todos aquellos indígenas y todos la entienden bien ó mal. En una reducción se le presentó uno de los principales, vestido á lo manobo, y con sencillez le dijo: «*Antes el Padre era el que mandaba y ordenaba cuanto quería, y á él obedecíamos: ahora no, nuestro amo, el que ordena y manda es el americano, y á él obedecemos; pero no obstante ya ves cómo te hemos llamado para que nos hicieses fiesta.*

Posteriormente á esta excursión visitó el P. Sastre á Novelé, Rosario y La Paz, principalmente para enseñar el catecismo á los niños y niñas y procurar su primera comunión; hízoles con todo las fiestas pa-

tronales y quedó contento del espíritu religioso que mostraron. Sus ministerios fueron: 176 confesiones, 70 primeras comuniones (26 no primeras), 38 bautismos y 15 matrimonios.

El P. Urios, en compañía del P. I. Vila, celebró la fiesta de la Purificación en Cabarbarán con un lleno de la iglesia completísimo y dos procesiones magníficas; la de las Candelas por la mañana y la dedicada á la Virgen por la tarde. Antes del sermón se leyó una lista de los donantes en orden á edificar la nueva iglesia, iba aquella encabezada por 100 pesos de nuestros Padres y sólo con unos cuantos bienhechores ascendió la suma á 400 pesos. Esto por una parte, y por otra lo miserable de la fiesta de los aglipayanos que para ella pidieron y tuvieron *pare-pare*, manifiesta de nuevo que sin la presión de los caciques no existiría allí cismático alguno.

A mediados de Enero el P. Vallés J., subió á visitar el pueblecito de Manila, que hacía nueve meses no había visto allí Padre misionero. Al pasar por Amparo se encontró que, á consecuencia del baguío, el pueblo estaba en vísperas de gran hambre y casi desierto, la iglesia convertida en un montón de basura y el santo patrón y mesa de altar arrinconados como un trasto cualquiera en la escuela; estuvo allí tres días que empleó en enseñar el catecismo y ejercer cuantos ministerios pudo.

Partió después para Manila, donde fué recibido con mucho afecto, y por carecerse allí de convento, iglesia, campana y patrón se alojó en una casa particular, en la que con las tablas de la camareta y el propio crucifijo armó un altar, en él celebró la santa misa, y con gran consuelo propio confesó 62 personas, repartió 52 comuniones (de ellas 12 primeras), casó 4 parejas, y enseñó cuanto pudo el catecismo á aquellos miserables temporal y espiritualmente.

En Butúan ha causado general y edificante impresión la confesión y comunión del portaestandarte del aglipayanismo, á quien su esposa, mártir del deber, al morir habló diciendo: «*Si quieres tener alegría y paz confiésate, y no te cases con ninguna perdida*». Él ha cumplido la primera parte y está cerca de realizar la segunda.

Otros dos casos edificantes cuenta el P. Vallés J. y son: el primero que en Verdú, cuando el baguío último, un butuano viendo que la corriente se le había llevado dos casas y todo el abacá, y él mismo estaba á punto de ser por ella arrastrado, prometió á San José hacer celebrar una misa y vísperas si le libraba de aquel peligro, y de repente le cercaron dos nuevos cristianos que le pusieron en salvo. El otro es

que en Remedio, otro natural de Butúan, notando que cuanto tenía era llevado por el agua, tomó la imágen de la Virgen, la acomodó en su baroto, la llevó fuera de peligro y ésta le ha premiado de modo que habiendo sido destruídos los abacales situados á uno y otro lado del propio, éste no ha sufrido la pérdida de una sola planta.

Los infieles y fieles de Bunaguit levantan de las ruinas la iglesia. En general las gabelas del Gobierno por carreteras, escuelas, contribución, etc., han ocasionado la vuelta á la selva de algunos habitantes de los pueblos: á ella se han ido todos los de Ujut, Buntong ó Sevilla y Corinto; de Verdú, en un año han desaparecido 17 familias; de San Mateo, 72 casados; y dícese haber huído también los de Libang.

CAGAYÁN.—Ha llegado el programa impreso de la próxima distribución de premios en aquella escuela católica. Dice el P. Roure que la visita á los pueblos del monte, girada por el comisionado señor Worcester, pasó desapercibida á los nuestros, y así no pudieron pedir á dicho señor algunas cosas favorables á la iglesia; añade que conviene visitar con frecuencia algunas reducciones: de lo contrario serán pronto protestantes, y que el Sr. Gobernador de Malaybalay ha impedido la entrada del aglipayanismo en Alanip y Quimaya.

El Padre en su fiesta de los Santos Reyes en Maluco repartió 40 comuniones, bendijo más tarde la iglesia del nuevo pueblo de San José de Panampanan que acababa de obtener una campana, estrenó su iglesia y recorriendo las casas é invitándolas consiguió reunir á todo el pueblo en la iglesia para la misa y sermón.

Poco después obtuvo más de 60 comuniones en Santa Ana, formó dos nuevos coros del Apostolado, bautizó 4 párvulos y preparó á 15 niños para la primera comunión.

DAPÍTAN.—De Duhinob, Langatían y Matan dice el P. España que están sus naturales en gran parte remontados, y que si no se corrige este defecto, dentro de unos 5 años habrán desaparecidos los pueblecitos.

En Lubúngan adelantan los trabajos preparatorios para reparar la iglesia y convento.

En Dipólog las escuelas están llenas de niños y de niñas, y son muchas las peticiones de los que desean tener sus hijos en el convento. Las obras de la casa de las Beatas siguen adelante, gratis, pero despacio. Se ha rodeado el cementerio con pared, y se hacen en él los nichos.

MES DE ABRIL

MANILA.—En el Ateneo la distribución fué el 10 del próximo pasado, intercalada con los actos del melodrama *Vacaciones*, y presenciada por una multitud que llenaba el salón y corredores contiguos, distinguiéndose entre las personas caracterizadas el Rdmo. Obispo de Vigán, el Sr. Cónsul de España, el Comisionado Araneta, y comisiones de religiosos Dominicos, Franciscanos, Benedictinos, etc. Se confirieron 85 grados y títulos, distribuídos en esta forma: el título de Perito electricista á 6, el grado de Bachiller en Artes á 38, el título de Perito topógrafo á 5, el de Ayudante de Minas á 3, el de Perito mercantil á 21 y el de Perito taquígrafo á 12.

Despedidos para vacaciones los alumnos, y antes que llegara la Semana Santa, tuvieron los nuestros en Santa Ana una tanda de Ejercicios que dirigió el P. Peypoch; y casi al mismo tiempo los hacían en San Javier, expuestos por el P. Guilló, algunos de los nuestros de aquel Seminario.

Durante la Semana Santa, que en Manila se celebró con la solemnidad acostumbrada, predicaron las Siete Palabras: en la Catedral el P. Juan B. Solá, en Binondo el P. Lencina y el P. Sauras en Quiapo; en esta parroquia también el P. Briansó tuvo el sermón de la Soledad. Los Congregantes Marianos externos velaron ante el Santísimo del Monumento noche y día, hicieron la Hora santa de once á doce de la noche y el *Via Crucis* en la leprosería de San Lázaro el Viernes Santo.

En nuestra iglesia de San Ignacio dieron desde mediados de Febrero los santos Ejercicios á las mujeres los PP. Saus y Angelua con una comunión final de 850 personas; y más tarde á los hombres los PP. Algué y Burniol, los cuales tuvieron en la comunión general 600 personas. Predicaron el Jueves Santo la Hora Santa los PP. Peypoch y Saus; y en la novena de la Gracia á San Javier, patrón de la Liga antipornográfica, el R. P. Rector y el P. Sauras, repartiendo la Sagrada Comunión en el último día el Sr. Obispo de Vigán. Otros Padres, llamados, hicieron el cumplimiento pascual en la tripulación del vapor *Alicante*, con mucho gusto al ver que el capitán era el primero en dar ejemplo, y notar el excelente espíritu que en todos reinaba, pues ninguno ó casi ninguno dejó de confesar.

El P. Foradada fué enviado, á petición de los naturales y del Sr. Arzobispo, á celebrar la Semana Santa en Cardona, pueblecito de la provincia de Rizal, de unos 2.000 habitantes, porque no tenía cura. Cantó el Padre las misas de Jueves y Sábado Santo y Pascua, y celebró las procesiones del Jueves y Viernes Santo y del Santo Encuentro. Oyó 500 confesiones: 100 de niños de primera comunión, 100 de hombres, y de mujeres las restantes; hizo pláticas en tagalo, leyó en esta lengua las Siete Palabras, repartió 100 catecismos, 100 triduos del Sagrado Corazón y 200 estampas, bautizó 2 niños y casó 6 parejas. El pueblo le rogó se quedara para cura. En todos aquellos pueblos se celebró la Semana Santa con gran solemnidad.

VIGÁN.— El 13 de Marzo se verificó la distribución de premios, acompañada de un acto literario por los estudiantes de Retórica; y luego se repartieron dos catálogos: uno de los alumnos del Colegio, y otro de los Congregantes Marianos, ambos relativos al curso que terminaba. Según el primero los alumnos han sido 408 y de ellos 16 seminaristas, 78 colegiales internos, y externos los restantes.

La distribución terminó confiriendo el grado de Bachiller en Artes á 14 alumnos; como eran estos los primeros bachilleres formados por el Colegio, sus compañeros los honraron con un banquete en la noche del día siguiente, en el que se sentaron casi un centenar de comensales. Entre estos estaba nuestro P. Clotet acompañando á 5 bachilleres, y refiere que el acto, si bien cosa de noveles en el arte, estuvo bien en general, que los encargados de los discursos, generalmente bachilleres, se portaron como buenos en la forma y en el fondo, dejando en buen lugar á España y á América; y que sobre todos lució sus galas oratorias el Sub-gobernador del Abra, que con otras personas conspicuas asistieron. Todos los discursos encomiaron á aquel Colegio-Seminario y á los Jesuítas, que por él tantos bienes habían producido á la juventud, é inferían la obligación que tenía ésta de corresponder pensando y obrando conforme á las enseñanzas recibidas.

También el P. Clotet fué invitado á hablar, mas como eran ya las diez de la noche se limitó á agradecer tantas manifestaciones de gratitud y á decir que donde se encuentra un jesuíta allí se halla un defensor de Filipinas; y si éste ha vivido en este Archipiélago, se encuentra además un noble admirador de las verdaderas glorias filipinas. Siguieron repetidos aplausos y vivas á los 14 bachilleres y al Colegio-Seminario, etc.

La Junta directiva de la «Biblioteca Moral Recreativa», ha determi-

nado celebrar por Navidad una gran lotería, con que premiar á los que hayan recogido mayor número de papeluchos impíos ó indecentes, sin excluir las fotografías y tarjetas postales pornográficas.

COTABATO.—El P. Arnalot celebró el primer viernes de Marzo, con exposición del Santísimo y cantos durante la misa, lo cual, por lo desacostumbrado allí, gustó y atrajo bastante concurrencia, de la que comulgaron 70 personas, y entre ellos 6 hombres y 25 alumnos de la escuela, preparados con dos días de Ejercicios.

El 8 estuvo allí el Sr. Gobernador General y en el solemne recibimiento desempeñaron buen papel las escuelas católicas, expresamente invitadas para el acto, pues en dos discursitos, uno en inglés y otro en castellano, diéronle la bienvenida, y con banderolas en sus manos clamaron todos *Be Wellcome;* el Padre, invitado también, tomó parte en el refresco que siguió á la recepción.

El mismo 8 por la tarde el *dato* moro Baranbaran, que ocupaba como dueño nuestros terrenos de Tamontaca, fué devorado por un caimán: hecho que muchos atribuyeron á castigo de Dios, intimidó á los súbditos del muerto, y podría ser que no se atreviesen á proseguir reteniendo lo ajeno.

CARAGA.—En Baganga han menudeado los actos públicos de las escuelas de ambos sexos, especialmente en Diciembre, con resultado generalmente del todo satisfactorio. Bien necesario es para que algunas familias no se retraigan, sino que á ellas envíen á sus hijos.

Al H. Llull P., en su viaje de Baganga á Cateel, libró el Señor de un naufragio que padecieron el muchacho que le acompañaba y el cargamento de la embarcación, aunque al fin todo, gracias á Dios, se salvó.

BUTÚAN.—Escribe el P. Vallés J., refiriendo detenidamente su excursión apostólica desde el 10 de Febrero al 6 de Marzo á las reducciones de San Vicente, Amparo, San Mateo, Las Nieves, Verdú, Sibagat, Esperanza, Remedios y Milagro, y diciendo que sus principales ministerios fueron 303 confesiones, 259 comuniones, 41 bautismos á párvulos, 4 á adultos, 21 matrimonios y 15 primeras comuniones.

Muchos trabajos, algunos con peligro de la vida, y peripecias de toda clase tuvo que soportar el Padre, debidos principalmente á la impetuosidad de la corriente de los ríos por los que debía subir y bajar, á la dificultad en encontrar grumetes para la embarcación, y al hambre material y espiritual de los visitados. Tocó de cerca las costumbres é idolatrías de los manobos y añade que, cuantas descripciones había

leído de ellas en las cartas, distan mucho de la realidad y salvajismo que entrañan, y así no pudo dejar de hablar fuerte contra tantas maldades, especialmente en Sibagat. No encontró resistencia positiva á sus doctrinas, y dos veces á lo menos, por falta de iglesita, formó un altar con las tablas de la camareta de su barca y en él celebró la santa misa.

Sintiéndose enfermo de bilis en Milagro, regresó á Butúan, donde pronto estuvo del todo sano; y parece fué especial providencia de Dios la tal indisposición, pues otro tiempo será en lo material y espiritual más oportuno para el fruto de la visita que intentaba seguir. Volvió contento del espíritu de las reducciones en general.

También el P. Giralt lo estuvo de su visita á los pueblos del Bajo Agúsan, en los cuales obtuvo 36 bautismos, 355 confesiones, 153 comuniones, 52 que comulgaron por vez primera, y 8 casamientos, haciendo 22 pláticas.

El domingo de Ramos, en que fué notable el concurso de fieles á la iglesia de Butúan, en Cabarbarán hubo una riña con arma blanca entre un ilongo y el sacristán mayor de los aglipayanos, en que éste cayó al suelo gravemente herido; en la misma región aquel día un hombre mató á su mujer y á tres hijos; y fueron presos dos manobos por motivos de guerra. Frutos del cisma son estos en gran parte.

DAPÍTAN.—Del 13 de Febrero al 12 de Marzo el P. España visitó varios pueblecitos; en Langarán, donde estuvo 8 días, revalidó 30 matrimonios, bautizó *sub conditione* á unos 20 párvulos, oyó 500 confesiones y distribuyó 300 comuniones, siendo las confesiones de no párvulos muy consoladoras. En Manelia revalidó 24 matrimonios, bautizó á 43 personas, oyó 247 confesiones y repartió 214 comuniones.

Algunos ministerios ejerció también en Nahurus, Libay, Simpay y Sauan; y muy pocos en Baliangao por la oposición dura y tenaz de los principales contra cuantos se muestran católicos; prueba de ello es que algún tiempo antes apenas hubo salido de la población el P. Obach, contento por el buen número de ministerios en ella ejercidos, cuando el fiscal ó guardián de la iglesia fué llamado por las autoridades locales, maltratado de palabra y amenazado de modo que el infeliz no halló otro medio de librarse del peligro que entregar, como lo hizo, las llaves de la iglesia á una mujer.

Al revés sucedió en Langaran, cuyo Presidente local no sólo recibió muy bien al P. España y le invitó á comer, sino que le amparó y defendió con la policía, amparo y protección que el Padre juzgó de excelente efecto para la causa católica.

CULIÓN.—Al regresar de Manila el P. Vallés M. á su colonia, la encontró mejor de lo que esperaba: en lo material, el Gobierno estaba terminando ó realizando algunas mejoras, como baños para los leprosos, casas para los empleados y depósitos de objetos para la leprosería; y en lo moral, porque tanto el Teniente como el Presidente local y algún retraído de la iglesia, se presentaron á saludarle, se mostraron con él como si jamás hubiera mediado disgusto alguno y tomaron la parte correspondiente en las funciones de Semana Santa.

Tampoco el pastor protestante, que parece saldrá pronto de allí, ha aumentado el número de prosélitos.

Parece haberse dado con el remedio eficaz contra el *beriberí.*

El día de San José hubo 45 comuniones.

MES DE MAYO

MANILA.—El 8 último, segundo domingo de Mayo, La Congregación Mariana realizó una peregrinación magna á la Virgen de Antipolo.

Con un mes de anticipación circuló una entusiasta proclama en que aparecían el Comité general y varios particulares; al acercarse el día el R. P. Rector del Ateneo, el P. Vilallonga, el P. Lencina y el P. Foradada, acompañados de un miembro de la Junta, recorrieron algunos centros de Manila y pueblos comarcanos para animarlos á tomar parte en ella, repartiendo al propio tiempo los billetes de ida y vuelta en tren con la rebaja hecha por la Compañía del ferrocarril. Esta cumplió fielmente su promesa: desde las tres de la madrugada del 8 no cesó de emplear cuantos trenes pudo al efecto, contribuyendo á que se reunieran en el Santuario de Antipolo 15.000 personas, de las que unas 10.000 se suponen peregrinos.

Estos se dirigieron procesionalmente con sus banderas, estandartes y 9 bandas de música, desde la estación del tren de Antipolo á la iglesia, en que fueron recibidos por el Sr. Cura con Cruz alzada; entraron en ella los que cupieron, y oyeron la misa rezada que dijo el reverendo P. Añón y el entusiasta y fervoroso sermón del P. Briansó. Para los que no pudieron entrar, á fin de que no se quedaran sin misa, la celebró

el P. Vives en la azotea del convento, sitio que podía ser visto de las muchedumbres de la plaza, calles y lugares contiguos.

Terminadas ambas misas los congregantes cantaron la Salve, y luego la Santísima Virgen fué paseada en procesión por las calles del pueblo; y, vuelta á su camarín, no cesaron los peregrinos en todo el día de subir á besarle el manto.

Tampoco descansaron los fotógrafos, procurando obtener fotografías y aun uno grabó una cinta cinematográfica; admirando todos aquella multitud de personas que, según los ancianos, no habían visto allí jamás en tan crecido número.

A las cuatro y media de la tarde las campanas convocaron de nuevo los peregrinos al templo, de donde, después de rezado el santo rosario y cantada la Salve, comenzaron á regresar á sus familias, invadiendo los trenes y las calesas los que no volvieron á pie. Contábanse peregrinos de 8 fábricas de Manila, del Apostolado de la Oración, Liga Antipornográfica, Congregación Mariana, con medalla acuñada para el caso, é indivíduos de las provincias de La Laguna, Cavite, Batangas, Rizal, Bulacán, Pampanga, Tarlac y Nueva Ecija.

ZAMBOANGA.—El P. Caballería celebró las fiestas de Semana Santa en Basilan, en donde permaneció unos 15 días, muy bien recibido y agasajado por las autoridades y súbditos americanos allí residentes.

Oyó 300 confesiones, administró mayor número de comuniones, preparó á varios que por primera vez recibieron el Pan de los Angeles, bautizó 11 párvulos y arregló según Dios varias parejas mal unidas.

CARAGA.—El día de San José recibieron en Baganga la primera comunión 10 niñas y 7 niños, que luego, después de repetir las promesas del bautismo, fueron agregados respectivamente á las Congregaciones de Hijas de María y de San Luis, sin que les faltara un buen almuerzo que les ofrecieron las religiosas Beatas, ni los regalos del Padre misionero. Por la tarde hubo solemne distribución de premios, precedida de la lectura de notas merecidas en los exámenes.

Las comuniones en Marzo allí repartidas, fueron casi 900.

Murió el Jueves Santo una de las Beatas y el Viernes el pueblo mostró el afecto y respeto que las tienen, llevando varios seglares el féretro al cementerio, acompañado de gran número de fieles.

En la distribución de premios habida en Cateel, los premiados, niños y niñas de la escuela católica, fueron 95; dieron bien el ensayo que precedió y consta que gustó sobre todo el de los niños más pequeños.

BUTÚAN.—El P. J. Vallés celebró en Cabarbarán la Semana San-

ta á las 40 familias católicas que allí quedan, muy fervorosas pero poco unidas entre sí. Repartió el Padre 158 comuniones, aunque no confesaron tantos como él esperaba y lo practicaron el año pasado.

Los aglipayanos se desvivieron por su fiesta, llamaron al caporal que les predicó de Jesucristo y sus dolores, pero nada de la penitencia y mortificación que al hombre corresponde; tuvieron iluminación á la veneciana y para que los católicos vieran su carroza, acercóse tanto á la de estos su procesión, que causó un pequeño atropello.

Los católicos tienen ya plantados los arigues de la nueva y definitiva iglesia, recogida para la misma mucha madera y abierta la suscrición para adquirir el hierro galvanizado con que cubrirla. Los de Nasipit, sin dar cuenta á nadie, han ya cubierto la propia; y los de Tubay, aunque tratan de emular á los de Nasipit y Cabarbarán, no lo consiguen.

El P. J. Vallés al salir de Cabarbarán se trasladó á Masao y Baug, oyó 422 confesiones, y á consecuencia del cansancio se sintió en Butúan algo peor que otras veces; parece que con el descanso se repondrá, si no está ya del todo bien.

El P. Urios, siendo el único Padre en Butúan, oyó por Semana Santa y Pascua más de 600 confesiones, además del trabajo inherente al cuidado del pueblo. Dice que resultó muy lucida y concurrida la distribución de premios, á que asistieron entre otros las autoridades municipales, el Juez de paz y la Junta católica; y que también la novena del Patrocinio de San José, patrón de Butúan, estuvo más animada que en años anteriores, á pesar de haber determinado el Municipio celebrar la fiesta patronal en distinto día, sin contar para nada con los nuestros ni la autoridad eclesiástica, hasta después de haberlo tramado todo. Velaron en Butúan el Monumento la Junta católica, las Hijas de María y Congregantes Marianos; hubo lavatorio de los pies á 12 pobres, representantes de los Apóstoles, los cuales comieron en casa del Presidente de la Junta católica, mientras un coro cantaba las lamentaciones, escuchado por mucho público.

También en Talacógon velaron el Monumento, con gran contento del P. Giralt, los socios del Apostolado de la Oración y contribuyeron con las Hijas de María á una suscripción para comprar una buena campana. Los de La Esperanza han plantado los arigues de su nueva iglesia que pretenden terminar.

CAGAYÁN.—El 17 de Abril hubo en Tagolóan una primera comunión de 55 niñas y 40 niños, notable aun por el órden y compostura.

Pocos días después tuvieron las niñas de la escuela dirigida por las

Beatas, sus exámenes públicos con lucimiento, dejando bien impresionados á los asistentes, que luego lo manifestaban entre sí y añadían que las labores de aquellas niñas superaban en mucho á las labores presentadas por la escuela oficial; y cierto, dice el Padre misionero, que las Beatas trabajaron mucho y bien, y son casi la única esperanza de aquellos pueblos.

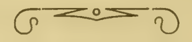
El 1.º de Mayo los niños de la escuela católica dieron también sus exámenes con feliz éxito; gustando especialmente al auditorio el oirles determinar la hora que tenía cierta capital de América, siendo en Tagolóan las diez de la mañana.

La curia de Cebú ha pedido á alguno de los nuestros para que supliera interinamente al Párroco de Catarman y Sagay (Camiguín) y parece que será complacida, tal vez en la persona del P. Córdova.

DAPÍTAN.—El R. P. Superior ha vuelto muy contento del espíritu católico notado en los fieles de esta Residencia, á pesar del constante empeño de los impíos en pervertirlos. En Dipólog, especialmente, mostraron al R. P. Superior su afecto de muchas maneras, aun con abundantes *primicias* ó regalos. Antes de esto, el día de San José, patrón de su Padre misionero, no sólo el pueblo acudió á la iglesia de modo que rebosaba de gente, sino que después de misa los principales del pueblo continuaron la hermosísima costumbre de subir al convento á saludar al Padre y entregarle una buena limosna por la misa, que acompañaron con otros dones para el Padre y para sostener las cargas de la iglesia: á todo correspondió el Padre agradecido. Las Beatas, por su parte, con las Hijas de María y las niñas de la escuela, manifestaron también de palabra y con obras su gratitud al Padre misionero.

En los ejercicios-misión comulgaron 2.400 personas. Existía no ha mucho allí un pastor protestante á quien, por hablar en tagalo, nadie entendía; pobre y hecho el ludibrio de todos, el cual ha ya desaparecido y con él sus peroratas. Fueron cual podía desearse las fiestas de Semana Santa.

El P. Obach hizo la fiesta patronal en Punta Tagolo, en la que oyó muchas confesiones, y aunque en los naturales abundaba la miseria, no por eso fueron escasos la animación y el regocijo.



SEMINARIO DE SAN CARLOS
(MANILA)

NUEVOS CENTROS CATEQUÍSTICOS
Y OBRAS DE PROPAGANDA CATÓLICA

Carta del P. Mariano Juan al R. P. Superior de la Misión.

Manila 19 de Julio de 1910.

Muy amado en Cristo, R. P. Superior: La santa Obra de los Catecismos ha comenzado con mayor brío y entusiasmo que los demás años, y se han fundado nuevos centros, como Gagalanguin (cerca de Tondo), Maytubig (Malate), Mariquina é Iris (solar del Ateneo).

Comenzamos el curso con el cierre de una capilla protestante, que mucho nos estorbaba, en Santa María; con ningún protestante en Bilibid, ó á lo más un *pastor* con un *rebaño* de cinco ó seis; y con el cierre también de una capilla de la «Misión Cristiana», porque se les ha marchado la gente á nuestras doctrinas.

El Catecismo de Iris va viento en popa, sobre todo por el grandísimo número de adultos que escuchan las pláticas contra los errores protestantes. Uno de los pastores intentó meterse un domingo y echar su prédica después del seminarista. El buen Sr. Panadés le dejó entrar y escuchar la plática, y cuando el pastor de pie comenzó su perorata, se levanta el Sr. Panadés, le intima que se calle y que inmediatamente se marche de aquel sitio en donde, sin permiso de nadie, quería

predicar falsa doctrina. El sectario con sus biblias y diaconisas se largó de allí refunfuñando, y á pocos días salió en el periódico *La Vanguardia,* edición tagala, un artículo contra los Jesuítas y los seminaristas, diciendo atrocidades. Es lo cierto que la gente está animadísima y se espera fruto muy abundante de este centro: debiéndose, después de Dios, el fruto al Sr. Panadés.

Me olvidé decir á V. R. que van también los seminaristas á Bacoor, llamados por el Sr. Párroco. ¡Qué lástima! Entre 14.000 almas, sólo se cuentan unos 300 católicos, bastante medrosos y abatidos. Allí hay *pari-pari* (cura, ó lo que sea, aglipayano) y pastor protestante.

Se está imprimiendo el «Album Catequístico», aunque ha tardado algo en ver la luz pública por la enfermedad de nuestro P. Vilallonga.

Los Congregantes Marianos el 17 celebraron la fiesta á San Luis, diciendo la misa el Sr. Deán y asistiendo Mons. Petrelli, el Cónsul de España y la flor y nata de los congregantes.

Ya funcionan las Escuelas Nocturnas del Ateneo, ya tiene la Liga un vistosísimo rótulo en la calle que dice: «Liga Antipornográfica de San Francisco Javier»; y piensa añadir el P. Lencina á sus folletos mensuales un folletín, publicando trozos selectos en tagalo, escritos por uno de nuestros antiguos Padres.

El Sr. Serrano trabaja en el calendario exfoliador tagalo y en otro, también tagalo, cuya tirada se pagará tal vez con los anuncios. El P. Finegan ha comenzado el primer número de su *Mensajero del Sagrado Corazón*, en inglés, con grabados, buen papel y 12 páginas de texto.

A la leprosería de Culión se van trasladando todos los leprosos de San Lázaro; y parece proyectan los americanos formar una sola leprosería que será la de Culión.

Escriben de Orani que alguna gente sigue frecuentando los santos sacramentos y dando buen ejemplo después de nuestra salida. Nos han visitado en San Carlos algunas personas principales de Orani.

Quiera el Señor bendecir todos estos trabajos y hacerlos fructificar para su mayor gloria.

Me encomiendo en los SS. y OO. de V. R.

De V. R. siervo en Cristo,

MARIANO JUAN, S. J.



RESIDENCIA DE BUTÚAN
(MINDANAO)

VISITAS Á VARIOS PUEBLOS
FUNCIONES RELIGIOSAS EN LA RESIDENCIA

Carta del P. Salvador Giralt al R. P. Superior de la Misión.

Talacógon 12 de Julio de 1910.

Muy amado en Cristo, R. P. Superior: Al regresar hace pocos días de mi excursión á los pueblos del río Gibong, recibí la muy grata de V. R.

En esta excursión que acabo de hacer, ha habido de todo; bueno y malo y mucho que ofrecer á Dios. En general no estoy descontento del fruto conseguido. Se ha hecho el cumplimiento pascual y celebrado las fiestas patronales en los pueblos de Los Mártires, Prosperidad, San Miguel (Bay-bay), Azpeitia, Aguinaldo, Los Arcos, Borbón y Ebro, empleando en ello siete semanas completas. Las confesiones y comuniones han sido más del doble de las del año pasado. Han caído en la red pájaros de años, y he roto las cadenas de varios infelices que habían caído víctimas del *Caudillo de los malos*.

Estos pueblos del Gibong, como los del Alto Agúsan y Simúlao, han de visitarse con más frecuencia. ¡Un año entero sin ver al Padre misionero y sin oir hablar de Dios, ni de sus pobrecitas almas! A consecuencia de este abandono, es grande la ignorancia del catecismo y aun, en algunos, de lo más indispensable para salvarse. He unido á varias parejas en santo matrimonio; y á la mayoría de los casados he tenido que enseñarles antes á santiguarse y prepararles, á la vez, para la primera confesión y primera comunión, que les he administrado *ensanchando la manga* lo más que se puede. Procuraré visitar el Gi-

bong otra vez, este año; pero esto no basta, porque estas visitas son de pocos días y no tenemos maestros que nos suplan, como antes, en la enseñanza de la doctrina á los niños.

Ya que por ahora no se pueden abrir de nuevo las misiones de Prosperidad, Veruela y Játiva (como convendría para la consolidación de estas nuevas cristiandades), se remediaría algo este inconveniente si fuésemos tres los Padres de esta Casa, de tal manera que dos fuesen *excurrentes* todo el año y visitasen más despacio los pueblos, permaneciendo una buena temporada en San José, Veruela y Prosperidad.

Ahora que V. R. ha de ver en España al R. P. Provincial, dígale que son más de 10.000 los cristianos que están á nuestro cuidado, en solo esta misión de Talocógon, repartidos en 43 pueblos, *conquistas* ó neófitos los más, en quienes apenas ha arraigado la fe que se les infundió con el santo bautismo; y los restantes, cristianos viejos, que, con tanta *libertad* y tanta *licencia* como se les ha concedido y predicado, caen y permanecen enlodados en el cieno de los vicios, por no tener quien les preserve ó les dé la mano para levantarse.

Además de estos cristianos, tenemos en los confines de la misión más de 4.000 infieles, que esperan á un Javier que les abra las puertas del cielo. No dudo que en esas casas de España encontrará V. R. muchos javieres. Que se animen y vengan muchos, que la mies es abundantísima y somos pocos. Estas gentes aún nos quieren y respetan, y en la actualidad se nota una reacción, muy grata, hacia España y los españoles. Pero lo que vale más que esto y lo que más anima y consuela es la muy particular Providencia que el Señor tiene de sus misioneros, como sabe muy bien V. R.

Y volviendo á mi excursión he de añadir que, en la parte material, han sufrido mucho los pueblos del Gibong. El baguío de Diciembre nos destruyó las iglesias de Prosperidad, San Miguel, Azpeitia, Aguinaldo y Ebro, y quedaron con grandes desperfectos las de Los Arcos y Borbón. En Ebro, no obstante la miseria que están pasando aquellos *conquistas*, han levantado nueva iglesia. Los de Borbón y Los Arcos repararon las suyas. En los demás pueblos encontré sólo los arigues en pie, ejerciendo mis ministerios en las escuelas del Gobierno ó en la Casa-tribunal de cada pueblo.

De las imágenes, cruces, candeleros y demás objetos del culto, podría decir lo que le dije del Alto Agúsan y del Simúlao. Da pena contemplar tanta pobreza y miseria. No sé qué pensarán los americanos protestantes al ver tal abandono y miseria en las cosas pertene-

cientes al culto. Vea V. R. si encuentra ahí bienhechores, que nos hagan alguna limosna como antes.

Para Azpeitia desearía una imágen de Nuestro Padre San Ignacio, Patrón de aquel pueblo. Todo lo de su iglesia, se perdió cuando el baguío; sólo se salvó la imágen de San Ignacio, que recogieron de las ruinas muy deteriorada, con la cabeza partida y roto uno de los brazos. Lo que quedó intacto en esta imágen fué el *Ad majorem Dei gloriam,* que se lee en el libro de las Constituciones que sostiene con la otra mano. Como quiera que esto fuese lo que jamás desapareció del corazón ni de los labios de Nuestro Santo Padre, quiso Dios que tampoco desapareciera de esta imágen, no obstante haber estado varios días en el agua y en medio de ruinas.

Todos los pueblos, no obstante su pobreza, han dado la limosna acostumbrada para la fiesta que les celebraré, y los de Prosperidad hicieron cantar otra misa á San Vicente en acción de gracias por no haber sido mayores los desperfertos del citado baguío. Por el mismo motivo y para impetrar del Cielo que cesen las lluvias que les impiden sembrar los campos, he recibido 41 estipendios de misas. Con la limosna de la misa y las limosnas que nos dan por los ministerios, tenemos lo suficiente para sustentarnos, aunque fuésemos tres los Padres de esta Misión, formando una sola comunidad y teniendo abierta una sola casa; lo cual, según creo, no sucede en las otras Misiones, sobre todo en las que ha penetrado el cisma aglipayano. Aquí, por la misericordia de Dios, no ha penetrado esta plaga.

De las peripecias del viaje y otros incidentes de la excursión, podría otro escribir una larga é interesante carta. A mí ya no me impresionan estas cosas, por lo frecuentes y ordinarias que son. Sólo me impresionó el semi-naufragio que sufrí en la noche del 19 al 20 de Mayo, estando fondeando en uno de los recodos más sombríos y solitarios del tortuoso Gibong.

Dormía yo tranquilo en la camareta de mi baroto, cuando de repente desperté metido en un inesperado baño. Se había inundado la embarcación y se iba poco á poco al fondo. Ya puede figurarse V. R. el susto que llevé, hallándome solo y á las doce la noche. Llamé, grité á los grumetes y muchachos, que dormían en la orilla del río, y nadie me oía... Por fin despertaron y vinieron en mi auxilio. Merced á las buenas *batangas* no se hundió del todo la embarcación. Los grumetes atribuyeron el percance á la maligna influencia del cometa Halley que habían visto brillar en el firmamento: yo lo atribuí á su descuido y á

mi poca precaución. Había llovido la tarde anterior copiosamente, y no pensamos en la creciente avenida que había de tener el río, que fué lo que hizo ladear algo el baroto y dar paso á las aguas que lo inundaron.

Todo se me mojó: ropa de uso, cama, altar portátil, cocina y cuanto llevaba: todo hubo de sacarse del fondo del baroto, empapado de agua. Sólo salvé intacta una cajita de hostias. No quiso el Señor privarme del consuelo de celebrar la santa misa durante los cinco días que había de tardar el expreso que envié á Talacógon para reparar las averías. Al día siguiente el Señor nos dió un magnífico sol para secarlo y continuar luego el viaje, como si nada hubiese pasado.

Desde mi regreso á Talacógon, que fué el 2 del actual, no han cesado los temblores de tierra. Se repiten con frecuencia. Una de las sacudidas más fuertes, se sintió el domingo, día 3, durante la misa mayor, y en el momento de ir yo á dar la bendición al pueblo. ¡Qué pasmo al oir crujir el maderaje de esta tan desvencijada iglesia y ver tambalear las imágenes, candeleros y floreros de los altares! Me quedé inmoble con las manos levantadas contemplando á San Estanislao dar media vuelta sobre su pedestal. Cayeron floreros, candeleros y la cruz del altar, pero nuestro Benjamín supo guardar el equilibrio, no obstante de no estar amarrado, como suelen estarlo las imágenes de estas iglesias.

En otra sacudida más fuerte, después de haber salido ya todos los fieles del templo, se rajaron las tablas de un tabique, y se separó más de un palmo de su lugar un arigue podrido por abajo á flor de tierra. Lo estamos cambiando ahora. Son varios los arigues que se han de empalmar, por estar podridos, y muchas las reparaciones que se han de hacer en esta iglesia y convento. Mucho temo que si no nos damos prisa se nos venga todo abajo. Y, sin embargo, no podemos empezar las obras sin un buen carpintero que entienda y las dirija.

He mirado el Catálogo para pedir á V. R. un Hermano carpintero, y sólo he encontrado á los beneméritos veteranos HH. Riera, Gairolas y Puigpelat, muy hábiles, por cierto, para el caso, pero ya muy ocupados, ó llenos de achaques. Pues bien, si no pueden ser estos, tráiganos V. R. un buen maestro carpintero de los muchos expertos que sin duda habrá en ese Noviciado ó en los Colegios de España. Repararemos esta iglesia y convento de Talacógon y después iremos á levantar la de Veruela y otras muchas, que se han caído en estos últimos tiempos.

Voy á terminar con una noticia que ha de ser muy grata á V. R. La semilla de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que mis pre-

decesores habían sembrado en Talacógon, y que parecía haber caído en tierra estéril, ha fructificado ya. Este año se ha celebrado por primera vez el mes del Sagrado Corazón, durante el santo sacrificio de la misa; con la particularidad de no haberse interrumpido, ni un día, durante las dos semanas de Junio, en que los dos Padres hemos estado ausentes. En vez de la misa, rezaba el Hermano, desde la tribuna, el santo rosario, y una de las celadoras del Apostolado leía el ejercicio propio del día. Concluído el mes, empezaron la novena.

Anteayer celebramos la fiesta. Fué solemnísima, devota y muy concurrida. Las celadoras, á competencia, adornaron la iglesia con colgaduras, inscripciones y emblemas del Sagrado Corazón, al estilo de Butúan. A las doce del día de la víspera, se repicó la nueva campana, costeada por las celadoras y socias del Apostolado, y empezó á tocar la música frente á la iglesia y recorriendo las calles del pueblo. Hubo vísperas cantadas, como se acostumbra en la fiesta del Patrón. Comunión general concurridísima. Misa solemne con sermón, el Santísimo expuesto hasta las cinco de la tarde, velando por turno las del Apostolado. Por la tarde, trisagio cantado, cinco visitas á Jesús Sacramentado y acto de consagración. Después de la bendición y reserva, procesión solemne por todo el pueblo, llevando en dos carros triunfales las imágenes del Sagrado Corazón y de la Purísima. Asistieron á ella muchísimos hombres, los más significados del pueblo, con las autoridades municipales. No esperaba yo tanto. Loado sea mil y mil veces el Sacratísimo Corazón de Jesús.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo.

De V. R. ínfimo siervo en Cristo,

SALVADOR GIRALT, S. J.

LAMENTABLE ESTADO DE LOS NATURALES DE BUGABUS

Carta del P. Jaime Vallés al R. P. Superior de la Misión.

Butúan 23 de Octubre de 1910.

Rdo. en Cristo, Padre: El viernes 14 del corriente, momentos antes de salir de Butúan, por el río Agúsan, le puse cuatro líneas de bienveni-

da: hoy llegado ya de la visita, algún tanto rápida, le voy á referir más despacio algo de mis impresiones sobre esta pobre gente.

La visita tenía por objeto el bautizar y casar y hablarles algo del cielo y confesar á los que deseen hacerlo, pues todos ya habían cumplido con el precepto pascual. El fruto ha sido mucho: en los dos días que he estado en cada pueblecito, ha habido rosario con plática, doctrina mañana y tarde, misa con sermón, confesándose todas las escuelas y comulgando bastante gente, sobre todo principal: 150 han sido las confesiones, 80 comuniones, 22 bautismos y 7 casamientos. Lo que me ha sorprendido agradablemente es el haber encontrado casi terminada la iglesia de San Mateo, pueblecito de 11 matrimonios; muy adelantada, y de buenos materiales, la de Amparo; y habitable el convento nuevo de Manila y con deseos sus habitantes de construir pronto iglesia y trasladar, con grande regocijo, la campana y patrón que después de la otra visita me envió V. R.

Son estos naturales de Manila de Bugabus los más miserables y dignos de compasión de cuantos he conocido hasta ahora. Contentos ellos en sus escondrijos, alejados los más de todo trato de personas civilizadas, aunque cristianos, conservan las costumbres manobas. Nunca, fuera de los naturales de Amparo, han visto patrón, ni campana, pues por causas para mí inexplicables, se han trasladado varias veces, aunque siempre lejos del Agúsan, y por ser pueblo único en su río y difícil de visitar no ha sido quizá atendido como debe serlo.

Un día antes de llegar yo allí, celebraron á lo manobo la muerte de una pobre mujer, que murió á la hora de haberla mordido una culebra. Subieron dos familias de *conquistas* de Amparo, parientes de la difunta, compraron tres *damas de tuba* (1), dos cerdos, saco y medio de arroz y armaron su misterio. Valentín Bantologán fué el cocinero y me decía en la cocina: «*Palahubog aco*»: cocidos y comidos los cerdos, y borrachos como una sopa, pusieron el cuerpo de la difunta en medio de la sala y empezó la danza: que consiste en bailar uno á uno y hacer visajes y contorsiones con el cuerpo al derredor del difunto, para aplacar al *busao* (2). ¡Infelices cristianos! Terminadas las ridículas danzas y preces á las falsas divinidades, llevaron el cuerpo al cementerio, que no es otra cosa que un hoyo lleno de malezas.

Tenía deseos yo de ver donde entierran los difuntos y allí me dirigí,

(1) Pequeñas tinajas de vino del país, ó sea, formado de la nipa.

(2) Falsa deidad.

abriéndome el paso, bolo en mano, Pedro Masusog, de larga y desgreñada caballera, desnudo, y de chispeante mirada, seguíanme el capitán, el *dato* Juan Panena, Catalino y unos cuantos *olitaos* (1) jóvenes, con todos los niños y niñas de la escuela: hice limpiar un poco el lugar, ponerle límites en los cuatro ángulos y una cruz en el centro, encargando, sobre todo á Juan, que todos los mandase enterrar allí, explicándoles las ceremonias de la bendición.

En esta visita bauticé á 7: 4 niños de 10 á 14 años y 3 párvulos; los niños sabían más que lo suficiente para comulgar, pero me he contentado con confesar á las escuelas, difiriendo para cuando tengan iglesia el preparar á todo el pueblo para el cumplimiento pascual; pues ahora, no habiendo confesado casi á ninguna mujer, todas querían comulgar, habiendo toda la noche mascado, y andaban tan asquerosas que de pura suciedad se les caían á pedazos los harapos con que indecentemente cubren su cuerpo. Muchos, muchísimos hay que no saben lo indispensable para salvarse, y huyen del Padre por no tener vestido con que cubrirse. Ahora les subí algunas camisas, de las que el bondadoso Hermano Torrent me envió, pero son tan deformes y tan originales en su hechura, que las han ellos de arreglar para poderlas usar, y esto es ya pedir demasiado á estos pobres. Desearía me enviasen, si los tienen, vestiditos para niños, para cubrirlos á lo menos cuando se bautizan y hacen la primera comunión.

Por lo demás hubo en el pueblo mucha alegría; el recibimiento fué afectuoso y en obsequio del Padre se bailó el *moro-moro,* reunidos todos cerca del nuevo convento. La despedida fué sentida, prometiéndome todos el hacer iglesia para que el Padre subiese y estuviese entre ellos contento. ¡Ojalá que sea pronto un hecho y que pueda vivir en medio de ellos para enseñarles el camino del cielo! Pero hay tanto que hacer y atender, que no bastamos para las 13 á 14.000 almas, que cuenta la parroquia de Butúan, los dos únicos misioneros que vivimos aquí, sobre todo si se ha de atender á la escuela, que no puede dejarse abandonada en manos de estos indios desordenados en todo.

El río, de cristalina agua, tenía poca corriente y nos costó trabajo el remontarlo y el bajarlo. Vieron los grumetes caimanes al lado del baroto, que yo no vi; pero sí me asusté á la vista de una serpiente de cabeza más grande que la de una gallina, que casi se me hechó encima, y los neófitos persiguieron y mataron para comérsela, diciéndome

---

(1) Palabra bisaya que, significa *mancebo, varón soltero.*

era carne muy exquisita. Nada le pondero si le afirmo que las veces que estuvimos á punto de estrellarnos contra los troncos atravesados ó contra los escondidos peñascos fueron innumerables y sin duda hubiésemos perecido si un sujeto á quien casé en Amparo, conocedor del río más que mis grumetes, no nos hubiese guiado y ayudado.

Otro de los sucesos raros que pasan por estas tierras fué el que me sucedió en el casamiento de Duncang. Tenía este indivíduo dos mujeres; una verdadera y casada por la Iglesia; y otra, viuda, con quien tenía tratos ilícitos; murió la primera por el mes de Agosto, y ahora le casé yo con la segunda, pidiéndome antes algo de ropa que no necesitaba y que le di yo con deseos de juntarlos. Todo estaba ya arreglado: confesados y casados bendije las arras; pero, por descuido de mis muchachos y del que me hace de fiscal de Bugabus, el hisopo no cogía ni una gota de agua; cogí la botella y rocié las arras y los esposos; cuando vió Duncang que le había salpicado con el agua, le vino tal temblor y se movía tan violentamente que parecía un azogado, queriendo de todos modos marcharse del lugar; le senté en mí cabán, le sosegué como supe y pude, y por fin, sentado, oyó la misa al lado de su nueva consorte.

Otras muchas cosas le podría decir, pero esto basta por hoy para que vea lo que hay por estas tierras tan necesitadas de misioneros; si no se visitan con más frecuencia los pueblos, poco arraigadas tendrán las ideas de la Religión que abrazaron, no habiendo maestros que nos los atiendan en nuestra ausencia; por esto digo lo de siempre: «*messis quidem multa operarii autem pauci*»: y también que si se deja Butúan y no se trabaja con más actividad en las escuelas, las prácticas cristianas cada día disminuirán.

V. R. desde la atalaya del gobierno provea, si puede, á las necesidades de esta Misión, y no se olvide de su ínfimo súbdito y siervo en Cristo,

JAIME VALLÉS, S. J.



INDICE

Páginas

ARAGÓN

CASTILLA

TOLEDO

MÉJICO

COLOMBIA

MISIÓN ECUATORIANA Y PERUANA

MISIÓN CHILENO-ARGENTINA

A. M. D. G.

